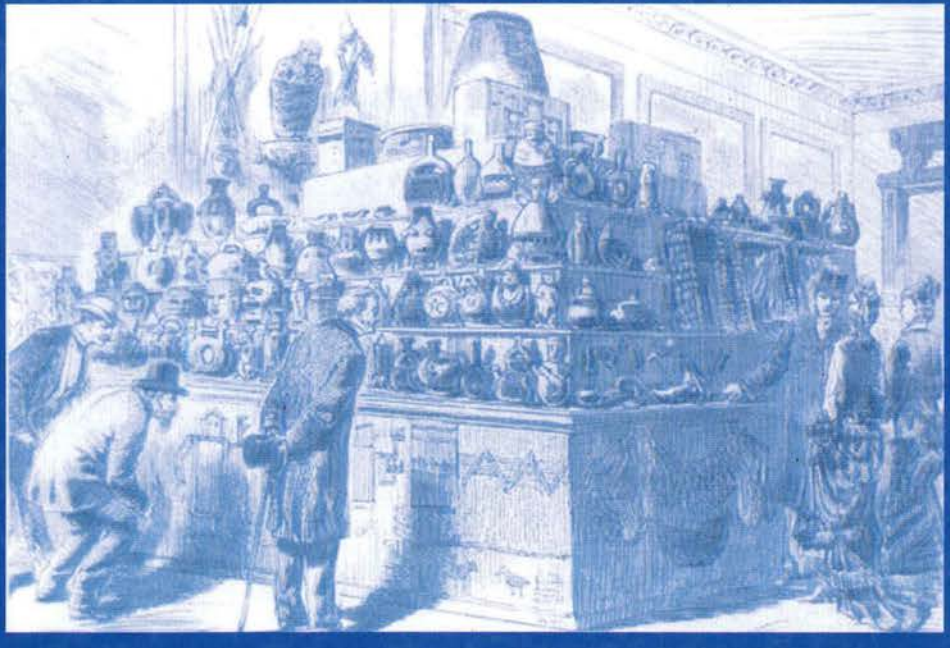
Pascal Riviale

Los viajeros franceses en busca del Perú Antiguo (1821-1914)



Pontificia Universidad Católica del Perú
Fondo Editorial 2000

Instituto Francés de Estudios Andinos
IFEA

Pascal Riviale es doctor en historia y especialista en historia del americanismo. Tuvo una beca del Instituto Francés de Estudios Andinos en Lima y luego fue investigador de este mismo centro donde trabajó sobre la historia de la arqueología en el Perú. Si bien el autor se interesó bastante en el tema de los viajes (al que consagró varios artículos y participó recientemente en la publicación del tercer tomo del *Diccionario ilustrado de los viajeros franceses* dedicado a América, publicado en 1999), la problemática global de sus trabajos gira alrededor de la historia de las relaciones entre Europa y América Latina: las exploraciones, los movimientos migratorios, la producción y reproducción de modelos científicos y culturales.

Pascal Riviale ha iniciado hace poco una amplia investigación sobre la emigración francesa hacia el Perú en el siglo pasado. Trabaja actualmente en el Museo de Orsay.

Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)

Pascal Riviale

LOS VIAJEROS FRANCESES EN BUSCA DEL PERÚ ANTIGUO (1821-1914)

Traducción de Edgardo Rivera Martínez

IFEA

Edición original en francés
Un siècle d'archéologie française au Pérou (1821-1914)
L'Harmattan, collection "Histoire de Sciences Humaines", 1996

Primera edición: agosto de 2000

Carátula: Fiorella Chiappe Verme

© IFEA Institut Français d'Études Andines
Contralmirante Montero 141
Casilla 18-1217
Lima 18 - Perú
Teléfono [51 1] 447 60 70 - Fax: 445 76 50
E-mail: postmaster @ifea.org.pe

Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú
Avenida Universitaria, cuadra 18, San Miguel
Teléfonos: [51 1] 460 28 70, 460 22 91, anexos 220 y 356
Telefax : [51 1] 460 08 72
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Hecho el Depósito Legal: 1501222000-2717
ISBN: 9972-623-13-0

Este libro corresponde al **Tomo 129** de la serie "**Travaux de l'Institut Français d'Études Andines**" (ISSN 0768-424X)

Leyendas de las ilustraciones de la carátula:
Foto central: Exposición universal de 1878 de las colecciones entregadas por Charles Wiener (Leipziger Illustrierte, 26. 10. 1878). Foto: cortesía de Gunther Krauskopf; numerización de Pierre-Yves Le Nir.
Fotos de la parte superior de la carátula, de izquierda a derecha:
- Paul Marcoy"Voyage dans l'Entre-Sierra de la vallée de Huarancalqui et les régions du Pajonal (Bas-Pérou)"; *Le Tour du Monde*, 1871, XXIX (2).
- Corte de una tumba (*huaca*) en Ancón, en Charles Wiener, *Perú y Bolivia*, p. 47.
- Paul Marcoy "Voyage dans les régions du Titicaca et dans les vallées de l'est du Bas-Pérou"; *Le Tour du Monde*, 1876, XXXIII.
- Excavaciones en grutas, en la región de Taparaco, entre Chavín y Huánuco Viejo, en Charles Wiener, *Perú y Bolivia*, p. 221.
- Vasos de terracota, hallados cerca de las ruinas de Huaullang, entre Corongo y la finca de Urcon, en Charles Wiener, *Perú y Bolivia*, p. 627.

Este texto ha sido traducido del francés gracias al apoyo de la Embajada de Francia en Lima.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 11

Capítulo 1: EL CONTEXTO CIENTÍFICO 17
Una disciplina de múltiples facetas 17
El estudio del Perú prehispánico: temas y debates 23

Capítulo 2: EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE PARÍS .. 31
La escuela de jóvenes naturalistas y el "fondo de viajeros" 32
La escuela de jóvenes naturalistas 32
Alcide d'Orbigny y el fondo de jóvenes-naturalistas 33
Los demás viajeros naturalistas 43
Los corresponsales del Museo 45
Las "Instrucciones para los viajeros" 46
La enseñanza a los viajeros naturalistas 50
El museo y el servicio de misiones científicas 51

Capítulo 3: EL INSTITUTO DE FRANCIA 55
La Academia de Ciencias: un polo de referencia 55
Las instrucciones de la Academia 55
El papel consultivo 57
La Academia de Inscripciones y Bellas Artes 59
Las instrucciones para Maximilien Mimey 61

Capítulo 4: EL MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA 75
Historia 75
El presupuesto del servicio 88
Distribución de las misiones 93

Geografía-exploración 95
Historia natural 97
Etnología 99
Arqueología 104
Las misiones científicas y literarias al Perú y la arqueología 114
Francis de Castelnau 114
Alfred y Ernest Grandidier 124
Émile Colpaërt 128
Paul-Pradier-Fodéré 136
Théodore Ber 140
Charles Wiener 151
Léon de Cessac 165
Pierre Vidal-Senèze 174
Paul Berthon 181

Capítulo 5: SOCIEDADES DE ESTUDIOS - REVISTAS Y PERIÓDICOS DE VULGARIZACIÓN 191
La sociedad de observadores del hombre 191
La Sociedad Etnológica 193
Las sociedades de antropología 196
La Sociedad de Antropología de París 196
La Sociedad de Antropología de Lyon 211
La Sociedad de Antropología de Burdeos y del Sudoeste 212
Las sociedades de geografía 213
La Sociedad de Geografía de París 213
Otras sociedades de geografía en Francia 222
La Sociedad de Etnografía americana y oriental 223
La Sociedad de Etnografía 223
El Comité de Arqueología Americana 227
La Sociedad de Americanistas 232
Revistas y periódicos 235
Revistas científicas 235
Las revistas de vulgarización 237

Capítulo 6: LA MARINA 241
Las expediciones alrededor del mundo 243
La estación naval del Pacífico 256
Orígenes de la estación naval 256
Marinos arqueólogos 259

Asistencia a los viajeros 263

Capítulo 7: ARQUEÓLOGOS AFICIONADOS Y VIAJEROS 267

Los diplomáticos 268
Los residentes franceses en el Perú 272
Los viajeros 276
La invitación al viaje: guías de instrucciones generales para los viajeros 277
La formación de los exploradores 280

Capítulo 8: MUSEOLOGÍA Y COLECCIONISMO AMERICANISTAS EN FRANCIA 285

Museos y exposiciones 286
Los museos públicos 286
Preámbulos a una museología etnográfica 286
El Repositorio de geografía y el Museo Naval 287
El Museo de la Manufactura de Sèvres 291
El Museo Americano del Louvre 292
El Museo Americano de Nancy 297
El Museo de Antigüedades Nacionales 300
El Museo de Etnografía del Trocadero 300
El Museo de Historia Natural de París 307
Los museos de provincia 310
Los museos privados 314
Las exposiciones universales 320
La Exposición Universal de 1867 320
La Exposición Universal de 1878 322
Las colecciones particulares 326
El coleccionismo americanista antes del siglo XX 326
Las colecciones en el siglo XIX y comienzos del XX 330
El mercado de antigüedades y de las curiosidades 334
Las piezas colectadas 336
Orígen geográfico de las piezas 336
La naturaleza de las piezas 341
Falsificaciones y piezas fraudulentas 343

CONCLUSIONES 347

BIBLIOGRAFÍA 357

ANEXOS 385
Anexo 1: Índice biográfico de los viajeros, coleccionistas y donadores de antigüedades en francia en el siglo xx 387
Anexo 2: Distribución de donadores por museos estudiados 451
Anexo 3: Distribución categorial de coleccionistas y donadores 455

INTRODUCCIÓN

París, 15 de junio de 1857.

"Durante una permanencia de seis años en el Perú, las exigencias de mi comercio de exportación me obligaron a atravesar Chile y a recorrer todo el Perú y Bolivia. En mis numerosos viajes me pude procurar con mucho trabajo objetos de gran antigüedad peruana, encontrados en las excavaciones efectuadas en el Cuzco, residencia de los Incas, y cuyo origen se remonta a una época anterior a la de la conquista española. Nacido en La Barthe de Rivière (Alto Garonne), he deseado ofrecer a mi tierra natal un recuerdo que puede enriquecer las colecciones de antigüedades.

Es por ello, señor Alcalde, que le ruego aceptar para el museo de la ciudad de Tolosa la momia de una virgen peruana, ejemplos varios de cerámica y otros objetos, conservado todo ello por el tipo del suelo, que le podrán dar a Ud. una idea de la industria de los indios del Perú antes de la conquista."

Michel Artigue

Nuestro interés en la historia de la arqueología precolombina se remonta al descubrimiento de esta carta, en 1984, cuando procedíamos al inventario de las colecciones amerindias del Museo de Historia Natural de Tolosa (Riviale 1984). Nos preguntamos entonces, en esa ocasión, sobre las motivaciones que empujaron a un comerciante, como este señor Artigue, a tomar la iniciativa y el trabajo de aprovechar una estancia en Francia para entregar a un museo de su región natal una serie de antigüedades del Perú, de las que, de otro modo, seguramente no habría sabido qué hacer. Había en ello no solamente un pequeño enigma de carácter anecdótico o pintoresco; nos imaginamos que la donación podía revelar un fenómeno infinitamente más amplio y asaz significativo. Es lo que nos propusimos

averiguar en el marco de una larga investigación —objeto de nuestra tesis de Doctorado (Riviale 1991a)—.

Nos habíamos propuesto, a través de este análisis de los orígenes de la investigación arqueológica en el Perú, esclarecer antes que nada los aspectos sociológicos, ideológicos e institucionales de ese fenómeno. Como constatará el lector, no nos hemos interesado en el contenido del discurso científico sino en la medida en que éste pudo ejercer una influencia mayor, o desempeñar un papel directo sobre las orientaciones con que se había efectuado el trabajo de campo. Si se tiene en cuenta esta riqueza, un análisis específico de la literatura americanista del siglo pasado debería ser tema de una investigación diferente e independiente: estudio que, llevado a cabo a la luz de los actuales avances de la investigación historiográfica sobre las ciencias del hombre, podría aportar resultados apasionantes y pródigos en enseñanzas para la historia general de la antropología.

El punto focal del presente estudio se sitúa en un nivel claramente más pragmático: la búsqueda y recolección de restos del Perú prehispánico, restos que constituían "alimento" de base de la reflexión americanista y elemento constitutivo no desdeñable en la fundación de varios museos (públicos o privados) en el siglo pasado. Esta caracterización del objeto de la investigación arqueológica puede parecer un lugar común, pero toma todo su sentido cuando se conoce el modo como funcionaba la arqueología "exótica" en el siglo XIX. A falta, en la mayor parte de los casos, de textos indígenas relativos a los períodos pre- o protohistóricos, los etnólogos no disponían de otras fuentes para sus estudios que de las tradiciones orales, las crónicas escritas por europeos o mestizos a partir de fuentes indirectas, por una parte, y, por otra, de los restos materiales de civilizaciones desaparecidas. Los eruditos, deseosos de centrar su atención en los orígenes y el desarrollo pasado del Nuevo Mundo, no tenían, pues, otras posibilidades que las de estudiar los segundos a la luz vacilante de las primeras o, más simplemente, según los prejuicios culturales y raciales prevalecientes a todo lo largo de esa centuria (y que subsistirán por mucho tiempo después...).

Durante este período, en que la Europa industrial instauraría progresivamente su dominio sobre casi la totalidad del planeta, la etnología —o "ciencia de las razas"[1]— se vio colocada frente a retos científicos e ideológicos de importancia crucial: ciencia aún balbuceante, que tenía por tarea principal revelar la historia de la humanidad y justificiar, de paso, la dominación "natural" del hombre blanco —fundador de la civilización y amo del progreso— sobre el resto del mundo. En esta vasta empresa científica, la recolección de datos etnográficos (y, en este caso, de restos

[1] Porque tal era la acepción de la palabra más aceptada de ordinario en Francia, en el siglo XIX (*cf.* capítulo 1).

arqueológicos) cumplía una función esencial: aportar "pruebas" que apuntalaran la historia de la humanidad, tal como sería escrita por los hombres de saber, los hombres de gabinete. De la misma manera que se hace con los libros de una biblioteca, estos "documentos" debían ser reunidos en series, en "colecciones", en las que los científicos pudiesen tomar lo que estimasen conveniente, de acuerdo con las necesidades de sus estudios. Al mismo tiempo que avanzaba la investigación etnológica y que aparecía un creciente número de "certidumbres", parecía importante exponer ante el gran público los resultados de esa "ciencia en marcha" —fuente de saber y de progreso—. Tendremos ocasión de recordar en esta obra, siguiendo a Chantal Georgel (1994), en qué elevada medida el siglo XIX fue el "siglo de los museos". Cualesquiera que fuesen los motivos que guiaban esas iniciativas, las antigüedades precolombinas (y, más ampliamente, todo objeto etnográfico) fueron integradas en los más diversos proyectos museográficos: y ya fuese sólo para presentar los resultados "brutos" de la recolección (para celebrar la obra de los jefes de expediciones marítimas, o de los comisionados de misiones científicas, por ejemplo), ya fuese para ilustrar visualmente un cierto discurso científico sobre la historia de la evolución humana, en cada caso los objetos eran exhibidos de modo diferente. Nos detendremos más adelante en algunos de esos proyectos museográficos para comprender qué lugar se asignaba en ellos a la antigüedad precolombina.

Si bien fue considerada por los estudiosos de una misma cultura (en este caso los eruditos y hombres de ciencia franceses), es evidente que la historia de la humanidad, reconstruida de ese modo, por la vía de una obra o de un museo, estaba lejos de ser unívoca, mientras que los medios y criterios utilizados para escribirla no concitaban ya unanimidad. Ya se tratase de querellas individuales o de escuelas, la etnología fue causa, a lo largo de todo el siglo, de severas rivalidades científicas e institucionales. Rivalidades que no dejaron de influir, como se verá, sobre la orientación de las investigaciones propuestas en el terreno para el acopio de informaciones y de restos. Proponer una historia de la recolección de antigüedades prehispánicas del Perú nos ha llevado, desde luego, a considerar este aspecto esencial de la investigación, así como hemos debido tomar en consideración todo un conjunto de elementos que se podría juzgar *a priori* subsidiarios (la presencia francesa en el Perú; el papel de la marina...) y que se revelan tan cruciales para entender el fenómeno en su integridad.

Conviene subrayar que este estudio no ha sido posible sino porque se apoyaba sobre un ambicioso programa de estudio emprendido por el Centro de Investigaciones de Arqueología Precolombina[2] de la Universidad

[2] Dirigido por Eric Taladoire.

de París I, dirigido a inventariar el conjunto de las colecciones amerindias actualmente presentes en los museos de provincia franceses. Iniciado hace ya casi 25 años, este programa ha dado lugar desde entonces a un sistemático inventario de unos cincuenta museos.[3] Gracias al trabajo de numerosos estudiantes, nos ha sido posible establecer un primer corpus de donadores, que hemos ampliado paralelamente al consultar los archivos o los catálogos de museos aún no estudiados o no incluidos en el programa (el Museo del Hombre o el Laboratorio de Antropología del Museo Nacional de Historia Natural, en particular). Este corpus constituía un punto de partida de trabajo excepcional, por tratarse de algo inédito y lo suficientemente sistemático como para cubrir el completo abanico de los diferentes tipos de viajeros, coleccionistas o donadores a considerar. Por esta vía pudimos disponer, desde el comienzo, de una "fotografía" bastante precisa de los individuos y las instituciones que participaron en el movimiento de acopio de datos, indicándonos en qué direcciones debíamos orientar nuestras investigaciones (prosopográficas, sobre todo). Con un método como éste, es poco probable que se pueda haber incurrido en omisiones en términos de representatividad...

Este libro no es, por cierto, el primero que se haya consagrado a la historia de la investigación americanista. Sin embargo, la mayoría de los trabajos de síntesis precedentes han sido dedicados a delinear las grandes corrientes de pensamiento en que se inscriben las investigaciones sobre el Nuevo Mundo, o bien a celebrar la obra de algunos "pioneros" que, en mayor o menor grado, han caído en el olvido. Por nuestra parte, hemos preferido proceder a una indagación tan sistemática como fuese posible, único camino que podía revelar, en su complejidad, todos los pormenores de esa vasta empresa etnográfica que debía marcar los verdaderos comienzos del americanismo "científico".

Algunas últimas precisiones, para indicar al lector cuáles son los marcos establecidos para este estudio. Conviene, efectivamente, enfatizar que aquí haremos referencia a un siglo XIX ligeramente desfasado en la medida en que los límites cronológicos escogidos corresponden, por una parte, a la independencia del Perú,[4] y en consecuencia, a la apertura de las fronteras a los extranjeros; y, por otra parte, a la ruptura provocada por la primera guerra mundial. El conflicto marcó en efecto el fin de una época para la arqueología francesa en el extranjero: después de un hiato de cerca

[3] *Cf.* la lista de los museos estudiados en Taladoire 1992 (cuadro 1). Nótese que la lista ha aumentado desde entonces...

[4] En nuestra tesis optamos por el año 1821, más por lo que simboliza más bien que por lo que realmente implica: por un lado, la declaración de la independencia no significó por sí misma la liberación efectiva del territorio (que no se realizó sino unos años más tarde) y, por otro, los primeros "exploradores" europeos no habían esperado ese año para infiltrarse en el Perú, a fin de efectuar reconocimientos y establecer contactos...

de quince años las investigaciones recomenzaron, pero sobre bases muy diferentes; la arqueología sería en adelante sobre todo un asunto de "profesionales". En cuanto a los límites geográficos retenidos aquí, no corresponden evidentemente a las fronteras políticas actuales del Perú, sino a las fijadas después de su independencia: se trata, por lo tanto, de un territorio que se extiende desde Tumbes, al norte, hasta Calama y Pisagua, al sur. Después de la guerra del Pacífico, el Perú debió ceder al vencedor chileno la parte meridional de su territorio que se extendía hasta Tacna (y más tarde sólo hasta Arica); sin embargo conviene señalar que esa pérdida territorial tuvo pocas repercusiones en nuestro campo, en la medida en que si se exceptúan los restos extraídos del Morro de Arica, las antigüedades provenientes de esta zona y traídas a Francia son extremadamente raras. Nosotros haremos, por lo demás, frecuentes referencias a Tiahuanaco, situado por cierto en territorio boliviano, pero considerado en el siglo pasado como una etapa "anexa" obligada para todo viajero que se respetase. Por otra parte, el sitio de Tiahuanaco fue por mucho tiempo considerado, como se verá, como uno de los elementos mayores del problema de los orígenes de la "civilización" en el Perú antiguo.

Una última palabra, en fin, para expresar nuestro reconocimiento al Instituto Francés de Estudios Andinos, en Lima, que nos proporcionó los medios para efectuar nuestras investigaciones durante nuestra permanencia en el Perú, de fines de 1987 hasta principios del año 1989. Apoyo que no se ha visto desmentido en lo posterior, ya que en 1994 pudimos obtener un puesto de *pensionnaire* de investigación en esta misma entidad. Fue a lo largo de esta última permanencia que pudimos dar una última mano a la "remodelación" de nuestra tesis de doctorado, y que constituye la presente obra.

Capítulo I
EL CONTEXTO CIENTÍFICO

No está en nuestras intenciones la pretensión de erigir un panorama exhaustivo del contexto científico de todo un siglo, empresa tan extremadamente ambiciosa como peligrosa. Nos ha parecido importante, sin embargo, proporcionar al lector algunos puntos de referencia generales, que lo ayudarán a captar mejor en qué contexto científico e ideológico se inscribe la investigación americanista sobre la cual ha de versar este trabajo.

En primer lugar es necesario subrayar el hecho de que la mayoría de los estudios o de las acciones llevadas a cabo en el ámbito del americanismo, que se tratarán a lo largo de esta obra, se integran en un marco infinitamente más vasto, que depende de la etnología general. Es pues, esencialmente, en esta óptica que conviene situar la importancia que se concedía a los estudios relativos al Nuevo Mundo en el siglo pasado. En efecto, si bien apareció como disciplina independiente en la centuria que lo precedió, fue en el siglo XIX que la etnología iba a construirse en verdad, y a tratar de institucionalizarse.

UNA DISCIPLINA DE MULTIPLES FACETAS

Cualquiera que sea la designación que se adopte (etnografía, etnología, *Völkerkunde*, *Volkskunde*, etc.), el concepto surgió en diversos lugares de Europa entre 1770 y 1790, para designar, globalmente, el estudio descriptivo e histórico de los pueblos (Vermeulen 1995: 40-41): en Francia el término *ethnologie* parece haber sido utilizado por primera vez por Alexandre-César Chavannes (1787). No obstante, la palabra no parece haber logrado, en los primeros tiempos, la misma fortuna[1] que sus equivalentes en la Europa de habla alemana (*Völkerkunde*, *Volkskunde*, *Etnographie*). No

[1] Por ejemplo, no hemos podido hallar los términos *ethnologie* o *ethnographie* en los escritos de la Sociedad de Observadores del Hombre, que usaba de preferencia el de *anthropologie* —entendido aquí como ciencia global del hombre—.

fue sino en el primer tercio del siglo XIX que el concepto debía de hacer su aparición formal en Francia, de acuerdo a orientaciones a veces radicalmente divergentes. En 1826, el italiano Adriano Balbi popularizó el nombre de *etnografía*, entendida en el sentido de "clasificación de las lenguas", pues la lengua era para él el único criterio válido para identificar y clasificar los diferentes pueblos de la tierra (Dias 1991: 18-19). A partir de los años 1830, André-Marie Ampère reintrodujo la palabra *etnología*, en tanto estudio global del hombre (tomando en cuenta tanto el origen geográfico y racial como las creencias, las costumbres, la "industria", etc). Pero fue sobre todo William Edwards quien iba a imprimir durablemente un sentido específico a este última designación. En un texto programático de 1829[2], el fisiologista se propuso definir los términos de una nueva ciencia susceptible de distinguir las características específicas de cada raza, poniendo en relación de manera indisociable los rasgos físicos, culturales y morales. En esta perspectiva se fundó en 1839 la Sociedad Etnológica de París, cuya popularidad en el seno de la comunidad científica y erudita de entonces es innegable. Esa divergencia sobre el sentido de los términos vinculados a un concepto general (el estudio de los pueblos) debía confirmarse después y, en la segunda mitad del siglo XIX, radicalizarse, convirtiéndose en objeto de enfrentamientos científicos e ideológicos cuyas manifestaciones tuvieron a veces profundas consecuencias en la actividad científica de la comunidad etnológica francesa.

Para distanciarse claramente de las concepciones raciológicas de Edwards, la Sociedad de Etnografía Americana y Oriental (fundada en 1859) ignoró con firmeza, a lo largo de toda su existencia, el término de *etnología*, prefiriendo el de *etnografía*. En los inicios próximos a la concepción "globalizante" de Ampère o de Jomard, la Sociedad de Etnografía atravesó por una serie de crisis de identidad, a lo largo de las cuales tendió a eliminar de sus trabajos toda referencia a los caracteres físicos del hombre, para orientarse progresivamente hacia una vía cada vez más espiritual y algo marginal. Por su lado, Paul Broca, fundador de la Sociedad de Antropología de París intentó retomar la obra de Edwards con intención de probar la continuidad entre el proyecto de la Sociedad Etnológica y los trabajos de su propia Sociedad (la misma que, sin embargo, privilegiaba los elementos fisiológicos en sus estudios sobre el ser humano). Broca declaró así que la etnología era la "ciencia de las razas humanas" y comprendía "el estudio de sus caracteres distintivos y de su clasificación" (Broca 1989: 422). Ciencia analítica, la etnología tenía como subordinada, según él, a la etnografía —ciencia descriptiva—, de la cual tomaba en préstamo sus "materiales" para establecer el cuadro clasificatorio de los pueblos y razas.

[2] W. Edwards, *Des caractères physiologiques des races humaines considerés dans leurs rapports avec l'histoire, lettre à M. Amédée Thierry*. Paris, Compère Jeune, 1829.

Estas posiciones son desde luego extremas, pero las diferencias de concepción en torno a los objetivos y los fines de la investigación etnológica han ejercido a veces considerable influencia en el tipo de trabajo realizado en el campo, así como las interpretaciones que podía darse a los datos recogidos de esa manera. En la preocupación de conservar lo que consideraban la "integridad" y la "coherencia" de su disciplina, ciertos actores de la investigación etnológica intentaron defender de ese modo sus propias convicciones, instaurando en los programas de estudios (prácticos y teóricos) límites de forma, o bien orientando el debate en una dirección bastante específica. Fue en particular en un contexto como éste que se redactaron (o se expurgaron) cuerpos de instrucciones que constituían más una tribuna para defender ciertas posiciones teóricas que una guía práctica para el viajero (que, sin embargo, era a menudo neófito y habría tenido mayor necesidad de una guía como ésa). Encerrados en esta lógica, algunos círculos de eruditos tendieron, como se verá sobre todo en el caso de la Sociedad de Etnografía, a perder contacto con la realidad del campo para perderse en una reflexión filosófica y espiritualista que, a fin de cuentas, la desacreditó por completo ante el resto de la comunidad científica.

Por cierto que no todos los etnólogos de esta época ingresaron en este juego, y adoptaron más bien una posición "intermedia". Aceptada oficialmente por la Academia Francesa desde 1835, la palabra *etnografía* fue definida prudentemente de esta manera: "Parte de la estadística que tiene por objeto el estudio y descripción de los diversos pueblos" (citado por Dias 1991: 23), mientras que la definición de etnología mantenía una cierta confusión: "Estudio, ciencia de las diversas razas humanas, de los diversos pueblos. Parte de la historia que trata de sus orígenes, de sus caracteres distintivos" (*Ibid*). Esta ausencia de claridad en el sentido que debía atribuirse a estos términos encuentra una elocuente expresión en otro diccionario:

> "La etnología, a la cual se llama también etnografía, se ocupa especialmente de las relaciones mutuas de las diferentes razas o divisiones del hombre [...] Algunos autores restringen la palabra a la parte especulativa del tema, dando a la parte descriptiva el nombre de etnografía; pero, en una ciencia de origen tan moderno, no cabe esperar una precisión terminológica absoluta."[3]

Digamos que, en definitiva, se entendía globalmente que la etnología debía contribuir al conocimiento de la humanidad, en su pasado, presente y futuro, determinando las características específicas (físicas, culturales, morales) de cada población, su grado de civilización, así como los medios

[3] *Grand Dictionnaire Universel du XIXe siècle.* Paris, Administration du Grand Dictionnaire Universel, 1872, VII: 1040.

puestos en obra para llegar a su estado actual (o al que tenía en el momento de la extinción de la población considerada), pero también buscando los medios para hacer al hombre más apto para el progreso. Si estos objetivos eran materia de un relativo consenso, las aplicaciones que se proponían a partir de ellos variaban considerablemente.

Desde los primeros decenios del siglo XIX, a medida que se sucedían los descubrimientos geográficos y que la influencia de las grandes potencias comerciales e industriales se extendía, se hizo evidente que las poblaciones aborígenes se hallaban en peligro de desaparición inminente. Se elevaron entonces numerosas voces para señalar que si era ya muy tarde para revertir la situación, era al menos urgente recolectar, a título documental, restos materiales y tradiciones orales de esos grupos humanos condenados por la marcha indetenible del progreso. Es en esta óptica, en particular, que se contemplaron los primeros esbozos de museos etnográficos (Férussac 1831; Blosseville 1832).

No todo el mundo compartía esta visión pesimista de las cosas, o quizás prefería no tomar en cuenta una cierta realidad, para refugiarse en una abstracción intelectualmente más confortable. Partiendo del principio según el cual cada grupo humano poseía sus propias particularidades y portaba en sí ciertas aptitudes específicas para el progreso, la Sociedad de Etnografía vio la misión primordial de la etnografía en el reconocimiento de las capacidades inherentes a cada pueblo, de sus aptitudes para la "civilización", a fin de permitir, un día, asignar a cada grupo, a cada nación, su lugar y su papel en el seno de la humanidad. Es lo que León de Rosny llamaba la "ciencia del destino humano"[4]: al deslindar así las "leyes generales de la humanidad",[5] el etnólogo trabajaba en pro de una mejor "economía del globo".[6] En esta misma perspectiva la etnografía debía ser también la "ciencia de las nacionalidades": al delinear los rasgos comunes de una nación determinada, al investigar en el pasado lo que había impulsado a grupos humanos a reunirse y a construir un grupo homogéneo, el etnólogo se veía investido, según Rosny, del poder y del deber de reconstituir las "verdaderas" naciones, para un mejor ordenamiento del mundo y, en consecuencia, una marcha más segura hacia el progreso y la felicidad de la humanidad futura.

El propósito de los antropólogos era muy diferente: pensaban que, al determinar los rasgos característicos de cada pueblo, estarían en aptitud de identificar el origen racial de cada uno de ellos, de establecer eventuales filiaciones espaciales o temporales, y de reconstituir así la historia de sus orígenes. En esta perspectiva, los rasgos físicos e intelectuales se hallaban

[4] *Actes de la société d'Ethnographie*, 2e, série I, 1865: 161.

[5] *Congrès International des Sciences ethnographiques* [1878], Paris, Imp. Nat., 1881: 35.

[6] *Ibid.*

vinculados íntimamente: si se consideraba que la medida del volumen craneano de un individuo podía dar una idea de su capacidad intelectual, el estudio de su "industria" y de sus costumbres permitiría, en sentido inverso, documentar un poco más la raza a la que pertenecía. Los antropólogos pensaban poder llegar, a partir de todos estos datos, a establecer un vasto cuadro clasificatorio de los pueblos y de las razas. Es innecesario decir que las informaciones recogidas así eran interpretadas en función de prejuicios raciales en extremo fuertes; se podría incluso decir, caricaturizando, que su tarea consistía en probar "científicamente" la preeminencia del hombre blanco sobre el resto de la humanidad. Para los poligenistas (de buen grado "fijistas", es decir convencidos de que los rasgos propios de cada raza estaban determinados inicialmente y fijados de manera permanente), la causa era clara: ciertas razas eran inferiores y seguirían siéndolo hasta su extinción; los monogenistas, por su parte, concedían al hombre la posibilidad de evolucionar, de modificarse por la vía de los mestizajes raciales o cambiando de marco o de modo de vida, y en parte explicaban así la diversidad humana. El advenimiento de las teorías evolucionistas de Darwin renovó de modo considerable las premisas fundamentales del problema (obligando a los partidarios del fijismo a revisar sus posiciones en función de estas nuevas concepciones), sin que por ello se modificase en lo fundamental la percepción que se tenía de las desigualdades raciales...

Desde las primeras excavaciones científicas de sitios prehistóricos europeos, los antropólogos y los "anticuarios" se sintieron impactados por la semejanza entre el material encontrado en las tumbas prehistóricas y el observado entre hombres de los confines del mundo: su "rusticidad" tenía que ver innegablemente con el carácter primitivo que les era común. Las tribus aborígenes que se hallaban aquí y allá, en el Pacífico o en el corazón de la selva amazónica, eran sin ninguna duda vestigios tardíos de una primera época del mundo, testimonios de un mundo fenecido. Resultaba claro, a partir de entonces, que el estudio de los "salvajes" vivientes podía contribuir útilmente al conocimiento de los hombres "primitivos", esos hombres definitivamente desaparecidos de nuestras regiones civilizadas, de quienes sólo se podía encontrar mudos restos: la observación del viviente debía subsanar las lagunas documentales en cuanto a la organización y las costumbres de esas sociedades desaparecidas, y facilitar la interpretación de ciertas herramientas halladas en las excavaciones.

De acuerdo a esta concepción intelectual de la historia a largo plazo, el hombre moderno se había desprendido progresivamente de su ganga primitiva a medida que se civilizaba. A partir de ese punto de vista algunos antropólogos llegaron a pensar que ciertas fallas mentales, ciertos rasgos de comportamiento, juzgados arcaicos, y que observaban en nuestras propias sociedades, no eran nada más que supervivencias de un pasado

secular trasmitido por las tradiciones populares. Partiendo del principio de que todas las sociedades humanas debían conocer, en un momento u otro de su existencia, fases idénticas de desarrollo que se suceden según un orden intangible, algunos autores consideraron que la persistencia de hábitos procedentes de una época fenecida no podía sino frenar el verdadero destino de la humanidad: la marcha hacia el progreso. En esta perspectiva, el estudio de las costumbres de los pueblos que vivían aún en la infancia de la civilización podía permitir igualmente, en consecuencia, identificar un cierto número de esas supervivencias de comportamiento subsistentes en nuestras sociedades industrializadas sin que ello fuera advertido, y que era necesario erradicar para librarse de un obscuro peso heredado del pasado.

> "Esta obra, si bien menos agradable, no por ello es menos indispensable para el bienestar de la humanidad. Así, pues, la ciencia de la civilización, al contribuir activamente como lo hace al progreso de la humanidad y a la destrucción de todo cuanto la mantiene encadenada, es esencialmente la ciencia de los reformadores." (Tylor 1878, II: 581)

En fin, de una manera más inmediatamente pragmática, el etnólogo tenía un papel que desempeñar en la empresa colonial llevada a cabo por Francia, primero desde mediados de siglo, en Argelia y Oceanía, y después, en una escala mayor en el último cuarto del siglo XIX, en África negra y en el Extremo Oriente. El estudio etnográfico de los pueblos indígenas que vivían en las regiones recientemente colonizadas o en curso de "pacificación" podía permitir identificar las diferentes etnias encontradas, delinear mejor sus reacciones, sus aptitudes específicas, sus debilidades (en particular los conflictos ancestrales entre tribus).

La utilización de todos estos datos no incumbía exclusivamente a los estudiosos que se declaraban "etnólogos": los geógrafos veían allí un medio de completar sus informaciones sobre las regiones sobre las cuales trabajaban; sucedía lo mismo, lo hemos visto, con los arqueólogos; los mismos historiadores no desdeñaban recurrir al material aportado por la etnografía; y se podría multiplicar así los ejemplos. Se comprende, pues, fácilmente, la moda fulgurante de que disfrutó la etnología, tanto en el seno de los medios científicos como ante los ojos de un público claramente más amplio, susceptible también de desempeñar un papel activo en el movimiento científico (médicos y oficiales de marina, diplomáticos, comerciantes, etc.). Es evidente que todas las motivaciones que hemos señalado no tenían razón de ser en el caso de los estudios que se realizaban sobre las civilizaciones precolombinas; en las clasificaciones raciales establecidas en el siglo pasado las civilizaciones antiguas del Perú estaban colocadas en un peldaño infinitamente más alto que, digamos, los hotentotes o los tasmanios (poblaciones a las que se hacía de buen grado referencia cuando se quería mencionar un grupo particularmente bajo en

la escala humana). Sin concederles, sin embargo, el mismo valor que a las civilizaciones egipcias o, *a fortiori*, greco-romanas, las civilizaciones andinas gozaban innegablemente de un prejuicio favorable. Desde entonces fueron objeto de una atención por completo diferente de la que se acordaba habitualmente a los pueblos exóticos. No obstante, el estudio de las antigüedades del Perú se inscribe claramente en el contexto científico al que acabamos de referirnos. En primer lugar, no podía sustraerse a las preguntas fundamentales sobre el origen del hombre: ¿era autóctono el hombre americano? Y si provenía de otras partes, ¿de dónde? ¿Con qué pueblos se hallaba relacionado? ¿Cuándo y cómo se estableció en el Nuevo Mundo? Otras tantas interrogantes que daban lugar a rudas discusiones entre monogenistas y poligenistas y, en el seno de cada "campo", a contiendas de escuelas de las que la literatura americanista conserva numerosas huellas. En segundo lugar, el Perú era el centro de todas las atenciones de parte de los etnólogos que se interrogaban sobre el fenómeno de la "civilización": ¿cómo un pueblo (los quechuas) tan aislado, perdido en medio de poblaciones que las crónicas españolas y los relatos de los exploradores describían como completamente salvajes y embrutecidas, había podido desarrollar una sociedad tan avanzada, que llegó incluso a fundar un imperio? Los partidarios del difusionismo veían en ello un argumento decisivo en su favor, en tanto que otros buscaban influencias más locales, o consideraban que si bien el germen era exterior, el florecimiento era puramente autóctono. Otros tantos debates en los cuales la arqueología americanista tomó parte.

EL ESTUDIO DEL PERÚ PREHISPÁNICO: TEMAS Y DEBATES

Durante siglos después del descubrimiento y colonización de América, el Perú no fue conocido en Francia sino a través de fuentes impresas indirectas. En primer lugar por la vía de crónicas contemporáneas de la Conquista, y después de la Colonia —obras de los primeros conquistadores, y más tarde de funcionarios o misioneros españoles y, en fin, de mestizos notables—. Algunas de estas obras, por lo demás, estuvieron pronto disponibles en traducción francesa,[7] o si no las versiones originales en español circulaban con bastante facilidad en los círculos eruditos.[8] En segundo lugar, el Nuevo Mundo fue pronto incluido,

[7] Si las *Nouvelles certaines des isles du Pérou*, publicado en Lyon en 1534, constituye un caso particularmente excepcional, se pueden mencionar otros textos famosos traducidos a lo largo del siglo XVI: una *Histoire de la terre neuve du Peru*, de origen anónimo en 1545; la *Histoire générale des Indes Occidentales*, de Acosta, en 1598; etc. La primera traducción francesa que conocemos de los *Comentarios reales*... de Garcilaso de la Vega es de 1633.

[8] Jean-Marie Goulemot señala la presencia de varias de esas obras españolas en los catálogos de venta de libros, en la primera mitad del siglo XVIII (J. -M. Goumemot: "Valentin

evidentemente, en las obras cosmográficas compuestas en el siglo XVI: las *Observations de plusieurs singularitez* de Pierre Belon (1553); *Les trois mondes* de Henri de La Popelinière (1582); el *Théâtre de l'Univers* del flamenco Abraham Ortelius (publicado en 1570 y traducido al francés en 1581). A falta de informaciones precisas y también porque estaba anclados aún en una tradición medieval, estas obras eran por lo general muy vagas y sus autores recurrían de buen grado a un imaginario producto de esta tradición literaria. Así, en su *Recueil sur la diversité des habits*, François Deserpz —quien sin embargo afirmaba que se limitaba a la estricta realidad de las observaciones hechas por personas dignas de crédito— mostraba todo un abanico de seres fabulosos: "el monje del mar", "el cíclope", el "mono de pie" (¡que podía encontrarse en el Perú!).[9] La imagen "dorada" del Perú, extraída de los testimonios de los primeros conquistadores, fue desde luego ampliamente utilizada por los compiladores, llevada de un sitio a otro y amplificada para complacer a lectores ávidos de lo "maravilloso": el "relato" de Vincent Leblanc (1649) es un buen ejemplo al respecto. Incluso en el siglo XVIII, en el cual, no obstante, se comenzaba a disponer de informaciones mejor controladas, numerosos editores cedieron a la tentación de acentuar —sobre todo en los grabados— la frondosidad o la extrañeza de seres y cosas (Duviols 1985: 74).

Los primeros testimonios directos sobre el Perú llegaron a Francia esencialmente a partir del siglo XVIII, en particular gracias a la brecha abierta por los comerciantes de Saint-Malo a principios de esa centuria. Aprovechando de este movimiento, algunos viajeros, si no "científicos" propiamente dichos, al menos muy eruditos y curiosos, se dirigieron al Perú y publicaron el resultado de sus observaciones (Feuillée 1714; Frézier 1716; Le Gentil 1727). Si la misión de los académicos a Ecuador, a mediados de siglo, llenó algunas lagunas de orden geográfico y astronómico, planteó al mismo tiempo un gran número de nuevas interrogantes. Las instrucciones "etnográficas" remitidas por el abad Barthelemy al botánico Joseph Dombey constituyen, en este sentido, una interesante ilustración de las modificaciones sobrevenidas tanto en la percepción que se tenía del Perú y de las fuentes documentales útiles, como en la manera de enfocar éstas. Barthelemy expresaba en ellas sobre todo la idea según la cual no debía acordarse una confianza absoluta a las crónicas españolas o a las tradiciones transmitidas por sus informadores indígenas. Al interrogarse sobre el origen geográfico de las enormes piedras utilizadas en la construcción de los monumentos antiguos del Cuzco, recomendaba a Dombey:

Jamerey Duval, campesino culto, lector de Garcilaso..." en: *La América Española en la Época de las Luces. Tradición e Innovación. Representaciones*. Madrid, Ed. de Cultura Hispánica, 1988: 375).

[9] F. Deserpz: *Recueil sur la diversité des habits qui sont de present en usage tant es pays d'Europe, Asie, Affrique et Isles Sauvages, le tout fait après le naturel*. Paris, Imprimerie de Richard Breton, 1567: ff. 29-30.

"Habría que conseguir dibujos exactos de estos edificios, así como las proporciones de esas piedras, e informarse si no habrían sido extraídas de una cantera vecina, pues quizás se supone, para acrecentar lo maravilloso, que fueron transportadas desde muy lejos." (Barthelemy 1821-22: 432-433).

Estas instrucciones ponían, pues, el acento sobre la observación directa, la toma de mediciones precisas, la compilación de mitos y cantos, el análisis de las lenguas vernáculas (análisis que, según el autor, podía revelar el secreto del origen de los pueblos americanos), y, por cierto, la recolección de antigüedades peruanas, a fin de tener un panorama de la industria y de las concepciones estéticas de los antiguos quechuas.[10]

No fue sino a partir de la independencia de las repúblicas sudamericanas que se pudo avizorar la efectiva realización de investigaciones *in situ*. De hecho, desde la apertura de las fronteras (y a veces incluso algunos años antes de la liberación efectiva del territorio), se pudo constatar la llegada de numerosos "viajeros" —mezcla de aventureros, de diplomáticos-espías, de hombres de ciencia— bajo los cielos andinos. Muy pronto las informaciones recogidas por estos viajeros, franceses o extranjeros, circularon en los medios interesados (políticos, comerciales o científicos), en primer lugar a través de los relatos directamente publicados, y luego a través de las vastas "colecciones de viajes"[11], de artículos que aparecían en diarios, revistas de vulgarización, órganos de sociedades de estudio, correspondencia entre estudiosos, o incluso por la vía de los congresos y otros encuentros entre científicos (a ejemplo de los *meetings* anuales de la *British association for the advancement of science*).

Sin duda las preguntas más incisivas giraron, en un primer tiempo, en torno a la identidad y el origen de los hombres que poblaron y, para algunos, civilizaron el Perú antes de la conquista española. Se puede hacer remontar las primeras tentativas de clasificación "científica" de los grupos humanos en el siglo XVIII a Buffon y Blumenbach. Pero fue sobre todo a partir del siglo siguiente que estas cuestiones fueron debatidas más viva y sistemáticamente, en tanto que la antropología se institucionalizaba y se convertía en tema de presiones científicas, filosóficas e ideológicas mayores. Queda desde luego fuera de nuestro propósito abordar esta página, tan larga y compleja, de la historia de las ciencias del hombre,[12] y nos limitaremos aquí a algunos hitos esenciales para comprender en qué contexto antropológico se sitúan los comienzos de la investigación

[10] Para el análisis de estas instrucciones, ver Riviale 2000a.

[11] Por ejemplo las *Nouvelles annales des voyages*, lanzadas por Malte-Brun a comienzos del siglo XIX.

[12] Para ello ver, por ejemplo, el conjunto de los trabajos de Claude Blanckaert (en el que se encontrará una muy abundante bibliografía útil para el tema).

arqueológica en los Andes. En 1839, el americano Samuel George Morton publicó su *Crania Americana*. Hasta entonces la mayor parte de las tentativas de clasificación de la humanidad se habían inscrito en una línea tradicional que, al mismo tiempo que establecía distinciones raciales, respetaba la idea del origen único del hombre. Con su obra, Morton abría una nueva vía que pronto ganó numerosos adeptos y conoció un desarrollo excepcional, tanto en los Estados Unidos como en Europa. El fisiologista había reunido una vasta colección de cráneos representativos de pueblos del mundo entero, a fin de llevar a cabo estudios "concretos" sobre las razas humanas. A partir de esos análisis y mediciones llegó a la conclusión de que no existía una sola especie humana, sino varias, con un nacimiento y un desarrollo independiente unas de otras. Los pueblos aborígenes del Nuevo Mundo se repartían en dos grandes familias: la familia "americana" (que agrupaba las ramas "apalache", "brasileña", "patagónica", "fueguina") y la familia "tolteca", que agrupaba las "naciones civilizadas de México, del Perú y de Bogotá" (Morton 1839: 85). Se puede constatar, a través de esta última anotación que, a pesar de que pretendió fundamentar sus conclusiones clasificatorias sobre datos estrictamente físicos (la forma y el volumen craneanos), las mismas se hallaban fuertemente influenciadas —por no decir dirigidas— por criterios de orden cultural. El estudio de los cráneos peruanos de su colección lo había llevado a concluir que dos poblaciones diferentes habían ocupado sucesivamente esta parte de los Andes: en primer lugar los "antiguos peruanos", después los "incas". Correspondió a James Barclay Pentland el honor de ser el primero que atrajo la atención de los estudiosos anglosajones sobre la primera raza, cuyos restos descubrió cerca del lago Titicaca (Pentland 1835). Al observar la forma extremadamente alargada hacia atrás de esos cráneos (que le parecía natural), Pentland pensaba haber descubierto una raza totalmente diferente y por cierto autóctona. Las mediciones realizadas sobre algunos de esos ejemplares por Morton había "confirmado" esta hipótesis: esos extraños cráneos poseían un innegable carácter de antigüedad; de ello se desprendía que había existido una raza "civilizadora" mucho antes de los incas.

El libro de Morton tuvo una acogida tanto más favorable en Francia por cuanto respondía a una expectativa de los naturalistas que, en la primera mitad del siglo XIX, se "convertían" en número creciente al poligenismo. Su identificación de una raza notablemente antigua en el Perú tuvo sin duda una resonancia particular entre los antropólogos franceses, incluso si las conclusiones que extraían iban más allá de las que había adelantado Morton. En una dinámica paralela de revelaciones sucesivas de pueblos salvajes hasta entonces desconocidos (como consecuencia de las grandes expediciones marítimas y de las primeras exploraciones en África ecuatorial), por una parte, y de los primeros trabajos sobre el hombre antediluviano, por otra, los antropólogos se vieron inducidos naturalmente

a comparar las informaciones recogidas en cada uno de esos dos campos. El hombre salvaje, incontestablemente diferente por su constitución del hombre moderno (blanco), y cuyo aspecto físico parecía ilustrar, según unos, la degeneración, la degradación del ser humano o, según otros, su frustrada maduración, era más que probable que representase un vestigio viviente de ese hombre simiesco cuyos restos se descubrían en las canteras, las minas o las turberas de Europa. De hecho, el tema del "negro", eslabón entre el mono y el hombre aparece, con mucho éxito, en los primeros decenios del siglo XIX (Blanckaert 2000: 34-36). En esta misma dirección intelectual, los restos craneanos descubiertos en las riberas del Rhin fueron comparados con los cráneos de "los caribes o de los antiguos habitantes del Perú o de Chile".[13] Postulado de partida que le sirvió a algunos autores para intentar precisar el origen primordial del hombre. Así el británico Hamilton Smith difundió la idea según la cual los cráneos descubiertos por Pentland en las mesetas del Alto Perú pertenecían a una raza extinta, ancestral, cuyo equivalente no era quizás incluso conocido en Europa en los períodos prehistóricos:

> "Comenzando por las formas más errantes, tenemos la forma americana, cuyo tipo forman los *Paltas Aturiens* o *Titicaca Flatheads* [cabezas chatas del Titicaca]. Es tan diferente que su origen común con las formas del Antiguo Continente no se ha establecido de una manera satisfactoria..." (Hamilton Smith 1847: 455).

Algunos descubrimientos arqueológicos contemporáneos tendían a confirmar la hipótesis según la cual los indígenas africanos o americanos podían muy bien asociarse con los primeros hombres, aparecidos antes del Diluvio:

> "Nos hemos enterado gracias al señor Coupery que se ha descubierto en Lock, en Inglaterra, al fondo de una turbera, siete canoas —en una de las cuales se encontraba una maza— en todo semejantes a las piraguas de los salvajes de América. Este hecho, del cual había ya un precedente en Lancashire, sumado a las cabezas de caribes halladas en los aluviones antiguos de muchas regiones de la época, tendería a probar que los primeros habitantes del globo pertenecían a esta raza, que ahora permanece confinada a la zona tórrida."[14]

Sin embargo, en 1839, Alcide d'Orbigny iba a poner en duda esta interpretación de los restos del lago Titicaca, al publicar *L'Homme Américain*, obra en la cual proponía una nueva clasificación de las razas sudamericanas. A partir de datos antropológicos, pero también culturales (las observaciones que realizó por sí mismo, completadas por textos de la Conquista y de la

[13] Ami Boué: "Résumé des progrès de la géologie en 1830 et 1831". *Bulletin de la Société Géologique de France* 1830-31, 2: 195 (citado por Blanckaert 2000: 34).

[14] Rozet: "Résumé des travaux de la Société Géologique de France et des progrès de la géologie..." *Bulletin de la Société Géologique de France* 1835, 6: X (citado por *Ibid*: 11).

Colonia), reconocía la existencia de dos grandes civilizaciones sucesivas en esta región del mundo. D'Orbigny identificaba la primera como la de los "aymaras" y, al contrario de sus predecesores, consideraba que la forma extraordinaria de su cráneo no era natural, sino que se debía a la práctica de deformaciones artificiales (en lo cual Morton lo seguiría dos años más tarde).

Si los escritos de Morton y los de Josiah C. Nott y George R. Gliddon[15] ejercieron una considerable influencia sobre la Sociedad Antropológica de París, dándole una orientación para sus primeros trabajos, esta institución adquirió por sí misma un aura considerable, en Francia y en el extranjero, haciéndose presente en todos los temas sensibles, animando y alimentando la reflexión sobre la historia natural del hombre: origen único o múltiple; características distintivas de cada raza (forma y volumen craneanos, color de la piel, naturaleza de los cabellos, ángulo facial, etc.); herencia de estos rasgos característicos, etc. Para contrarrestar las tesis poligenistas, sus adversarios (en el seno mismo de la Sociedad de Antropología o bien en el Museo de Historia Natural) se movilizaron para buscar argumentos decisivos en su favor: A, Retzius, L. A. Gosse, F. Prüner-Bey, A. de Quatrefages, figuran entre ellos.

Sería por cierto abusivo no ver los orígenes de la arqueología americanista sino a través del prisma de la antropología física, pero es un hecho que fue en este ámbito que la reflexión fue, en un primer tiempo, más activa y movilizadora. En tal situación, no hay motivo para sorprenderse, finalmente: a comienzos del siglo XIX la antropología contaba con una tradición relativamente antigua (desde el siglo XVIII), comenzaba a establecerse institucionalmente (si bien la disciplina no estaba representada, al menos era abordada de buen grado en la Academia de Ciencias, en la Facultad de Medicina, en el Museo de Historia Natural), era objeto de una abundante literatura y podía aplicarse indiferentemente a cualquier pueblo del globo. Este último argumento es importante, en lo que toca a nuestro tema de estudio, pues significa que no era necesario tener muchos conocimientos específicos sobre el mundo amerindio para estudiar la América precolombina bajo el ángulo antropológico. Ese fue, como se verá a lo largo de este libro, justamente uno de los mayores obstáculos con que tropezaron los eruditos deseosos de estudiar las sociedades nativas del Nuevo Mundo a través de sus costumbres, sus creencias y su cultura material. En ausencia de una escritura autóctona conocida (con excepción de la de los aztecas), se contaba con muy pocos documentos explícitos sobre estas sociedades, salvo los testimonios de los primeros conquistadores y las tradiciones compiladas indirectamente, cuya

[15] *Types of Mankind*. Philadelphia, Lippincott, Grambo, London, Trübner and Co., 1854, y *Indigenous races of the Earth*. Philadelphia, Lippincot and Co., London. Trübner and Co., 1857.

confiabilidad estaba lejos de ser satisfactoria. Sin embargo, la mayor parte de los primeros "americanistas" debió fundar sus primeros estudios sobre esas fuentes, con una falta, además, de sentido crítico que explica numerosos errores y fantasías en la interpretación de los restos (principalmente de parte de los miembros de la Sociedad de Etnografía, que pensaban encarnar la verdadera vía de la ciencia etnográfica y se consideraban como los únicos representantes del americanismo en Francia). De la misma manera, la lectura iconográfica y estilística de tales restos se revelaba en extremo difícil de efectuar en la medida en que había muy pocas personas que podían pretender conocer formalmente las culturas materiales amerindias, pues los arqueólogos y anticuarios tradicionales se habían especializado en Egipto, la antigüedad clásica, el arte medieval y, más raramente, las antigüedades orientales o nacionales, pero no por cierto en las Américas. Si buen número de ellos dieron sin embargo el paso y produjeron estudios sobre los monumentos prehispánicos, lo hicieron muy a menudo con métodos y principios de lectura heredados de la tradición clasicista. Se puede, es verdad, señalar la existencia de algunas empresas individuales, pero que por largo tiempo constituyeron sólo excepciones. Desde mediados del siglo XIX, Edmé Jomard predicaba el recurso al estudio específico de los objetos y de los monumentos para comprender las sociedades a que pertenecían: afirmaba la existencia de un "estilo" particular de América, pensaba estar en aptitud de distinguir un "estilo" peruano de un "estilo" mexicano, y ponía en guardia a los etnólogos contra los comparatismos entre civilizaciones, tan abusivos cuanto más parecían tentadores (en el caso de las pirámides de Egipto y de las huacas peruanas, por ejemplo). No fue sino en el último cuarto del siglo XIX que la etnografía "exótica" comenzó a salir de esta costumbre inveterada, en particular con la dinámica creada por la apertura del Museo de Etnografía del Trocadero, la influencia de autores extranjeros (Lubbock, Bastian, Tylor, etc.) y, posiblemente la nueva vía abierta por los sociólogos reunidos alrededor de Durkheim.

Cualesquiera que fuesen los métodos y los argumentos empleados, comenzó así, en el primer cuarto del siglo XIX, un largo debate sobre el "hombre americano", su naturaleza, su diversidad, sus orígenes; debate que reposaba no ya sobre consideraciones morales o filosóficas, como en tiempos de Cornelius de Paw, sino sobre criterios que pretendían ser firmemente científicos. Para ello, se iba a recurrir al estudio de muestras osteológicas y de restos de la industria antigua, a la medición y al dibujo de los monumentos, a la observación de las costumbres, a la comparación de los dialectos, etc. Otros tantos métodos y prácticas que, por divergentes, no dejaban de requerir, cualquiera que fuese la opción elegida, la recolección de materiales de estudio en el campo.

Capítulo II
EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE PARÍS

El Museo de Historia Natural es uno de los más antiguos establecimientos científicos franceses. Institución venerable, pero siempre activa, el Museo de Historia Natural desempeñó un papel constante en nuestro campo de estudios a todo lo largo del siglo XIX, incluso si el ingreso de las antigüedades peruanas dentro de sus muros fue, como vamos a ver, no tanto el resultado de un propósito específico sino una consecuencia indirecta de su acción. Concebido desde su fundación como un lugar de investigaciones tanto como de conservación, suscitó muy pronto el envío de viajeros por el mundo, al principio para recolectar plantas, y después, a medida que el ámbito de sus investigaciones se ampliaba, para reunir colecciones relativas a los tres reinos de la naturaleza. El estudio físico del hombre, presente en el Museo desde el siglo XVIII, debía escindirse en el XIX en varias ramas, para orientarse, entre otras, hacia la constitución de un ámbito de estudio específicamente consagrado a la antropología física.

Cuando el Museo se reabrió en 1793, después de su clausura al inicio de la Revolución Francesa, se asignó la cátedra de anatomía a Antoine Portal. El contenido de las lecciones que dictaba era extremadamente tradicional, hasta el punto de que a la muerte de su titular, se puso en duda la continuación de la cátedra. Nombrado en su lugar en 1832, Pierre Flourens acometió la redefinición de su objeto de acuerdo a dos ejes: la anatomía comparativa, por una parte, y la historia natural del hombre y la clasificación de las razas, por otra. Esta nueva orientación iba a precisarse con Etienne Serres, que retomó en 1839 la cátedra, titulada entonces "Anatomía humana e historia natural del hombre". Fue, en fin, con el ingreso de Armand de Quatrefages, que tomó su título definitivo de "Antropología".[1]

Tanto la enseñanza como la investigación en este ámbito descansaban en gran parte sobre el estudio y la comparación de especímenes humanos.

---

[1] Sobre el comienzo de la enseñanza de la antropología en el Museo, ver Blanckaert 1998.

El desarrollo tomado por esta disciplina implicaba, en consecuencia, el recurso a colecciones siempre más diversificadas y más importantes.[2] Para aumentar sus fondos, el Museo de Historia Natural apeló con frecuencia, desde luego, a las donaciones y a la participación de todos los viajeros. Sin embargo, para mejorar la eficacia de algunas de sus exploraciones, y para responder más precisamente a sus necesidades, la institución adoptó diversas estrategias (que funcionaban sin embargo de modo paralelo, y a veces conjuntamente). Nos vamos a ocupar aquí de ellas.

LA ESCUELA DE JÓVENES NATURALISTAS Y EL FONDO DE VIAJEROS

La escuela de jóvenes naturalistas

Cuando fue creado el Jardín del Rey, no disponía de fondos propios para la búsqueda de "objetos curiosos", y no tuvo, por ello, otro recurso para enriquecer sus colecciones, que apelar a la buena voluntad de los viajeros que partían a lo lejos, y más tarde, a iniciativa de Buffon, a establecer contactos regulares con los funcionarios de las colonias. Sin abandonar jamás este canal "paralelo" (que, al contrario, y como veremos más adelante, será desarrollado e institucionalizado con el sistema de "corresponsales del Museo"), el Jardín —convertido en Museo de Historia Natural en 1793— formuló pronto el proyecto de organizar de manera oficial e independiente viajes científicos que surgieran de sus propios servicios. Para tal efecto se decidió el 20 de febrero de 1819 la creación en el seno del Museo de una "Escuela de jóvenes naturalistas destinados a viajar por los diversos climas, y a recolectar las producciones útiles o interesantes de la naturaleza."[3]

En un primer tiempo, sólo se admitió a seis alumnos: "dos zoólogos" y anatomistas; dos botánicos y agricultores; dos mineralogistas y geólogos."[4] Desde luego que en un marco semejante había, *a priori*, pocas posibilidades para que la arqueología o la etnografía del Nuevo Mundo estuviesen muy representadas; pero no se trataba sino de un marco administrativo teórico, pues como el destino y los objetivos de los viajes se dejaban a la elección de los profesores del Museo, les era fácil efectuar las recomendaciones necesarias, por poco que les interesara el tema de las antigüedades peruanas:

> "Artículo 11: Los profesores administradores designarán a cada viajero las regiones a las que deberá dirigirse, y le darán las instrucciones sobre los objetos y las informaciones que deberá recoger."[5]

[2] Para este aspecto ver sobre todo N. Dias, 1989.

[3] "Reglamentos relativos a los viajeros naturalistas". Archivos Nacionales, París: AJ15 565.

[4] *Ibid.*

[5] *Ibid.*

Debía haber ya en los recintos del establecimiento algunos candidatos a la aventura en preparación, porque en el mes de mayo siguiente el ministro Decazes escribía a los profesores del Museo recordándoles que de acuerdo al artículo 4 del Reglamento de la Escuela "aquéllos que resulten suficientemente instruidos podrán ser enviados de inmediato a su destino".[6] Como consecuencia de lo cual el ministro autorizó a tres jóvenes naturalistas a partir, uno a la isla de Burbón, otro a Manila y el tercero al Mar Negro; en tanto que en el mismo momento se escogía a los seis primeros alumnos de la Escuela. Este intento había de cambiar brusca y rápidamente, pues, si creemos a Milne-Edwards, los tres primeros naturalistas enviados en misión (Havet, Plée y Godefroy) murieron en el extranjero, de enfermedad o por violencia, y "la escuela se quedó sin alumnos" (Milne-Edwards 1893: 10).

Alcide d'Orbigny y el fondo de viajeros-naturalistas

Para el buen funcionamiento de la escuela, se asignó al Museo un fondo especial de 20 000 francos, deducido de los fondos destinados a los "estímulos", en el capítulo 5 del presupuesto del Ministerio del Interior,[7] y renovado cada año. A pesar del cierre de su escuela, el Museo consiguió conservar este fondo especial, con la posibilidad de emplearlo de manera más flexible. Así, fue destinado a dos objetivos mayores: el financiamiento de misiones al extranjero, y la adquisición de colecciones (por la vía de compras propiamente dichas o el reembolso de los gastos de envío ocasionados a los corresponsales).[8]

Gracias a este fondo especial el Museo estuvo en aptitud de organizar o, al menos, de participar financieramente en un gran número de misiones a América del Sur. En lo que concierne más particularmente al Perú, su más notable beneficiario fue, sin la menor duda, Alcide d'Orbigny: y la palabra beneficiario es la que corresponde, en la medida en que parece que d'Orbigny no tomó ninguna parte activa en la concepción de su viaje inicial a América del Sur; su mérito principal —y ello es aquí primordial— fue el de saber maravillosamente improvisar, siendo así que su formación

[6] Carta de Decazes al Museo (París, 14 de mayo de 1819), Archivos Nacionales, París: AJ15 565.

[7] El capítulo relativo al Museo fue pronto incluido en el presupuesto del Ministerio de Instrucción Pública: además de los fondos de funcionamiento, el Museo se benefició, a lo largo de todo el siglo XIX, de una suma —muy fluctuante— denominada "fondo de viajeros". A esta suma, que oscilaba, según los años, entre 7 000 y 25 000 francos (de acuerdo a las restricciones o modificaciones presupuestales), se añadieron un crédito titulado "subvenciones diversas" (a partir de 1871), así como otro de "becas de estudio" (a partir de 1882).

[8] El estudio atento de la correspondencia y de los documentos contables relativos a ese "fondo de viajeros" muestra que con frecuencia no se efectuaba una distinción muy precisa entre los gastos reales de las misiones y la compra de objetos de historia natural a viajeros o corresponsales —siendo así que la mayoría de las misiones estaban, por lo demás, esencialmente destinadas a "reunir colecciones"—. (Archivos Nacionales, París: F 17 3971 a 3973)

científica lo había preparado muy poco para semejante viaje. El proyecto de esta misión debe atribuirse más bien a los profesores-administradores del Museo, que supieron utilizar una ocasión favorable —ajena por completo a la ciencia— que se les presentó[9]: una sociedad minera inglesa, instalada hacía poco en Potosí, había propuesto al Museo de Historia Natural de París recibir a uno de sus naturalistas y de hacerle aprovechar sus contactos en el lugar. Ignoramos por completo qué tipo de relaciones podían existir entre esta sociedad minera y los medios científicos para que se formulase semejante propuesta (quizás por intermedio de un ingeniero de minas británico, que mantenía correspondencia con la entidad parisina); el asunto es que los administradores del Museo aprovecharon la oportunidad y elaboraron un plan de viaje, sometido pronto al Ministro del Interior. El contenido de la solicitud al ministro muestra con elocuencia la atracción que podía constituir el Perú, recientemente separado de la Corona de España, y abierto en fin a los extranjeros:

> "Entre los diversos países, todavía en gran número, que sería importante explorar en interés de la historia natural, el Perú y Chile pueden ser colocados en primera fila, en todo sentido. La parte de América meridional que ocupan estas dos vastas regiones no ha sido visitada aún sino por un número muy pequeño de viajeros, y sus exploraciones, por lo demás asaz incompletas, se remontan ya a una época muy alejada.
>
> Convencidos de las ventajas que no podría dejar de tener para la ciencia y para el Museo un viaje de historia natural a un país tan rico y tan poco conocido, esperábamos desde hace largo tiempo la ocasión de enviar allá con seguridad a un viajero sobre cuyo celo y talento pudiésemos contar. Esta ocasión, señor, acaba de presentarse."[10]

Para desempeñar esta misión, el Museo propuso el nombre de Alcide d'Orbigny, hijo del naturalista Charles d'Orbigny, y ya bien conocido en los medios científicos por sus trabajos sobre la fauna marina. La duración de la misión se fijó originalmente en tres años, y para llevarla a cabo se asignó a Alcide d'Orbigny la cantidad anual de 6 000 francos, provenientes del "Fondo de viajeros naturalistas".[11] Si bien es verdad que la competencia científica de d'Orbigny era reconocida unánimemente, sus trabajos precedentes sobre los moluscos de las costas de Francia no podían ser

[9] Semejante interacción de lo político, lo científico y el azar iba, por lo demás, a constituir una de las principales constantes de la investigación científica en el siglo XIX. Tendremos ocasión de mencionar más adelante otros ejemplos al respecto.

[10] Carta de la Administración del Museo al Ministro del Interior (París, 25 de noviembre de 1825). Archivos Nacionales, Paris: F 17 3976.

[11] *Ibid.* A pesar de que la cantidad asignada por el Museo fuese proporcionalmente considerable (cerca de un tercio de los créditos disponibles para este fondo), d'Orbigny la consideró insuficiente para el éxito de su expedición, así que buscó al Duque de Rivoli, el cual le concedió una beca anual de 3 000 francos hasta 1830.

suficientes, ciertamente, para prepararlo para un viaje como éste. En consecuencia, los profesores del Museo emprendieron la tarea de proporcionar al futuro explorador una formación global susceptible de "rentabilizar" el viaje al máximo, y satisfacer así las esperanzas de todos y cada uno. Para ello, la administración del Museo, preocupada quizás por respetar un proceder interno que había servido poco hasta entonces, confirió a d'Orbigny un status que parecía sin embargo haber desaparecido desde hacía muchos años, esto es el de "alumno-naturalista":

> "A fin de que el viaje del señor d'Orbigny sea más provechoso, y en vista de que no partirá sino hacia el mes de abril de 1826, debiendo emplear este período en prepararse para ese efecto, y a enterarse de lo que posee y puede desear este Museo, en producciones de esas partes de América meridional, será considerado de ahora hasta ese momento [...] como alumno naturalista del Museo, conforme al reglamento del 10 de febrero de 1819, sobre la Escuela de Naturalistas Viajeros."[12]

Como manifestó el propio d'Orbigny (1835-1845, I: 5), viajeros como Humboldt, Quoy, Gaimard, Lesson, vinieron a darle información sobre sus experiencias, para preparar de modo más concreto esta exploración. La formación proporcionada por los profesores del Museo no versaba sino sobre historia natural propiamente dicha, aunque desde luego las cuestiones científicas sobre América del Sur no se limitaban a ese solo campo: los monumentos dejados por los antiguos señores del Perú no representaban uno de los intereses menores del país; sin embargo, no parece que la administración del Museo hubiese expresado en esta ocasión una preocupación particular por el ámbito de la arqueología. El Museo sin duda estimaba que el estudio de las antigüedades no formaba parte de su competencia y delegaba de buen grado sus atribuciones en la materia a la Academia de Ciencias o de Inscripciones, o a alguna otra institución.

En tal circunstancia, fue Alexandre Brongniart, por entonces Director del Museo de la Manufactura de Sèvres, quien tomó la iniciativa de contactar a d'Orbigny para darle instrucciones particulares:

> "Le he solicitado reunir para las colecciones cerámicas de Sèvres todas las piezas de cerámica que podrían instruirnos sobre el estado de las artes cerámicas, tanto entre los indígenas antes de la conquista, como en los tiempos modernos."[13]

Como veremos más adelante en el capítulo consagrado a la Marina (a propósito del viaje de Laplace en *L'Artémise*), Brongniart tenía la costumbre de recurrir a la buena voluntad de los viajeros para enriquecer

[12] *Ibid.*

[13] Carta de Brongniart a Montalivet (Sèvres, 28 de marzo de 1834). Archivos del Museo de Sèvres: expediente d'Orbigny.

su museo; se trataba, para él, de reunir la documentación material más representativa que fuese posible de las diversas técnicas cerámicas utilizadas en el mundo. El ministro del ramo avaló la solicitud del director del museo, y le encomendó por tanto a d'Orbigny efectuar investigaciones sobre las antiguas civilizaciones del Perú:

> "El Señor Ministro de la Casa del Rey ha dado, por carta del 1° de mayo de 1826, las mismas instrucciones al Señor d'Orbigny, ampliándolas sin embargo a todo lo que podría relacionarse con la historia de esos pueblos, con sus artes, sus costumbres, sus monumentos religiosos."[14]

Premunido de todas estas instrucciones, d'Orbigny se dirigió a Brest para embarcarse en la corbeta de carga *La Meuse* y abandonó el puerto el 31 de julio de 1826, para desembarcar en Rio de Janeiro dos meses más tarde. Apenas llegado, pudo darse cuenta de la amplitud de la tarea que le esperaba en este continente, tan rico pero todavía tan poco conocido: los tres años inicialmente previstos para la duración total de la misión fueron dedicados únicamente a la exploración del cono sur (Paraguay, Argentina, Patagonia). Los primeros resultados aportados por d'Orbigny (principalmente el envío en 1829 de cerámicas fabricadas por los indios guaraníes) fueron suficientemente convincentes para que el Museo de Historia Natural propusiera la prolongación de su misión, así como un consecuente aumento de su sueldo.

Después de una breve estadía en Chile, d'Orbigny se dirigió a fines de mayo de 1830 a Bolivia, para continuar allí sus investigaciones —a invitación expresa del general Santa Cruz—. Hasta entonces sus estudios habían estado esencialmente consagrados a la historia natural; sin embargo, con ocasión de sus estancias en el Gran Chaco y en Patagonia, el naturalista había podido tomar nota de la diversidad de las tribus indígenas, y se había dedicado a definir las características de cada una de ellas. En el curso de su larga permanencia en Bolivia (que debía extenderse a tres años), d'Orbigny se esforzó en reunir una masa considerable de datos sobre el "Hombre Americano": recorriendo sucesivamente las provincias de Yungas, Sica-Sica, Santa Cruz (en los confines del Brasil y del Paraguay), d'Orbigny encontró numerosas tribus hasta entonces casi desconocidas, no vacilando en compartir su vida durante varios meses para poder observarlas. Sin ninguna preparación para este tipo de estudio, el naturalista logró, sin embargo, elaborar progresivamente un sistema de análisis adaptado a este trabajo de un tipo tan nuevo para él:

> "Iluminados por la comparación, mis ideas, en un comienzo confusas, clasificaron poco a poco esos hechos aislados, agrupándolos de acuerdo a su mayor o menos analogía." (citado por Rivet 1933: 18)

[14] *Ibid.*

Frente a un mundo indígena desconocido y apasionante, el naturalista se convirtió en etnólogo; acordándose quizás de las recomendaciones de Brongniart o, con más seguridad, adaptándose a las circunstancias, el etnólogo no tenía que franquear sino un paso para convertirse en arqueólogo. Ya con ocasión de un primer y breve paso por el Perú, antes de dirigirse a Bolivia, d'Orbigny había tenido oportunidad de efectuar una excavación en los alrededores del Morro de Arica:

> "Me enteré de que se habían hallado allí muchas tumbas de los antiguos indígenas, y sabido es cuánto interés presentan las huellas ignoradas de un pueblo poco conocido. Vi, en efecto, en la arena, a una decena de metros por encima del nivel del mar, un gran número de cuerpos que había puesto al descubierto la búsqueda de tesoros escondidos. Esas momias naturales, muy bien conservadas, están ennegrecidas y son muy duras. Tuve también la satisfacción de descubrir, en una excavación, una de esas tumbas aún no abierta." (d'Orbigny 1835-1845, 2: 359)

Durante esa misma excavación dedujo la presencia de lugares habitados antiguos, de acuerdo a la naturaleza de los restos diseminados en el sitio (montones de conchas); d'Orbigny dio prueba con ello de una efectiva preocupación de observación arqueológica, poniendo en acción su formación de naturalista y no limitándose a la búsqueda del "objeto bello".

Sin embargo, fue en Bolivia que el viajero del Museo debía experimentar las "emociones arqueológicas" más intensas; sobre todo cuando, a fines de su periplo boliviano, visitó unas *chullpas* situadas en la provincia de Carangas:

> "Hasta entonces, en mis viajes, yo no había hallado ningún rastro de antigüedad. Nada que se remontase más allá de la época actual; es por ello que experimenté una verdadera sensación de felicidad al encontrar en esa misma jornada las *apachitas*, piedras esculpidas, y las *chullpas*; se trataba al menos de monumentos históricos, signos seguros de que un hombre poco civilizado había existido en este suelo." (*Ibid*: 375)

Realizó unas rápidas excavaciones en Carangas, después en Crucero, pero en la mayoría de los casos se trataba de tumbas ya saqueadas, y no pudo recoger sino unas pocas antigüedades (*Ibid*, 3: 329). Volvió en seguida a La Paz para clasificar allí y embalar las colecciones que había reunido durante esos tres años en Bolivia, luego de lo cual se dirigió a Tiahuanaco, donde tuvo ocasión de contemplar un cierto número de monumentos prehispánicos todavía poco afectados por la gran ola de turismo arqueológico que había de producirse algunos años más tarde (Rivet 1933: 23). Antes de dejar esos sitios dibujó diversos monumentos y recogió algunos fragmentos de escultura (d'Orbigny 1835-1845, 3: 341), así como objetos de metal (*Ibid*: 346). Esos fueron sus últimos trabajos arqueológicos en suelo boliviano. A fines de junio de 1833 dejó La Paz para pasar al Perú.

La estancia de d'Orbigny en este país fue bastante corta, y no tuvo ocasión de visitar ningún sitio mayor, a pesar del interés que le animaba:

> "Habría deseado, por ejemplo, dirigirme al Cuzco, para ver la antigua capital de los Incas y recorrer sus monumentos, pero para ello me habría sido necesario abandonar mis colecciones, que yo quería acompañar en persona hasta el navío." (*Ibid*: 335)

Colocado ante esa cruel disyuntiva, se dirigió entonces a Tacna, y después a Arica, a fin de encontrar un barco que le permitiese subir hasta el Callao. Consagró sólo unos días a rápidas exploraciones en torno a Arica; se embarcó el 25 de julio en un buque de Burdeos, *Le Philanthrope*. Una corta escala en Islay le permitió efectuar un reconocimiento de los lugares, antes de arribar al Callao el 14 de agosto. *Le Philanthrope* debía permanecer en la rada del Callao cerca de tres semanas. D'Orbigny aprovechó la ocasión para proseguir sus excursiones por los alrededores de la capital, ayudado por una ayuda inesperada. En efecto, en la misma rada se hallaba *Le Griffon*, nave de la Estación Francesa del Pacífico, comandada por Du Petit-Thouars:

> "Encontré a bordo del *Griffon* toda la ayuda imaginable para mis excursiones de historia natural, y la más amable sociedad en su digno capitán y todos sus oficiales." (*Ibid*: 402)

Era en fin el momento para d'Orbigny de abandonar definitivamente los cielos peruanos: *Le Philanthrope* dejó el Callao el 3 de septiembre de 1833, para pasar, cinco meses más tarde, por la desembocadura del Gironda, el 2 de febrero de 1834.

En definitiva la permanencia de d'Orbigny en el suelo peruano propiamente dicho había sido muy corta: de los 7 años que duró su expedición, el naturalista no pasó más de 3 meses en el Perú (de fines de abril a fines de mayo de 1830; más tarde de julio a comienzos de septiembre de 1833). ¿Por qué entonces haber hablado tan largamente de esta misión? Porque los resultados de este viaje fueron considerables y sirvieron por mucho tiempo de referencia para las investigaciones francesas en América del Sur. En efecto, d'Orbigny era uno de los primeros viajeros científicos franceses desde hacía mucho tiempo que permaneció por tan largo período en América del Sur: la diversidad, y la impresionante cantidad de datos recogidos por el naturalista constituían, ya por sí solas, un gran acontecimiento en los medios científicos franceses, incluso europeos. Además, d'Orbigny afirmó la fama de sus trabajos al dar a conocer, a través de numerosas publicaciones, una obra magistral que debía marcar por largo tiempo una ciencia americanista todavía embrionaria.

No bien hubo regresado a Francia, d'Orbigny se dedicó a publicar el relato de su *Voyage dans l'Amérique méridionale*. El conjunto comprendía siete tomos (tres consagrados a la parte histórica del viaje, y cuatro a las diversas disciplinas abordadas por el naturalista en el curso de su exploración: zoología, botánica, geología, etc.) y dos atlas. D'Orbigny, lo hemos subrayado, era zoólogo de formación y se había especializado en el estudio de los moluscos del litoral francés; sin embargo, en el curso de su viaje a América, supo sobrepasar ese marco algo restringido y dio prueba de una brillante amplitud de espíritu. Es verdad que se había beneficiado, antes de su partida, de una preparación general en el Museo de Historia Natural de París que le permitió abordar los campos más diversos, pero fue mucho más lejos de las esperanzas de sus maestros. Como anotaron los administradores del Museo al proponer a d'Orbigny para esta exploración, eran muy pocos los viajeros que habían estudiado hasta entonces el continente sudamericano en el plano científico. La falta de informaciones de primera mano había dado lugar hasta entonces a la publicación de consideraciones no confirmadas, en las que a menudo el mito se mezclaba con la realidad. La notable suma de colecciones y de observaciones recogidas por d'Orbigny iba a constituir, en fin, una base de datos más seria para las investigaciones posteriores. Así, en 1839, el naturalista publicó —como anexo al resto de la serie (tomo 4 del relato de su viaje)— una obra titulada *L'Homme Américain considéré sous ses rapports physiologiques et moraux* [El hombre americano considerado bajo sus relaciones fisiológicas y morales]. No se trataba, es verdad, del primer ensayo de ese género consagrado a los indígenas del Nuevo Mundo, pero, en cambio, el libro constituía una de las primerísimas tentativas de síntesis, con pretensiones científicas, de los conocimientos que se tenía de los pueblos aborígenes (vivientes o desaparecidos) de América del Sur, realizada a partir de datos de primera mano. En efecto, d'Orbigny recurrió, ciertamente, a textos contemporáneos de la Conquista y de la Colonia, pero además a sus propias observaciones en el terreno y a las mediciones efectuadas en los cráneos coleccionados durante su viaje. Esta puesta al día etnológica[15] ejerció una influencia considerable en la investigación americanista —tanto en Francia como en el extranjero—. Así, poco tiempo después de la publicación de su ensayo *Crania Americana* (1839), Samuel G. Morton revisó algunas de sus propias afirmaciones, sobre todo las relativas a las deformaciones craneanas que, en un primer momento, había supuesto de

[15] En el sentido que le daba en esta misma época William Edwards: estudio de los caracteres distintivos de las razas, tomando en cuenta tanto los rasgos físicos como las especificidades lingüísticas y culturales de cada pueblo. El título de la obra del explorador se hace eco, por lo demás, de la definición que dio Edwards a la disciplina: "conocimiento del hombre bajo las relaciones de lo físico y de lo moral". Esta relación es sin duda tanto menos accidental pues d'Orbigny era miembro de la Sociedad Etnológica, fundada el mismo año por Edwards.

origen natural.[16] Después de la lectura de la obra de d'Orbigny, reconoció la naturaleza artificial de esas deformaciones:

> "En mi trabajo sobre los cráneos americanos (*Crania Americana*) he expresado la opinión según la cual las cabezas de los antiguos peruanos ["the ancient Peruvians"] eran por naturaleza mucho más alargadas y que, en este aspecto, diferían de las de las poblaciones incas ["the Inca peruvians"] y de las naciones circunvecinas; [...] Aprovecho la ocasión para desistir de ella. En el *American Journal of Science* de marzo de 1840 informé, en una breve nota, de este cambio de opinión; y ahora reitero mis conclusiones, maduradas en función de hechos positivos tomados del trabajo del distinguido viajero y naturalista, señor Alcide d'Orbigny."[17]

Debía igualmente seguirle en su identificación del tipo "aymara", tal como d'Orbigny lo había definido en el plano físico así como en el cultural, y al cual, sobre todo, le había devuelto la paternidad de las estructuras monumentales y funerarias situadas en las riberas del Titicaca, en las cuales se habían descubierto sus esqueletos.[18] El paleontólogo distinguía así la raza aymara de la quechua: "ella difiere por la lengua, la costumbre de aplanarse la cabeza y por la construcción de sus tumbas" (d'Orbigny 1839, 1: 328). De hecho, aun si reconocía la existencia de una raza civilizada anterior a la llegada de los incas, en ningún momento en sus *Crania Americana*, Morton había pronunciado la palabra "aymara", y no se refería a estos individuos sino bajo el nombre de "Primitive Peruvians", sin distinguir claramente la identidad ni los límites de su territorio.

En un plano más estrictamente material, el viaje del naturalista fue igualmente un éxito, ya que además de las considerables colecciones zoológicas, botánicas y geológicas, d'Orbigny llevó diversos especímenes antropológicos y arqueológicos. Los primeros debían ser entregados al Museo de Historia Natural de París,[19] mientras que los segundos estaban destinados, como se había convenido, al Museo de la Manufactura de Sèvres. Hemos visto no hace mucho de qué manera Brongniart había pedido

---

[16] Se había referido por entonces a una comunicación leída por J. B. Pentland en 1834 sobre los cráneos que había descubierto en los alrededores del lago Titicaca (Pentland 1835: 624).

[17] Morton 1841: 35 (la traducción es de la versión francesa: N. del T.).

[18] Mientras que otros autores consideraban que lo único que habían hecho era utilizar nuevamente edificios construidos por un pueblo anterior, poco claramente identificado. No por ello la polémica no debía cerrarse pronto: lo veremos cuando tratemos de las instrucciones que estableció para el Perú la Sociedad de Antropología de París.

[19] Pero los cráneos antiguos recolectados por el naturalista no parecen provenir sino de Bolivia: provincias de Carangas y de Muñecas y alrededores del lago Titicaca. Estos cráneos hacen todavía parte de las colecciones del Laboratorio de Antropología del Museo de Historia Natural de París.

al viajero recolectar "todas las piezas de alfarería que podrían enseñarnos sobre las artes cerámicas...". De hecho, al retorno del estudioso, el director del museo tuvo que admitir que había cumplido de modo brillante con ese cometido:

> "Este viajero se halla en fin de regreso de su largo y peligroso viaje, y ha traído consigo un gran número de objetos de antigüedades peruanas, chilenas, etc., entre las cuales figuran muchas piezas de alfarería interesantes por la diversidad de su pasta, sus formas singulares y una fabricación difícil en algunos casos por sus dimensiones muy considerables. Objetos todos muy notables tratándose de pueblos que no conocieron el uso del torno..."[20]

Las piezas reservadas para el Musée de Sèvres fueron adquiridas mediante un crédito especialmente abierto para el caso; pero la compra, efectuada en una época en que las antigüedades prehispánicas no tenían ningún valor comercial particular, era más bien un gesto simbólico (reembolso de ciertos gastos al viajero) más que evidencia de una realidad comercial cualquiera:

> "He escogido más o menos 20 piezas [...] y tengo el honor de proponer su adquisición para el Museo Céramico de la Manufactura.
>
> Como no se trata de establecer aquí el valor comercial de dichos objetos, sino de contribuir a completar la historia de las artes cerámicas, de recompensar el celo, la inteligencia y el cuidado del señor d'Orbigny y de retribuirle, tanto como sea posible, por los trabajos y gastos que acarrea el transporte de piezas tan voluminosas, tan frágiles, como son estos vasos [...] he creído poder evaluar en 1 000 francos la suma que me parece conveniente asignar al señor d'Orbigny."[21]

A través de la lectura de esta correspondencia, se puede medir la gran responsabilidad de Brongniart en el aspecto arqueológico de la misión de d'Orbigny; pero sin las recomendaciones del director del Museo de Sèvres, ¿habría el naturalista llevado consigo, de todo modos, antigüedades prehispánicas? Hay ciertos elementos que nos permiten pensar que el papel de Brongniart no fue tan absoluto como parecería: si d'Orbigny no parece haber recibido una cierta preparación científica en materia de arqueología, están allí sus trabajos etnológicos para probar que a veces sabía improvisar de modo notable; además, el viajero no se contentó con aplicar *stricto facto* las instrucciones de Brongniart, pues éste le había pedido llevar especímenes ceramológicos, sino que hizo mucho más, al dibujar diversas antigüedades que encontró en su camino, levantando planos de

[20] Carta de Brongniart (25 de marzo de 1834). Archivos del Museo de Sèvres: expediente d'Orbigny.

[21] *Ibid.*

monumentos, recolectando objetos líticos, herramientas de metal, telas...[22]

¿De dónde procedían las piezas recolectadas por d'Orbigny, y cómo las consiguió? No parece casi posible, en nuestros días, determinar los orígenes de su colección en conjunto, ya que ésta se vio, sin duda, progresivamente dispersada después del fallecimiento del naturalista.[23] Es posible, sin embargo, hacerlo en lo que concierne a las piezas que subsisten actualmente en el Museo de la Manufactura de Sèvres: de veintiún piezas actualmente registradas, diez procederían de Bolivia, nueve del Perú, una de México, y la última de un sitio indeterminado. Si una buena parte de las antigüedades bolivianas fue, probablemente, hallada por el mismo d'Orbigny en el curso de sus excavaciones (Carangas, Viloma, Crucero, Tiahuanaco, Isla de Quebaya, en el lago Titicaca), no se podría decir lo mismo de las piezas peruanas, ya que la única excavación a que se refiere explícitamente el viajero se sitúa con ocasión de su paso por Arica; las demás procedencias nos son proporcionadas por un documento contemporáneo del ingreso de los ceramios al Museo,[24] y son las siguientes: Zapa (cerca de Tacna), Cuzco, Lurín, Lima, Paita. Si bien parece verosímil que d'Orbigny haya recogido personalmente las piezas provenientes de Zapa, Lurín y Lima, no sucede lo mismo con las que procedían "de las antiguas tumbas de los Incas del Cuzco" o de los "alrededores de Paita".[25] La presencia de esas piezas en la colección del viajero, siendo así que éste no había estado ni en el Cuzco ni en Paita (y menos aún en México), se explica por las diferentes compras que efectuó en el curso de su periplo. Recurrió muchas veces a este recurso para completar el producto de sus propias excavaciones, como cuando se hallaba en Carangas:

> "Mis investigaciones de toda la jornada no me procuraron sino unas pocas antigüedades; pero [...] me fue posible, gracias a la cortesía del cura y del alcalde, comprar algunas a los indios." (d'Orbigny 1835-1845, 3: 329)

Pero fue probablemente en Chuquisaca que el naturalista realizó sus adquisiciones más importantes, gracias a una circunstancia excepcional:

"Uno de los últimos obispos de La Plata, el Señor Mojo, había sido obispo

[22] Una nota del Boletín de la Sociedad de Geografía evocaba de este modo los resultados del viaje de d'Orbigny: "... los objetos materiales que ha traído son numerosos: armas, telas, herramientas, instrumentos, vestidos, etc." (*B. S. G.* 1834, segunda serie, I: 248). Además, Brongniart no escogió sino sólo unas cuantas piezas de cerámica, y las demás fueron conservadas por d'Orbigny hasta su muerte —prueba de que esas antigüedades revestían para él alguna importancia—. Para mayores detalles sobre esta colección, ver en anexo las noticias relativas a d'Orbigny y Liesville.

[23] A la muerte de d'Orbigny, en 1857, su colección fue adquirida por un tal A. R. de Liesville, después de lo cual se pierden sus huellas (Riviale 2000b).

[24] "Lista de los vasos antiguos de América meridional que el señor Brongniart ha reservado" (Sèvres, marzo de 1834). Archivos del Museo de Sèvres: expediente d'Orbigny.

[25] *Ibid.*

> de México, donde su gusto por la historia natural y por las antigüedades le había inducido a reunir un buen número de objetos curiosos. En Chuquisaca aumentó su colección de productos y antigüedades del país. A su muerte, esos objetos se dispersaron, a pesar de lo cual quedaba aún una gran cantidad. Yo los vi, y le hablé de ellos al presidente [Santa Cruz] a su retorno, y para gran contento de mi parte obtuve esos preciosos materiales de la historia americana." (*Ibid*: 283)

He allí sin duda la vía por la cual d'Orbigny se procuró la mayor parte de las piezas peruanas remitidas después al Museo de Sèvres.[26] Este, por lo demás, no había hecho sino utilizar un procedimiento ya muy corriente y que debía intensificarse a lo largo del siglo, con el desarrollo conjunto de la investigación americanista y del turismo arqueológico.

Los demás viajeros naturalistas

El viaje de d'Orbigny constituyó la participación más notable del Museo a la investigación francesa en el Perú; podríamos decir incluso que fue casi el único viaje, de los que nos interesan, organizado y supervisado enteramente por esta venerable institución. Esta constatación se explica fácilmente: el "fondo de viajeros" llegaba, en los mejores años, a unos 20 000 francos. Con ello, el Museo de Historia Natural, centro de investigaciones pero también de conservación, debía financiar viajes de estudio a los cuatro rincones del mundo y, paralelamente, efectuar adquisiciones que se relacionaban con los diferentes reinos de la naturaleza. En estas condiciones, los profesores-administradores del Museo se veían obligados a distribuir parsimoniosamente sus magros recursos, la mayor parte de las veces en función de oportunidades particulares (presencia del candidato en el lugar, participación financiera de otro organismo, etc). Al recurrir a este sistema de "estímulos" y de "co-financiamientos", el Museo consiguió motivar o supervisar un gran número de viajes a través del mundo y, sobre todo, a América del Sur: de acuerdo con los documentos de archivos relativos a ese "fondo de viajeros naturalistas", se puede estimar que a lo largo del siglo XIX, más de una cincuentena de viajeros recorrió América central o meridional, percibiendo una subvención procedente de esos fondos.[27] Sin embargo, éstos se destinaban mayormente a las Antillas, la Guayana y el Brasil; raras fueron las expediciones que se orientaron a los Andes, y más particularmente al Perú. ¿Cómo explicarlo? Quizás por la ausencia de bases de trabajo fáciles, como en Guayana o en las Antillas

[26] Seguramente sucedió de la misma manera en lo que concierne a los objetos ilustrados en el Atlas histórico de d'Orbigny (1846) y que formaban parte de la colección del naturalista. Algunos dibujos inéditos han sido publicados en Riviale 2000b.

[27] Museo de Historia Natural: presupuestos; cuentas (1820-1876) y Fondo de viajeros-naturalistas (1877-1893). Archivos Nacionales, París: F 17 3971-3972-3973.

(por el hecho de la presencia de la administración colonial francesa), o de contactos históricamente más antiguos, como en el Brasil. Es además probable que la distancia y el costo excesivo de un viaje hasta el Perú (que el Museo no se hallaba en capacidad de financiar solo) hubiese desanimado los eventuales candidatos. Por otra parte, cuando se pasa revista a las circunstancias en las que se concedieron las subvenciones a viajeros que habían recorrido los Andes centrales (Claude Gay[28], Charles Gaudichaud[29], Hugh Algernon Weddell[30], Edouard André[31], Théodore Ber[32]), se constata que en la mayor parte de los casos la asignación apuntaba más a indemnizar al viajero por sus envíos que a ayudarlo concretamente en su viaje. A falta de fondos, lo mejor que podía hacer el Museo era participar de manera más o menos simbólica en el financiamiento de la exploración; sin embargo, daba muestras de esta manera de su interés al respecto, y de su esperanza de recibir retornos concretos. Como hemos subrayado anteriormente, la recolección de muestras de historia natural era finalmente una de las preocupaciones mayores del Museo (y de otras varias instituciones, para las cuales el estudio descansaba antes que nada en las colecciones) y, con tal fin, el Museo no titubeó en utilizar en varias oportunidades los fondos normalmente destinados a los viajeros para comprar series ya constituidas. Tal fue el caso en 1879 de Jean-Baptiste Martinet, botánico que residía en Lima:

> "La Asamblea de profesores, en su sesión del 17 de diciembre último [1878] ha acordado asignar una suma de 300 francos, con cargo al fondo de viajeros naturalistas, del ejercicio de 1878, a la adquisición de un herbario y de una colección de cráneos procedentes del Perú, que presentan un gran interés científico para el Museo..."[33]

Esta práctica, en principio excepcional, se repetía un tanto demasiado sistemáticamente, pareciendo así que el Museo ponía en el mismo plano una serie de piezas obtenidas en un lugar conocido, por un viajero comisionado para el efecto, y una colección de objetos desprovistos de todo contexto (y, por tanto, poco significativo desde el punto de vista arqueológico). Conviene precisar, sin embargo, que eso no sucedía sólo con el Museo, y que se trataba, en definitiva, de una costumbre corriente

[28] Ayuda financiera (a partir de 1828) acordada para indemnizar envíos que se había comprometido a efectuar durante su permanencia en Chile).

[29] Ayuda de 1832 a 1835, por los objetos y muestras recogidos en el curso de su viaje a bordo de *L'Herminie*.

[30] Entre 1845 y 1848, para su exploración con Castelnau, después, en 1851 para un viaje a Bolivia.

[31] En 1876, para su recolección de muestras de historia natural en Ecuador.

[32] En 1879 y 1881, para la remisión de colecciones antropológicas.

[33] Archivos Nacionales. París: F 17 3973 (15 de marzo de 1879).

en todas las instituciones científicas de la época; la importancia del contexto arqueológico no fue, en efecto, tomada en consideración sino muy tardíamente, *a fortiori* cuando se trataba de objetos "exóticos".[34]

Si bien es cierto que el estudio de los objetos arqueológicos no se inscribía teóricamente en el campo de las atribuciones de los profesores del Museo de Historia Natural, éstos pronto advirtieron el interés que podía revestir el análisis de los artefactos asociados a las osamentas humanas en las tumbas, en el marco de sus estudios antropológicos. Por ello, y a fin de remediar al menos en parte sus carencias financieras, se ingeniaron para recurrir a otras vías para motivar las investigaciones.

LOS CORRESPONSALES DEL MUSEO

La escasez de recursos financieros como freno al desarrollo de la investigación científica, por tristemente conocido que sea este problema, fue particularmente sensible en el caso del Museo de Historia Natural, y ello desde los comienzos de la institución, cuando aún portaba el nombre de "Jardín del Rey". En el siglo XVII, Fagon había constituido así una red de relaciones de corresponsales que le permitieron emprender la formación de las consecuentes colecciones. Posteriormente Buffon, retomando ese sistema, se esforzó en lograr mejores resultados, dándoles una estructura e institucionalizándolos. Es así como aparecieron los títulos de "Corresponsal del Jardín del Rey" y de "Corresponsal del Gabinete del Rey", títulos puramente honoríficos pero, con probabilidad, lo suficientemente oficiales como para multiplicar el celo de las personas susceptibles de enviar objetos curiosos o de historia natural —ya se tratase de viajeros independientes, de diplomáticos, o de funcionarios de las colonias—. En el siglo XIX, mientras Europa aseguraba su supremacía marítima, política y comercial sobre el resto del mundo, un creciente número de individuos iba a recorrer el planeta en todos los sentidos. Para el Museo, estos individuos representaban un potencial inestimable para los fines de realizar lo que no podía hacer a través de exploradores debidamente retribuidos; era un medio de asegurarse el concurso de personas que viajaban al margen de todo marco científico oficial, pero que contaban ya con cierta experiencia al respecto, o de asociarse a misiones supervisadas por otros organismos (Marina, Ministerio de Instrucción Pública, etc.). Para los viajeros, ese título representaba un apoyo científico (consejos técnicos, instrucciones particulares, contactos estrechos con los

[34] Curiosamente, mientras que los naturalistas asignaron pronto una gran importancia al contexto de procedencia de los vestigios prehistóricos (a partir de las primeras grandes controversias de mediados del siglo XIX), no se concedió sino muy tardíamente (raramente antes de comienzos del siglo XX) interés a las cuestiones de contexto y de estratigrafía cuando se trataba de vestigios peruanos y más generalmente de vestigios arqueológicos de ultramar.

profesores del Museo), moral (el título de corresponsal era percibido por entonces como una especie de reconocimiento oficial), y, eventualmente, financiero.

Algunos de estos "corresponsales" debían distinguirse por sus trabajos sobre el Perú, o por el envío de restos prehispánicos. Se señalará así la presencia, entre ellos, de oficiales de marina (Charles Gaudichaud, Ludovic Savatier); de diplomáticos (Adolphe Barrot, James Barclay Pentland[35]); de encargados de misión del Ministerio de Instrucción Pública (Castelnau, Grandidier, Pinart, Cessac); y, en fin, de viajeros independientes (Alexander von Humboldt, Claude Gay).

LAS "INSTRUCCIONES PARA LOS VIAJEROS"

Paralelamente a las "guías" o "manuales del viajero", de larga tradición, iban a aparecer en el siglo XVIII recopilaciones de consejos científicos destinadas a viajeros y navegantes, que se multiplicaron en el siglo XIX: en 1758, por ejemplo, Turgot publicó su *Mémoire instructif sur la manière de rassembler [...] et d'envoyer les diverses curiosités d'histoire naturelle.* Los títulos de estos manuales indican por sí solos la orientación que se asumía en las nuevas preocupaciones científicas: la constitución de colecciones de objetos curiosos y de historia natural. Si a fines del Antiguo Régimen la moda de los gabinetes de curiosidades llegó a su clímax, el coleccionismo iba a tomar una amplitud incomparable a lo largo del período siguiente, en nombre de la Ciencia. En esta nueva cruzada en pro del Saber, el Museo de Historia Natural (con el mismo derecho que otras instituciones, como por ejemplo la Academia de Ciencias) se constituyó en referencia científica absoluta. No es entonces una casualidad si, desde los primeros años que siguieron a la epopeya napoleónica, se le invitó a tomar parte en los esfuerzos de la Restauración: desde su nombramiento para el portafolio de Marina, el Barón Portal pidió a los profesores del Museo que preparasen una serie de instrucciones científicas, susceptible de ser utilizada por los empleados de su ministerio. Fue así como apareció en 1818 la primera edición de las *Instructions pour les voyageurs et pour les employés des colonies sur la manière de recueillir, de conserver et d'envoyer les objets d'histoire naturelle.* Era una manera de oficializar —e incluso institucionalizar— la misión científica a que la Marina se sentía obligada desde el período de los primeros grandes viajes alrededor del mundo:

> "Su excelencia el Ministro de Marina ha tenido a bien ofrecer a los señores Profesores-administradores del Jardín o del Gabinete del Rey la posibilidad de emplear los medios a su alcance para aumentar la

[35] En referencia a todos estos personajes remitimos al lector a los datos biográficos que damos en un anexo.

colección confiada a sus cuidados. Ella se propone ordenar a los jefes de las colonias y a los comandantes de navío del Estado que se procuren, en los diversos países en los que permanezcan, los objetos que faltan al Museo..." (*Muséum d'Histoire Naturelle* 1818: 1).

Estas instrucciones, actualizadas regularmente y puestas al día, se editaron nuevamente a lo largo del siglo XIX; las modificaciones que se efectuaron en cada una de las sucesivas reediciones ilustraban tanto el avance de los conocimientos (y las nuevas orientaciones) en historia natural, como el desarrollo de la expansión marítima de Francia: en cada reedición se señalaban las principales lagunas observadas, en los tres reinos de los naturaleza, en cada una de las grandes regiones del mundo frecuentadas por los navíos de la marina nacional. En la edición de 1818, sólo se mencionaba el Senegal, el cabo de Buena Esperanza, Madagascar, las Indias, las Molucas, las Antillas, Cayena, el Orinoco, Nueva Holanda y Port-Jackson. Así pues, aparte de la zona del Caribe y el Brasil, no se abordaba el resto de América del Sur. No fue sino en la segunda edición, aparecida en 1824, que se hizo mención del Perú y de Chile: mientras tanto ambos países habían logrado su independencia, y sus aguas eran frecuentadas desde hacía muy poco por los buques franceses. Sin embargo, en este volumen (así como en los siguientes, publicados respectivamente en 1827, 1829, 1845 y 1860), no se citaba el Perú sino en relación con cuestiones de orden zoológico (el guanaco, la alpaca, la vicuña, los peces del lago Titicaca, etc.), y así sería posteriormente...

No obstante, a pesar de la ausencia de referencias directas a las antigüedades del Perú, las instrucciones del Museo ejercieron quizás alguna influencia en nuestro campo de estudio. En efecto, en la tercera edición, publicada en 1829, se pudo notar un cambio de envergadura: la inserción de un suplemento titulado *Histoire naturelle de l'Homme*, en el cual se señalaba la importancia que tendría la recolección de muestras antropológicas:

"Llamamos especialmente la atención de los señores viajeros sobre las apremiantes necesidades de la colección antropológica [...]. La historia natural general, cuya importancia se hace sentir cada día más, no puede encontrar una verdadera base sino en una colección semejante a aquéllas sobre las cuales descansan las otras partes de la historia natural." (*Muséum d'Histoire Naturelle* 1829: 63)

La idea directriz de estas instrucciones puede ser vista como la preocupación de señalar precisamente, de acuerdo a los relatos de numerosos navegantes (sobre todo los que habían efectuado viajes al hemisferio sur), la amplitud de la diversidad humana y de comprender sus ramificaciones:

"... la necesidad actual de una colección antropológica no se limita a poseer, por ejemplo, un cráneo o una cabeza de tal o cual variedad de la especie humana, negra, mongólica, etc., sino que debe tender a reunir todas las subvariedades notables de cada una de esas primeras variedades." (*Ibid*: 65-66)

Para establecer la distribución de las razas humanas y sus eventuales filiaciones, era imperativo contar con una atribución geográfica correcta de los especímenes recogidos. Es por ello que el manual insistía en esta recomendación:

"... rogamos, pues, encarecidamente a los señores viajeros escribir, con la mayor exactitud, sobre cada parte que nos remitan (esqueleto, cráneo, etc.) el origen, es decir la localidad nativa precisa del individuo al cual esa parte habría pertenecido." (*Ibid*: 64)

Extrañamente, este suplemento no se halla presente en todos los ejemplares[36] de esa tercera edición; y aún más, desaparece en la cuarta (1845), para no reaparecer sino en la quinta (1860), esta vez en una forma claramente más desarrollada. Hay que ver en ello, probablemente, una señal de la influencia de Quatrefages, nuevo titular de la cátedra de antropología en el Museo de Historia Natural, y suponer que tal iniciativa es paralela a la reciente apertura (en 1855), en el seno de la institución, de una galería de antropología.

La primera parte de las nuevas instrucciones antropológicas, de orden general, subraya por otro lado el cuidado de desarrollar más adelante una colección en que se subsanasen las lagunas de la existente:

"En el estado actual de la ciencia y de las colecciones antropológicas del Museo, toda muestra bien elegida de cualquier raza humana, reviste verdadero interés." (*Muséum d'Histoire Naturelle* 1860: 13)

Seguía a ello una serie de instrucciones más específicas, relativas al estudio de los pueblos contemporáneos, y luego de las "razas extintas". Bajo este último rubro se recomendaba muy especialmente a los viajeros interesarse en los pueblos desaparecidos de las Canarias y de América del Norte, con una mención especial de la Florida: "Los túmulos de la Florida deberán también, en caso necesario, ser objeto de una excavación con gran cuidado." (*Ibid*: 14). Si no se concedía ninguna atención particular al Perú, ciertos consejos atenuaban la exclusividad geográfica de las instrucciones, sin dejar por ello de insistir en el papel esencial de la excavación arqueológica:

[36] No se encuentra, por ejemplo, en el que se conserva en la Biblioteca Nacional de París.

> "... se actuará de la misma manera en el caso de todas las sepulturas antiguas tanto en el antiguo como en el nuevo continente [...]. En las regiones en que se hayan sucedido pueblos diversos, se buscará con cuidado momias, esqueletos y cráneos de los pueblos desaparecidos o dispersados." (*Ibid*: 14)

La referencia a las momias se aplicaba en primer lugar, desde luego, a Egipto, pero podía también recordar que el Perú constituía igualmente un terreno de predilección para la recolección de tales restos: la colección de especímenes antropológicos peruanos de Morton, en Filadelfia era al respecto, en esa época, uno de los ejemplos más célebres. En razón de su estado de conservación, las momias constituían una fuente documental excepcional; por eso, cuando un navegante[37] tenía la suerte de poder llevar consigo una intacta, ésta era objeto de estudios extremadamente atentos de parte de médicos y naturalistas.

Las excavaciones recomendadas por el Museo tenían como objetivo principal la recolección de restos humanos; sin embargo, no se olvidaba los artefactos —consecuencia, sin duda, del avance que había experimentado la investigación prehistórica en Europa—:

> "Será de gran utilidad recoger las armas, instrumentos, tejidos, y en general todos los objetos susceptibles de permitir el conocimiento de las industrias primitivas." (*Ibid*: 15)

No obstante el hecho de que fuese anunciada posteriormente (*Muséum d'Histoire Naturelle* 1882: 5), no parece que el Museo se hallase en capacidad de publicar una versión ulterior a la que apareció en 1860. Notemos, sin embargo, que en 1882 el Museo publicó un manual de instrucciones científicas que, si bien se colocaba algo al margen de la serie precedente[38] , se aproximaba sensiblemente a las *Instructions pour les voyageurs*, tanto en su estructura como en su contenido. El Museo encontraba así por esa vía ocasión para reactualizar instrucciones que se tornaban ya obsoletas.

En definitiva, la mayor diferencia se situaba en el nivel del público al cual se apuntaba; este nuevo volumen estaba destinado nominalmente

[37] Ver lo que decía el Dr. Liautaud de las dificultades con que se tropezaba para transportar esas momias, que por lo general se pudrían en el curso del viaje, por causa de la humedad ambiental (*cf.* el viaje de *La Danaïde*, en nuestro capítulo consagrado a la Marina).

[38] La advertencia colocada como introducción de la rúbrica *Anthropologie* indica claramente que los redactores de este nuevo manual efectuaban una distinción entre las dos publicaciones: "Como la Administración del Museo de Historia Natural se propone ofrecer pronto una nueva edición, completamente reformada, de las *Instructions pour les voyageurs* publicadas en 1860, creemos nuestro deber limitarnos, en esta breve noticia, a señalar las principales lagunas que presentan las colecciones antropológicas de nuestra gran institución nacional." (*Muséum d'Histoire Naturelle* 1882: 5)

a los oficiales de marina, mientras que los precedentes se dirigían más ampliamente a los viajeros en general (no obstante que fueron redactados inicialmente a pedido del Ministerio de Marina). Era una manera de reconocer y celebrar la parte considerable que habían asumido los marinos en la constitución de las colecciones científicas depositadas en los establecimientos del Estado. El prefacio de la obra subrayaba, por lo demás, este hecho:

> "Un cierto número de oficiales y de funcionarios de los diferentes cuerpos de la Marina aprovechan de sus campañas o de su permanencia en las colonias para entregarse al estudio en profundidad de la historia natural; [...] Este [el Museo] les adeuda, pues, una parte de sus bellas colecciones.
>
> Con el fin de acrecentarlas y completarlas, y de suscitar donaciones más numerosas, el Director del Museo ha pensado apelar a todas las buenas voluntades, y ha solicitado al Ministro de la Marina y de las Colonias su benévolo concurso. El señor Vice-almirante Cloué lo ha concedido con tanta mayor buena voluntad por cuanto ha visto en la realización de la aspiración expresada por el señor Frémy un medio de desarrollar, entre los oficiales y funcionarios de la Marina, el gusto de la historia natural, contribuyendo al mismo tiempo al aumento de nuestras riquezas científicas." (*Ibid*: 3)

En lo que toca a la antropología, las orientaciones de las investigaciones propuestas, si bien considerablemente más completas y detalladas, no nos interesan directamente: se indicaba, para cada estación naval (el Levante, las Antillas, el Atlántico Sur, el océano Índico, los mares de China y Japón, el Pacífico), los especímenes humanos que más falta hacían en las colecciones del Museo. En el caso del Nuevo Mundo se señalaba a la sagacidad de los oficiales de la Estación del Pacífico el interés que revestiría recolectar cráneos y esqueletos de los esquimales del Gran Norte, de los indios del Canadá y de las praderas, y de los indígenas de América Central (*Ibid*: 8), pero no se decía ni una palabra sobre el Perú o el resto de América del Sur. Hay que reconocer que ya en esta época la galería de Antropología se hallaba bastante bien provista en materia de muestras peruanas[39]; se comprenderá entonces por qué los profesores del Museo no incluyeron al Perú entre sus prioridades inmediatas.

LA ENSEÑANZA A LOS VIAJEROS NATURALISTAS

Entre las atribuciones de los profesores del Museo de Historia Natural, la formación del personal adscrito al Museo y la preparación de ciertos viajeros ocupaban un lugar primordial en la vida de la institución, ya que los primeros tenían la tarea de preparar y clasificar las colecciones

[39] En 1882 se contaban 500 cráneos procedentes del Perú en las colecciones del Museo (Hamy & Quatrefages 1882: 474).

recogidas por los segundos. La enseñanza, incluida en los estatutos del Museo desde su fundación (en 1793), estaba en un comienzo distribuida en número reducido de cursos. Progresivamente, esa enseñanza debía reforzarse, como hemos subrayado en la introducción a este capítulo: el primero en renovar, después de mucho tiempo, el contenido de la enseñanza relativa a la anatomía humana, fue Flourens, tarea que sería continuada por Serres y sobre todo por Quatrefages.

Hemos visto hace poco, a propósito de la Escuela de jóvenes naturalistas que, al margen de la ensañanza propia de la institución, la administración del Museo intentó en 1819 realizar una síntesis de esa enseñanza, en el marco de una "escuela" específicamente dedicada a la formación de viajeros-naturalistas. Como consecuencia de las infelices circunstancias ya mencionadas, la escuela tuvo una vida efímera. Retomando sin embargo ese mismo principio, en 1893 se inauguró una enseñanza general destinada a los viajeros-naturalistas, la misma que abarcaba los diferentes ámbitos susceptibles de ser útiles a los "aprendices-exploradores." Hecho notable: a las disciplinas tradicionales de la historia natural (y, entre ellas, una asignatura de antropología, asumida por el Dr. Hamy) se añadió un curso de etnografía, confiado a Verneau.[40] Tales asignaturas fueron, en su gran mayoría (al menos en los primeros años) publicadas en revistas tales como *Le Naturaliste* y la *Revue Scientifique*, permitiendo así una más amplia difusión. La necesidad de esa enseñanza se hacía sentir en todos; y muy particularmente desde los años 1880, cuando se fue intensificando la ola de las exploraciones —puestas a menudo al servicio del colonialismo, hay que reconocerlo—. Así, en el último cuarto del siglo XIX, surgieron diversos proyectos de escuelas de exploradores[41], como expresión de una laguna que se deseaba subsanar. Si no se concretaron, había no obstante algunos sitios, en París, adonde podían dirigirse los viajeros deseosos de recibir una formación básica, o bien algunas informaciones prácticas sobre la manera de reunir colecciones (la Escuela de Antropología, principalmente); de este modo las lecciones que se daban en el Museo de Historia Natural vinieron a reforzar aún más el abanico de posibilidades que se brindaba a los "aprendices de exploradores".

EL MUSEO Y EL SERVICIO DE MISIONES CIENTÍFICAS

Como hemos subrayado un poco más arriba, desde su fundación el Museo se había afirmado como una referencia científica esencial: de hecho,

[40] Carta de Verneau (17 de marzo de 1902). Archivos Nacionales, París: AJ15 566.

[41] Para estos proyectos, así como para los lugares de enseñanza (antropología y etnografía) existentes por entonces en París, ver el capítulo que dedicamos a los arqueólogos aficionados y a los viajeros (*cf.* infra).

con frecuencia se solicitaba a los profesores-administradores de esta institución para emitir opinión sobre todo asunto concerniente a la historia natural, en particular cuando se diseñaban proyectos de exploración. Veían entonces en esa posición privilegiada un medio de realizar lo que la pobreza de sus recursos les impedía, determinando los grandes ejes de investigación, manifestando sus necesidades particulares, supervisando la marcha de ciertas exploraciones por la vía de la asesoría técnica, etc.; todo ello sin inversión financiera: se trataba, de alguna manera, de la ampliación a una mayor escala del principio puesto hasta entonces en práctica con los corresponsales del Museo. En muy numerosas ocasiones, y a lo largo de todo el siglo XIX, el Museo recurrió a esta vía "paralela" para enriquecer sus colecciones.

En este sentido, la creación del Servicio de Misiones Científicas y Literarias constituyó una fuente de enriquecimiento inesperada para el Museo. Servicio que, bajo la dependencia del Ministerio de Instrucción Pública, fue creado en 1843 con el fin de supervisar —y eventualmente financiar— la realización de viajes de estudio en Francia y en el extranjero. Desde el comienzo se instauró una colaboración entre el Servicio de Misiones y el Museo de Historia Natural, consultándose a éste, desde luego, en el caso de misiones susceptibles de interesar a la historia natural. Sin que tuviesen un poder de decisión oficial, la opinión de los profesores del Museo era tomada en consideración y podía bastar para postergar, e incluso denegar, un proyecto de exploración. Podían igualmente intervenir en los temas de investigación o la manera de enfocarlos: en 1843, por ejemplo, el Museo intercedió ante el Servicio de Misiones para que se admitiese al naturalista Weddell en la expedición que se aprestaba a llevar a cabo Castelnau[42] a América del Sur. Fue sobre todo en el último cuarto del siglo XIX —al intensificarse la corriente de las exploraciones— que el Museo tuvo verdaderamente la posibilidad de ampliar su acción a regiones hasta entonces poco visitadas: de allí su gran preocupación en participar en la organización de viajes de exploración[43], realizados bajo los auspicios del Servicio de Misiones. Esta ocasión le fue ofrecida cuando el Ministro de Instrucción Pública firmó la resolución del 6 de enero de 1874, estableciendo la Comisión de Misiones. La misma, compuesta por una veintena de miembros, tenía como tarea efectuar una selección de las solicitudes de misiones (cada día más numerosas), en función de la formulación del proyecto, de los méritos del solicitante, de las prioridades científicas, etc.

[42] Carta del Museo (París, 7 de febrero de 1843). Archivos Nacionales París: F 17 2945; expediente Castelnau.

[43] Se puede advertir, con la lectura de las resoluciones de misiones, que la historia natural aparece entre los campos de investigación considerados en casi todos los grandes viajes de exploración del último cuarto del siglo XIX.

La mayoría de las grandes instituciones científicas estaban representada en ella: el Instituto de Francia, el Ministerio de Marina, el Colegio de Francia, el Comité de Trabajos Históricos, etc. El Museo de Historia Natural se hallaba, desde luego, presente, a través de su Director, Chevreul, así como uno de sus más antiguos profesores, Milne-Edwards. Posteriormente fueron adscritos a la Comisión Quatrefages de Bréau (en 1876), después el Dr. Hamy y Alphonse Milne-Edwards (hacia 1880 ó 1881 —Chevreul había dejado por entonces la Comisión—). Cuando se estableció la Comisión, se había convenido que su función era no solamente de constituir un "dique de filtraje" para las solicitudes de misiones, sino que también tendría como tarea determinar los grandes ejes de investigación o de motivar estudios más específicos: en ello, la Comisión podía constituir a ojos del Museo una tribuna ideal para exponer sus puntos de vista y sus aspiraciones particulares, cosa que no dejó de hacer. Sin embargo, no habría que exagerar los alcances concretos de esa tribuna, ya que los recursos económicos de que disponía el Servicio, si bien importantes en esta última parte de la centuria, no bastaban nunca para permitir la realización de todos los proyectos de misión juzgados interesantes, y enfrentar, al mismo tiempo, las circunstancias excepcionales que ocasionaban gastos imprevistos. Así, frente a esta política de caso por caso, algunas buenas intenciones de los comienzos quedaron en letra muerta.[44] Reconozcamos, no obstante, que entre 1875 y 1879 se autorizó un número considerable de misiones arqueológicas al Perú, y que, en la mayoría de los casos las solicitudes fueron apoyadas por los representantes del Museo de Historia Natural: recordemos, por otra parte, que Pinart (y, mucho antes que él, Castelnau) era corresponsal del Museo; que Ber y André recibieron subvenciones de la misma institución para sus envíos, así como para estimularlos en sus investigaciones; que la candidatura de Vidal-Senèze, en fin, fue apoyada personalmente por Quatrefages.[45] Misiones que interesaron al Museo en varios aspectos: en primer lugar, porque permitían avizorar la formación de colecciones antropológicas, pero, más ampliamente, porque los profesores del Museo concedían una gran atención a todo lo que podía iluminar la historia natural del hombre: las tribus primitivas, así como los objetos asociados a los cuerpos en las tumbas prehistóricas. En esta medida, el Museo de Historia Natural no podía dejar de sentirse interesado en el estudio de América precolombina, cuyas culturas materiales pasadas parecían tan ricas en enseñanzas para la historia de la evolución del hombre. El estudio de esta parte del mundo parecía

[44] Tendremos ocasión de hablar con más detalles de esta Comisión en el capítulo consagrado al Servicio de Misiones (*cf.* infra).

[45] Se añadieron, a la carta de candidatura de Vidal-Senèze (11 de febrero de 1878) comentarios muy favorables de Broca, Bureau y Quatrefages. Archivos Nacionales, París: F 17 3006-1; expediente Vidal-Senèze.

incumbirle más particularmente. En primer término, porque las interrogantes relativas a la historia del poblamiento del continente americano eran todavía cuestiones vivas: ¿se trataba de pueblos autóctonos o había habido migraciones? ¿A cuánto podía remontar la antigüedad del hombre americano? Etc. En segundo lugar, el Nuevo Mundo era todavía objeto de un prejuicio intelectual que había abierto, en el espíritu de numerosos analistas, un foso casi infranqueable entre los pueblos autóctonos y las civilizaciones de la Antigüedad clásica. Desde entonces las instancias arqueológicas tradicionales se inclinaban a desdeñar el estudio de las civilizaciones amerindias, que por ello se hallaba relegado a la historia natural, arrinconado en algún sitio entre la antropología física y la etnografía de los pueblos primitivos. La distribución, en 1881, de las subcomisiones de la Comisión de Misiones constituye una ilustración reveladora de estado de cosas: a fin de simplificar el trabajo de la comisión y de racionalizar el estudio de las candidaturas, se creó en ese año tres subcomisiones permanentes: una sección de ciencias naturales, que comprendía la antropología, la medicina y la historia natural; una sección de arqueología y de historia general; y una sección de geografía (Antoine 1977: 41). Cuando se observa la composición de las tres secciones, uno se da cuenta de que fue entre los miembros de la sección llamada de "Ciencias Naturales" que se encontraban las personas más activas de la Comisión en los estudios americanistas: Girard de Rialle, Hamy y Quatrefages.

Capítulo 3
EL INSTITUTO DE FRANCIA

El Instituto de Francia encarnó por largo tiempo la referencia intelectual y científica por excelencia. Como no disponía de fondos propios, no organizó casi ninguna misión (excepto la de Godin, Bouguer y La Condamine al Ecuador), pero su influencia en la investigación americanista no puede ser desdeñada, sobre todo en la primera mitad del siglo XIX.

LA ACADEMIA DE CIENCIAS: UN POLO DE REFERENCIA

Por su misma esencia (una reunión de estudiosos escogidos por sus conocimientos y el valor de sus trabajos), la Academia de Ciencias constituía una referencia evidente; no es de sorprender, pues, de que a menudo se le solicitase consejos o se le pidiese decidir sobre una cuestión específica.

Las instrucciones de la Academia

Como el Museo de Historia Natural, la Academia de Ciencias fue invitada a menudo a redactar instrucciones científicas para algún viajero a punto de partir. Se trataba, en la mayor parte de los casos, de iniciativas personales de viajeros aislados; se encuentra así, en las actas de una sesión, solicitudes como ésta:

> "Los señores Faure y Vincent piden instrucciones para un viaje que se hallan a punto de realizar a ciertas partes aún poco estudiadas de América del Sur." (*Actes de l'Académie des Sciences* 1843, XVII: 986)
>
> "El señor Pissis ofrece a la Academia efectuar en la Cordillera de los Andes las investigaciones que le sean indicadas." (*Ibid* 1844, XIX: 1394)
>
> "El señor Desmadryl solicita a la Academia instrucciones para el viaje que se propone efectuar a la parte occidental de las cordilleras de América del Sur." (*Ibid* 1848, XXVI: 191)

"El señor Petit, próximo a viajar a Chile, pide instrucciones sobre las observaciones que hay que hacer en este país." (*Ibid* 1849, XXVIII: 297)

Estos ejemplos nos dan una idea de las numerosas solicitudes de instrucciones relativas a América del Sur. Para el Perú, más específicamente, se retendrán los pedidos de la misma naturaleza formulados por Pentland, nombrado Cónsul General de Inglaterra en Bolivia (*Ibid* 1836, II: 578); por Roehn, naturalista que se dirigía al Perú para intentar la aclimatación de llamas y alpacas en Francia (*Ibid* 1850, XXX: 183); y por Grandidier, encargado de acompañar al astrónomo Janssen en su misión científica al Perú (*Ibid* 1857, XLIII: 279). En ninguno de estos casos conocemos el tenor de tales instrucciones, ya que por lo general éstas no se publicaban, pero existían: la decisión que se tomó luego de la recepción de la carta de Grandidier nos lo indica claramente:

"Se pondrá a disposición del autor un ejemplar impreso de las Instrucciones redactadas por la Academia para los precedentes viajes en los que debía visitarse América del Sur." (*Ibid*).

Esta frase tendería a indicar que dichas instrucciones eran, en suma, bastante generales y cubrían un espacio muy vasto. ¿Cuál podía ser su tenor? Las instrucciones proporcionadas (y, en este caso, publicadas) con ocasión del viaje de Desmadryl "a la parte occidental de las Cordilleras" nos dan una idea al respecto: concernían a la geografía, la física, la geología y la botánica. En lo que toca a la geografía, se le indicaban algunas zonas todavía mal conocidas, con una mención particular al Perú:

"El señor Desmadryl hallará también un campo casi enteramente nuevo por cosechar al ampliar al norte del Cuzco y los valles que descienden hacia el alto Marañón los trabajos geográficos de los señores Pentland y d'Orbigny." (*Ibid* 1848, XXVII: 291)

Ninguna palabra sobre la etnografía, la antropología o la arqueología...

Sin embargo, en ciertos casos, cuando se solicitaba a la Academia redactar instrucciones particulares, no se olvidaba la antropología física. Sucedió así con las instrucciones escritas entregadas al Capitán Vaillant, comandante de *La Bonite*: Henri de Blainville anotaba en sus recomendaciones zoológicas:

"No tenemos necesidad de agregar que las investigaciones de historia natural deberán comprender la especie humana, y que sería por ejemplo muy interesante no limitarse a traer, para nuestras colecciones, cráneos de edad y de sexo diferentes de las principales razas o variedades de hombre que se pueda encontrar, sino tratar de añadir esqueletos completos y solamente más o menos desbastados." (*Ibid* 1836, II: 377)

Otra muestra del nuevo lugar de la antropología entre las preocupaciones de los académicos son las instrucciones redactadas para Émile Deville, encargado de una misión de exploración al Brasil por el Ministerio de Instrucción Pública. El señor Serres, informante de la sección "Antropología" de la comisión de instrucciones (y titular de la cátedra de "Anatomía e Historia Natural del Hombre" en el Museo de Historia Natural) recomendaba a Deville explorar sepulturas "antiguas y modernas", y añadía:

> "Al recoger osamentas humanas, será necesario tomar notas exactas sobre los sitios en que se encuentran, así como las fechas ciertas a las que respondan."[1]

En todo ello ninguna recomendación sobre la recolección de antigüedades. Pero se trata de algo que no debe sorprendernos mucho, ya que los miembros de la Academia de Ciencias centraban su atención esencialmente en las ciencias naturales, en tanto que todo lo concerniente a las ciencias humanas era competencia, más bien, de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. Sin embargo, la experiencia muestra que, en numerosos casos, viajeros y marinos deseosos de recoger cráneos antiguos abrieron tumbas y descubrieron así objetos asociados a los cuerpos; muchas colecciones de antigüedades tienen un origen accidental de esta clase...

Un papel consultivo

A partir de la misma diligencia, lo que había motivado a ciertos viajeros a solicitar instrucciones a la Academia de Ciencias, incitaba a otros (quizás los mismos) a presentar proyectos o sus trabajos, ya sea para apreciar el valor científico de una misión, como fue el caso en varias oportunidades a invitación de la Marina (en el caso de los viajes de Dumont d'Urville o de Du Petit-Thouars, por ejemplo), o en espera de algún reconocimiento oficial.[2]

En esta óptica, y desde la creación de su Servicio de Misiones Científicas (1842), el Ministerio de Instrucción Pública recurrió a las luces de los académicos, remitiéndose a su juicio para evaluar el interés de ciertos proyectos de misiones o las aptitudes de un candidato. Esta función consultiva fue pronto confirmada oficialmente por una resolución de fecha

[1] Sesión del 19 de julio de 1852. Archivos Nacionales, París: F 17 2955-2 (expediente Deville).

[2] Sospechamos que Francis de Castelnau solicitó a la Academia "encomendar a una comisión que efectuase un informe sobre las colecciones de historia natural que él ha formado..." (*Ibid* 1848, XXVI: 52 y 180) a fin de oficializar la importancia de su misión y afirmar así algo más su reputación: recordemos que Castelnau obtuvo poco después de este viaje —y gracias a él— un puesto de diplomático.

30 de enero de 1850.[3] Hay que subrayar, no obstante, que no es seguro que la Academia de Ciencias haya desempeñado un papel importante en la orientación arqueológica asumida por algunas de estas misiones de exploración al Perú —al menos, ningún documento apunta en ese sentido—. Posteriormente, el Servicio de Misiones Científicas fue reorganizado con la creación, en 1874, de una comisión de misiones, y, si bien es cierto que el Instituto conservó oficialmente las mismas prerrogativas, su influencia en la elección y la orientación de las misiones se limitó considerablemente. Es incluso razonable pensar que no desempeñó ningún papel importante en las misiones arqueológicas enviadas al Perú a partir de 1875, en las cuales se reconoce mucho más claramente la impronta de instituciones tales como el Museo de Historia Natural o la Sociedad de Antropología (y, en una menor medida, la Sociedad de Geografía), representadas igualmente en la comisión de misiones.

La presencia en sus filas de antiguos viajeros que conocían, por experiencia, el Perú y sus restos arqueológicos (Humboldt, Gay, Du Petit-Thouars, Grandidier[4]), así como la correspondencia que mantenían con estudiosos peruanos (Mariano E. de Rivero), habrían podido hacer de la Academia de Ciencias un interlocutor enterado para orientar y supervisar investigaciones arqueológicas en los Andes. Sin embargo, no sucedió así. Incluso si bien se puede constatar en el curso de una discusión[5], que las interrogantes relativas a las antigüedades peruanas no les eran indiferentes, los miembros de este cenáculo no actuaron jamás para incentivar investigaciones en tal sentido. Si entre ellos se encontraban estudiosos de gabinete, que habían tenido una influencia importante en el ámbito arqueológico, a jugar por su interés en el asunto (Quatrefages, Brongniart), se desprende que no lo hicieron en nombre del Instituto, sino más bien desde y en provecho de su primera institución de base —respectivamente el Museo de Historia Natural y el Museo de Sèvres—). Además, si hasta los primeros decenios del siglo XIX, la Academia de Ciencias y el Museo de Historia Natural representaban las dos únicas referencias estrictamente científicas, el surgimiento progresivo de grandes sociedades de estudio (la Sociedad de Geografía en 1821; la Sociedad Etnológica en 1839; la Sociedad de Antropología y la Sociedad de Etnografía en 1859) condujo a la desintegración progresiva de ese "monopolio". Parecería que la Academia

[3] Ver el texto de esta resolución, que damos en el capítulo dedicado al Servicio de Misiones.

[4] Alexander von Humbodt, nombrado "asociado extranjero" de la Academia en 1810; Claude Gay, miembro de la sección de botánica en 1856; Abel Du Petit-Thouars, académico libre en 1855; Alfred Grandidier, miembro de la sección de geografía y de navegación en 1885.

[5] Como indican los debates, mantenidos en 1856 y 1857, en torno a la cuestión de la existencia o no de "ojos (artificiales) de momias" de que hablaban ciertos testimonios enviados desde el Perú. Ver *C. R. Acad. Sciences* 1856, XLIII: 707-709 y 737-738; y 1857, XLIV: 517, 621, 1197-1208, 1229-1232.

de Ciencias se tornó entonces, poco a poco, más exclusivamente hacia el terreno de las ciencias exactas y de las ciencias experimentales, mientras que la parte asignada a las ciencias humanas se hacía aún menor de lo que había sido hasta entonces. Recordemos en fin que cuando se abordaba la arqueología, no era con frecuencia sino bajo el aspecto de la antropología física: las cuestiones relativas a las antigüedades se dejaban a sus homólogos de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. La acción de la Academia de Ciencias en el ámbito que aquí nos interesa permaneció, pues, a todo lo largo del siglo XIX, extremadamente marginal.

LA ACADEMIA DE INSCRIPCIONES Y BELLAS LETRAS

A priori las relaciones entre esta academia y la investigación americanista eran bastante lejanas. Situación que estaba inscrita, si se puede decir así, en los estatutos mismos de la Academia; el artículo 42 del Reglamento de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras (tal como fue aprobado por un decreto del 16 de marzo de 1830) fijaba los ámbitos de preocupaciones a que debía atenerse la institución de la siguiente manera:

> "Ya que el objeto principal de los trabajos de la Academia es la historia [...], la Academia se concentrará en el estudio de la cronología y la geografía de las medallas, inscripciones y monumentos de toda especie, que conciernen y pueden aclarar la historia antigua, así como la de la Edad Media y de los tiempos modernos; en el estudio crítico y filosófico de las lenguas antiguas, de las lenguas orientales y de los idiomas de la Edad Media; en la explicación de los títulos, diplomas y antigüedades de Francia y de los demás países, particularmente de aquéllos cuyos intereses se hallan o se han hallado mezclados con los de Francia." (Citado por Franquevile 1895: 82)

En tanto que la referencia a las "inscripciones y monumentos de toda especie" podía permitir la esperanza de que la Academia se ocupase sin excepción de todos los aspectos de la "historia antigua", la última frase (relativa a los países cuyo destino había estado vinculado al de Francia) reducía considerablemente sus alcances. Es verdad, esta orientación se dejaba a la sola interpretación de los miembros de la Academia, que podían decidir si se limitaban o no a la antigüedad clásica y a la historia nacional; las actas de las sesiones muestran sin embargo que, por lo general, los académicos se acantonaron en este último campo de estudio, que era, por tradición, el suyo.

Hay que admitir, no obstante, que cuando este texto, que limitaba las atribuciones de la Academia, fue aprobado (en 1830), el americanismo se encontraba aún en sus balbuceos: la importancia de las civilizaciones precolombinas era asunto que quedaba por probar, y se tendía a relegar el

estudio de los "monumentos" del Nuevo Mundo al terreno de la curiosidad o de la historia natural, sin admitirlo al mismo nivel que la historia medieval, la egiptología, o incluso la arqueología oriental. Esta concepción de la historia y de la arqueología, si bien habría de modularse de acuerdo a los tiempos (por el surgimiento de nuevos campos de estudio, como la investigación prehistórica y la etnografía, por ejemplo) iba a subsistir a todo lo largo del siglo XIX, en estas mismas grandes líneas.

Es verdad que, a pesar de la presencia de algunas personalidades versadas en el americanismo (o más generalmente en los estudios de etnografía y de arqueología "exóticas")[6] en el seno de la Academia, las antigüedades precolombinas parecen haber ocupado un lugar ínfimo en las discusiones sostenidas durante las sesiones. No se debería desdeñar por ello el potencial de interés que encerraba esta venerable compañía: como la Academia de Ciencias, la Academia de Inscripciones y Bellas Letras se hallaba comprendida por la resolución del 30 de enero de 1850, que atribuía al Instituto un derecho de opinión en los proyectos de misión y de exploración enviados al Ministerio de Instrucción Pública. Si bien es cierto que, según parece, la misma le fue solicitada muy pocas veces por los empleados del Servicio de misiones[7], la asamblea manifestó claramente en ciertas ocasiones su deseo de ver desarrollarse las investigaciones sobre las sociedades precolombinas:

> "Los estudios sobre la historia, las lenguas y las antigüedades de América, estudios que no es posible separar, han excitado desde hace tiempo la atención de la Academia, y ella no ha descuidado ninguna ocasión de estimularlos."[8]

Este interés por las antiguas civilizaciones del Nuevo Mundo iba a ilustrarse, de manera mucho más resaltante aún, con las instrucciones redactadas para el señor Mimey. Por raras que fuesen las intervenciones de la Academia en el campo americano, podían mostrar a veces un carácter excepcional y revelar así las insospechadas capacidades de esta reunión de sabios.

---

[6] Edmé Jomard, Ernest Desjardins, Alexandre Bertrand y Ernest-Théodore Hamy.

[7] Cuando estudiamos el Servicio de misiones científicas del Ministerio de Instrucción Pública, examinamos el conjunto de expedientes relativos a las solicitudes de misión: así pudimos darnos cuenta de que pocas candidaturas americanistas habían sido objeto de un informe de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras (Castelnau en 1843, Deville en 1852, Brasseur de Bourbourg en 1855...). Ella habría de perder, en la materia —como la Academia de Ciencias— su preeminencia frente a otras instituciones de estudio (Museo de Historia Natural, Sociedad de Antropología, etc.), en la segunda mitad del siglo XIX.

[8] Carta de la Academia de Inscripciones (29 de junio de 1855): F 17 2942 (expediente Brasseur de Bourbourg).

LAS INSTRUCCIONES PARA MAXIMILIEN MIMEY

Leídas por Edmé Jomard en la sesión del 2 de septiembre de 1853, estas instrucciones habían sido preparadas especialmente para Maximilien Mimey, un arquitecto que se aprestaba a partir a Lima a fin de ejercer allí funciones oficiales ante el gobierno peruano. Se ignoran las circunstancias que presidieron la redacción de este texto. Probablemente Mimey, quizás enamorado de la historia o de la arqueología, había propuesto sus servicios a la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, la misma que, aprovechando la ocasión, se apresuró a formar una comisión[9] con el encargo de preparar para el arquitecto instrucciones particulares. El resultado fue una serie de interrogantes únicamente relativas a las antigüedades del país:

> "Dejando aquí de lado la historia de esta nación, sobre la cual abundan las informaciones [...], no se atenderá aquí sino a lo que concierne a los monumentos y los trabajos singulares de la industria peruana, las antigüedades de todo tipo que se observan en el Perú..." (Jomard 1853: 66-67).

Las instrucciones son importantes en más de un sentido. En primer lugar por su misma existencia: luego de lo que acabamos de manifestar respecto al débil compromiso de la Academia de Inscripciones con la investigación americanista, parece sorprendente que la institución fuese autora de uno de los conjuntos de instrucciones más nutridos que se hayan escrito en el siglo XIX sobre el Perú prehispánico; en segundo lugar, porque esas 24 páginas de preguntas y de comentarios nos proporcionan una especie de balance de los conocimientos del momento en materia de arqueología andina; en fin, porque las orientaciones científicas asumidas por este cuestionario constituyen una clara ilustración de lo que fue, a todo lo largo del siglo, una parte no desdeñable de la comunidad erudita interesada en los estudios americanos. Volveremos al respecto más adelante.

Las fuentes utilizadas por los miembros de la comisión corresponden a tres tipos de autores:

– Cronistas y comentadores, contemporáneos de la Conquista y de la Colonia (Herrera, Garcilaso de la Vega, Cieza de León, Velasco, Jerez, Cabello Balboa, Montesinos).

– Viajeros (Ch. de La Condamine, A. Ulloa, A. von Humboldt, J. B. Pentland, E. Poeppig, A. d'Orbigny, L. Angrand, H. Weddell, F. de Castelnau y J. J. von Tschudi).

– Hombres de gabinete (E. M. de Rivero, S. G. Morton, W Prescott).

---

[9] Compuesta por los señores Jomard, Raoul-Rochette, Guignaud, Saulcy, Laboulaye, Lenormant y Naudet.

Animada probablemente por el legítimo cuidado de abordar un gran número de cuestiones hasta entonces no elucidadas, y de llegar a un gran público, la exposición presentada por Jomard[10] ante sus pares contenía una gran cantidad de interrogantes, comentarios y detalles. Conviene, por lo demás, subrayar que en definitiva las instrucciones no se dirigían únicamente a su "comanditario" inicial, sino más ampliamente a todos los viajeros que se dirigían al Perú.[11] A pesar de la relativa confusión presente en el ordenamiento de los temas tratados, se puede agrupar las numerosas preguntas planteadas por los académicos alrededor de tres temas:

1) restos materiales;

2) numeración, escritura, tradiciones y lenguas;

3) características distintivas de las razas presentes antes de la Conquista.

Los restos materiales

Afirmando en primer lugar la especificidad cultural del Perú (en relación con las demás regiones de América y, *a fortiori*, del Viejo Mundo), el informante de la comisión anotaba que quizás era posible atribuir esos restos materiales a dos épocas sucesivas: un período preincaico, dominado por la raza aymara, y luego el período inca.[12]

Esta distinción cronológica había sido enunciada poco tiempo antes por Rivero y Tschudi (1851) —al parecer sobre la base de criterios de carácter arquitectónico—, pero también por Morton (el cual, a su vez, se basaba en las diferencias en la morfología de los cráneos y en las aptitudes intelectuales inferidas a partir de tal morfología: ver Morton 1839: 97 y siguientes; 125 y siguientes), sin que por ello estos autores concordasen sobre la distribución geográfica de los sitios que correspondían a cada una de esas épocas. Veremos que la cuestión de la determinación de ambas épocas será tema del último punto de las citadas instrucciones.

---

[10] En cuanto informante de la comisión, es posible atribuírsele razonablemente la responsabilidad de la mayor parte del cuestionario. Después de realizar estudios en la Escuela Politécnica, participó en la expedición científica a Egipto enviada por Bonaparte. Nombrado más tarde conservador del departamento de Geografía de la Biblioteca Real, mostró durante toda su carrera un vivo interés por la etnografía —y, sobre todo, la etnografía americana—.

[11] Ello aparece claramente en la conclusión del texto: "Tal es el conjunto de nociones sobre las cuales sería deseable que los viajeros aporten nuevas luces." (Jomard 1853: 90)

[12] Enunciado y popularizado a través de los escritos de Cieza de León y de Garcilaso de la Vega, la existencia de dos fases sucesivas en el proceso de civilización del antiguo Perú era ampliamente aceptado desde hacía buen tiempo por los eruditos; los términos de esa distinción y el orden de sucesión de ambas fases no estaban, sin embargo, claramente establecidos y fueron objeto de vivos debates a todo lo largo del siglo XIX.

Los restos del período "primitivo"

Jomard consideraba que las obras dejadas por la raza aymara eran "de un estilo antiguo, bastante fácil de reconocer" (Jomard 1853: 67). Sin embargo, dada la rareza de informaciones relativas a la fase preincaica, el informante no estaba en capacidad de dar sino algunos nombres de sitios que se vinculaban con ella por su arquitectura (Tiahuanaco, "Hatun-Coenar" [Hatuncolla], Ollantaytambo, ciertos edificios del Cuzco, Curumba, Pachacamac, Jauja, "Tchimu" [Chan-Chan]), o bien indicaciones geográficas aproximativas ("en Lambayeque"; "la región de los chachapoyas"), insistiendo en la necesidad de recoger datos seguros: "... quedan por desear medidas, detalles precisos, planos exactos." (*Ibid*: 70)

La "industria" primitiva era tratada aún más brevemente. A falta de datos concretos, Jomard sólo hacía alusión a los restos de una "antigua fábrica de ceramios" que habría sido notada entre las ruinas de Tiahuanaco. Al invitar en consecuencia a los arqueólogos a buscar restos materiales de la fase preincaica, Jomard concluía la primera sección de sus instrucciones con estas palabras:

> "Se puede recordar aquí otras localidades, de las que los viajeros han traído objetos curiosos, tales como instrumentos, utensilios, vasos, que se remontan a la primera época. Anotamos solamente sus nombres, de acuerdo al catálogo del señor de Longperier[13]: Motchi [Moche], Guantchaco [Huanchaco], Lurín, Arica, Tiguina [Tiquina], Copa-Cabana [Copacabana], etc. Estos lugares merecerían la atención de los observadores." (*Ibid*: 72)

Los informes relativos a la segunda época, la de los Incas, parecían netamente más abundantes; lo que permitió a Jomard dar una disposición más detallada y matizada a su informe: las instrucciones concernientes a los restos materiales incas se hallaban escindidas así en dos secciones: arquitectura e "industria."

La arquitectura inca

A fin de guiar a Mimey —o a cualquier otro viajero— en sus investigaciones, Jomard pasaba revista a los principales monumentos dignos de interés, agrupándolos en categorías funcionales, apareciendo así, sucesivamente, los "palacios", las "fortalezas, caminos y puentes", luego las "prisiones, termas y hospedajes" y, en fin, "las casas y construcciones

[13] Jomard se refería aquí al catálogo del Museo Americano, abierto en el Palacio del Louvre en 1850 y dirigido por Adrien de Longpérier. Los sitios de procedencia mencionados aquí corresponden a objetos donados al Louvre por el cónsul Léonce Angrand (*cf.* infra: nuestro capítulo sobre la museología americanista).

diversas". El informante daba, para cada una de estas categorías, algunos ejemplos típicos (sacados de las crónicas o de las observaciones de los viajeros), luego exponía las interrogantes que tales restos podían suscitar (dimensiones, planta, significación, modo de construcción, técnicas y herramientas utilizadas, etc). Este modo de presentación no deja de recordar el utilizado dos años antes por Rivero y Tschudi en su obra *Antigüedades peruanas*[14], en un capítulo de la cual, titulado "Estado de las artes entre los antiguos peruanos", ambos autores inventariaron los principales edificios conocidos, clasificándolos según su función: "hospedajes reales", "almacenes reales", "baños", "palacios reales", "templos", etc.

La marcada influencia de las *Antigüedades Peruanas* sobre los americanistas europeos de la época no debe sorprendernos: el libro de Rivero y Tschudi era, a mediados de la centuria, unas de las primeras obras de síntesis sobre las civilizaciones prehispánicas del Perú, escritas no sólo de acuerdo a las crónicas españolas, sino igualmente a partir de datos arqueológicos. Así, de la misma manera que Morton (1839) o d'Orbigny (1839) constituían obras de referencia esenciales para los que se interesaban en el tema de los tipos morfológicos probados en el Nuevo Mundo, la publicación de la obra de Rivero y Tschudi había constituido un acontecimiento notable entre los eruditos dedicados al estudio de las cuestiones etnográficas.

Para guiar a los viajeros en sus investigaciones, Jomard mencionaba un cierto número de lugares por la importancia histórica de sus restos incaicos: en el Cuzco[15], en primer lugar, Hatun Colla, Vilcashuamán, Tomebamba, Cajamarca, Chulucanas[16], etc. Las referencias eran entonces bastante más detalladas que en lo que concierne a la primera época, en la medida en que Jomard podía apoyarse aquí en la lectura de las crónicas (en este caso Jerez y Cabello Balboa).

En la última parte de la sección consagrada a las diferentes formas de arquitectura de la época Inca, Jomard se mostraba particularmente interesado "científicamente" en que estudiase las técnicas de construcción empleadas por los incas: métodos de extracción de los materiales, modos de transporte y de levantamiento de los enormes bloques de piedra descritos por los cronistas y los viajeros, etc.

---

[14] Publicada en su versión original en español en Viena, en 1851, esta obra tuvo una gran resonancia en los medios científicos, y por ello alcanzó una gran difusión: fue traducida al inglés en 1855, después al francés en 1859.

[15] Remitía para el efecto a un plano levantado por el cónsul británico Pentland con ocasión de su paso por la región en 1827.

[16] La referencia a los "baños del Inca en Chulucanas" podría haber sido tomada a Humboldt, quien los menciona en sus *Sites des Cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique* (Paris, Schoel, 1810).

La "industria" peruana

Hasta aquí, las instrucciones de Jomard no implicaban más que observaciones externas (reconocimiento de monumentos, levantamiento de planos, etc.); con este nuevo rubro consagrado a la "industria peruana", el informante abordaba la cuestión de las excavaciones y la recolección de objetos:

> "Hemos hablado del uso entre los peruanos de conservar los cuerpos de sus ancestros en estado de momia [...]. Las guacas o hipogeos en los cuales se las encuentra aún hoy, están llenos de gran número de objetos, tanto más curiosos por cuanto echan luz sobre el grado en que esta nación había alcanzado en ciertas artes, e incluso en el lujo de la civilización. Los vasos de toda clase, las herramientas, los instrumentos, abundan en ellos." (Jomard 1853: 85)

Por la frase introductoria, en la que subrayaba la importancia del papel que desempeñaban los objetos para el estudio científico de las sociedades humanas, Jomard expresaba implícitamente la idea de que la mejor manera de procurarse testimonios de ese pasado era abrir las tumbas de los indios. Tumbas, por lo demás, tan numerosas, que no era menester darse el trabajo, en este rubro de las Instrucciones, de señalar los nombres de sitios particulares[17]. En cambio, la comisión evocaba las diversas facetas de la destreza de los indios quechuas, a fin de indicar a los viajeros los objetos más dignos de interés:

> "Ya que es posible que los viajeros futuros descubran algunas de esas curiosas obras del arte peruano, todavía ocultas por los indígenas, no creemos inútil describir un pequeño número de ellas de acuerdo a los historiadores de la conquista." (*Ibid*: 86)

El informante evocaba desde luego, en primer lugar, algunas de esas realizaciones que habían causado el pasmo de los conquistadores españoles y forzaban aún la admiración de los etnógrafos europeos: los trabajos de orfebrería, los tejidos multicolores, los vasos de terracota, etc. A juzgar por algunos de sus comentarios, Jomard no escondía, de otro lado, su fascinación ante esas producciones:

> "Los historiadores describen las fuentes de oro [...]. Se cita [...] dos pilones lo suficientemente grandes como para colocar en cada uno un buey entero en pedazos." (*Ibid*: 86-87)

[17] Sin embargo, unas páginas antes, cuando se trató de los sitios donde se hallaban edificios interesantes a estudiar, Jomard añadía: "habría que explorar de nuevo las ruinas de donde se han extraído objetos materiales, interesantes para el estudio de las costumbres y de la industria de los peruanos, objetos que se atribuyen a la época de los incas, pero que bien podrían remontarse a tiempos aún más antiguos" (*Ibid*: 73), y mencionaba en nota "Surco, Malgarejo, Tchougon, Yucay, Angostura, Oruco, Quilia [Quilca], Bodegón [la Bodega], Huadquigua [Huadquiña]." Lugares que todos remiten, como anteriormente, a los objetos donados al Museo del Louvre por Angrand en 1839 y 1850.

El interés de los académicos en la "industria" de los antiguos peruanos no se limitaba, sin embargo, solamente a estos objetos, cuyo carácter elitista o sagrado no podía escapar a nadie; Jomard abordaba, en consecuencia, y a renglón seguido, toda la gama de objetos de arreglo personal, las armas, los utensilios de pesca y de tejido, las herramientas, etc.; en resumen, todo lo que podía dar testimonio de la vida cotidiana de esos pueblos desaparecidos.

Si Jomard insistía en la importancia de no desdeñar ningún objeto, se puede notar sin embargo que las motivaciones científicas que justificaban la búsqueda de esas antigüedades no son explicitadas casi nunca de manera clara: la noción de profundidad cronológica apenas comenzaba a ser aceptada en lo que concierne a las sociedades precolombinas (veremos más lejos que esta cuestión preocupaba a los académicos); la mayor parte de los eruditos atribuían todavía los más notables restos peruanos únicamente a la civilización incaica. Por este hecho, se admitía por lo general que todo dato recogido en el terreno debía contribuir algo más al conocimiento de un solo y mismo horizonte cultural. Así, no obstante de que el informante admitía la idea de que los "objetos que se asignan a la época de los incas [puedan] remontarse a una época aún más antigua" (*Ibid*: 73), no hacía ninguna alusión a la posibilidad de establecer una distinción cronológica cualquiera entre los artefactos coleccionados. A falta de respuesta a cualquier problemática de orden cronológico, las antigüedades eran buscadas, pues, antes que nada, por su carácter "documental": en tal sentido, esta exposición era para Jomard ocasión de expresar un cierto número de preocupaciones específicas —principalmente en lo que se relaciona con las técnicas de fabricación (*Ibid*: 77) o el sistema de medidas ponderales (*Ibid*: 88)—. Este tipo de cuestiones no es radicalmente nuevo, y ya aparecía en ciertas instrucciones generales, como las que emanaban de la Sociedad de Observadores del Hombre (de Gerando 1800) o de la Sociedad Etnológica (1841): es sin embargo interesante notar que aquí se aplicaba a sociedades desaparecidas y no a sociedades contemporáneas (ya fuesen "civilizadas" o "primitivas").

Esta focalización, un tanto restrictiva, en la función documental de las antigüedades autorizaba —e incluso imponía— a los arqueólogos su selección: en efecto, si se asignaba la más alta importancia al objeto etnográfico (en la medida en que ilustraba un rasgo particular de una sociedad), a la inversa su repetición en el seno de una colectividad era considerada como inútil; lo cual justificaba la práctica —habitual— de limitar la elección de las piezas a las que se juzgaba más "representativas". Tal es la razón por la cual Jomard concluía el aparte consagrado a la "industria peruana" con estas palabras:

> "Esta larga enumeración está lejos de ser completa, pero bastará para guiar a los viajeros en la selección de los objetos que deben traer para enriquecer nuestros museos." (*Ibid*: 80)

En este sentido, el museo era percibido como una suerte de "conservatorio" de la humanidad, y bajo ese espíritu se diseñó la sección etnográfica del Museo Naval del Louvre (Férussac 1831), y es igualmente así que Jomard concebía lo que habría debido ser su Sección de Geografía en la Biblioteca Real (Jomard 1831 y 1845): el museo no debía ser un simple lugar de almacenamiento en que los objetos estarían librados a la curiosidad del público, sino que debía constituir un inmenso gabinete de trabajo, en el cual las colecciones (representativas de las más diversas manifestaciones de las sociedades humanas) estarían a disposición de los investigadores.

La parte del informe consagrada a la arquitectura y otros restos materiales es, de lejos, la más larga. Sin embargo, varios otros aspectos de las sociedades precolombinas excitaban la curiosidad de los académicos: en su punto sexto, titulado *Algunas instituciones de los peruanos, nociones que han poseído, lenguas y razas*, Jomard abordaba problemas muy diversos, que se podría agrupar en el seno de dos grandes rubros temáticos: lo concerniente a los modos de contar y de escritura y las lenguas, por una parte y, por otra, lo que permitiría distinguir los pueblos que ocuparon el Perú antes de la Conquista.

Numeración, escritura y lenguas

Al iniciar el punto sexto, Jomard expresaba sus más grandes dudas en cuanto a la posibilidad de proceder a estudios arqueológicos fructuosos en la historia del Perú antiguo o bien de las religiones antiguas:

> "Se encuentra por doquiera detalles sobre la historia y las tradiciones de los peruanos, sobre sus religiones y sus prácticas. No es probable que nuevas investigaciones puedan aportar sobre estos temas, todavía obscuros, otras luces que las que se deben a los historiadores de la conquista [...]; por lo tanto no pediremos a los viajeros que efectúan investigaciones que puedan conciliar a los escritores..." (*Ibid*: 78).

Ello equivalía a fijar severos límites a la arqueología; pero, ¿podía ser de otro modo a mediados del siglo XIX, cuando esta disciplina se hallaba aún en sus balbuceos? Al descubrir el secreto de los jeroglíficos unos decenios antes, Champollion había confirmado ampliamente la primacía de la escritura para el estudio del pasado. Asignando por lo tanto un cierto número de interrogantes al papel tradicional de la disciplina histórica (la cronología de los soberanos, por ejemplo), Jomard orientaba a los viajeros a la solución de otras cuestiones.

Acordándose quizás de la hazaña de Champollion (o de sus propios trabajos sobre los jeroglíficos), el informante se preguntaba si los quipus no eran algo más que un modo de numeración, o bien si se trataba de una forma de escritura, como ciertos estudiosos sostenían:

"El estudio de los quipus sería uno de los temas más curiosos para el espíritu humano; y ¿quién sabe si alguna circunstancia inesperada no revelará un día su secreto?" (*Ibid*: 80)

La cuestión de la existencia o no de una escritura entre los incas continuaba en efecto pendiente a los ojos de Jomard, que citaba la afirmación de Montesinos según la cual los incas habrían tenido en los primeros tiempos del Imperio un sistema de escritura completamente desarrollado, que después habrían abandonado por consejo de sus sacerdotes. Además, no es imposible que, según la concepción clásica que se tenía de la "civilización", Jomard considerase como casi aberrante que un pueblo tan avanzado como los incas no hubiesen poseído una escritura, a ejemplo de todas las grandes civilizaciones antiguas, ya fuesen mediterráneas, o ya del cercano y el extremo oriente.

Es interesante notar que estas cuestiones relativas a la escritura, a los métodos de numeración y, más generalmente, a todo lo que pertenece a la memoria colectiva, eran para los académicos ocasión de interrogarse sobre la posibilidad de utilizar los datos etnográficos recogidos en los pueblos modernos para comprender mejor el pasado. De allí las siguientes indicaciones de Jomard:

"... la manera actual de contar entre los indígenas merece que se examine, haciendo abstracción de lo que llevó consigo la civilización española." (*Ibid*: 81)

o bien:

"... como hay tradiciones, se puede admitir que deben subsistir aún fragmentos de los antiguos cantos peruanos." (*Ibid*: 83)

Estas recomendaciones son interesantes en la medida en que el recurso a las encuestas etnográficas con miras a completar la información histórica era todavía poco frecuente.[18] Además ello remite, de manera implícita, al problema de la filiación entre las civilizaciones que se desplomaron en el momento de la conquista española y los indios actuales. En efecto, en sus relatos, la mayoría de los viajeros trataban en términos extremadamente poco halagadores a los indios contemporáneos, a los que consideraban apáticos, sin cultura y de escasa inteligencia, términos que constituían otros tantos argumentos utilizados por los teóricos de la

[18] No habría que exagerar, sin embargo, la modernidad de algunas de estas cuestiones: en sus instrucciones para el viaje al Perú de Joseph Dombey, el abad Barthélémy escribía en 1776: "Se nos ha traído algunas de sus canciones. Habría que multiplicar su número, porque sería posible de encontrar en ellas ciertos hechos de la historia de estos pueblos o de su mitología." (Barthélémy 1821-22, IV: 434).

degeneración de las razas, o bien por autores deseosos de probar que los pueblos indígenas que se tenía a la vista no tenían ningún vínculo con la "raza civilizadora", y que no habían sido sino una mano de obra servil sometida a una élite inca.

El último punto de este rubro se refería al lenguaje: el informante de la comisión invitaba aquí a los viajeros a recoger informaciones suplementarias sobre los diferentes idiomas que los autores mencionaban:

> "Las dos épocas de la historia peruana de que hemos hablado corresponden a naciones y a lenguas diferentes; la nación y la lengua aymara, la nación y la lengua quichua. Se cita otra lengua poco conocida, que se habla en Lambayeque y que se llama Yunga;[19] [...] Hay además un pequeño número de individuos cuya raza es intermedia entre los aymaras y los hombres de Chile, y que habla una lengua propia." (*Ibid*: 84)

Tema que para Jomard era ocasión para volver a una cuestión abordada al comienzo de su informe: la de la ocupación del suelo peruano por varios pueblos sucesivos.

Carácter distintivo de las razas peruanas

A fin de llegar a establecer las distinciones cronológicas y culturales supuestas en el seno de la civilización peruana, los académicos proponían aquí algunas pistas para guiar a los viajeros en sus investigaciones.

Hemos visto anteriormente que Jomard partía del postulado según el cual el Perú había sido ocupado antes de la Conquista por dos pueblos diferentes: los aymaras y después los incas o "quichuas". Veremos, al referirnos a las instrucciones de la Sociedad de Antropología, que en realidad la cuestión se hallaba lejos de concitar unanimidad y era objeto incluso de un vigoroso debate.

El informante, en consecuencia, enunciaba algunos de los rasgos distintivos de cada uno de esos pueblos, apoyándose esencialmente sobre datos arquitectónicos:

> "... hay que atender sobre todo a la distinción de las obras del arte antiguo o primitivo de aquéllas que no se remontan sino a la época de los incas; pues hay allí un sello particular que no se puede desconocer. Uno de los signos distintivos del antiguo estilo es la complicación en los ornamentos, en los detalles infinitos [...] de la escultura arquitectónica. En las obras más recientes, si bien la construcción es muy cuidadosa, la decoración es mucho más simple." (*Ibid*: 78)

[19] Jomard cita aquí a Cabello Balboa, pero quizás conocía también el libro *Arte de la lengua yunga*, escrito por Fernando de la Carrera en 1644, obra rarísima, de la que poseía un ejemplar el bibliófilo francés Henri Ternaux-Compans (adquirido en la venta pública de la colección del diplomático Chaumette des Fossés).

Planteaba además la cuestión del origen mesoamericano de ciertos pueblos civilizadores del Perú, pues al referirse a construcciones de forma piramidal observadas en el Perú, Jomard se preguntaba si era menester "atribuir a los toltecas la construcción de las pirámides peruanas" (*Ibid*: 77). Esta hipótesis no es nueva, ni propia del autor del cuestionario, ya que la idea de una colonización de los Andes por grupos venidos de México (y más particularmente por los toltecas) aparece con frecuencia en la literatura del siglo XIX —e incluso en la del XX—. En su *Lettre sur les antiquités de Tiaguanaco*, Angrand (1867) pensaba, por lo demás, haber probado definitivamente el origen tolteca de Tiahuanaco.

Para alimentar el debate, Jomard señalaba entonces que el Dr. Morton, de Filadelfia, había creído reconocer en los cráneos de los antiguos aymaras "el resto de un grupo tolteca venido de México hacia 1050, con ocasión de la invasión de los aztecas" (Jomard 1853: 84-85); sin embargo, se apresuraba a expresar sus dudas en cuanto a esta afirmación, señalando que "los monumentos no confirman tal opinión" (*Ibid*: 85). Allí se encuentra, hay que notarlo, la única alusión a los datos aportados por la antropología física: no se hará ninguna mención ulterior ni se formulará ninguna recomendación relativa a la recolección de cráneos u otros restos humanos a los viajeros, en el marco de las instrucciones...

En definitiva, ¿cuáles son las características mayores de éstas?

Antes que nada hay que señalar la gran erudición que mostraban los académicos: recordemos aquí que, con excepción de Jomard, ninguno de los miembros de la comisión se había distinguido nunca por la producción de estudios americanistas. No se trata sin embargo de un hecho excepcional, y, al contrario, ese espíritu de curiosidad universal corresponde bien a la época en la cual se escribió el cuestionario: el ejemplo de la publicación en París de las *Antiquités mexicaines* de Guillermo Dupaix[20] muestra de qué manera personalidades provenientes de círculos eruditos muy diversos eran capaces de movilizarse en torno a un proyecto innovador, y de desempeñar en ello un papel extremadamente activo, por poco que se sintieran interesados en el contenido de la obra. Al redactar esa larga serie de instrucciones, los académicos mostraron su capacidad de reflexionar sobre un campo muy alejado de sus preocupaciones habituales. En ciertos

[20] El capitán Dupaix había sido comisionado por el Rey de España Carlos IV para explorar ciertas ruinas de México descubiertas en el siglo XVIII. Los papeles y documentos reunidos por Dupaix en el curso de sus exploraciones (entre 1805 y 1808) fueron hallados 20 años más tarde por el abad Baradère y llevados a Francia. La importancia científica que en un principio se asignó a esos documentos debía provocar entonces una intensa emulación en ciertos medios eruditos (principalmente en la Sociedad Real de Anticuarios de Francia y en la Sociedad de Geografía de París), que se movilizaron para proceder a una publicación anotada y comentada de los documentos de Dupaix y Castañeda. Si algunos de los comentadores eran personalidades ya reconocidas por su conocimiento del Nuevo Mundo (Warden, Humboldt), otros eran antes que nada especialistas en las antigüedades clásicas o nacionales (Farcy, Lenoir).

casos daban prueba incluso de originalidad y de clarividencia, sobre todo cuanto evocaban la posibilidad de recurrir a la toponimia o a las encuestas etnográficas para completar los datos históricos, o bien cuando se prevenía a los viajeros contra una confianza exagerada en lo que dicen los cronistas españoles, o bien contra las comparaciones apresuradas entre el Antiguo y el Nuevo Mundo:

> "Debemos, al acabar este informe, advertir a los viajeros que leerán las relaciones de los historiadores contra la exageración de sus relatos. No les hemos tomado en préstamo sino aquello que la crítica se halla de acuerdo en considerar como real. Haremos también una observación más importante: hay que mantenerse en guardia contra las comparaciones azarosas, como las que se efectúan entre los monumentos y las artes del nuevo mundo y las obras del mundo oriental, comparaciones que no tienen otra base que similitudes y coincidencias fortuitas." (*Ibid*: 90)

Si bien es posible observar que se asigna la parte más importante a la recolección de antigüedades y al estudio de los monumentos, hay que anotar sin embargo que las instrucciones cubrían un gran número de campos: los académicos manifestaban así su voluntad de abordar las sociedades desaparecidas de una manera global, es decir interesándose en los aspectos más diversos que caracterizan una civilización. Se trata del mismo estado de espíritu que se habrá de hallar en ciertos animadores de la futura Sociedad de Etnografía Oriental y Americana[21] (de la que formarían parte ciertos miembros de la presente comisión, tales como Saulcy, Lenormant y Jomard).

Sin embargo, si las instrucciones dan prueba de una notable erudición y de una gran diversidad temática, nos parecen pecar por una ausencia de problemática así como por la negligencia en que incurren con respecto a los aspectos prácticos de la investigación: en el texto se invitaba a los viajeros no tanto a responder a preguntas precisas, sino a la recolección de los más diversos objetos y datos. Los objetivos finales del programa aparecen poco claros: ¿de qué manera se debía utilizar los datos recogidos en el terreno? ¿No se trataba, en definitiva, y en lo esencial, sino de llenar las vitrinas de los museos? Nuestro juicio es sin duda severo, ya que en el espíritu de los académicos se trataba en primer lugar de reunir un máximo de informaciones sobre épocas y regiones de las que se sabía poco: los comentarios que se pueden recoger sobre los proyectos de exploración en América central y meridional, formulados en la primera mitad del siglo XIX, concuerdan en describirlas como "tierras vírgenes", de las cuales no se sabía científicamente nada y donde "todo estaba por hacer".

[21] *Cf.* infra: nuestro capítulo sobre las sociedades de estudio.

Conviene además recordar que Jomard era uno de los primeros teóricos de la etnografía material, ya que había señalado desde el primer cuarto del siglo XIX la importancia que se debía conceder a los objetos más usuales para comprender a los hombres que los produjeron.[22] El objeto poseía, pues, una función documental evidente a sus ojos, pero también un papel didáctico: si los testimonios de la industria humana ayudaban al estudioso a comprender las sociedades a las que pertenecían, podían igualmente mostrar al visitante de un museo una imagen sintética de esta sociedad, de su nivel de "civilización" y de su lugar en la "escala humana" —por poco que tales restos estuviesen adecuadamente ordenados—. En este estadio aún debía intervenir, pues, el hombre de gabinete; Jomard abogó durante toda su vida en favor de la utilidad de un museo etnográfico y más de una vez tuvo oportunidad de exponer sus puntos de vista personales sobre este tipo de museo y sobre el ordenamiento de las colecciones que requiere:

> "Habría que distribuirlas de acuerdo a la lectura de las cosas, es decir según su empleo y su finalidad, y no en función del orden de los lugares y el tipo de su materia. Se colocaría, pues, unos a continuación de otros, los objetos del mismo género, en uso por los diferentes pueblos, subdidividos a su vez según un orden geográfico constante." (Jomard 1831: 23)

Con este modo de presentación, el espectador captaría mejor "El empleo y la finalidad [de los objetos], que por el solo discurso; los usos, las costumbres y los hábitos de los pueblos son por ello más fáciles de imaginar" (*Ibid*: 31).

Se percibe con rapidez el impase al cual este tipo de etnografía iba a conducir: los estudios llevados a cabo por Jomard —y todos sus contemporáneos— descansaban sobre restos separados de su contexto de origen, no datados (ya que en el mejor de los casos se consideraba dos épocas en la civilización peruana, cuyas duraciones respectivas seguían siendo muy obscuras) y acompañados por informaciones generalmente erróneas.[23] Los etnólogos y los anticuarios de ese tiempo pensaban, en efecto, que era posible reconstruir el pasado de un pueblo simplemente teniendo a la vista algunos de sus restos materiales, como si éstos encerrasen

[22] Hamy (1989: 39) hace alusión a un informe redactado en 1818 por Jomard para abogar por la causa de la museografía etnográfica; no es el único, sin embargo, que se pronunció en este sentido; su primer proyecto (Jomard 1831) se inscribe más bien en un movimiento de reflexión lanzado algunos años antes, en el curso del cual el Barón de Férussac, Blosseville y Jomard se responderán por intermedio de publicaciones periódicas (*cf.* infra nuestro capítulo sobre la museología americanista).

[23] La mayoría de los viajeros no recolectaban ellos mismos las antigüedades por medio de excavaciones sino, más cómodamente, comprándolas a comerciantes que inventaban una fábula en proporción al precio pagado...

en sí mismos secretos que bastaría descifrar para que la historia o las creencias de los hombres que los habían producido se revelasen a los hombres de gabinete que los estudiasen. En el contexto de la recolección de datos que acabamos de evocar, el resultado no conducía por lo general sino a una dudosa interpretación de restos extremadamente heterogéneos (tanto por su origen o su época como por su función). Más aún, la confianza ciega que manifestaban aquí los académicos con respecto a la capacidad de los "arqueólogos" de campo para seleccionar los objetos más "significativos" contribuye, también, a explicar las vacilaciones y decepciones de esta protoarqueología americanista.

En definitiva, las instrucciones se inscriben en una tradición bastante clásica de la arqueología, orientada de buen grado, como hemos señalado, a los indicios susceptibles de delinear el "hecho civilizacional" en esta parte de los Andes: al margen de su notable minuciosidad en el detalle, los interrogantes mayores planteados por los académicos no difieren fundamentalmente de los formulados por el abad Barthélémy a Joseph Dombey unos ochenta años antes.[24] Tal concepción del estudio de las sociedades precolombinas había de ser seguida por un sector no desdeñable de los medios eruditos franceses, en particular por la Sociedad de Etnografía Americana y Oriental. Pero en esa misma época había de surgir, desde otro horizonte —el de los naturalistas — una muy diferente tradición, que privilegiaba las características físicas. Es cierto, la utilización conjunta de los dos tipos de información era desde luego posible —y numerosos etnólogos no se privaron de ello—, no obstante lo cual las querellas de escuela y las rivalidades institucionales no iban a tardar en dramatizar la situación y a abrir un foso metodológico cuyas manifestaciones y consecuencias se hicieron sentir largamente en Francia, a todo lo largo del siglo XIX. Tendremos ocasión de volver a tocar este punto en varias ocasiones.

¿Cuál fue el destino de estas instrucciones? En lo que concierne a su destinatario inicial, Maximilien Mimey, los resultados científicos de su permanencia parecen haber sido nulos. Tenemos como prueba las lamentaciones expresadas por Jomard 8 años más tarde, en una sesión de la Sociedad de Etnografía Oriental y Americana, en 1861. Anunciaba en esa oportunidad: "ninguno de esos resultados nos ha llegado hasta ahora" (Jomard 1862: 133). La presencia del arquitecto en el Perú se halla, sin embargo, muy bien acreditada, y revela que permaneció en el país en cuatro oportunidades, entre 1853 y 1888, y tomó parte en diversas realizaciones importantes en Lima. No le conocemos ningún trabajo específico en el ámbito de la arqueología del Perú.

[24] *Cf.* supra nuestro capítulo sobre el contexto científico.

Capítulo 4
EL MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

El Servicio de Misiones Científicas y Literarias del Ministerio de Instrucción Pública desempeñó, como vamos a ver, un papel esencial, tanto en lo que concierne al ingreso de antigüedades peruanas a Francia como en la progresiva elaboración de un sistema museográfico adaptado a esa afluencia de objetos. Además, el servicio de misiones constituye una buena ilustración de los sucesivos intentos de institucionalización, y después, a fin de cuentas, de profesionalización de la investigación científica.

HISTORIA

La creación oficial del Servicio de Misiones Científicas y Literarias se remonta a 1842. En el curso de los siglos precedentes, el gobierno francés había tenido ya oportunidad de organizar o de financiar diversas exploraciones por el mundo, de acuerdo con las circunstancias o según los objetivos políticos del momento; pero los resultados científicos eran por lo general a imagen de las expediciones emprendidas: heterogéneos e incompletos.

Con la Restauración, mientras que Francia reanudaba una política marítima en que se mezclaban la expansión y los descubrimientos geográficos, las iniciativas personales y las solicitudes de misiones de exploración se multiplicaron. Cuando se creó el Ministerio de Instrucción Pública en 1832, recayó en él la tarea de efectuar la selección de los proyectos y de supervisar las misiones autorizadas. Las solicitudes fueron tratadas así, sucesivamente, por la Oficina de Instituciones de Estudio (entre 1834 y 1838), por la Oficina de Bibliotecas (de 1838 a 1845) y, en fin, por la Oficina de Trabajos Históricos, a partir de 1845 hasta que el servicio de misiones pasó, a mediados de nuestro siglo, a ser parte de las atribuciones del Centro Nacional de la Investigación Científica (CNRS), y por otro lado de las de la Subdirección de Ciencias Sociales y Humanas del Ministerio de Asuntos Extranjeros.

Fue de esa manera cómo se financiaron algunas de las primeras grandes exploraciones, al borde del siglo XIX: de René Caillé, a Tombouctou (a partir de 1829); de Eugène Borée a Armenia (a partir de 1835); de Texier al Cercano Oriente (entre 1833 y 1837); de Alexandre Dumas (padre) al Mediterráneo (en 1834). Sin embargo, a falta de fondos especiales disponibles para este efecto, las asignaciones concedidas a los viajeros eran muy insuficientes: la asignación "ordinaria", que no sobrepasaba los 12 000 francos, pertenecía al capítulo XXI del Presupuesto titulado "Estímulos y ayuda a los estudiosos y hombres de letras" (Antoine 1977: 37). La modestia e irregularidad de esos fondos casi no permitía avizorar una política de investigaciones coherente y continua.

Es por ello que, para remediar tal estado de cosas, el ministro Villemain propuso, en el proyecto de presupuesto de 1843, elevar de 12 000 a 112 000 los fondos asignados a los viajeros y misiones científicas y literarias. Con tales medios, el ministerio debía estar en capacidad de llevar a cabo una política de investigaciones de mayor envergadura, pues tal aumento, según argumentaba Villemain, "tiene como objeto constituir un sistema de viajes dirigidos a las investigaciones físicas y geográficas o a los estudios de las lenguas, la historia, a todo lo que pueda interesar a nuestra civilización" (citado en *Ibid*: 38). Los diputados aprobaron el presupuesto planteado por Villemain y así, desde 1843, comenzó a funcionar un verdadero "servicio de misiones". Esquematizando, se puede decir que la historia del servicio de misiones se divide en dos períodos: el primero, que va de 1843 a 1874; el segundo, que comenzó en 1874, año de la creación de la Comisión de misiones. El número de misiones aprobadas en el curso del primer período fue, proporcionalmente, claramente inferior al del siguiente, y ambos fueron de muy diferente naturaleza. Son diversos los factores que explican este hecho:

– Si desde el principio, ciertas disciplinas, como la historia o la arqueología, dieron lugar a un número bastante considerable de misiones, no sucede lo mismo en ámbitos más propiamente científicos (física, meteorología, etc.), o bien en ciertas disciplinas de las ciencias humanas, tales como la etnografía, que no aparecieron de manera notable sino a partir del último cuarto del siglo XIX.

– En el mismo orden de ideas, el movimiento geográfico encontró su verdadero impulso con la expansión colonial, acarreando tras de sí un cierto número de disciplinas, puestas allí en una especie de anexo complementario: etnografía, historia natural, antropología, etc.

– Cuando se fundó el servicio de misiones, la Marina acababa de organizar varias expediciones alrededor del mundo; la masa de observaciones científicas de toda clase (astronomía, geografía, historia natural, etnografía, etc.) recogidas por los navegantes había sido tal que iba a monopolizar la atención de los estudiosos por un largo período. Desde

entonces, es posible que el ministerio no colocase la geografía o la historia natural de las regiones lejanas entre sus prioridades.

– Paralelamente al punto precedente se planteaba a los "aprendices de exploradores" un problema muy concreto, esto es el de la distancia a recorrer: efectuar investigaciones epigráficas en Italia, en Grecia, incluso en Egipto, no causaba dificultades materiales mayores; en cambio, realizar un viaje de exploración a la Amazonia, al África central o a Siberia no dejaba de plantear problemas logísticos. Para remediar este obstáculo financiero, el ministerio llegó a un acuerdo con las compañías marítimas nacionales para conceder a los encargados de misión un descuento del 30 % en el precio del pasaje, o bien solicitaba al Ministerio de Marina pasajes gratuitos para sus viajeros, a bordo de los navíos de guerra que partían hacia diferentes puntos del globo. Sistema que no fue verdaderamente efectivo sino en la segunda mitad del siglo XIX, a medida que las compañías marítimas desarrollaban sus líneas y que, por otra parte, se ampliaba el sistema de estaciones navales en todo el planeta.

– Para continuar en el terreno financiero, debemos añadir que si, con ocasión de su creación, el servicio de misiones se beneficiaba en apariencia de cómodas asignaciones, pronto se vio obligado a sufrir diversos recortes para hacer frente a gastos extraordinarios; esos recortes fueron tales que a fines de los años 1850 los créditos subsistentes descendieron a un nivel crítico de 25 000 francos, es decir la misma cantidad de que disponía el ministerio para ayudar a los viajeros antes de la creación del servicio, en 1843. Se comprenderá, pues, que la administración no estuviese — al menos por un largo espacio— en capacidad de concretar sus ambiciones.

Al crear el Servicio de Misiones Científicas y Literarias, el Ministerio de Instrucción Pública quiso dotarse de los recursos financieros para emprender una verdadera política de investigaciones —aspiración bien pronto temperada por las realidades presupuestales, como acabamos de ver...—. Sin embargo, la cuestión financiera no era todo, pues este proyecto requería una dirección científica adecuada, por lo cual el ministro se dirigió, como era de esperar, a la referencia científica e intelectual por excelencia, esto es el Instituto. El 30 de enero de 1850 el ministro firmó la siguiente resolución:

> "El Ministro de Instrucción Pública, Cultos y Bellas Artes,
>
> Considerando que conviene dar a las misiones científicas la dirección más ilustrada, y asegurarles los resultados más fructuosos posibles;
>
> Considerando que una experiencia ya ganada ha demostrado cuán provechoso es para la erudición y la ciencia recurrir, para los proyectos de misiones, al examen por parte del Instituto;
>
> Considerando por otra parte que de toda misión realizada bajo los auspicios y a expensas del Estado debe resultar un beneficio público y una utilidad nacional,

Resuelve:

Artículo 1

Cada solicitud de misión científica presentada al Ministerio de Instrucción Pública y Cultos será remitida al Instituto, y se invitará a la Academia especialmente competente a emitir un informe sobre el objeto y la oportunidad del viaje. En caso de opinión favorable, se solicitará al Instituto redactar las instrucciones sobre los Desiderata de la ciencia y sobre los medios más apropiados para alcanzar el fin indicado.

Artículo 2

Los resultados de toda misión científica que haya tenido como fin recolectar monumentos escritos y figurados serán de propiedad del Estado, que se reserva la facultad de disponer de ellos, ya sea por la vía de la publicación, ya sea en favor de los establecimientos nacionales."[1]

Esta resolución, que se emitió después de varios años de funcionamiento del servicio, señala la voluntad del ministerio de mejorar la eficacia de las misiones emprendidas (gracias a las instrucciones, y luego al control ulterior de los resultados, por parte del Instituto). Curiosamente, no se hace explícita la finalidad de las misiones sino por medio de las expresiones "beneficio público" y "utilidad nacional", lo cual puede significar, al mismo tiempo acrecentar los conocimientos científicos, desarrollar la influencia francesa en el extranjero, proporcionar informes sobre países vecinos o lejanos... Estas diferentes orientaciones dadas a las misiones "científicas y literarias" no dejarán en ningún momento de superponerse durante toda la existencia del servicio: en los años de mayor expansión colonial, o en los períodos de tensión internacional (sobre todo en vísperas de la Primera Guerra Mundial) algunas de estas consideraciones, ajenas a la ciencia, no hicieron sino exacerbarse, sin que por ello se minimizaran en igual proporción los aspectos estrictamente científicos de las misiones.

Decir que esta resolución no explicitaba claramente los objetivos de las misiones no sería del todo justo, ya que el artículo 2 nos expone al menos uno de sus fines concretos: la atribución de los "monumentos" a los "establecimientos nacionales", destinándose los documentos escritos a las bibliotecas, en tanto que los objetos serían depositados en los museos. Esta orientación de las misiones, sin ser profundamente novedosa, tomó un carácter sistemático que interesa anotar. Sin embargo, conviene señalar de inmediato que este artículo habría de quedar más en una intención piadosa que en una medida efectiva; parece, en efecto, que hasta la creación de la Comisión de misiones (1874), la administración de los museos

[1] Archivos Nacionales. París: F 17 -2925-1 (30 de enero de 1850).

encontró muy grandes dificultades para recuperar las colecciones formadas por ciertos encargados de misiones a lo largo de sus viajes.[2]

Si el Instituto se vio encargado así oficialmente del control científico sobre los proyectos de misiones, hay que precisar que ello le había sido requerido en varias ocasiones antes de 1850, de modo que la resolución ministerial no hacía, en definitiva, sino reconocer una preeminencia admitida en los hechos desde hacía largo tiempo.

Sin embargo, no bastaba este control científico para remediar todas las deficiencias —e incluso los extravíos— del servicio de misiones: la evolución de las instituciones científicas acarreaba nuevas exigencias, tanto financieras como intelectuales, en la selección de las misiones y de las personas a las que se encomendaba su realización, pero tal espera tropezaba con una probable irracionalidad burocrática agravada por el perverso sistema de las "recomendaciones" (efectuadas por miembros de la clase política preocupados por conservar su electorado y poco atentos a las reales capacidades de los solicitantes). Tal estado de cosas fue finalmente denunciado por el diputado Edouard Charton, con ocasión de los debates relativos al presupuesto de 1874:

> "No obstante, hay que decirlo, hay misiones que han sido asignadas a veces un poco al azar, a la aventura, sin plan, sin programa, según las circunstancias, y sobre la base de recomendaciones que, por honorables que fuesen, no podían ofrecer siempre todas las garantías deseables. Las recomendaciones son a menudo actos de complacencia; y, por desgracia, sabemos algo al respecto."[3]

Para remediar tal falta de rigor y de eficacia, Charton proponía la creación de una comisión encargada de estudiar los pedidos de misiones; la misma debía tener como tarea inmediata establecer un programa de investigación que delineara las grandes orientaciones que habría que seguir, y encontrar las personas más aptas para llevarlo a cabo; debía igualmente estudiar los proyectos propuestos, aconsejar a las personas consideradas, pronunciarse sobre los resultados de las misiones y, eventualmente, proponer su publicación. En cuanto a los individuos susceptibles de constituir dicha comisión, Charton sabía dónde hallarlos:

> "En lo que respecta a su composición, nada más fácil. Esta comisión no debería estar integrada por simples aficionados —los aficionados son a menudo muy incómodos para los administradores— sino que podrá

[2] Muchos de ellos consideraban que esos objetos eran de su propiedad (sin duda porque los habían adquirido con su peculio). Como ejemplo, el Museo del Louvre se vio obligado a comprar a Colpaërt una selección de sus colecciones, en tanto que los hermanos Grandidier no cedieron una parte de sus antigüedades sino más de quince años después de su regreso de misión...

[3] *Annales de l'Assemblée Nationale*, 1874, XXVIII, 302.

encontrarse los integrantes adecuados, en abundancia, en nuestras corporaciones de estudios, en el Instituto, en la Academia de Ciencias, en la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, y quizás también en el seno de nuestra modesta y laboriosa Sociedad de Geografía de París." (*Ibid*: 302)

¿Era de Charton la idea de esta comisión? Sería verosímil, en la medida en que el diputado estaba muy vinculado desde hacía largo tiempo con los medios científicos, y más de una vez había dado pruebas de dinamismo para desarrollar y popularizar las exploraciones geográficas: miembro del directorio de la Sociedad de Geografía de París (Fierro 1983: 66), era fundador del *Magasin Pittoresque*, y luego del *Tour du Monde*.[4] Por otro lado, es posible igualmente que, en cuanto diputado, Charton se hubiese convertido en portavoz de una comunidad de estudiosos y eruditos que deseaba ver que el servicio de misiones adquiriese una eficacia que no siempre tenía.

El proyecto expuesto por Charton en la jornada del 13 de diciembre de 1873 fue probablemente aceptado de inmediato, pues el 6 de enero de 1874 el ministro de Instrucción Pública firmó la resolución de creación de la mencionada comisión. Como hemos de ver, la resolución retomaba sensiblemente los mismos términos empleados por el Charton en el curso de los debates del Presupuesto:

"Artículo 1

Se instituye en el Ministerio de Instrucción Pública, Cultos y Bellas Artes, una comisión de Viajes y Misiones Científicas y Literarias.

Artículo 2

La comisión tiene como objeto:

1° Averiguar cuáles son las misiones científicas o literarias más útiles;

2° Examinar los proyectos de viajes o misiones propuestos al Ministro;

3° Estudiar los programas de esas misiones, dar instrucciones detalladas a los que las llevarán a cabo, y seguirlos por correspondencia durante su viaje;

4° Examinar, a su retorno, los trabajos que los viajeros hayan presentado, y proponer, cuando haya lugar, su publicación en los Archivos de las Misiones;

5° Proponer al Ministro a los viajeros que sean dignos de recompensas honoríficas una vez acabada su misión;

[4] Esta revista, creada en 1860, publicaba de buena gana los relatos de viajeros encargados de una misión científica por el Ministerio de Instrucción Pública. Sus abundantes y lujosas ilustraciones (de Riou, principalmente) le aseguraron por varios decenios un resonante éxito comercial.

6° Recurrir a las diversas administraciones para concentrar en ciertas misiones todos los recursos de que dispone el Estado."

Una segunda resolución, de la misma fecha, determinaba la composición de la comisión para el año 1874. Los 20 miembros nombrados entonces eran los siguientes:

- El señor Desjardins, Subsecretario de Estado, Presidente de la comisión;
- El señor Beaule, Diputado, Vice-Presidente;
- El señor Servaux, Jefe de División adjunto, encargado de la Oficina de Trabajos Históricos y de las Sociedades, Secretario de la comisión;
- Los señores Charton, Bardoux, Martial-Delpit, Wallon, Diputados;
- El señor Félix Ravaisson-Mollien, miembro del Instituto, Conservador en el Museo del Louvre;
- El señor Léon Rénier, del Instituto, Director del Museo de Historia Natural de París;
- El señor Henri Milne-Edwards, del Instituto, Decano de la Facultad de Ciencias;
- El señor Delarbre, Consejero de Estado, Director de contabilidad en el Ministerio de la Marina;
- El señor Quicherat, Director de la Escuela de cartes;
- El señor Gaston Paris, Profesor en el Colegio de Francia;
- El señor Scheffer, Director de la Escuela de Lenguas Orientales;
- El señor Alexandre Bertrand, Conservador en el Museo de Antigüedades Nacionales, en Saint-Germain-en-Laye;
- El señor D'Avezac, del Instituto, Presidente de la Sociedad de Geografía de París;
- El señor Léopold Delisle, del Instituto, Conservador en el Departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional;
- El señor Du Mesnil, Director de Enseñanza Superior;
- El señor Oscar de Watteville, jefe de la División de Ciencias y Letras.

Como puede advertirse, la comisión reunía, tal como había propuesto Charton, a la mayoría de las grandes instituciones científicas francesas. En razón de su diversificada representación era de esperar que se abordase la mayor parte de los campos de estudio y, en caso necesario, que se asumiera su defensa. En la presente resolución, la comisión se componía de 20 miembros, cifra que sin embargo no era firme ni definitiva. Así, E. Antoine (1977: 40) informa que ella tuvo hasta 32 miembros; y cuando se procedió oficialmente a la primera renovación del areópago (por resolución del 27 de febrero de 1879), se habían producido ya numerosos cambios, como consecuencia de ausencias y decesos.

Sin entrar en los detalles de todos esos nuevos nombramientos, señalaremos simplemente la llegada de algunas personalidades interesantes para nuestro estudio:

– En 1875, Maunoir, Secretario General de la Sociedad de Geografía de París, y el señor Jourdain;

– En 1876 Armand de Quatrefages de Bréau, profesor de antropología en el Museo; de Saulcy, del Instituto; el vicealmirante de La Roncière le Noury, miembro de la Sociedad de Geografía;

– En 1877 Georges Périn, Diputado, miembro de la Sociedad de Geografía;

– En 1879, Xavier Charmes, jefe de la Oficina de Trabajos Históricos, y Ferdinand de Lesseps;

– En 1881 Girard de Rialle, Conservador de Archivos en el Ministerio de Asuntos Extranjeros; Ernest-Théodore Hamy, Conservador del Museo de Etnografía del Trocadero; Ernest Renan, del Instituto; el Dr. Topinard, miembro de la Sociedad de Antropología de París.

Para terminar con lo que se relaciona estrictamente con el funcionamiento de la comisión, añadamos que, con la preocupación de eficacia, en 1881 se crearon tres subcomisiones permanentes y una comisión mixta, encargadas del examen de las solicitudes de misiones: había una sección de ciencias naturales, que comprendía la antropología, la etnografía, la medicina y la historia natural; una sección de arqueología y de historia general; una sección de geografía (Antoine 1977: 41). Repartición de trabajo que evitaba a la comisión reunirse con demasiada frecuencia, de modo que de 6 sesiones anuales, se pasó pronto a 2 ó 3, lo cual, por otra parte, no dejaba de plantear ciertos problemas en el caso de la presentación de proyectos que requerían una respuesta rápida...

Hemos visto en la resolución del 6 de enero cuáles eran las atribuciones teóricas de la comisión. Nos queda por ver ahora cuál era el margen de acción de que disponía, y cuál fue su verdadero papel en la organización de la investigación en este último cuarto del siglo XIX. Para ello la lectura de las actas de las sesiones nos da una buena idea de los objetivos iniciales de la comisión, de la evolución de sus orientaciones, así como de las posiciones que asumieron algunos de sus miembros.

Hay que subrayar, antes que nada, que la creación de la comisión no ponía en duda las prerrogativas concedidas al Instituto en 1850 en la preparación de las misiones. Es por lo demás con esta seguridad que Desjardins abrió la primera sesión, antes de definir los objetivos mayores de la comisión:

> "La comisión que acaba de constituirse no interfiere en nada con las atribuciones que la resolución del 30 de enero de 1850 concedió al Instituto. Esta comisión ilustra al Ministro sobre la utilidad de las

misiones y las calidades de los que las han de llevar a cabo. Debe rechazar las solicitudes que no ofrecen verdadero valor; servir de guía a la administración desde el punto de vista científico; estimular proyectos de misiones y excitar la iniciativa de los estudiosos, pero el Instituto, como ha sucedido en el pasado, una vez instruidos los asuntos, será convocado siempre para dar sus consejos al Ministro y a los encargados de misiones."[5]

Añadamos a estas palabras que la presencia de numerosos miembros del Instituto en el seno de la comisión era, de alguna manera, el más seguro garante del respeto de este privilegio.

La preocupación inmediata de los miembros de la comisión era de "rentabilizar" al máximo el servicio de misiones, a pesar de la modestia de sus asignaciones. Para ello, se plantearon propuestas de acuerdo a varios ejes:

1° Solicitar la asistencia de otras administraciones;

2° Redactar las instrucciones;

3° Que la comisión misma formulase temas de investigación.

Veamos cómo se abordaron estos tres puntos.

Hemos visto anteriormente que el servicio de misiones pedía al Ministerio de Marina, cuando se presentaba la ocasión, conceder a ciertos encargados de misión un pasaje en un navío de guerra a punto de partir, lo cual podía representar una notable economía para el viajero. La contribución de la Marina a las investigaciones científicas y a las exploraciones no se detenía, sin embargo, allí, ya que la presencia, desde los comienzos, de un representante del ministerio correspondiente en el seno de la comisión constituía un reconocimiento implícito del importante papel que desempeñaba en ese campo la fuerza naval. Desde la primera sesión, el señor Delarbre quiso asegurar a sus colegas el deseo expresado por su ministerio de colaborar con el avance de las ciencias:

"La Marina podría igualmente formular propuestas y cooperar en su ejecución con ayuda de su personal. Hay entre los oficiales de Marina médicos, literatos y naturalistas. La Marina no cuenta con fondos especiales para las misiones, pero ofrece la buena voluntad de los marinos."[6]

Estimulado por la aprobación de los demás miembros de la comisión, propuso que se publicasen en la *Revue Maritime et Coloniale* documentos procedentes de las misiones científicas y literarias.

[5] Archivos Nacionales. París: F 17* 2272; sesión del 25 de enero de 1874: 1.

[6] *Ibid*: 12.

De la misma manera, el apoyo del Ministerio de Asuntos Extranjeros no podía ser sino de los más positivos: el servicio de misiones científicas solicitaba con frecuencia a este organismo cartas de recomendación para sus viajeros. La posibilidad de una colaboración más estrecha entre ambas administraciones podía constituir, pues, una carta suplementaria para el éxito de las misiones al extranjero. En este sentido, el ingreso a la comisión de Meurand, Director de los Consulados en el Ministerio de Asuntos Extranjeros (en 1879), y después de Girard de Rialle (en 1881), nos parece ilustrar esa voluntad de consolidar los lazos entre las diferentes partes involucradas.

Por lo demás, en febrero y en marzo de 1874, el Ministerio de Instrucción Pública tomó contacto con diversas congregaciones de misioneros apostólicos a fin de solicitarles su colaboración, la cual podía efectuarse ya sea mediante la comunicación de eventuales observaciones científicas, o mediante la remisión de objetos de historia natural. Parece que esta iniciativa fue mérito de la comisión de misiones.[7]

Como paso siguiente a la aceptación en principio por la mayoría de las congregaciones,[8] se instituyó en el seno de la comisión de misiones una "subcomisión de viajes y misiones para la preparación de instrucciones a los viajeros". Su primera sesión tuvo lugar el 5 de agosto de 1874: se trataba antes que nada de preparar instrucciones para los miembros de congregaciones. Milne-Edwards presentó para este efecto un ejemplar de las *Instructions pour les voyageurs...*, preparadas por el Museo, cuya última edición se remontaba a 1860, por lo cual había necesidad de actualizarlas y completarlas. Milne-Edwards propuso encargarse de la parte consagrada a la historia natural. En lo que concierne a las "antigüedades" y "monumentos", los señores Ravaisson y Bertrand intervinieron en su momento de la siguiente manera:

> "Para los objetos y monumentos destinados al Louvre, el señor Ravaisson recomienda enviar dibujos, y tanto como sea posible fotografías de los monumentos más notables de los países recorridos por los viajeros. Existe un nuevo papel preparado por anticipado, el mismo que, expuesto al sol delante de un monumento, lo reproduce [...] Se tomarán estampas por el procedimiento Lottin de Laval [...] para las inscripciones y bajo-relieves.
>
> [...]
>
> El señor Bertrand se encarga de preparar la parte de las instrucciones relativas a la investigación de objetos de la antigüedad y de la edad de

[7] *Ibid*; sesión del 26 de abril de 1874: 25.

[8] Entre febrero y agosto de 1874, el Ministerio de Instrucción Pública recibió respuestas favorables de parte de las congregaciones siguientes: congregación de los Hermanos Maristas, congregación de los Lazaristas, Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, congregación del Espíritu Santo y del Corazón de María, Dominicos. Archivos Nacionales. París: F 17 2925-1.

piedra, antropología, etc. Indicará al mismo tiempo los medios de conservación y embalaje de los objetos que habrán de soportar un largo viaje."[9]

No se indica claramente en las actas si las recomendaciones se dirigían específicamente a los miembros de las congregaciones; nos parece, al contrario, sentir que los integrantes de la comisión expresaban por esa vía su deseo de poner al día las instrucciones que tendrían una aplicación más vasta, ya que en la misma sesión del 5 de junio Milne-Edward expuso que en definitiva se necesitaban dos clases de instrucciones: instrucciones generales para todos los viajeros, e instrucciones particulares, "apropiadas para cada misión, de acuerdo a las localidades a recorrer, y preparadas de acuerdo al grado de instrucción del viajero."[10]

¿Qué sucedió con la idea de las instrucciones a los viajeros? Se podría pensar que quedó en nada, si nos remitimos al comentario deslizado por Delarbre en la sesión del 12 de abril de 1876, subrayando que "no se hablaba ya de las instrucciones a los viajeros que se había tenido la intención de escribir en la primera sesión."[11] Notemos sin embargo que en el mismo año de 1876 el ministro de Instrucción Pública dio a la luz unas "Instrucciones sucintas para los viajeros que, sin ser naturalistas, desearían contribuir al avance de las ciencias naturales."[12] El título correspondería en buena medida al primer tipo de instrucciones propuestas por Milne-Edwards dos años antes; ello no es suficiente, sin embargo, para atribuir con seguridad la paternidad a la comisión, y dejaremos subsistir la duda...

La redacción de las instrucciones constituía, es cierto, un primer paso, pero algunos miembros de la comisión deseaban ir más lejos, diseñando una verdadera y cabal política de investigación. El debate fue empezado por Beulé desde la sesión de apertura, el 25 de enero de 1874:

> "Sería preferible dejar la iniciativa al Ministro en lugar de dejarla a los otros. Se podría también, a propuesta de la comisión, del Instituto, del Museo, etc., encomendar misiones a jóvenes estudiosos que cuenten ya con experiencia, y estar así y de antemano casi seguros de obtener buenos resultados."[13]

Su homólogo Charton no pudo sino abundar en el mismo sentido, señalando que era precisamente con esta idea que él había propuesto la creación de la comisión, añadiendo que deseaba "que las grandes sociedades de estudio hicieran propuestas..."

---

[9] F 17* 2272: 29.

[10] *Ibid.*

[11] *Ibid*: 97.

[12] Ver en la Bibliografía: *Instructions sommaires pour les voyageurs...*

[13] F 17* 2272: 10.

Wateville, como buen administrador —recordemos que era Jefe de la División de Ciencias y Letras — expresó algunas reservas, enfocando el asunto bajo otro ángulo:

> "Apenas si bastan las asignaciones para facilitar las misiones solicitadas y [...] a menudo acontecimientos absolutamente imprevistos exigen decisiones inmediatas y el recurso a los fondos disponibles. Apelar a los jóvenes estudiosos sería engañarlos con una esperanza que no se podría realizar."[14]

Estos breves intercambios oratorios, extraídos de las actas de la primera sesión, ponen a luz las divergencias que aparecían en la manera de concebir la investigación científica en el seno de la comisión: no se trataba de ningún modo de un aparato monolítico, que se expresaba con una sola voz; muy por el contrario, el areópago estaba animado por corrientes diversas y, a veces, opuestas, actuando cada actual en función de sus preocupaciones científicas personales o de los intereses de su organismo de base.[15] En realidad, y ello nos parece inevitable, dado el gran número de temas de investigación propuestos por los candidatos, y la modestia de las asignaciones de que disponía el servicio de misiones, la discusión no podía ser sino áspera a la hora de distribuir los fondos...

Lejos de ser dejada de lado de modo definitivo, la cuestión de los fondos siguió siempre de actualidad, y así se la ve reaparecer a lo largo de los años en la boca de diferentes miembros: en la sesión del 12 de marzo de 1875, Ravaisson expresó el deseo de que "el Ministro consultase a las grandes sociedades de estudios, como la Academia de Inscripciones y la Sociedad de Geografía, en torno a los desiderata de la ciencia, a fin de confiar misiones a personas designadas por anticipado en función de sus investigaciones y sus trabajos";[16] el 26 de marzo de 1879, le tocó a Charton insistir sobre el hecho de que la comisión no debería "esperar simplemente los pedidos que le serían sometidos [...] Habría necesidad de que se estableciera un cuadro de las misiones a emprender. Cada uno de los miembros de la Comisión, de acuerdo a sus estudios particulares, indicaría en ese cuadro las lagunas por llenar."[17]

A través de estas sucesivas propuestas vemos asomar la idea de una especialización —incluso de una profesionalización — de la investigación, fundada en el recurso a "algunas personas designadas por anticipado en función de sus investigaciones y de sus trabajos", según las palabras de

[14] *Ibid.*

[15] Edouard Charton, por ejemplo, desplegó una energía constante para constituirse en abogado de la Sociedad de Geografía de París; por su parte, Ravaisson-Mollien insistió en que las piezas enviadas desde el Perú por Wiener fuesen depositadas en el Louvre, y cabe preguntarse si obraba con mucha objetividad...

[16] F 17* 2272: 61.

Ravaisson, para llevar a cabo misiones definidas por las grandes instituciones científicas y las sociedades de estudios. Repetidas sugerencias a las que Watteville respondía, imperturbablemente, que la falta de fondos impedía que se adoptase otra política que la seguida hasta entonces.[18]

De hecho, más que una simple cuestión de fondos, el problema para el servicio de misiones era el de liberarse de esa política científica subordinada a las circunstancias (expediciones militares, misiones comerciales, partida de un diplomático o de un funcionario a su puesto, descubrimiento fortuito de un yacimiento arqueológico, etc.), para abordar la investigación con un poco más de perspectiva. Puede verse así, a través de ciertas decisiones adoptadas por la Comisión de Misiones, sus tentativas para racionalizar el servicio, o al menos para orientar las investigaciones en función de exigencias que cubriesen un plazo más o menos largo. Así, en los comienzos de la expansión colonial de Francia, se pudo asistir a la emergencia de nuevas zonas de interés geográfico, tanto en los medios políticos y militares como en los círculos científicos. Ante el flujo creciente de solicitudes de misiones de "exploración" —y las presiones políticas consiguientes — el servicio de misiones, presionado por las circunstancias pero al mismo tiempo atraído por el potencial científico de esas nuevas zonas de estudios, multiplicó las misiones a África negra y al Extremo Oriente. Para enfrentar financieramente la nueva coyuntura, pronto se vio en la necesidad de tomar decisiones drásticas en lo referente a la naturaleza y el destino de las misiones que habría de aprobar. Así, desde 1879, Edouard Charton propuso que se rechazara sistemáticamente los proyectos de misiones a realizarse en el territorio nacional, dejando su financiamiento a cargo del buen parecer de las sociedades de estudio locales:

> "Ellas se sentirán halagadas y honradas, de alguna manera, al ver que el Ministro les confía la responsabilidad de velar por la ejecución de misiones efectuadas en su ámbito. [...] Sería un estímulo para los miembros de las sociedades de provincia, y, quizás, un medio de evitar gastos."[19]

Esta medida, efectiva a partir de comienzos de los años 1880, se hizo extensiva a los países limítrofes en el curso de los años 1890.[20]

Este intento de reorientación efectuado por el servicio de misiones fue llevado a cabo igualmente en relación con ciertos campos de estudio que se consideraban fuera del marco fijado en adelante por el Servicio. Las misiones estrictamente literarias tendieron así a desaparecer

[17] *Ibid*: 184.

[18] *Ibid*: 61.

[19] *Ibid*: 184.

[20] Esta última medida fue respetada, no obstante, con cierta laxitud, pues en los primeros años del siglo XX se vio retoñar una miríada de misiones a Europa.

progresivamente; más tarde se intentó —aparentemente sin éxito— dejar de lado las misiones de carácter médico (Antoine 1977: 42).

La finalidad de estas limitaciones geográficas y temáticas era de asegurar un lugar más amplio a las exploraciones geográficas en el conjunto de misiones aprobadas por el ministerio. Las decisiones al respecto fueron, en cada caso, motivo de agitados debates sobre el papel del servicio de misiones y sobre el sentido de la investigación científica y las exploraciones. Las divergencias de interpretación de los fines del servicio manifestadas por los miembros de la comisión nos permiten entender la gran medida en que ésta debió enfrentar dificultades a la hora de adoptar una política coherente y unánime. De hecho, cuando se analiza con atención el funcionamiento del servicio de misiones, no se puede dejar de constatar que la comisión no pudo escapar a las dilaciones o a la rectificación de decisiones tomadas en firme poco tiempo antes, así como a las rivalidades o querellas entre administraciones o instituciones más o menos paralelas. Problemas que, en conjunto, significaron la anulación de un cierto número de resoluciones acertadas que se adoptaron en los primeros tiempos de la comisión.

Como veremos más adelante, la selección de las misiones y de su destino se vio constantemente subordinada a contingencias materiales y a circunstancias políticas, nacionales e internacionales. Sin embargo, aun bajo ese collar de hierro, el servicio de misiones llegó a organizar o supervisar a lo largo de sus cien años de existencia un número impresionante de viajes (más o menos 2 300), que abordaron los campos más diversos y las regiones más alejadas, en condiciones más o menos favorables, pero a menudo con resultados y consecuencias considerables.

La existencia del servicio de misiones tuvo fin en vísperas de la Segunda Guerra mundial. Absorbida en 1935 por la Caja Nacional de Investigaciones Científicas, el servicio continuó funcionando todavía por unos años. Después, por decreto-ley del 19 de octubre de 1939, la Caja Nacional de Investigaciones Científicas se convirtió en el Centro Nacional de la Investigación Científica (*Centre National de la Recherche Scientifique*), cuya organización por secciones —que se distribuían entre ellas las misiones— hizo desaparecer definitivamente el servicio de misiones, así como su comisión.

EL PRESUPUESTO DEL SERVICIO

Más aún quizás que los debates relativos a las orientaciones científicas, las cuestiones económicas influyeron considerablemente en la selección de las misiones y su modo de financiamiento (si es que finanzas había...). Como hemos constatado en varias oportunidades en las actas de las sesiones de la comisión, la mayor parte de los proyectos de extensión o

de reconsideración del servicio de misiones tropezaron con el sempiterno argumento de la administración: la modestia de los fondos disponibles. A todo lo largo del siglo XIX, la política científica del gobierno se vio frenada por ese temor del sobregiro presupuestal, lo cual determinó la elección de ciertas opciones, a más o menos largo plazo, en la conducción de la investigación científica oficial francesa en el extranjero. Nos ha parecido útil, en razón de ello, trazar un rápido cuadro de la evolución del presupuesto dedicado a las misiones científicas, desde los comienzos del servicio de misiones hasta la víspera de la Primera Guerra mundial, a fin de que el lector pueda percibir mejor los límites materiales a los que esta administración debía ajustarse, así como las orientaciones específicas que a veces se vio invitada a seguir.

Cuando comenzamos a consultar los documentos disponibles sobre este asunto (documentos de los archivos del servicio de misiones, informes a la Asamblea Nacional, cuentas definitivas de los gastos del ministerio, etc.), advertimos rápidamente que resultaba necesario descomponer las cifras enunciadas. En efecto, el capítulo del presupuesto relativo a "Viajes y misiones" cubría a menudo items muy diversos. Para que nuestro estudio sea significativo era menester que efectuáramos una clara distinción entre "presupuesto ordinario" y "presupuesto extraordinario", "subvenciones excepcionales", "fondos suplementarios", "fondos especiales", etc..., a fin de determinar cuáles eran las asignaciones con las cuales podía efectivamente contar el servicio de misiones, y cómo eran utilizadas.

Sin entrar excesivamente en los detalles, recordemos que antes de la creación del servicio, en cuanto tal, el Ministerio de Instrucción Pública financiaba algunos viajes de exploración recurriendo a fondos tomados de un capítulo del presupuesto titulado "Estímulo y ayuda a los estudiosos y a los hombres de letras". Al presentar el proyecto de presupuesto para 1843, el ministro Villemain propuso elevar de 12 000 a 112 000 francos la cantidad habitualmente destinada a los viajes y misiones, a fin de asegurar el buen funcionamiento del Servicio de Misiones Científicas y Literarias que acababa de fundarse. Notemos de paso que Francis de Castelnau fue por entonces uno de los primeros en beneficiarse con este aumento de fondos para montar su expedición a América del Sur. Sin embargo, esos créditos tuvieron pronto que sufrir reducciones y afectaciones, sobre todo en favor de la Escuela de Atenas, que tornaron las cantidades disponibles cada vez más exiguas: así, de 112 000 francos en 1843, pasaron a 66 000 en 1845, para descender hasta 25 000 francos en 1857 (Jourdain 1857: 261). En tales condiciones, se comprende fácilmente que la administración no pudiese considerar el financiamiento de un número importante de misiones —y, *a fortiori*, de costosas exploraciones al fin del mundo—. No sorprenderá, pues, que las misiones concedidas a Janssen y a los hermanos Grandidier (1857), y después a Colpäert (1858) para dirigirse al Perú, fuesen misiones *ad honorem*, es decir sin compromiso financiero por parte del Estado.

Después de una relativa mejora en 1863 (el capítulo XXI del ministerio, relativo a "Viajes y misiones científicas" se elevó entonces a 75 000 francos), los recursos del servicio fueron constantes[21] hasta mediados de los años 70.[22] La creación de la Comisión (1874) no modificó en nada la asignación concedida a las misiones científicas, si se exceptúa la mejora de 500 francos propuesta por Bardoux "para los gastos y material de esta Comisión,"[23] elevado así los fondos del capítulo XXVI, para 1874 y los años siguientes, a 100 500 francos. Esta cantidad no varió hasta 1877, año a partir del cual se nota una cierta modificación de tendencia en el presupuesto de las misiones. En efecto, con ocasión de los debates de la Asamblea Nacional sobre el presupuesto del ejercicio de 1877, Bardoux intervino para solicitar un sensible aumento de los fondos destinados a las misiones científicas:

> "La asignación de 100 500 francos que se aprobó para 1876 no ha permitido dar a las misiones el desenvolvimiento que habrían podido tener. Se han reiniciado las exploraciones más lejanas. [...] Es uno de los mejores medios de hacer progresar la ciencia y de sostener en el extranjero la reputación adquirida por los estudiosos franceses." (Bardoux 1876: 54)

Propuso en consecuencia elevar los fondos del capítulo consagrado a las misiones a 150 500 francos. Su propuesta fue aceptada de inmediato, lo cual prueba una voluntad unánime de favorecer las grandes exploraciones, pero también de acrecentar la presencia francesa en el mundo.

Este estado de espíritu debía confirmarse ampliamente a lo largo de los años siguientes. Así, cuando se debatió el presupuesto del ejercicio de 1878, el fondo inicialmente solicitado era de 150 000 francos; Georges Perin presentó una enmienda relativa a un aumento del presupuesto de las misiones en 50 000 francos, suma destinada, de modo especial, a las exploraciones geográficas. La enmienda fue defendida por su colega Bardoux.[24] La suma solicitada fue aceptada, luego de ser reducida a la mitad. El presupuesto de las misiones se elevó, pues, en un primer tiempo,

---

[21] Notemos sin embargo que como consecuencia de la ley de 8 de junio de 1864, se abrió un fondo extraordinario de 200 000 francos, destinado a la expedición científica a México. Fondo que fue continuado en los años ulteriores en el marco de un presupuesto extraordinario.

[22] El aumento de 25 000 francos, aprobado en 1872, estaba reservado a la publicación de "documentos procedentes de las misiones científicas y literarias" (en el marco de la serie *Archives des missions scientifiques*).

[23] *Annales de l'Assemblée Nationale*, 1874, tomo XXVIII: 303.

[24] Recordemos que los representantes Périn, Bardoux y Charton (así como otros diputados menos conspicuos) eran miembros de la Comisión de Misiones. Su papel, precioso pero delicado, consistía por consiguiente en servir de enlace entre las aspiraciones científicas de los estudiosos de gabinete y las realidades presupuestales —esforzándose al mismo tiempo en no rozar las susceptibilidades políticas de sus homólogos de la Asamblea—.

a 175 000 francos, luego de lo cual Périn presentó una segunda enmienda, con el fin de añadir a ese fondo ordinario otro extraordinario de 170 000, que se dividía de la siguiente manera:

1) 30 000 francos para el envío a California de una misión encargada de observar el paso de Mercurio por delante del sol (misión André y Angot);

2) 40 000 francos para la continuación de los trabajos de nivelación y sondaje en la región de las albuferas tunecinas (como consecuencia del proyecto de Roudaire para crear un "mar interior");

3) 100 000 francos para un viaje de exploración geográfica y científica a través del África central (misión Debaize *cf. Journal Officiel* del 13 de febrero de 1878: 1533).

A pesar de la enormidad de la suma solicitada, la enmienda fue aprobada al día siguiente, elevado así la suma total del capítulo XXVI a 345 000 francos. Habría que agregar a ella, además, un fondo suplementario de 50 000 francos, abierto posteriormente, por ley del 27 de marzo de 1878, cuyo origen desconocemos.[25] Tal esfuerzo en favor de las exploraciones geográficas se prolongó a lo largo de los años siguientes, de manera igualmente espectacular: en 1879, subvención de 100 000 francos al Comité Francés de la Asociación Internacional Africana; en 1880, aprobación de una asignación extraordinaria[26] de 100 000 francos para la misión a África de los señores Ballay y Savorgnan de Brazza; en 1882, aprobación de un fondo especial de 150 000 francos para las misiones de los señores Charnay, Crevaux, Debaize y Pinart,[27] luego apertura de un crédito extraordinario para "la observación del paso de Venus.[28] El apogeo de este período se alcanzó a mediados de los años 1880, con la adición de un fondo especial de 980 000 francos en 1883, y de 650 000 francos en 1884, para las "misiones al Oeste africano."[29] Posteriormente, el presupuesto del servicio de misiones fue progresivamente reducido, para estabilizarse, hasta finales del siglo, en 143 000 francos.[30]

A comienzos de nuestro siglo los fondos destinados a las misiones aumentaron sensiblemente, como consecuencia de las considerables

[25] Notemos que en ese año se aprobaron dos misiones arqueológicas al Perú: la de Vidal-Senèze (con una subvención de 5 000 francos) y la de Pinart y Cessac, que debía tocar, más ampliamente, diversos países centro y sudamericanos (con una subvención anual de 35 000 francos durante 5 años).

[26] En tanto que el crédito ordinario, destinado a "viajes y misiones", pasaba a 200 000 francos (Ministerio de Instrucción Pública, Cultos y Bellas Artes 1883: capítulo XXVI).

[27] De estas cuatro misiones, 2 se referían a la arqueología y la etnografía de México (Charnay y Pinart) y una tercera consistía en una vasta exploración de Colombia y Venezuela.

[28] Se organizaron varias misiones astronómicas, principalmente a Patagonia; Milne-Edwards insistió para que se adscribieran naturalistas a esas expediciones (Antoine 1977: 47).

[29] "Cuadro de los fondos asignados desde 1863" (20 de noviembre de 1896). Archivos Nacionales. París: F 17 2924.

[30] Si se exceptúa el fondo especial de 238 000 francos abierto en 1895 para la misión de Dutreil du Rhin a China (*Ibid*).

subvenciones concedidas por el ministerio en favor de las excavaciones en África del norte (en Egipto y en Dugga, en Túnez), y en el Medio Oriente (Tello, en Irak, y Susiana, en Irán). Tan importante esfuerzo presupuestal respondía principalmente a una voluntad de establecer una base arqueológica permanente en ciertas zonas estimadas primordiales: 1891 vio la creación del Instituto de Arqueología Oriental del Cairo; a partir de 1895 se firmó una serie de convenciones entre el gobierno francés y el Shah, que confería a Francia el monopolio de las excavaciones en suelo persa, que condujo al establecimiento de una Delegación científica francesa en Persia (1897), transformada en 1912 en la Misión Arqueológica Francesa de Excavaciones en Persia.

La importancia asignada a la arqueología oriental debe ser, quizás, considerada como parte de una nueva orientación de la política científica de Francia, ya que después de haber privilegiado las exploraciones geográficas en los años 1880-1890, parece haberse puesto el acento, a principios del siglo XX, en la arqueología. En el último cuarto del siglo XIX, los exploradores se habían convertido en cómplices —más o menos conscientes y complacientes— de la colonización, y es así como en ciertas partes del mundo, sobre todo en África, el esquema que se observó con más frecuencia era el siguiente: exploración / pacificación / colonización. A comienzos del siglo XX se había casi terminado la expansión territorial, las exploraciones geográficas habían perdido en gran parte el carácter de "interés nacional" que se les acordaba hasta entonces, todo lo cual explica el descenso de este tipo de misiones. En cambio nuevos intereses políticos y diplomáticos se perfilaban en el horizonte, en particular en un cierto número de países que se deseaba controlar sin poner en riesgo con ello su soberanía. En esta nueva carrera de influencias, no hay duda de que la investigación arqueológica fue una de las cartas retenidas por el gobierno francés. Una buena ilustración de ello es la siguiente solicitud de un fondo adicional en el presupuesto de 1913, para efectuar trabajos arqueológicos en Asia menor:

> "Desde hace cerca de 20 años la arqueología francesa se ha visto reducido a un papel menor en Turquía de Asia [...] nuestra abdicación es tanto más lamentable por cuanto se ha producido en un momento en que las naciones extranjeras (Alemania, América, Inglaterra, Austria, Rusia, etc.) despliegan allí una actividad más intensa y más fecunda. Es urgente impedir que esta situación se agrave, y contrarrestarla a través de medidas inmediatas, no sólo en interés de la ciencia, sino también en interés de la influencia francesa que hay que salvaguardar."[31]

Este ejemplo muestra en qué estado de espíritu se encontraba el servicio de misiones cuando estalló la guerra en 1914. Como consecuencia

[31] "Proyecto de Presupuesto para 1913." Archivos Nacionales. París: F 17 2924-2.

de ella, el presupuesto destinado a investigaciones se vio, desde luego, reducido a su más simple expresión, como resultado de lo cual el servicio se halló, de alguna manera, en estado de "hibernación". Una vez restablecida la paz, el despertar fue sin embargo de los más lentos. No disponemos de las cifras de los fondos para el período que siguió a la Primera Guerra Mundial, pero nos parece razonable pensar que, para el gobierno, la prioridad estaba más bien en la reconstrucción y no en el envío de misiones científicas a los cuatro puntos cardinales del mundo, y tenemos como prueba de ello el muy pequeño número de misiones aprobadas entre las dos guerras. Habían pasado los buenos tiempos para el servicio de misiones, e iban a aparecer otras instancias científicas (Caja Nacional de Ciencias, Caja Nacional de Investigaciones Científicas, Oficina de Inventos) y asumir progresivamente todas sus atribuciones, para llegarse en fin en 1939 a la desaparición pura y simple del Servicio de Misiones Científicas y Literarias.

DISTRIBUCIÓN DE LAS MISIONES

Nos ha parecido interesante para medir mejor la parte que asignó a la arqueología precolombina el servicio de misiones, situar esta disciplina particular en un contexto más general: ¿cuál era el lugar que ocupaba la arqueología frente a otras disciplinas, y cómo se situaba América precolombina en relación con otras grandes zonas de estudios arqueológicos (Europa, África del Norte, Cercano Oriente...). Nos parece, además, que un examen general del Servicio de Misiones en su integridad puede proporcionar una buena visión de conjunto de la ciencia oficial en el siglo XIX.

Para ello hemos examinado más o menos 3 000 expedientes, en los que se conservan proyectos, candidaturas, resoluciones e informes relativos a viajes y misiones. Sin llegar a una cuenta exacta, es posible estimar en 2 300 el número de misiones científicas y literarias aprobadas por el servicio de misiones entre 1843 (año de su creación) y 1939 (año de su desaparición). A fin de estudiar de manera sintética la distribución de las misiones, hemos ordenado los expedientes en diez rubros, cada uno de los cuales representa una categoría de disciplinas:

– Ciencias (física, química, astronomía, meteorología);

– Medicina;

– Historia natural (geología, botánica, zoología, antropología);

– Exploración (geografía, topografía, pero también exploración en el sentido más amplio, sin que los ámbitos de investigación abordados hayan sido claramente definidos);

– ARQUEOLOGÍA (arqueología, "arquitecturas antiguas", "artes antiguas",[32] antropología prehistórica,[33] epigrafía antigua);

– ETNOLOGÍA(etnología, etnografía, lingüística, folklore, estudio de las religiones);[34]

– LETRAS (literatura, poesía, filosofía, lenguas "clásicas", historia);

– ECONOMÍA (comercio, industria, agricultura, pesca);

– DIVERSOS (temas de misiones no precisados o inclasificables).

No hemos podido evitar sin embargo el escollo que constituye el cambio de sentido de ciertos términos: así, en el siglo pasado, la etnología era por lo general entendida como "ciencia de las razas", mientras que la etnografía era la "descripción de los pueblos". En tal contexto, las fuentes de las dos disciplinas podían ser tanto la etnología (tal como se la entiende hoy en día) como la arqueología o la antropología física, es decir tres disciplinas que corresponden aquí a tres categorías diferentes. No obstante, las hemos separado pues consideramos que comportan fines y tradiciones diferentes: la etnología versaría aquí más bien sobre el estudio cultural de los pueblos vivientes; la arqueología, sobre el estudio de los vestigios materiales dejados por pueblos desaparecidos; y la antropología sobre el estudio físico de los vivientes.

Una vez delimitadas las tres categorías, se hacía más fácil llevar cuenta de las misiones en cada una de aquéllas, de su destino geográfico y de su lugar en el tiempo. A fin de evitar los cuadros y los análisis superfluos en el marco de esta obra, no ofreceremos aquí sino los cuadros estadísticos de las disciplinas científicas que pueden ser relacionadas con la investigación arqueológica tal como era practicada por entonces. No hemos retenido, en definitiva, sino cuatro de las diez categorías enunciadas anteriormente: historia natural, exploraciones geográficas, etnología y arqueología. Selección que se justifica razonablemente cuando se conocen las condiciones en las cuales se efectuaban las investigaciones arqueológicas en el siglo XIX: las misiones o viajes de exploración rara vez tenían un objetivo único. A fin de aliviar las inmensas lagunas que esmaltaban nuestro conocimiento del mundo, se recomendaba por lo general a los viajeros que emprendían

[32] La diversidad de temas de las misiones nos ha obigado a efectuar a veces agrupaciones ambiguas, y es así como hemos incluido bajo esta designación los estudios "artísticos" sobre períodos anteriores a la Edad Moderna, por ejemplo "escultura medieval" o " vidriería del Renacimiento"...

[33] Hemos diferenciado esta disciplina de la historia natural (en la cual habíamos colocado la antropología de los "vivos") para colocarla bajo el rubro de "Arqueología", lugar que nos parece más apropiado, en la medida en que su realización requería la práctica de excavaciones arqueológicas.

[34] Hemos incluido bajo este rubro temas muy diversos pero que pertenecen a una tradición específica de un pueblo o de una etnia: dialectos, cuentos, cantos religiosos y profanos, etc.

una expedición a tierras lejanas que multiplicasen los estudios y recogieran los datos más diversos. En lo que se refiere a América Latina, la recolección de antigüedades no fue, en buen número de casos, sino un campo de investigación anexo, integrado en programas más vastos, que comprendían la geografía, la historia natural, el estudio de las costumbres, etc. La arqueología precolombina como objetivo principal —si no único— de una misión no apareció sino en el último cuarto del siglo XIX.

Geografía – exploración

Esta disciplina no constituye, en lo cuantitativo, una parte muy importante de las misiones aprobadas por el Ministerio de Instrucción Pública: entre 1843 y 1939 no aparecen más que 241 menciones[34] de la geografía entre las 2 300 misiones inventariadas (ver fig. 1). La razón hay que buscarla probablemente en la modestia de los fondos, que impidió por largo tiempo que el servicio de misiones considerase grandes exploraciones. Se notará sin embargo un aumento general del número de exploraciones a partir de 1875-1880, súbito crecimiento (y más especialmente espectacular en el caso de África negra: 50 misiones concentradas en un período de 20 años) que se explica concretamente por la creación de un fondo reservado a las exploraciones, dentro del presupuesto de misiones a partir de 1878, y luego por la aprobación de créditos suplementarios a lo largo de los años siguientes. Aquí aparece, claramente, que la multiplicación de las misiones de exploración corresponde (e incluso precede) a la fase de expansión colonial francesa.

Se advertirá que, sin adoptar el carácter espectacular de las exploraciones africanas, el número de misiones geográficas al Asia (71 misiones) fue casi tan importante como las enviadas a África (76). Sucede simplemente que su distribución en el tiempo se hizo de manera más regular.

Puede observarse igualmente —en menor medida— ese aumento del número de misiones en el caso de América Latina, con una concentración de 19 misiones que concernían (entre otros campos) a la geografía, entre 1875 y 1894. Hay que anotar, por lo demás, que pocas de las misiones enviadas al Perú comprendían la geografía entre sus objetivos (Castelnau, 1843; Colpäert, 1864; André, 1875; Reinburg, 1912). En cuanto a las misiones geográficas a América del Norte y a Oceanía, son casi inexistentes. Se notará, para terminar, la suspensión total y casi definitiva de este tipo de misiones al comienzo de la Primera Guerra Mundial.

[34] Efectuamos aquí una distinción entre los términos "mención" y "misión". En efecto, una misma misión podía tener objetivos múltiples, ya sea porque abordase varias disciplinas, ya sea porque aplicase una misma disciplina a varias áreas geográficas; el número de "menciones" será, por ello, muy claramente superior al de "misiones".

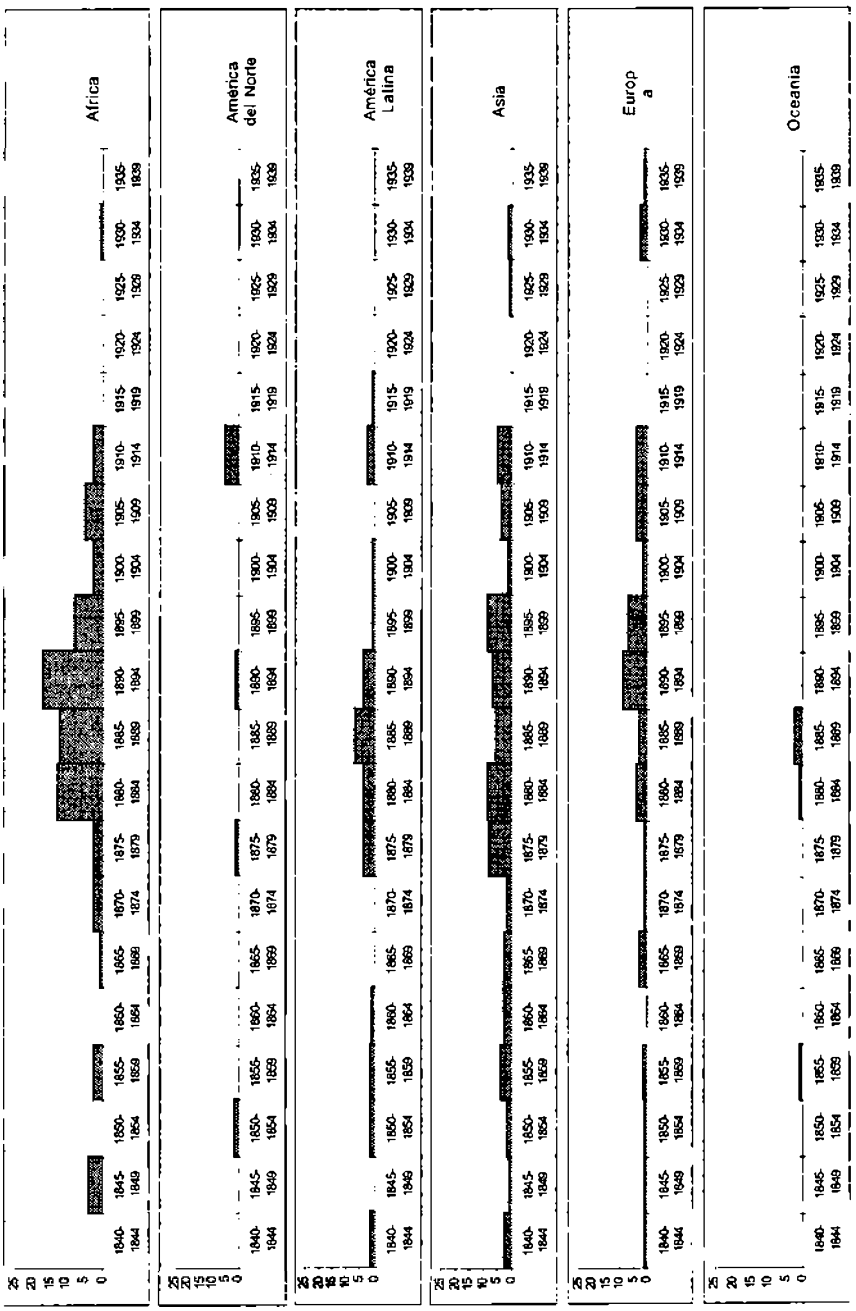


Fig. 1 - Servicio de misiones científicas y literarias. Repartición de las misiones geográficas por continente desde 1840 hasta 1939.

Historia natural

Las misiones que comprendían investigaciones de historia natural ocupan un lugar bastante más considerable en la historia de las misiones (siendo mencionada esta disciplina 517 veces), a tal punto que continentes habitualmente poco representados (Oceanía, América del Norte) se hallan presentes aquí de manera notablemente honrosa (ver fig. 2).

África sigue siendo mayoritaria (con 144 menciones). Se advertirá que la curva sigue aquí fielmente —aunque en proporciones netamente superiores— a la de las misiones geográficas. No hay nada de sorprendente en ello, en la medida en que la mayor parte de los proyectos de exploración tenían la historia natural entre sus objetivos (y veremos que acontece lo mismo con la etnografía); en consecuencia, esta última disciplina se benefició con incrementos considerables de los fondos que le fueron asignados a partir de 1878.

Europa fue también un frecuente terreno de acción para la historia natural (con 140 menciones), pero su curva empezó su ascenso a partir de 1865, para alcanzar un nivel casi estacionario entre 1870 y 1890. Posteriormente el número de misiones debía disminuir considerablemente, como resultado de la decisión de no aprobar ya misiones para Francia, y luego tampoco para los países limítrofes.

Los trabajos de historia natural en Asia no fueron mucho menos numerosos (120 menciones), de acuerdo a una curva bastante similar a la de Europa: alza progresiva a partir de 1865, asentamiento después de 1895. El apogeo del movimiento, entre 1880 y 1894 (55 menciones en 15 años) debe sin duda ponerse en relación con la reiniciación de la expansión colonial francesa en el Extremo Oriente (Miège 1986: 197-199).

En lo que concierne a América Latina, las misiones de historia natural (60 en total) no aparecieron de manera notable sino a partir de 1875, renovándose según un ritmo regular (una a dos misiones por año en promedio) hasta 1909. En este cuadro el Perú se halla medianamente representado, con 6 misiones (o sea un 10 % del total): Castelnau, 1843; Vattier y Bécourt, 1862; Colpäert, 1864; André, 1875; Pinart y Cessac, 1878; Créqui-Monfort, 1903.

La pobreza general de representación de la historia natural (en relación con el total de misiones aprobadas) hasta los años 1865-1870 podría explicarse por el hecho de que el Museo de Historia Natural de París organizaba por entonces sus propias expediciones.[35] Posteriormente, sobre todo luego de la creación de la comisión de misiones, el Museo continuó

[35] A título de ejemplo, entre 1840 y 1870, el Museo contribuyó financieramente a los trabajos de una treintena de naturalistas que trabajaban en América Latina; su intervención se desarrolló de la misma manera (sin duda en proporciones iguales) en los demás continentes. Archivos Nacionales. París: F 17 3971-3972.

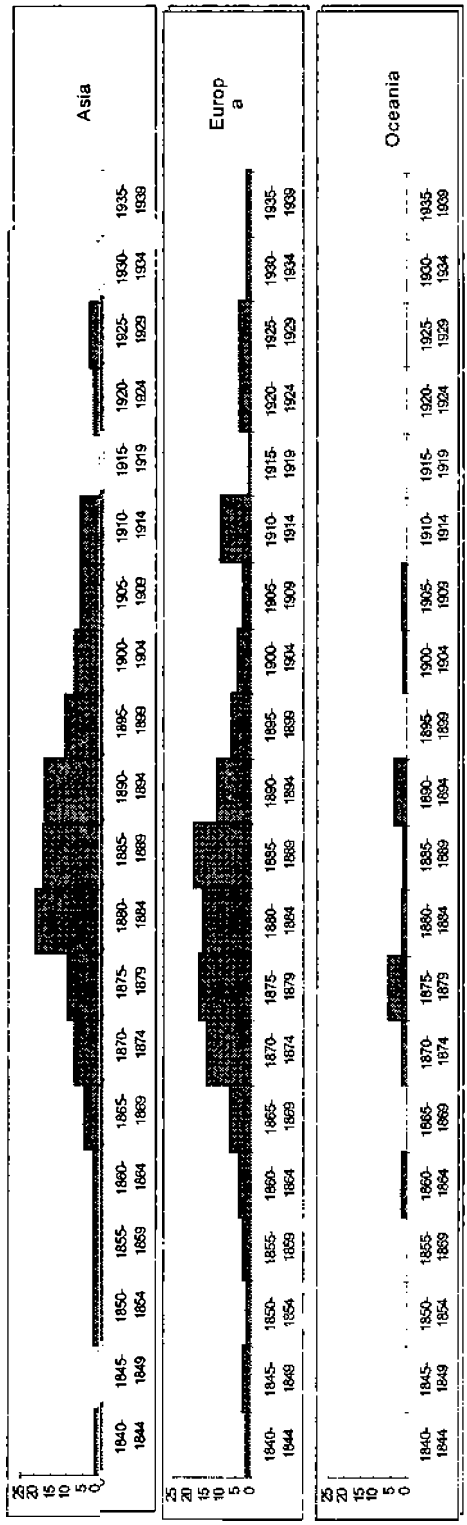


Fig. 2 - Servicio de misiones científicas y literarias. Repartición de las misiones de historia natural por continente desde 1840 hasta 1939.

recurriendo a los fondos de los viajeros-naturalistas, pero para financiar ciertas expediciones en colaboración con el servicio de misiones.

Como en el caso de las exploraciones geográficas, las investigaciones de historia natural registraron una suspensión casi total durante la Primera Guerra Mundial, para recomenzar una vez restaurada la paz, pero en medida netamente menor.

Etnología

Con un total de 298 menciones, la etnología (y más generalmente todos los temas relativos a la tradición, al folklore) se encuentra representada de manera no desdeñable, a pesar del tardío ingreso de esta categoría de misiones en la escena científica (ver fig. 3).

Quizás paradójicamente, Europa representa aquí el área estudiada con mayor frecuencia, con 94 menciones —o sea el 31,5 % del total—. Esta preponderancia se explica por la aprobación, por el ministerio, y desde mediados del siglo XIX, de numerosas misiones enviadas para el estudio de las lenguas populares, de los dialectos, de los cantos religiosos y profanos, etc. La decisión de la Comisión de Misiones de no apoyar en adelante misiones al territorio nacional, y luego a los países limítrofes, habría debido materializarse en una caída sensible de la curva, pero ese descenso se vio probablemente compensado por los numerosos estudios etnográficos efectuados en este mismo período (último cuarto del siglo XIX) en Rusia y en Europa Central (Cuverville, Ujfalvy, Varat, Baye, etc.). Este movimiento en favor de la etnografía no pudo sino acentuarse después de la creación del Museo de Etnografía del Trocadero.

La etnografía asiática ocupa aquí un lugar también considerable, con 92 menciones (o sea 30,8 % del total). Se imponen dos observaciones: la curva de las misiones etnográficas dirigidas al Asia sigue un perfil similar a la de las misiones geográficas; más de los dos tercios de estas misiones se concentran en un período de 30 años (entre 1875 y 1904). Ambas constataciones se justifican por los considerables esfuerzos realizados en materia de exploración, en los avances de la expansión colonial, ya que la administración podía estimar, por lo demás, en ciertos casos, que los estudios etnográficos constituían un aporte no desdeñable a la colonización, al facilitar el acercamiento a las poblaciones indígenas.

Curiosamente, el interés acordado a la etnografía en el África es bastante débil (52 menciones): incluso si se nota una cierta correlación en el perfil adoptado por las curvas de la geografía, de la historia natural y de la etnografía (momento de partida entre 1870 y 1875, punto más alto en 1890-1894, detención en 1914), esta disciplina aparece en proporciones bastante menores. ¿Significa ello por lo tanto un desinterés en las culturas "primitivas" africanas? Es más probable que el período más fuerte de la

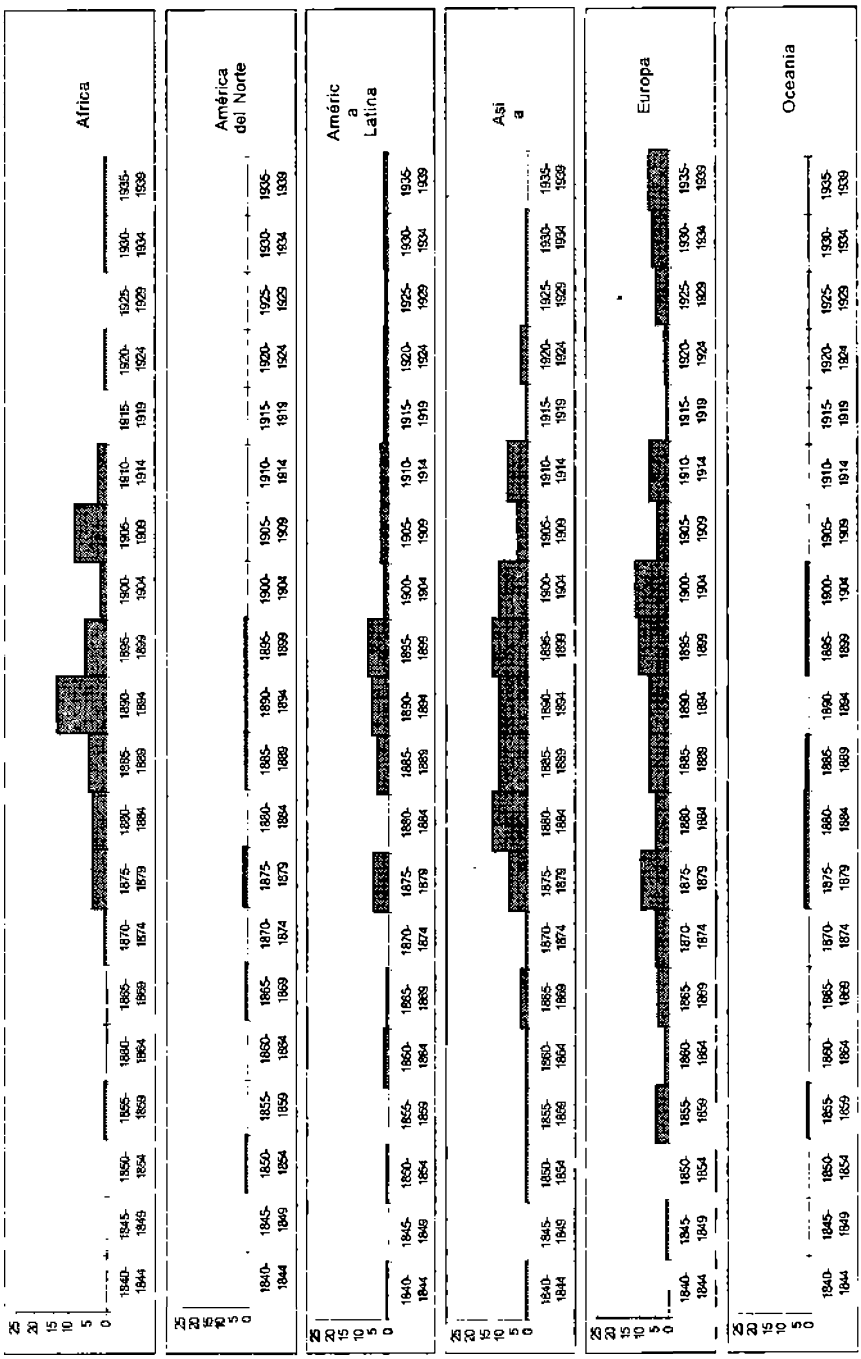


Fig. 3 - Servicio de misiones científicas y literarias. Repartición de las misiones etnológicas por continente desde 1840 hasta 1939.

etnografía africanista se sitúe entre las dos guerras mundiales, pero en otras estructuras diferentes del servicio de misiones: la administración colonial, las misiones católicas, la Sociedad Francesa de Etnografía (1913) o el Instituto de Etnología (1925).

La investigación etnográfica en América Latina fue netamente más débil: esporádica hasta más o menos 1875, fue practicada de manera más regular y sin interrupción de 1880 hasta la víspera de la Segunda Guerra Mundial.[36] Los países visitados con mayor frecuencia fueron los siguientes (ver el cuadro detallado de las misiones etnológicas a América Latina en la fig. 4):

- México: 9 misiones (de 1892 a 1906; después en 1934)
- Perú: 8 misiones (entre 1843 y 1912)
- Guayana: 8 misiones (entre 1843 y 1938)
- Brasil: 8 misiones (entre 1843 y 1938)

¿Cómo explicar esta constatación? Los dos primeros países correspondían a los dos polos de atracción mayores de la arqueología precolombina, y hemos visto que la investigación de los vestigios antiguos era una de las fuentes mayores del estudio de las razas y de los pueblos, tal como se llevaba a cabo en el siglo XIX. La Guayana debía ofrecer algunas facilidades por causa de la presencia administrativa y colonial de Francia; en cuanto al Brasil, constituía estadísticamente un objetivo de investigación inevitable por su extensión y la diversidad de las etnias que vivían en su suelo.

A la lectura de ese mismo cuadro se puede notar además algunas concentraciones de misiones, a la vez geográficas y cronológicas: 9 misiones efectuadas en la zona Venezuela-Colombia-Guayana entre 1887 y 1901; siguieron 8 misiones a México casi sin interrupción entre 1892 y 1906; 6 misiones entre el Brasil y Paraguay, de 1919 a 1938. Ello se debe en parte a la renovación de ciertas misiones (Périgny a México, Tastevin al Brasil), pero significa igualmente que ciertas circunstancias —o una persona influyente— podía atraer las miradas hacia una etnia, un país, un área geográfico cultural. Tendremos ocasión de poner a luz un fenómeno idéntico en el caso de la arqueología precolombina.

En lo que se refiere más particularmente al Perú, no podemos hablar de "concentración" o de una serie repetida de misiones, ya que los trabajos etnográficos se escalonaron a intervalos más o menos regulares de 1843 a 1912, o sea 8 misiones en el espacio de 70 años. Estamos lejos, pues, de las 8 misiones efectuadas a México en 15 años.

No parece tampoco que se pueda establecer una correlación bastante significativa entre misiones arqueológicas y misiones etnográficas, pues

[36] Es decir, hasta el desmantelamiento del servicio de misiones, después de lo cual los trabajos etnológicos prosiguieron bajo otros marcos.

Fig. 4 - Misiones etnográficas en América Latina (por orden cronólogico).

Castelnau	1843 (Perú, Bolivia, Brasil, Paraguay, Uruguay)
Roosmalen	1852 (América del Sur, no precisado)
Rémy	1861 (Ecuador)
Colpaërt	1864 (Perú)
Bourgoin d'Orli	1867 (Brasil)
Wiener	1875 (Perú, Bolivia)
Serres	1876 (América Central y del Sur, no precisado)
Wyse	1877 (Panamá)
Foumerau	1878 (Guyana)
Vidal-Senèze	1878 (Perú)
Brettes	1886 (Bolivia, Uruguay, Paraguay, Argentina)
Calvet	1886 (Uruguay, Paraguay, Chile, Argentina)
Coudreau	1887 (Guyana)
Candelier	1889 (Colombia)
Coudreau	1892 (Guyana)
Génin	1892 (México)
Poussié	1893 (México, Venezuela, Colombia, Perú, Bolivia)
Guéroult	1893 (Venezuela)
Diguet	1894 (México)
Lebreton	1894 (México)
La Vaulx	1896 (Argentina)
Diguet	1896 (México)
Geay	1897 (Guyana)
Levat	1897 (Améric. Central —no precisado—, Venezuela, Colombia, Guyana)
Geay	1899 (Guyana)
Diguet	1899 (México)
Eichard	1899 (México)
Geay	1901 (Guyana)
Périgny	1905 (México)
Périgny	1906 (México)
Berthon	1907 (Perú)
Laveaux	1912 (Guyana)
Reinburg	1912 (Perú)
Périgny	1913 (Costa Rica, Panamá)
Périgny	1919 (Guatemala)
Tastevin	1919, 1921, 1923, 1926 (Brasil)
Vellard	1931 (Uruguay, Paraguay)
Soustelle	1934 (México)
Vellard	1936 (Venezuela)
Vellard	1938 (Bolivia, Brasil)

sobre un total de 13 misiones etnográficas y/o arqueológicas enviadas al Perú entre 1843 y 1933, sólo 5 de ellas preveían abordar conjuntamente ambas disciplinas (Castelnau, Wiener, Vidal-Senèze, Créqui-Monfort, Berthon). Sin embargo, con el florecimiento de la investigación prehistórica europea, se apeló cada vez más a la etnografía para suplir las lagunas de los documentos arqueológicos (o su dificultad de "lectura"), proponiendo diversos modelos interpretativos. El estudio conjunto de ambas disciplinas fue igualmente practicado por los americanistas; sin embargo, la noción de "pluridisciplinaridad" debía tardar en concretarse en el marco del servicio de misiones, ya que si la misma aparecía claramente en los proyectos de Créqui-Monfort y Senechal de la Grange,[37] no sucedía lo mismo con Francis de Castelnau, cuya resolución de misión reunía los temas de las investigaciones más diversas, en una acumulación que no habría desaprobado Prévert.[38] En este último caso se trataba más bien de que las diversas instituciones que participaban financieramente en la operación aprovechasen una oportunidad de elaborar un proyecto común y complementario.

En cuanto a los tres restantes (Wiener, Vidal-Senèze, Berthon), es probable que la adición de la etnografía en sus respectivos programas se debiese a un deseo de la comisión de "jugar en dos tableros" a la vez, o bien a una ambigüedad terminológica, ya que la frase "etnografía prehistórica" había sido utilizada con frecuencia (a partir del último cuarto del siglo XIX) para hablar del estudio de los pueblos antiguos.[39]

En definitiva, no estaríamos lejos de pensar que hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX el Perú no suscitó de manera particular estudios estrictamente etnográficos, pues de las tres misiones a las que no nos hemos referido todavía (Colpäert, 1864; Poussié, 1893; Reinburg, 1912) únicamente las dos últimas pueden ser consideradas como puramente etnográficas. La primera (Colpäert) no tenía una orientación etnográfica claramente definida, a juzgar por lo expresado en la resolución de la misión: "... estudio del Perú desde el punto de vista de la geografía, de las costumbres y de la historia natural."

---

[37] "Estudio del hombre de las altas mesetas, de sus lenguas y de su medio físico en el presente y en el pasado..." (*Nouvelles Archives des Missions Scientifiques et Littéraires*, 1904, XII: 81).

[38] La resolución sobre la misión precisaba que se encomendaba a Castelnau "1° reconocer la geografía de la parte central del continente; 2° determinar el ecuador magnético; 3° estudiar los productos de estas regiones; 4° efectuar en ellas investigaciones sobre la fisiología humana, sobre las antigüedades, sobre la astronomía y la meteorología y la historia natural." Archivos Nacionales. París: F 17 2945 (7 de enero de 1843).

[39] La frase fue empleada, por ejemplo, por Th. Ber en su ponencia al Congreso de Ciencias Etnográficas de París, en 1878: "Investigaciones etnográficas sobre Bolivia y el antiguo Perú". Para los debates sobre el sentido que se puede dar a esta designación en el siglo XIX ver Dias 1991: 21-31 y Riviale 1996a.

ARQUEOLOGÍA

Las misiones arqueológicas presentan, prácticamente cualquiera que fuese su área de operaciones, un esquema evolutivo bastante diferente del observado en el caso de las demás disciplinas. Con 488 menciones, la arqueología constituye, después de la historia natural, la disciplina más representada en las misiones aprobadas por el Ministerio de Instrucción Pública (ver fig. 5).

Europa fue el principal teatro de operaciones, con 179 menciones (o sea el 36,7 % del total). Poco presentes en los 10 primeros años de existencia del servicio de misiones, las misiones arqueológicas en Europa alcanzaron desde 1855 un ritmo sostenido (con más de dos misiones por año, en promedio). Evidentemente, la actividad arqueológica se focalizó, en el curso de los primeros decenios, en torno a los restos griegos y romanos; se extendió después, progresivamente, al período medieval y el Renacimiento —en tanto que la política cultural del Segundo Imperio, y luego de la Tercera República, favorecían la arqueología nacional (valorización patriótica del pasado, consolidación de la unidad nacional)—. La investigación prehistórica, al principio marginal, adquirió por sí una importancia cada vez mayor en las actividades arqueológicas de la segunda mitad del siglo XIX (Laming-Emperaire 1964; Richard 1992). La decisión de no aprobar misiones en el territorio nacional, y después de limitar el número de trabajos en Europa, a fines del siglo, no parece haber tenido efectos aquí, ya que el ritmo de las misiones se mantuvo constante hasta 1914.

La importancia concedida a África (143 menciones, o sea 29,3 % del total) no debe engañar a nadie: el principal país de recepción de las misiones arqueológicas era evidentemente Egipto. La ancestral fascinación provocada por la tierra de los faraones explica la presencia de este clase de misiones desde los primeros años de funcionamiento del Servicio. Los considerables esfuerzos realizados en materia de egiptología, a todo lo largo de la centuria, se vieron confirmados por la creación en 1880 de la Escuela Francesa del Cairo —transformada en 1891 en el Instituto de Arqueología Oriental del Cairo (Antoine 1977: 54)—. En segundo lugar Túnez, con sus importantes restos, testimonios de la conquista romana, atrajo un número creciente de arqueólogos, de tal manera que a fines del siglo XIX,[40] y sobre todo a comienzos del siglo XX, el servicio de misiones concedió fondos considerables para financiar algunos proyectos de gran envergadura, tales como los trabajos de Merlin en Dugga.[41] El estallido de la guerra en 1914 acarreó por cierto un descenso notable de las actividades, sin darles, no obstante, un término definitivo. Es probable, además, que la

[40] Con la creación de la Comisión de publicación de los documentos arqueológicos de África del Norte, en 1884 (Antoine 1977: 26).

[41] Presupuesto de 1908 y siguientes. Archivos Nacionales. París: F 17 2924-2.

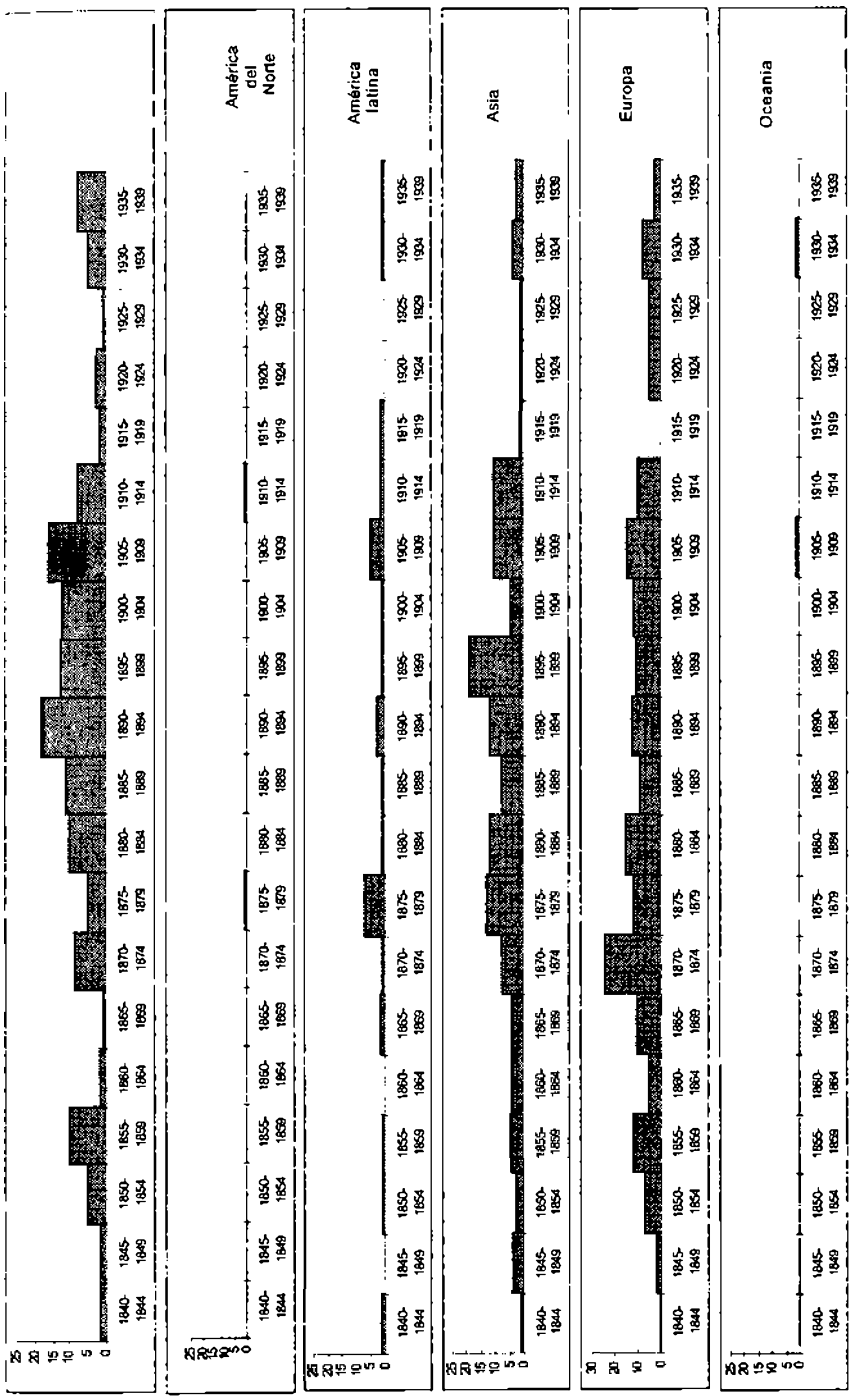


Fig. 5 - Servicio de misiones científicas y literarias. Repartición de las misiones arqueológicas por continente entre 1840 y 1939.

colonización de Argelia y la política de protectorados en Túnez (1881), luego en Marruecos (1912), hayan facilitado en gran medida la ampliación de la actividad arqueológica francesa en África del Norte, beneficiando al servicio de misiones con una infraestructura administrativa y material que no se hallaba sino excepcionalmente en otras regiones del mundo.

La actividad arqueológica en Asia (130 menciones, o sea 26,6 % del conjunto), si bien presente de manera continua desde la creación del servicio de misiones, no por ello dejó de mantenerse en un nivel mínimo hasta más o menos 1875 (en promedio menos de una misión por año). El último cuarto del siglo XIX vio intensificarse netamente el ritmo de trabajo, con las largas excavaciones de Sarzec en Tello (Caldea), a partir de 1878, y de Dieulafoy, y luego de Morgan, en Susiana (respectivamente a partir de 1882 y de 1889), a lo cual se añadieron los trabajos más puntuales en Siria y en Turquía (Antoine 1977: 56-59). A estos numerosos proyectos en el Cercano y Medio Oriente se agregaron, a fines de la centuria, varias misiones al Extremo Oriente, facilitadas por la creación de una misión arqueológica permanente en Indochina (fundada en 1898 a propuesta de Paul Doumer, Gobernador de Indochina), pronto convertida en Escuela Francesa del Extremo Oriente (Antoine 1977: 27).

La arqueología de América del Norte no se halla representada aquí sino por dos misiones, aprobadas respectivamente en 1878 y 1912. No hemos encontrado huellas de ninguna misión antes de aquel año, constatación que no debe asombrar a nadie, ya que los pocos restos antiguos observados por los viajeros no representaban nada suficientemente espectacular como para batir en brecha la reputación de "desnudez" y de "salvajismo" del continente norteamericano. Hubo que esperar la creación de la Comisión de Misiones para que personalidades más perspicaces (Henri Milne-Edwards, Alexandre Bertrand, y más tarde Quatrefages y Hamy) defendiesen un tanto la arqueología norteamericana, sin gran resultado por lo demás, como se puede apreciar... Es además probable que la intensa actividad desarrollada *in situ* por los antropólogos americanos, haya empujado a los directivos de la ciencia francesa a considerar que no había en consecuencia ninguna urgencia en enviar misiones arqueológicas hacia ese campo de operaciones.

En comparación con esos grandes polos de atracción arqueológica que fueron Egipto, Grecia o Italia, las regiones centro y sudamericanas no encontraron los mismos sufragios, tanto de parte de los candidatos-viajeros como de la administración del ministerio: con 32 menciones (o sea 6,55 % del conjunto de misiones arqueológicas), la América Latina se coloca en cuarto lugar, muy lejos detras de Europa, África del Norte y Asia. Los motivos de tan aplastante desproporción son numerosos y complementarios, sin que exista siempre relación entre ellos:

1°) La preponderancia de la arqueología clásica, en primer lugar, y del orientalismo, en segundo. Esa focalización en la cuenca mediterránea se fundaba en la carga a la vez histórica y simbólica que emanaba de esta parte del mundo: fuentes de nuestras raíces culturales y mentales, las civilizaciones antiguas de la cuenca mediterránea habían proporcionado a sucesivas generaciones de autores y de filósofos las referencias esenciales sobre las que descansaba el universo intelectual y estético de Francia en el siglo XIX. No era casi de sorprender, entonces, que arqueólogos e historiadores se orientasen en prioridad hacia ese prestigioso pasado, fuente de nuestra propia historia. A estas motivaciones, digamos "originales", se entretejió en el curso del siglo XIX un gusto cada vez más marcado por el orientalismo. La fascinación por el oriente, presente desde siempre en Europa, no hizo sino acentuarse con la multiplicación de los relatos de viajes (Berchet 1985: 9-12). En fin, en un plano más estrictamente científico, los descubrimientos relativos al desciframiento de los jeroglíficos por Champollion habían relanzado el interés por el Egipto antiguo, aportando por fin una clave que permitió acercarse mucho más a esa civilización hasta entonces tan majestuosa como enigmática. A la inversa, todo nos oponía a las civilizaciones precolombinas: tanto la lejanía geográfica como la cultura. Si esas civilizaciones fueron en hora temprano objeto de interrogaciones intelectuales de parte de un restringido círculo de eruditos, hubo en cambio que esperar la segunda mitad del siglo XIX para que su estudio pudiese ser considerado de manera seria por la administración.[42] En ello la Comisión de Misiones desempeñó, ciertamente, un papel esencial, concediendo a América precolombina una atención de la que hasta entonces no había disfrutado sino de manera esporádica.

2°) La ausencia de lazos y de intereses políticos o diplomáticos entre Francia y América Latina, como los que existían con el África del Norte y el Cercano y el Medio Oriente (colonización, sistema de protectorados, o carrera de influencia).[43] En efecto, si se exceptúa la intervención en México entre 1862 y 1867, Francia renunció muy pronto a toda tentativa de inmiscuirse de modo directo en los asuntos políticos de las repúblicas latinoamericanas.[44] En definitiva, la presencia francesa se concretó en ellas

[42] La apertura del Museo Americano en el Louvre en 1850 y la creación —es verdad que por motivos diferentes— de la Comisión Científica de México en 1864 pueden ser entonces percibidos como los primeros signos de esa sensibilización de las autoridades administrativas frente a las culturas precolombinas.

[43] Ver lo que decíamos más arriba sobre el contexto internacional en el cual se situaron numerosas misiones arqueológicas a oriente.

[44] La acción del barón de Mackau ante Buenos Aires en 1840 respondía más a un gesto de intimidación que a una voluntad de asumir los asuntos del país. En lo que se refiere al Perú, parecería que el gobierno francés consideró por un tiempo la posibilidad de una intervención militar (como consecuencia de un contencioso diplomático), pero muy pronto abandonó tal idea. Ver por ejemplo el informe de C. A. de Rosamel sobre Chile y Perú (7 de noviembre de 1827). Archivos Nacionales. París: BB4 1023.

en otras formas —económicas e intelectuales, en lo esencial[45]— y de manera infinitamente más discreta que el Oriente o en el Magreb.

3°) La lejanía geográfica del Nuevo Mundo, al acarrear costos y una duración de transporte tan importantes que no era casi posible para el servicio de misiones considerar el envío de misiones frecuentes al otro lado del Atlántico. Condiciones que eran aún más desalentadoras ya que, en razón de la modestia de los fondos asignados a los viajes y misiones, los gastos de transporte quedaban en gran parte a cargo del viajero, gastos que seguían siendo considerables a pesar de la reducción del 30 % concedida por varias compañías marítimas a los encargados de misiones. Notemos sin embargo que la situación mejoró progresivamente en el curso de la segunda mitad del siglo XIX, con el desarrollo de las líneas de barcos a vapor y el establecimiento por la *Compagnie Générale Transatlantique* de una línea que enlazaba Francia con la costa del Pacífico (con una correspondencia en Panamá), a mediados de los años 1870.

4°) La inestabilidad política de algunas de las repúblicas latinoamericanas perjudicaba el mantenimiento de buenas relaciones entre el gobierno francés y los poderes locales: la ausencia frecuente de interlocutores oficiales en esos países (sobre todo en las zonas alejadas de la capital) impedía muy a menudo al Ministerio de Instrucción Pública garantizar un cierto grado de seguridad a sus encargados de misiones.

5°) La adopción por parte de México y del Perú de una legislación dirigida a proteger su patrimonio obligó, a fines del siglo XIX, al servicio de misiones a reconsiderar el interés de misiones arqueológicas a ambos países (pues el objetivo principal de las mismas era recolectar antigüedades para los museos franceses). Es cierto, a menudo se encontró la manera de soslayar —o de transgredir— esas leyes prohibitivas,[46] pero es probable que las nuevas condiciones hayan contribuido a poner fin al envío de arqueólogos a México y al Perú.

Ahora, antes de abordar el análisis detallado de la distribución de las misiones arqueológicas a América Latina, debemos precisar que, como en el caso de las disciplinas precedentes, no tomaremos en cuenta aquí sino las misiones sancionadas por una resolución ministerial que estipula claramente su carácter arqueológico, ilustrándose así la voluntad del ministerio de promover una investigación arqueológica oficial.

---

[45] Ver en el capítulo 7 lo que dicemos de la presencia francesa en el Perú.

[46] Al fin de su última misión, Désiré Charnay sufrió el percance de verse prohibir la salida fuera del territorio mexicano de los restos que había recolectado. Algunos años más tarde, se encargó a Auguste Génin una misión en México, con el oficioso objetivo de intentar recuperar esa colección. Archivos Nacionales. París: F 17 2970-1 (expediente Génin).

Las 32 misiones arqueológicas[47] registradas se distribuyen como sigue (ver fig. 6):

- Perú: 10 misiones
- México: 9 misiones
- Bolivia: 5 misiones
- Brasil: 4 misiones
- Guatemala: 3 misiones
- Panamá: 3 misiones
- Paraguay: 3 misiones
- Ecuador: 2 misiones
- Chile: 2 misiones
- Argentina: 2 misiones
- Costa Rica: 1 misión
- Salvador: 1 misión
- Venezuela: 1 misión
- América central: 1 misión
- América del Sur: 1 misión

Este cuadro nos permite constatar que ciertos países fueron objeto de una atención muy particular (Perú, México, Bolivia, Brasil). La importancia concedida a los dos primeros no debería soprendernos, ya que las descripciones dejadas por los conquistadores, y más tarde por los primeros viajeros, fascinaron muy pronto al público y excitaron la curiosidad de los estudiosos, asegurando por siempre a ambos países un estatuto muy aparte en el seno de América Latina.

El caso de Bolivia es un poco más particular, pues la monumentalidad de las ruinas de Tiahuanaco aseguraba a la región del lago Titicaca un prestigio notable, pero en razón quizás de su concentración geográfica no podía considerarse —al menos hasta principios del siglo XX— el envío de misiones para el estudio de esa sola región. En consecuencia los trabajos arqueológicos en Bolivia fueron por largo tiempo considerados como proyectos "anexos", susceptibles de ser llevados a cabo con ocasión de un viaje al Perú y las regiones vecinas: si se exceptúa la misión de Créqui-Monfort, específicamente orientada al sur andino, todas las misiones arqueológicas que mencionaban Bolivia entre sus objetivos tenían al Perú como destino principal. En cuanto al Brasil, el número de misiones que se enviaron nos parece a fin de cuentas relativamente importante en relación con la fama arqueológica por entonces bastante discreta de este país, más

[47] Como puede advertirse en el cuadro de distribución de las misiones arqueológicas en América Latina, un mismo viajero podía tener que trabajar en varios países a la vez, lo cual explica el hecho de que el número total de menciones sea superior al de las misiones propiamente dichas.

Fig. 6 - Misiones arqueológicas en América Latina (por orden cronológico).

Castelnau	1843 (Perú, Bolivia, Brasil, Paraguay)
Mersay	1844 (Brasil, Paraguay)
Deville	1852 (Brasil, Paraguay)
Brasseur de Bourbourg	1859 (América Central, no precisado)
Bourgoin d'Orli	1867 (Brasil)
Bourgeois	1868 (Guatemala)
Brasseur de Bourbourg	1872 (América del Sur, no precisado)
Ber	1875 (Perú)
Pradié-Fodéré	1875 (Perú)
Wiener	1875 (Perú, Bolivia)
Wyse	1877 (Panamá)
Pinart y Cessac	1878 (México, Panamá, Ecuador, Perú, Bolivia)
Vidal-Senèze	1878 (Perú)
Ber	1879 (Perú, Bolivia)
Charnay	1880 (México)
Charnay	1885 (México)
Rousson-Polydore	1890 (Chile, Argentina)
Ber	1890 (Perú)
Génin	1892 (México)
d'Huy	1897 (Guatemala, El Salvador)
Créqui-Monfort	1903 (Perú, Bolivia, Chile)
Périgny	1905 (México)
Périgny	1906 (México)
Berthon	1907 (Perú)
Reinburg	1908 (Ecuador)
Périgny	1909 (México)
Hourticq	1912 (México)
Périgny	1913 (Costa Rica, Panamá)
Wagner	1916 (Argentina)
Périgny	1919 (Guatemala)
Soustelle	1934 (México)
Vellard	1936 (Venezuela)

aún si se considera que aquéllas se llevaron a cabo en su mayor parte a mediados del siglo XIX, es decir en un período en que se conocía muy poco sobre América precolombina. ¿Cómo explicar este fenómeno, si no es por un efecto de arrastre, en virtud del cual una misión motivaba a otra? Es lo que harían pensar las "concentraciones" de misiones que se puede observar en diferentes períodos del servicio de misiones. Es posible, en efecto, constatar tres grupos de misiones con un mismo destino y que se siguen cronológicamente con pocos años de intervalo, como si un primer viaje hubiese motivado el envío de otras misiones (poniendo a luz el interés de un tema de investigación o de un país, o planteando nuevas interrogantes), o como si se aprovechase una oportunidad, con frecuencia ajena a consideraciones científicas. Sin poder optar netamente por una explicación o por otra, debemos subrayar al menos que esas tres series de misiones no se realizaron simultáneamente, y, muy por el contrario, tomaron el relevo una de otra.

En los primeros años del servicio de misiones, Brasil y Paraguay fueron objeto de una atención muy particular: las tres primeras misiones a destinación de América Latina con objetivos —entre otros— arqueológicos, fueron enviadas a esos dos países. Tal sucesión de viajes, por mínima que sea, no es por ello menos interesante, en la medida en que el Brasil no poseía la misma aura arqueológica que México o el Perú. Sin embargo, su vecindad con esta nación permitía a algunos viajeros considerar la posibilidad de la existencia de grandes restos en su territorio.[48] Notemos sin embargo que la arqueología no era aquí sino un campo de investigaciones en el marco de programas más vastos: esas tres misiones habían sido concebidas como verdaderas exploraciones, que interesaban a la geografía, la historia natural, la astronomía, la arqueología, el comercio, etc.

A la inversa, misiones arqueológicas dirigidas al Perú y Bolivia a partir de 1875[49] no cubrían sino sólo este campo de estudios, o bien apelaban a la ayuda de disciplinas más o menos próximas (etnografía, historia, historia natural). En este caso la concentración fue particularmente espectacular, ya que 6 misiones (entre las 10) se sucedieron en cinco años (3 en 1875, 2 en 1876, 1 en 1879). Nos sentiríamos tentados a poner este súbito interés por el Perú en correlación con la creación de la Comisión de

[48] El el razonamiento que se hizo Alfred de Mersay, por ejemplo, cuando consideró la conveniencia de efectuar investigaciones arqueológicas en el Paraguay. Ver su primer proyecto de misión, fechado el 24 de julio de 1842. Archivos Nacionales. París: F 17 2954. Además, no sería sorprendente que leyendas relativas al Paititi u otras "ciudades perdidas" hayan producido efecto en la imaginación de ciertos aprendices de aventureros.

[49] Antes de 1875, sólo la misión de Castelnau (1843) comprendió el estudio de las antigüedades peruanas entre sus objetivos. Entre estos dos años no se cuentan sino 4 misiones enviadas al Perú. En ningún caso se hizo mención explícita, antes de la partida, de la realización de investigaciones arqueológicas.

Misiones; sin embargo, no hemos podido registrar la presencia de ningún americanista entre sus miembros en el curso de los primeros años[50]: la misión de Pradier-Fodéré fue aprobada luego del informe de Alexandre Bertrand (Director del Museo de Saint-Germain-en-Laye); en cuanto a las misiones de Ber y Wiener, lo fueron a propuesta de Watteville (jefe de la División de Ciencias y Letras), de Delisle (Conservador en el Departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de París), de Ravaisson (Conservador en el Departamento de Antigüedades del Museo del Louvre), y de Rénier (Presidente de la sección de Arqueología del Comité de Trabajos Históricos).[51] Puede verse también en este fenómeno la influencia probable de la preparación del primer Congreso Internacional de Americanistas (Nancy, 1875). Las misiones siguientes aprovecharon probablemente una especie de fenómeno de "espiral ascendente" en favor de las antigüedades peruanas: la publicidad hecha en torno a los resultados de estas primeras misiones (gracias sobre todo a la "exposición especial de las misiones científicas" en la Exposición Universal de París en 1878), provocó un entusiasta interés del gran público y una acrecentada atención de parte de los medios científicos. La decisión de crear un museo dedicado a la etnografía en el Palacio del Trocadero no hizo sino acentuar la demanda de objetos prehispánicos y, en consecuencia, la organización de nuevas misiones arqueológicas. Este movimiento se detuvo (por un largo momento) en 1879, probablemente por efecto del estallido de la Guerra del Pacífico y de las conmociones que siguieron en el territorio peruano.

La tercera y última sucesión de misiones tuvo como teatro México, y se produjo en el último cuarto del siglo XIX. No se trata de una concentración tan masiva como la que se dio en el caso del Perú entre 1875 y 1879: sobre un total de 9 misiones arqueológicas (en sus programas se preveían trabajos arqueológicos) enviadas a México, 8 se sucedieron a intervalos regulares, entre 1878 y 1912 (ver el cuadro de misiones arqueológicas a América Latina). Como en el caso del Perú, uno podrá asombrarse de la falta de interés del servicio de misiones en las antigüedades de México antes del último cuarto de siglo. En primer lugar, hay que anotar la rareza de las solicitudes de misión antes de ese año, ya que si se exceptúa el pedido de Brasseur de Bourbourg en 1855[52] y el de E. Renaut en 1861,[53] no encontramos en los archivos del servicio ningún proyecto arqueológico concreto. Habría que pensar, pues, que esa falta no

[50] Personalidades como Girard de Rialle o Hamy, conocidos por sus estudios americanistas, no fueron nombrados sino en 1881.

[51] Archivos Nacionales. París: F 17* 2272: 74.

[52] Archivos Nacionales. París: F 17 2942 (expediente Brasseur de Bourbourg).

[53] El eventual carácter arqueológico de esta solicitud de misión, por lo demás muy vaga, no tiene por otra parte nada de evidente, Archivos Nacionales. París: F 17 3002-1 (expediente Renaut).

era forzosamente responsabilidad de la administración, sino que se trataba más bien de la ausencia de candidatos. Ello no significa, necesariamente, que no se hubiese emprendido ningún trabajo arqueológico en ese período, y basta recordar en tal sentido el viaje del Abad Baradère en 1828, las investigaciones de François Corroy en 1819, y después en 1832, la primera visita de Brasseur en 1848, etc. Tenemos que pensar que todas estas personas recurrieron a vías paralelas para realizar sus trabajos... En segundo lugar, hay que recordar que en el marco de la intervención francesa en México, el Emperador Napoleón III había ordenado la constitución de una comisión científica, compuesta de diversos comités (ciencias naturales y médicas, ciencias físicas y químicas, historia, lingüística y arqueología).[54] El funcionamiento de esta comisión fue posible por la aprobación en el presupuesto de un capítulo suplementario titulado "Expedición científica de México", elevándose los fondos respectivos a 200 000 francos.[55] Si se tiene en cuenta la enormidad de la suma puesta a disposición de esta empresa, se comprende que el servicio de misiones no haya estimado necesario asignar otras misiones para el resto de América Latina durante este período. Después de la evacuación de las tropas francesas de México y la ejecución de Maximiliano, las relaciones diplomáticas entre los dos países se vieron interrumpidas (de 1867 a 1880), haciendo imposible en consecuencia todo envío de misiones, incluso científicas, a México. Se puede pensar entonces que el Perú se benefició con ese congelamiento diplomático, convirtiéndose en uno de los sitios de recepción prioritario para la investigación de las antigüedades precolombinas, hasta que la Guerra del Pacífico puso fin a ese dinamismo. Es en este momento (1880) que Francia y México procedieron a restablecer sus relaciones diplomáticas. Aprovechando este contexto favorable, el Ministerio de Instrucción Pública organizó una larga serie de misiones arqueológicas que se escalonaron entre 1878 y 1912.[56] Un golpe de estado militar, y después un largo período de revueltas, pusieron fin a esta sucesión casi ininterrumpida de misiones arqueológicas a México.

Si casi a todo lo largo del siglo XIX se pudo constatar una alternancia en el destino preferencial de las misiones (Brasil y Paraguay entre 1843 y 1852, el Perú entre 1875 y 1879, México entre 1878 y 1912), a fines de siglo se produjo una diversificación en la selección de los países receptores; Chile, Argentina y el Perú a partir de 1890, América Central a partir de 1897, etc.

[54] Decreto del 27 de febrero de 1864. La sección de arqueología estaba integrada por el barón Gros, Adrien de Longpérier, Alfred Maury, Léonce Angrand, Viollet-le-Duc, César Daly, Brasseur de Bourbourg, Aubin, Léon Méhédin, D'Outrelaine y Bourgeois (Dimitriadis 1984: 26-27). Sobre esta Comisión ver Riviale 1999.

[55] Ministerio de Instrucción Pública y Cultos 1866: capítulo II. Este fondo, asignado por ley del 8 de junio de 1864, fue renovado en los años subsiguientes.

[56] Es interesante notar que est período corresponde más o menos al ejercicio del poder por Porfirio Díaz, cuya posición era de buen grado francófila...

La detención de las actividades científicas impuesta por la Gran Guerra fue total y, en lo que respecta a ciertas zonas (como el área andina), definitivo. Hay que notar por otra parte que esta desvinculación del servicio de misiones con respecto a América Latina fue general, cualesquiera que fuesen las disciplinas. No fue sin embargo tan marcado en el caso de la etnología, por ejemplo; se podría quizás imputar esa suspensión casi total de los trabajos arqueológicos a las medidas legislativas tomadas por ciertos países —entre ellos el Perú— para proteger su patrimonio histórico.

LAS MISIONES CIENTÍFICAS Y LITERARIAS AL PERÚ Y LA ARQUEOLOGÍA

Cuando analizamos en el punto precedente la distribución de las misiones por continentes y por disciplinas, no tomamos en consideración sino las misiones sancionadas por una resolución que estipulase oficialmente su carácter arqueológico; hay que tener presente sin embargo que ciertas misiones específicamente dedicadas al estudio de restos prehispánicos no produjeron ningún resultado y que, a la inversa, numerosos viajeros encargados de misiones totalmente ajenas a la arqueología llevaron de vuelta en su equipaje un número, a veces importante, de antigüedades peruanas. Es pues del conjunto de estas misiones que nos proponemos tratar ahora, analizando la importancia de los trabajos realizados, así como las motivaciones de esos encargados de misión.

FRANCIS DE CASTELNAU

El conde Castelnau fue el primer viajero a América del Sur que aprovechó del aumento de fondos decidido por el Ministerio de Instrucción Pública a fin de proporcionar efectivos medios de acción al servicio de misiones, por entonces en gestación. Es cierto que su proyecto de exploración había llegado al ministerio en buen momento, pero hay que admitir que Castelnau supo presentar, además, un buen número de argumentos en su favor.

Francis de Castelnau, de una vieja y noble familia que emigró a Inglaterra en la época de la Revolución, regresó a Francia después de la Restauración, y en 1836 llegó a ser auditor en el Consejo de Estado. Por su propia confesión, esta posición sedentaria no lo satisfacía mayormente. Es por ello que aprovechó la primera ocasión que se presentó para embarcarse, en 1837, en un gran viaje a América del Norte. Viaje que duró cinco años, durante los cuales exploró diversas regiones de los Estados Unidos, y después del Canadá, en donde recogió numerosas muestras de historia

natural, así como datos etnológicos.[57] Parecería además que, en el curso de ese viaje, se vinculó con "miembros influyentes del gobierno" [norteamericano] que le habrían propuesto funciones diplomáticas por cuenta de los Estados Unidos (Castelnau 1850, I: 6). Al constituir esta propuesta la motivación principal de su proyecto de viaje a América del Sur, se explicaría la diligencia de Castelnau en considerar una pronta partida a nuevas aventuras. Diligencia es la palabra exacta, ya que el 6 de febrero de 1842 Castelnau escribió al Ministerio de Instrucción Pública para exponer sus nuevos proyectos:

> "... de regreso en Francia desde hace algunas semanas, me preparo ya a partir nuevamente para continuar mis investigaciones en América del sur."[58]

Sin hacer alusión a las motivaciones oficiosas anteriormente señaladas, Castelnau exponía su proyecto de exploración en torno a algunos ejes mayores: la geografía, la historia natural, la etnología, así como la prospección de las riquezas naturales:

> "... mi intención es de atravesar de Rio de Janeiro a Lima, estableciendo así una conexión entre las operaciones del señor de Humboldt hacia el norte y las del señor d'Orbigny en Bolivia. Podría explorar la vasta región, aún desconocida, en la cual los afluentes del Amazonas tienen su fuente.
>
> Además de los trabajos generales sobre las ciencias físicas, geográficas y naturales, me propongo principalmente estudiar las razas humanas y compararlas con las de América del Norte, y también establecer los límites de las regiones de climas en el sur, así como logré hacer en relación con el norte del continente.
>
> Tengo en consideración otro proyecto que interesa directamente a nuestro comercio. Me refiero al estudio de los árboles que abastecen a las artes y a la medicina pero que son casi desconocidos en su estado natural, como la quina, el copaiba..."[59]

Este ambicioso programa no era sin embargo realizable sino con el apoyo financiero del gobierno, y de allí su gestión ante el Ministerio de Instrucción Pública. Para llegar a convencerlo, el conde Castelnau no dejó de procurarse ciertas cartas de triunfo: el duque de Orléans le había prometido su apoyo total; lo apoyaba igualmente la Sociedad de Geografía

---

[57] Castelnau dirigió a la Sociedad Etnológica, desde Nueva York, una "memoria etnológica sobre los habitantes de los Estados Unidos" (*M. S. E.*, 1841, I: XXVII).

[58] Carta al Ministro (6 de febrero de 1842). Archivos Nacionales. París: F 17 2945 (expediente Castelnau).

[59] *Ibid.*

de París.[60] En cuanto al Museo de Historia Natural de París, se convirtió en abogado del explorador por la voz de Adolphe Brongniart, y sobre todo de Isidore Geoffroy-Saint-Hilaire. En una carta al Ministro, este último notaba el considerable retardo que había en el conocimiento de América del Sur en relación con otras partes del mundo:

> "El interior de América meridional, en la porción comprendida entre el Ecuador y el Trópico de Capricornio, es sin ninguna duda una de las regiones menos conocidas del globo terrestre. La atención pública y los esfuerzos de los viajeros parecen haberse apartado, desde hace un gran número de años, de América, para dirigirse al África y Oceanía. [...] El conocimiento de América hace pocos progresos. Incluso desde algunos puntos de vista hay un retroceso. [...] El viaje del señor de Castelnau, si alcanza el objetivo que se propone, será uno de los más hermosos que se haya hecho."[61]

En el terreno de la recolección de datos y de muestras, este viaje se hallaba igualmente pleno de promesas, en la historia natural, desde luego —ciencia en la cual Castelnau contaba ya con experiencia,[62] pero igualmente en lo que concierne al estudio de los indígenas del Nuevo Mundo— tema que podía ofrecer al explorador la posibilidad de una obra de interés mayor:

> "La antropología es una de las ramas de las ciencias, al progreso de las cuales el señor de Castelnau tiene intención de dedicarse. Se trata en efecto de uno de los campos más bellos y más fecundos en descubrimientos, sobre todo para un hombre que se ha preparado por un estudio serio de los pueblos de América del Sur. [...] La región que visitará el señor de Castelnau aportará a su observación, en algunos lugares, monumentos, y por doquier instrumentos, costumbres, usos, que él se propone, y con razón, estudiar con el mayor cuidado."[63]

Si bien Geoffroy-Saint-Hilaire consideraba que la "raza americana" no era tan "homogénea" como había proclamado Buffon, no por ello era menos monogenista. De allí que añadía, para terminar, que el estudio de las lenguas podría constituir un elemento de comprensión esencial "sobre el origen y sobre las relaciones antiguas de los pueblos. [...]; el señor de Castelnau no ha de dejar de iluminar con viva luz la historia del hombre

[60] De la cual era miembro desde 1839. Había, en efecto, entrado en contacto con la Sociedad cuando realizaba su periplo en América del Norte, para someter su plan de viaje y solicitar eventuales instrucciones científicas (*B. S. G.*, 1839, 2° série, XI: 241).

[61] Carta de Geoffroy-Saint-Hilaire (12 de marzo de 1842). Archivos Nacionales. París: F 17 2945 (expediente Castelnau).

[62] Saint-Hilaire mencionaba "sus extensos conocimientos en zoología, y los servicios que ha prestado ya en esta ciencia en la América misma. *Ibid*: Castelnau había llevado consigo de América del Norte numerosos especímenes de historia natural.

[63] *Ibid.*

americano; y quizás no está lejos el momento en que no estaremos reducidos a vagas conjeturas sobre los lazos de parentesco que unen a la raza americana con las razas del viejo mundo."[64]

Resulta claro que luego de un informe tan extenso (8 páginas) y tan elogioso de parte del Museo, el juego se hallaba en parte ya ganado. Sin embargo, dada la importancia de la expedición proyectada por Castelnau, el esfuerzo financiero necesario era demasiado considerable para ser asumido íntegramente por el Ministerio de Instrucción Pública. El futuro explorador se dedicó, por ello, a solicitar la ayuda de otros ministerios, poniendo el acento, probablemente, en tal o cual aspecto, según las preocupaciones mayores de cada administración. Fue así cómo, insistiendo muy particularmente sobre el aspecto arqueológico, que Castelnau escribió a la División de Bellas Artes del Ministerio del Interior:

> "La región que he de visitar fue centro del poderío de los incas, y Garcillaso [sic] de la Vega, historiador de esta raza, nos habla sin cesar de los trabajos gigantescos que mandaron ejecutar, y el estudio de estas ruinas podría arrojar una viva luz sobre la historia antigua de esta parte del mundo, así como sobre la cuestión tan interesante del origen de su población.
>
> Para lograr ese fin me propongo investigar todos los monumentos antiguos, efectuar dibujos exactos por medio del daguerrotipo, tomar calcos de las inscripciones, hacer abrir los túmulos, etc. Trataré también de enriquecer nuestros establecimientos públicos con bajo-relieves o fragmentos que podrían interesar a la Ciencia."[65]

Castelnau no hacía sino acentuar aquí un punto susceptible de interesar las Bellas Artes, pero este ámbito de estudio estaba previsto desde hacía mucho. En un nuevo y detallado programa dirigido al servicio de misiones, Castelnau evocó este punto una vez más:

> "Me ocuparé también de los monumentos, pues es sólo en ellos que se puede redescubrir la historia de los tiempos antiguos de este continente. [...]. Estos monumentos tienen necesidad de ser comparados con los de Egipto y de Siria, y creo que el estudio de sus jeroglíficos puede conducir a hermosos resultados."[66]

Así pues, se puede considerar que el estudio de las antigüedades precolombinas constituía para Castelnau una faceta importante de sus

[64] *Ibid.* Si la idea de comparatismo no era nueva (Barthélémy la había sugerido como tema de estudio a Dombey, en 1776, antes de su viaje al Perú; *cf.* Barthélémy 1821-22, IV: 434), el carácter de inalterabilidad de las lenguas había sido reafirmado en 1826 con éxito seguro por Adriano Balbi, que había hecho del criterio lingüístico el modo esencial de distinción entre los pueblos (Dias 1991: 18-19).

[65] Archivos Nacionales. París: F 17 2285 (sin fecha).

[66] Archivos Nacionales. París: F 17 2945 (1° de abril de 1842).

investigaciones futuras, y que no se trataba simplemente de una figura de estilo destinada a atraer la atención de la administración de Bellas Artes. Se notará por otra parte la alusión al enriquecimiento de los "establecimientos públicos", alusión interesante pues no existían por entonces museos que albergasen las colecciones precolombinas de manera específica —si se exceptúan las colecciones cerámicas del Museo de Sèvres—, ya que el Museo Naval poseía sólo algunos objetos arqueológicos y el Museo Americano del Louvre no se fundaría sino en 1850. Parecería que la administración de Bellas Artes fue sensible a los argumentos de Castelnau, pues luego de una entrevista con el viajero en octubre de 1842, el Ministerio del Interior anunció a éste que su departamento le asignaba 10 000 francos (cancelables en 5 años) para estimularlo en su proyecto.[67] El Ministerio de Asuntos Extranjeros participó, por su lado, con una suma de 6 000 francos; el Ministerio de Marina colaboró al aceptar transportar a sus expensas a Castelnau y a sus compañeros de equipo. En cuanto al Ministerio de Agricultura y Comercio, igualmente requerido, respondió negativamente... En fin, el Ministerio de Instrucción Pública, tomando en cuenta la multiplicidad de opiniones favorables, recomendaciones y ayudas financieras, firmó el 7 de enero de 1843 la resolución de misión de Francis de Castelnau. Los términos de la misión eran expuestos de la siguiente manera:

> "Se encomienda al señor de Castelnau, por el Departamento de Instrucción Pública, una misión en la porción de América meridional comprendida entre el Ecuador y el Trópico de Capricornio, a efectos de 1° reconocer la geografía de la parte central del continente; 2° determinar el Ecuador magnético; 3° estudiar los productos de estas regiones; 4° efectuar investigaciones sobre la fisiología humana, sobre las antigüedades, sobre la astronomía y la meteorología y sobre la historia natural."[68]

La subvención acordada a la misión se elevaba a 20 000 francos por año y era renovable en los años siguientes (sin que se precisara, por lo demás, la duración prevista de la misión), y además una subvención suplementaria de 17 500 francos para "gastos en instrumentos" y "gastos de partida". Los medios puestos en obra era, como puede verse, considerables, pero sin embargo insuficientes si se considera la amplitud de la tarea. Para llevar exitosamente a cabo los trabajos considerados, Castelnau no contaba con la posibilidad de hacerse acompañar sino con dos colaboradores: los señores d'Osery, ingeniero de minas, encargado de

[67] Archivos Nacionales. París: F 17 2285 (27 de diciembre de 1842). Cuando se adoptó esta decisión la División de Bellas Artes sabía ya que los Ministerios de Instrucción Pública y de Asuntos Extranjeros se habían comprometido a participar financieramente en la expedición.

[68] Archivos Nacionales. París: F 17 2945 (7 de enero de 1843).

las observaciones de física, de meteorología y de geología, y Émile Deville, empleado del Museo de Historia Natural de París, encargado de la parte zoológica. Gracias a la intervención de profesores del Museo, se agregó a la expedición al Dr. Weddell, en calidad de botánico.[69]

El 30 de abril de 1843 Castelnau y sus colaboradores se embarcaron en el brick *Le Dupetit-Thouars* y abandonaron Brest para dirigirse a Rio de Janeiro. La travesía del continente de este a oeste, iniciada en el curso de 1843, se realizó pasando sucesivamente por Brasil, Paraguay y Bolivia, antes de alcanzar el fin del viaje, Lima, en las primeras semanas de 1846.[70] Castelnau y sus amigos necesitaron dos años y medio para realizar lo que era aún una hazaña fuera de lo común.

Apenas repuesto de las fatigas del viaje, Castelnau pensaba ya en continuar, proyectando explorar la Pampa del Sacramento —región oriental del Perú, mal conocida en la época— antes de internarse en la selva amazónica para atravesar el continente hasta el océano Atlántico. Este proyecto recibió el aval del Presidente de la República del Perú, el mismo que, para facilitar el éxito de la exploración, nombró como adjunto al equipo francés al capitán de fragata Francisco Carrasco. Después de algunos meses de descanso, consagrados al turismo y las actividades mundanas —inevitables cuando un viajero de calidad llegaba a la capital—, Castelnau, Deville y d'Osery abandonaron la Ciudad de los Reyes el 10 de mayo de 1846 para proseguir su viaje de exploración. En tanto Deville tomaba la ruta de Arequipa para llegar al Cuzco, Castelnau y d'Osery eligieron descender hacia el sur por la cordillera, partiendo de Cerro de Pasco. Se les unió en Tarma el capitán Carrasco, y se dirigieron así escoltados al Cuzco (punto de cita con Deville), pasando sucesivamente por Huancayo, Huancavelica, Ayacucho, Andahuaylas y Limatambo.[71] Este periplo a través de paisajes majestuosos proporcionó oportunidad para realizar numerosas observaciones así como para reunir diversas muestras de historia natural.

Su permanencia en el Cuzco fue consagrada esencialmente al estudio de los monumentos antiguos: "una vez que supimos reconocer las construcciones de tiempos de los incas, hallamos sus huellas en casi todas las calles de la ciudad" (Castelnau 1850-1859, IV: 236). Como veremos pronto, nuestro explorador no se limitó sin embargo al estudio de los restos arquitectónicos —inevitables en una ciudad como el Cuzco—, sino que tuvo ocasión también de ver en casa de algunos coleccionistas de la ciudad antigüedades que lo intrigaron al máximo:

[69] *Ibid* (7 de febrero de 1843).

[70] Pasando, después del lago Titicaca, por Puno, Arequipa, Islay y Pisco. En tanto que Castelnau y Deville tomaban la vía marítima, d'Osery se dirigió a Lima por la vía terrestre. En cuanto a Weddell, se quedó en Bolivia.

[71] Tomó el mismo camino, al año siguiente, el cónsul Léonce Angrand (del cual tendremos ocasión de hablar nuevamente) con ocasión de su viaje de Lima a Chuquisaca.

"Me había entregado desde hacía tiempo al estudio de los vasos y otros objetos que se pueden hallar con frecuencia en las tumbas antiguas. Tal como esperaba, encontré en el Cuzco objetos extremadamente curiosos de este género, y que pertenecen a tipos muy diferentes unos de otros." (*Ibid*: 243)

Una vez que Deville se reunió con sus compañeros, el grupo pudo dejar la capital inca algunos días más tarde (el 21 de julio de 1846) para efectuar la última parte del viaje de exploración de la Pampa del Sacramento, luego el descenso del Amazonas. Los viajeros siguieron la vía del valle del Urubamba hasta Ollantaytambo,[72] se desviaron luego hacia el valle de Santa Ana, para llegar a Echarate. Cuando fueron acogidos en la hacienda, que pertenecía a un señor Corvacho, tuvieron la sorpresa de encontrar a un francés, Laurent de Saint-Cricq, personaje rubicundo, a la vez artista, aventurero y naturalista, que fue admitido a tomar parte en la expedición franco peruana.

La idea de Castelnau era de descender por el río Urubamba para llegar al Ucayali, límite oriental de la Pampa del Sacramento. Como resultado de un primer fracaso, y ante las considerables dificultades con que tropezaron, se reorganizó la expedición de acuerdo a un nuevo plan: se encargó a d'Osery regresar a Lima con la mayor parte del equipaje, mientras que los demás proseguían por la ruta originalmente prevista. Se fijó un lugar de cita con d'Osery en Nauta, en la confluencia de los ríos Marañón y Ucayali. Prosiguiendo con su avance, la expedición emprendió de nuevo el descenso del Urubamba, después del Ucayali, y llegó a Sarayacu en septiembre de 1846. Como resultado de las perpetuas disensiones entre los franceses y los oficiales peruanos, éstos decidieron abandonar la partida, dejando a Castelnau y Deville, que continuaran solos su exploración.[73] El 6 de noviembre de 1846 llegaron a Nauta, punto de cita con d'Osery. Lo esperaron en vano, pues éste no habría de llegar nunca, ya que el 1° de diciembre de 1846, cuando se aprestaba a descender por el Marañón, fue asesinado por los hombres que conducían su balsa.[74] Sin noticias de su compañero, Castelnau y Deville resolvieron dejar Sarayacu para internarse en la floresta amazónica hasta Belem, de donde tomaron un buque para Cayena. Las Guayanas fueron objeto de una última exploración, concluyendo definitivamente una penosa misión que había durado cerca de 5 años.

[72] Al visitar el sitio, Castelnau se dio con la sorpresa de reconocer una inscripción dejada sobre una roca por Claude Gay con ocasión de su paso por el lugar en 1840 (Castelnau 1850-1859, IV: 277).

[73] Saint-Cricq decidió igualmente quedarse en Sarayacu.

[74] Despacho del Cónsul general Lemoyne (Lima, 8 de enero de 1847). Archivos Nacionales. París: F 17 2945.

Los resultados de la expedición fueron considerables, pues a pesar de las graves pérdidas sufridas en muestras de historia natural recolectadas a todo lo largo del viaje, Castelnau llevó al Museo notables colecciones de especímenes de los tres reinos, poco conocidos o incluso totalmente nuevos. La contribución geográfica fue igualmente considerable, arrojando algunas luces sobre zonas del interior del continente hasta entonces desconocidas por completo para los estudiosos europeos.

La parte asignada a la cuestión de las antigüedades fue, en cambio, mucho más decepcionante, ya que aparentemenete Castelnau no se dio tiempo para efectuar excavaciones, por lo cual su contribución en la materia se resumió en la donación al Museo de Historia Natural de algunos cráneos antiguos recogidos al azar de sus peregrinaciones,[75] y un álbum de dibujos de antigüedades observadas en los museos de La Paz y de Lima y en colecciones particulares.[76] A pesar de su mérito, estos dibujos no hicieron sino excitar un poco más la curiosidad de los estudiosos, sin satisfacerla por ello, como atestigua la opinión de Walckenaer, emitida en nombre de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras:

> "La Academia [...], piensa que estos dibujos revelan una mano poco hábil; pero que sin embargo ofrecen interés para el estudio de las antigüedades peruanas. Son antigüedades todavía poco conocidas; puede ser muy útil recoger dibujos exactos de estos monumentos y más aún procurarse el mayor número posible de los monumentos mismos..."[77]

Si bien parece que Castelnau no llevó objetos prehispánicos a Francia,[78] sus viajes a través de Bolivia y el Perú le permitieron observar un cierto número de monumentos o de sitios hasta entonces poco conocidos en Europa. En Bolivia, Castelnau encontró diversos monumentos funerarios, en Samaypata, en el camino de Santa Cruz a Chuquisaca (Castelnau 1850-1859, I: 275-276), y cerca de Ancacato, entre Potosí y La Paz (*Ibid*: 355); no dejó de visitar las ruinas de Tiahuanaco, subrayando

---

[75] Tres cráneos hallados en una gruta de "Sansón Machay" (entre el Cerro de Pasco y Junín); un cráneo procedente de una tumba cerca del Cuzco; tres cráneos de Cañete (recogidos probablemente por d'Osery) y tres cráneos sacados de tumbas de Corocoro, en Bolivia. "Catálogo de los objetos conservados en la galería de Antropología del Museo" (manuscrito de 1857): Archivos del Laboratorio de Antropología del Museo de Historia Natural de París.

[76] Las colecciones de los señores Alarcón, Concha, Ferreiros, y también las del señor de Romainville, francés que residía en el Cuzco (o quizás las de su mujer, Mariana Centeno) y del señor Lemoyne, Cónsul general de Francia en Lima.

[77] Carta de Walckenaer al Ministerio de Instrucción Pública (3 de diciembre de 1846). Archivos Nacionales. París: F 17 2945.

[78] La pregunta queda sin embargo planteada, pues en la revista *L'Illustration* se mencionan las colecciones llevadas por Castelnau y depositadas en la *Orangerie* del Jardin des Plantes. El autor del artículo habla de "varios centenares de monos, momias, estatuas..." (23 de octubre de 1847: 125). Acompañaba la descripción un grabado que representa un vaso de cerámica y dos figurillas que, de acuerdo a la leyenda, habrían sido "encontradas en el Cuzco".

que estos monumentos eran obra de los aymaras, anteriores a los incas (*Ibid*: 389).

En lo que se refiere al Perú las observaciones y descripciones aportadas por Castelnau y su equipo fueron un poco más importantes. Al llegar al Perú, d'Osery se había separado del resto de la expedición en Arequipa para tomar la ruta terrestre que conducía a Lima. En el camino visitó el "antiguo palacio de Chuquimanco", así como Cerro del Oro, cerca de Cañete.[79] D'Osery notó allí la presencia de un cementerio, precisando:

> "se han hallado ahí millares de cadáveres con sus vestidos, y muchos incluso con sus cabellos. Junto a ellos se enterraban vasos de cerámica." (*Ibid*: 175).

Observó igualmente las vastas ruinas de Pachacamac, antes de llegar a Lima. En el curso de su periplo a lo largo de la cordillera peruana, Castelnau y sus amigos tuvieron ocasión de encontrar restos realmente interesantes. Así, en el camino entre Cerro de Pasco y Junín, sus pasos los llevaron a la gruta de Sansón-Machay, de donde extrajeron algunos cráneos humanos.[80] Más adelante se tropezaron con las ruinas de Curumba, cerca de Andahuaylas (*Ibid*: 228), luego con las de un monumento llamado "Limatambo", no lejos del Cuzco (*Ibid*: 229). La ciudad del Cuzco misma fue objeto, lo hemos señalado, de un estudio completo, tanto era aún viva la presencia incaica. Al dejar el Cuzco, en fin, Castelnau y sus compañeros pasaron por Ollantaytambo, cuyos restos admiraron, y después, continuando con su camino, avizoraron en varias oportunidades ruinas diseminadas en el valle del Urubamba (*Ibid*: 280). Castelnau forma parte de los numerosos y desdichados viajeros que pasaron no lejos de Machu Picchu sin sospechar siquiera su existencia...

La mayor parte de sus observaciones fueron reunidas en una obra intitulada *Antiquités des Incas et autres peuples anciens*... ["Antigüedades de los incas y otros pueblos antiguos"] (Castelnau 1850-1859, tercera parte). Castelnau concretaba así un proyecto formulado en el curso de su exploración, pensando quizás en la celebridad lograda de la misma manera por su célebre predecesor Alcide d'Orbigny cuando publicó su *Homme Américain*:

> "... si las circunstancias lo permiten, publicaré un día un trabajo especialmente destinado a hacer conocer las razas de los antiguos peruanos, de las cuales he reunido dibujos muy numerosos, tanto en Bolivia como en el Perú. [...] Su estudio servirá no solamente para hacer apreciar el grado a que había llegado el arte entre ellos, sino también es el único medio que nos queda para conocer de manera positiva los usos y costumbres de estos pueblos." (*Ibid*: 245)

[79] Recuérdese que tres cráneos parecen provenir de estos parajes.

[80] Posteriores sin embargo a la conquista, ya que según Castelnau estaban asociados con osamentas de bueyes (Castelnau 1850-1859, IV: 212).

Sin embargo, a pesar de la buena voluntad de su autor, estas reflexiones arqueológicas no estaban realmente en capacidad de resistir el paso del tiempo[81]: quizás por falta de conocimiento real de las civilizaciones precolombinas, y sobre todo porque estaba animado por una profunda fe monogenista, Castelnau no se resistió a la tentación del comparatismo entre el Antiguo y el Nuevo Mundo, estableciendo vínculos culturales con el Egipto de los Faraones: "Los egipcios y los babilonios hacían ladrillos, lo mismo que los peruanos" (*Ibid*: 252), o recurriendo a la Biblia: "... los 3 hijos de Adán y los 3 hijos de Noé, que designan evidentemente a las 3 ramas blanca, roja y negra" (*Ibid*: 254). Si estos comentarios nos parecen hoy en día del dominio de lo pintoresco, no sucedía lo mismo en 1847, al retorno de la expedición, y Castelnau adquirió rápidamente una amplia notoriedad en el mundo científico. Y ello tanto más fácilmente por cuanto supo orquestar notablemente su publicidad, y es así que en su calidad de miembro de la Sociedad de Geografía de París, Castelnau fue desde luego invitado a presentar los resultados de sus exploraciones ante sus pares,[82] lo cual le valió, por lo demás, una medalla de oro extraordinaria como Premio por el mayor descubrimiento geográfico para 1848. En cuanto a la Academia de Ciencias, se preocupó en solicitar se "encargase a una comisión un informe sobre las colecciones de historia natural que había formado durante su viaje a América del Sur,"[83] lo cual constituía para Castelnau una manera de afirmar el reconocimiento oficial de sus trabajos. Además, la publicación de artículos en *L'Illustration*"[84] le ofreció la oportunidad de proyectarse más allá del círculo limitado de los eruditos de gabinete para llegar al gran público.

Tales esfuerzos publicitarios, así como quizás las relaciones de Castelnau, le permitieron acceder sin dilación a la carrera diplomática, pues con el fin de recompensarle por sus brillantes exploraciones, Castelnau fue nombrado el 14 de abril de 1848 Cónsul de Primera Clase en Bahía. Como subrayó la Dirección Comercial del Ministerio de Asuntos Extranjeros, tal nombramiento era una excepción notable que se hacía "a las reglas constitutivas de la carrera consular..."[85]

Castelnau prosiguió su carrera de diplomático hasta el fin de sus días, sin dejar otras huellas de actividad científica.

---

[81] Sin embargo, fueron tomadas muy en serio en ese momento, pues la Academia de Inscripciones y Bellas Letras hizo referencia en 1853 a algunas de sus observaciones en sus instrucciones para el Perú (Jomard 1853: 67-72). Hay que subrayar que en esa época no había muchos otros trabajos disponibles sobre el tema...

[82] "Notice sur l'expédition...", *B. S. G.*, 1847, 2e série, VIII: 330-344.

[83] *Comptes rendus des séances de l'Académie des Sciences*, 1848, XXVI: 52.

[84] *L'Illustration* del 25 de septiembre y del 23 de octubre de 1847, o sea apenas dos meses después del regreso a Francia del explorador.

[85] Archivos del Ministerio de Asuntos Extranjeros. Personal, 1a. serie, expediente Castelnau (24 de mayo de 1848).

ALFRED Y ERNEST GRANDIDIER

En octubre de 1857 el astrónomo Janssen escribió al Ministerio de Instrucción Pública para someter a consideración un proyecto[86] de viaje científico a América del Sur, que esperaba realizar en compañía de su alumno Alfred Grandidier. Se trataba de efectuar observaciones sobre la inclinación y la intensidad magnéticas a la altura del Ecuador, y de compararlas con las medidas efectuadas un poco más de un siglo antes, con ocasión de la expedición llevada a cabo por los académicos Bouguer, Godin y La Condamine. A fin de asegurar el éxito del proyecto, Janssen solicitaba el apoyo del ministerio pidiendo se le encargase una misión, la misma que daría a su viaje un carácter oficial. En vista de la inminencia de la partida del físico y del hecho de que no acarreaba ningún gasto para su administración, el ministro firmó el 24 de octubre una resolución encargando al señor Janssen y a Ernest y Alfred Grandidier una misión *ad honorem* a América meridional, "a efectos de resolver algunas cuestiones de la física del globo [terrestre]."[87] No obstante que allí sólo se mencionaban trabajos de física, los miembros de la expedición pensaban probablemente ampliar el campo de sus investigaciones, ya que en el mes de agosto precedente uno de los hermanos Grandidier había escrito a la Academia de Ciencias para que se le indicase "los principales desiderata que debe intentar cumplir un viajero en esa parte del nuevo mundo". Se le respondió que se le iba a remitir un ejemplar de las instrucciones redactadas por la Academia para anteriores viajes a América del Sur, exhortándole además a procurarse las *Instructions pour les voyageurs*... publicadas por el Museo de Historia Natural de París.[88]

Como estaba previsto en el itinerario propuesto al servicio de misiones, Janssen y sus colaboradores empezaron su viaje por América del Norte, visitando sucesivamente el Canadá, Nueva York, Nueva Orléans, para pasar después a Cuba, antes de alcanzar la costa del Pacífico por Panamá. Apenas si habían comenzado sus trabajos en Ecuador, cuando Janssen se vio gravemente afectado por la disentería, obligando al grupo a dejar Guayaquil para dirigirse a Lima. Después de cuatro meses entre la vida y la muerte, Janssen se restableció lo suficiente como para emprender el viaje de regreso a Europa.[89] Solos en el Perú, los hermanos Grandidier no se hallaban realmente en aptitud de cumplir con los trabajos astronómicos y matemáticos inicialmente previstos:

---

[86] El proyecto, preparado con ayuda de los señores Daussy, Babinet y Duperrey, había probablemente recibido el apoyo de la Academia de Ciencias.

[87] Archivos Nacionales. París: F 17 2972 (expediente Grandidier).

[88] *Comptes rendus des séances de l'Académie des Sciences*, 1857, XLV: 279.

[89] Llegó a Francia en junio de 1858.

"Privados pues de la presencia del señor Janssen, y en la imposibilidad de reemplazarlo, no quedaban sino dos caminos a seguir: o retornar a Francia sin haber hecho nada, o cambiar en parte el plan del viaje."[90]

Desde luego que se adoptó la segunda solución. Los dos jóvenes se trazaron en consecuencia un nuevo plan de campaña. Se conservó en sus grandes líneas el itinerario inicial, y renunciándose a los trabajos estrictamente científicos, privilegiaron las observaciones geográficas, económicas y de historia natural. Se efectuó una primera exploración en dirección a Cerro de Pasco y sus célebres explotaciones mineras, y después ambos se dirigieron un poco más hacia el este, hasta Tarma y Chanchamayo, por entonces colonizado desde hacía poco, antes de regresar a la capital. Los hermanos Grandidier abandonaron definitivamente Lima el 13 de julio de 1858 para emprender un largo periplo por el sur del país. Después de un desvío por las islas Chincha, desembarcaron en Islay,[91] para seguir hacia Arequipa, ciudad que dejaron quince días más tarde con destino al Cuzco.[92] Cuzco, "este antiguo país de los incas",[93] constituía por entonces una etapa obligada para todos los viajeros que se ufanasen de curiosidad. Los hermanos Grandidier no constituyeron excepción a la regla, y consagraron su permanencia en la capital inca a estudiar los monumentos y a visitar las colecciones particulares de antigüedades:

"La biblioteca y el museo público son poco interesantes: la mayor parte de las piezas raras han sido objeto de especulaciones privadas. Pero ningún viajero va al Cuzco sin visitar las curiosas colecciones de la Señora Mariana Centeno,[94] excelente y digna mujer, que recibe a los extranjeros con bondad, y con placer les hace los honores de su museo de antigüedades peruanas." (Grandidier 1861: 78)

En el mes de agosto dejaron el Cuzco una primera vez, para dirigirse a Echarate (valle de Santa Ana), donde se embarcaron para reconocer algunos afluentes del río Ucayali. La expedición les dio ocasión para entrar en contacto con los indios Campas. El retorno fue por la otra margen del río Urubamba, pasando por Huadquiña, Totora, Yanama, de donde intentaron —aunque en vano— encontrar el sitio de Choquequirao, visitado y descrito por el vizconde de Sartiges veinte años antes. Se montó una

[90] Informe sobre la misión (15 de febrero de 1860). Archivos Nacionales. París: F 17 2972.

[91] Allí Ernest Grandidier señaló la presencia de tumbas antiguas (Grandidier 1861: 44-45).

[92] Itinerario a partir de Arequipa: Cangallo, Apo, Colca, Rumihuasi, Yanaoca, Tungasuca, Acopia, Quiquijana, Urcos, Oropesa, San Sebastián.

[93] Informe (15 de febrero de 1860). Archivos Nacionales. París: F 17 2972.

[94] Mariana Centeno era la viuda del señor de Romainville, francés al cual encontró Castelnau en su paso por el Cuzco en 1846.

segunda expedición a partir del Cuzco en octubre de 1858 a fin de intentar, en compañía del explorador Faustino Maldonado, un reconocimiento del río Madre de Dios. Esperaban descubrir así nuevas vías de comunicación que pudieran hacer más accesible el interior de América del Sur al comercio francés. Como su tentativa terminó en fracaso, los hermanos Grandidier abandonaron definitivamente el Cuzco para trasladarse a Bolivia.[95] Su paso por el lago Titicaca les dio oportunidad para efectuar algunas excavaciones, en su mayoría infructuosas, en la isla Titicaca y en la de Coati, motivadas por las informaciones proporcionadas por algunos indios o por la fama de los sitios: "en otros tiempos, cavando en el suelo de la isla [Titicaca], se encontró gran cantidad de vasos, ídolos y otros objetos antiguos muy curiosos" (Grandidier 1861: 213). Sus pasos los llevaron a continuación, y de modo muy natural, a Tiahuanaco, cuyas impresionantes ruinas admiraron antes de proseguir su camino hasta La Paz, y después a Corocoro.[96] No volvieron a cruzar la frontera peruana sino para embarcarse en Arica, el 1° de enero de 1859, con destino a Copiapó y sus minas de plata. La última parte de su expedición fue consagrada a la travesía de América del Sur de oeste a este, pasando por Chile, Argentina, Uruguay y en fin Brasil, respetando con ello el itinerario originalmente previsto. Tomaron un vapor en Bahía y llegaron a Francia en noviembre de 1859. Su viaje apenas si había durado más de dos años...

Al contrario de los grandes viajes precedentes (d'Orbigny, Gay, Castelnau), la misión de los hermanos Grandidier no produjo resultados resonantes. Privados desde la partida del jefe y promotor de la misión, los dos jóvenes colaboradores de Janssen habían tenido que arreglárselas solos para hacer su presencia en el lugar lo más útil que fuese posible a la ciencia, y también al comercio, y así sus esfuerzos se dirigieron esencialmente a la historia natural, la geografía, el estudio de las explotaciones mineras y el reconocimiento de vías navegables. No obstante, a falta de una sólida formación científica o de alguna experiencia en materia de exploración, muchos de sus proyectos terminaron en fracaso,[97] como ellos mismos admiten:

> "A menudo no hemos tenido éxito. Hemos aprendido, a nuestras expensas, y para nuestra experiencia, en qué medida estos penosos y costosos viajes están llenos de decepciones."[98]

---

[95] Itinerario de Cuzco a Puno: Oropesa, Urcos, Quiquijana, Tinta, Sicuani, Pucara, Lampa, Juliaca.

[96] Su permanencia en Bolivia parece no haber durado más allá de algunas semanas.

[97] Incluso sus colecciones de rocas y minerales, objeto de toda su atención —y de un cierto orgullo— resultaron decepcionantes, según informe del profesor de mineralogía del Museo. Archivos Nacionales. París: F 17 1972 (29 de enero de 1861).

[98] Informe del 15 de febrero de 1860. Archivos Nacionales. París: F 17 2972.

En el plano de la investigación arqueológica, esta misión no debía tampoco quedar en los anales, pues al margen de algunos hallazgos debidos al azar (las tumbas en Islay...), sus excavaciones, o a veces simples observaciones, se efectuaron en zonas arqueológicas bien conocidas: Cuzco y sus alrededores, Chincheros, Ollantaytambo, las numerosas ruinas en torno al lago Titicaca... Una vez más, su falta de conocimientos y de experiencia en materia arqueológica les hizo gravemente falta para poder salir de los senderos trillados. Pondremos sin embargo a su crédito la tentativa de exploración de las ruinas de Choquequirao, sitio que no había sido visitado sino por muy pocos viajeros,[99] y que había sido localizado sólo de manera muy vaga. Es verdad, el acceso a las ruinas era uno de los más difíciles (ausencia total de camino, exuberancia de la vegetación, etc.), pero más que ello este nuevo fracaso podría imputarse a la falta de tenacidad y a la precipitación constatadas en la mayor parte de los intentos de ambos jóvenes, ya que entre su partida de Arequipa y el comienzo de su exploración del Madre de Dios no había transcurrido más de dos meses. Durante este lapso ¡encontraron la manera de dirigirse al Cuzco, de "estudiar" los monumentos de la ciudad, de explorar los afluentes del Ucayali y de volver al Cuzco, buscando de paso Choquequirao! Desde luego, la búsqueda de antigüedades no constituía una de sus preocupaciones mayores, pero una constatación como ésta, efectuada a partir de un caso específico, parece aplicable a todos los campos abordados en el curso de su viaje. Y ello explicaría la pobreza de los resultados obtenidos. En materia de antigüedades peruanas los resultados de la misión fueron tanto más discretos por cuanto el ingreso de las piezas al circuito "oficial" se realizó de manera muy tardía. No fue sino en 1876, en efecto, que el Museo del Louvre recibió de manos de uno de los dos hermanos unos cuarenta objetos antiguos del Perú.[100] Se trataba de vasos de terracota, de armas y de fragmentos de piedra, de figurillas y de objetos diversos (topos, pinzas de depilar, elementos de tocado), de plata y de cobre. Si algunos de estos objetos (principalmente los fragmentos de piedra) pudieron haber sido recogidos en el curso de las excavaciones realizadas por los Grandidier en persona (Isla de Coati, Cuzco, Sacsayhuamán, Ollantaytambo), la duda parece posible en todos los demás casos,[101] ya que la narración de su viaje (Grandidier, 1861) no menciona sino muy raramente la ejecución de excavaciones o, cuando se efectuaron, no se

[99] El conde de Sartiges en 1834 (*Revue des Deux Mondes*, 1851, X: 1038) y Léonce Angrand en septiembre de 1847 (su álbum de dibujos 18, en gran parte inédito, comporta 13 hojas consagradas a los planos y medidas de este lugar. Biblioteca Nacional, París, Departamento de Estampas.

[100] "Livre d'entrée des Antiques et monuments américains" (1870-1881); ingreso del 19 de enero de 1876. Archivos del Museo del Louvre: MNB 1871-1881.

[101] El N° 921 (una copa de terracota) muestra por lo demás la mención "comprado en Lima." (*cf. Ibid*).

relatan sino para concluir en una decepción. Pensamos en consecuencia que la mayor parte de las piezas fue obtenida por compra o por donación en Lima y en el Cuzco. Recordemos que se trataba al comienzo de una misión relativa a la "física del globo" y que los miembros de la expedición no estaban por cierto preparados para abordar con alguna eficacia, por poco que fuera, la cuestión de las antigüedades. Si nos atenemos al aspecto estrictamente cuantitativo, esta misión fue, en el plano arqueológico, más "productiva" que la de Castelnau, la cual sí tenía la arqueología entre sus objetivos. Se puede lamentar, no obstante, que los objetos no estuviesen acompañados por ninguna indicación de procedencia o de contexto. Hay que decir al respecto que tal género de preocupaciones debía sobrepasar ampliamente a nuestros donadores, para quienes tales antigüedades eran antes que nada "curiosidades" producto de un pasado lejano y nebuloso.

Lo hemos dicho, nuestros dos "exploradores" eran jóvenes y sin experiencia, pero que iban posteriormente a "reivindicarse" demostrando sus reales aptitudes, ya que después de reintegrarse a su puesto en el Consejo de Estado, Ernest Grandidier se cansó probablemente de la exploración de la burocracia francesa y de sus meandros, pues se le vio partir a China, donde formó una importante colección extremo-oriental de ceramios que obsequió, a su regreso, al Museo del Louvre. Gesto que, junto con sus grandes conocimientos adquiridos en materia de arte oriental, le valieron terminar su vida como conservador en el Louvre. En cuanto a Alfred, continuó una brillante carrera de explorador, pues comisionado en 1862 para una misión de historia natural en Asia, en Oceanía y en las dos Américas,[102] se hizo pronto de una gran nombradía gracias a sus exploraciones de la isla de Madagascar, de modo que en 1885 fue designado miembro de la sección de geografía y navegación de la Academia de Ciencias.

ÉMILE COLPAËRT

Los hermanos Grandidier no habían dejado aún el Perú cuando el Ministerio de Instrucción Pública envió a este país a una nuevo encargado de misión. Al señalar este hecho no hay que exagerar su significado, pues en definitiva la decisión al respecto casi no comprometía —al menos por el momento— al ministerio. En efecto, en los últimos meses del año 1858 un tal Émile Colpaërt, aduciendo que el Ministerio de Agricultura, Comercio y Trabajos Públicos le había encargado una misión económica al Perú,[103]

[102] A pesar de sus proyectos, no regresó a América, y centró sus exploraciones en Madagascar.

[103] Al menos eso es lo que afirmó ante el servicio de misiones, ya que la serie F 12 7409-7413 de los Archivos Nacionales, relativa a las misiones comerciales, no contiene ningún expediente a su nombre; no podemos, pues, confirmar que se le haya encargado oficialmente esa misión. No sabemos nada, tampoco, de sus orígenes, ni de sus motivaciones originales para dirigirse al Perú.

contactó al Ministerio de Instrucción Pública para proponer sus servicios en el marco de ese viaje. El resultado fue que el servicio de misiones confió de inmediato a Colpaërt una "misión *ad-honorem* en América del Sur, con el fin de efectuar estudios sobre la situación literaria, artística e industrial de esa región."[104] El enunciado de la misión resume por sí solo, por su desmesurada ambición, el estado poco avanzado de los conocimientos del ministerio sobre América del Sur. Se comprende, pues, fácilmente, que el servicio de misiones aprovechase al instante la ocasión que se le presentaba...

Colpäert partió de Le Havre el 3 de noviembre de 1858, y desembarcó en el Callao en el curso de febrero de 1859, y no salió de la capital durante los cuatro primeros meses de su permanencia, para consagrarse al "estudio de la lengua, de las costumbres y de los hábitos del país."[105] El 7 de junio de 1859, sintiéndose más aclimatado, nuestro encargado dejó Lima en dirección al norte, para emprender una primera exploración "por las orillas del Marañón y en el litoral de las costas".[106] A juzgar por los informes que envió al ministerio, nuestro viajero dio prueba de una preocupación muy particular en favor de las antigüedades prehispánicas:

> "... yo tenía [...] una gran variedad de curiosidades recogidas a lo largo del camino: huacas, ídolos, armas y vestidos antiguos encontrados en sepulcros y que conservan sus colores primitivos."[107]

Sus trabajos en la materia comportaban, además, una atracción suplementaria y completamente original: Colpäert tenía cámaras fotográficas y no tardó en usarlas:

> "Después de 6 semanas de marcha y de experiencias, había enriquecido ya mi álbum con una colección de vistas muy interesantes, tales como las de las ruinas del templo Chenu [¿Chimú?],[108] de los monumentos de Cascas, de Contumasa, etc., y de una serie de indios e indias de las diferentes tribus de la costa y de la sierra."[109]

La expedición, que parecía haber comenzado muy bien, se vio interrumpida en Cajamarca, donde el encargado de misión fue detenido sin explicaciones por unos soldados y su material saqueado. Después de

---

[104] 6 de noviembre de 1858. Archivos Nacionales. París: F 17 2949 (expediente Colpaërt).

[105] Carta de Colpäert (Cuzco, 25 de mayo de 1863). *Ibid.*

[106] *Ibid.*

[107] *Ibid.*

[108] "Chimú" o "Gran Chimú" designaban por lo general las ruinas —o una parte de las ruinas— de Chanchán.

[109] Archivos Nacionales. París: F 17 2949 (25 de mayo de 1863).

dos días de detención, Colpäert, en fin liberado, regresó a Lima para presentar una queja ante el Presidente Castilla.

Mientras esperaba la llegada de "nuevos instrumentos de fotografía y de metalurgia", pedidos en Francia, el explorador ocupó su tiempo de forzado ocio en poner en forma sus notas, de las que no parecía particularmente avaro:

> "Empleé este tiempo en transcribir las diversas notas que había tomado sobre la legislación, las finanzas, el ejército, la agricultura y la industria del Perú, y, con el conjunto de estas observaciones resumidas y coordinadas en capítulo, formé mi primera obra..."[110]

Aprovechó igualmente para enviar, en diciembre de 1859, a los señores Pesmes y Varin, "una colección de vistas peruanas", destinadas a ser obsequiadas a la Sociedad Francesa de Fotografía, gesto que le valió ser nombrado "Vicepresidente en el Perú" de la mencionada sociedad. En febrero de 1860 Colpäert emprendió un viaje a Cerro de Pasco, que le permitió redactar a su regreso a Lima una estudio sobre "la metalurgia en Cerro de Pasco", que no dejó de enviar al ministerio. El 11 de agosto del mismo año, seguramente después de recibir sus nuevas cámaras fotográficas, Colpäert dejó Lima para efectuar un gran recorrido por el sur del país:

> "Después de asegurar medios de transporte a través de la cordillera de todo mi material de química y de fotografía, me embarqué para Islay, de donde tomé la ruta hacia la antigua capital de los incas, [...]. Me detuve de paso en Arequipa, una de las más interesantes ciudades del país, [...], exploré a continuación las márgenes del lago Titicaca, cuna de Manco Cápac, [...] y, en fin, hice mi ingreso al Cuzco. Mi album lleno de notas preciosas, enriquecido con las principales vistas de mi viaje, y mis maletas con objetos de toda clase."[111]

Si se da crédito a sus afirmaciones —a pesar de su probable exageración —, su permanencia en el Cuzco fue dedicada esencialmente al estudio de las antigüedades:

> "Exploré de arriba a abajo toda esta región, estudiando y fotografiando las ruinas de las antiguas ciudades indias, los monolitos y los restos de las murallas fortificadas, excavando los túmulos, los antiguos sepulcros, las cámaras mortuorias, y recogiendo una amplia cosecha de recuerdos históricos. [...] y puedo vanagloriarme de ser hasta hoy el único poseedor de una colección completa y exacta de los restos de los trabajos sobrehumanos realizados bajo el reino de los incas, y susceptibles de

[110] *Ibid.* Esta "obra" habría sido enviada al Ministerio de Instrucción Pública, pero no hemos encontrado sus huellas.

[111] *Ibid.*

ofrecer al mundo erudito estudios de un interés y valor incuestionables."[112]

Una vez acabada esta "gran" obra científica, Colpäert-arqueólogo dio el relevo a Colpäert-explorador: reunió guías y cargadores para internarse, en diciembre de 1860, en la región de la floresta virgen situada al este de Paucartambo. Sus raros informes de misión no nos iluminan verdaderamente sobre su proyectado itinerario, y todo lo que se puede decir es que su intento terminó en fracaso:

"Nuestra retirada se efectuó penosamente a través de la maleza y las lianas: seguimos las orillas del Urubamba y regresamos en fin al Cuzco por Cocabambilla, en el estado más lamentable, [...] después de 163 días de marcha."[113]

Es divertido constatar que, probablemente sin saberlo, Colpäert siguió los pasos de los hermanos Grandidier un año antes (Cerro de Pasco, Arequipa, Cuzco, valle de Santa Ana...) y sufrió los mismos sinsabores...

Después de un breve viaje a Lima, destinado a poner fin al litigio con el gobierno peruano,[114] Colpäert retomó el camino del Cuzco, para emprender allí, en compañía de un señor Roëhn, investigaciones sobre las posibilidades de aclimatación de la llama en Europa, las mismas que ocuparon su atención durante dos años, a lo largo de los cuales recorrió los altiplanos del Perú y Bolivia, así como la vertiente oriental de la cordillera peruana.

Cuatro años y medio después de su partida de Le Havre, Émile Colpäert regresó a Francia (en mayo de 1864) para proponer al Ministro de Instrucción Pública Duruy un nuevo proyecto de viaje:

"... hacer conocer y apreciar productos desconocidos de utilidad incontestable, indicando los medios, ya sea de nacionalizarlos, ya sea de introducirlos en Francia.

Pero la primera dificultad para poder, ante todo, realizar esta obra positiva, consiste en descubrir en este país abandonado vías de comunicación practicables para las transacciones e intercambios."[115]

---

[112] *Ibid.*

[113] *Ibid.*

[114] Gracias a la gestión diplomática llevada a cabo por el Cónsul general Edmond de Lesseps, el gobierno peruano aceptó abonar a Colpäert una reparación por los daños y perjuicios sufridos por el viajero en el incidente de Cajamarca. La correspondencia conservada en los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (6.14: Legación de Francia) lo prueba.

[115] Carta de Colpäert (París, 8 de noviembre de 1864). Archivos Nacionales. París: F 17 2949.

Se trataba pues de una misión esencialmente económica y geográfica, pero Colpäert proponía aprovechar de ella para recuperar los frutos de las investigaciones acumuladas con ocasión de su anterior estancia:

> "... si abordo la cuestión científica, me pregunto qué país podría rivalizar con el antiguo Imperio de los incas en el aspecto de antiguas ruinas tan interesantes para la arqueología [...].
>
> Mientras me fue posible portar conmigo mi equipaje artístico a través de regiones tan impracticables, he fotografiado mientras viajaba los últimos restos de los palacios y de las antiguas ciudades incaicas, los tipos de las diferentes razas indias, y las especies raras en los tres reinos que atrajeron mis miradas en la Indiana [sic].
>
> Por desgracia, me vi obligado a abandonar en el Cuzco, con su flora y todas las curiosidades que había reunido penosamente, la mayor parte de mis placas fotográficas, por falta de recursos suficientes para asegurar su transporte a Francia."[116]

Un mes después de la presentación de este nuevo proyecto, el Ministro Duruy firmó la resolución siguiente:

> "Se encarga al señor Émile Colpäert una misión científica a América, con el fin de efectuar un estudio del Perú desde el punto de vista de la geografía, de las costumbres y de la historia natural.
>
> La duración que se señala para esta misión es de dos años.
>
> Se abonará al señor Colpäert la suma mensual de 600 francos,[117] por el tiempo que dure la mencionada misión."[118]

Premunido de este segundo mandato oficial Émile Colpäert volvió a partir hacia nuevas aventuras. Pero dos años más tarde no había dado aún signos de vida, ni a su familia ni al ministerio. Inquieto por el silencio, la administración solicitó eventuales informaciones al Ministerio de Asuntos Extranjeros. La respuesta llegó, lacónica, algunos meses más tarde:

> "Tengo el honor de informarle que este individuo se ha establecido en el interior del país, y que vive en la ciudad del Cuzco,[119] donde dirige una fábrica de sebo y de jabón."[120]

---

[116] *Ibid.*

[117] Esta suma correspondía a la estimación hecha por el mismo Colpäert en su proyecto del 8 de noviembre.

[118] Resolución del 19 de diciembre de 1864. Archivos Nacionales. París: F 17 2949.

[119] Incluso dejó allí descendencia, ya que se puede todavía constatar en el anuario telefónico del Cuzco la presencia de abonados con el apellido de Colpäert (*Guía Telefónica Sur*, 1987, Entel Perú S.A.).

[120] Carta del Ministerio de Asuntos Extranjeros (9 de agosto de 1867). Archivos Nacionales. París: F 17 2949. Sin poner en duda la veracidad de esta información, se puede no obstante precisar que Colpäert no abandonó sus actividades de fotógrafo durante su residencia en el

El servicio de misiones sufrió, pues, un fiasco, y no se escuchó más hablar del asunto Colpäert...

Los únicos resultados concretos de la primera misión se resumían en algunos estudios publicados en diversos boletines: *"Notice sur la quinquina et le Pito"*; *"Études photografiques dans les Cordillères"*; *"Culture de la coca au Pérou"*; *"Étude complète sur les races laineuses..."*; *"Études sur le mineral de Cerro de Pasco"*; *"Études sur le mineral de Yauli"*; *"Étude sur la décadence des mineurs au Pérou"*. En cuanto a las demás publicaciones anunciadas en uno de sus informes,[121] se quedaron en letra muerta, lo cual resulta más lamentable pues algunos de ellos habrían podido constituir documentos muy interesantes, si es que verdaderamente existieron. Entre los doce títulos anunciados, se retendrá:

– "A través de los Andes, viaje pintoresco de Lima a Cuzco (ida y vuelta)";

– "Cuzco antiguo, estudio de la época de los incas";

– "Vistas fotográficas, con noticia sobre las ruinas y los principales monumentos del Perú y de los diferentes tipos de indios que habitan en estas regiones";

– "Relación de mi estancia entre los indios Chunchos, la selva virgen y sus riquezas";

– "Los incas. Estudio sobre sus modos de construcción y sus sistemas de acueductos y de drenaje".

Los demás textos se ocupaban de los recursos naturales del país, o contenían descripciones de Lima, del Cuzco de su tiempo, de la costa del Perú y de sus puertos...

No puede dejar de notarse la importancia que Colpäert concedió a los restos prehispánicos. ¿Actuó así obedeciendo a sus propias aspiraciones, o bien ello respondía a un pedido específico del ministerio o del Instituto?[122] No hay ningún documento que nos permita salir de duda. Además, dada la pobreza de elementos concretos del trabajo arqueológico recepcionado por el ministerio, nos sería muy difícil apreciar el eventual valor científico de los documentos mencionados por Colpäert: sus informes (especialmente el que redactó en el Cuzco en mayo de 1863) son en extremo imprecisos para que nos puedan servir de alguna ayuda para aclarar este asunto.

Cuzco, ya que aparece inscrito bajo la profesión de fotógrafo en el censo de la ciudad del Cuzco, realizado por las autoridades provinciales en 1862. Un aviso publicitario publicado por él en un diario local (*El Heraldo* del 15 de octubre de 1870) prueba que mantenía aún un taller de fotografía en 1870.

[121] Informe de Colpäert (Cuzco, 25 de mayo de 1863). Archivos Nacionales. París: F 17 2949.

[122] En 1853 —o sea cinco años antes del comienzo de la misión de Colpaërt— la Academia de Inscripciones y Bellas Letras había redactado instrucciones arqueológicas para el arquitecto Mimey, por entonces a punto de partir hacia el Perú (ver capítulo siguiente): es verosímil suponer que estas instrucciones habían sido transmitidas a Colpaërt antes de su partida.

En lo que se refiere a las antigüedades propiamente dichas, el problema es el mismo: parece que un escaso número de objetos llegó a Francia, en comparación con lo que mencionaba en sus informes:

> "... el espacio me falta para detallar la lista de curiosidades que he reunido: huacas [sic], armas, ídolos, pájaros, insectos, [...], vegetales, minerales, etc., que forman una colección cuya enumeración sería demasiado larga."[123]

El encargado de misiones efectuó uno o varios envíos desde el Perú, como recuerda en el mismo informe: "Desde el último envío de objetos raros de tiempos de los incas que he tenido el honor de remitir a Francia...;"[124] pero la imprecisión de este tipo de fórmula y la falta de una acusación de recepción de parte del ministerio, no hacen sino perdernos en conjeturas en cuanto al número de objetos realmente enviados a Francia. No podemos, pues, poner en el activo de esta misión, de manera cierta, sino los 12 vasos ingresados al Museo Americano del Louvre en 1863, en circunstancias que parecen bastante reveladoras de la manera en que concluía un cierto número de misiones científicas oficiales. Según Guimaraes (1994: 54), fue a pedido de Ernest Grandidier y del Ministro de Instrucción Pública que Adrien de Longpérier (director del Museo Americano) se dirigió al domicilio de Auguste Colpäert —hermano del explorador—, donde se hallaba depositada una colección de antigüedades peruanas, y escogió allí doce vasos de terracota, que compró por 600 francos.

Nos parece además razonable agregar a esta adquisición la treintena de piezas peruanas obsequiadas al Museo de Dieppe en 1913 por el senador Julian Rouland. Este señor tenía la colección de su abuelo, Gustave Rouland, Ministro de Instrucción Pública y Cultos entre 1856 y 1863. Según Julien Rouland, los objetos habrían sido llevados a Francia por un cierto señor Chopart, como resultado de una misión que le había encargado Gustave Rouland "para estudiar la civilización del Perú" (Gerber 1989: 16). Ahora bien, no hemos hallado ninguna mención de un viaje efectuado por ese "señor Chopart", ya sea por intermedio del Ministerio de Instrucción Pública, o ya sea por alguna otra administración. En cambio, la misión de Émile Colpäert había sido aprobada por el Ministro Rouland, como prueba la firma al pie de la resolución del 6 de noviembre de 1858. Más aún, una nota informativa sobre las misiones en curso, publicada por el ministerio en 1864, se refería a la misión Colpäert empleando la misma fórmula que la citada en la carta de Julien Rouland en 1913:

---

[123] Carta de Colpäert (Cuzco, 25 de mayo de 1863). F 17 2949.

[124] *Ibid.* Luego de la lectura de esta frase, un funcionario del ministerio escribió al margen: "¿a quién?", lo cual deja suponer que la administración del ministerio no se había enterado de ese envío, o de que reinaba una cierta imprecisión en cuanto al destino que se dio a esos objetos...

"Se encargó al señor É. Colpäert, a fines de 1858, una misión ad honorem a América **para estudiar allí el estado de civilización de esa región**."[125]

Último elemento que aboga en favor de nuestra hipótesis: las pocas indicaciones de lugares que acompañan a los objetos depositados en Dieppe corresponden a sitios visitados por Colpäert (alrededores de Lima, Trujillo, Huanchaco, Cajas, Cajamarca, Cuzco). No sería sorprendente que el Ministro Rouland hubiese guardado para sí una parte de las colecciones enviadas por Colpäert. La noción de bien público en materia de objetos de museos era aún bastante vaga, y con mayor razón cuando se trataba de curiosidades etnográficas —por entonces poco apreciadas por las instituciones museográficas francesas...—.

¿Cómo se procuró nuestro viajero esos objetos? Quizás en parte por la vía de excavaciones que practicó él mismo, como lo afirmaba en uno de sus informes: "Exploré de arriba a abajo todas está región, [...], excavando los túmulos, los sepulcros antiguos, las cámaras mortuorias...",[126] o ya sea, sobre todo, por la vía de compra, como se practicaba más corrientemente. Nos sentimos tanto más inclinados a este segundo modo de acopio, si se considera la rapidez con que Colpäert constituyó sus primeras colecciones de antigüedades en el curso de su viaje al norte del país en 1859. Por otra parte, la presencia de piezas un tanto "dudosas"[127] entre los ceramios conservados en Dieppe nos refuerza en esta idea.

Además de los estudios o "ensayos" redactados por el viajero y las colecciones de objetos prehispánicos reunidos gracias a sus cuidados, hay una tercera categoría de documentos que debe vincularse con el tema de las antigüedades: la de las fotografías. Este tipo de documentos era en esa época muy raro, ya que la fotografía, cuyo principio fue descubierto hacia 1825, no estaba por entonces sino en sus balbuceos. Los nuevos aparatos, que permitían la toma de clichés en "negativo" sobre placas, eran muy costosos y de un manejo de los más complejos (con mucha mayor razón en condiciones tan difíciles como las que se hallaban habitualmente en los Andes). El año anterior a la partida de Colpäert, se encomendó a Désiré Charnay una misión orientada a "traer un álbum fotográfico de los sitios naturales y arquitectónicos más prestigiosos."[128] De acuerdo a su propio

[125] Archivo Misiones Científicas y Literarias, 2a. serie, I, 1864, rubro "Asuntos diversos". El subrayado es nuestro.

[126] F 17 2949: informe del 25 de mayo de 1863. Pero, ¿se puede uno fiar de las afirmaciones de Colpäert? Éste dio pruebas de exageración en muchas circunstancias, como ilustran las dos versiones del relato de su exploración de la región situada al este de Paucartambo (*cf.* cartas del 25 de mayo de 1863 y del 8 de noviembre de 1864)...

[127] Pensamos en particular en dos vasos que procedían teóricamente de Trujillo y que parecen poco auténticos. En cuanto a las cuatro figurillas, claramente fabricadas en el siglo XIX pero en un estilo que recuerda la cerámica chimú, no podríamos decir si fueron compradas por Colpäert a sabiendas o si fue víctima de una grosera mistificación.

[128] Resolución del 21 de marzo de 1857. Archivos Nacionales. París: F 21 2285.

proyecto, el explorador debía recorrer las dos Américas (y entre ellas el Perú), China, Japón, las Indias, etc. La fotografía aparecía por entonces como un nuevo apoyo de información particularmente interesante en el caso de los estudios arqueológicos (reproducción de monumentos, de bajo-relieves, etc.). Tal era el motivo por el cual se podían poner las mayores esperanzas en la misión que se proponía realizar Émile Colpäert. Por desgracia, en este caso como en el resto de su misión, los resultados concretos fueron de los más decepcionantes. De las cajas llenas de clichés prometidas sólo unas pocas llegaron a Francia: en diciembre de 1859, Colpäert envió a la Sociedad Francesa de Fotografía una serie de clichés de los alrededores de Arequipa, trabajados en colaboración con Émile Garreaud, otro fotógrafo francés establecido en Lima hacía poco.[129] Lamentablemente estos clichés parecen haber desaparecido de los archivos de la Sociedad. Al retorno de su primer viaje, Colpäert decía haber llevado consigo algunas fotografías, que se proponía ofrecer al Ministro: "... algunas muestras de fotografías que representan tipos de indios y monumentos del Cuzco, que tendré el honor, una vez procesadas, de hacer llegar a vuestra Excelencia." Tampoco nos ha sido posible encontrar sus huellas...[130]

Estamos pues obligados a concluir que, en conjunto, las dos misiones efectuadas por Émile Colpäert terminaron en un fracaso casi total. Como consecuencia de fracasos como éste excesivamente numerosos la Dirección de Ciencias y Letras y el conjunto de la comunidad científica —interesada en primer lugar por los resultados de estas misiones— fueron obligados a reconsiderar el funcionamiento del servicio de misiones. En este sentido, la creación de la comisión de misiones, en 1874, debía aportar un cierto progreso en la racionalización de la administración.

PAUL PRADIER-FODÉRÉ

La misión asignada a Paul Pradier-Fodéré no fue sino la primera de una intensiva serie de misiones arqueológicas enviadas al Perú. Cuando este honorable profesor tomó la pluma para proponer sus servicios al Ministro de Instrucción Pública no esperaba sin duda que se le confiaría una misión arqueológica. Hay que señalar que su candidatura llegó en un momento en que el contexto se prestaba particularmente para ello: el

[129] *Bulletin de la Société Française de Photographie*, 1860, VI: 198. Si los datos aportados por este boletín son exactos, uno se pregunta si estas fotografías eran verdaderamente obra de Colpäert, ya que no parece haber ido a Arequipa antes de agosto de 1860, caso en el cual la paternidad de esas pruebas sería de Garreaud solo. Nos cuidaremos sin embargo de dar una respuesta tajante y definitiva a esta cuestión, por falta de elementos más sólidos que aquéllos de los cuales disponemos.

[130] F 17 2449 (8 de noviembre de 1864). Algunas fotografías de indios del Cuzco, realizadas por Colpäert y obsequiadas a Léonce Angrand subsisten sin embargo en el departamento de estampas de la Biblioteca Nacional de París.

americanismo, disciplina todavía joven, encontraba poco a poco su lugar en el seno de las ciencias del hombre y era reconocida cada vez más ampliamente por las instituciones científicas. Las investigaciones americanistas, cuyo florecimiento iba de par con el de las ciencias etnográficas y antropológicas, hallaron desde los comienzos de la comisión de misiones un eco por completo favorable en algunos de sus miembros, que, sin ser especialistas en el Nuevo Mundo, estaban probablemente sensibilizados a este tipo de estudios por sus propias preocupaciones: Edouard Charton, en nombre de la Sociedad de Geografía; Féliz Ravaisson-Mollien, en tanto que Conservador de Antigüedades en el Louvre (y por lo tanto responsable del Museo Americano); Henri Milne-Edwards, por el Museo de Historia Natural de París (y su galería de Antropología); Alexandre Bertrand, Director del Museo de Antigüedades Nacionales; etc.

La lectura de las actas de la comisión no nos ilustra de manera determinante sobre las motivaciones profundas que llevaron a sus miembros a privilegiar así, en el espacio de unos años, la investigación arqueológica en el Perú. La relación de las circunstancias en las que ellas fueron concebidas y realizadas permitirá sin embargo aprehender mejor la extrañeza de un fenómeno que debía tener enormes consecuencias en el plano de la museografía francesa, no solamente americanista, sino etnográfica en su conjunto.

En 1874, Paul Pradier-Fodéré, profesor de Derecho, fue contratado por el gobierno peruano para fundar en Lima una facultad de Ciencias Políticas y Administrativas. Por sus funciones, y por su personalidad, Paul Pradier-Fodéré se ganó rápidamente el respeto de los franceses que vivían en Lima, así como una cierta influencia en los medios políticos peruanos.[131] Consciente de su papel de representante de la ciencia francesa en el extranjero, pero cuidadoso igualmente de un cierto reconocimiento de parte de su ministerio de tutela, nuestro honorable profesor dirigió al Ministro de Instrucción Pública, en diciembre de 1874, un ejemplar del informe redactado para el Presidente de la República del Perú sobre la institución de la nueva facultad. Deseoso además de ser útil a su gobierno, aprovechó la ocasión para proponer sus servicios, en la medida de sus posibilidades:

> "... me tomo la libertad de ponerme a entera disposición de Vuestra Excelencia y del Departamento de Instrucción Pública para todas las informaciones que se me pudieran solicitar, en lo que concierne a la enseñanza, la situación científica y literaria del Perú."[132]

[131] Su nutrida correspondencia con el Presidente Manuel Pardo es prueba de ello. Archivo de la Nación, Lima: D2.34.2348.

[132] Carta de Pradier-Fodéré (Lima, 19 de diciembre de 1874). Archivos Nacionales. París: F 17 2999.

Su ofrecimiento fue mencionado en la sesión del 12 de marzo de la Comisión de Misiones, pero con una formulación que modificaba singularmente el sentido:

> "Pradier-Fodéré, profesor de Derecho en Lima, solicita se le encargue investigaciones históricas y arqueológicas durante su permanencia en el Perú."[133]

Podríamos adelantar la hipótesis de que el profesor habría formulado un ofrecimiento en este sentido (faltaría por lo tanto el supuesto documento en su expediente...), pero apenas si creemos en ello, ya que Pradier-Fodéré no manifestó en el Perú ningún interés particular por la arqueología, y la total ausencia de resultados de su misión nos parece una prueba evidente al respecto. Nos sentimos más bien inclinados a creer que esa interpretación específica de la propuesta debe imputarse a la comisión misma —por una razón que se nos escapa...—.

El expediente fue remitido para su estudio a Alexandre Bertrand, con el encargo de preparar un informe al respecto, pero éste debió confesar su incompetencia para preparar las instrucciones, e incluso simples orientaciones de investigación, confesión que, por cierto, dice mucho sobre el pobre estado de los conocimientos sobre el Perú en esa época, pero que ilustra igualmente la falta de comunicación entre las instituciones o los círculos de estudios interesados en este campo:

> "Es, pues, imposible de darle otras indicaciones que unas muy generales. Además, para entrar en detalles se necesitaría un conocimiento de las antigüedades del Perú que pocas personas poseen en Francia."[134]

Bertrand consideraba que solamente el antiguo Cónsul general Léonce Angrand[135] podría quizás cumplir ese cometido. A falta de ello, invitaba al candidato a seguir el ejemplo de un cierto señor Ber,[136] que había adjuntado a un artículo sobre la necrópolis de Ancón una serie de 6 cráneos y algunas antigüedades:

> "Que el señor Pradier-Fodéré haga al Museo un envío semejante de momias y cráneos peruanos. Su envío será ciertamente bien acogido. El Cónsul general de Inglaterra en el Perú [Thomas Hutchinson] ha podido, hace poco, recoger en los alrededores del Callao varios centenares de

[133] Archivos Nacionales. París: F 17* 2272: 58.

[134] Carta de Bertrand (22 de abril de 1875). F 17 2999.

[135] Este diplomático había permanecido, en el marco de sus funciones, por dos largos períodos en el Perú y en Bolivia, y había procedido a numerosos reconocimientos arqueológicos en esas regiones. Si bien no publicó casi nada al respecto, era aún considerado, 25 años después de su última estancia, como uno de los muy pocos especialistas en este campo. Lo veremos todavía desempeñar un papel importante en la misión de Charles Wiener.

[136] Dedicaremos el parágrafo siguiente a este personaje.

cráneos que ha remitido a Londres. Sería un muy buen ejemplo a seguir.[137]

Después lo remitía a la lectura de las "cuestiones etnológicas y médicas relativas al Perú", redactadas por el Dr. Gosse,[138] y publicadas en 1861 en el *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, citando algunos puntos de ellas más particulares. Hacía referencia, principalmente, al famoso yacimiento de Tiahuanaco:

> "Numerosos viajeros han señalado en el Perú, sobre todo en los alrededores de Tiaguanaco [sic] estatuas anteriores a la conquista. [...]. ¿Existen todavía? ¿Puede conseguirse buenas fotografías de ellas? ¿Se han realizado, desde entonces, excavaciones en Tiaguanaco? ¿Se han hallado tumbas antiguas?"[139]

Mencionaba la existencia de grabados rupestres y deseaba recibir informaciones suplementarias al respecto:

> "El señor Bolläert describe tres en la ruta que conduce de Tacna a las mesetas. Sería interesante consignar todo lo que se refiere a estas groseras esculturas."[140]

En último lugar venía una pregunta de orden antropológico, relativa a las deformaciones craneanas intencionales y a la eventual subsistencia de esa costumbre.

He aquí, pues, cuáles fueron las indicaciones transmitidas por Bertrand al futuro encargado de misión: su generalidad deja pensar que el informante de la comisión se remitía plenamente a la iniciativa de Pradier-Fodéré, no dudando ni por un solo instante que éste se hallase en condiciones de cumplir la tarea que le tocaba. Confianza que ilustra, al menos en este caso preciso, el inmenso desfase que podía existir a veces entre las ideas de la comisión y la realidad *in situ*...

Como resultado de este informe, se encomendó a Pradier-Fodéré una "misión ad honorem en el Perú para realizar investigaciones históricas y arqueológicas".[141] Al enterarse de esta decisión, el Director de la Facultad de Ciencias políticas y Administrativas se sintió probablemente perplejo, pero no obstante también halagado, pues comunicó la noticia al diario

[137] F 17 2999 (22 de abril de 1875). Al final del informe una mano anónima añadió "ceramios para Sèvres" (para el Museo de la Manufactura), señal de que la cuestión de las antigüedades americanas se convertía en una preocupación cada vez más presente, anunciando con ellos los acontecimientos que habían de sobrevenir, relativos a la creación del Museo de Etnografía.

[138] El contenido de estas instrucciones será analizado en un capítulo posterior.

[139] *Ibid.*

[140] *Ibid.*

[141] Resolución del 3 de mayo de 1875. Archivos Nacionales, F 17 2999.

peruano *El Comercio*, que de inmediato se hizo eco.[142] Una vez que la noticia fue hecha pública, Pradier-Fodéré pudo retornar a sus preocupaciones habituales y olvidar muy pronto la enigmática misión arqueológica[143] que se le había encargado...

THÉODORE BER

Un poco menos de tres semanas después de la firma de la resolución que confiaba a Pradier-Fodéré una misión histórica y arqueológica en el Perú, llegó al servicio de misiones una nota[144] que recordaba el caso de Théodore Ber, francés residente en Lima, quien habría remitido ya numerosas piezas antropológicas y arqueológicas a instituciones francesas.[145] La nota decía en sustancia que el señor Ber necesitaba una subvención para continuar sus excavaciones en la necrópolis de Ancón, y que su pedido contaba con el apoyo de Paul Broca y Alexandre Bertrand.[146] Como exigía la regla, la solicitud de misión fue sometida al estudio de la comisión de misiones. La respuesta no se hizo esperar: en la sesión siguiente (el 30 de junio de 1875), la comisión emitió una opinión favorable:

> "A propuesta de Watteville, Ravaisson, Delisle y Rénier, la comisión propone asignar las misiones siguientes:
>
> Th. Ber, residente en Lima, que solicita el consentimiento del gobierno, para continuar sus investigaciones de historia natural y de antropología en el Perú.
>
> Ch. Wiener, profesor en el Liceo Condorcet, misión al Perú y Bolivia, para investigaciones relativas al estudio de la arqueología y de la etnografía americanas."[147]

---

[142] *El Comercio*, 12 de agosto de 1875.

[143] El único lazo que parece haber tenido alguna vez con la arqueología es su presencia en el seno de la Delegación del Perú al Primer Congreso Internacional de Americanistas (Nancy, 1875). Para formar parte de la delegación bastaba con pagar una suscripción de 12 francos. Su contribución a la causa arqueológica se detuvo allí y, desde luego, no se dirigió nunca a Nancy. Su presencia en el seno de la delegación parece haber constituido antes que nada un acto de sociabilidad (ver Riviale 1989b).

[144] La nota, anónima, fechada el 22 de mayo de 1875, podría ser sólo un resumen de una solicitud de misión enviada por el señor Ber, en tanto que el documento inicial habría desaparecido desde entonces.

[145] La nota precisaba que el señor Ber "envía sus hallazgos antropológicos al museo del Laboratorio de Antropología, en la Escuela de Medicina, [y los] arqueológicos y etnográficos al Museo de Saint-Germain" (F 17 2938, 22 de mayo de 1875). En lo que se refiere al envío a esta institución, podría tratarse más de una promesa que de un hecho realizado (pues dicho envío no habría sido hecho sino en el mes de octubre siguiente).

[146] Dicho de otra manera beneficiarios principales de los envíos (realizados o por realizar) de Théodore Ber: Broca en cuanto director del Laboratorio de Antropología y Bertrand como director del Museo de Saint-Germain-en-Laye.

[147] F 17* 2272: 74.

La redacción usada aquí dejaría pensar que la comisión respondía a una solicitud enviada por Théodore Ber al ministerio. Si tal es el caso, su pedido no habría precedido sino en algunos meses a la candidatura presentada por Wiener (fechada el 18 de junio). ¿Qué pensar de semejante simultaneidad?[148] ¿Debe verse en ella una consecuencia de la preparación del primer congreso de americanistas y de la publicidad hecha en torno a la arqueología precolombina en esa ocasión? No podríamos afirmarlo y nos contentaremos con tomar nota del hecho, añadiendo que la decisión referente a ambas misiones se tomó rápidamente, y que la resolución fue firmada el mismo día, el 9 de julio de 1875.

Por ésta, se encargaba a Théodore Ber una misión en el Perú "a efectos de realizar allí investigaciones arqueológicas y antropológicas", recibía además, por ese concepto, una subvención de 1 000 francos.[149] Los documentos de los archivos no nos informan sobre las motivaciones que indujeron a la administración a aprobar dicha misión; sin embargo, cabe pensar que la promesa de enviar numerosas antigüedades fue un argumento decisivo. En este sentido, las esperanzas de los "padrinos" de Ber, los señores Bertrand y Broca, no se vieron frustradas: tres meses después de su nominación (el 13 de octubre), el nuevo encargado de misión efectuó una primera remisión de antigüedades al ministerio:[150]

> "Yo debería sin duda agradecerles antes por el honor que me han conferido al asignarme una recompensa de la cual me creía muy poco digno; pero he creído que el medio de testimoniarles mi reconocmiento era el de actuar primero.
>
> Ahora, al remitirles mi primera caja, creo aún haber obrado bien."[151]

El envío consistía en objetos y cráneos recolectados en los alrededores de Lima: el Callao, Magdalena, Miraflores, Ancón.[152] Se notará entre esas antigüedades la presencia de un objeto que no dejó de intrigar al encargado de misión: un aguamanil de vidrio, retirado "de los brazos de una momia" en Ancón. A pesar de que no sabía cómo cortar el nudo de tal enigma, nuestro hombre tuvo la fineza de exponer las diversas explicaciones posibles del hecho;[153] prudencia científica que no era por entonces tan

[148] La noción de "simultaneidad" puede parecer inapropiada tratándose de dos candidaturas producidas con algunos meses de intervalo; sin embargo, esa distancia temporal parece muy pequeña si se considera el largo hiato que siguió a la anterior misión enviada al Perú, esto es la de Colpäert en 1864.

[149] F 17 2938, resolución del 9 de julio de 1875.

[150] Los objetos fueron depositados en el Museo de Saint-Germain-en-Laye poco después de su recepción por el ministerio (F 17* 2272: 85).

[151] F 17 2938 (13 de octubre de 1875).

[152] "Lista de los objetos contenidos en la caja" (8 de octubre de 1875); F 17 2938.

[153] Las alternativas propuestas por Th. Ber eran sin embargo un tanto demasiado exclusivas: no consideró la posibilidad de la utilización del sitio como necrópolis durante varias

frecuente entre los "arqueólogos" de su tiempo. Fue esta cualidad, asociada con una eficacia innegable, que lo hicieron apreciar por antropólogos tan serios e influyentes como Broca y Quatrefages. Son de otro lado, probablemente, estas cualidades de "hombre de terreno" que salvaron a Ber de los remolinos provocados por su mala inteligencia con su competidor directo: Charles Wiener.

Recordemos que se encargó a los dos hombres el mismo día una misión idéntica. Sus temperamentos y su situación diferían en muchos puntos. De un lado tenemos a Théodore Ber, ya de cierta edad (55 años), de un carácter un tanto áspero, instalado en América del Sur desde hacía unos quince años —al menos eso es lo que afirmaba—, y descrito en los documentos como comerciante o profesor; del otro a Charles Wiener, joven brillante, que contaba con sólidos apoyos[154] y dotado de un notable sentido de la diplomacia y de la seducción —otras tantas cualidades que iban a servir con eficacia a un arribismo apenas velado—. En tanto que Ber proseguía sus investigaciones en los alrededores de Lima, Charles Wiener llegó al Perú en los primeros días del año 1876. El choque entre ambos protagonistas fue casi inmediato, y habría de tomar pronto un giro bastante malsano...

Ber, herido por el comportamiento de su "colega", escribió pronto al ministerio para exponer sus quejas, pero, hay que reconocerlo, con una total falta de tacto:

> "Creo mi deber manifestar que mi misión llega a su fin. La llegada al Perú del señor Ch. Wienner [sic] la torna completamente inútil. Para ajustarme a los deseos de ustedes, he acogido a este señor con sinceridad y, en la creencia de que su misión le imponía la obligación de visitar minuciosamente el Perú, Bolivia y Ecuador, me he apresurado a comunicarle el conjunto de mis ideas, el resultado de mis trabajos en Ancón. Desde los primeros días, lo llevé al sitio de las ruinas; hice trabajar en su presencia, y le entregué 5 cajas, producto de estas excavaciones.
>
> Me imaginaba haber hecho bastante para proporcionarle las informaciones que él podía desear.
>
> Pero ahora, [...], tengo motivos para creer que su único fin al venir a América era el de explotar a gran escala la rica mina que, de todas maneras, yo hubiese señalado a la ciencia."[155]

Las críticas del autor se dirigían sobre todo a la falta de espíritu científico de los trabajos llevados a cabo por Wiener, ya que éste privilegiaba

épocas sucesivas. Léon de Cessac, que excavó en Ancón en 1877, emitió (¿fue el primero?) esta hipótesis y distinguió varias fases en la ocupación del sitio.

[154] Habría sido ahijado de Waddington, Ministro de Instrucción Pública en 1873 y después en 1876.

[155] Carta de Ber (Lima, 27 de mayo de 1876). Archivos Nacionales: F 17 2938.

el aspecto cuantitativo en detrimento de la calidad de las investigaciones, mostrando el mayor desdén por las pacientes excavaciones de Ber:

> "La infinita cantidad de cajas que él expide probará su actividad, deseo creerlo, pero llegarán después que las mías, y sus apreciaciones sobre mis trabajos serán lo que es su primera publicación *Essai sur les Incas*: productos de la imaginación. [...]. No ha prestado la menor atención a mis trabajos [...]. Le ha parecido más fácil llenar cajas. A este respecto ha hecho maravillas, [...] y, ayudado por numerosos trabajadores que no le costarán nada, ha podido turbar este suelo que yo he excavado a mis expensas."[156]

En respuesta a la injusticia profunda de que se sentía víctima, Théodore Ber decidió marcar una cierta distancia frente a la administración de la Instrucción Pública, distanciamiento teñido de cierta desconfianza:

> "Prefiero asegurarme la propiedad de mis ideas, buenas o malas, publicándolas en una revista de New York, que ha tenido ya la bondad de ocuparse de mí."[157]

La virulencia de lo manifestado por el viejo arqueólogo, por justo que fuese, había de causarle notable perjuicio, ya que la primera reacción del ministerio, desde la recepción de esta comunicación, fue de solicitar informes sobre el encargado de misión. El resultado de la averiguación, altamente desfavorable, fue trasmitido a Broca, considerado como garante científico de Ber:

> "La opinión desfavorable emitida sobre el señor Théodore Ber se justifica perfectamente por los informes que acaba de trasmitir la prefectura de policía. De acuerdo a las investigaciones efectuadas en los archivos de la justicia militar, un tal Th. Ber fue secretario particular de Delescluze del 13 al 19 de mayo de 1871.[158] Su expediente contiene cuatro cartas suyas, que son ofrecimientos de servicio, y el facsimil de su firma no permite ninguna duda sobre la identidad del personaje."[159]

Sin saber de estas averiguaciones administrativas, Théodore Ber se preparaba a solicitar una vez más el apoyo del servicio de misiones. En esta óptica anunciaba en su comunicación del 27 de mayo el inminente envío de nuevas series de objetos arqueológicos y antropológicos:

---

[156] *Ibid.*

[157] *Ibid.*

[158] Louis-Charles Delescluze: diputado por el departamento del Sena, miembro de la Comuna de París, muerto en las barricadas de París el 25 de mayo de 1871.

[159] Carta del ministerio (22 de agosto de 1876). Archivos Nacionales: F 17 2938. La partida de Francia de Ber en 1871 está probada por el pasaporte que presentó, en 1880, para matricularse en el Consulado de Francia en Lima, pasaporte que le fue expedido en Figeac, el 13 de julio de 1871 (Registro de matrícula N° 5; consulado de Francia en Lima).

"Formo desde hace un tiempo una gran colección de cráneos recogidos en diferentes puntos del Perú y de Bolivia. [...]. Continúo igualmente en la tarea de recoger objetos preciosos; pero sobre todo los de valor verdaderamente prehistórico. [...]. Poseo en este momento algunos artículos que estimo muy preciosos, tales como puntas de flecha de cristal de roca, herramientas de piedra, etc. Remitiré todo ello al señor Broca, en prueba de mi reconocimiento." [160]

Para paliar la pobreza de sus recursos personales —y sin duda consciente de que el servicio de misiones no estaría en posición de subvenir a sus necesidades— Ber solicitó el apoyo de un Mecenas, en este caso Henry Meiggs, el gran constructor de los ferrocarriles del Perú, cuya empresa se hallaba por entonces en su apogeo: Meiggs tenía ya en su activo varias líneas ferroviarias repartidas por todo el país, y terminaba de construir la que unía Arequipa con Puno (Basadre 1968, VI: 172). Para convencer a Meiggs de financiar sus excavaciones en Tiahuanaco, cercanas al término de la vía acabada hacía poco, y de la comenzada entre Puno y Cuzco,[161] Ber apeló quizás a sus relaciones con los negociantes o los ingenieros involucrados en ese tipo de realizaciones (como Pascal Contre, por ejemplo). El asunto es que los dos hombres llegaron a entenderse, según un acuerdo cuyas bases ignoramos. Ese "generoso" mecenazgo puede sorprender si se conoce la dureza y el pragmatismo de ese empresario en la conducción de sus asuntos, pero Watt Stewart subraya la constancia de esa actitud en Meiggs, para quien obra de caridad era sinónimo de publicidad, y el historiador americano recuerda al respecto el adagio "sembrar simpatía, cosechar dólares".[162] Añadamos que en el espíritu de la mayoría de las gentes de esa época, contribuir a una obra científica se ajustaba al mismo principio que participar en una obra de caridad (ver Riviale 1989b).

Como consecuencia de tal acuerdo el arqueólogo francés podía anunciar a su ministerio su próxima partida para Tiahuanaco. En esta oportunidad, solicitó nuevamente la colaboración del gobierno de su país:

"Tengo el honor de informar que bajo los auspicios del señor Henri Meiggs me dirijo a Bolivia para realizar el plan que concebí hace mucho

[160] Carta de Ber (27 de mayo de 1876); F 17 2938. Podría tratarse de la colección depositada en la Sociedad de Antropología de París (de la que Ber era miembro desde 1875), colección mencionada por Quatrefages en 1878 ("Informe sobre las colecciones reunidas por el señor Ber...", sin fecha, Archivos del Laboratorio de Antropología del Museo de Historia Natural de París).

[161] Esta correlación entre construcción de líneas férreas y excavaciones arqueológicas no se limitó a Tiahuanaco y sus cercanías; el inventario de objetos remitidos a París por Ber en 1878 (Archivos del Laboratorio de Antropología, Museo de Historia Natural) nos indica que el arqueólogo había recolectado cráneos cerca de San Mateo —uno de los últimos puntos de paso del ferrocarril de Lima a La Oroya, alcanzados antes de la momentánea detención de los trabajos en 1875 (Basadre 1968, VI: 172)—.

[162] Watt Stewart, *Henry Meiggs: a yankee Pizarro*, Durham, Duke University, 1946: 255.

tiempo de excavar en vasta escala en el yacimiento prehistórico de Tiahuanaco.

Deseo manifestar mi gratitud a mi bienhechor anunciando que el resultado de mis excavaciones pertenece por adelantado a los Estados Unidos y a Francia, feliz de poner mis esfuerzos al servicio de estas dos grandes repúblicas."[163]

Después del envío de los informes de la prefectura de policía sobre el pasado de Ber, y por el señor de Vernouillet, Ministro plenipotenciario de Francia en Lima, señalando la mala reputación del solicitante, el Ministro tomó rápidamente una decisión, que fue una tajante y categórica negativa. Hay que decir que el comportamiento de Ber correspondía muy poco al respeto de la etiqueta altamente apreciada en el ministerio. Una nueva salida del arqueológo no hizo sino reforzar el sentimiento de desconfianza de la administración en contra suya: en julio de 1877 Ber lanzó una nueva diatriba contra su rival Wiener, en términos que sobrepasaban, esta vez, toda medida:

"Si sucediese aún, Señor, que Ud. me enviase a alguno de sus recomendados, le rogaría asegurarse de que no sea ni un alemán ni un judío, y mucho menos un intrigante.

La conducta del señor Wienner [sic] ha sido tal que me he visto en la necesidad de preguntarme si, en lugar de tratar con un estudioso, no me he encontrado en presencia de uno de sus emisarios, enviado a América con cualquier fin pero no el de la ciencia."[164]

Ese no era más que un episodio adicional del folletín tragicómico que oponía a Théodore Ber contra Charles Wiener desde su primer encuentro en Lima, y que continuó hasta sus respectivos viajes a Bolivia (a veces por intermedio de otras personas). La prensa peruana y boliviana se hizo eco de esa lucha sin cuartel, por medio de numerosos artículos, comunicados y rectificaciones regularmente enviados por ambos beligerantes. Sería inútil intentar determinar cuál de ellos tenía la razón, así que nos limitaremos a constatar que como consecuencia de la delicadeza diplomática y de los apoyos ministeriales de Wiener, por una parte, y de la mala reputación de Ber, por otra, fue el primero quien salió ganador de la controversia. La "desgracia" del segundo fue, sin embargo, sólo provisional. Mientras que Charles Wiener saboreaba su consagración con ocasión de la inauguración de la exposición especial de las misiones científicas, Théodore Ber, que viajó a Francia para participar en el Congreso Internacional de

[163] Carta de Ber (Lima, 26 de septiembre de 1876); F 17 2938.

[164] Carta de Ber (Lima, 26 de julio de 1876); F 17 2938.

Ciencias Etnográficas,[165] presentó con brío los resultados de sus trabajos en Tiahuanaco, recibiendo las felicitaciones de Madier de Montjau, Presidente de la Sociedad Americana de Francia:

> "Es menester que el éxito de esta primera comunicación constituya, para el señor Ber, un compromiso de retornar pronto a sus trabajos en América. [...], no puedo sino felicitar a la Exposición y al Congreso por la colección y los estudios que trae a Francia el más reciente de los miembros de esta Sociedad." (*Ministère de l'Agriculture et du Commerce* 1881: 693)

En efecto, el arqueólogo no había llegado con las manos vacías, pues le acompañaba una importante colección de antigüedades y de muestras antropológicas recogidas en diferentes puntos del Perú y de Bolivia. Esa colección había sido, oficialmente, llevada para ser presentada en la Exposición Universal,[166] pero su propietario deseaba además negociar su venta ante el ministerio. No se trataba de una simple transacción comercial, ya que para Ber se trataba de compensar los considerables gastos ocasionados por sus viajes y sus años de excavaciones. Este argumento, adelantado por el vendedor, se hallaba por lo demás corroborado por Quatrefages, a quien se había encomendado la evaluación científica de la colección:

> "Resulta por demás evidente que la suma de 6 000 francos [precio fijado por Ber] está lejos de representar la totalidad de los gastos efectuados por el señor Ber en los diversos viajes cuyas pruebas materiales aporta. No es menos evidente que si se hubiera propuesto obtener provecho con el producto de sus investigaciones, habría obtenido un precio superior a esta misma suma."[167]

Los objetos propuestos provenían en su mayoría[168] de 4 sitios: Ancón, Chancay, San Mateo, Tiahuanaco.

A propósito del trabajo efectuado por el arqueólogo en Ancón, Quatrefages señalaba:

> "Se debe al señor Ber haber sido el primero en comprender su importancia y de haberlo hecho conocer a Europa. [...] El señor Ber es el

[165] Este congreso —quizás el primero en su género—fue organizado por la Sociedad de Etnografía en el marco de la Exposición Universal de 1878, en París, donde se reunió del 15 al 17 de julio de 1878. Théodore Ber participó en cuanto nuevo miembro de la Sociedad de Etnografía.

[166] Una parte de la colección fue presentada en la exposición de Ciencias Antropológicas (*Exposition Universelle...* 1878b: 28).

[167] Quatrefages: "Informe sobre las colecciones reunidas en el Perú por el señor Ber" (sin fecha [1878], Archivo del Laboratorio de Antropología del Museo.

[168] El catálogo establecido por Ber (actualmente conservado en el Laboratorio de Antropología del Museo de Historia Natural) indica que algunas piezas procedían de otros sitios de los alrededores de Lima: La Magdalena, Miraflores, Infantas, Pasamayo, Lurigancho.

primero que ha emprendido excavaciones continuas con el fin de formar una colección seria. [...]. Más tarde, un naturalista alemán, el señor Stübel, se unió al señor Ber y aprovechó sus indicaciones."[169]

La colección que procedía de ese sitio se componía de cráneos, momias, vasos, tejidos, figurillas de piedra y algunas puntas de obsidiana. De Chancay provenía una serie de cráneos, algunas figurillas de cobre y vasos. De San Mateo, "gruta descubierta por el señor Ber en el valle del Rímac", provenía una serie de cráneos. De Tiahuanaco procedía la colección más considerable:

"El señor Ber ha prestado una especial atención a las extrañas ruinas de Tiahuanaco, [...]. Ha traído cráneos, fotografías y diversos objetos que interesan a la etnografía."[170]

Las fotografías constituían a ojos del informante documentos esenciales:

"Las pruebas dejan que desear, pero tal como están no dejarán de completar ciertos puntos y rectificarán en otros los datos proporcionados por las informaciones obtenidas hasta hoy."[171]

Broca subrayó también la importancia del trabajo realizado por Ber en Tiahuanaco:

"Este yacimiento que se tornó célebre con la visita de d'Orbigny, visitado después por el señor Angrand y algunos otros viajeros, no ha sido en realidad explorado metódicamente sino por el señor Ber, que para este efecto permaneció en Tiahuanaco durante cerca de tres meses en 1877. La colección que ha expuesto no tiene ciertamente, en lo que concierne a Tiahuanaco, rival en Europa."[172]

A pesar de estos comentarios elogiosos, es posible que el ministerio diese en un primer momento una respuesta negativa (probablemente por el hecho de los enojosos antecedentes de Ber), pues el 14 de marzo de 1879 Théodore Ber escribió a Eugène Boban, el más célebre anticuario americanista de ese período, para ofertarle su colección:

"Después de cuatro meses, durante los cuales se me ha dado la esperanza de que mi asunto con el ministerio saldría a mi ventaja, se me dice hoy

[169] Quatrefages: "Rapport sur les collections..." ["Informe sobre las colecciones..."]. Archivo del Laboratorio de Antropología del Museo. Reiss y Stübel figuran por cierto entre los primeros que intentaron practicar excavaciones sistemáticas de las sepulturas de Ancón.

[170] *Ibid.*

[171] *Ibid.*

[172] Recomendación adjuntada por Broca (16 de noviembre de 1878) a una carta de Ber (no fechada). Archivo del Laboratorio de Antropología. Museo de Historia Natural de París.

que la Comisión de Misiones rechaza mi demanda sin consideración de ninguna clase.

En fin, voy a salir de este pobre país. Nada más me detiene en una república que me paga 40 años de servicios de todas clases con un "vaya Ud. al demonio".

Ahora bien, no quiero volver al Perú con mi colección. Hágame Ud. el favor de decirme cuánto puede Ud. pagármela."[173]

El desarrollo de los acontecimientos posteriores a este episodio no es muy claro, y parecería que poco tiempo después de este mensaje a Boban, la comisión se rectificó, pues hay en el expediente de Ber un borrador de resolución ministerial concediendo a éste una suma de 3 500 francos "a título de subvención por la misión que se le encargó en el Perú y en Colombia (sic)", en tanto que una anotación anterior que estipulaba "por una colección de objetos antropológicos" fue tarjada.[174] Por una razón desconocida la administración había preferido omitir el verdadero motivo (la compra de la colección) e invocaba más bien el abono de una subvención suplementaria por la misión que había encomendado a Ber en 1875. Una carta de Quatrefages, fechada el día siguiente, deja pensar que se había llegado a un acuerdo entre el Museo de Historia Natural y el Ministerio de Instrucción Pública para compartir los gastos de compra de la colección:

"Una carta del señor Ber me ha hecho saber que para el pago de la subvención a este viajero Ud. no esperaba sino el aviso oficial del concurso que el Museo puede aportar en este asunto. [...]. Puede considerarse, pues, como concedida la aprobación.

Quizás Ud. estimará, Señor, que en este estado de cosas, puede Ud. actuar como si hubiese habido una deliberación en forma.[175] Lo desearía así en el interés de un hombre que me ha parecido animado de una verdadera devoción por la ciencia y por su país."[176]

Además de comprarle su colección, se encomendó a Th. Ber una segunda misión *ad honorem* en el Perú y Bolivia, "a efectos de proseguir sus investigaciones arqueológicas y antropológicas" (24 de mayo de 1879). Era para la comisión de misiones una manera de levantar el descrédito que pesaba hasta entonces sobre los hombros del viejo arqueólogo y de estimularlo en sus futuras investigaciones. Apenas hubo regresado al Perú, Ber emprendió la tarea de formas nuevas colecciones, pero el comienzo

[173] Biblioteca Nacional de París, Departamento de Manuscritos: n.a.f. 21476, fol 138. La carta de Ber fue redactada originalmente en español.

[174] F 17 2938 (12 de abril de 1879).

[175] Una carta del Museo al ministerio, de fecha 12 de mayo de 1879, atestigua que la subvención de 500 francos prometida por el Museo fue formalmente aprobada en la asamblea de profesores del 6 de mayo. Archivos Nacionales. París: F 17 3973.

[176] F 17 2938 (13 de abril de 1879).

del conflicto entre Perú y Chile iba a hacer las condiciones de trabajo mucho más difíciles que antes:

> "Dentro de algunas horas voy a partir para Chanchamayo, para excavar en las grutas de las cuales le he hablado. [...]. Llegué a Lima el 9 de este mes. [...]. Emprendí dos días después excavaciones en Ancón para efectuar un primer envío de cráneos. Me propongo esencialmente cumplir con la palabra que le di a Ud. unos días antes de mi partida de París. Lamentablemente, el estado de guerra en el cual se halla el país hace casi imposible encontrar trabajadores. Todos mis obreros han sido llamados a filas para servir a la patria. Los pocos que quedan tienen pretensiones salariales imposibles. No he excavado, por ello, sino unas pocas tumbas."[177]

Además de los cráneos de Ancón, el primer envío previsto se componía de unos quince cráneos de Playa Grande (al norte de Ancón), de cráneos de orígenes diversos comprados a un naturalista peruano, y de algunos ceramios de Chimbote y de Moche.[178] El primer lote no era, en buena cuenta, sino un adelanto de los que el encargado de misión se proponía enviar a Francia posteriormente; pero nuestro hombre había aprendido la lección, de manera que al mismo tiempo que mencionaba sus envíos futuros, señalaba las condiciones en que serían efectuados:

> "Ahora, Señor, permítame Ud. decirle que no haré un nuevo envío sino cuando se me haya dado la orden y yo sepa el precio que se asigna a esta primera caja. [...]. Queda entendido que deseo ser responsable de mi pasión por efectuar excavaciones. Pero sé también que Ud. no me permitirá ser más desinteresado de lo que debo. Tendrá, Ud., pues, la bondad indicarme la suma que juzgue conveniente asignarme por esta primera caja. Será la regla en mis trabajos venideros."[179]

Después de la recepción de esta caja de antigüedades, la administración del Museo de Historia Natural decidió (en la asamblea de profesores del 16 de marzo de 1880) abonar 800 francos a Ber para estimularlo a perseverar en sus investigaciones. Posteriormente los envíos se hicieron en extremo esporádicos (algunos cráneos ingresados al museo en noviembre de 1886). Hay que pensar que la comisión de misiones no se ofendió por la falta de diligencia de Ber para con los museos, pues el 5 de

---

[177] ¿Carta a Quatrefages? (Lima, 27 de junio de 1879). Archivo del Laboratorio de Antropología del Museo de Historia Natural de París.

[178] Objetos inscritos en el registro de ingreso del Museo en las fechas del 25 de diciembre de 1879 y el 4 de enero de 1880. Archivo del Laboratorio de Antropología. Museo de Historia Natural de París.

[179] Archivo del Laboratorio de Antropología. Museo de Historia Natural de París (27 de junio de 1879).

diciembre de 1890 le encargó una tercera misión en el Perú y Bolivia, "a efectos de proseguir sus investigaciones arqueológicas y antropológicas". Ber se hallaba por entonces en Francia, para tomar parte en el VIII Congreso Internacional de Americanistas, que debía realizarse en octubre de 1890 en París. La nueva misión científica le fue asignada en esta ocasión, y se puede pensar que lo fue a título puramente honorífico, ya que el arqueólogo contaba ya 70 años y no había dado pruebas de una gran actividad científica en los últimos años.[180] La falta de envíos por parte del encargado de misión, en los años posteriores, tendería a confirmar esta hipótesis.

Como se constatará luego de esta exposición sobre la obra arqueológica de Th. Ber, la personalidad y el destino del personaje contrastan por completo con los de otros encargados de misión, tales como Francis de Castelnau o Charles Wiener. Si éstos tuvieron una carrera científica tan fulgurante como de corta duración, a la inversa del "obscuro" Ber, supo mediante sus trabajos y sus envíos ganarse la estimación de los antropólogos más influyentes de su tiempo (Quatrefages, Broca, Hamy). En razón de su presencia permanente en el Perú, pudo consagrar un largo período de su vida a su pasión por la arqueología. Pero eso no fue todo, ya que en respuesta a los constantes pedidos de las instancias científicas y los museos, siempre en pos de colecciones, nuestro arqueólogo habría podido contentarse con hacer como un gran número de compatriotas suyos que residían en el Perú (y, de una manera general, en numerosos países extranjeros), esto es amontonar sin discernimiento un gran número de piezas y remitirlas al Louvre o al Museo del Trocadero. Hizo mucho más que eso, esforzándose en observar una cierta minuciosidad en la realización de sus excavaciones, y de acompañar sus envíos con notas y croquis.[181] Recordemos lo que decía a propósito de la acumulación frenética de antigüedades realizada por Wiener en el marco de su misión:

> "Yo la comprendía [su misión] de una manera muy diferente. [...] si es importante que nuestros museos posean numerosos restos de las antiguas sociedades americanas, lo es sobre todo que estos objetos se hallen acompañados de las reflexiones que sugieren a los que los recogen, en el sitio mismo en que han sido descubiertos."[182]

---

[180] Su ponencia en el congreso de americanistas de París no daba tampoco prueba de gran novedad: "El autor informa al congreso de su estancia de 6 meses, que tuvo lugar hace unos doce años, en las ruinas de Tiahuanaco" (*Compte-rendu du 8ème Congrès International des Américanistes*, París, 1890: 533.

[181] "... todo ello acompañado de notas descriptivas muy extensas, de dibujos...": Broca evocaba así las colecciones enviadas por Ber a París en 1878 (Archivo del Laboratorio de Antropología, Museo de Historia Natural de París). No sabemos qué sucedió con estas observaciones manuscritas.

[182] F 17 2938 (27 de mayo de 1876).

Fue, pues, uno de los raros arqueólogos de su tiempo en presentir la importancia del contexto arqueológico, ya que si la noción de "contexto" era desde hacía ya varios años tomada en consideración en las investigaciones de la prehistoria europea, curiosamente este aspecto era con la mayor frecuencia completamente desdeñado en el estudio de las sociedades de América prehispánica. Asimismo, nuestro hombre se empeñó en recoger vestigios por lo general descuidados por los aficionados a las antigüedades, como son principalmente las puntas y fragmentos de piedra tallada. Quizás se puede ver en ello una influencia de los trabajos de los prehistoriadores franceses.

Ber estaba sin duda muy interesado en ser reconocido oficialmente como un verdadero arqueólogo, y de allí sus constantes esfuerzos antes las instancias científicas, los pedidos de misiones ante el Ministerio de Instrucción Pública, su participación en varios congresos (congreso de americanistas en Nancy, en 1875, y en París, en 1890); congreso de Ciencias Etnográficas en París, 1878); su inscripción en la Sociedad de Antropología de París (1875) y en la Sociedad Americana de Francia (1878); y, en fin los artículos que publicó en diversas revistas.[183] La multiplicidad de estas actividades científicas hizo de él un auxiliar precioso para aquéllos (A. Bertrand, Broca, Quatrefages, Hamy) que se esforzaban por entonces en construir una nueva teoría y métodos de investigación en las ciencias del hombre sobre bases (científicas e institucionales) sólidas. En razón de sus actividades políticas pasadas, y de su falta absoluta de tacto, Ber chocó muy pronto con la administración, pero gracias a la seriedad de sus trabajos (y a los esfuerzos de persuasión de ciertos estudiosos) llegó a borrar mal que bien ese gravitante pasivo[184] para no dejar sino el recuerdo de un buen arqueólogo que aportó a los museos franceses más de 400 piezas arqueológicas y más de 130 muestras antropológicas del Perú.

Charles Wiener

Entre los viajeros franceses que recorrieron el Perú en la segunda mitad del siglo XIX, Charles Wiener es ciertamente aquél cuyo nombre se cita con mayor frecuencia en las antologías de viaje y de arqueología del Perú (Lanier 1900, Rowe f/a, Bonavia y Ravines 1970, Macera 1976, Saco 1978, Riviale 1987, Núñez 1989, Broc 1999). Es verdad, el conocimiento de la obra de Wiener que tenemos en nuestros días no tiene nada de común

[183] "Les populations préhistoriques d'Ancon", en la *Revue d'Anthropologie*, 1875: 54-62; "El río Casca" *Bulletin de la Société de Géographie de Paris*, 1878, 6e série, XVI: 181; "Les ruines préhistoriques d'Ancon", *Archives de la Société Américaine de France*, 1876-1883, 2e série, II: 209.

[184] La mayor parte de sus dificultades con la Administración se produjeron luego de su controversia con Wiener. No estamos lejos de pensar que su "rehabilitación" se tornó tanto más fácil por cuanto poco a poco se advirtió que el comportamiento y los trabajos científicos de Wiener no eran tan ejemplares como se clamó después de su regreso.

con la resonante celebridad que ganó el explorador al regreso de su misión; pero su fama subsiste. Fama que reposa sobre dos elementos: la increíble cantidad de antigüedades que se llevó del Perú, y el relato de su viaje, magníficamente ilustrado, publicado por Hachette en 1880. Si la celebridad de este encargado de misión científica nos ha llegado —aunque un tanto asordinada—, en cambio hemos olvidado las graves polémicas que se suscitaron en su tiempo, tanto en torno al hombre, como también de su trabajo científico. En este sentido, Charles Wiener constituye un ejemplo sintomático de los altibajos del Servicio de Misiones Científicas y Literarias, de las dificultades de la administración para adoptar una actitud justa y coherente entre las aspiraciones científicas de la comisión de misiones y las presiones políticas que se ejercían en ella.

Cuando el 18 de junio de 1875 Charles Wiener presentó al Ministerio de Instrucción Pública su solicitud de misión, no era completamente desconocido del pequeño mundo de los americanistas: en 1874 había publicado un *Essai sur les institutions politiques, religieuses, économiques et sociales de l'empire des Incas*, así como una *Notice sur le communisme dans l'Empire des Incas*. Era, además, miembro de la Sociedad Filológica y Secretario de la sección etnográfica de la Sociedad de Arqueología y de Numismática.[185] Wiener se benefició además de numerosos apoyos, que sin duda le facilitaron grandemente la aprobación inmediata de la misión. Así, nuestro joven americanista adjuntó a su carta de candidatura una de Emilio Bonifaz, Encargado de Negocios del Perú en Francia, misiva en la cual el diplomático aseguraba al ministerio que Wiener gozaba de altos apoyos en el Perú, y que, en consecuencia, recibiría toda la ayuda necesaria para el éxito de su misión:

> "... amigo personal del señor Felipe Barreda, actualmente coronel, comandante de la guardia nacional del Perú y cuñado de S. E. el Señor Emmanuel [sic] Pardo, Presidente de la República, encontrará de parte del gobierno peruano un apoyo moral y eficaz..."[186]

Señalemos además que Wiener era ahijado de Waddington, a quien se nombró en 1876 para el portafolio de Instrucción Pública...

En el plano científico, el futuro explorador tuvo el cuidado de solicitar consejo a Léonce Angrand, una de las referencias insoslayables del momento en materia de americanismo. Éste le prometió redactar las instrucciones del caso, asegurándole que lo consideraba suficientemente preparado para realizar un buen trabajo:

---

[185] "Noticia biográfica" (18 de junio de 1875). Archivos Nacionales. París: F 17 3014-1 (expediente Wiener). Probablemente poco antes de dejar Francia, Wiener fue admitido además como miembro de la Sociedad de Geografía de París.

[186] Carta del Señor Bonifaz (18 de junio de 1875). F 17 3014-1.

"Sus estudios sobre el Perú lo han hecho apto a Ud. para ver bien lo que se presentará a sus ojos una vez en el terreno; Ud. sabe lo suficiente de levantamiento de planos, de topografía y de dibujo para efectuar un buen trazado arqueológico de monumentos; además es Ud. bastante hábil y experimentado en la práctica de la fotografía para completar útilmente por este medio las informaciones gráficas y reunir buenos elementos de estudio para la etnografía. [...]. En cuanto a consecuencia científica e inteligencia, estoy dispuesto, si es necesario, a testimoniar en su favor."[187]

Esta carta, deslizada por Wiener en su expediente de candidatura, fue probablemente de mayor efecto... En cuanto al proyecto de exploración propiamente dicho, hay que reconocer que era uno de los más sólidos. Wiener señalaba en él, con ayuda de un itinerario,[188] las diferentes regiones y sitios que tenía intención de visitar. Itinerario por el cual nos enteramos de que originalmente Wiener consideraba comenzar su exploración desde el Ecuador, para dirigirse luego a Lima por la ruta de la costa,[189] antes de tomar la ruta de la cordillera para descender al sur, hasta Bolivia.[190] Estimaba con cierto optimismo, que 9 ó 10 meses bastarían para recorrer todo ese trayecto. Pero su misión no terminaría con ello:

"El retorno se efectuaría entonces por los Estados Unidos, donde se podría emprender sin dificultad un estudio complementario de los más útiles. En la Exposición de Filadelfia[191] las sociedades de estudios de América expondrán numerosas muestras de sus colecciones arqueológicas relativas a los Pieles-Rojas. Allí, mejor que en cualquier otro lugar, se presentarían al espíritu del observador las comparaciones más justas entre las razas indígenas del Norte y la razas de América meridional."[192]

---

[187] Carta de Angrand (24 de abril de 1875). F 17 3014-1.

[188] Su itinerario, extremadamente detallado, constaba no menos de 7 páginas; Wiener deseaba así mostrar su buen conocimiento geográfico del país que se proponía explorar.

[189] Guayaquil - Quito - Riobamba - Cañar - Cuenca - Loja - Cariamanga - Piura - Sechura - Lambayeque - Chiclayo - San Pedro de Lloc - Moche - Santa - Casma - Huarmey - Pativilca - Huaura - Chancay - Lima.

Wiener consideraba la eventualidad de otro itinerario desde Piura, pasando por Huancabamba - Jaén - Chota - Cajamarca - Chicama - Otuzco - Huamachuco - Huaraz - San Marcos - Huallanca - Huánuco - Cerro de Pasco - Tarma... No da la continuación del trayecto a Lima. Este segundo itinerario estaba lejos de ser el más fácil...

[190] Lima - San Mateo - La Oroya - Jauja - Huancayo - Huancavelica - Huanta - Ayacucho - Andahuaylas - Abancay - Curahuasi - Limatambo - Zurite - Cuzco - Urcos - Sicuani - Ayaviri - Juliaca - Puno - Chucuito - Zepita.

[191] "La Exposición Universal debía realizarse en Filadelfia en 1876. Fue una de las primeras en que se presentaron, a gran escala, colecciones de antigüedades de América precolombina.

[192] Proyecto de viaje de Wiener (18 de junio de 1875). F 17 3014-1.

La solicitud de misión arqueológica se presentaba en un período extremadamente favorable, pues la comisión de misiones parecía por entonces particularmente interesada en el estudio de los restos precolombinos,[193] lo cual explica sin duda la rapidez con que se tomó una decisión por la administración: la solicitud, enviada el 18 de junio, recibió el aval de la Comisión en su sesión del 30 de junio, y la resolución se firmó el 9 de julio:

"Artículo 1

Se encarga al señor Charles Wiener, profesor de alemán en el Liceo Fontanes, una misión al Perú y Bolivia, para investigaciones relativas a la etnografía y arqueología americana.

Artículo 2

El señor Ch. Wiener recibirá para la misión, que deberá durar 14 meses, una subvención de 14 000 francos, de los cuales 7 000 corresponderán al ejercicio de 1875 y 7 000 al ejercicio de 1876."[194]

Esta rapidez sorprende aún más porque los fondos dedicados a la misión eran relativamente considerables: en el pasado, el ministerio nos había acostumbrado a mayor circunspección cuando se trataba se asignar o no una misión subvencionada. Recordemos que Théodore Ber, a quien se encargó una misión idéntica el mismo día, no recibió como subsidio más que 1 000 francos... ¿Debe verse en ello un efecto de las relaciones de Wiener?

Como resultado de circunstancias no determinadas, hubo que efectuar una primera modificación en el itinerario ideado originalmente por Wiener: en lugar de tomar la vía del istmo de Panamá para dirigirse al Ecuador, el joven explorador, que abandonó Francia en el otoño de 1875, enrumbó hacia el Brasil. Su primer informe, fechado en el mes de octubre, anunciaba que había visitado los museos de Río de Janeiro y realizado "278 dibujos y 30 calcos" de objetos exhibidos en las colecciones,[195] y que había sido autorizado por el Emperador del Brasil para acompañar a un grupo científico al que se encomendó excavar "sambaquis"de la isla de Santa Catalina. Tomó después un navío con destino a Valparaíso, donde efectuó algunas observaciones arqueológicas, antes de proseguir y desembarcar en el Callao a fines de febrero de 1876.

Desde su llegada, Wiener, en su calidad de "encargado de misión", disfrutó de los más diversos apoyos, y fue presentado en los círculos mundanos y a los grandes coleccionistas de la capital (el Dr. Macedo,

[193] Ver lo que decíamos de este contexto favorable al americanismo a propósito de la misión de Pradier-Fodéré.

[194] F 17 3014-1 (9 de julio de 1875),

[195] Informe de A. Bertrand (15 de junio de 1876). F 17 3014-1.

Miceno Espantoso, Antonio Raimondi). De esta manera pudo familiarizarse con las antigüedades del país y obtener informaciones sobre los sitios más interesantes. Fue así como se enteró de la existencia de la necrópolis de Ancón, lugar predilecto de los aficionados a las antigüedades y de los saqueadores de tumbas:

> "He visto por doquier objetos de Ancón. Noté pronto que este sitio era el tema obligado de conversión en cuanto ésta se elevaba a los temas de la ciencia. [...]. Cuando llegué al lugar en 1876, se había "explotado" más de un millar de tumbas, y las colecciones de Lima contenían innumerables objetos de esa procedencia." (Wiener 1880: 41-43).

Esta preciosa "mina" fue ocasión para que el joven profesor hiciera sus primeras armas en el Perú, y experimentase con ello sensaciones inesperadas:

> "Alquilé 6 obreros, y, desde el día siguiente de mi llegada [a Ancón] nos pusimos a trabajar [...]. Las excavaciones son un juego de azar y, al margen de las preocupaciones científicas, son causa para que los que se dedican a ellas experimenten emociones singularmente violentas. Cuando aparece el saco que contiene la momia [...] uno siente una especie de fiebre. Cuántas veces el autor de la excavación salta al foso y escarba con sus uñas el suelo." (*Ibid*: 43)

Su júbilo era tal, que no se pudo contener de dar parte al respecto al ministerio:

> "He sido feliz en el Perú.[...]. ¡He realizado excavaciones! He sacado con qué llenar una media sala del Louvre."[196]

Como el salario exigido por los obreros pesaba demasiado peligrosamente en el presupuesto de Wiener, éste se vio obligado a interrumpir sus excavaciones al cabo de una semana. La llegada al Callao del Contralmirante Périgot y de cuatro naves de la Estación Naval Francesa del Pacífico ofreció al arqueólogo una oportunidad inesperada para proseguir sus excavaciones con menor gasto, apelando a los sentimientos patrióticos del oficial:

> "Le expuse mi situación financiera, el problema que suscitaba en mi misión, el perjuicio que este estado de cosas producía en las colecciones francesas.[...]. Le mencioné sobre todo la riqueza de las colecciones que ellos [los señores Reiss y Stübel] habían recogido en Ancón mismo, colecciones destinadas a museos alemanes [...]. Le mostré todas esas riquezas más allá del Rhin, y a nuestros museos desprovistos de esas muestras curiosas del pasado americano." (*Ibid*: 47-48)

[196] Carta de Wiener (Pachacamac, 11 de marzo de 1876). F 17 3014-1.

Luego de tan vibrantes palabras, el Almirante no opuso ninguna objeción para prestar una vigorosa ayuda a la obra científico-patriótica de Wiener y puso a disposición del joven un equipo, que aceptó "con encantadora buena voluntad esta misión arqueológica" (*Ibid*: 48). Las excavaciones en Ancón, que duraron más de 15 días, produjeron resultados considerables. Para completar sus primeras "cosechas", Wiener llevó a cabo excavaciones en diversos sitios de los alrededores de Lima (Pachacamac, Chorrillos, Infantas, Tambo Inga),[197] y después solicitó la generosa contribución de los compatriotas y de los coleccionistas peruanos.[198] Estos esfuerzos conjugados permitieron en fin a Wiener anunciar triunfalmente un primer envío de objetos:

> "Permítaseme someter a su consideración rápidamente los resultados *palpables*[199] de la misión que Ud. tuvo a bien confiarme en el Perú; resultados que he podido obtener en 3 meses..."[200]

Las cajas, transportadas a Francia por los buques de la Estación del Pacífico (y, en parte, por una compañía privada inglesa) alcanzaban el número de 62, con un peso total de ¡10 toneladas! Si el primer cometido de su misión era el de constituir colecciones de antigüedades,[201] Wiener tenía efectivamente de qué felicitarse... A fines de mayo o comienzos de junio de 1876, el joven arqueólogo dejó Lima para iniciar su gran viaje a través del Perú. Se dirigió al norte, y, por la costa, hasta Trujillo, para seguir luego en línea oblicua a Cajamarca. Esta primera parte del viaje fue para él ocasión de observar algunas ruinas (Chimu-Capac, cerca de Supe, Barranca y Chan Chan, que él llama "Gran Chimú"), y de practicar excavaciones rápidas en diversos puntos del litoral (en la región de Casma y de Virú; en Huanchaco; en las haciendas de Lache y de Facala, al norte de Trujillo; en la de Sausal, cerca de Chicama); y en fin las excavaciones más sistemáticas efectuadas en Paramonga y en Moche, permitieron a Wiener aumentar considerablemente sus colecciones. Así las excavaciones en Paramonga duraron 15 días, y el señor Canaval, propietario de las tierras donde se encontraban las ruinas, le prestó el concurso de una mano de obra abundante (obreros chinos) para llevar a cabo las investigaciones, que determinaron la recolección de un centenar de objetos. En cuanto a las

[197] Estos dos últimos sitios eran haciendas situadas al noroeste de Lima, y pertenecían a Jules (o Julio) Tenaud, gran propietario de origen francés.

[198] Los señores Quesnel, Dibós, Macedo. Daremos el detalle de estos aportes un poco más adelante.

[199] La palabra fue subrayada por Wiener.

[200] Carta de Wiener al Ministro (Tambo Inga, 24 de mayo de 1876). F 17 3014-1.

[201] De antigüedades, pero también de cráneos: "Conforme a las instrucciones de mis jefes, he recogido en todos los lugares por los que he pasado los cráneos que me parecían de algún interés. Envío un centenar de ellos al ministerio..." Carta de Wiener (Infantas, 25 de abril de 1876). F 17 3014-1.

excavaciones en Moche, permitieron a Wiener sacar, según sus propias aseveraciones, 632 objetos (*Ibid*: 81 y 105).

A partir de Cajamarca, el explorador emprendió la ruta de la cordillera, para descender luego al sur hasta Bolivia.[202] Sería arduo mencionar en detalle todo los sitios que Wiener dice haber excavado o sólo visitado, así que nos contentaremos con citar aquí solamente los principales puntos. Después de su paso a Recuay,[203] Wiener efectuó un desvío por Chavín de Huantar:

> "Pasé 6 días en este valle. Levanté un plano, medí los monumentos antiguos, recorrí las obscuras galerías, estampé las obras escultóricas; dibujé los ceramios que el cura, arqueólogo aficionado, había encontrado en una cueva en la margen izquierda del Tungaragua, a 500 metros aguas arriba del Castillo [de Chavín]." (*Ibid*: 204)

Huánuco Viejo fue objeto de una estancia de 4 días, que el arqueólogo consagró al levantamiento de planos, y después siguió por un ancho "camino inca" hasta Baños. Parece que, en lo que respecta a esta parte del viaje, el encargado de misión hubiese diseñado su plan de campaña esencialmente a partir de las informaciones proporcionadas por Léonce Angrand[204], ya que el antiguo cónsul había realizado una primera exploración arqueológica de la zona situada entre Huancayo y Cerro de Pasco en 1838, después de lo cual siguió en 1847 la ruta de la cordillera, desde La Oroya hasta Chuquisaca, efectuando en el camino numerosas observaciones arqueológicas. Las referencias a los sitios visitados por el diplomático son frecuentes en el relato de Wiener. Fue así cómo intentó —en vano— ubicar dos sitios hallados por Angrand en las cercanías de Tarma en 1838: Tununmarca y Ocomarca (*Ibid*: 237). Más allá de Huancavelica se encuentra Vilcashuamán, donde Wiener levantó algunos planos, según las instrucciones de Angrand:

> "Traigo de Vilcas unos quince croquis y los planos que Ud. me indicó. Naturalmente que han sido hechos con cierta ligereza, pero sin embargo pueden servir."[205]

---

[202] Itinerario de Cajamarca al Cuzco: Cajabamba - Huamachuco - Cabana - Huallanca - Recuay - Huánuco - Cerro de Pasco - Tarma - Jauja - Huancayo - Huancavelica - Ayacucho - Andahuaylas - Abancay - Cuzco.

[203] La mayor parte de los ceramios Recuay llevados por Wiener fueron obsequio de José Mariano Macedo; el arqueólogo francés obtuvo por sí mismo sólo algunos (Wiener 1880: 204), pero no dice si los halló en sus excavaciones o si se trata de una compra.

[204] La frecuente correspondencia entre los dos hombres durante este viaje atestigua que Wiener actuaba en función de precisas instrucciones del diplomático.

[205] Carta a Angrand (Andahuaylas, 10 de diciembre de 1876). F 17 3014-1. Este sitio, como los de Concacha, Curumba y Choquequirao (mencionados igualmente por Wiener) fueron visitados y dibujados por Angrand durante el verano de 1847 (Biblioteca Nacional de París, Departamento de Estampas: álbum N° 17 de la colección Angrand).

A fines de diciembre visitó Concacha, con su famosa piedra esculpida (tomó calcos de algunas de sus partes), y después, en los primeros días de 1877, pudo anunciar a Angrand el próximo fin de su viaje por la cordillera peruana:

> "He terminado mis trabajos en Incahuasy [sic] y en Concacha. Quedan Sacsahuamán, Ollataïtambo [sic] y Tiahuanaco: después regreso [...]. No iré de ningún modo a Choquequirao. He visto esa "Cuna del oro", como Moisés vio la tierra prometida, de las alturas de Incahuasy. ¿Cómo ha hecho Ud. para ingresar en ese nido de águilas? Yo no lo comprendo."[206]

Su primera permanencia en el Cuzco (febrero de 1877) fue desde luego consagrada al reconocimiento arqueológico de la ciudad propiamente dicha, y luego de los sitios cercanos. En Ollantaytambo, los indios le hablaron de dos lugares cuya existencia ignoraba hasta entonces: "Huaina-Picchu" y "Macho-Picchu" (*Ibid*: 345). Emprendió en consecuencia una última exploración de esta región siguiendo la orilla derecha del Urubamba. No halló los sitios deseados,[207] pero realizó un descubrimiento inesperado:

> "De pronto nos hallamos en presencia de un palacio de granito de un aparejo semejante a las partes más bellas de Ollantaytambo. [...] Descubrimiento tan inesperado, debido al mayor de los azares, que me hizo comprender cuántos hallazgos preciosos se puede y debe hacer aún en estos parajes, antes de conocer de una manera completa y definitiva el país de los incas." (*Ibid*: 347)

Llevó su exploración a través de la zona boscosa oriental, desde el valle de Santa Ana hasta el departamento de Loreto, topándose con los indios Piros y Campas, a los que compró ciertos objetos etnográficos, antes de volver sobre sus pasos. Su segunda permanencia en el Cuzco fue esencialmente dedicada a la recolección de objetos arqueológicos por medio de excavaciones practicadas en los alrededores de la capital inca (Sacsayhuamán, Pisacc, San Sebastián). Antes de cerrar definitivamente su permanencia en América del Sur, nuestro joven explorador realizó una rápida exploración en territorio boliviano, cuyo hecho más destacado fue la ascensión —por primera vez— del pico sureste del monte Illimani (al cual dio el nombre de "Pico de París"). Esta hazaña, efectuada en compañía del ingeniero Georg Grumkow y del peruano José María de Ocampo,[208]

[206] Carta a Angrand (Molle-Molle, 12 de enero de 1877). F 17 3014-1.

[207] Ubicó sin embargo, aproximativamente, el lugar de Machu- Picchu en un mapa que muestra el itinerario seguido en el curso de esta exploración (Wiener 1880).

[208] Hay que pensar que esta nacionalidad peruana no fue del gusto de todo el mundo, ya que el diario *Post* de Berlín habría evocado este acontecimiento indicando que Wiener estaba acompañado por "dos alemanes, los señores Grumkow y Von Ohfeld" [adaptación germánica del apellido de Ocampo] (*El Comercio*, 23 de mayo de 1878).

tuvo una tal resonancia que Wiener fue elegido por el gobierno boliviano para representar a la república boliviana en la Exposición Universal de París.[209] El paso de Wiener por Bolivia tuvo otras consecuencias inesperadas: el general Daza, Presidente de la República, convocó al arqueólogo para solicitarle entregar al Mariscal MacMahon una "carta autógrafa", primer paso hacia un eventual restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre los dos países (interrumpidas desde 1852), con lo cual Wiener dio sus primeros pasos en la diplomacia.

Después de su estancia en Bolivia su exploración llegó a su fin, así que Wiener se dio el lujo de la rapidez en detrimento de lo pintoresco, tomando el tren de Puno a Arequipa, y después el buque en Arica (donde realizó sus últimas excavaciones arqueológicas) para regresar a la capital. Algunas semanas más tarde Charles Wiener retornaba a Francia (agosto de 1877): su estancia en América del Sur había durado cerca de 21 meses, de los cuales 15 ó 16 en el Perú.[210]

No por ello había terminado su misión, ya que le quedaba la tarea de clasificar sus colecciones arqueológicas, etnográficas y antropológicas (que estimaba en más o menos 2 500 piezas),[211] sus fotografías, dibujos, acuarelas y calcos de objetos y monumentos.[212] Deseba en efecto extraer el mejor partido de esas colecciones, con miras a su publicación, desde luego, pero también con fines museográficos. Originalmente las antigüedades recogidas por Wiener debían ser depositadas en el Museo del Louvre,[213] pero el Museo Americano no estaba abierto al público desde hacía tiempo, y los pedidos en favor de la creación de un museo consagrado a la etnografía se hacían más insistentes. Ante el flujo de envíos efectuados por el encargado de misión, y a sus instancias (Hamy 1890: 56), Oscar de Watteville tomó la iniciativa de organizar una "exposición peruana" en el marco de la Exposición Universal de París prevista para 1878. Esa exposición, dedicada a los objetos llevados por Wiener, se amplió pronto a otras misiones científicas que habían producido recientemente brillantes resultados arqueológicos y etnográficos (André, Cessac y Pinart, Ujfalvy, etc.), pero una de las principales "vedettes" de dicha exposición fue sin discusión

---

[209] Carta de Wiener (La Paz, 12 de junio de 1877). F 17 3014-1. Fue nombrado igualmente delegado de la Comisión del Perú a esa misma Exposición (Wiener 1880: 416).

[210] Aproximadamente de febrero de 1876 a julio de 1877 (con un intermedio boliviano en junio de 1877).

[211] Informe de Wiener (París, 28 de agosto de 1877). F 17 3014-1.

[212] Conjunto que, según él, contaba 3 000 representaciones de objetos (fotografías de antigüedades peruanas conservadas en el Museo de Río de Janeiro, principalmente), ruinas, bajo-relieves, planos arquitectónicos, etc. *Ibid.*

[213] Idea expuesta por Wiener en uno de sus informes: "El Almirante [Périgot], que se dirigía a Ancón, tuvo la extrema bondad de poner a mi disposición unos marineros para realizar algunas excavaciones en provecho del Louvre." (Infantas, 25 de abril de 1876). F 17 3014-1.

Charles Wiener,[214] en gran parte gracias a la escenificación de sus colecciones realizada por él mismo, con la complicidad de su amigo escultor, Emile Soldi:[215]

> "El pudo organizar rápidamente la reconstrucción a tamaño natural de los monumentos más célebres y los tipos más característicos del Perú y Bolivia. El señor Cetner le prestó el concurso de un pincel alerta y expresivo, y pronto las colecciones del viajero estuvieron en medio de una decoración apropiada que los ponía hábilmente de relieve." (*Ibid*: 57)

Esta primera exposición etnográfica, llevada a efecto en el Palacio de la Industria, tuvo un gran éxito, y la calurosa acogida que le dispensó el público a lo largo de las 6 semanas que duró permitió considerar una segunda exposición, más vasta, en el Campo de Marte. El éxito "mediático" de esta primera exposición contribuyó grandemente a la nombradía de Wiener, el cual no dejó pasar, desde luego, ninguna ocasión, para asentar su celebridad. El Explorador fue omnipresente en toda la Exposición Universal: Wiener prestó piezas para la Exposición de Artes Antiguas, en el Palacio de Trocadero, participó a la Exposición de Ciencias Antropológicas, presentó objetos diversos en la Exposición del Pabellón del Perú, y, por cierto, tuvó una presencia imponente en la Exposición de las Misiones Científicas. Además efectuó una serie de conferencias en el marco de la exposición,[216] dió una primera conferencia en la Sociedad de Geografía de París el 19 de diciembre de 1877, sobre toda su misión y, después, una segunda conferencia (acompañada con "proyecciones a la luz oxídrica"), ofrecida en la misma Sociedad el 18 de diciembre de 1878, sobre "Dos ciudades muertas del Perú, Gran Chimou [sic] y Cuzco" (*B. S. G.*, 1879, 6e série, XVII: 291). En fin, publicó su viaje por la cordillera peruana en la revista de Édouard Charton *Le Tour du Monde*, (primer semestre de 1878), antes de publicar la narración completa de su viaje, en un soberbio volumen que contenía más de 1 000 grabados (Wiener, 1880).

Estos esfuerzos "publicitarios" fueron ampliamente beneficiosos: el 23 de enero de 1878, en la inauguración de la exposición especial de las misiones, el explorador fue condecorado con la Legión de Honor; se le concedió además la medalla de oro de la Exposición Universal, por la importancia de las colecciones presentadas. En fin, a ejemplo de su brillante predecesor Francis de Castelnau, y con el apoyo del Ministerio de

---

[214] "La gran Sala de Exposición del Palacio de la Industria se halla enteramente consagrada a la misión del señor Charles Wiener en el Perú y Bolivia." *La Nature*, 1878, primer semestre: 199.

[215] Sobre Soldi y su obra en favor de la difusión de la etnografía ver Williams 1985: 146-166.

[216] Afiche de las conferencias ofrecidas con ocasión de la exposición, entre el 23 de enero y el 1° de marzo de 1878. F 17 3846-1.

Instrucción Pública,[217] Charles Wiener llegó a obtener un puesto de Vice-Cónsul en Guayaquil, en octubre de 1879; y desde entonces no dejó sus funciones diplomáticas hasta su muerte en 1913.

Si bien es cierto que adujo como pretexto la prosecución de sus investigaciones para obtener el puesto consular en Ecuador, Wiener no dio pruebas de gran actividad científica después de su nombramiento, aunque se puede poner en su activo una exploración del río Napo (cuyos resultados fueron, por lo demás, vivamente cuestionados),[218] en 1879, así como un nuevo viaje al Perú (¿en 1881?), en el curso del cual habría visitado las ruinas de Cuelap, así como los monumentos funerarios de Santo Tomás, en la región de Chachapoyas.[129] Esta constatación nos induciría fuertemente a concluir que Wiener utilizó el éxito de su misión como trampolín para su carrera diplomática, y que la investigación arqueológica no constituyó a fin de cuentas más que una página de su vida, a la que dio vuelta pronto, después de alcanzar un cierto status social. Ésta no es, desde luego, más que una impresión, y resulta tanto más difícil arribar a una conclusión tajante porque nuestro explorador parece haber tenido una personalidad compleja: se trataba sin duda de un individuo brillante, pero también cínico[220] y ambicioso, y animado por una tal sed de celebridad y de honores, que a lo largo de su vida se granjeó enemistades tan virulentas[221] como tenaces. La ambivalencia de los comentarios sobre su persona torna todo juicio definitivo muy arriesgado.

Igualmente, el análisis de los resultados de su misión arqueológica no deja de plantear numerosos problemas. En relación con los resultados materiales de su viaje, Wiener afirmaba haber llevado a Francia 4 000 objetos

[217] Carta a Watteville (París, 12 de agosto de 1878). F 17 3014-1.

[218] Se dio aviso al Ministerio de Instrucción Pública de una carta de un misionero jesuita, Luigi Pozzi, que alojó un momento a Wiener y que deseaba protestar contra el comportamiento odioso y las declaraciones del explorador: "... él dice que ha sido uno de los primeros en ir al Napo, siendo así que al menos 400 personas entre indios y blancos hacen anualmente, desde hace más de dos siglos, este viaje y utilizan el mismo camino." (Napo, 19 de febrero de 1882). F 17 3014-1.

[219] *Le tour du Monde*, 1884, XLIV: 392-393. Podría ser que Wiener hubiese aprovechado este mismo viaje para intentar la adquisición de la colección de antigüedades peruanas de Emilio Montes (que había visto en 1876): ver la carta de Hamy (25 de abril de 1883). F 17 3846-2. La colección fue finalmente comprada por el Museo de Historia Natural de Chicago en 1893.

[220] En una de sus incendiarias cartas Théodore Ber contó un pequeño discurso que le habría lanzado Wiener: "Si Ud. no cuenta con amigos en el ministerio, en las oficinas, en la prensa parisina, si además Ud. no acosa al Ministro con sus pedidos al punto de ser importuno, no tendrá éxito en nada. Sus trabajos, cualquiera que sea su importancia, quedarán olvidados o quizás se convertirán en propiedad de otro." (Lima, 27 de mayo de 1876). F 17 2938.

[221] Un comerciante de Lima hablaba de "la nulidad Wiener" (Lima, 28 de agosto de 1878. Archivo Nacional. F 17 3014-1); un mensaje anónimo, enviado desde Venezuela el 5 de julio de 1905, anunciaba lacónicamente: "El señor de Taigny reemplaza ventajosamente al emplasto extranjero Wiener" (Archivos del Ministerio de Asuntos Extranjeros: Personal; expediente Wiener). La violencia de estos comentarios da una idea de la marejada que Wiener podía provocar a su paso. Nuestro hombre no dejaba a nadie indiferente...

arqueológicos y 283 cráneos humanos, extraídos de 56 puntos diferentes del Perú y —en mucho menor medida— de Bolivia.[222] Es imposible hoy en día verificar esta afirmación: en los años que siguieron al retorno del viajero a Francia sus colecciones habrían sufrido graves daños:

> "Una primera exposición en el Palacio de la Industria, una primera mudanza en los depósitos del ministerio, 7 rue Surcouf, una segunda exposición en el Campo de Marte, una segunda mudanza en el mismo local, muchas de cuyas salas no tienen cerraduras, una tercera mudanza, en fin, en las salas del Trocadero, han disminuido singularmente mis colecciones. La mayor parte de la muy hermosa colección de tejidos (seculares) ha desaparecido. La cerámica ha disminuido mucho..."[223]

Pero si la cifra inicial pudo ser exagerada,[224] las donaciones a diversos museos de provincia (ver la noticia sobre Wiener en anexo) y las reorganizaciones del Museo del Trocadero acabaron de reducir una colección ya bastante erosionada por las pérdidas evocadas más arriba por el propio Wiener. La colección que subsiste actualmente en el Museo del Hombre sigue siendo no obstante considerable, ya que comporta no menos de 915 items, y comprende objetos de toda clase: desde luego numerosos vasos de cerámica, pero también objetos de cobre y de plata (pinzas de depilación, alfileres, recipientes, bandas frontales, hachas, tijeras, figurillas, etc.), de hueso, madera (espátulas, timbales, mazas, agujas), tejidos y cestería.

La franja costera se halla, como siempre, mayoritariamente representada:

Costa Central:

Pachacamac - Infantas - Tambo Inga - Ancón - Chancay - "chimu Capac" (¿Pativilca?) - Paramonga. Se notará que el yacimiento de Chorrillos no aparece en el fichero, a pesar de que Wiener decía que había efectuado excavaciones allí (1880: 70).

Costa Norte:

Chimbote - Santa - Moche - Huanchaco - alrededores de Trujillo - Chanchan[225] - Mansiche - Chicama[226] - Santiago de Cao - Pacasmayo[227] -

---

[222] Informe de Wiener (París, 1° de noviembre de 1879). F 17 3014-1.

[223] *Ibid.*

[224] En el primer informe que siguió a su regreso a Francia (28 de agosto de 1877), Wiener no hablaba sino de 2 500 piezas (sumadas las colecciones arqueológicas, etnográficas y antropológicas). Archivo Nacional, Paris. F 17 3014-1.

[225] El fichero del Museo del Hombre comporta la doble mención "Chan-Chan" y "Gran Chimu": aparentemente Wiener conocía Chan Chan sólo bajo el segundo nombre. No es seguro, por otra parte, que haya efectuado allí excavaciones en persona.

[226] Haciendas de Lache (Wiener 1880: 107), de Facala (*Ibid*: 109) y de Sausal (*Ibid*: 111).

[227] Sin embargo parece que Wiener no pasó por allí.

Lambayeque[228]. Debemos subrayar que ningún objeto procedente de las regiones de Casma y Virú es mencionado en el fichero, siendo así que Wiener (1880: 89) había manifestado que efectuó allí excavaciones infructuosas.

Las colecciones llevadas por el encargado de misión comprendían también objetos de la sierra, lo cual constituye un hecho de innegable originalidad en comparación con otras colecciones enviadas a Francia:

Cajamarca - Marca Huamachuco - Tarmatambo[229] - Ancash - Chavín[230] - Cotahuacho[231] - Cuzco - Pisacc - Sacsayhuamán - Tiahuanaco. A todo lo cual habría que añadir los objetos que provenían de Cajabamba, de Recuay y de San Sebastián (donde habría, según Wiener asegura, efectuado excavaciones) que no aparecen en los ficheros del Museo del Hombre.

Era la primera vez que muchas de estas localidades se veían representadas en un museo francés, mostrando así a los ojos de los arqueólogos de gabinete estilos y culturas poco conocidos hasta entonces, tales como las cerámicas Recuay, obsequiadas por el Dr. Macedo por intermedio de Wiener. Este ejemplo nos lleva justamente a plantearnos una pregunta sobre la real contribución de Wiener en el acopio de todos estos objetos arqueológicos y antropológicos.

El 24 de marzo de 1876, o sea cerca de 4 semanas después de su llegada al Perú, Wiener anunciaba al ministerio un primer y masivo envío de antigüedades: 2 500 items distribuidos en 62 cajas. Era el resultado de su primera campaña de excavaciones en las diversas necrópolis en los alrededores de la capital (Pachacamac, Infantas, Tambo Inga, Ancón, Chancay), pero estaban también las muy importantes donaciones del Dr. Macedo y Frédéric Quesnel, que obsequiaron al Museo del Louvre, respectivamente, 180 y 924 objetos,[232] o sea cerca de la mitad del número total de objetos remitidos. Los envíos siguientes, procedentes de sus excavaciones en la costa norte y en la sierra, se hallan mucho menos documentados: Wiener hablaba de tres cajas de antigüedades de Trujillo embarcadas en Salaverry (Wiener 1880: 105) y de cajas que contenían el resultado de sus excavaciones en el Cuzco, expedidas desde Arequipa (*Ibid*: 447); Quesnel, por su parte, envió ocho nuevas cajas desde el Callao, de las

[228] Idem.

[229] Su relato no menciona ninguna excavación en este sitio.

[230] Idem.

[231] En Andahuaylas Wiener compró a un indio diversos objetos de piedra y vasos hallados cerca de la hacienda de Cotahuacho (Wiener 1880: 276); debe señalarse que fue de estos mismos alrededores que provenía la prodigiosa colección lítica formada por Emilio Montes, que Wiener intentó comprar hacia 1881.

[232] Carta de Wiener (Tambuinga, 24 de mayo de 1876). F 17 3014-1.

cuales dos contenían antigüedades que le pertenecían;[233] en fin, Abel Droullion remitió dos cajas, que contenían el producto de las excavaciones de Wiener en Cajamarca, con algunos añadidos personales.[234] Es, pues, difícil —si no imposible— cuantificar de manera exacta la contribución de cada cual. Es cierto, a su retorno a Francia Wiener no dejó de mencionar en su informe el gran número de personas que le "ofrecieron hospitalidad y una ayuda material para estudiar los monumentos o para practicar excavaciones"[235] (el Almirante Périgot, los señores Tenaud, Canaval, Malinowski, Droullion), o que le habían obsequiado objetos (Dibós, Macedo, Quesnel); pero parecería que nuestro ambicioso personaje se esforzaba en minimizar las contribuciones ajenas.

Wiener no mencionaba en ese mismo informe sino el primer envío realizado por Frédéric Quesnel (olvidando el efectuado en septiembre de 1876); más tarde, cuando los objetos donados por éste fueron empleados para la exposición especial de las misiones, en 1878, su nombre apareció asociado con el de Wiener,[236] de tal manera que a partir de ese momento se estableció una confusión inextricable sobre el origen de los objetos.[237] Ello no fue del agrado de Quesnel, el mismo que, según Verneau (1914), elevó vivas protestas.

De la misma manera, en el informe de agosto de 1877 Wiener no hablaba ya sino de 150 vasos regalados por el Dr. Macedo, mientras que en su comunicación del 24 de mayo de 1876 había contabilizado 180. Después, tal como sucedió con Quesnel, en la Exposición Universal llegó a su punto culminante esa confusión de colecciones, la misma que se vio, por así decir, "oficializada" cuando se creó el Museo de Etnografía del Trocadero, y todos esos objetos ingresaron al nuevo museo.

Del mismo modo, el señor Canaval, propietario de la hacienda Paramonga, no se habría limitado quizás a un simple préstamo de mano de obra para la ejecución de excavaciones, como decía Wiener; en efecto, el diario peruano *El Comercio* informaba, en su edición de 4 de julio de 1876, que el arqueólogo francés había "obtenido [sic] remitir al Museo del Louvre, a nombre del señor Canaval, una preciosa colección de antigüedades peruanas...".[238]

[233] Carta de Quesnel (Lima, 13 de septiembre de 1876). F 17 3014-1.

[234] Carta de Wiener (París, 28 de febrero de 1879). F 17 3014-1.

[235] Informe de Wiener (París, 29 de agosto de 1877). F 17 3014-1.

[236] "Una serie de objetos que portan el nombre del donador [Quesnel] se halla expuesto con la colección Wiener." (*Exposition Universelle...* 1878a, II : 52)

[237] La confusión entre ambos donadores subsiste todavía, ya que hemos encontrado en las reservas del Museo del Hombre varios vasos peruanos que llevan número de la colección de Wiener (78-2), con una etiqueta antigua que señala: "donación Quesnel".

[238] Al menos la redacción resulta ambigua. Sin embargo es posible que ello signifique simplemente que luego de facilitar el trabajo del arqueólogo, Canaval le hubiese solicitado a éste asociar su nombre al "lote" de antigüedades descubiertas por Wiener en sus propiedades y destinadas al Museo del Louvre.

En cuanto a Théodore Ber, rival de siempre, fue víctima de una completa omisión; si se le da crédito, habría sido él quien llevó a Wiener a Ancón, y quien lo inició en las alegrías de las excavaciones en el Perú: "Desde los primeros días lo llevé al emplazamiento de las ruinas; hice trabajar ante su vista y le entregué cinco cajas, producto de estas excavaciones."[239]

La conjunción de todos estos indicios permite pensar, pues, que la misión no fue tan brillantemente conducida como se había pretendido, y que Wiener no dio pruebas de gran honestidad al atribuirse los trabajos de otros. Esta impresión se ve por otra parte corroborada por la ausencia de todo catálogo que indicase la procedencia de los objetos.[240] En tales condiciones la publicación de la narración del viaje de Wiener al Perú y Bolivia no fue un modelo de rigor científico, como señaló Verneau:

> "Muchas de las piezas reproducidas formaban parte de colecciones donadas al Museo de Etnografía por otros viajeros, lo que el autor ha omitido señalar; pero lo más grave todavía es que los lugares de procedencia indicados son a menudo falsos, y que a veces la materia prima que sirvió para la confección de los objetos ha sido determinada con lamentable ligereza." (Verneau 1914 : 25)

Pero, cualquiera que haya sido su modo de obtención, hay que reconocer la importancia de las colecciones llevadas por Wiener, colecciones que, de cierta manera, provocaron la decisión de fundar el Museo de Etnografía y formaron su núcleo inicial. Se puede no obstante lamentar que nuestro joven viajero haya privilegiado, como sospechaba Ber, la cantidad en detrimento del rigor científico:

> "Es evidente para mí, que lo he visto trabajar, que apunta particularmente a un gran número de cajas, y que es más bien un agente de su amigo el señor Ravaisson [conservador de antigüedades en el Museo del Louvre], un encargado de adornar museos, y no un naturalista en misión.[...]. Nada lo detiene si se trata de enriquecer nuestros museos: promesas de condecoraciones, patentes de embalador, menciones en el informe, nombres inscritos en el Louvre; todo puesto en juego con provecho."[241]

Léon de Cessac

Charles Wiener se hallaba todavía en camino en la cordillera, cuando a comienzos de 1877 llegó a Lima otro viajero, también encargado de una

[239] Carta de Ber (Lima, 27 de mayo de 1876). F 17 2938.

[240] El ministerio contactó —en vano— al hermano de Wiener, con la esperanza de que hallase un eventual catálogo de las colecciones (F 17 3014-1; 4 de octubre de 1880). ¿Se trataba de un olvido por causa de la precipitada partida de Wiener a su puesto en el Ecuador, o de una omisión voluntaria?

[241] Carta de Ber (27 de mayo de 1876). F 17 2938.

misión científica por el Ministerio de Instrucción Pública. La presencia de este naturalista en el Perú no era atribuible, sin embargo, a una decisión expresa de la Comisión de Misiones, sino más bien efecto de un azar cuyas consecuencias iban a ser benéficas para la arqueología andina.

El naturalista en cuestión se llamaba Léon de Cessac, geólogo de formación, que trabajaba en el laboratorio de los Altos Estudios del Colegio de Francia, bajo la dirección de Sainte-Claire-Deville y Fouquet. Había participado, como asistente de este último, en el estudio y publicación de las colecciones depositadas en el Museo de Historia Natural de París por Alphonse Pinart al retorno de su viaje al noroeste americano. Fue probablemente en esa ocasión que los dos jóvenes se vincularon y concibieron el proyecto de una nueva exploración de la costa noroeste de los Estados Unidos. Alphonse Pinart se interesaba desde su más temprana juventud en el estudio de las lenguas y costumbres de los pueblos amerindios; en cuanto a Léon de Cessac, podía encargarse de las investigaciones de historia natural. Es así como sometieron un proyecto muy completo al Ministerio de Instrucción Pública.

Su candidatura fue presentada ante la comisión de misiones el 22 de abril de 1875 y fue aceptada "en el acto".[242] Hay que decir que los dos jóvenes contaban ya con cierta experiencia y gozaban de sólidas recomendaciones: Pinart volvía de una larga exploración de la costa noroeste de América y había recibido por ese viaje una medalla de oro de la Sociedad de Geografía, como "Premio al mayor descubrimiento geográfico de 1874";[243] de Cessac, por su lado, había tomado parte en una misión científica a las islas de Cabo Verde, y contaba con el apoyo, para este nueva misión, de Milne-Edwards y Quatrefages. Último detalle: la misión fue tanto más fácilmente aceptada por el Ministerio porque Pinart se comprometió a sufragar sus costos.[244] El ministro tomó rápidamente una decisión: después del acuerdo previo de la comisión, en la sesión del 22 de abril, la resolución de misión se firmó el 3 de mayo de 1875. Se encomendó, pues, a Pinart y Cessac, una misión de exploración en América del Norte (costa del Pacífico, mar de Behring, Alaska), cuyos grandes ejes de investigación debían ser la hidrografía, la etnografía, la lingüística y la historia natural.

Si la decisión relativa a esta misión fue rápida, no sucedió lo mismo con su realización, ya que el mismo día en que se encargaba a nuestros dos jóvenes amigos esta misión a Alaska, el ministro firmaba otra resolución asignando al Dr. Fouqué una misión geológica en la isla de Santorín,[245] y

[242] Archivos Nacionales. París. F 17* 2272: 64.

[243] *B.S.G.*, 1874, 6e série, VII : 492.

[244] Sólo Cessac debía recibir dos anualidades de 6 000 francos: "Resolución del 3 de mayo de 1875". F 17 2997 (expediente Pinart).

[245] F 17 2963 (expediente Fouqué).

como Léon de Cessac era su secretario, se le asignó como adjunto. Mientras esperaba el regreso de Cessac, Pinart partió por un año a América del Norte[246] y no regresó a Francia sino en el curso del otoño de 1876. Reunidos en fin los dos protagonistas, la misión podía comenzar. Con el objeto de ahorrar en los gastos de transporte, el ministerio obtuvo de la Marina que los dos viajeros pudiesen embarcarse en un barco de la Estación Naval del Pacífico que tenía por misión navegar a lo largo de las costas americanas hasta el estrecho de Behring. Fue así como Pinart y Cessac arribaron al Callao en las primeras semanas de 1877, para esperar allí el paso del *Seignelay*, barco en el cual debían embarcarse. El tiempo pasaba, y como el buque no llegaba, se decidió que Pinart iría a Valparaíso y remontaría hacia el norte abordo del *Seignelay*, en tanto que Cessac se quedaría y efectuaría algunas investigaciones aguardando el retorno de su compañero:

> "Yo debía, durante mi corta permanencia en el Perú, dedicarme a algunos estudios geológicos en los Andes, y examinar las colecciones científicas y arqueológicas públicas y privadas que existían en Lima, o en las ciudades vecinas."[247]

En un primer momento, de Cessac rechazó la tentación arqueológica, para consagrarse a investigaciones de orden geológico en el valle del Rímac[248] :

> "En presencia de un encargado de misión francés que estudiaba de manera especial las antigüedades del Perú, sentí escrúpulos de abordar el terreno arqueológico."[249]

Pero pronto el naturalista no pudo resistir la curiosidad, y menos aún ya que en realidad se interesaba en las antigüedades precolombinas desde hacía más de diez años. La primera evidencia de ese particular interés se remonta al 2 de noviembre de 1864, día en que durante una sesión del Comité de Arqueología Americana (sección americanista de la Sociedad de Etnografía), se anunció que un cierto señor de Cessac ofrecía a la Sociedad "varias piezas de antigüedades americanas recogidas unas en México y otra en el Perú..." (*Annuaire du Comité d'Archéologie Américaine*,

---

[246] Como consecuencia de lo cual se prorrogó su misión en América. F 17 2997 (resolución del 26 de diciembre de 1876).

[247] Informe de Cessac (sin fecha). F 17 2997.

[248] Podría ser que hubiese considerado también la posibilidad de dirigirse a Huacho y a Eten (costa norte del Perú), pues el conde d'Aubigny, secretario de la Legación, pidió para él cartas de recomendación antes las autoridades locales. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Lima. 6.14: Legación de Francia (5 de marzo de 1877).

[249] *Ibid*. No sabemos si aludía a Wiener o a Ber. Notemos que no se encontró nunca con el primero, ya que éste se encontraba en ese momento en los alrededores del Cuzco. ¿Se trataría entonces del segundo?

1863-1865, I : 41). Unos días más tarde (el 14 de noviembre) Léon de Cessac fue elegido miembro titular de la Sociedad de Etnografía. A pesar de su juventud (habría nacido hacia 1842), tomó pronto una parte muy activa en la sociedad, y fue así como en el "informe anual de los trabajos y progresos de los estudios americanos en 1864-1865" se podía leer:

> "El señor de Cessac [...] ha emprendido con un celo digno de elogios la tarea de reunir para el comité colecciones de procedencia americana, las mismas que, no lo dudamos, están destinadas a convertirse más tarde en un museo..." (*Ibid*: 60).

De hecho, en la lista de miembros de la Sociedad publicada en el tomo siguiente del mismo anuario (1866-1873), Léon de Cessac era calificado como "conservador de las colecciones de la Sociedad"... Había emprendido además la publicación de una obra de "epigrafía americana", cuyas primeras pruebas presentó a sus colegas en 1865.[250] Se destacó en fin una última vez al intentar revivir —espacio de dos números— la difunta *Revue Américaine*[251]. Los dos números aparecieron, respectivamente, en noviembre de 1866 y en enero de 1867, después de lo cual no se escuchó hablar más de Cessac en la Sociedad de Etnografía.

Lo volvemos a hallar, pues, diez años más tarde, solo en el Perú, sin objetivo bien definido. Al regreso de su exploración geológica del valle del Rímac, de Cessac efectuó dos excavaciones en algunas haciendas que rodeaban la capital, conocidas por sus ruinas y sus necrópolis antiguas: Infantas, Tambo Inga y Santa Rosa;[252] pero es sobre todo con sus investigaciones en Ancón que el naturalista habría de destacarse. Quien hizo conocer ese yacimiento situado al norte de Lima a Cessac fue un personaje ya bien conocido en el ministerio: Frédéric Quesnel, comerciante en Lima que poseía desde algunos años una propiedad en la parte de Ancón por entonces recientemente urbanizada. Este antiguo fotógrafo, prendado de la arqueología, conocía bien, pues, la localización de las necrópolis y estaba, por ello, particularmente calificado para ayudar a los viajeros de

---

[250] Sesión del 3 de abril de 1865. *Actes de la Société d'Ethnographie*, 1865, 2e série, I, : 158.

[251] Uno de los numerosos avatares de la Sociedad de Etnografía Oriental y Americana, publicada en 1864 por el Comité de Arqueología Americana, que tenía por entonces algunas veleidades de independencia, la *Revue Américaine* ("única recopilación exclusivamente consagrada a las investigaciones arqueológicas sobre el Nuevo Mundo") no alcanzó sino un solo número; sin embargo L. de Cessac parece haber tenido la intención de tomar el relevo, pues publicó, en 1866 y 1867, dos números de una *Revue Américaine* cuyo subtítulo publicitario señalaba la filiación con el órgano anterior: "revista enteramente consagrada a los seres y las cosas de América".

[252] Las dos primeras haciendas eran propiedad de los señores Althaus y Tenaud. Wiener y Ber habían efectuado en ellas exacvaciones un tiempo antes; la tercera pertenecía a otro francés, Nazereau, representante legal de la casa importadora "Étienne, Maguet et Cie.". No sorprende, pues, que Cessac escogiese dar allí sus primeros pasos, cuanto más si, como pensamos, fue llevado por algún compatriota que residía en la capital...

paso en su búsqueda de antigüedades. En su calidad de naturalista, Cessac consideró sus trabajos de excavación de acuerdo a criterios y objetivos que rompían singularmente con las costumbres de los aficionados a las antigüedades: el estudio de las deformaciones craneanas observadas en los cuerpos le permitió dividir las necrópolis en tres partes distintas. Como consecuencia de esta observación, seleccionó 20 cráneos de cada una de las 3 zonas, luego completó su muestrario antropológico con esqueletos enteros y una serie de pelvis.[253] Dando prueba además de originalidad y de intuición, el naturalista no se limitó a la recolección de muestras antropológicas, y prestó la mayor atención a la fauna y flora de las sepulturas, lo cual le permitió efectuar descubrimientos ricos en enseñanzas:

> "La presencia de momias de guacamayos, junto a utensilios de madera de palmera, me ha probado que existían relaciones entre los habitantes de Ancón y los pueblos de la vertiente oriental de los Andes. [...]
>
> La flora de las sepulturas me ha aportado también numerosas muestras que han proporcionado al Dr. Rochebrune, asistente-naturalista del Museo, materiales para una muy interesante memoria de etnografía botánica."[254]

Si de Cessac se interesaba muy particularmente en los estudios de historia natural, no por ello desdeñó la arqueología:

> "Durante los 28 días que duraron mis excavaciones, conseguí, además, procurarme varios centenares de objetos relativos a la arqueología y la etnografía de este punto de la costa."[255]

Para llevar a cabo con éxito sus importantes excavaciones, contó con la ayuda inesperada del Almirante Serre, llegado mientras tanto al Callao. El Almirante Serre, nuevo comandante de la Estación Naval del Pacífico, era conocido por su espíritu ilustrado y sus constantes esfuerzos en favor de la ciencia.[256] Acababa de dejar a Alphonse Pinart en Valparaíso, a quien había propuesto un arreglo,[257] y sabía que habría de encontrar a Cessac en el Perú; Serre había escrito en consecuencia al Ministerio de Instrucción

---

[253] Las colecciones que se llevaban habitualmente a Francia se limitaban por entonces esencialmente a cráneos y momias, en tanto que con mucha frecuencia se desdeñaban las demás partes del esqueleto.

[254] A. Trémeau de Rochebrune: *Recherches d'Ethnographie botanique sur la flore des sépultures péruviennes d'Ancón*. París, Masson, 1879.

[255] Informe de Cessac (sin fecha). F 17 2997.

[256] Ver el capítulo consagrado a la Marina.

[257] El *Seignelay*, buque tan esperado, había recibido nuevas órdenes y debía dirigirse a Tahití; aprovechando la ocasión, Pinart fue autorizado a embarcarse en él y efectuar una exploración de Oceanía antes de regresar a América.

Pública para exponerle los últimos episodios de las tribulaciones de Pinart/Cessac: Pinart iba a partir para la Oceanía; en cuanto a Cessac, el Almirante iba a encontrarse con él en el Perú, y ver juntos "los medios de aprovechar para su misión el viaje que *La Magicienne* debía efectuar a las costas de América."[258]

En coordinación con Cessac, el Almirante puso a disposición de éste a una parte de su tripulación para la continuación de sus excavaciones a mayor escala, mientras que el Dr. Savatier, médico en jefe de la Estación Naval, ayudaba al encargado de misión en la dirección de los trabajos y en el análisis de las muestras antropológicas recogidas. La ayuda masiva de los marinos franceses permitió a Cessac reunir una impresionante colección: más de un centenar de muestras antropológicas y alrededor de 500 objetos arqueológicos (Hamy 1882a: 325). Como la nave insignia *La Magicienne* debía continuar su ruta hacia América del Norte, Cessac aprovechó la ocasión para embarcarse y dirigirse a California, esperando siempre reunirse con Pinart para llevar a cabo la misión inicialmente proyectada. En espera de la hipotética llegada de su compañero, Cessac emprendió estudios de historia natural en los alrededores de San Francisco, y después, en julio de 1877, descendió al sur de California para explorar las islas situadas frente a Los Angeles (Santa Cruz, San Miguel, San Nicolás). La espera de Cessac iba a ser aún larga, ya que a principios de 1878 Pinart regresó a Francia por motivos personales, pero también para tratar con el ministerio la realización de una nueva misión, esta vez subvencionada. En efecto, la fortuna que había heredado de su padre, y gracias a la cual vivía desde hacía varios años, había sido consumida por sus numerosos viajes y por sus compras de antigüedades americanas de toda clase.[259] Pinart deseaba vivamente proseguir sus investigaciones etnológicas y arqueológicas, pero no ya en el noroeste americano, sino en torno a México, America Central y —más accesoriamente— la zona andina. No estaba sin embargo en posición de sufragar los costos de esta gran misión (cuya duración estimaba en 5 años) con sus recursos personales, de modo que propuso al Ministerio de Instrucción Pública la asignación de una misión subvencionada (tal como la definía personalmente), a cargo de él y de Cessac,[260] a cambio de la cesión de todas sus colecciones americanas "al nuevo museo de etnografía."[261] Ante la importancia de las colecciones

[258] Carta del Almirante Serre (Valparaíso, 14 de marzo de 1877). F 17 2997.

[259] Pinart compró una primera parte de la biblioteca de Brasseur de Bourbourg en 1873, y adquirió el resto al año siguiente (Parmenter 1966: 11). También la inmensa colección de antigüedades precolombinas, que utilizó como moneda de cambio para la misión de 1878, provenía en gran parte de compras hechas al anticuario Eugène Boban (principalmente las piezas sudamericanas y mejicanas).

[260] Curiosamente, insistía en asociar a Cessac en sus proyectos: "No dudo que el señor de Cessac deseará continuar la misión conmigo, y me sería, en las excavaciones que me propongo emprender, de una gran ayuda." F 17 2997 (9 de febrero de 1878).

[261] Carta de Pinart (11 de febrero de 1878). F 17 2997.

propuestas por Pinart y la excelencia de los primeros resultados obtenidos por Cessac en sus excavaciones en el Perú (colecciones que fueron muy útiles para la exposición especial de las misiones científicas en 1878), la comisión aprobó inmediatamente y por unanimidad la misión.[262]

La resolución que asignaba a Pinart y Cessac una misión de exploración en "México, Arizona, Nuevo México, países de América Central, Panamá, Perú, Ecuador, Bolivia, etc...." se firmó el 2 de abril de 1878, retomando los términos mismos de la carta de Pinart del 11 de febrero, y ajustándose en todo a las condiciones enunciadas por éste: duración y objetivos de la misión, cuantía de la subvención para cada uno de los dos participantes, etc. Si bien es verdad que se empleó el vago término de "exploración" en la redacción de la resolución, precisamos que se trataba de hecho y esencialmente de investigaciones relativas a la arqueología y la historia natural.

La nueva misión no pudo realizarse sino parcialmente, ya que Cessac, no enterado de los apuros financieros de su compañero, había proseguido sus excavaciones en California —viviendo de préstamos de diversos residentes franceses—, en espera de la llegada de Pinart. Éste se le reunió en julio de 1878 para comunicarle los nuevos términos del contrato y su incapacidad para cubrir los gastos del naturalista. Desde entonces, Cessac se contentó, para limitar sus gastos, a efectuar sólo estudios de historia natural y etnografía entre los indios de la costa californiana. Endeudado en exceso y cansado por esos años de investigaciones, Cessac se decidió a regresar a Francia a comienzos de 1880. No se desanimó, sin embargo, por todo ello, y en el curso del mismo año presentó una nueva solicitud de financiamiento, la misma que fue examinada por la comisión de misiones una primera vez en su sesión de 27 de julio, después en su sesión del 10 de diciembre de 1880. En ambos casos la comisión emitió una opinión favorable, pero la cuantía de los fondos ya comprometidos con otras misiones impidió probablemente la realización del proyecto. El Museo de Historia Natural, en particular, se preocupó por la continuación de los trabajos de Cessac, y fue así como la asamblea de profesores, en su sesión del 21 de diciembre de 1880,[263] acordó asignar a Cessac una subvención de 3 000 francos (con cargo al fondo de viajeros-naturalistas) para ayudarlo en sus investigaciones:

> "Las importantes colecciones traídas al Museo por el señor de Cessac, con ocasión de sus viajes precedentes, nos permiten esperar los más satisfactorios resultados de esta nueva misión."[264]

[262] Sesión del 29 de febrero de 1878, o sea solamente dos semanas después de la carta de candidatura de Pinart. F 17* 2272: 147.

[263] En ese mismo día se le nombró "correspondiente del Museo". Archivos Nacionales. París. AJ15 566.

[264] Carta del Museo al Ministro (28 de febrero de 1881). Archivos Nacionales. París. F 17 3973. No sabemos con exactitud cuáles eran los objetivos de este nuevo proyecto de misión, pero es poco probable que se relacionaran con el Perú, sino más bien con California.

En definitiva, las sumas concedidas —bien tardíamente— por el Estado no sirvieron sino para pagar a los acreedores y proveedores de Cessac en el Perú y en California:[265] perseguido por los agentes de la ley, en razón de sus numerosas deudas, recusado por el ministerio, Cessac acabó por desaparecer (en el otoño de 1881) del hotel en que vivía y fue considerado desde entonces como muerto... En realidad, terminó su vida como vagabundo en el sudoeste de Francia, ganándose la vida por medio de trabajos menudos y publicando pequeños poemas bajo el seudónimo de "compadre Filos" (Reichlen y Heizer 1963: 22). En cuanto a Pinart, después de su separación de Cessac en 1878, concentró sus investigaciones en el sudoeste de los Estados Unidos y el noroeste mexicano (Sonora principalmente). En 1882 se trasladó a Panamá,[266] donde prosiguió sus investigaciones arqueológicas y etnológicas, bajo la égida de Ferdinand de Lesseps, por entonces director de los trabajos del canal que se abría a través del istmo.

La parte de la misión de 1878, relativa a América del Sur, no se abordó, pues, nunca, ni por Cessac ni por Pinart. Tenemos ahí un nuevo ejemplo de las vicisitudes del servicio de misiones científicas: la multiplicidad de los imprevistos que rodeaban un viaje científico hacía imposible toda certidumbre en lo referente a la evaluación de los resultados potenciales de una misión. La historia de las investigaciones de Pinart y Cessac es un caso crítico, ya que sin hablar del considerable retardo de su partida, su primera misión no alcanzó de ningún modo los objetivos geográficos fijados al comienzo, ya que si bien se les encomendó explorar la región del estrecho de Behring, Pinart se dirigió a Oceanía, mientras que Cessac realizaba excavaciones arqueológicas en el Perú y en California. En cuanto a su segunda misión, no se cumplió sino sólo parcialmente, pues Cessac se confinó en California, que terminó por abandonar, y Pinart excavó en México y en América Central, pero no se dirigió jamás hacia el Perú, como estaba inicialmente previsto. Este caso ilustra claramente el considerable desfase que podía haber entre la teoría (las decisiones que se tomaban en el ministerio) y la realidad de las cosas. Ya hemos evocado casos similares en varias oportunidades (Grandidier, Colpaërt).

Hay que admitir, sin embargo, que Léon de Cessac, geólogo de formación pero apasionado por la arqueología americana, supo improvisar magníficamente una investigación arqueológica que descansaba sobre

---

[265] El Museo de Historia Natural de París abonó en junio de 1882 una subvención de 2 000 francos a Lorquin, "naturalista francés de San Francisco" (Archivos Nacionales. París. F 17 3973). En cuanto a la deuda contraída por Cessac con Quesnel, no fue cancelada al comerciante de Lima sino en 1884 (F 17 2946-1. Expediente Cessac).

[266] Su decisión de cambiar de terreno se debió quizás a sus problemas con las autoridades mexicanas, ya que en virtud de una ley que prohibía la exportación de antigüedades mexicanas, todas sus colecciones fueron retenidas en Guaymas y en México (F 17 2997. 17 de abril de 1882).

verdaderas bases científicas, en un terreno que no conocía y con el cual no había pensado por cierto enfrentarse, como fue el Perú. El informe preparado por Milne-Edwards a la vista de las colecciones arqueológicas y antropológicas enviadas por Cessac nos parece suficientemente elocuente:

> "Todas estas piezas estaban embaladas con el mayor orden, y la excavación que permitió su descubrimiento fue conducida de una manera muy metódica y realmente científica. Todos los objetos que provenían de una sepultura dudosa habían sido puestos aparte, y no figuraban en el inventario [...]. El señor de Cessac puso el mayor cuidado en distinguir las piezas que se remontan a la dominación de los incas de las más recientes..."[267]

Según Hamy (1882a: 325), el número de piezas arqueológicas recogidas por el naturalista habrían sumado más de 500; la colección se componía, desde luego, de vasos de cerámica, pero también de tejidos, de joyas de plata y cobre, de objetos diversos de madera, de hueso y de cestería. Más que en su originalidad y variedad, la gran novedad está en su utilización ulterior. Hemos señalado más arriba que Cessac había tenido cuidado de recoger muestras de la fauna y de la flora de las sepulturas. Pues bien, para completar su estudio etnobotánico, el Dr. Trémeau de Rochebrune tuvo la idea de analizar la materia prima y los colorantes utilizados para los objetos manufacturados (figurillas, peines, mangos de macanas, cestos trenzados, cuerdas, etc.), lo cual le permitió identificar un gran número de vegetales. Este tipo de análisis se practicaba por entonces muy raramente, y no es por cierto una casualidad si son las excavaciones finas y meditadas de Cessac que motivaron su realización más bien que otras. En este sentido, los trabajos arqueológicos del "compadre Filos" anunciaron un nuevo estilo arqueológico, por entonces en proceso de maduración, en la última parte del siglo XIX.

En cuanto a Alphonse Pinart, entre los 1 826 objetos que integraban su colección personal, que "cambió" en 1876 por su segunda misión, se hallaban 76 objetos antiguos del Perú, los mismos que, como los restantes, habrían sido recogidos por el mismo Pinart en el curso "de sus anteriores viajes".[268] No hemos podido confirmar esta aseveración, y si ello parece verosímil en relación con los objetos que procedían del noroeste americano, no podemos dejar de expresar algunas reservas en lo que concierne a las piezas provenientes de México y de América del Sur (Guayanas, Brasil, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú). Aparentemente Pinart se dirigió efectivamente al Perú en compañía de Cessac a principios de 1877, pero su

[267] F 17 2946-1 (27 de octubre de 1877).

[268] Carta de Hamy (26 de junio de 1885). F 17 2997.

presencia fue de muy corta duración, a lo más de algunas semanas.[269] ¿Habría tenido la posibilidad durante un lapso tan corto de recolectar esas antigüedades[270] "a lo largo de las costas del Perú", como anunciaba el catálogo de la exposición especial de las misiones científicas (*Exposition Universelle...* 1878a, II, fasc. 2 : 26)? Nos sentiríamos más bien inclinados a creer que la mayoría de los objetos provenían de compras hechas ya sea en el Perú, ya sea en Francia, como fue el caso con la biblioteca del americanista Brasseur de Bourbourg en 1873 y 1874 (Parmenter 1966: 11).

PIERRE VIDAL-SENÈZE

Los viajes efectuados sucesivamente por Théodore Ber, Charles Wiener y Léon de Cessac en el curso de los años anteriores (1875-1877) y las considerables colecciones que llevaron aguzaron singularmente el interés de los antropólogos y etnólogos en las culturas prehispánicas del Perú. Por ello la solicitud de misión formulada por Vidal-Senèze llegó al ministerio en un período ideal, y fue tanto mejor recibido por los miembros de la comisión de misiones por cuanto concernía a una región del Perú casi desconocida.

Pierre Vidal-Senèze, "horticultor y viajero naturalista", era un hombre simple,[271] tan simple que su epopeya arqueológica a través de todo el Nuevo Mundo parece inconcebible. Como explicaba en su carta de candidatura, su aventura americana comenzó en 1871:

> "... después de terminar su aprendizaje de jardinero cultivador, se alistó en 1870 como voluntario por toda la duración de la guerra; [...] licenciado a comienzos de 1871, su antiguo comandante, Louis Leca, lo comprometió, así como a dos otros oficiales de zuavos, a seguirlo a América para buscar allá fortuna empleando sus conocimientos en la preparación de objetos de historia natural..."[272]

Los dos primeros años fueron consagrados a la constitución de colecciones de muestras de los tres reinos de la naturaleza a través de toda

[269] El 14 de marzo escribía desde Valparaíso para anunciar su próxima partida para Tahití abordo del *Seignelay*. F 17 2997.

[270] Las procedencias que indican los ficheros del Museo del Hombre para esta colección (78.1) son las siguientes: "Departamento de La Libertad" (región de Trujillo), "Pacasmayo" (costa norte), "Lusigambo" (¿Lurigancho? norte de Lima), "Cañete" (costa central). Es realmente mucho para un período de algunas semanas...

[271] Vidal-Senèze procedía probablemente de un medio popular, y poseía una instrucción rudimentaria, ya que su diario de viaje a Ecuador y el Perú en 1876-1877 (escrito por él mismo), conservado en el Departamento de Mapas y Planos de la Biblioteca Nacional de París contiene numerosas faltas de ortografía, y está escrito de una manera muy inhábil. El viajero conocía sus limitaciones, y es por eso que su carta de candidatura, dirigida al ministerio, no fue escrita por su propia mano...

[272] Carta de Vidal-Senèze (11 de febrero de 1878). F 17 3006-2 (expediente Vidal-Senèze).

América del Norte, desde el Canadá a Texas —colecciones que luego eran vendidas a estudiosos por intermedio de Louis Leca—. En 1872 Vidal-Senèze se trasladó al Brasil, después a las Antillas, antes de explorar —en dos oportunidades— México. Fue sin duda en este país que por primera vez se vio frente a restos arquitectónicos de gran importancia: afirmaba en especial haber visitado Palenque, "donde reunió multitud de objetos interesantes."[273] La perspectiva de un contrato con el gobierno ecuatoriano, con miras a "establecer el jardín botánico de la Escuela de Medicina de Quito", lo llevó a trasladarse de nuevo a América del Sur para dirigirse a esta capital, pero el asunto fracasó y nuestro cazador de tesoros naturales debió diseñar prontamente un nuevo plan para el porvenir, y fue así como en octubre de 1876 dejó Guayaquil en dirección a la frontera peruana, momento a partir del cual su historia nos interesa muy particularmente. Es posible que en esta parte de su viaje encontrase a Jean Noetzli,[274] naturalista suizo que acababa de participar en la misión de exploración de Edouard André al Ecuador. Se asociaron con el fin de formar colecciones arqueológicas y de historia natural, que serían vendidas más tarde en Europa. Sus peregrinajes por la región de Loja (sur del Ecuador) habían dado a Vidal-Sénèze ocasión de ver por primera vez en su vida ruinas de las civilizaciones incaica o preincaicas; la continuación del viaje le iba a revelar pronto otras...

Sería inútil el intento de delinear el itinerario exacto de Vidal-Senèze a partir de los datos que proporciona en su relato, por lo demás muy confuso, así que diremos simplemente que es posible seguir los pasos del viajero a través de ciertas grandes etapas: partió de Huancabamba, y se le halla luego en San Ignacio, se le ve descender por el río Chinchipe, pasar a Bellavista (donde habría ocultado una primera parte de sus colecciones),[275] después se dirigió a Bagua, por donde ingresó al bajo valle del Utcubamba. Según sus afirmaciones, éste parecía ser el paraíso de los arqueólogos urgidos de descubrimientos:

> "Toda la vertiente de las montañas, en una longitud de más o menos 10 leguas, está cubierta por ruinas. [...]. Esta región desconocida despertaba tanto más mi curiosidad por cuanto una zona tan recóndita me parecía el refugio natural de pueblos primitivos empujados al interior." (Vidal-Senèze y Noetzli 1885: 562 y 568).

[273] *Ibid.*

[274] En el resumen de sus exploraciones, que adjuntó a su solicitud de misión, Vidal-Senèze afirmaba haber encontrado a Noetzli después de su llegada al Perú (F 17 3006-2. 11 de febrero de 1878); en cambio el relato publicado por la Sociedad de Geografía no menciona ese encuentro, y el autor habla de "su compañero" como de una persona conocida desde hacía mucho tiempo (*B.S.G.P.*, 1885, 7e série, VI : 523-593).

[275] "... puse casi todas mis colecciones antropológicas en una caverna a unos días de marcha de Bella Vista, proponiéndome recogerlas un día..." (Archivo de la Sociedad de Geografía de París: cartón SE-SK N° 966).

En realidad la región no había sido casi nunca visitada,[276] y guardaba, en efecto, prodigiosos restos prehispánicos, como pudo constatar 70 años más tarde Henri Reichlen (1950). El valle del Utcubamba iba a constituir el punto fuerte de la exploración arqueológica de Vidal-Senèze en el Perú. Resulta difícil identificar los sitios visitados por el viajero a partir de las magras indicaciones que figuran en su relato (y la frecuente utilización por el autor de topónimos desaparecidos o no mencionados en los mapas[277]): en relación con la parte baja del valle, Vidal-Senèze mencionaba los nombres de Pururco Viejo, quebrada de Jambec, Shipasbamba[278] (Vidal-Senèze y Noetzli 1885: 561); después citaba, en la parte correspondiente al Alto Utcubamba y la zona situada al este de Chachapoyas (hasta Moyobamba) unas ruinas localizadas cerca de Cochamal (572), Totora (575), Omia (577), Huambo (578), Anayac (581), Calca (587) —otros tantos sitios que no hemos podido identificar o ubicar con precisión—. Al finalizar su exploración, y cuando abandonaba definitivamente Chachapoyas, siguiendo la orilla izquierda del Utcubamba, halló los sitios funerarios de Puente Utcubamba y de Piedra Grande, del cual sacó algunas momias y diversos objetos, los únicos que llegaron a Francia.

En Chachapoyas se encontró con Noetzli, quien le expuso su mala situación financiera, y se decidió entonces que Vidal-Senèze regresaría a Francia para tratar de obtener financiamiento para una nueva expedición. El naturalista no llevó consigo sino unas pocas muestras de sus descubrimientos arqueológicos y antropológicos (así como un herbario que contaba con más de 1 000 especies diferentes) como prueba de sus afirmaciones.

Los objetos que el viajero puso ante los ojos de los estudiosos suscitaron su inmediato entusiasmo, por lo evidente de su originalidad. Los señores Burreau, Laplace y Baillou, del Museo de Historia Natural, subrayaron la gran riqueza de sus colecciones botánicas, mientras que Quatrefages sumó su voz a la de su colega Broca para insistir en el interés de asignar a Vidal-Senèze la misión que había solicitado:[279]

> "El señor Senèze ha traído del Alto Perú [sic] un gran número de piezas y objetos antropológicos que fueron presentados en la Sociedad de Antropología en diciembre de 1877 y enero de 1878, y que suscitaron un vivo interés. Entre estos objetos hay un buen número cuyos tipos eran hasta entonces desconocidos. Una colección mucho más rica de objetos del mismo género, de cráneos y de momias, fue reunida por el señor Senèze, el mismo que, a falta de recursos de ejecución, no ha podido

[276] Sólo Cuélap habría sido visitado por Antonio Raimondi en 1860 (Reichlen 1950: 220).

[277] Ver por ejemplo la *"carte archéologique du Haut-Utcubamba"* [carta arqueológica del Alto Utcubamba"] en Reichlen 1950.

[278] A unos kilómetros al sur de Florida (margen derecha del Utcubamba).

[279] Todas esas certificaciones acompañaban la carte de Vidal-Senèze al ministro.

transportarla a Europa, y se ha visto obligado a esconderla en varias cavernas de difícil acceso. Es muy deseable que se le den los medios de ir en busca de esas preciosas piezas, con las cuales enriquecer nuestros museos."[280]

Paralelamente a esta nota, Broca escribió en el mismo día a Watteville para subrayar la importancia que atribuía a la realización de la misión, cuyas beneficiosas consecuencias preveía, tanto para la ciencia antropológica como para la etnografía:

"... si Ud. puede hacer que se le asignen algunos subsidios, estoy seguro de que contribuirá en mucho al esplendor del Museo Etnográfico que Ud. acaba de fundar." [281]

Léonce Angrand, cuya opinión había sido igualmente solicitada, emitió también una de las apreciaciones más favorables, subrayando la experiencia práctica que poseía Vidal-Senèze, así como su conocimiento de esas regiones tan poco frecuentadas. En relación con la instrucción "rudimentaria" del viajero, Angrand no pensaba que constituyese un gran inconveniente, siempre y cuando se tomase la precaución de limitar el papel del viajero a un cierto cuadro claramente establecido de antemano:

"Desprovisto de una incómoda erudición, ve las cosas tales como son y lo dice sin comentarios. Podrá, en consecuencia, y al mismo tiempo que avanza hacia el objetivo principal de su exploración en beneficio de la historia natural, reconocer y señalar las monumentos en tan gran número que se hallan perdidos hoy bajo la sombra invasora de los bosques, y así, de manera segura, abrir vías para estudios completos, y tanto más fructuosos para los hombres de ciencia que vendrán más adelante, ya que no tendrían que preocuparse de investigaciones siempre laboriosas y a menudo inciertas."[282]

En otros términos, el antiguo diplomático recomendaba que se empleara a Vidal-Senèze para lo que había hecho siempre: efectuar reconocimientos, desemboscar las ruinas perdidas en la floresta, ya que su sentido del terreno se prestaba naturalmente a ese tipo de funciones: Angrand, por lo demás, calificaba al viajero de "avanzado de la ciencia". La carta es interesante en más de un aspecto, ya que si subrayaba también la originalidad de una región del Perú arqueológicamente todavía desconocida (poniendo en duda, en parte, la idea que se podía tener hasta entonces del Perú antes de la conquista), ilustraba también, nos parece,

[280] Nota de Broca en el expediente de la candidatura de Vidal-Senèze (11 de febrero de 1878). F 17 3006-2.

[281] Carta de Broca a Watteville (11 de febro de 1878). F 17 3006-2.

[282] Carta de Angrand (18 de febrero de 1878). F 17 3006-2.

una nueva etapa en la profesionalización de la investigación arqueológica: el deseo de un limitado círculo de americanistas de canalizar las investigaciones en el campo (para las cuales se apelaba siempre a la buena voluntad general) para reservarse las etapas ulteriores del estudio, esto es el procesamiento de la información y la elaboración de síntesis generales a partir de los datos recopilados *in situ*.

Ante el concierto de alabanzas que acabamos de recordar, no se hizo esperar la respuesta, ya que en su sesión del 27 de febrero de 1878, la comisión de misiones votó por unanimidad en favor de Vidal-Senèze, y la resolución ministerial se firmó el 6 de marzo:

"Art. 1

Se encarga al señor Vidal-Senèze una misión en el Alto Perú [sic], para la búsqueda de objetos prehistóricos, arqueológicos, etnográficos y zoológicos, y para traer las colecciones antropológicas que ha formado en un viaje anterior.

Art. 2

Se le asigna, a título de subvención, la cantidad de 5 000 francos..."[283]

El programa establecido por Vidal-Senèze consideraba una serie de 4 ó 5 expediciones, centrada cada una de ellas en una zona diferente:

1°) El naturalista se proponía desembarcar en Pacasmayo y llevar a cabo sus primeras investigaciones en torno a Cajamarca:

"Esta región ha sido explorada ya con todo éxito en todos los aspectos, pero queda sin embargo mucho por hacer; así hay, a una jornada de marcha de Cajamarca, en un lugar enteramente desierto, una caverna de osamentas donde se halla una multitud de objetos diversos. Después, y a partir de allí, internándose más aún en la cadena, habría que visitar toda una serie de rocas cubiertas, a lo largo de varios kilómetros, de inscripciones o de temas jeroglíficos que no parecen haber sido mencionadas por ningún viajero antiguo; habría que tomar fotografías de ellas."[284]

2°) Una vez que esas primeras colecciones hayan sido expedidas desde Pacasmayo, la expedición siguiente debería ser dedicada a la región situada entre Chachapoyas y Moyobamba. El encargado de misión consideraba que esta zona podía constituir el centro de sus investigaciones, pues eran muchos los restos existentes; además de monumentos arquitectónicos el naturalista había descubierto un gran número de objetos que se había visto obligado a dejar, por falta de medios, en escondites:

[283] F 17 3006-2 (6 de marzo de 1878).

[284] "Itinerario a seguir en una exploración por el Perú septentrional..." (18 de febrero de 1878). F 17 3006-2.

"Así pues, desde el comienzo de su campaña en esta región, Vidal-Senèze tendría ya, con el contenido de esos ocultamientos, elementos para un magnífico envío..." [285]

3°) Vidal-Senèze se proponía dirigirse a continuación a Bagua y al valle del Utcubamba, sitios cuya novedad resumía con estas simples palabras: "Todo en esta región parece, pues, por hacer..." Ésta había sido, no obstante, recorrida ya por nuestro viajero, quien había dejado en ella y ocultos algunos hallazgos: los raros objetos llevados a Francia por Vidal-Senèze provenían de esta región (Piedra Grande).

4°) El tramo siguiente de su misión debía consagrarse a la exploración del valle del Chinchipe, "uno de los afluentes norte del Marañón", por el cual el naturalista sólo había podido descender rápidamente con ocasión de su primer viaje. Pensaba terminar aquí su exploración, y acompañar a sus últimas colecciones hasta Europa, a menos que hallase forma de expedirlas solas, caso en el cual nuestro viajero consideraba regresar a Moyobamba, de donde efectuaría una exploración de Balzapuerto y sus alrededores (departamento de Loreto), antes de atravesar el Brasil bajando por el Amazonas.

Al día siguiente de la firma de la resolución, el ministerio escribió comunicando a Vidal-Senèze la decisión favorable de la comisión. En la misiva Watteville formulaba algunas precisiones al viajero sobre la manera en que debía entender su misión:

"Le pido [...] tomar nota de que todos los resultados de su misión pertenecen a mi ministerio, y que deben serle directamente remitidos."

Para este efecto se adjuntó a la carta unas etiquetas de dirección a colocarse en los bultos destinados al ministerio, esto es los de las colecciones de antigüedades y de historia natural. Si bien ésta constituía la primera motivación de la misión, el Director de Ciencias y Letras manifestaba al explorador que no debía atenerse solamente a ello:

"Considero que un viajero debe efectuar a su paso, y sin perjuicio del fin esencial de su misión, las observaciones y reunir las cosas más diversas relativas a tal o cual rama de la ciencia, el arte o la historia."[286]

La inclusión aquí de una recomendación como ésta, presente esencialmente en el primer período del servicio de misiones, se explica probablemente por el hecho de que la región que el viajero se proponía explorar era casi desconocida por completo para los naturalistas y geógrafos franceses, y de allí su deseo de lograr el máximo de informaciones posibles en esa parte del Perú.

[285] *Ibid.*

[286] Carta de Watteville (7 de marzo de 1878). F 17 3006-2.

A pedido expreso de Milne-Edwards, Vidal-Senèze fue invitado a dirigirse en primer lugar a las islas Galápagos para realizar investigaciones zoológicas, pues el Museo deseaba aprovechar el paso del viajero por esa zona y sus cualidades de naturalista para que estudiase en detalle la fauna, tan particular, del archipiélago. Como resultado del cambio de programa Vidal-Senèze desembarcó en Guayaquil (y no en Pacasmayo, como había sido inicialmente previsto) a comienzos del verano de 1878. Su primer informe, enviado algunas semanas después de su llegada, hablaba de excavaciones arqueológicas que habría efectuado en los alrededores de Pueblo Viejo (a un centenar de kilómetros al norte de Guayquil). El viajero parecía satisfecho con los primeros resultados y esperaba mucho de sus investigaciones en las inmediaciones de Balao (costa del golfo de Guayaquil, frente a la isla de Puná): "... todo me indica que podré poner toda una civilización de las más avanzadas a disposición de nuestros museos de aquí a unos meses."[287]

Por desgracia nuestro explorador no habría de concretar jamás sus nuevos proyectos, pues seriamente quebrantado por unas fiebres contraídas a su llegada a Ecuador, Vidal-Senèze regresó a Guayaquil, donde expiró el 5 de octubre de 1878.

Después del fracaso de esta misión, ¿qué quedó de las exploraciones arqueológicas llevadas a cabo anteriormente por Vidal-Senèze? Bien poca cosa, en verdad, pues para apoyar su solicitud de financiamiento el naturalista no había llevado a Francia sino algunos objetos recogidos en el curso de sus primeras exploraciones por el Perú en 1877, colección que fue adquirida en 1 200 francos por el Ministerio de Instrucción Pública en marzo de 1878.[288] La rareza de los objetos ofertados por el explorador no podía sino hacer lamentar a la administración del Museo de Historia Natural y del Museo de Etnografía que ese primer viaje no hubiese sido continuado. Las comunicaciones de Vidal-Senèze a la Sociedad de Antropología de París en 1878, y el relato de su viaje, publicado unos años más tarde en el *Bulletin de la Société de Géographie de Paris* (Vidal-Senèze & Noetzli 1885) dan testimonio de la gran riqueza arqueológica de la zona visitada por el explorador y permiten pensar que su misión, en caso de culminar, podría haber tenido consecuencias notables para el estudio de las antigüedades peruanas, en la medida en que habrían puesto a luz la existencia de culturas prehispánicas hasta entonces insospechadas, y suscitar con ello una seria

[287] Carta de Vidal-Senèze (hacienda de Balao, 28 de agosto de 1878). F 17 3006-2.

[288] "1°) 4 momias del Alto Perú; 2°) el antebrazo de una momia roja; 3°) una pieza de tejido; 4°) dos piezas de tapicería; 5°) 7 útiles de hueso; 6°) una cabeza de ídolo; 7°) un manojo de plantas halladas en las manos de una momia; 8°) dos vasos de cerámica; 9°) una colección de cucurbitáceas, pintadas o talladas; 10°) una colección de cueros trabajados; 11°) un tomawak-piedra [sic]; 12°) dos hachas de sílex; 13°) 3 ceramios de los incas; 14°) una sonaja de bronce; 15°) un instrumento de hierro." Informe sobre esta compra (18 de marzo de 1878). F 17 3006-2.

revisión de lo que se sabía con respecto a la distribución geográfica de los restos arquitectónicos, síntoma (al menos a los ojos de los americanistas de la época) de un estado de "civilización" por lo menos avanzado...

Sin minimizar en demasía los descubrimientos de Vidal-Senèze, habría sin embargo que relativizar quizás su importancia, ya que parece asaz difícil estimar claramente, a partir de sus notas de viaje, lo que realmente vio y excavó. Su relato manuscrito (conservado en el Departamento de Mapas y Planos de la Biblioteca Nacional de París), muy confuso por lo demás, adolece de un doble y constante defecto: la falta de precisión de las descripciones y de las ubicaciones geográficas, y una sensible exageración de ciertos detalles.[289] Nos sentimos tentados a creer que la focalización del relato en los aspectos arqueológicos de su exploración era deliberada, ya que el viajero esperaba atraer así, con mayor seguridad, la atención de los estudiosos sobre sus trabajos. Reconozcámosle, sin embargo, el innegable descubrimiento de sitios hasta entonces perfectamente desconocidos para los medios científicos franceses: la región de Chachapoyas, por entonces muy poco frecuentada por los viajeros europeos. El estudio de esa zona, de difícil acceso y aún muy mal controlada por las autoridades peruanas, constituía una gran novedad. Estudiosos como Broca o Quatrefages no se equivocaban, lo cual explica su entusiasmo y su apresuramiento en defender la misión solicitada por Vidal-Senèze. Por lo demás uno puede sorprenderse de que la comisión de misiones no considerase posteriormente el envío de una nueva misión a esos parajes. Habrá que esperar, en efecto, la misión de Louis Langlois, en 1933, para ver a un arqueólogo francés estudiando esta región[290] bajo los auspicios de una institución científica oficial.

Paul Berthon

Si se exceptúa la última misión de Théodore Ber, en 1890, las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo oficialmente en el Perú por el gobierno francés sufrieron un largo tiempo de espera a fines de los años 70. Es posible que ante el aflujo de antigüedades andinas al Museo de Etnografía del Trocadero (fundado en 1878) el ministerio no estimase como prioridad el envío de nuevos viajeros a estas regiones. *A fortiori*, el conflicto entre el Perú, Bolivia y Chile —y los trastornos que le siguieron— desanimó probablemente toda veleidad de trabajos en esta zona. Posteriormente, los

[289] "... mi vista, tan lejos como podía abarcar, no veía sino ruinas." Diario manuscrito de Vidal-Senèze (p. 54). Archivo de la Sociedad de Geografía de París. Cartón SE-SK, nº 966.

[290] Si se exceptúa el paso de Charles Wiener por estos parajes en 1881 (cuando ya no contaba con mandato oficial alguno), ocasión en que visitó los sitios de Cuelap y de Revash (Reichlen 1950: 225).

trabajos de Créqui-Montfort y Sénéchal de la Grange[291] (enviado a Bolivia en 1903) tenían también —teóricamente— como campo de acción el Perú, pero parece que las investigaciones arqueológicas en las márgenes del lago Titicaca se desarrollaron esencialmente en torno a Tiahuanaco.

La última misión arqueológica con destino al Perú asignada por el Servicio de Misiones Científicas y Literarias no pudo desmentir la constatación formulada más de una vez por ciertos miembros de la comisión de misiones sobre el funcionamiento del servicio: ausencia de toda política científica concertada, en beneficio de una política de "circunstancias".

Para situar el contexto de esta última misión, realizada en 1907, debemos retroceder 12 años: en 1895 el Estado Mayor del Ejército Francés recibió un pedido del gobierno del Perú para el envío de una misión militar encargada de reformar la instrucción de las tropas peruanas. La progresiva pérdida de influencia de Francia en América Latina y los progresos conseguidos, en sentido inverso, por Alemania, motivaron la pronta decisión del Ministerio de Guerra aceptando la propuesta del gobierno de Lima.[292] La primera misión, integrada por 4 oficiales, partió en 1896 para un período de 3 años, al término del cual se renovó el contrato entre los dos países. El tercer contrato, suscrito en 1902, vio el reforzamiento de la misión militar francesa, cuyos efectivos se elevaron a 8 oficiales. Entre los nuevos llegados a la Escuela Militar de Chorrillos se encontraba Paul Berthon, teniente del 115° Regimiento de infantería. Este oficial, dueño de una licenciatura en geología y mineralogía, había dado ya prueba en el pasado de una gran curiosidad científica.[293] Deseoso de aprovechar su permanencia en el Perú, Berthon se había documentado mucho sobre las antigüedades precolombinas y había solicitado al Dr. Capitan una formación "en la tarea de arqueólogo". (Capitan 1919: 618)

Las primeras excavaciones realizadas por el militar parecen haberse desarrollado a comienzos de 1904, o tal es al menos lo que deja entender nuestro "arqueólogo" cuando remitió al Museo de Historia Natural de París 9 cajas de antigüedades,[294] producto de sus investigaciones en los alrededores de Lima. Las excavaciones en cuestión habían sido efectuadas

[291] Su misión tenía como tema el "estudio del hombre de los altiplanos, de sus lenguas y de su ambiente, en el presente y en el pasado, desde el lago Titicaca por el norte, hasta la región de Jujuy (Argentina) al sur".

[292] "Nota para el General Jefe del Estado Mayor General del Ejército" (7 de diciembre de 1895). Archivos del Ejército, Vincennes. 7 N 1730.

[293] Con ocasión de una campaña militar en Argelia Berthon había aprovechado su presencia en ese lugar para efectuar investigaciones geológicas (Capitan 1919: 618).

[294] Carta de Berthon (Lima, 12 de septiembre de 1904). Archivo del Laboratorio de Antropología del Museo de Historia Natural de París. Ver también una *"note relative aux fouilles faites en mars et avril 1904 par le Capitaine Berthon..."* Archivos del Museo del Hombre (Departamento "Amérique"). Expediente técnico 11.21.

en Ancón, Chorrillos (más exactamente en el sitio de Armatambo —*cf.* Berthon 1911: 34-47—), Santa Teresa (no ubicado), Pachacamac. Al efectuar el envío, Berthon, consciente de sus lagunas, pidió consejos a los profesores del Museo, principalmente sobre la ficha de registro que él mismo había preparado —señal de su preocupación por ajustarse en adelante a un rigor que probablemente le había faltado hasta entonces, como él mismo reconocía—:

> "Me doy cuenta, ahora, pero lamentablemente después de la experiencia, de todo el orden minucioso que debe presidir las excavaciones. Procederé desde luego mejor. He mandado imprimir etiquetas, cuyo modelo me permito someter a consideración de ustedes. Me instalaré ante una mesa al borde mismo de la excavación, tomaré nota de cada objeto, sin apuro, en una ficha duplicada, uno de cuyos ejemplares irá con el objeto y el otro conservaré conmigo. Los objetos serán puestos de inmediato en una caja y almacenados en mi casa."[295]

Berthon proponía además realizar, específicamente por cuenta del Museo, nuevas excavaciones en Ancón o en Pachacamac,[296] con tal que se le facilitaran los fondos necesarios. El Museo no tomó en cuenta la propuesta y nuestro oficial-instructor continuó sus excavaciones —y sus compras— con su propio peculio. Ascendido al grado de capitán, siguió como miembro de la cuarta misión militar (constituida en 1905), con el encargo de organizar un servicio topográfico. Ello le permitió aprovechar sus frecuentes salidas a la sierra[297] para asociar levantamientos topográficos y excavaciones arqueológicas.

En el curso de un permiso en París en 1907 el capitán Berthon —quizás estimulado por el Dr. Capitan— presentó al ministerio una solicitud de misión arqueológica al Perú.[298] El Dr. Hamy, consultado sobre la decisión a tomar con respecto a esta candidatura, emitió una opinión con muchas reservas sobre el interés de la misión y la capacidad del solicitante, refiriéndose sobre todo al envío efectuado por el oficial en 1904:

> "Si el autor de las excavaciones ha puesto en mis manos todo lo que ha extraído en ellas, debo declarar que no he visto ninguna de las muestras que representarían, según él, tipos nuevos y muy raros.[...]

---

[295] Carta de Berthon (12 de septiembre de 1904). Archivo del Laboratorio de Antropología del Museo de Historia Natural de París.

[296] "Yo aconsejaría Pachacamac, cuyo propietario es uno de mis amigos y pronto a autorizarme la ejecución de excavaciones..." *Ibid.* Se trata de Vicente Silva, el mismo que era ya dueño de esas tierras cuando Wiener vino a excavar en Pachacamac en 1876 (Wiener 1880: 57).

[297] Sus trabajos topográficos tuvieron como eje principal el valle del Rimac.

[298] Carta de Berthon (París, 22 de junio de 1907). Archivos Nacionales, París. F 17 17267 (expediente Berthon).

¿Tendrá éxito el señor Berthon en otra parte? Me parece animado por un gran celo, pero mal preparado para trabajos semejantes, que demandan otras cualidades que las que reuniría como topógrafo, según se me asegura."[299]

Se habría esperado, luego de tal informe, un rechazo puro y simple de la candidatura de Berthon, pero curiosamente la misión fue aceptada, y en las condiciones señaladas por el oficial, es decir acompañada por un subsidio de 5 000 francos.[300]

Paul Berthon regresó definitivamente a Francia a fines de 1908, llevando en su equipaje más de 2 000 piezas precolombinas (*J. S. A.*, 1909, VI: 288). Enorme colección que reunió como resultados de diversas excavaciones, pero también por medio de compras.

Berthon centró esencialmente sus esfuerzos en la región de Lima, pues sus principales trabajos arqueológicos se efectuaron en Ancón, Chorrillos y Pachacamac, pero también llevó a cabo pequeñas excavaciones puntuales en todas las cercanías de la capital. Las localidades mencionadas por Berthon eran las siguientes: isla de San Lorenzo,[301] Bellavista, Concha, Aramburú,[302] Maranga, Pando,[303] Huaca Juliana, Miraflores,[304] La Rinconada[305] (Berthon 1911: 56). En cuanto a las excavaciones en el valle bajo del Rimac, evocadas por Berthon (*Ibid*: 27), no estaban representadas en sus colecciones sino por objetos procedentes de Nievería. El encargado de misión estimaba que el principal interés de los objetos hallados durantes sus excavaciones residía en el hecho de que no habían sido seleccionados, sino que, por el contrario, representaban el producto integral de "excavaciones metódicas" (*Ibid* 27):

"Mi excavación N° 33, en Pachacamac, contiene unas treinta momias y más de 100 ceramios comunes. Un solo huaco [...] habría atraído la atención de los buscadores de antigüedades. [...] No solamente deben recogerse las piezas de museo sino a menudo incluso los menores objetos pequeños: piedras corrientes, alimentos o desechos de cocina." (*Ibid*: 27-28)

Como en el caso de Léon de Cessac, treinta años antes, los granos recogidos por Berthon en las sepulturas fueron objeto de diversos análisis

[299] Informe de Hamy (28 de junio de 1907). Archivos Nacionales, París. F 17 17267 (expediente Berthon).

[300] Resolución del 23 de julio de 1907. F 17267.

[301] Isla situada frente al Callao.

[302] Bellavista, Concha y Aramburú pertenecen al actual distrito de Bellavista, en Lima.

[303] Maranga y Pando, en el actual distrito de San Miguel, en Lima.

[304] Huaca Juliana y Miraflores en el actual distrito de Miraflores, en Lima.

[305] La Rinconada, en el actual distrito de Ate, en Lima.

del polen, realizados en París por los señores Constantin y Bois (Rivet 1910: 334-335).

Paralelamente a los objetos recolectados en sus propias excavaciones, Berthon reunió importantes colecciones por la vía de las adquisiciones. Pudo llevar consigo de este modo algunos vasos procedentes de los alrededores de Trujillo y de Lambayeque; "ídolos" de madera groseramente tallada, que provenían de Pachacamac[306]; y sobre todo una espléndida colección de vasos pintados de estilo Nazca, con alrededor de 300 piezas. Como habría de anotar el Dr. Capitan (1919: 618), esta colección era aún más notable pues hasta entonces no se contaba sino con raros ejemplares de este tipo de cerámica en el territorio francés[307], por no decir europeo:

> "Según opinión de los americanistas más autorizados, esta serie era la más completa de las conocidas, hallándose la principal en Lima y la segunda en Berlín, en el museo de etnografía." (*Ibid*)

La región de Nazca era conocida arqueológicamente sólo desde hacía poco —los únicos datos científicos serios provenían de las recientes excavaciones de Max Uhle— y, ya fuese porque la zona había sido poco saqueada hasta entonces, o ya fuese porque la existencia de estas piezas no hubiese sido conocida por los coleccionistas, el asunto es que no había sino muy pocas en las colecciones públicas o privadas antes de inicios de siglo.

Esta formidable colección de 2 000 piezas fue expuesta temporalmente en el Museo de Etnografía del Trocadero, en las salas puestas a disposición del encargado de misión por el Dr. Verneau. Como Créqui-Monfort unos años antes, Berthon avizoraba la necesidad de fundar un "museo americano" (*J. S. A.*, 1909, VI: 289) y esperaba que sus colecciones serían parte esencial de la futura entidad. Deseo que no tuvo más éxito que el precedente, pues si la cuestión de la creación de un "museo americano" en Francia no estaba en el orden del día, no fue tampoco posible que el Museo de Etnografía del Trocadero acogiese en su integridad la colección de Berthon, por razones aparentemente de tipo presupuestal, ya que según Verneau los fondos del museo reservados para la "compra de colecciones, inscripciones y etiquetas", no sobrepasaba, en esa época, los 250 francos (*J. S. A.*, 1910, ns, VII: 326). Se comprende mejor, en tales condiciones, que Verneau no se hallase en capacidad de adquirir esta

[306] Estos "ídolos", comprados a un tal Cohen, dieron motivo a una gran polémica, ya que el señor Romero, de Lima, consideró que se trataba de "groseras falsificaciones", en vista de lo cual la Sociedad de Americanistas formó una comisión a fin de dilucidar la cuestión (*J. S. A.*, 1910, VII: 257).

[307] Capitan se refería aquí a los 6 vasos traídos de Ica por Ducampe de Rosamel en 1842. Debe añadirse, no obstante, los pocos vasos de estilo Nazca vendidos por Brunswicks al museo de Aviñon en 1863, y los que ingresaron al Museo de Sèvres en 1893 (Reyniers 1966: 128).

colección, por módico que fuese el precio fijado por Berthon. Como el oficial no deseaba que su colección fuese a dar al extranjero, se halló por fin un arreglo amigable, por el cual Berthon donó una parte de sus objetos al Museo de Etnografía[308] y vendió el resto (en realidad la mayoría de las piezas) al Dr. Capitan. Agreguemos sin embargo que dicha colección acabó finalmente, en su casi integridad, en el Museo de Etnografía, ya que después de considerar por un tiempo legarla al Museo de Saint-Germain-en-Laye (Capitan 1919: 619), el Dr. Capitan legó sus colecciones al Trocadero en 1930.

Acogida al comienzo con muchas reservas por ciertos americanistas,[309] la misión de Berthon contribuyó de manera espectacular al crecimiento de las colecciones de antigüedades peruanas en Francia. A pesar de su falta de experiencia, el oficial se esforzó siempre en llevar a cabo sus excavaciones de acuerdo a métodos científicos[310] y se negaba a toda selección de los objetos.[311] No obstante, por ironía de la suerte, y contrariamente a lo que esperaba el oficial, el apellido Berthon se asocia más bien hoy con el ingreso masivo de vasos Nazca en las colecciones francesas —por medio de adquisiciones— que a sus intentos de excavaciones metódicas...

Esta debía ser la última misión arqueológica que asignó el servicio de misiones con destino al Perú. El ritmo promedio de misiones a América Latina no había sido nunca muy notable (si se exceptúa el período 1875-1879); después de una última misión a Ecuador, confiada al Dr. Reinburg en 1908, este movimiento llegó a su fin. Entre las razones que causaron esta suspensión definitiva, el argumento de mayor peso fue probablemente la aprobación y puesta en vigencia en ciertas repúblicas latinoamericanas de una legislación eficaz orientada a proteger su patrimonio histórico.[312] Unos años más tarde, la Primera Guerra Mundial había de poner término a toda eventual veleidad de investigaciones arqueológicas. Después de la guerra se vio una muy tímida reiniciación de las mismas (es el caso de Périgny en América Central, en 1919). Ya sea porque el impulso se hubiese

[308] La colección del Museo del Hombre, registrada bajo el propio nombre de Berthon (11.21), cuenta actualmente con 508 items.

[309] Ver la carta de Hamy sobre la solicitud de misión de Berthon (28 de junio de 1907). F 17 17267.

[310] Berthon se refería de buen grado a Max Uhle, cuyos recientes trabajos en Ancón y en Pachacamac iban a marcar una inflexión en los métodos de excavaciones de la arqueología precolombina.

[311] "Se explica de esta manera la evidente tosquedad de los ceramios, comparados con las piezas de los museos europeos. Esos ceramios, no obstante, tienen el mérito real de dar una exacta noción de la civilización en los alrededores del valle del Rimac..." ("*Note relative aux fouilles faites en mars et avril 1904 par le Capitaine Berthon...*" Archivo del Museo del Hombre, Departamento "Amérique". D. T. 11.21).

[312] Véase, a este respecto, lo que decíamos en una sección anterior de este mismo capítulo a propósito de la distribución de las misiones.

quebrado, ya sea que faltasen los recursos, las investigaciones arqueológicas en América Latina, conducidas bajo la égida del Servicio de Misiones Científicas y Literarias no retomaron nunca el lugar tan duramente adquirido en el curso del último cuarto del siglo XIX. Se puede adelantar dos explicaciones al respecto (que pueden ser complementarias): la relativamente pobre actividad de los americanistas franceses entre ambas guerras,[313] y la progresiva caída del monopolio mantenido hasta entonces por el servicio de misiones (aparición de servicios "paralelos", como la Caja de Investigaciones Científicas, o la Caja Nacional de Ciencias). Su absorción por la Caja Nacional de la Investigación Científica, en 1935, sólo había, en tal sentido, de concretar una estado de hecho latente.

Los viajes realizados por F. de Castelnau, los hermanos Grandidier y E. Colpäert ilustran los límites —por no decir las lagunas— del funcionamiento del servicio de misiones, tal como fue concebido en su origen: falta de verificación de la capacidad de los candidatos para desempeñar eficazmente la misión que se les encomendaba, ausencia de una efectiva dirección científica, y programas a menudo demasiado ambiciosos. La tarea que reposaba sobre los hombros de gentes como Castelnau o Colpäert (encargados de verdaderas misiones de exploración, en las que debía abordarse todos los ámbitos) era evidentemente demasiado pesada para ellos. En tales condiciones, el estudio de las antigüedades no podía ser considerado sino como un aspecto secundario de la misión, dependiendo así la realización de tal o cual estudio del interés personal del viajero.

La triste constatación efectuada ante sus pares por Edouard Charton ante la Asamblea Nacional —"... a veces se han asignado misiones un poco al azar, a la ventura, sin plan, sin programa"[314]— era no solamente expresión de la frustración de la mayor parte de la comunidad científica ante el despilfarro de dinero y de energía que significaron numerosas misiones mal preparadas, sino que, mediante ese discurso, el diputado abogaba en favor de una nueva manera de enfocar y renovar los objetivos de las misiones al extranjero. Este deseo de reformar el modo de funcionamiento del servicio corresponde al nuevo contexto político y científico que vivían los "decididores" de la investigación científica francesa: por una parte el lanzamiento progresivo del movimiento colonial, y por otra el desarrollo que registraron ciertas disciplinas "jóvenes" (arqueología, antropología física, etnografía). La comisión de misiones, instituida en 1874, debía ser —en principio— el instrumento de esa reforma. Sin embargo se ha visto ya qué dificultades y contradiciones debieron enfrentar los

[313] Entre los arqueólogos franceses que se distinguieron particularmente en el Perú durante este período apenas si fueran Raoul d'Harcourt y Louis Langlois.

[314] *Annales de l'Assemblée Nationale*, 1874, XXVIII: 302.

miembros del organismo para poner en práctica algunas de las grandes ideas planteadas desde las primeras sesiones. Sin embargo, la personalidad y las preocupaciones científicas de algunos de sus integrantes (Bertrand, Quatrefages, Hamy) habían de insuflar notable dinamismo a la investigación arqueológica durante el último cuarto del siglo XIX. Se puso el acento sobre todo en la necesidad de que los viajeros reuniesen "colecciones para los establecimientos del Estado", destinadas también a ser de base para estudios ulteriores, objetivo que pronto se convirtió en una de las principales preocupaciones de los viajeros en misión en la última parte del siglo. Esta nueva manera de concebir las misiones científicas iba a tener consecuencias importantes, tanto en el plano museográfico como en el de la investigación americanista en su conjunto: las considerables colecciones de antigüedades peruanas llevadas a Francia por los primeros representantes de esta "nueva generación" de encargados de misión (Th. Ber, Ch. Wiener, L. de Cessac), en el espacio de unos años, contribuyeron ciertamente a impulsar al primer plano del escenario científico un mundo hasta entonces relativamente obscuro y marginado. Se puede pensar de otra parte que la mediatización de estos viajes (mediante revistas de vulgarización y las exposiciones que se efectuaron en el marco de la Exposición Universal de 1878) facilitó tal "revelación." Esas colecciones, a las que se sumaron indicaciones un poco más precisas sobre la ubicación y el contexto, constituyeron además, para antropólogos y americanistas, una "materia prima" que hasta entonces había hecho singularmente falta. Desde luego, antes de este período se tenía conocimiento de la existencia, aquí y allá en Francia (en museos y colecciones particulares), de objetos precolombinos, pero tan esparcidos y aislados que todo contexto confiable, que toda reflexión científica se limitaba a comparaciones estilísticas poco seguras, cuando no totalmente aberrantes... La centralización progresiva de los objetos en el seno de un museo etnográfico y la constitución de un corpus ya respetable de objetos precolombinos iban a contribuir grandemente al desarrollo de un ámbito de investigación americanista en curso de maduración.

No todas las misiones organizadas durante la segunda fase del servicio de misiones fueron éxitos brillantes, lejos de ello. A pesar de su deseo de privilegiar la eficacia, la comisión tenía que contar con las fallas humanas y las dificultades inherentes a algunas de estas exploraciones: el diletantismo (Pradier-Fodéré), los cambios de programa (Cessac) o la muerte (Vidal-Senèze) iban, más de una vez, a reducir a nada sus esperanzas. Puede considerarse, no obstante, que el Servicio de Misiones Científicas y Literarias desempeñó un papel faro en el desarrollo de una arqueología de campo, tan difícil de concretar en lo que concierne precisamente a la arqueología andina, cuyos escenarios de trabajo se hallaban a millares de kilómetros de la sede de la comisión de misiones

—y más aún, recordémoslo, en el vasto movimiento de recolección de objetos etnográficos que se ve en el siglo XIX—.[315] Cabe sin embargo lamentar que la comisión no llegase a superar uno de los escollos mayores de la investigación etnográfica en el extranjero, esto es la práctica de una arqueología de "circunstancias" (llevada a cabo al azar de descubrimientos fortuitos, sin problemática de partida), en que se ponía excesiva confianza en los encargados de misión. Pero a fin de cuentas difícilmente podía ser de otra manera, en la medida en que el foso entre hombres de gabinete y hombres de campo era una de las características esenciales de la investigación en las ciencias del hombre en el siglo XIX...

[315] A título de ejemplo, se puede estimar en cerca de 7 000 el número de objetos prehispánicos sacados del Perú, en el marco exclusivo de estas misiones...

Capítulo 5
SOCIEDADES DE ESTUDIOS - REVISTAS Y PERIÓDICOS DE VULGARIZACIÓN

En el vasto movimiento de investigación de las antigüedades andinas de que tratamos, las sociedades de estudios ocuparon un lugar esencial, desempeñando un papel de catalizador de una corriente o de un pensar científico, o bien sirviendo de relevo entre las grandes instituciones oficiales (Marina, Museo de Historia Natural, Servicio de Misiones Científicas y Literarias) y los viajeros o residentes franceses en el extranjero. Desde luego que en la proliferación de sociedades de estudios en el siglo pasado, un número bastante reducido de ellas manifestaron un interés pronunciado por el estudio de las sociedades amerindias, y un número aún menor ejerció una influencia notable en la investigación arqueológica en este ámbito. Como el lector advertirá, algunas de estas instituciones, por la misma naturaleza de sus estudios y de sus discursos, animaron particularmente los debates científicos (y a veces ideológicos) desarrollados en torno a la historia del hombre.

LA SOCIEDAD DE OBSERVADORES DEL HOMBRE

Diversos autores (Copans & Jamin 1978; Dias 1991) coinciden en asignar a esta institución de estudios un status de "pionera" en la concepción del estudio de los pueblos indígenas, hasta el punto de que podríamos ver en ella una iniciadora de lo que ahora sería la antropología cultural.

Se sabe poco sobre las circunstancias que rodearon la constitución de esta sociedad, de vida muy corta (1799-1805). Sus integrantes fueron literatos (Volney), geógrafos (Walckenaer) y jóvenes oficiales de la Marina (Bougainville, Baudin, Hamelin, etc.). Personas que, como procedían de horizontes diversos, abrigaban probablemente aspiraciones diferentes, pero que estaban animadas por una común voluntad de aprehender al ser humano bajo una luz diferente, de captar su complejidad tomando en cuenta, sobre todo, cada una de las facetas de que está constituida la

humanidad.[1] Esta profesión de fe fue expuesta por Louis-François Jauffret, como introducción a las memorias de la Sociedad, en la sesión del 18 messidor,[2] año IX:

> "[La Sociedad] lanzará una mirada atenta a la fisionomía de los diversos habitantes de la Tierra; estudiará las causas que distinguen a un pueblo de otro, y que alteran en diversos países la forma y el color primitivos de la especie humana. [...] Y será por la reunión sucesiva de estos numerosos objetos de comparación, así como por un trabajo completo sobre la anatomía comparada de los pueblos, que un día se podrá caracterizar de manera exacta las variedades de la especie humana." (citado en Copans & Jamin 1978: 73-74)

Por la voz de Jauffret la Sociedad de Observadores del Hombre exponía aquí su voluntad de esclarecer el misterio de la diversidad humana, recurriendo a la utilización combinada de disciplinas científicas que aún se hallaban en estado embrionario: antropología física, etnografía, pero también arqueología. Pues esta investigación sobre la diversidad humana y sus manifestaciones no debía limitarse a los pueblos contemporáneos; se necesitaba buscar igualmente sus huellas en un pasado tan lejano como descuidado:

> "... en tanto que sus miembros viajeros le harán conocer las diferentes naciones que ocupan hoy la superficie de la tierra, sus miembros historiadores le harán conocer las que brillaron otrora.
>
> Investigaciones continuas, detalles ampliados sobre los pueblos antiguos y, en particular, sobre aquéllos que no han desempeñado un papel de primer plano en la historia, arrojarán una gran luz sobre la "antropología comparada" y, a este respecto, la Sociedad ha debido recomendarlos al celo de sus miembros que cultivan la ciencia de las antigüedades." (*Ibid.*: 77)

Para llegar a sus fines, los miembros de la Sociedad se proponían constituir un "Museo antropológico", donde se reunirían "todos los productos de la industria de los salvajes, todos los objetos de comparación que pueder servir para hacer conocer las variedades de la especie humana, así como los usos y costumbres de los pueblos antiguos y modernos." (*Ibid.*: 79). A fin de guiar a los viajeros y navegantes en sus investigaciones, la Sociedad publicó en 1800 una serie de instrucciones redactadas por Gérando (1800). Las mismas fueron concebidas originalmente para la expedición

[1] Voluntad marcada por motivaciones tanto filosóficas (en coincidencia con el espíritu revolucionario) como estrictamente científicas (como consecuencia de los trabajos de Buffon y de los primeros grandes viajes alrededor del mundo, que llevaron al descubrimiento de pueblos hasta entonces desconocidos).

[2] Décimo mes del calendario republicano (N. del T).

del capitán Baudin a Oceanía, pero deseoso de concederles un eco más amplio, su autor procuró darles una forma que permitiese un empleo universal:

> "Se ha creído necesario prever todas las hipótesis, y generalizar de tal modo estas consideraciones, para que puedan aplicarse a todas las naciones que difieren [...] de las naciones de Europa." (Gérando, 1880: "Avertissement")

El aporte de la Sociedad de Observadores parece haberse quedado allí. A pesar de su corta vida, desempeñó por cierto un papel pionero en materia de etnología y de antropología, ya que sus alegatos en favor de un estudio "científico" de las sociedades primitivas, atribuyéndoles un status que raramente habían tenido, interesándose en su modo de funcionamiento, en la lógica de su organización y de su evolución, la Sociedad de Observadores permitió que los "salvajes" no fuesen más un objeto de curiosidad o un arma para la crítica de las naciones de Europa (el "buen salvaje" que vivía en estado de naturaleza). Además, se atribuía aquí a esos pueblos una dimensión histórica que por lo general se les negaba, de modo que, a partir de tal postulado, se hacía por fin posible su eventual estudio arqueológico.

Nos parecía difícil, en el panorama de las sociedades de estudios que proponemos, pasar de largo frente a esta institución tan ejemplar, que podría constituir una "curiosidad" en la historia del pensamiento y de la sociabilidad científicas. Sin embargo, probablemente conviene moderar las consecuencias que podrían extraerse para la historia de la investigación arqueológica. En efecto, si bien la Sociedad de Antropología de París intentó, a través de la pluma de su secretario general Paul Broca, reivindicar una filiación directa con ese prestigioso ancestro, el contenido real de sus reflexiones permaneció por largo tiempo ampliamente contradicho, si no ignorado, por aquéllos que pretendían ser sus herederos. Habrá que esperar la última parte del siglo XIX para ver arqueólogos franceses "redescubriendo" ese venerable "precursor" de su disciplina (Antoine Hervé en varios artículos publicados a partir de 1883, Ernest-Théodore Hamy a partir de 1891).[3]

LA SOCIEDAD ETNOLÓGICA

Treinta y cinco años después de la desaparición de la Sociedad de Observadores del Hombre, iba a ver la luz una nueva sociedad dedicada exclusivamente al estudio del hombre. Su principal promotor fue el Dr. William-Frederic-Edwards, del Instituto, que había hecho publicar en 1829

[3] Ver Copans & Jamin 1978: 25.

un folleto titulado *Des caractères physiologiques des races humaines, considerées dans leur rapports avec l'histoire*. Texto con el cual aspiraba a apoyar con vigor los trabajos de Amédée Thierry (el cual había emprendido la tarea de diferenciar, con ayuda de caracteres físicos y culturales, las poblaciones galas documentadas por textos antiguos), pues convencido como estaba de la permanencia de ciertos rasgos raciales, se proponía aplicar sus métodos etnológicos a la ciencia histórica. En 1829, a fin de poner en marcha y difundir este proyecto científico, Edwards y algunos amigos suyos se reunieron para fundar la Sociedad Etnológica,[4] asociación que había de agrupar a personalidades procedentes de los horizontes académicos más diversos, mezclando, como estimaba necesario su fundador, competencias muy variadas: [5]

> "Los principales elementos que sirven para distinguir las razas humanas son: la organización física, el carácter intelectual y moral, las lenguas y las tradiciones históricas; elementos diversos que no han sido todavía estudiados de manera que se pueda constituir, sobre verdaderas bases, la ciencia de la Etnología.[6] Es para alcanzar ese objetivo por medio de una serie de observaciones, y establecer cuáles son en realidad las diferentes razas humanas, que se ha fundado en París la Sociedad Etnológica" (*Mémoires de la Société Ethnologique*, 1841, I: III).

Para lograr sus objetivos, la Sociedad se fijó desde un principio las diferentes vertientes de su actividad:

> "Art. 1: La Sociedad recoge, coordina y publica las observaciones adecuadas para hacer conocer las diferentes razas de hombres que se hallan o se han expandido sobre la tierra.
>
> Art. 2: Para tal efecto, recibe la comunicación de sus miembros.
>
> Art.3: Establece relación con las sociedades científicas, religiosas o filantrópicas.
>
> Art. 4: Mantiene también relación con los eruditos, los estudiosos, los viajeros y todos los individuos en posición de aportarle aclaraciones. Les dirige una instrucción general aplicable a todos los países, e instrucciones especiales aplicables solamente a ciertos y determinados países.
>
> Art. 5: Forma colecciones: reúne dibujos, retratos y objetos naturales que pueden hacer conocer los caracteres físicos de las razas; recolecta

[4] Se autorizó la Sociedad por medio de la resolución ministerial del 20 de agosto de 1839, y la primera sesión tuvo lugar el 23 de ese mes.

[5] Se encontraban allí fisiologistas, historiadores, geógrafos, exploradores, etc.

[6] Según Edwards, el término *etnología* definía el estudio de las razas humanas, designación que escogió, más bien que el de *antropología*, para expresar la especificidad de su enfoque, ya que preconizaba para su estudio un examen combinado de los caracteres físicos y culturales (Dias 1991: 20-21).

igualmente objetos de arte y de industria apropiados para apreciar el grado de inteligencia y de cultura que distingue a los diversos pueblos.

Art. 6: La Sociedad, al mismo tiempo que persigue sus fines científicos, no descuidará ningún medio de contribuir a mejorar (tanto como dependa de ella) la suerte de los pueblos aborígenes."[7] (*Ibid.*: III-IV).

Es bastante difícil determinar cuál fue la acogida que se dispensó a las instrucciones a las que se hace referencia aquí;[8] y cuáles fueron los efectos en la investigación de campo. Sin embargo, parece que la Sociedad realizó grandes esfuerzos para asegurarse el máximo de audiencia: ejemplares de sus instrucciones fueron enviado "a todos los cónsules de Francia, a los tres consejos de salud de la Marina, y a todas las sociedades de estudios, con el ruego de ponerlos en manos de personas en posición de proporcionar informaciones a la Sociedad" (*Ibid.*: XXXI). Además ciertos miembros de la sociedad podían estar en aptitud de asegurar la difusión de este cuestionario, ya se tratase de las personas inscritas igualmente en el Sociedad de Geografía de París (d'Avezac, Imbert de Mottelettes, d'Eichtal, Barbier Du Bocage, d'Orbigny, Ternaux-Compans), o las numerosas personalidades extranjeras afiliadas a esta asociación (Karl Ritter y Wilhelm von Humboldt, en Berlín; Fowell Buxton, en Londres; Navarrete, en Madrid). En fin, la sociedad contaba entre sus miembros-correspondientes a algunos grandes viajeros en capacidad de aplicar sus recomendaciones: Antoine d'Abbadie, en Abisinia; Pavie, en el Indostán; Duflos de Mofras, en México; Martin de Moussy, en La Plata; Castelnau, en América del Norte; etc.

La lectura de algunos raros boletines o memorias publicados (entre 1841 y 1847) no puede darnos sino una idea parcial de las actividades de la sociedad, cuya influencia parece haber sido importante en su tiempo. Se sabe no obstante que emprendió, a partir de 1845, la formación de una colección de muestras antropológicas (principalmente calcos de bustos de indígenas realizados por Dumoutier) y que se hallaba en contacto con estudiosos extranjeros y viajeros que le dirigían informes o venían a presentarlos personalmente cuando se encontraban de paso por París. El 24 de abril de 1840, Alcides d'Orbigny presentó su obra *L'Homme Américain* (*M. S. E.*, 1841, I: XXXII); el 26 de noviembre de 1841, Dumoutier leyó una información sobre los trabajos antropológicos efectuados en el curso del viaje de *L'Astrolabe* (*Ibid.*, II: XVI); el 26 de diciembre de 1846 el pintor alemán Rugendas expuso algunos resultados de su permanencia de 15 años en América del Sur (*B. S. G. P.*, 1846, I: 117).

[7] Edwards mantenía vínculos estrechos con la *Aborigine's Protection Society*, de Londres, que por lo demás le había propuesto fundar en París una sociedad similar a la suya.

[8] Volveremos al respecto en nuestro capítulo consagrado a los viajeros (*cf.* infra).

Las circunstancias determinaron no obstante que la sociedad no pudiese llevar más adelante sus trabajos y ampliar su audiencia, ya que disponía de pocos medios, y lo esencial de sus magros recursos provenía de algunas personalidades influyentes, como Gustave Eichtal, que pertenecía a una familia de banqueros. Como resultado de los acontecimientos de 1848, la sociedad se vio obligada a reducir considerablemente sus actividades, por varias razones: algunos de sus miembros, muy implicados políticamente en los sucesos, debieron exiliarse, en tanto que otros, como Eichtal, se orientaron hacia actividades más abiertamente políticas, sobre todo como consejeros del Príncipe Bonaparte. Todas estas personalidades se apartaron de las cuestiones científicas y dejaron a la sociedad sin recursos para continuar sus publicaciones.[9] Para superar esta dificultad, los que continuaron como miembros consideraron por un tiempo la posibilidad de fusionarse con la Sociedad de Geografía de París, pero sin éxito.[10] La Sociedad Etnológica cesó, pues, toda actividad pública después de 1849, aunque aparentemente prosiguió con sus reuniones después de ese año (quizás al menos hasta 1861).[11]

A pesar de este relativo fracaso, la tentativa de Edwards para establecer un estudio sintético del hombre, apelando a diversas disciplinas científicas, iba a marcar profunda y durablemente la antropología francesa del siglo XIX. Y si bien la Sociedad de Antropología fundada por Paul Broca tuvo un proyecto científico distinto (privilegiando, sobre todo, los criterios físicos en sus estudios), se proclamó de buen grado "heredera" de la tradición inaugurada por Edwards. En cuanto a la Sociedad de Etnografía, de la cual hablaremos más adelante, debió tomar este nombre para distanciarse de la acepción tomada por el término "etnología", que no le parecía convenir en absoluto a sus propios ideales, tanto científicos como filosóficos.

LAS SOCIEDADES DE ANTROPOLOGÍA

La sociedad de antropología de París

Si bien es verdad que a mediados del siglo XIX la antropología era bastante bien aceptada e integrada en los medios académicos (en la Academia de Ciencias, en el Museo de Historia Natural de París), no contaba ya, después de la dispersión de la Sociedad Etnológica, propiamente hablando, con un espacio institucional específicamente dedicado a este tipo de estudios. Otras sociedades de estudios acogían

[9] Comunicación personal de Claude Blanckaert.

[10] La propuesta, puesta en conocimiento de la Sociedad de Geografía en su sesión del 18 de mayo de 1849, fue unánimemente rechazada (*B. S. G. P.*, 1849, 3e série, XI: 384).

[11] Habría una lista de los miembros de la Sociedad en ese año (comunicación personal de C. Blanckaert).

bien, a veces, en sus publicaciones, ensayos consagrados a este ámbito (por ejemplo la Sociedad de Biología), pero ello no respondía a las expectativas de algunos de los naturalistas que, como Paul Broca, deseaban difundir tesis científicas diferentes de las que se podía escuchar principalmente en el Museo de Historia Natural. Fue así como el 19 de mayo de 1859 se fundó la Sociedad de Antropología de París, en torno a un pequeño grupo de naturalistas y de médicos.[12] Como sucedió probablemente con todas las asociaciones recientemente creadas en los primeros años del Segundo Imperio, la entidad debió hacer frente desde los primeros tiempos a la desconfianza de las instancias gubernamentales, y no fue autorizada oficialmente sino dos años más tarde.

La sociedad iba rápidamente a desempeñar un papel mayor en la investigación científica, formulando nuevas ideas teóricas, que iban a marcar durablemente las ciencias del hombre en Francia. En efecto, a instancias de Paul Broca, fuertemente influenciado por las tesis del americano Samuel G. Morton, la institución se convirtió en uno de los principales bastiones del poligenismo en Francia. Sin embargo, al acoger en su seno a individuos que no compartían las concepciones de su fundador, la sociedad se convirtió rápidamente en el foro de vivas discusiones teóricas que, en definitiva, dinamizaron particularmente la investigación, no sólo antropológica, sino igualmente etnográfica y arqueológica. En efecto, en su esfuerzo por desplegar sus respectivas tesis, los miembros de la institución iban a contar con el benévolo concurso de un gran número de personas. Ello fue más fácil porque la Sociedad de Antropología adquirió muy pronto un vigoroso renombre internacional y atrajo, a lo largo de todo el siglo, a un número importante de corresponsales y de simpatizantes —en particular entre los médicos franceses (coloniales o bien de la Marina francesa) y extranjeros (que realizaban sus estudios en Francia)—. Desde sus comienzos, en efecto, recurrieron con frecuencia a la sociedad de viajeros que buscaban una dirección científica, lo cual le dio oportunidad de orientar las investigaciones de acuerdo a sus propias preocupaciones. Menos de diez años después de su fundación, la Sociedad de Antropología había publicado ya "instrucciones especiales" para Sicilia, el Senegal, el Sahara y Sudán, así como el litoral del Mar Rojo, las islas de la Reunión, Brasil, México, Chile y Perú.

[12] Entre los 19 miembros fundadores se encontraban Bertillon, Broca, Geoffroy-Sainte-Hilaire y Gratiolet. Contrariamente a lo que plantea Vallois (1960), el pequeño número de los fundadores no implica necesariamente que Broca hubiese tropezado con dificultades en reunir a un grupo en torno a su persona. En efecto, la legislación en vigor especificaba que sólo las asociaciones de más de veinte personas necesitaban una autorización previa. Es verosímil, por lo tanto, suponer que Broca deseara simplificar los trámites en un primer momento, limitando así el número de miembros, que por lo demás se iba multiplicar a fulminante velocidad con el paso de los años.

En el marco de los debates sobre el origen del hombre y las variedades raciales, el Nuevo Mundo constituía un tema de debate de gran importancia, ya que para los partidarios de la pluralidad de centros de hominización (mayoritarios en la sociedad), el estudio de un continente tardíamente descubierto, cuyos pueblos parecían haber evolucionado aislados del resto del mundo, representaba una carta de triunfo esencial. Incumbía entonces a los sostenedores del monogenismo encontrar nuevas armas para contrarrestar los avances de sus adversarios. En las diversas tentativas de jerarquización raciales establecidas sucesivamente desde comienzos de siglo (sobre la base de mezclas más o menos complejas de criterios físicos e intelectuales), el hombre americano no ocupaba por lo general un lugar muy ventajoso y, en todo caso, lejos del "hombre caucásico" (europeo). En tal marco, la existencia cada vez más manifiesta de antiguos focos de civilización en América, señalados por numerosos viajeros y arqueólogos, tanto en México y América Central como en los Andes, tendía a poner en duda las clasificaciones tan fácilmente definidas. Se comprende, en tal situación, por qué el estudio del Perú prehispánico fue colocado, con tanta frecuencia, en un sitio de honor en las columnas del boletín de la Sociedad de Antropología de París, y por qué las *Instructions ethnologiques pour le Pérou*, remitidas a dos médicos peruanos en 1861, representaban un temario esencial que había que analizar, para captar algunos de los aspectos mayores de la arqueología precolombina, tal como se la consideraba entonces por numerosos naturalistas del siglo XIX.

Las Instrucciones para el Perú

En 1861 la sociedad publicó sus intrucciones para el Perú, redactadas para dos miembros correspondientes extranjeros, el Dr. Belisario Calonge de Trujillo, y el Dr. Telésforo León y Alba, dos médicos peruanos que, después de una estancia en Francia, se aprestaban a regresar a su país. Las instrucciones constituyen para nosotros un documento del mayor interés, ya que al margen de su aspecto puramente documental (el estado de los conocimientos de que se disponía por entonces), constituyen una perfecta ilustración de la manera cómo se concebía por entonces un cuestionario, ya sea por la naturaleza de las orientaciones que se daba a las investigaciones, ya sea por la importancia de los supuestos implícitos.

Redactadas oficialmente por tres personas (Martin de Moussy, Le Bret y Gosse), parecen haber sido ante todo obra de éste último. Louis-André Gosse era un médico ginebrino que participaba en los trabajos de la Sociedad de Antropología de París como "miembro asociado extranjero" (desde febrero de 1860). No conocemos las razones por las cuales Gosse se interesaba particularmente en la América precolombina, pero no se puede

negar la solidez de sus conocimientos sobre esta parte del mundo.[13] Los dos otros protagonistas de la comisión no eran sin embargo neófitos en materia de americanismo, ya que Martin de Moussy se había hecho célebre en el mundo erudito como resultado de su prolongado viaje de estudios en América del Sur (y, en particular, en Argentina y en la región de la Plata); en cuanto al Dr. Le Bret, había probado su interés por los pueblos de América precolombina publicando algunos años antes un artículo sobre *La déformation artificielle du crâne en Amérique* (Le Bret 1853).

Las instrucciones para el Perú publicadas por la Sociedad de Antropología ilustran un episodio del largo debate que movilizó a los antropólogos en torno a la cuestión del poblamiento del Nuevo Mundo, y más generalmente en torno a cierto número de puntos teóricos, defendidos por diversas escuelas.

La reconstitución del contexto científico en el cual se inscriben las instrucciones nos aclara singularmente las circunstancias que dieron lugar a la mayor parte de las preguntas, las mismas que no son explicitadas sino muy rara vez en el texto redactado por Gosse. En efecto, la concepción del cuestionario aparece bajo una nueva luz si se toman en consideración dos textos anteriormente escritos por el Dr. Gosse: el primero titulado *Éssai sur les déformations artificielles du crâne* (publicado en 1855) y el segundo *Dissertation sur les races qui composaient l'ancienne population du Pérou* (publicado en los *Mémoires de la Société d'Anthropologie* en 1861). En ambos textos Gosse emprendió la tarea de refutar las tesis planteadas por Morton, de una parte, y Rivero y Tschudi, de otra, en cuanto a la identificación de las razas que se establecieron en el Perú antes de la conquista, a fin de demostrar la veracidad de sus propias teorías: Gosse afirmaba la existencia de un primer pueblo civilizador, de origen asiático (los chinchas, en lugar de los aymaras de Morton), antes de la llegada de los incas, de origen tolteca. Gosse sostenía igualmente la idea de que las variantes observadas en la forma de los cráneos eran ante todo consecuencia de deformaciones artificiales, y no evidencia de razas distintas. Las instrucciones solicitadas por los Dres. Calonge y León y Alba representaron, pues, para Gosse, una inesperada ocasión para probar sus tesis.

El cuestionario comprende dos partes diferentes:

– las "cuestiones etnológicas y fisiológicas";

– las "cuestiones médicas y patológicas".

Sólo la primera retendrá aquí nuestra atención.

Las "cuestiones etnológicas" abarcaban catorce puntos, de los cuales los nueve primeros se relacionaban con los pueblos prehispánicos, y los

[13] Como parecería probar una de sus cartas, dirigidas al americanista Léonce Angrand (conservada en la Biblioteca Nacional de París), donde da pruebas de su conocimiento de una cierta actualidad arqueológica.

cinco restantes con los pueblos actuales. Nos detendremos más particularmente en los nueve primeros puntos, comenzando por los que se vinculan con la antropología física, y abordando a continuación los que tienen que ver sobre todo con aspectos culturales. Los diferentes temas considerados a lo largo del cuestionario pueden agruparse así en torno a tres ejes mayores:

1) Identificación de las razas indígenas del Perú;

2) Caracteres específicos de las razas peruanas;

3) Interpretación de los hechos culturales.

Antes de analizar el contenido de las instrucciones, señalemos que las fuentes utilizadas[14] por sus autores son las siguientes:

– Cronistas de la época de la conquista y la colonia (Acosta, Balboa, Zárate, Cieza de León, Garcilaso de la Vega);

– Viajeros (L. Angrand, A. d'Orbigny, F. de Castelnau, J. B. Pentland, F. J. Meyen, W. Bollaert y J. von Tschudi);

– Hombres de gabinete (E. de Rivero, F. Denis, E. Desjardins, S. G. Morton, P. F. Bellamy, A. Retzius).

La identificación de las razas indígenas del Perú

Orígenes de la "raza civilizadora" de Tiahuanaco

Las tradiciones y estudios de los arqueólogos concordaban en hacer remontar los impresionantes restos de Tiahuanaco (cerca del lago Titicaca) a una época anterior a la de la dominación inca, dejando entender así que había habido una primera "raza civilizadora" mucho antes de los incas. D'Orbigny, Pentland y Morton atribuían esos monumentos a una raza específicamente americana (los aymaras); en cuanto a Gosse, insistía en demostrar en los dos textos que hemos citado (Gosse 1955 y 1861a) que esa raza civilizadora era la de los chinchas, de origen asiático. En sus instrucciones, Gosse anotaba que varios viajeros habían señalado en el sur del Perú estatuas que representaban a personajes de cráneo braquicéfalo y ojos oblicuos, en las que veía un retrato de los primeros civilizadores.

"Todos estos caracteres nos recuerdan los bajo-relieves toltecas[15] de Yucatán y de Guatemala, y nos parecen tener más analogías con los

[14] Conviene subrayar que si bien algunos de estos autores no son mencionados claramente en el cuestionario, su presencia se trasluce implícitamente a través de diversas alusiones de Gosse. Estos mismos autores, de otro lado, son citados por Gosse en sus escritos anteriores, y en un contexto similar. Se trata de Cieza de León, Pentland, Morton, Retzius y Bellamy.

[15] En otro texto, Gosse (1855: 155) decía, no obstante, que la forma del cráneo de los incas "se asemejaba a la de los toltecas": he ahí una de las incoherencias de argumentación con los cuales uno tiene que enfrentarse en los escritos de Gosse, cuya lógica, por ello, se hace difícil de aprehender para el lector de hoy en día.

> cráneos de los antiguos chinchas, e incluso de los japoneses modernos, que es [sic] braquicéfalo, [...] que con el de los quichuas o aymaras, antiguos y modernos, que es dolicocéfalo" (Gosse 1861b: 89).

Pedía en consecuencia que se buscase en los alrededores de Tiahuanaco otras estatuas susceptibles de aclarar este punto. Concluía, por lo demás, esta primera cuestión, subrayando la importancia documental del sitio: "Es todo un museo etnológico hundido bajo las ruinas de Tiahuanaco y que no pide sino ser estudiado" (*Ibid.*: 90).

Origen y caracteres físicos de la familia de los incas

Refiriéndose a Morton (1839) Gosse vinculaba, en su *Éssai sur les déformations artificielles*, la forma del cráneo de los incas con la de los toltecas. La autenticidad incaica de los cráneos ilustrados por Morton fue más tarde puesta en duda por Rivero & Tschudi (1859: 48), los cuales afirmaban que las únicas momias reales cuya existencia se conocía habían sido enterradas en el patio de un hospital de Lima (San Andrés). Turbado por esta observación, Gosse había terminado por pensar que la verdadera forma del cráneo de los incas no era todavía conocida. En consecuencia recomendaba a los médicos practicar excavaciones en el hospital mencionado por Rivero:

> "Es muy deseable, por tanto, que se emprenda una investigación, asegurándose en primer término del lugar en que las momias reales fueron enterradas, y luego efectuando excavaciones en zanjas en diversos puntos de este sitio." (*Ibid.*: 91)

Búsqueda de cráneos representativos de la población presente en el Cuzco en el momento de la llegada de los incas

De la misma manera, en su tercer punto, Gosse invitaba a los médicos a buscar cráneos representativos de la antigua población de la región del Cuzco colonizada por los incas, pues según las observaciones de Meyen, viajero alemán, se trataba de una raza cuyo cráneo "caucásico dolicocefálico" no sólo se diferenciaba netamente de las demás formas observadas en el Perú, sino que parecía aproximarse a las "formas del cráneo árabe" (*Ibid.*: 91). Gosse asignaba la mayor importancia al estudio de esta raza, pues esperaba encontrar en ella el origen de tradiciones ancestrales y observaciones hechas respecto a las esculturas, dejando suponer la existencia en esta región de individuos barbudos. Considerando que "una sola muestra no basta para sacar conclusiones relativas al resto de la población" (*Ibid.*), se solicitaba, por una parte, recoger varias muestras del tipo normal de la raza que habitaba en las mesetas al momento de la llegada de los incas" (*Ibid.*: 92); y, por otra parte, efectuar una copia, "o mejor aún

una fotografía" de las esculturas que representaban hombres barbudos, vistos por Castelnau en la calle del Triunfo del Cuzco (*Ibid.*).

¿Especificidad de las razas peruanas? Estudio de sus anomalías de conformación: ¿estado natural o herencia de caracteres accidentales?

A continuación de estas tres primeras cuestiones, relativas a la identificación de las principales razas del Perú prehispánico, hay otras tres, siempre de orden antropológico, que colocaron el debate en un nivel a la vez más técnico y más teórico.

Herencia de las deformaciones craneanas

En su obra de síntesis sobre *Antigüedades Peruanas* Rivero y Tschudi habían deseado probar la especificidad de las razas peruanas, apoyando su demostración sobre dos argumentos: en primer lugar el origen natural de la mayor parte de las formas de cráneos observadas en el Perú (y no por deformación artificial); en segundo, la existencia de una sutura transversal en la región occipital de los cráneos peruanos. Para apoyar su primera aseveración, ambos autores habían aducido que la práctica de las deformaciones artificiales estaban prohibidas y abandonadas desde hacía trescientos años, y que a pesar de ello las mismas formas de cráneos se podían observar aún en ciertas regiones del Perú.

El Dr. Gosse, por su parte, estaba convencido de la importancia del papel de las deformaciones intencionales en la forma de los cráneos: en su *Dissertation sur... les races du Pérou*, se esforzó en explicar esta hipotética continuidad de las particularidades peruanas por la transformación de rasgos accidentales (debidos a las deformaciones) en caracteres hereditarios (Gosse 1861a: 162). Cuando expuso esta idea ante la Sociedad de Antropología en diciembre de 1860, Gosse fue vivamente atacado (conjuntamente por Broca, Gratiolet y Périer), por la debilidad de sus argumentos. Gratiolet, sobre todo, había refutado la tesis de la herencia, declarando que ponía en duda la idea de constancia de los caracteres específicos de cada raza (uno de los dogmas mayores del poligenismo), ya que deformaciones intencionales habrían sido susceptibles, según Gosse, de inscribirse en lo que llamaba "el plano del organismo" (Gosse 1860: 554). En su *Anatomie du système nerveux*, Gratiolet se había opuesto ya a la teoría de la herencia de Gosse, adelantando la idea según la cual "la mayor parte de las deformaciones artificiales del cráneo tienen como fin hacer más aparentes ciertos caracteres propios de la raza, y en consecuencia admirados por ella" (Gratiolet 1839-1857: 319). Gosse se defendió entonces haciendo notar que en muchas sociedades sólo los hombres eran objeto de deformaciones craneanas. Ahora bien, en su opinión, para que los caracteres accidentales se convirtiesen en hereditarios, era necesario que las

deformaciones fueran hechas tanto en hombres como en mujeres, caso que, según él, se habría dado en el Perú. Fue, pues, luego de esta polémica, que Gosse formuló una doble recomendación a sus corresponsales:

– Por una parte, determinar con exactitud la naturaleza de las deformaciones observables en los cráneos sacados de las tumbas antiguas (y Gosse indicaba algunos sitios particularmente propicios para ello[16]), verificar si esas deformaciones habían sido practicadas solamente en los individuos de sexo masculino;

– Por otra, verificar si esas mismas conformaciones específicas del cráneo aparecían en los descendientes actuales de esas antiguas razas (chinchas, aymaras, conibos), y asegurarse de que la costumbre de deformar los cráneos de los recién nacidos no tenía ya vigencia. Con este objeto, Gosse adjuntaba un ejemplar de su *Questionnaire relatif aux déformations artificielles du crâne*, cuestionario que había puesto en conocimiento de la Sociedad de Geografía de París en 1855.

Observación de las suturas craneanas

El segundo argumento utilizado por Rivero y Tschudi para probar la especificidad de las razas peruanas consistía, lo hemos visto, en afirmar la existencia sistemática de un hueso interparietal distinto, que daba origen a una sutura occipital imperfecta (Gosse 1861a: 154). Una vez más Gosse había refutado, ante los miembros de la sociedad, el carácter natural de esta anomalía osteológica, aseverando que era una consecuencia adicional de las deformaciones artificiales. Broca se interrogó entonces con respecto a la frecuencia de dicha anomalía: si había una efectiva reiteración del fenómeno entre los peruanos, ello debía constituir un hecho significativo, que probaba el diferente carácter de estos pueblos; y el Secretario general de la sociedad había reprochado a Gosse minimizar la importancia de la cuestión.[17] Se comprende mejor, pues, por qué el médico ginebrino solicitaba a sus colegas peruanos proceder a un minucioso examen del occipucio de las momias y de los esqueletos antiguos, a fin de verificar la existencia de tal sutura. Pedido al cual Gosse añadía la siguiente recomendación expresa:

"Tendrán cuidado de anotar, en determinado número de cráneos, cuántas veces se presenta este fenómeno." (Gosse 1861b: 99)

[16] Trujillo, Lurín, los altiplanos del sur del Perú.

[17] La cuestión del "hueso epactal" será precisamente retomada algunos años más tarde por el Dr. Jacquard, ayudante naturalista en el Museo de Historia Natural de París, quien demostrará, después de estudiar las colecciones craneológicas del Museo, que este hueso no solamente es muy raro, sino además, y ello es más importante, absolutamente no específico de ningún pueblo aborigen del Perú, ya que sobre 2 000 cráneos analizados, no lo encontrará sino en 16 de ellos, de los cuales uno solo era peruano (*B.S.A.P.*, 1865: 721).

Interpretación de los hechos culturales

Si bien es verdad que este cuestionario concedía parte preferencial a las interrogantes relativas específicamente a la antropología física, no por ello olvidó la etnografía: en efecto, algunas de las preguntas planteadas por el Dr. Gosse apelaban a la interpretación de los hechos culturales.

Estudio de los diferentes modos de inhumación

Entre los medios considerados para identificar los diversos pueblos que ocuparon el Perú antes de la conquista, las observaciones efectuadas por algunos viajeros de los modos de inhumación parecían constituir una pista digna de interés: en su *Dissertation sur les races du Pérou* Gosse citaba al viajero alemán Meyen, el cual afirmaba que

> "... las momias del altiplano tenían la cabeza orientada hacia el lado del Atlántico, y su modo de conservación respondía al de los Guanchos [de las islas Canarias], mientras que al oeste de los Andes, las momias tenían la cabeza vuelta hacia el lado del Pacífico." (Gosse 1861a: 161)

Es de notar que probablemente Retzius se apoyó en esta misma observación etnográfica para establecer una relación entre los americanos dolicocéfalos y los guanchos, por una parte, y entre braquicéfalos de América, de Asia y de los mares del sur, por otra (Retzius 1860: 264-267).

Sin embargo Gosse ponía en guardia a los arqueólogos contra las interpretaciones apresuradas, insistiendo en el hecho de que las tumbas antiguas podían haber sido utilizadas nuevamente en varias épocas, a fin de "... distinguir lo que pertenece a los constructores [...] de los despojos de aquéllos que usurparon posteriormente el domicilio." (Gosse 1861b: 94). Recordaba entonces que para efectuar la diferenciación "... no debe descuidarse ninguno de los indicios, incluso los más insignificantes, y sobre todo prestar atención a los tejidos, utensilios, ornamentos o amuletos propios de cada época." (*Ibid.*: 95). Y citaba como ejemplo la manera en virtud de la cual el cónsul Léonce Angrand había podido determinar la presencia de objetos posteriores a la conquista en el interior de una tumba antigua:

> "Había encontrado pedacitos de tela de lana, cuyo tejido indicaba un origen europeo..." (*Ibid.*).

Esta observación no era una simple precaución de orden metodológico; en efecto, basándose en la tesis de la reutilización de las tumbas, Gosse expuso, en su *Essai sur les déformations artificielles*, la idea según la cual los aymaras —raza "bárbara", de cráneo deformado hacia atrás— no eran los arquitectos de las imponentes tumbas observadas en los alrededores del lago Titicaca (tumbas construidas, según él, por

individuos "de cabeza normal o achatada por detrás" (*cf.* Gosse 1855: 117-118). Gosse sostenía en efecto la idea según la cual las deformaciones craneanas influían en las capacidades intelectuales, por lo cual le parecía evidente que individuos (en este caso los aymaras) de cráneo deprimido, "de frente huidiza hacia atrás" (*Ibid.*) habían sido incapaces de tales realizaciones arquitectónicas.

Modo de conservación de los cuerpos

De la misma manera, el estudio de las formas de preparación de los cadáveres para asegurar su conservación podía representar un medio de determinar las diferencias sociales en el seno de una misma comunidad, ya que algunos autores[18] afirman que solamente los altos dignatarios y los sacerdotes eran objeto de embalsamiento, mientras que en la gran mayoría de los casos la conservación de los tejidos humanos se debía a un desecamiento natural de los cuerpos. Gosse recomendaba, por lo tanto, que se tomase las previsiones adecuadas mediante un análisis minucioso de las momias halladas en las excavaciones: "Son las excavaciones en el valle del río Lurín, cerca del templo de Pachacamac, que nos parecen ofrecer, a este respecto, las mayores posibilidades de éxito." (Gosse 1861b: 96)

Lenguaje y escritura

La última cuestión de orden etnográfico formulada por el Dr. Gosse tenía como fin interesarse en el lenguaje y en las hipotéticas formas de escritura utilizadas por los antiguos peruanos. Su interés en el tema no era, tampoco en este caso, gratuito, ya que lo volvía a situar en función de sus propias preocupaciones etnológicas:

> "Las lenguas, y sobre todo las lenguas escritas, ofrecen a menudo una fuente preciosa para establecer las filiaciones entre pueblos o razas muy alejadas unas de otras. Hasta aquí no se ha podido aplicar en el Perú este método de investigación, por falta de documentos gráficos durables..." (Gosse 1861b: 104).

Gosse mencionaba al respecto algunas orientaciones de investigación, tomadas de los cronistas (Acosta, Balboa) y de las observaciones de los viajeros (Rivero y Tschudi, Bollaert):

– La existencia o inexistencia de relieves jeroglíficos en los monumentos:

> "Los monumentos de la costa norte del Perú y los de Tiahuanaco, aun cuando presentan analogías arquitectónicas sorprendentes con los monumentos de América Central, y en particular con los de Yucatán y

[18] No cita sus fuentes.

Guatemala, parecen diferir de ellos por la ausencia de jeroglíficos en relieve, al menos en las partes hasta hoy descubiertas. Quizás se puede atribuir esta ausencia a excavaciones ejecutadas superficialmente y con otra finalidad, o bien a la naturaleza de los materiales empleados en las construcciones" (*Ibid.*: 104-105).

– Mención de cilindros de madera que habrían servido de soporte para textos escritos por los incas:

"No se sabe lo que aconteció con este curioso documento;[19] pero no es de ninguna manera imposible que se llegue a descubrir otros semejantes en algunos subterráneos del templo, del palacio o de la fortaleza del Cuzco, o en alguna huaca desconocida, y un descubrimiento semejante podría conducir al origen de esta familia" (*Ibid.*: 106).

– Signos grabados sobre las rocas en el sur del Perú, que recordasen "las inscripciones figuradas y groseras, como las que se encuentran en varios lugares del globo, entre las naciones salvajes de la antigüedad" (*Ibid.*: 105). El estudio de tales signos era tanto más importante, a ojos de Gosse, por cuanto podría quizás "conducir a la solución del problema etnológico del origen polinesio u oriental y septentrional de los primitivos pueblos de esta región" (*Ibid.*: 106) —lo cual, evidentemente, contribuiría a probar las teorías migracionistas propuestas por el médico ginebrino...—.

¿Tuvieron efecto las recomendaciones arqueológicas y antropológicas del Dr. Gosse? Uno tendría derecho a dudar, en la medida en que en ningún boletín ulterior de la sociedad se aludió a eventuales resultados, ni siquiera a la aplicación de esas instrucciones por sus destinatarios peruanos. No hemos encontrado, por ahora, ningún indicio susceptible de ilustrarnos sobre las actividades arqueológicas de ambos médicos. Sabemos solamente que poco tiempo después de su retorno al Perú, el Dr. León y Alba realizó en Paita una "audaz operación" (según el diario *El Sol de Piura* del 10 de octubre de 1861), y que se instaló definitivamente en esta ciudad; en cuanto a su colega, el Dr. Calonge, sólo sabemos que ejerció su profesión en Lima (principalmente en el hospital de San Bartolomé).

Resulta no obstante instructivo anotar que en 1875, cuando el Ministro de Instrucción Pública aprobó una misión arqueológica al Perú a llevarse a cabo por un cierto Paul Pradier-Fodéré,[20] Alexandre Bertrand —encargado de proponerle algunas orientaciones de investigación— lo remitió a la lectura de las instrucciones etnológicas del Dr. Gosse, poniendo particularmente el acento sobre las cuestiones de orden etnográfico

[19] Gosse se refiere aquí a un cilindro de madera sobre el cual, según el cronista Balboa, el Inca Huayna Capac habría hecho grabar su testamento.

[20] Ver nuestro capítulo sobre el servicio de misiones científicas (*cf.* supra).

(esculturas de Tiahuanaco, petroglifos del sur del Perú, etc.). Es verdad, Bertrand no era un especialista en las culturas precolombinas, pero disponía de suficientes relaciones en el mundo de los estudiosos como para obtener nuevos datos si lo hubiese deseado; en definitiva, esta anécdota ilustra claramente la situación de la investigación americanista en Francia en ese momento y, en este caso, la escasa renovación de las problemáticas antropológicas y etnográficas relativas al área andina, entre mediados y el último cuarto del siglo XIX.

Si bien extremadamente polémicas (si se tiene en cuenta lo que hemos dicho con respecto al debate que oponía en el seno de la Sociedad a poligenistas y monogenistas, y los rudos enfrentamientos en que participó Gosse cuando presentó su trabajo), estas instrucciones se integran perfectamente en el marco general de las preocupaciones de la Sociedad de Antropología de París: el acento se ponía claramente en los puntos teóricos, en el campo del análisis de los caracteres físicos, que se estimaba contribuiría a arrojar luz sobre la cuestión todavía muy viva del poblamiento del Perú (y, más ampliamente, de América). Como todos los demás miembros de la institución, Gosse se interrogaba sobre los medios susceptibles de permitir la identificación de las diferentes razas presentes en el Perú, la determinación de sus características distintivas, las posibles filiaciones entre pueblos o razas, etc., que constituían otras tantas cuestiones etnológicas orientadas hacia la etnogenia. El recurso al estudio de las prácticas culturales (ya se tratase de las deformaciones craneanas, de los modos de inhumación o de escritura), o de la "industria" de los pueblos antiguos, aparecía por lo general allí subordinado a este tema principal. Al leer los boletines de la Sociedad de Antropología no se puede sino constatar que esta tendencia iba a proseguir a todo lo largo del siglo.

El análisis de las instrucciones debe llevarnos a otra conclusión. Como acabamos de recordar, ellas tenían un carácter eminentemente polémico, pues a través de ellas su autor principal, el Dr. Gosse, esperaba obtener nuevos elementos susceptibles de apoyar sus propias teorías. En el fuego de la discusión, ni Gosse ni el resto de la comisión parecen haber dudado, ni por un solo instante, de su factibilidad. Como otros numerosos cuestionarios, el documento adolecía de un flagrante exceso de teorización, descuidándose ampliamente los aspectos prácticos de la investigación, a veces de manera un tanto sorprendente, pues en su preocupación de que se hallase la "verdadera" forma de los cráneos de la casta de los incas, Gosse no dudaba ni un solo instante de que se pudiese excavar en el patio de un hospital...[21] Más aún, la orientación muy "científica" de ciertas

[21] Por una coincidencia asaz involuntaria, los trabajos que se realizaron en el hospital (en 1868, y después en 1876) iban a revivir efectivamente la polémica a la cual Gosse aludía: en 1876 algunos eruditos (como José Toribio Polo y Teodorico Olaechea, por ejemplo) publicaron artículos sobre los cuerpos descubiertos a esta ocasión. Ignoramos sin embargo si nuestros médicos peruanos tomaron parte en las discusiones suscitadas en ese momento...

cuestiones (por ejemplo las relativas a las suturas craneanas) implicaba conocimientos particulares que cualquiera no poseía. Es cierto, en el caso que nos ocupa aquí las instrucciones estaban destinadas a médicos, pero en realidad se entendía que la mayor parte de los cuestionarios se dirigía igualmente a un público claramente más vasto. En este caso, sus utilizadores potenciales podían sentirse un tanto extraviados ante la complejidad técnica de ciertas cuestiones, o bien ante la dificultad de ponerlas en práctica (por ejemplo cuando se trataba de convencer a un indígena de la selva amazónica de que se dejase medir el perímetro craneano sin protestar...).

Una vez señaladas estas reservas, conviene reconocer a la vez el gran esfuerzo sintético y la profusión de detalles presentes en las instrucciones. Cualquiera que fuesen sus dificultades de aplicación, ese conjunto de interrogantes, que versaba exclusivamente sobre la antigüedad peruana, no pudo sino excitar un poco más el "celo" de los viajeros —o de los corresponsales que residían en el país—, prontos siempre a colaborar con la obra de la "ciencia en marcha".

Probablemente al constatar la importancia del "potencial científico" que implicaba este cuerpo de voluntarios "ilustrados", los miembros de la Sociedad de Antropología decidieron poner a punto unas *Instructions générales pour les recherches anthropologiques* [Instrucciones generales para las investigaciones antropológicas]. Redactadas en 1862, no fueron publicadas sino en 1865, con diversas adiciones. Como indica su título, se referían exclusivamente a la manera de recolectar muestras antropológicas, no obstante lo cual sus autores no rechazaban el interés que revestía reunir "objetos curiosos, adecuados para hacer conocer el estado de la industria, de las artes y de los conocimientos de los pueblos..." (*B. S. A. P.*, 1865: 5) y más particularmente "algunos de los objetos más característicos" presentes en la tumba al lado del cuerpo.

El papel consultivo de la Sociedad

La parte que tomó la Sociedad de Antropología en la investigación americanista estuvo lejos de limitarse sólo a las instrucciones. Ya por el solo hecho de la presencia en sus filas de vigorosas personalidades científicas (Broca, Quatrefages, Topinard), algunos de ellos miembros de grandes instituciones científicas (el Museo, el Instituto), se la invitó con frecuencia a dar su opinión sobre los viajes organizados por ciertas administraciones (la Marina, el Ministerio de Instrucción Pública). Esta posibilidad de emitir una opinión concedida al principio de manera oficiosa, acabó por institucionalizarse oficialmente por intermedio de la Comisión de Misiones del Ministerio de Instrucción Pública: Quatrefages[22] fue

[22] Subrayemos no obstante que Quatrefages fue llamado a formar parte de la comisión sobre todo en su calidad de miembro del Museo y del Instituto; y a pesar de que no compartía

llamado a la comisión en 1879, después sucedió lo mismo con Topinard en 1881). Precisemos sin embargo que de hecho se trataba de una manera de reconocer oficialmente la importancia de la sociedad en el plano científico e institucional, pues en realidad ella no necesitaba hallarse representada en la comisión para influir en sus decisiones, y la responsabilidad de Broca en la aprobación de las misiones científicas de Théodore Ber y Pierre Vidal-Senèze constituye una buena ilustración de tal estado de cosas.

Gracias al aura de alguno de sus animadores y a la fuerza persuasiva de su programa teórico, la sociedad llegó a alcanzar a una audiencia bastante extensa: las instituciones oficiales y también un público "ilustrado" compuesto de médicos, oficiales de marina, viajeros. Estimulados por la sociedad (y sus instrucciones), un gran número de individuos acudió a presentarle u ofrecerle diversos objetos (antropológicos o arqueológicos) llevados a Francia como resultado de sus viajes o de sus estancias profesionales en el extranjero.[23] Paralelamente a estas presentaciones de objetos, la sociedad publicaba regularmente informes de las exploraciones y descubrimientos realizados recientemente, comunicaciones dirigidas por viajeros sobre sus trabajos (Squier en 1867, Ber en 1875 y 1877, Vidal-Senèze en 1878, Wiener en 1878), o artículos temáticos.[24] Estas frecuentes referencias al Perú prehispánico permitían al lector mantenerse al corriente de la actualidad arqueológica, al mismo tiempo que se difundía la idea (por intermedio de alusiones a donaciones de objetos por tal médico o tal navegante) de que cualquiera podía tomar parte en la investigación y desempeñar un papel en el "avance de la ciencia".

Entre otras iniciativas que se tomaron para mejorar los progresos de la ciencia antropológica se debe a Paul Broca la creación de un "Laboratorio de Antropología" (que en 1868 pasó a formar parte de los laboratorios de la Escuela de Altos Estudios), y después de una "Escuela de Antropología". En 1870 Broca obtuvo del Decano de la Facultad de Medicina la autorización de dar cursos de antropología en el Anfiteatro de Química, hasta 1876, en que se fundó oficialmente la Escuela de Antropología. Cuando empezaron los cursos (el 15 de noviembre de 1876), Broca tenía a su cargo los cursos de antropología anatómica, Dally los de etnología, Hovelacque los de lingüística, Gabriel de Mortillet los de antropología prehistórica, y Topinard los de antropología biológica. Si bien independiente de la Universidad y

todas las ideas de la Sociedad de Antropología (de mayoría poligenista), podía sin embargo hacerse a veces portavoz de las aspiraciones de sus colegas.

[23] Hemos registrado así en los boletines de la institución 13 menciones de donación o de presentación de antigüedades peruanas a la Sociedad de Antropología en un período de 20 años (1864, 1867, 1873, 1875, 1877, 1878, 1881, 1884).

[24] G. de Mortillet: "Le cimetière d'Ancon" (*B. S. A. P.*, 1876: 187-188); Vidal-Senèze y Noetzli: "Sur les momies découvertes dans le Haut-Pérou" (*Ibid.* 1877: 640-641); Hamy: "Les vases peints d'Ica" (*Ibid.* 1898: 595-597).

de las grandes instituciones científicas, y no concediendo ningún diploma, la Escuela de Antropología obtuvo un pronto éxito: en 1877 contaba con 8 384 alumnos y oyentes, en 1884 con 9 019, y en 1889 con 11 697 (Dias 1991: 69). Sin embargo, se trataba de una enseñanza más bien teórica que práctica, ya que los cursos se dirigían de preferencia a médicos, estudiantes o antropólogos de gabinete. En estas condiciones difícilmente podría pensarse que la Escuela favoreciese la investigación de campo, salvo indirectamente.

El gran dinamismo manifestado por la Sociedad de Antropología desde sus comienzos se explica por el gran reto, no solamente científico sino también ideológico, que constituía el estudio del ser humano: la Sociedad se hallaba dividida entre los partidarios del monogenismo y los defensores del poligenismo, y pronto se convirtió en escenario de vivos debates sobre los orígenes del hombre (Harvey 1984; Blanckaert 1989b). Para apoyar a una u otra tesis (y más generalmente para establecer una clasificación "científica" de las razas), los miembros de la sociedad sintieron la imperiosa necesidad de contar con colecciones antropológicas[25] sobre las cuales descansarían sus estudios y demostraciones. Ello explica sus constantes apelaciones a los viajeros y a toda personalidad susceptible de tomar parte en esa vasta recolección de datos. Los pedidos no se limitaban sin embargo únicamente a restos humanos: los trabajos de Boucher de Perthes y de sus sucesores habían probado la importancia que podían revestir los objetos fabricados, hallados en asociación con los cuerpos y vinculados con una estratigrafía precisa. Más generalmente, el estudio de las diferentes "industrias" humanas tenía como finalidad determinar las características culturales de las razas supuestamente identificadas. Tal es el contexto científico en que hay que situar la participación de la Sociedad de Antropología en la investigación americanista. Como hemos subrayado a propósito de las instrucciones del Dr. Gosse, la historia del poblamiento del Nuevo Mundo era todavía un enigma para los sabios europeos, y objeto de numerosas disputas teóricas: Alcide d'Orbigny (1839) había puesto un primer hito al proponer una clasificación de las razas sudamericanas; las crónicas españolas y algunas observaciones arqueológicas permitían suponer la existencia, en un lejano pasado, de otras "razas" mal definidas, cuyo origen y filiaciones se ignoraba. Cada resto que se traía a conocimiento de la Sociedad debía contribuir a armar poco a poco el "rompecabezas etnológico" que constituía la historia de la humanidad, ya sea colmando una laguna, completando una serie, revelando la existencia de un pueblo hasta entonces desconocido...

[25] Estos objetos fueron pronto reunidos en el seno de un museo, abierto al público en 1877, en la Escuela de Antropología (*cf.* infra: nuestro capítulo sobre los museos y las colecciones).

La Sociedad de Antropología de París fue la primera que se creó en el mundo. En la senda abierta por ella se fundaron otras sociedades de la misma naturaleza en casi todas partes de Europa: Londres (1863), Göttingen (1865), Madrid (1865), Berlín (1869), y después Manchester, Viena, Florencia, Moscú, etc., muestra de la importancia que había asumido este campo de estudios. En contacto más o menos estrecho [26] con todas estas asociaciones, así como con otras instituciones animadas por centros de interés colindantes,[27] la Sociedad de Antropología disponía de una red de corresponsales y simpatizantes a escala internacional. Desde luego que poseía también numerosas ramificaciones a través de toda Francia, por intermedio de miembros o de corresponsales que residían en provincia.

Deseosos de participar al desarrollo de la investigación antropológica —pero quizás también por una preocupación de independencia— algunos círculos de eruditos locales se reunieron para formar a nivel regional sociedades-satélites, dedicadas también a los estudios antropológicos. Tal fue el caso en Lyon en 1881, después en Burdeos en 1884. A pesar de las dimensiones excepcionales de estas dos ciudades, no debía ser fácil en la época reunir un suficiente número de personas interesadas en constituir una sociedad esencialmente dedicada a este campo científico.[28] El éxito de estas iniciativas manifiesta con bastante claridad, nos parece, el impulso que la antropología llegó a adquirir en esos años.

La sociedad de antropología de Lyon

Lyon era desde hacía largo tiempo sede de una intensa actividad científica y museográfica. En materia de antropología se colocó un primer hito en 1879 con la apertura de una "galería de antropología"[29] en el Museo de Historia Natural, gracias a los esfuerzos de la Asociación Lionesa de los Amigos de las Ciencias Naturales.[30] Poco tiempo después se creó un curso de antropología en la Facultad de Ciencias de Lyon. Como resultado de

[26] Su influencia en su vecina británica era muy fuerte (al menos en los primeros años): la *Anthropological Review* publicaba regularmente informes de las sesiones realizadas en París, y proyectaba publicar en traducción un cierto número de obras estimadas importantes, cuyos autores eran Quatrefages, Gosse, Broca, Gratiolet, Pouchet.

[27] En noviembre de 1863 la Sociedad Médica de Lima nombró por unanimidad a Paul Broca miembro correspondiente de la institución, a fin de manifestar su admiración por sus trabajos (*Gaceta Médica de Lima*, N° 167, diciembre de 1863: 110).

[28] Uno podría sorprenderse, por ello, de la ausencia de una Sociedad de Antropología en una ciudad como Tolosa, lugar no obstante de una intensa actividad científica, gracias a personalidades como Edouard Filhol, Émile Cartailhac o Édouard Lartet. Fue en esta ciudad que se publicó la revista fundada por Mortillet *Matériaux pour l'histoire positive et philosophique de l'Homme* [Materiales para la historia positiva y filosófica del Hombre].

[29] Según el inventario proporcionado por Chantre, la galería contenía algunas muestras (cráneos y momias) procedentes del Perú (*B. S. A. P.*, 1879: 124).

[30] *Ibid.*: 60-61.

varias reuniones preparatorias, se realizó el 10 de febrero de 1881 la sesión en la cual se constituyó oficialmente la Sociedad de Antropología de Lyon. Se hallaban presentes treinta personas, entre las cuales son de destacar los nombres de Louis Lortet, director del Museo de Historia Natural, Ernest Chantre, subdirector y M. Milloué, director del Museo Guimet. Para darse un poco más de peso, la sociedad se aseguró el concurso de algunas personalidades nacionales (Cartailhac, Hamy, Topinard) e internacionales (Bastian, en Berlín; Moreno, en Buenos Aires). Como señala su primer boletín, el programa de la Sociedad incluía "el estudio del hombre desde diversos puntos de vista": biología, zoología, etnología, lingüística, arqueología, geografía (*B. S. A. L.*, 1881-1882: 29). En razón de las limitaciones de su irradiación y de su infraestructura, la sociedad sólo podía desempeñar un papel menor en la investigación de objetos arqueológicos, no obstante lo cual sirvió de puesto intermediario a la "Sociedad-madre" de París, al favorecer la difusión de las nuevas ideas científicas y suscitar un remozamiento de las motivaciones a nivel local.

LA SOCIEDAD DE ANTROPOLOGÍA DE BURDEOS Y DEL SUDOESTE

Unos años después de la iniciativa lionesa les tocó a los eruditos bordeleses considerar la creación de una antena local de la Sociedad de Antropología. El 12 de diciembre de 1883, una treintena de adherentes respondió al llamado lanzado por los Dres. Azam y Testut (ambos miembros de la sociedad parisina) para deliberar sobre los estatutos de la futura sociedad. Cuando se realizó la primera sesión general, la sociedad contaba ya con 120 miembros. Según los promotores de la asociación, su decisión tenía como motivación principal la situación geográfica y comercial de Burdeos, y determinaba al mismo tiempo la orientación de los estudios a efectuarse, recordando las relaciones históricas del puerto con América y África. Se subrayó esta particular orientación en el primer artículo de los estatutos, que señalaba los objetivos de la entidad:

> "La Sociedad de Antropología de Burdeos y del Sudoeste tiene como fin el estudio científico de las razas humanas, particularmente en el sudoeste de Francia, y en los países extranjeros que mantienen relaciones con Burdeos." (*B. S. A. B.*, 1884, I, fasc. 1: 9).

De hecho, el intenso tráfico marítimo entre Burdeos y América permitió a los miembros de la sociedad girondina tener a su disposición un gran número de objetos arqueológicos y etnográficos[31] (el boletín de la sociedad mencionó, en varias ocasiones, la presentación de objetos

[31] La considerable colección de objetos peruanos actualmente en el Museo de Aquitaine de Burdeos muestra que la ciudad se hallaba alimentada regularmente de "curiosidades" por negociantes y capitanes de travesía que retornaban de América del Sur (Buretel 1984).

procedentes del Perú). Las donaciones habrían de permitir inclusive considerar, en 1887, la creación de un pequeño museo, para cuyo crecimiento se apeló a la generosidad de los coleccionistas locales (*B. S. A. B.*, 1887, IV: 59).

LAS SOCIEDADES DE GEOGRAFÍA

La Sociedad de Geografía de París

Fundada en 1821, la Sociedad de Geografía de París fue la primera de su tipo, incluso anterior a sus competidoras de Berlín (1828) y de Londres (1830). A pesar de su relativa antigüedad, puede uno asombrarse, sin embargo, de que no se hubiese fundado mucho antes una institución como ésta, hecho que Fierro (1983) explica por la existencia, hasta fines del siglo XVIII, de un infranqueable foso entre geógrafos y viajeros, en razón de la ausencia de comunicación entre unos y otros. Este autor señala, no obstante, la huella de dos "borradores" de una Sociedad de Geografía, que son otras tantas tentativas de reconciliación que tuvieron lugar a fines del siglo de las luces. La primera se debió a la iniciativa de Jean-Nicolas Buache, quien en julio de 1785 presentó a uno de los ministros de Luis XVI un proyecto de sociedad cuya tarea esencial sería elaborar mapas de buena calidad (Fierro 1983: 4-5), proyecto que habría de quedar en letra muerta, al menos en esa forma inicial. En el hervor de ideas que surgió de la Revolución apareció en París, en los últimos años del siglo, una Sociedad de África Interior, constituida según el modelo de la *African Association* de Londres, y que reunía a viajeros y navegantes como Levaillant, Bougainville y Baudin,[32] y geógrafos de gabinete como Langlès y quizás Buache. De acuerdo a las informaciones recogidas por Fierro (*Ibid.*: 5-6), la sociedad trasladó su sede a Marsella en 1801, y habría subsistido hasta 1814. La caída del Imperio y los primeros años de la Restauración iban a registrar un repliegue general de Francia, tanto político como científico.

La fundación de la Sociedad de Geografía en 1821 se inscribe en un contexto diferente, cual es el retorno de Francia a la escena internacional, con el relanzamiento de una política marítima ambiciosa y expansionista. El período se halla marcado igualmente por un vigoroso renacimiento del interés del público por la literatura geográfica y de viaje. Se ve así, en la primera mitad del siglo XIX, una expansión de las publicaciones periódicas sobre viajes, y particularmente sobre expediciones marítimas (Lejeune 1987, I: 189). La aparición en esos años de algunas grandes obras de síntesis y de compilación de viajes[33] ilustra la preocupación de los eruditos por establecer

[32] Quien estaban también miembros de la Sociedad de Observadores del Hombre.

[33] *Précis de Géographie universelle*, de Malte-Brun (1810-1829, 8 vols.); *Annales des voyages* (a partir de 1807) y, después, *Nouvelles Annales des voyages* (a partir de 1819) y *Abrégé des voyages modernes, depuis 1780 jusqu'à nos jours...*, por Eyriès (1822-1824, 14 vols.); *Histoire des voyages*, de

el estado de los conocimientos geográficos en ese momento. Estas monumentales obras eran una continuación de las "colecciones de viajes" publicadas a lo largo del siglo XVIII.[34]

Luego de dos reuniones preparatorias en julio de 1821, la asamblea constitutiva de la sociedad se realizó en una sala del Municipio, en París, el 15 de diciembre de 1821. Los 217 miembros fundadores de la asociación (mencionados en el primer boletín) provenían de horizontes muy diversos. Se nota sin embargo la presencia masiva de representantes del Estado y de la administración (miembros del gobierno y de la Cámara, funcionarios de los diferentes ministerios, oficiales del Ejército y de la Marina, miembros del Instituto y representantes de la Universidad). Entre los demás fundadores Fierro (1983) identifica juristas, banqueros, comerciantes, industriales, hombres de letras, etc. Siguiendo a Fierro (*Ibid.*: 22-23), notaremos el doble patrocinio político y científico de la sociedad, pues de preferencia se ofreció la presidencia a altas personalidades políticas; y, en lo que respecta a la caución científica, ésta se hallaba garantizada por grandes nombres, como los de Berthollet, Cuvier, Gay-Lussac, Humboldt, Laplace. Personajes que en la práctica intervinieron muy poco en la vida de la institución, y a los cuales se había recurrido esencialmente por la protección que podían dar a la nueva institución. En cuanto a los miembros verdaderamente activos, hay que buscarlos entre los funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores, los ingenieros y los "geógrafos" (los veteranos de la expedición a Egipto, reunidos en torno a Jomard, y los colaboradores de Malte-Brun en los *Nouvelles Annales des Voyages*). ¿Cuál era la vocación de la entidad en el momento de su fundación? He aquí cómo Conrad Malte-Brun resumía sus principios en una de las primeras sesiones (el 15 de febrero de 1822):

> "Tenemos un objetivo bien determinado, cual es acrecentar la masa de conocimientos positivos sobre el globo que habitamos y sobre los pueblos que comparten su dominio; [...]. Dos son los medios que deben conducirnos a este noble fin: uno es el coraje de los viajeros, que vamos a excitar, dirigir y sostener; y el otro el saber de los autores cuyos informes vamos a coronar o cuyas obras y relaciones inéditas vamos a publicar." (*B.S.G.P.*, 1822, 1ᵉ série, I: 49).

Orientación de las investigaciones

A fin de desarrollar el movimiento geográfico, y "excitar" y "dirigir" el ardor de los viajeros, la sociedad multiplicó las intervenciones e iniciativas

---

Walckenaer (1826-1831, 21 vols.); *Bibliothèque universelle des voyages effectués par mer ou par terre...*, por Albert-Montémont (1833-1836, 46 vols.).

[34] Abbé Prévost *Histoire générale des voyages*, París, 1746; La Harpe *Abrégé de l'histoire des voyages*, Paris, 1765; Abbé Delaporte *Le voyageur français*, París, 1780.

a lo largo de toda su existencia, ya sea por medio de instrucciones, ya sea por medio de la convocatoria de concursos con premios.

Las instrucciones

La redacción de instrucciones a los viajeros había sido uno de los primeros objetivos enunciados por la sociedad, y así, en espera de estar en capacidad de poner a punto instrucciones muy precisas, Malte-Brun hizo publicar, desde el primer boletín, una lista de las "regiones a visitarse prioritariamente", acompañada por algunos comentarios. En el rubro "América Española" se mencionaba sólo algunos países (no el Perú, en este caso), y se invitaba, por ejemplo, a dirigirse a Chile, país que no habría sido "visitado por europeos desde hacía medio siglo"(*B.S.G.P.*, 1822, 1e série, I: 53). Se publicó un primer "listado de cuestiones" en 1824, a iniciativa del mismo Malte-Brun. No se trataba, en realidad, más que de una compilación de diversas instrucciones redactadas en respuesta a pedidos particulares de viajeros que se encontraban a punto de partir, y considerando que esos elementos de investigación podían ser utilizados por otros viajeros, la sociedad decidió publicarlos en forma de plaqueta. A través de esas catorce primeras series de preguntas, se hacía referencia a todos los continentes, pero las instrucciones relativas al Nuevo Mundo versaban sólo sobre Texas, Florida y el Brasil.

Si el Perú no tuvo el honor de ser incluido en esta primera serie de instrucciones, se subsanó la laguna unos años más tarde, ya que a fines de 1827 llegó a la oficina de la sociedad la *Relation d'un voyage de Arica à Potosí*, efectuado por un cierto P. J. B. Vasseur[35] en el año anterior. Un relato que brindaba esencialmente informaciones geográficas, pero en el cual se podía hallar también algunas observaciones de orden arqueológico. En su sesión del 1° de febrero de 1828, la comisión central resolvió dirigir a Vasseur una serie de preguntas sobre las regiones que había recorrido. Coquebert de Montbret se encargó de la parte relativa a la geografía (física y humana) y a la historia natural, mientras que Cadet de Metz redactó la sección histórica del cuestionario. En ésta se sugería a Vasseur, sobre todo, "buscar las huellas, si las hay aún, de los monumentos de los antiguos peruanos, tales como construcciones, templos, ídolos, estatuas, monedas, tumbas, instrumentos".[36] En comparación con el lujo de detalles de algunas de las preguntas geográficas o de historia natural planteadas por Coquebert, el laconismo de las instrucciones arqueológicas ilustra sin duda las inmensas lagunas de que daban prueba por entonces los eruditos franceses en lo que respecta a las civilizaciones prehispánicas del Perú, pues si bien los

[35] *B.S.G.P.*, 1828, 1e série, IX: 77-99.

[36] Archivos de la Sociedad de Geografía: paquete N° 3 bis (expediente Cadet de Metz). Estas instrucciones permanecen aún inéditas; ver Riviale 2000a.

viajeros europeos comenzaban a circular en buen número por la nueva república independiente, muy pocos eran los que habían llevado consigo datos confiables y precisos.

Veinticinco años más tarde, la Sociedad de Geografía tuvo de nuevo la posibilidad de preparar instrucciones para el Perú, a pedido de Saint-Cricq. Este viajero, a la vez artista y aventurero, había permanecido por un prolongado tiempo en América del Sur, a lo largo del cual realizó varias exploraciones geográficas en la parte oriental del Perú (reconocimiento de los ríos Ucayali y Amazonas), así como algunos trabajos arqueológicos en la costa (en los alrededores de Islay y en torno al Cuzco). Mientras se aprestaba a regresar a América, presentó a la sociedad los resultados científicos de su primera estancia, y pidió instrucciones para su próximo viaje. Como su proyecto de exploración tenía como centro la región selvática del Perú, el cuestionario que Cortambert redactó para él en 1854 se refería esencialmente a la hidrografía, ya que se trataba de determinar el caudal del Ucayali, el Tunguragua y del Apurimac, de buscar los orígenes del Amazonas, etc. Los demás ámbitos de investigación —sobre todo la arqueología— no eran mencionados sino por el sesgo de una rápida alusión:

> "Es igualmente superfluo insistir en el interés que ella [la Sociedad] asigna a los detalles precisos concernientes a la etnografía y la arqueología peruanas, las lenguas, la topografía, los productos de las regiones que el viajero habrá de recorrer" (*B.S.G.P.*, 1854, 3e série, VII: 404).

A la inversa de las instrucciones anteriores, las eventuales lagunas de Cortambert en materia de arqueología no se hallaban aquí en discusión, y se trataba más bien de una elección específica: las instrucciones redactadas para Saint-Cricq se referían esencialmente a la región del Alto Amazonas, cuyo sistema fluvial estaba aún por entonces mal definido y parecía ofrecer grandes posibilidades para el comercio europeo, lo cual explica el privilegio de la geografía, en detrimento de otros posibles campos de investigación.

Está probado que Saint-Cricq volvió a partir efectivamente hacia América del Sur, pero no sabemos cuándo.[37] En todo caso, sus posteriores escritos no permiten determinar si aplicó, de una u otra manera, las recomendaciones de la Sociedad de Geografía. Si no fue así, notemos que la sociedad ofreció la posibilidad de que esas instrucciones fueran utilizadas por otros viajeros, al publicarlas en 1856 dentro de una segunda serie de interrogantes.

Paralelamente a ambas series de instrucciones particulares

[37] J.-P. Chaumeil (1994: 273) supone que Saint-Cricq realizó varios viajes, entre 1847 y 1860, en el curso de los cuales efectuó principalmente una exploración de la región de Carabaya; por nuestra parte consideramos que su segunda (¿y última?) permanencia en el Perú tuvo lugar después de 1854.

(aparecidas, respectivamente, en 1824 y 1856), la sociedad publicó instrucciones "generales", aplicables a cualquier parte del mundo. La idea parece haber tenido como autor a Charles Maunoir, en julio de 1866, al proponer que se redactase un cuestionario "que incluyese la indicación general de los hechos que interesaban a la geografía y que deben atraer, en todos los países, la atención de los viajeros" (*B.S.G.P.*, 1866, 5e série, XII: 176). No fue sino al año siguiente, después del relanzamiento del proyecto por Quatrefages, que se constituyó una comisión de trece miembros para preparar la publicación del manual. Como consecuencia de múltiples retardos, la obra no fue terminada y publicada sino en 1875. La parte principal, desde luego, estaba consagrada a la geografía, pero no por ello se desdeñó las demás disciplinas. En la sección reservada a la antropología Quatrefages recordaba la necesidad de llevar a Francia colecciones de todo tipo, pues eran grandes las lagunas que se había constatado en los museos y laboratorios: "en el estado actual de las galerías destinadas a recibirlas, no hay una sola, por así decir, que posea verdadero valor" (Sociedad de Geografía de París 1875: 257). En cuanto a la tercera parte del manual, dedicada a la etnografía y la historia, no se abordaba en ella la historia y las antigüedades sino por la vía de una sección (redactada por Ernest Desjardins[38]) titulada *Textes épigraphiques et moyens de les relever* [Textos epigráficos y medios para apuntarlos]. Inútil decir que estas "instrucciones generales" desempeñaron probablemente un ínfimo papel en el dominio que nos ocupa...

Los "premios"

Una de las primeras medidas, entre las varias destinadas a promover la investigación, fue la institución de un sistema de premios. A partir del 22 de marzo de 1822 se propuso una primera serie de tres premios a asignarse por concurso: "Determinar la dirección de las cadenas de montañas de Europa"; "Itinerario estadístico y comercial de París a Havre-de-Grace"; "Investigar el origen de los diversos pueblos que se han expandido por las islas del Gran Océano, al sureste del continente asiático" (*B.S.G.P.*, 1822, I: 64-66). Los temas de los concursos de los años siguientes tendieron a poner el acento en la exploración de regiones lejanas: Estímulo para un viaje a Tombuctú; Relación detallada de la antigua Cirenaica; Estímulo para un viaje a Caramania (*B.S.G.P.*, 1825, IV: 209 y siguientes); Viaje de descubrimiento a Guayana; Descripción de las Ruinas de Palenque (*B.S.G.P.*, 1826, V: 588 y siguientes).

[38] Especialista en antigüedades clásicas, pero sin embargo autor de una obra titulada *Le Pérou avant la conquête espagnole* (París, 1858), a quien nos hemos referido ya a propósito de las instrucciones a M. Mimey, redactadas por la Academia de Inscripciones y Bellas Letras (*cf.* supra).

Los temas de investigación propuestos por la Sociedad de Geografía eran ambiciosos; demasiado quizás en relación con las posibilidades materiales de los lectores del boletín, ya que en ausencia de una estructura gubernamental comparable a la que instituyó la administración británica, pocos franceses se hallaban en capacidad de cumplir con las tareas planteadas por la sociedad. De los veinte premios que se pusieron en concurso (entre 1823 y 1832), diez no fueron concedidos, otros fueron postergados de año en año antes de que se pudiese encontrar trabajos dignos de ser recompensados. Tal fue el caso del único premio de carácter arqueológico que se ofreció, destinado a recompensar la mejor descripción de Palenque. Se pedía a los candidatos que acompañasen su memoria con planos y cortes de los monumentos, así como con estudios sobre los demás grandes sitios vecinos (Mixco, Copán, Petén). A falta de resultados que respondiesen a la expectativa del jurado, el premio, instituido en 1825 ó 1826, no fue realmente concedido nunca, pues se concedió al Capitán Dupaix una "mención honrosa" en 1830, por sus trabajos sobre los monumentos mayas,[39] y después el premio fue puesto nuevamente a concurso hasta 1839 ó 1840, año en el cual dejó de mencionarse el tema en el boletín...

Para evitar en adelante el obstáculo de estos concursos temáticos, a menudo demasiado difíciles de realizar, Jomard lanzó en 1838 la idea de un premio anual "para el descubrimiento más importante en geografía". Este premio iba a convertirse en un de los símbolos notorios de la Sociedad de Geografía y alcanzaría un prestigio internacional. Algunos exploradores del Nuevo Mundo recibieron los honores de esta recompensa:

- 1835: Alcide d'Orbigny, Gran medalla de oro por su viaje a América meridional;
- 1840: el coronel Juan Galindo, medalla de plata por sus trabajos geográficos (¿y arqueológicos?) en América Central:
- 1845: Claude Gay, Gran medalla de oro por su viaje a Chile;
- 1850: Francis de Castelnau, medalla de oro excepcional por sus exploraciones en América del Sur;
- 1873: Aimé Pissis, medalla de oro por su mapa topográfico de Chile;
- 1874: Alphonse Pinart, medalla de oro por su exploración de Alaska;
- 1879: Lucien Napoléon Bonaparte Wyse, medalla de oro por su viaje a Panamá;

[39] *Comptes-rendus des séances de la Société de Géographie de Paris*, 1894, annexes: 6). Los manuscritos olvidados de Dupaix (correspondientes a sus exploraciones entre 1805 y 1807) fueron descubiertos en México por el abad Baradère en 1828; el anuncio de la próxima llegada de estos documentos a Francia indujo a la sociedad a postergar los plazos del concurso. Pero finalmente, según parece, no se concedió el premio...

– 1880: Dr. Jules Crevaux, medalla de oro por sus exploraciones en las Guayanas;
– 1881: Francisco Moreno, medalla de oro por sus trabajos en Patagonia;
– 1884: Auguste Thouars, medalla de oro por sus viajes al Gran Chaco;
– 1884: Désiré Charnay, medalla de oro (Premio Auguste Logerot) por sus investigaciones arqueológicas en Yucatán;
– 1892: Henri Coudreau, medalla de oro (Premio Louise Bourbonnaud) por sus diez años de exploración en Guayana.[40]

A pesar del número no desdeñable de americanistas recompensados, hay que señalar dos cosas: en primer lugar, el muy reducido número de trabajos arqueológicos laureados (lo cual no debería asombrar a nadie, dado el enunciado del premio); y, en segundo lugar, la parte relativamente menor asignada a América, en comparación con las recompensas asignadas a los viajes a África, Asia e incluso a las regiones polares. Sin embargo, la deficiencia más grave del sistema no reside en ello: el análisis de la naturaleza de los viajes recompensados permitió a Fierro (1983: 206) constatar el retraso en que incurrió la sociedad parisina frente a su competidora londinense, ya que de las treinta y dos medallas de oro concedidas por París entre 1829 y 1863, siete fueron asignadas a exploradores que ya habían sido recompensados por la sociedad británica; más aún, si catorce de los treinta y dos laureados eran franceses, once eran ingleses, cinco alemanes, un ruso y un suizo. En el período 1864-1896 la situación tendió a subsistir, pero en menores proporciones, ya que las diecisiete personas recompensadas con una medalla de oro, sólo cuatro lo había sido ya por los ingleses. Se contaban por entonces diez franceses, dos ingleses, dos portugueses, un alemán, un americano y un sueco.

Esta situación no es, en definitiva, sino una ilustración del constante desfase de que dio muestras la Sociedad de Geografía de París frente a la actualidad científica, y sobre todo de su incapacidad para promover y financiar por sí misma (como hicieron sus hermanas londinense y berlinesa) viajes de exploración. No fue sino en el último tercio del siglo XIX que los partidarios de una política dinámica de exploración se impusieron en el seno de la sociedad parisina, con el ingreso de Maunoir al cargo de Secretario General. En este mismo período, la creación de la Comisión de Misiones de Instrucción Pública (1874) dio a la Sociedad de Geografía la posibilidad de influir en la política de investigaciones, gracias a la presencia en su seno de varios de sus representantes (Edouard Charton, después d'Avezac, más tarde, Charles Maunoir y Georges Périn). En su calidad de diputados, Charton y Périn no escatimaron esfuerzos para promover la

[40] *Ibid.*, annexes: 1-15.

causa de la exploración geográfica, y con ello la expansión colonial. El desarrollo del movimiento colonial francés a partir de 1875 no debía sino acentuar la concentración de la Sociedad de Geografía en África y en Extremo Oriente. Como consecuencia de ello, cuando por fin la sociedad llegó a consagrar una parte más importante de sus recursos al financiamiento de proyectos de exploración, sus esfuerzos se dirigieron esencialmente a estas dos partes del mundo (Fierro 1983: 211-213), dejando de lado la América precolombina y sus antigüedades.

La difusión de la información arqueológica

La segunda parte de la misión atribuida a la Sociedad de Geografía por Malte-Brun era la propagación de los conocimientos por medio de la publicación de informes y de relatos inéditos de viajeros. A este respecto, los esfuerzos de la Sociedad estuvieron coronados por un cierto éxito. Después de diez años de una puesta en marcha laboriosa, el boletín de la Sociedad privilegió, a partir de 1830, los documentos originales, cartas o comunicaciones, en relación con las reseñas de obras (Fierro 1983: 173). A lo largo de toda su existencia (1822 a 1899), el boletín concedió un lugar preferencial al África; muy lejos, detrás, venían los artículos consagrados a América Latina, el Cercano Oriente y la geografía histórica (entre el 10 y el 15 % del total); después los relativos a Europa, América del Norte, Oceanía y el resto de Asia[41] (cerca del 5 %).

Si bien el área andina no constituía, hablando geográficamente, una atracción mayor para los autores del boletín (*Ibid.*: 182), en cambio las antigüedades procedentes de esta parte del mundo le aseguraban una cierta notoriedad "revalorizadora". De hecho, los artículos referentes al Perú son aquí bastante numerosos, ya que la mayoría de los grandes viajeros franceses tuvieron el honor de figurar en las columnas del Boletín, ya sea en el curso de sus exploraciones (por medio de informaciones o de cartas), ya sea después de su retorno a Francia. En la mayor parte de esos artículos se hace mención a trabajos, o al menos a observaciones arqueológicas, efectuados por viajeros. Tal es el caso de los siguientes autores: J. B. Vasseur (1828, IX); A. d'Orbigny (1834, 2e série); Cl. Gay (1840, 2e série, XIV); F. de Castelnau (1846, 3e série, VI; 1847, 3e série, VIII); L. de Saint-Cricq (1848, 3e série, IX; 1853, 4e série, V); H. Weddell (1851, 4e série, I); Ch. Wiener (1876, 6e série, XI; 1878; 6e série, XVII); L. de Cessac (1877, 6e série, XIII); Th. Ber (1882, 7e série, III); P. Vidal-Senèze (1885, 7e série, VI).

A partir de los años 1880, las referencias al Perú (así como las relacionadas con la arqueología en general) tendieron a desaparecer, para ser reemplazadas más ampliamente por las grandes exploraciones de las selvas vírgenes (Chaffanjon, André, Thouars, Coudreau, etc). La Sociedad

[41] El interés por el Extremo Oriente aumentará a medida del desarrollo del movimiento colonial, para alcanzar el 25 % del total de artículos a fines del siglo XIX (Fierro 1983: 181).

se hizo eco igualmente de diversas exploraciones realizadas por viajeros extranjeros, y no de los menores: Rivero y Tschudi (en 1830 y 1853), el capitán Ray (en 1838); J. M. Rugendas (en 1847); E. Squier (en 1867); C. Markham (en 1874); A. Bastian (en 1879).

Esta difusión de las informaciones arqueológicas fue posible para la sociedad gracias a sus contactos con los viajeros mismos, pero también con los organismos privados o públicos que los apoyaban, así como con sus corresponsales en el extranjero. Así, por medio de la publicación de informes y de reseñas en su boletín, la Sociedad de Geografía proporcionaba regularmente a sus lectores información sobre la actualidad arqueológica del Perú (grandes descubrimientos, partida o llegada de un viajero, etc.). Si bien no es posible determinar su real impacto, es posible que la "publicidad" que se hacía de esta manera en torno a las antigüedades peruanas influyese en la mentalidad de una parte de su público, familiarizando a la gente con las nuevas disciplinas, incluso suscitando el deseo de coleccionar ese tipo de objetos. Ese fue, en definitiva, el papel esencial de la institución, esto es el de servir de intermediario entre los viajeros y el público para difundir los nuevos conocimientos geográficos, etnográficos, arqueológicos y, entre las instituciones oficiales y ese mismo público para estimular la buena voluntad general en favor de la ciencia. A pesar de sus declaraciones iniciales (recordemos el discurso de Malte-Brun en febrero de 1822), la sociedad no pudo realmente ir más allá de ese papel, pues a la inversa de sus hermanas británica y alemana, la sociedad francesa fue incapaz —con algunas pocas excepciones— de suscitar un verdadero impulso en los estudios geográficos, y ello por varias razones:

– La crónica inestabilidad de su directorio: los incesantes cambios del secretario general a la cabeza de la sociedad no favorecieron la aplicación de una política de investigación coherente;

– La falta de un discurso teórico: pues si bien la Sociedad de Antropología no participaba directamente en la investigación de campo (ninguna financiación de misiones), al menos había establecido un programa científico que proporcionaba puntos de orientación si bien no claros al menos suficientemente evocadores y motivadores para los viajeros. A falta del mismo, y por la inestabilidad a que nos hemos referido, la Sociedad de Geografía no se halló, sino muy tardíamente, en aptitud de dar una cierta consistencia a sus objetivos;

– El carácter mismo de sus miembros: ya que la comisión central se componía esencialmente de geógrafos de gabinete y contaba en sus filas muy pocos y verdaderos exploradores, lo cual determinaba una evidente falta de realismo y de dinamismo; y en cuanto a sus miembros ordinarios, había entre ellos una gran cantidad de individuos pasivos;

– La naturaleza de las instituciones francesas, por lo general poco dispuestas a invertir en operaciones arriesgadas, pues a la inversa de la

Geographical Society de Londres, que organizaba sus propias expediciones con ayuda de mecenas privados, la Sociedad de París no estuvo nunca en capacidad de reunir sumas suficientes para financiar sus propios proyectos. Sus únicos llamados a contribuir no se dirigieron sino a los ministerios, por lo general reticentes a asignar fondos importantes para exploraciones de resultado incierto;

– La competencia de otras sociedades de estudio: ya que después de un largo período de estancamiento, la sociedad no surgió, en el último cuarto del siglo XIX, sino gracias a un doble fenómeno, cual fue la elección de Maunoir como Secretario General en 1867, por una parte, y, por otra, la expansión colonial y la gran afición del público por la geografía.[42] Cuando por fin se dieron las condiciones para hacer de la Sociedad de Geografía de París una institución poderosa y activa, surgieron otras numerosas sociedades que habrían de competir con ella, de modo que como consecuencia del desarrollo de sociedades de antropología y de etnografía, la Sociedad de Geografía delimitó más precisamente sus centros de interés, restringiéndose sólo al campo de la geografía.[43] Pero incluso en su propio terreno la sociedad parisina tuvo que sufrir pronto la competencia de una miriada de sociedades de geografía provinciales, que le arrebataron una parte de su público (Fierro 1983: 240).

OTRAS SOCIEDADES DE GEOGRAFÍA EN FRANCIA

Única sociedad específicamente dedicada a la geografía durante medio siglo, la sociedad parisina tuvo que enfrentar una ruda competencia en su propio terreno en el último cuarto del siglo XIX. La emergencia de una multitud de sociedades geográficas a través de todo el país en este período ilustra la gran afición del gran público por la geografía y las exploraciones, así como una nueva expresión de la sociabilidad en Francia. Al advertir la aparición de este nuevo interés por la geografía, la sociedad parisina consideró por un tiempo (a comienzos del decenio de 1870) la posibilidad de crear secciones departamentales, pero finalmente optó por dejar que se desarrollaran de manera independiente las iniciativas locales.

Fue en Lyon, en 1873, cuando nació la primera sociedad de geografía de origen local, pronto seguida por un gran número de ciudades de Francia, e incluso de Argelia: Burdeos, Marsella, Oran, Montpellier, La Rochelle, etc. En 1881 había 17, en 1890 30 (Fierro 1983: 217 y 240). Paralelamente a este florecimiento de iniciativas locales, señal de la voluntad general de

[42] El desarrollo de la Sociedad puede ser ilustrado por algunas cifras: en 1821, 217 miembros; en 1860: 217; en 1870: 654; en 1875: 1 353; en 1880: 2 000; en 1885: 2 478 (Fierro 1983: 287, cuadro 12).

[43] De allí la progresiva desaparición de artículos de carácter arqueológico y etnográfico en el Boletín.

tomar parte en esta nueva cruzada científica y civilizadora que era la expansión colonial, se debía asistir a la emergencia de una diferente manera de considerar la geografía: la "geografía comercial" deseaba aportar una dimensión netamente más pragmática a esta vieja disciplina. En los orígenes de este movimiento se encuentra la creación, en el seno de la sociedad parisina, de una comisión de "geografía comercial" formada en una mitad por miembros de la sociedad y en la otra por representantes de la cámara de comercio. Este grupo iba a constituir el núcleo de la Sociedad de Geografía Comercial de París, fundada en 1873, iniciativa que fue retomada a lo largo de los años siguientes por Burdeos (1874), Nantes (1882) y Le Havre (1884).

Esta asociación de la geografía y del capitalismo ilustra por ello mismo los límites en los que hay que situar este impulso geográfico nacional, ya que esa multiplicidad de iniciativas locales tuvo en la mayor parte de los casos motivaciones coloniales y comerciales más bien que los de una real curiosidad científica. Se comprenderá, en tales condiciones, que la mayor parte de esas sociedades no asignase sino un lugar de los más reducidos al estudio de las civilizaciones precolombinas entre sus objetivos y centros de interés. La consulta de algunas de sus publicaciones[44] nos ha confirmado, por lo demás, en esta opinión. Se les puede reconocer, sin embargo, un papel de puesto de relevo en la difusión de la información científica de diverso orden (entre otros arqueológico) y en la propagación de un estado de espíritu "explorador".

LA SOCIEDAD DE ETNOGRAFÍA AMERICANA Y ORIENTAL

Entre las sociedades de estudios que desempeñaron en Francia un papel motor en la investigación arqueológica precolombina, la Sociedad Americana de Francia (conocida también bajo el nombre de Comité de Arqueología Americana) habría debido, teóricamente, ocupar un lugar esencial, pero es obligado concluir que tal no fue el caso. El análisis de las tribulaciones de esta asociación nos hará aprehender mejor el *impasse* en el que debía caer un sector importante de la erudición francesa que pretendía encarnar, en la segunda mitad del siglo XIX, el americanismo y, más ampliamente, la ciencia etnográfica.

La Sociedad de Etnografía

Según la tradición transmitida hasta nosotros, gracias a Léon de Rosny,[45] la Sociedad de Etnografía Americana y Oriental se habría formado

[44] *Bulletin de la Société de Géographie de Marseille, Bulletin de la Société Languedocienne de Géographie, Bulletin de la Société de Géographie de Toulouse.*

[45] En el prólogo que explicaba las circunstancias del nacimiento de la revista publicada por esta institución (*Revue Orientale et Américaine*, 1860, II: 450).

en 1859 por la fusión de una primera "Sociedad Americana" (fundada en 1857 alrededor de Brasseur de Bourbourg, Aubin, L. de Rosny y A. Maury) y una "Sociedad de Amigos del Oriente", de la cual no se sabe mucho más.[46] ¿Se debe ver en ello un matrimonio de conveniencia —a falta de integrantes suficientes, como supone Lasteyrie (1904, IV: 53)—, o sería la consecuencia de un razonamiento compartido a mediados de la centuria,[47] según el cual al porvenir las civilizaciones americanas de Asia, no resultaba ilógico hacer converger los trabajos relativos a ambos continentes en el seno de una sola sociedad, para mejor conocer el oriente a través de sus avatares americanos? Detrás de esta unión simbólica de los dos continentes se ocultaba, en Léon de Rosny y sus compañeros, un proyecto espiritualista y civilizador:

> "¿... no podemos imitar a Colón, ese genio poderoso y realizador que se dirigió a América cuando buscaba por occidente el camino más corto a las afortunadas regiones del oriente [...]? En todo sentido la misión que nos ha sido reservada es noble y bella: en oriente, son los más antiguos focos de civilización que nos toca revivir; en América es la Europa ilustrada pero envejecida, que hay que continuar; por doquiera son fuerzas que hay que reunir, pueblos de razas diversas que hay que homogeneizar, ideas de síntesis que hay que hacer prevalecer."[48]

Según el artículo 1° de sus Estatutos, la Sociedad había sido constituida "con el fin de contribuir al progreso de la etnología, de la lingüística y de la arqueología, de la historia y de las ciencias del antiguo y del nuevo mundo."[49] Un programa, pues, en teoría muy amplio y muy abierto. En realidad, si los americanistas eran minoría, pudieron exponer y publicar un número considerable de trabajos sobre las sociedades amerindias. Sin embargo, se puede constatar, a la lectura de los boletines y anuarios de la institución, que al cabo de algunos años sólo se habían de poner ciertos límites a los centros de interés de la Sociedad. Limitación de orden disciplinario, para comenzar, ya que la mayoría de los temas abordados se referían a la lingüística, a los mitos, a las "artes" y, de manera más general, a todos los elementos considerados susceptibles de permitir la definición de las características propias de una civilización dada: las características físicas no formaban parte de ella o, más bien, su estudio no

[46] ¿Se trata de una sociedad diferente de la "Sociedad Oriental", cuya existencia está documentada entre 1841 y 1865, y de la cual formaban parte algunos de los principales animadores de la Sociedad de Etnografía (Rosny, Garcin de Tassy, Labarthe, Oppert)?

[47] La idea había sido expresada ya principalmente por Alexandre Lenoir (1832; haremos más amplia referencia a este texto a propósito del Museo Americano del Louvre, *cf.* infra) o por Gustave d'Eichtal ante la Sociedad Etnológica en 1846.

[48] L. de Rosny: "Amérique et Orient", *Revue Orientale et Américaine*, 1859, I: 1-3.

[49] *Annuaire de la Société d'Ethnographie*, 1863: 2.

era de competencia de la ciencia etnográfica. Según León de Rosny —"alma" de la Sociedad— se trataba de dos ámbitos de estudio totalmente distintos: la antropología era una "ciencia natural", mientras que la etnografía era "la ciencia del destino humano".[50] Esta precisión, expresión de una convicción de Rosny, tenía lugar en un momento en que la sociedad atravesaba una grave crisis de identidad: ¿cuál era el papel de la etnografía, cuáles debían ser sus áreas de acción, cuál era la misión de la sociedad? Otras tantas preguntas que ocasionaron tempestuosos debates internos. Una de las discusiones más duras estalló en la primavera de 1865. En marzo de ese año, Charles de Labarthe presentó ante la sociedad un proyecto de "programa científico de la etnografía", en el cual exponía su concepción de lo que debía ser la ciencia etnográfica.[51] El programa fue rechazado al punto por ciertos miembros de la institución, estimando que abordaba demasiado netamente las cuestiones de orden antropológico. Léon de Rosny, en particular, recordó la distinción que veía entre la etnografía y la antropología, y exhortó a sus compañeros a no extraviarse por una vía que no era la suya. Las actividades de la Sociedad no eran, sin embargo, tan unívocas,[52] y Alphonse Castaing no dejó de señalar este ilogismo:

> "... me limitaré a rogar a la Sociedad ser consecuente con ella misma: desde su resurrección,[53] que tengo el honor de haber presidido, ha realizado una obra muy importante, de la cual vuestro presidente, el señor d'Hervey-Saint-Denys, ha sido inteligente promotor, la colección de tipos,[54] obra antropológica si las hay: desgarrad vuestras copias fotográficas o restableced en el programa los estudios naturales." (*Actes de la Société d'Ethnographie*, 1865, 2ᵉ série, I: 163)

La línea defendida por Rosny se impuso, y se asistió entonces a una exclusión de hecho de casi toda referencia a la raciología, y, más ampliamente, a la antropología física.[55] De la misma manera, los temas

[50] *Actes de la Société d'Ethnographie*, 1865, 2ᵉ série, I: 161.

[51] Ch. de Labarthe: "Esquisse d'un tableau préparatoire génésique, pour l'établissement d'un programme scientifique de l'Ethnographie". *Actes de la Société d'Etnographie*, 1865, 2ᵉ série, I: 146-157.

[52] Como hemos subrayado ya, un número no desdeñable de artículos publicados por la sociedad en sus primeros años se inscribían sin ambigüedad en la antropología física.

[53] Castaing se refería a una crisis anterior, de la cual se sabe poco, que conmovió seriamente la Sociedad hacia 1862-1863 (Lacombe 1980): se ignora por ejemplo las relaciones entre esta crisis y la secesión decidida en 1863 por la sección americanista de la institución.

[54] Se trataba de una serie de fotografías antropológicas (de frente y de perfil) de individuos del mundo entero. Lejos de renunciar a esta empresa, la sociedad publicó en 1867 este álbum, del que se sentía muy orgullosa...

[55] Hasta mediados de los años 1860, la *Revue Orientale et Américaine* y las *Actes de la Société d'ethnographie* acogieron un número no desdeñable de artículos sobre el tema; después de ello, tenderían a desaparecer, aunque hubo excepciones particularmente incongruentes e inexplicables: así por ejemplo la sociedad iba a auspiciar la publicación de una serie de instrucciones sobre "el

generalmente abordados por los miembros de la Sociedad denotaban ciertas limitaciones étnicas (más raramente explícitas), ya que para la mayoría de ellos la etnografía tenía como fin "elucidar la cuestión tan obscura de las leyes que presiden la evolución de la humanidad;[56] según otra frase de Rosny, era "la ciencia de la civilización" (Rosny 1900: 27). Lo que más les interesaba era determinar los procesos constitutivos de una civilización y, en esta perspectiva, las sociedades "primitivas" (dicho de otro modo, aquéllas en las que no podía advertirse el menor indicio de "civilización") no podían atraer su atención. Esta limitación no se hizo explícita si no muy raramente, y parece haberse tratado sobre todo de una convención tácita. Sin embargo, Rosny habría abordado claramente la cuestión en 1885, al establecer una neta distinción entre lo que pertenecía a la etnografía y lo que era incumbencia de otras ciencias:

> "En el estado de salvajismo, las sociedades humanas se inscriben de manera casi exclusiva en el campo de la antropología, en cuanto historia natural del hombre. En el estado de barbarie, la condición de las sociedades humanas depende todavía, en una amplia medida, del carácter puramente animal del primer ser de la creación" (citado por Dias 1991: 53).

En realidad, se constata que la mayoría de los artículos americanistas publicados por la Sociedad de Etnografía se refería a las "grandes civilizaciones" mesoamericanas y andinas. Más aún, un buen número de los estudios descansaba, de manera muy clásica, en la lectura de las crónicas, o consistían en tentativas de interpretación de los códices mexicanos o de ciertos motivos iconográficos. No había allí, es verdad, con qué lanzar una "escuela" americanista muy innovadora...

En ausencia de todo documento de archivos, es difícil distinguir con exactitud el procesó que llevó a la Sociedad de Etnografía a un fracaso relativo, pero debe constatarse que a pesar de sus esfuerzos para obtener un reconocimiento internacional y para ampliar sus redes de conexiones,[57] la institución vio reducirse su audiencia con el paso de los años, tanto en Francia como en el extranjero. Se ve claramente que, a pesar de sus discursos voluntarios, los directivos de la sociedad no supieron o no quisieron jamás tomar medidas concretas para retornar a una cierta realidad

estudio del aparato reproductor humano", en el cual colaboró Clémence Royer quien, sin embargo, ¡no pertenecía al mismo bando que Léon de Rosny!

[56] *Annuaire de la Société d'Ethnographie*, 1864: 22.

[57] La Sociedad de Etnografía estuvo en el origen de varias manifestaciones internacionales (congresos de Orientalistas, a partir de 1873; congresos de Americanistas, a partir de 1875; congresos de ciencias etnográficas, en 1878 y 1889), y trató de establecer una red científica a escala mundial: la *Institution ethnographique internationale* (fundada en 1875 y que se convirtió en 1884 en la *Alliance scientifique universelle*); es no obstante difícil evaluar el verdadero alcance que logró esta última institución.

— principalmente la del terreno— y para salir del encierro intelectual en el cual se encontraban cada vez más prisioneros. Se puede objetar, sin duda, que la Sociedad de Etnografía era sin duda más "oriental"[58] que "americana", y que estaba ante todo impregnada por la tradición académica de lo escrito —poco adecuado al mundo amerindio, integrado en lo esencial por sociedades sin escritura—. En ello, el Comité de Arqueología Americana, producto de una escisión de la sección americana de la sociedad, iba a caer en el mismo callejón sin salida que la "sociedad madre".

El Comité de Arqueología Americana

Hasta la segunda mitad de siglo XIX los autores que escribían sobre temas americanistas no eran, en ningún caso, especialistas en este campo (a lo más se trataba de exploradores que habían permanecido por un tiempo en el nuevo continente y que, se suponía, conocían los pueblos que describían); pertenecían más bien a otros círculos de erudición, y no se ocupaban sino más o menos esporádicamente sobre tales asuntos. El ejemplo del libro *Antiquités mexicaines* (Dupaix 1834-1836) es bastante significativo a este respecto, ya que si los materiales básicos habían sido proporcionados por individuos que habían residido o viajado al Nuevo Mundo (Dupaix, Baradère, Latour-Allard), algunas de las personalidades que colaboraron en la obra y aseguraron su publicación eran más bien especialistas en las antigüedades clásicas (Farcy) o nacionales (Lenoir). De la misma manera, Ernest Desjardins (1858), autor de una de las primeras obras de síntesis sobre el Perú prehispánico, así como Adrien de Longpérier (1850), director del Museo Americano del Louvre (y autor del catálogo de este museo) eran especialistas en el mundo clásico. Todos ellos pertenecían a la tradición de la "cultura universal", para quienes no había necesidad de ser un especialista para abordar un tema, y simplemente se necesitaba haber leído algunos "buenos" libros (en este caso, principalmente crónicas españolas), y haberse procurado algunas informaciones complementarias de los viajeros que hubiesen observado las ruinas o hubiesen encontrado a los aborígenes, para estar seguros de disponer de suficientes materiales para disertar sobre el origen de las civilizaciones amerindias[59] o para pretender discernir sus principales signos distintivos. En este contexto la creación de una sociedad específicamente dedicada al estudio del Nuevo

[58] Un cálculo estadístico sobre los integrantes de la sociedad en su primer año de existencia, muestra por lo demás que el 33 % de sus miembros formaban o habían formado parte de una institución orientalista: la Sociedad Asiática. Esta tendencia debía observarse —bien que en proporciones menores— en los años siguientes, y la tradición orientalista de la Sociedad de Etnografía había de mantenerse hasta el fin.

[59] Sin embargo conviene precisar que para un buen número de estos primeros autores (Lenoir, Farcy, Desjardins) se trataba de demostrar el origen asiático, si no atlántico, de las grandes civilizaciones precolombinas.

Mundo podría ser interpretada como una muestra de la voluntad de un pequeño grupo de gentes de tomar distancias con respecto a una entidad demasiado generalizadora, en este caso la Sociedad de Etnografía Oriental y Americana. Sin embargo, la primera dificultad con la que habían de tropezar era sin duda de que en realidad ellos mismos procedían de esa tradición clásica...

De hecho, una primera tentativa que apuntaba a constituir una sociedad de estudios de este tipo habría visto el día unos años antes. El acta de fundación con fecha 16 de julio de 1857, indica:

> "[que] una sociedad de arqueólogos, geógrafos y viajeros se ha reunido, a invitación de los señores Brasseur de Bourbourg y Léon de Rosny, en la oficina de Alfred Maury, en el Palacio del Instituto, en París, para fundar una sociedad americana [...] especialmente instituida con el fin de contribuir a los progresos de la etnografía, la lingüística, la arqueología y la historia natural del Nuevo Mundo."[60]

La lista de los firmantes del acta de fundación da una imagen ilustrativa de la situación del americanismo en ese momento. Son quince los nombres que aparecen en el documento: Aubin, V. A. Malte-Brun, Alfred Maury, Edmée Jomard, Jules Oppert, Bonnety, Léon Rodet, Ernest Renan, Rodolphe Lindau, Alfred de Lacaze, Eugène Beauvois, Eugène Cortambert, Charles de Labarthe, Brasseur de Bourbourg y Léon de Rosny. Sólo siete de ellos se habían hecho conocer anteriormente en los estudios americanistas, o bien lo harían en los años siguientes, en tanto que los demás eran esencialmente orientalistas o especialistas en las civilizaciones clásicas, que no escribirían jamás ni una línea sobre aquellos temas. Se trataba, pues, de una reunión de personas cuyos centros de interés eran extremadamente variados, por no decir alejados. Este embrión de sociedad de estudios era ya, en realidad, la imagen de lo que sería más tarde la Sociedad de Etnografía Americana y Oriental. Se tiene además la impresión de que algunas de las personas que suscribieron el acta (Maury, Renan) servían aquí de garantía científica, por amistad[61] y sin duda también por simpatía al proyecto. Éste no cristalizó en su forma original, sino que desembocó, dos años más tarde, como hemos visto, en la constitución de la Sociedad de Etnografía Americana y Oriental. El grupo de americanistas llevó, pues, a cabo sus trabajos junto con sus homólogos orientalistas, sin identidad propia en cuanto a la "sección americana" de la sociedad (así como había una "sección oriental" y otra de "etnografía general").

Esta semi-autonomía no debía convenirle, pues en 1863 la sección americana se constituyó en Comité de Arqueología Americana y emprendió

[60] *Annuaire de la Société Américaine de France*, 1866-1873, II: 155.

[61] Casi todos los firmantes se conocían personalmente, ya sea por intermedio de la Sociedad Asiática, ya por el de la Sociedad de Geografía, de la cual unos y otros formaban parte.

la publicación de sus trabajos de manera independiente.[62] La historiografía tradicional[63] lo presenta como un precursor del americanismo institucional, pero si bien no se puede subestimar la importancia y significación de tal iniciativa, no se podría, sin embargo, concluir a partir de ello que existía un círculo de "especialistas" en América que se reconocían ya como tales. El Comité da una vez más la imagen de un grupo tan contrastado como la sociedad de la que procedía: en efecto, los fundadores del "Comité" —en número de unos veinte— provenían, en proporción igual, de las tres secciones (etnografía general, americana y oriental) que formaban parte de la Sociedad de Etnografía, y la mitad de ellos no produjo nunca nada en campo que nos interesa. Ello significa que el destino del Comité de Arqueología Americana iba a descansar en un pequeño puñado de individuos. Es verdad, la Sociedad de Antropología de París había comenzado a partir de un núcleo tan reducido como éste, pero se hallaba animada por proyectos atractivos para cierto público (médicos, funcionarios coloniales, etc.) y pudo desarrollarse muy rápidamente. En el caso del Comité Americano, no pudo darse tal impulso y, falto de aliento, debió regresar al seno de la "sociedad madre,"[64] hasta que la sección americanista recobró su independencia en 1873.

Esta vez, no obstante, quería partir sobre nuevas bases, sin dejar de hacer referencia a sus orígenes ya antiguos para legitimar su iniciativa mediante una larga experiencia y su filiación con un grupo de "pioneros heroicos". Con este objeto, retomó su nombre inicial de Sociedad Americana de Francia, y publicó en el primer anuario de este nuevo período el acta de fundación de la Sociedad, tal como había sido redactada en 1857. La publicación de este documento "histórico" fue seguida por un llamado "a los amigos de los estudios americanos", en el cual se anunciaba un programa particularmente ambicioso, destinado a apoyar el reconocimiento institucional del americanismo, en cuanto campo de estudio autónomo. El programa descansaba sobre tres ejes:

1) Publicación de varias grandes obras (en primer lugar los trabajos de Aubin —calificado aquí como "fundador de la arqueología americana"—, y luego de gramáticas y diccionarios de lenguas indígenas) y su difusión ante un gran público, "ya sea mediante donaciones, ya sea vendiéndolas a un precio módico, a fin de aumentar el número de adeptos de la ciencia americana;[65]

[62] En este período el Comité publicó un *Annuaire du Comité d'Archéologie Américaine* (1863-1865) y un solo número de la *Revue Américaine* (1865).

[63] Ampliamente "inspirada" por la Sociedad Americana de Francia, cuando resucitó en 1873.

[64] Sin que por ello dejase de existir concretamente, ya que continuó realizando sus propias sesiones. No reinició sus publicaciones sino en 1873, editando, de inmediato, un nuevo número de su anuario, correspondiente a los años 1866-1873.

[65] *Annuaire de la Société Américaine de France*, 1873, II: 159.

2) Fundación de varias cátedras de "historia, arqueología y lingüística americanas, a fin de abrir una carrera a los estudiosos que se consagran especialmente al estudio de América, y de proporcionar a los estudiantes los medios para iniciarse en tal estudio;"[66]

3) Creación de museos específicamente dedicados al Nuevo Mundo. El Museo Americano del Louvre cayó pronto en una completa letargia, y el consejo de la Sociedad de Etnografía expresó a Longpérier su decepción ante tal situación. La Sociedad Americana, siguiendo en ello el ejemplo del Museo de Antigüedades Nacionales, abierto hacía poco, y cuya expansión parecía plena de promesas, propuso:

> "... [la] creación de cuatro museos fuera de París, a ejemplo del Museo de Saint-Germain, y bajo los auspicios de las municipalidades que apoyarían su fundación. Los museos serían los siguientes: a) Museo mexicano; b) Museo peruano y de la América del Sur; c) Museo etnográfico de la América del Sur; d) Museo de las Antillas."[67]

De todo ello, fue muy poco lo que pudo concretarse, pues las publicaciones no vieron jamás la luz, y la enseñanza demoró en materializarse. Léon de Rosny daba algunos cursos sobre las religiones de América precolombina en la Escuela Práctica de Altos Estudios, pero no fue sino en 1903 que se creó la cátedra de arqueología americana en el Colegio de Francia. La sociedad pudo realizar en parte, sin embargo, sus proyectos museográficos, pero bajo una forma que habría de revelarse muy decepcionante, como veremos en un capítulo posterior.

Como la Sociedad de Etnografía, la Sociedad Americana de Francia no llegó a abandonar jamás la tradición de lo escrito en el estudio de las sociedades amerindias y, en consecuencia, no estuvo jamás en capacidad de subsanar las deficiencias de este tipo de fuentes: en muchos artículos publicados por la sociedad se ve que sus autores concedían un crédito desmedido a las fuentes españolas, o bien a los relatos de viajes, o recurrían a fuentes excesivamente heterogéneas o mal interpretadas, para desplegar tesis un tanto extravagantes.[68] Hecho más grave aún, seguía las orientaciones de su institución tutelar adoptando una actitud de buena gana elitista en la elección de sus temas, poniendo gran énfasis en las "grandes civilizaciones", mientras que los pueblos considerados "primitivos" quedaban relegados al rango de curiosidades. En fin, anclada desde sus orígenes en una tradición de erudición de gabinete, la Sociedad

[66] *Ibid.*

[67] *Ibid.*

[68] En este orden de ideas las tentativas para probar la existencia de contactos entre los dos mundos antes de Colón eran moneda corriente, tanto más por cuanto los miembros de la sociedad, monogenistas o de buen grado espiritualistas, entendían contrarrestar así las teorías multirraciales de los principales animadores de la Sociedad de Antropología.

Americana se aisló cada vez más del trabajo de campo, ignorando —¿quizás sin advertirlo?— lo esencial de la actividad arqueológica realizada *in situ* por exploradores autorizados por instituciones francesas. Fuera de algunos viajeros de valor (Pinart, Ber, Coudreau, Chaffanjon), que aparecieron esporádicamente en las publicaciones de la Sociedad Americana de Francia, la mayoría de los grandes exploradores de América (Charnay, Wiener, Cessac, Vidal-Senèze, Génin, de La Vaulx, etc.) concedieron sus preferencias a revistas más prestigiosas o que se adecuaban mejor a sus aspiraciones: los boletines de la Sociedad de Geografía y de la Sociedad de Antropología, *Le Tour du Monde*, *La Nature*, etc.

Los laureados con el premio "Lucien de Rosny", destinado a recompenser la "mejor memoria de arqueología americana presentada a la sociedad o, a falta de ella, al estudioso que habría prestado los mayores servicios a los estudios sobre las antigüedades del Nuevo Mundo" (*Annuaire de la Société d'Ethnographie*, 1877: 81-82), son uno y otro indicios de esta situación de aislamiento. Así, los primeros premiados fueron los siguientes: en 1875 Eugène Boban, el célebre comerciante de antigüedades mexicanas; en 1876 el Dr. Julius Platzmann, de Leipzig; en 1877 Madier de Montjau, presidente de la Sociedad Americana. Si bien es cierto que éste era calificado a veces como "viajero de América", sería difícil ver en esas personas a hombres de trabajo de campo; además, los tres eran miembros de la sociedad. Esta forma de autoconsagración no era lo más indicado para poner en evidencia las cualidades de apertura de la institución...

Si la Sociedad ocupó durante un tiempo (en los años 1860) un lugar notable en la escena americanista nacional, posteriormente se vio completamente descalificada, cuando la actividad de investigación en esta rama se hizo cada vez más intensa y logró un relativo reconocimiento de parte de los medios académicos. Por falta de pragmatismo (que triunfó notablemente en la Sociedad de Antropología) y por falta de credibilidad científica, la Sociedad Americana, que pretendía encarnar ella sola el americanismo francés, no llegó jamás a ampliar su audiencia nacional e internacional más allá de un círculo relativamente restringido de aficionados y de algunas personalidades eminentes.[69] Debe reconocérsele, sin embargo, que creó, en cierta manera, un espacio propio para el americanismo en el paisaje institucional francés, al publicar durante tres décadas un periódico dedicado a los estudios americanistas, y mucho más aún a escala internacional, al lanzar la idea de un congreso de americanistas.

La iniciativa de efectuar una reunión internacional de americanistas debe ser colocada en un contexto más amplio, revelador del surgimiento de nuevas prácticas científicas vinculadas sin duda con la

[69] Hay que señalar, no obstante, entre los corresponsales extranjeros los nombres de Bollaert, Markham y Tschudi.

internacionalización y especialización de las redes de estudios. Así, en 1866, se había realizado en Neuchatel un primer congreso internacional de arqueología y de antropología prehistórica; el primer congreso internacional de ciencias geográficas tuvo lugar en Amberes, en 1871; y, por su parte, la Exposición Universal de 1878 en París dio igualmente lugar a manifestaciones similares (congreso de ciencias etnográficas, de ciencias antropológicas, etc.). La idea de una reunión internacional de americanistas había sido adelantada desde 1867, con ocasión de un encuentro en Londres entre Martin de Moussy y William Bollaert.[70] Parece, no obstante, que fue más precisamente la realización del congreso de orientalistas el modelo[71] que sirvió a los miembros de la Sociedad Americana para promover una manifestación semejante, en la cual eruditos y estudiosos del mundo entero podrían encontrarse para exponer sus últimos trabajos e intercambiar sus reflexiones. Los estatutos del "Primer Congreso Internacional de Americanistas" fueron aprobados en la sesión de la Sociedad Americana del 25 de agosto de 1874. Después de elegirse a Nancy como sede del certamen, su preparación fue obra conjunta del comité de organización de Nancy, de la delegación central de la Sociedad Americana y de los delegados extranjeros que representaban a veintitrés países y seis territorios bajo administración francesa.

No se sabe con certeza de qué manera funcionaron las redes de relaciones[72] a fin de seleccionar un cierto número de especialistas mundialmente reconocidos para participar en el acontecimiento; lo cierto es que el congreso llevado a cabo en Nancy en 1875 tuvo tal éxito que pronto se decidió renovar la experiencia dos años más tarde en Luxemburgo, después en Bruselas en 1879, para que finalmente se institucionalizara el congreso y se convirtiese en un acontecimiento que ocupase un lugar esencial en la vida científica americanista.

LA SOCIEDAD DE AMERICANISTAS

Mientras que el Congreso de Americanistas ganaba en importancia y en credibilidad a lo largo del último cuarto de siglo, la institución

[70] Tal es al menos lo que deja entender una proclamación publicada por la Sociedad Americana en 1875 ("Aux Américanistes. La Société Américaine de France", *Annuaire de la Société Américaine de France*, 1874-1876, III: 109-113).

[71] Este congreso, llevado a cabo en París en 1873, tuvo por lo demás como sus principales organizadores a Léon de Rosny y Madier de Montjau (por entonces Presidente de la Sociedad Americana).

[72] En este sentido es edificante detenerse en la composición de algunas de estas delegaciones. Así, la delegación peruana (en realidad simplemente un grupo de suscriptores que, en su mayoría, no tomaron ninguna parte activa en el congreso) estaba constituida, en sus dos tercios, por franceses que residían en el Perú, muchos de los cuales no tenían sino un interés muy débil por los estudios americanistas (Riviale 1989b). Se podría por lo tanto sugerir que la publicidad que rodeó a la preparación del congreso funcionó tan bien que muchos individuos que pretendían ser eruditos consideraron indispensable vincularse al acontecimiento...

propuesta por la Sociedad Americana de Francia escapaba cada vez más a su creador, el mismo que se encontró, a la inversa, cada vez más descalificado y marginado en el seno de la comunidad científica, tanto nacional como internacional. Por ello, cuando algunos americanistas concibieron en los años 1890 el proyecto de fundar una sociedad específicamente dedicada al estudio de las sociedades amerindias, no se tuvo en ningún momento el propósito de reconstruir algo a partir de lo que podía rescatarse de la antigua sociedad, sino más bien distinguirse muy claramente de ésta, constituyendo una asociación totalmente diferente. La idea parece haber germinado en 1892, durante un Congreso de Americanistas efectuado en ese año en Huelva, en España, en el curso de conversaciones entre algunas personalidades tales como Ernest-Théodore Hamy, Henri Cordier, el Duque de Loubat y el explorador Nordenskiöld. Se realizaron reuniones preparatorias en 1893 y 1894, antes de que la Sociedad de Americanistas fuese oficialmente instalada el 11 de junio de 1895.[73] A pesar de su preocupación por diferenciarse, la nueva institución no podía negar un relativo lazo de parentesco con la antigua Sociedad Americana: en efecto, entre sus sesenta miembros fundadores, había no menos de seis (P. Gaffarel, G. Maspéro, el Duque de Loubat, D.G. Brinton, el Marqués de Nadaillac y C. Seler) que procedían directamente de la Sociedad Americana de Francia[74] y otros cinco (L. Adam, J. Oppert, H. de Charencey, C. Maunoir, E. T. Hamy) que habían formado parte de ella en otro tiempo. Sin embargo, el proyecto de Hamy —uno de los principales iniciadores de la sociedad— se hallaba muy lejos del de sus predecesores. Éste deseaba ante todo construir una ciencia americanista que sintetizara las diferentes corrientes presentes en Francia y en el extranjero. Con una formación de médico, Hamy, como numerosos colegas suyos, había ingresado naturalmente a la Sociedad de Antropología de París (en 1867), en la cual encontró a algunas de las personalidades que habían de influir en su carrera, como Paul Broca, que lo haría entrar en el laboratorio de antropología de la Escuela Práctica de Altos Estudios; Armand de Quatrefages, a quien sucedió en la cátedra de antropología del Museo de Historia Natural; Edouard Lartet, uno de los iniciadores de la paleontología humana en Francia, etc. Paralelamente a sus trabajos antropológicos, Hamy se había iniciado progresivamente en la arqueología prehistórica, y luego en la arqueología "exótica" —de acuerdo a una ruta intelectual por entonces muy común, que estimaba que el estudio de los pueblos salvajes debía permitir llenar las lagunas de la prehistoria, al proponer esquemas de interpretación de los restos arqueológicos, y, más ampliamente, de la evolución de la humanidad—. Con el correr de los años se convirtió en

[73] Discurso de Henri Cordier en el 25 aniversario de la sociedad, *J.S.A.*, 1920, XII: 204-206.

[74] De la cual todavía eran miembros en 1893, es decir poco antes de la desaparición de la institución.

uno de los mejores conocedores, al mismo tiempo que uno de los más ardientes partidarios de una ciencia etnográfica que descansara sobre la observación de campo y el estudio de los artefactos. Cuando se le encomendó la dirección del Museo de Etnografía del Trocadero (en 1879), había lanzado una revista (la *Revue d'Ethnographie*) que se proponía ser el órgano de difusión de esta ciencia aún balbuceante. La revista no pudo vivir sino durante algunos años, pero Hamy no renunció a una concepción de la investigación de la cual no había otros defensores en el paisaje institucional francés. Católico y monogenista por convicción, Hamy chocó con los elementos más "duros" de la Sociedad de Antropología, que privilegiaban el estudio de las características físicas para probar la fixidad des estos caracteres y establecer, de acuerdo a ello, clasificaciones raciales. Por lo demás, se mostró extremadamente crítico del funcionamiento de la Sociedad de Etnografía, cuyos trabajos le parecían excesivamente literarios y poco serios, científicamente hablando. Es por ello que la constitución de la Sociedad de Americanistas fue para él una manera de hallar un "término medio", que debía ser consensual, y donde sería posible trabajar sin tropezar con las habituales líneas de fractura naturaleza/cultura, por entonces tan tenaces en los medios científicos franceses. En realidad, cuando se examina la composición de la sociedad, se constata que en ella se encontraban representadas la mayor parte de las corrientes de la antropología y de la etnografía: los naturalistas (Hamy, Verneau, luego más tarde Capitan y Rivet), los "literatos" (historiadores y filólogos, con Gaffarel, Froidevaux, Marcel, Cordier, Charencey) y, en fin, la de hombres de trabajo de campo (exploradores, encargados de misiones científicas oficiales, como Charnay, de la Vaulx, Diguet, Nordenskiöld, y después Créqui-Monfort y Berthon).

La fundación de la sociedad representa una etapa importante del americanismo francés. Se puede en efecto considerar que se remontan a este período los verdaderos comienzos de la institucionalización de la disciplina en Francia. Sin embargo, si nos atenemos a nuestro propósito principal, a saber la investigación de campo y la recolección de testimonios arqueológicos, hay que reconocer que la Sociedad de Americanistas desempeñó en ello un papel relativamente menor. En efecto, al contrario de lo que sucedió con las sociedades de estudios de los períodos anteriores, su vocación no era propiamente la de orientar la investigación y estimular a los viajeros a recolectar datos y objetos. La asociación deseaba más bien ser un espacio de reflexión, y su revista una posta de difusión científica. De acuerdo a la política determinada por sus fundadores, se limitó deliberadamente el número de sus miembros a sesenta, a fin de evitar que la institución atrajese a gentes no deseables, las mismas que, por buena que fuese la voluntad que las animase, no dejarían de ser incomodantes. Se prefirió en cambio la colaboración de hombres de gabinete conocidos

por su seriedad y su versación, y de hombres de trabajo de campo, acreditados con frecuencia —en el presente o en el pasado— por una misión oficial (de la cual, no obstante, la sociedad no era responsable), que se esperaba fuera garantía de la calidad de sus trabajos. De hecho, y a pesar de algunos artículos bastante discutibles, la Sociedad de Americanistas habría de disfrutar de un amplio y meritorio prestigio científico, y constituirse en un interlocutor privilegiado en la escena americanista internacional.

REVISTAS Y PERIÓDICOS

Al margen de las sociedades de estudios que acabamos de evocar, un cierto número de revistas y periódicos desempeñó, en parte, un papel similar a estas asociaciones. Así, estas revistas aseguraron la difusión ante el gran público de un saber científico y, sobre todo, de una ideología glorificando la ciencia y sus actores.

Revistas científicas

Algunas de estas publicaciones, sin estar directamente vinculadas a una sociedad de estudios, se hallaban animadas por personalidades científicas de renombre, que escogían tales medios de comunicación para dar una más amplia audiencia a ideas o campos de estudio hasta entonces poco conocidos por el gran público, o que no encontraban su lugar en el marco de ningún órgano de sociedad de investigación. Uno de los primeros modelos del género en el siglo XIX es el *Bulletin Universel des Sciences et de l'Industrie* (igualmente conocido bajo el nombre de *Bulletin Férussac*), publicado a instancias del Barón André de Férussac entre 1821 y 1831. Esta revista, en la cual participaron figuras cumbre como Freycinet, Barbié du Bocage, Jomard, Champollion-Figeac, Walckenaer, etc., reunía en realidad bajo un título general toda una paleta de "boletines," cada uno de ellos dedicado a un campo específico. Nos interesan más particularmente dos de ellos: el *Bulletin des sciences géographiques, Économie Publique, Voyages* (sexta sección del *Bulletin Universel*), y el *Bulletin des sciences historiques, antiquités, philologie* (séptima sección). Publicaciones constituidas esencialmente por reseñas de libros y que sólo raramente contenían artículos originales. A pesar de esta laguna, representaban un complemento considerable (gracias a sus numerosas informaciones y referencias bibliográficas) para los raros órganos de sociedades de estudio en aptitud de abordar las civilizaciones precolombinas en el primer tercio del siglo XIX.

Sin constituirse en portavoces de ninguna sociedad en particular, algunas de estas revistas no dejaban de estar animadas por un proyecto científico. Así, a la vez que se desarrollaba la ciencia prehistórica en Europa,

Gabriel de Mortillet lanzó en 1864 un periódico mensual titulado *Matériaux pour l'histoire positive et philosophique de l'Homme*. Si Mortillet lo deseaba riguroso y especializado en su contenido, quería al mismo tiempo hacer de él un órgano de difusión y de vulgarización de las nuevas ideas científicas y, para llegar al gran público, su precio fue relativamente bajo.[75] Si bien centrada fuertemente en la prehistoria europea, la revista comprendía una sección "Otras partes del mundo" (en la que se puede hallar, principalmente, artículos de Tschudi, de Caster Blake y de Squier sobre el Perú), así como una sección museográfica que daba cuenta de la actualidad en este campo (ingreso de colecciones a los museos franceses, la Exposición Universal de 1867, la Exposición de Lima en 1872, etc.).

Cerca de veinte años más tarde había de aparecer una nueva publicación periódica, también al margen de las sociedades de estudios, pero igualmente animada por un afán proselitista: la *Revue d'Ethnographie* fundada por Ernest-Théodore Hamy, por entonces director del Museo de Etnografía, creado hacía poco en el Trocadero, revista por medio de la cual Hamy se proponía defender la ciencia etnográfica paradójicamente, disminuida, en su opinión, por el desarrollo de investigaciones prehistóricas que movilizaban exageradamente la atención de los investigadores.[76] Consideraba que debía darse prioridad a la información "bruta", entregada sin exceso de teoría, como los relatos de exploraciones, los estudios de monumentos y colecciones de objetos. Para llevar a cabo exitosamente este proyecto, Hamy se aseguró el concurso de colaboradores prestigiosos, procedentes del mundo científico (Charnay, Révoil, Pinart, Ordinaire). El éxito inmediato —pero provisional— de la revista se debe a diversos factores, como la originalidad temática (la importancia que se atribuía a las descripciones etnográficas), el rigor del discurso científico, la popularidad del Museo de Etnografía, con el cual la revista se hallaba estrechamente vinculada. Autor de la mayor parte de los artículos y de las reseñas de obras, Hamy asignó un gran espacio al campo precolombino, que le interesaba muy particularmente (y que era también particularmente rico en el museo), sobre todo proporcionando un gran número de informaciones inéditas sobre los objetos depositados en el museo. A pesar del interés y la originalidad de la publicación, la *Revue d'Ethnographie* desapareció en 1890 para fusionarse —ironía de la suerte— con los *Matériaux pour l'histoire primitive de l'Homme* y la *Revue d'Anthropologie* (ambas representativas de campos de estudio de los que Hamy había deseado mantener alejada a la etnografía), a fin de dar nacimiento a la revista *L'Anthropologie*.

[75] 7 francos en 1864. Nathalie Richard (1992: 192-193) señala que en 1871 la revista tenía 268 suscriptores, franceses y extranjeros y, entre ellos, numerosas sociedades y bibliotecas, lo cual le aseguraba una mayor difusión.

[76] E. T. Hamy, "Introducción", *Revue d'Ethnographie*, 1882: III.

LAS REVISTAS DE VULGARIZACIÓN

A todo lo largo del siglo XIX un número creciente de revistas aseguró la difusión, ante una amplia audiencia, de informaciones de orden científico, presentadas de manera accesible al mayor número de personas. Para ello se ofrecían a los autores múltiples vías, como son la simplificación de los datos que se brindaba; envoltura de un núcleo científico bajo el ropaje de un relato en que se acentuaban los aspectos pintorescos; aumento de las ilustraciones, etc. Si bien es verdad que se puede señalar las primeras tentativas de publicación de obras de vulgarización científica ya desde el siglo XVIII, fue sobre todo a partir de mediados del siguiente cuando se multiplicaron tales proyectos editoriales.[77]

Una de las más antiguas series —al mismo tiempo que una de las más conocidas— es sin ninguna duda la *Revue des Deux-Mondes*, que tuvo una notable duración y que acogió en sus columnas a los nombres más prestigiosos de la ciencia y de la literatura. Al abordar los temas más diversos, la revista no dudó, en ciertas ocasiones, en "cubrir" ámbitos un tanto austeros, permitiendo por ejemplo a Quatrefages que publicase una serie de artículos de antropología (Quatrefages 1867: 35), pero son quizás los viajeros quienes dieron sus mejores días a la revista: un gran número de ellos tuvo así la posibilidad de narrar sus periplos en América del Sur (Pavie, Favre, Sartiges, Radiguet, Botmiliau, Grandidier, Daireaux), contribuyendo en cierta manera a la difusión de informaciones geográficas, incluso arqueológicas.

Las motivaciones que guiaban a estas publicaciones son sin duda bastante variadas. Además de su "misión educativa", algunos autores veían en ello una forma de reconciliar la época moderna y la religión, duramente puesta a prueba por el surgimiento de nuevas ciencias y filosofías. Apasionados por los avances tecnológicos del siglo y, al mismo tiempo, profundamente creyentes, gentes como el abad Moigno o Louis Figuier iban a dinfundir en un vasto sector del público un saber que se suponía habría de contribuir al beneficio de la humanidad, esforzándose al mismo tiempo en hacer coincidir las nuevas teorías científicas con los textos bíblicos. El primero había de lanzar en 1852 la revista *Cosmos*, mientras que el segundo publicaría, a partir de 1856, *L'Année scientifique*, así como una serie de obras de síntesis (*La Terre avant le Déluge*, *L'Homme primitif*, *Les races humaines*, etc.).

Ciertas revistas, como *La Nature*, se dirigían a un público más informado. Como muchas otras publicaciones de la época, impregnadas de espíritu positivista, se orientaba definitivamente hacia el porvenir,

[77] Ver sobre todo el catálogo documental editado por el Museo de Orsay en 1994 (*La Science pour tous*), que presenta un panorama bastante completo de los diferentes tipos de publicaciones que vieron la luz en esta época.

concediendo toda su confianza a la Ciencia y tratando de dar cuenta de la actualidad científica en todos sus campos,[78] pero el contenido de sus artículos era a menudo más especializado y más consecuente que en la mayoría de los periódicos de este tipo, a mitad de camino entre las revistas verdaderamente científicas y las de vulgarización. Próxima a los círculos de los naturalistas, por sus colaboraciones (Mortillet, Lortet, Garrigou, Hamy, Joly, etc.), *La Nature* acogía con frecuencia en sus páginas artículos relativos a la prehistoria nacional, a la etnografía "exótica" y a las exploraciones.

Otras publicaciones, como *L'Illustration, Le Magasin Pittoresque, Le Tour du Monde* debían, por su parte, acordar, en el seno de la actualidad científica, un espacio bastante más amplio aún a los relatos de viajes.[79] Si las tres basaron su éxito en la misma fórmula (concediendo un lugar privilegiado a la imagen, para hacer la información más atrayente), la última merece aquí mención especial, en la medida en que se consagró exclusivamente a los viajes y a las noticias geográficas. Después de fundar *Le Magasin Pittoresque* en 1833 Édouard Charton, al advertir las primeras señales de una gran afición del público por los viajes y las exploraciones lejanas, lanzó en 1860 un nuevo proyecto, *Le Tour du Monde* ("nuevo diario de los viajes" como indica su subtítulo). Esta revista basó su éxito, a lo largo de toda su historia, en la misma receta, esto es la publicación de relatos originales, obra de viajeros prestigiosos (Marcoy, Wiener, Thouars, André, Charnay, etc.), realzados por soberbios grabados debidos a la mano de los más grandes ilustradores de la época. En esta empresa de difusión y de glorificación de la ciencia, y más particularmente, en este caso, de las exploraciones etnográficas, la imagen adquirió un poder temible. Un corresponsal francés del arqueólogo Théodore Ber[80], residente también en Lima, lo comprendió muy bien cuando indicó en una carta a su compatriota cómo superar sus dificultades con la administración:

> "En cuanto a Wiener, usted no sabe quizás que se ha hecho representar en *Le Tour du Monde*, a caballo sobre un trapecio, suspendido por encima de un abismo insondable y arrancando una inscripción cualquiera. En una obra maestra de grabado [...]. Si a Ud. le interesa, arrégleselas para obtener de Riou que ponga el mismo talento para representarlo, en medio de la llanura de Ancón, o bien en Tiahuanaco [...], y le pronosticó un mayor éxito que el de Wiener. [...] He allí el secreto de la fama."[81]

[78] Como indica su subtítulo, era la "revista de las Ciencias y de sus aplicaciones a las artes y a la industria".

[79] Esas publicaciones de alguna manera habían de tomar el relevo de las grandes series que se editaron en la primera mitad del siglo XIX, bajo una forma no obstante claramente más austera y menos popular: los *Nouvelles Annales des voyages* de Malte-Brun, o la *Bibliothèque universelle des voyages* de Albert-Montémont.

[80] Ver nuestro capítulo consagrado al Servicio de Misiones (*cf.* supra).

[81] Carta a Théodore Ber (Lima, 28 de agosto de 1878 [firma ilegible: ¿se trata del farmacéutico Alfred Bignon?]). Archivos Nacionales, París; F 17 3014a (expediente Wiener).

Charton, publicista y diputado, era, como hemos visto en un capítulo precedente,[82] miembro de la Comisión de Misiones Científicas y Literarias, en el Ministerio de Instrucción Pública, y por lo tanto se encontraba particularmente bien colocado para conseguir las colaboraciones de los viajeros más célebres de su tiempo (éstos, de todos modos, se sentían extremadamente halagados de publicar un relato de sus aventuras en una revista como ésta, prestigiosa y ampliamente leída). Más aún, el editor era un ferviente partidario de la aventura colonial de Francia; su periódico se hizo, pues, el órgano de una ideología cientista y victoriosa, cuya influencia iba a aumentar aún más en el último cuarto del siglo: la Ciencia era fuente de progreso y de provecho; los exploradores eran los misioneros de esta nueva religión (con sus héroes y mártires), y era deber de todos tomar parte en esta nueva cruzada.

[82] El Servicio de misiones científicas (*cf.* supra).

Capítulo 6
LA MARINA

La marina francesa desempeñó, a todo lo largo del siglo XIX, un considerable papel en la investigación arqueológica en el Perú. A tal punto que conviene consagrar a esta institución un capítulo entero para tratar de las diferentes facetas de su aporte científico.

La participación de la Marina en la recolección de datos, exigida por el desarrollo de las ciencias —naturales y humanas—, fue hecha posible, desde luego, gracias a su presencia efectiva en todos los mares del mundo, ya fuese, como veremos, por la vía de expediciones específicas, o por la de las estaciones navales permanentes que se instalaron progresivamente en todos los rincones del mundo. Más que a una simple causa estratégica, es igualmente a la formación de una mentalidad adecuada en los oficiales del cuerpo de Marina que hay que atribuir la importancia que adquirió su contribución científica. Este estado de espíritu proviene de una tradición de curiosidad científica heredada de los grandes viajes de "descubrimientos" emprendidos en la segunda mitad del siglo XVIII por hombres como Bougainville, Surville, Lapérouse, Baudin, etc., nombres cuyo recuerdo iba, en el siglo siguiente, a erigirse en monumento simbólico por sus homólogos.

La Revolución, y después las guerras imperiales, iban a provocar la destrucción de la flota y la dispersión de la mayor parte de las tripulaciones, poniendo término así —provisional— a las veleidades expansionistas de la marina francesa. Después de un período inicial de repliegue en sí misma, durante los primeros años de la Restauración, se puso en práctica una política de reconstrucción de la flota, a iniciativa del barón Portal, Ministro de Marina bajo Luis XVIII. Al precio de un considerable esfuerzo en materia de construcción naval y de entrenamiento de las tripulaciones, la marina nacional se recuperó poco a poco de su atraso, para llegar, a partir de 1840, a medirse de igual a igual con su gran rival, la flota británica. Paralelamente a las enormes inversiones autorizadas para relanzar la construcción y la investigación náutica, se prestó una gran atención a la reconstitución de

buenas tripulaciones. Se realizó en este sentido un notable trabajo de fondo: siguiéndose el ejemplo del siglo XVIII, se retomó la tradición de las *escadres d'évolutions* (para el entrenamiento de las tripulaciones); bajo las órdenes de Jurien de La Gravière se llevó a cabo una primera tentativa en 1824 y 1825 en el mar de las Antillas (Masson 1981, II: 30). En la misma dirección el esfuerzo de la Restauración se dirigió a la formación de estados mayores competentes, olvidando los antagonismos nacidos de la Revolución y de las guerras del Imperio. Este período vio el acceso a los más altos grados de una clase de oficiales que se habían destacado brillantemente a lo largo de los conflictos precedentes (en particular los que efectuaron acciones de hostigamiento en el Océano Índico): Jurien de La Gravière, Roussin, Duperré, Mackau, etc. Estos dinámicos oficiales, de nuevas ideas, contarían mucho en la evolución de la marina de la Restauración.

A pesar del gran retardo de la marina en los decenios anteriores, no tardaron en dejarse sentir los primeros efectos de la reorganización: a mediados de los años 1820, la flota francesa estaba en condiciones de efectuar intervenciones puntuales (intervención en España en 1823; batalla de Navarino en 1827), antes de considerar acciones más prolongadas o peligrosas (toma de Argel en 1830; destrucción del fuerte de San Juan de Ulloa, en Veracruz, en 1838). Así, a lo largo de sus intervenciones por el mundo, la marina iba a afirmarse como el instrumento más eficaz para hacer reinar un nuevo orden mundial organizado por las grandes potencias europeas, antes de pasar a una fase superior: la colonización y la división del mundo. Desde luego, no se trataba en todos los casos de considerar una colonización pura y simple; las más de las veces sólo de asegurar la protección de intereses comerciales o políticos para mantener una cierta influencia sobre los gobiernos locales. En este aspecto, el océano Pacífico iba a constituir una de los desafíos mayores de esa competencia internacional, y ello por varias razones. Había allí tierras nuevas cuyo real potencial se ignoraba (y almas, que los misioneros, católicos o protestantes, no tardaron en disputarse...). Las numerosas islas dispersas en el océano podían constituir, por otra parte, puntos de escala útiles y, en consecuencia, poseían una cierta importancia estratégica. Además, desde comienzos del siglo XIX, el Pacífico era espacio de una intensa caza de ballenas, y la proliferación de navíos de pesca de todas las nacionalidades no dejaba de plantear a veces algunos problemas "diplomáticos", y requería, pues, la presencia de buques de guerra susceptibles de dirimir los conflictos. En fin, bordeaba el océano un cierto número de estados sudamericanos recientemente emancipados, de modo que, sin tener en mente una verdadera colonización, las grandes potencias de Europa y los Estados Unidos veían en ellos inmensos mercados potenciales sobre los cuales había que asegurar el predominio. Por cierto que la marina francesa debía desempeñar un papel esencial en esta competencia internacional. La acción

se llevó a cabo en dos niveles diferentes: el envío de misiones de exploración alrededor del mundo, y la creación de estaciones navales.

LAS EXPEDICIONES ALREDEDOR DEL MUNDO

El retorno de Francia al primer plano de la escena internacional iba a permitir la reiniciación de los grandes viajes alrededor del mundo. Estas expediciones, tal como fueron diseñadas en la primera mitad del siglo XIX, tenían varios objetivos. Para comenzar, objetivos políticos y comerciales: se trataba de recoger informaciones sobre los diferentes puntos del globo que se tocaban (muy particularmente en China y en América del Sur); establecer contactos diplomáticos, oficiales u oficiosos, según los casos; acudir en ayuda de navíos en dificultades, sobre todo balleneros, por entonces muy numerosos en el Pacífico; y, de una manera más general, "mostrar el pabellón francés", es decir afirmar la presencia —tranquilizadora o amenazante, según los lugares y las circunstancias— de nuestro país en todos los puntos "sensibles" del globo. Más prosaicamente, no estaba demás hacer vagabundear buques y tripulaciones, ya que después de 1815 muy numerosos oficiales y marineros habían permanecido en completa inactividad. Organizar grandes expediciones permitía probar "en situación", tanto a las naves como a sus tripulantes, en largas travesías, ocasión en que los barcos que daban la vuelta al mundo o efectuaban largos cruceros se convertían en verdaderos "laboratorios flotantes" en los que se ponían a prueba nuevos equipos y diferentes tipos de acondicionamiento del agua y de los víveres,[1] en tanto que los marineros se fogueaban aprendiendo a maniobrar en todos los tiempos y en todas las latitudes. Y, en fin, estas expediciones comportaban objetivos científicos y permitirían completar el conocimiento del océano Pacífico. Este aspecto no era de los menores, al menos en lo que respecta a las primeras misiones de este período. Dadas las enormes lagunas relativas a esta parte del mundo, se comprende que las investigaciones geográficas e hidrográficas tuviesen un lugar considerable en los programas. Sin embargo, se abordaron otros varios campos científicos con ocasión de estas expediciones marítimas, ya sea por iniciativa de los propios oficiales a bordo o, más generalmente, como vamos a ver, gracias a la acción y a las recomendaciones de diversas instituciones científicas.

A este respecto, la primera de estas vueltas al mundo, efectuada por Louis de Freycinet, renovó una tradición científica de la Marina, establecida en el siglo precedente. La expedición organizada en 1816, a iniciativa de

[1] La falta de higiene y una mala alimentación había sido demasiado a menudo, en el curso de los períodos anteriores, una de las principales causas de fracaso o de amotinamiento en el curso de largas travesías. A comienzos del siglo XIX la lucha contra el escorbuto era aún una de las principales preocupaciones de los oficiales de la marina.

Freycinet mismo, tenía como objetivo principal "la investigación de la figura del globo en el hemisferio sur y la de los elementos del magnetismo terrestre" (Freycinet 1825: 2). Proyecto que obtuvo la aprobación de la Academia de Ciencias,[2] la misma que redactó, para este efecto, instrucciones especiales. No por ello se descuidaron los demás campos de la ciencia, pero Freycinet conocía por experiencia (ya que había participado en el viaje de Baudin en 1800) los peligros de un estado mayor científico demasiado numeroso. En consecuencia eligió más bien oficiales capaces de asegurar por sí mismos la ejecución de los trabajos, en este caso los cirujanos Quoy y Gaimard, y el farmacéutico Gaudichaud, que se ocuparon de las cuestiones relativas a la historia natural.

A pesar del naufragio del *L'Uranie* en las islas Falklands en febrero de 1820, los resultados conseguidos por Freycinet y sus colaboradores (en particular las colecciones reunidas por los médicos-naturalistas) entusiasmaron a los estudiosos tanto, quizás, como al gran público. El relativo éxito de esta expedición contó mucho, por cierto, en la decisión del ministerio de relanzar una política de grandes viajes. Por lo demás, los ecos muy positivos suscitados por esta primera tentativa en los medios científicos iban a estimular a muchos otros oficiales a seguir el ejemplo de Freycinet: con ocasión de los viajes siguientes, incluso si la ciencia no era su objetivo principal, los oficiales en viaje tuvieron siempre a pecho realizar investigaciones de órdenes muy diversos, cuando la posibilidad se les ofrecía. Contribuyeron así a forjar la imagen del oficial de marina ilustrado, abierto al mundo y a las nuevas disciplinas científicas, imagen que, con el correr de los años, iba a ganar al conjunto de la institución.

El viaje de circumnavegación de Freycinet fue seguido por toda una serie de periplos semejantes, que se sucedieron a cortos intervalos a lo largo de un período bastante corto, lo que no deja de acentuar lo particular de este fenómeno, ya que después de 1840 se abandonó la política de vueltas al globo para dar más amplio espacio al sistema de las estaciones navales.

La primera expedición que ha de retener nuestra atención es la de *La Coquille*, comandada por el Teniente de navío Louis Duperrey.[3] Su objeto parece haber sido esencialmente de orden científico.[4] En el terreno de la geografía, quedaba entendido que el esfuerzo se dirigiría antes que nada a ciertas islas del Pacífico, aún poco conocidas (sobre todo las islas Carolinas); no se consideraba, en cambio, completamente secundaria una parada en

[2] De la cual Freycinet era miembro correspondiente (sección de Geografía y de Navegación) desde 1813. Fue elegido miembro de pleno derecho de esta misma sección en 1826.

[3] Partida de Tolón el 11 de agosto de 1822 – Brasil – Chile – Perú – Tahití – Islas Sandwich – Port Jackson – Nueva Zelandia – Nueva Guinea – Isla Mauricio – retorno a Marsella el 24 de marzo de 1825.

[4] "Los progresos de las ciencias físicas y de la Geografía son el único objetivo de esta expedición." (Carta del Ministerio de Marina al Ministerio de Relaciones Exteriores. París, 30 de abril de 1822. Archivos Nacionales, París: BB4 1000).

América del Sur, y quedaba a juicio de Duperrey: "Quedará a su criterio, antes de doblar el cabo de Hornos, anclar en uno de los puertos de la costa occidental de América..."[5]. Después, a pedido de la Oficina de Longitudes de la Academia de Ciencias, se fijó un nuevo itinerario, cuyo objetivo más que nunca era Oceanía: Cabo de Buena Esperanza, isla Campbell, Port Jackson, isla Byron, islas Carolinas, Nueva Holanda, Nueva Guinea, Cabo de Hornos (o regreso por el Cabo de Buena Esperanza, en caso de una estación tempestuosa); retorno a Francia. Como se podrá constatar según este nuevo proyecto de itinerario, ya no se consideraba de ningún modo la eventualidad de una prolongación a América del Sur. Las razones de estas modificaciones nos son desconocidas: ¿se trataba quizás de motivos de orden climático? El asunto es que después de dejar la isla Santa Catalina (Brasil), *La Coquille* pasó el Cabo de Hornos y se dirigió a Chile con el fin de aprovisionarse; pero la falta de víveres —requisados por el Ejército— obligó al buque a seguir más al norte, hasta Talcahuano, y después, finalmente, a fondear en el Callao el 26 de febrero de 1823. Aquí, en los alrededores de Lima, los naturalistas que participaban en el viaje (Bérard, Lesson, Dumont d'Urville) efectuaron algunas excursiones por los alrededores de Lima. Duperrey aprovechó su presencia en el Perú para seguir hasta Paita, donde realizó observaciones astronómicas.[6]

También se reunieron varias colecciones de historia natural, por Lesson y Dumont d'Urville:

> "Los naturalistas se entregaron también a sus aficiones predominantes. Efectuaron varias excursiones en el vasto desierto de Piura, y las petrificaciones conquíferas que conservan serán sin duda de gran interés para la ciencia."[7]

Aparentemente, no se llevó ninguna antigüedad en esta oportunidad, a pesar de que Lesson conocía la existencia de ellas y podía incluso haberlas observado cuando pasó por Lima:

> "En la tumba de los antiguos incas, que de ordinario se puede hallar en los alrededores de Lima, se encuentran ceramios de tierra roja adornados de dibujos curiosos y extraños, que demuestran los progresos que estos pueblos habían alcanzado en el arte de la cerámica." (Lesson 1839, 1: 153)

En definitiva, incluso si este viaje no parece haber contribuido de cualquier manera que sea a la arqueología, su evocación es interesante en

[5] *"Mémoire pour M. Duperrey"* [Memoria para el señor Duperrey]. Autor anónimo, sin lugar ni fecha. Archivos Nacionales, París: BB4 1000.

[6] La pureza del cielo en los alrededores de Paita era famosa desde hacía largo tiempo, lo cual llevaba a ciertos barcos a desplazarse hasta allí para realizar diversas observaciones científicas (ver Riviale 1991).

[7] Carta de Duperrey al Ministerio de Marina. Tahití, 11 de mayo de 1823. Archivos Nacionales, París: BB4 1000.

la medida en que muestra que, incluso en escalas improvisadas, los oficiales a bordo aprovechaban, por propia iniciativa, todas las ocasiones para recolectar datos nuevos, susceptibles de interesar a los estudiosos, sin circunscribirse a las instrucciones específicas que se les podían haber entregado para tal efecto. En los años siguientes, Hyacinthe de Bougainville (comandante de las naves *La Thétis* y *L'Espérance*, entre 1824 y 1826), Dumont D'Urville (a bordo de L'Astrolabe, 1826-1829), después Laplace (*La Favorite*, 1829-1832) iban a ilustrarse, ellos también, por la importancia de los datos científicos reunidos a lo largo de sus expediciones al Hemisferio Sur. A pesar de los brillantes resultados logrados por todas estas expediciones, el movimiento iniciado por Freycinet sufrió el contragolpe de los sucesos políticos de 1830 y marcó un tiempo de estancamiento de algunos años. En el momento de la reiniciación del movimiento de exploración, en 1836, se podía constatar algunos cambios mayores en la concepción de las misiones: con excepción del segundo viaje de Dumont D'Urville (en *La Zélée* y *L'Astrolabe*), todos los viajes de circumnavegación pasaron por Chile y el Perú. Para explicar ello se pueden proponer varias razones: la importancia asumida por la costa occidental de América del Sur en el plano comercial; los frecuentes disturbios políticos que sacudían las jóvenes repúblicas del Perú y de Chile (poniendo así en peligro los intereses nacionales franceses en ellas); la intensificación de la caza de la ballena y el desplazamiento de la zona de caza a lo ancho del Ecuador.[8] Estas nuevas expediciones alrededor del mundo fueron delineadas a partir de un ángulo diferente del que presidió las anteriores: ya no se trataba en absoluto de viajes de "descubrimientos", sino más bien de reconocimientos comerciales y de protección de los intereses franceses; el aspecto científico de tales misiones era ahora por completo secundario, y se dejaba a la buena voluntad de los navegantes mismos. Sin embargo todas estas expediciones dieron como resultado considerables contribuciones a la investigación científica, gracias a la personalidad de los jefes de misión y de algunos individuos presentes a bordo.

Así, el objetivo inmediato del viaje de *La Bonite*[9] (comandada por el capitán de corbeta Auguste-Nicolas Vaillant) era el de transportar a Chile, al Perú y a Manila, a diversos agentes consulares recientemente nombrados

[8] Los centros de actividad de los balleneros se desplazaron a lo largo del tiempo, de modo que a medida que las ballenas se hacían más raras en el Atlántico, los cazadores se vieron obligados a seguir a sus presas cada vez más lejos: a fines del siglo XVIII tuvieron lugar las primeras cacerías en el Pacífico, a lo largo de las costas de Chile y del Perú. En 1818, un americano descubrió una inmensa reserva de planctón (alimento predilecto de los cetáceos) en los alrededores del archipiélago de las Galápagos, convirtiéndose, pues, esta parte del mundo, en el lapso de algunos decenios, en la más intensa zona de caza de la ballena. Después, a partir de 1840, un nuevo desplazamiento de esta zona hacia las islas de Oceanía, acarreó la deserción progresiva de las costas sudamericanas por los balleneros (Whipple 1979: 59-72).

[9] Partida de Tolón el 6 de febrero de 1836 - Cádiz - Tenerife - Río de Janeiro - Montevideo - Islas Malvinas - Cabo de Hornos - Valparaíso - Cobija - el Callao - Paita - Guayaquil - Islas

por el rey Luis Felipe.[10] Además, el capitán Vaillant tenía como misión "... mostrar el pabellón nacional en las islas Sandwich, en las costas de China, en las de Cochinchina y en varias factorías de la India." (La Salle 1845, I). Sin embargo, a pesar de estos objetivos esencialmente políticos, el aspecto científico de la misión no fue de ningún modo desdeñado, como muestra la composición del Estado mayor y la función que incumbía a algunos de sus miembros. Se nota así la presencia del Teniente de Fragata Chevalier, encargado de los trabajos geológicos; del Teniente de Fragata Touchard, encargado de los relojes marinos y de las medidas astronómicas; del cirujano Eydoux (quien había viajado ya en *La Favorite*), encargado de la parte zoológica. Se añadió especialmente a este Estado Mayor al farmacéutico Gaudichaud, encargado de los estudios botánicos. Más aún, el ministro mismo solicitó el concurso de la Academia de Ciencias para guiar a los oficiales en su tarea:

> "El señor Ministro de Marina informa a la Academia que la corbeta *La Bonite*, comandada por el señor Vaillant, debe partir el 1° de diciembre próximo, [...]. Buque que, según dice el Ministro, no está destinado a cumplir una misión científica; sin embargo, agrega, si la Academia estima útil aprovechar de esta circunstancia para mandar realizar algunas investigaciones en esos diferentes puntos, el comandante y el estado mayor de *La Bonite* se ocuparán de ellas con atención."[11]

Como consecuencia de esta invitación los miembros de la Academia redactaron instrucciones completas para el viaje, y así Mirbel redactó la parte botánica de las instrucciones; Cordier se ocupó de la geología y de la mineralogía; Arago de la física del globo terrestre; Freycinet de la parte hidrográfica del viaje; mientras que de Blainville se encargó de las cuestiones zoológicas. En estas instrucciones no se mencionaban investigaciones relativas a la arqueología o la etnología; sin embargo, las recomendaciones de orden antropológico (englobadas en la sección "zoología" del programa) podían eventualmente comprometer a los oficiales para que practicasen excavaciones y, en consecuencia, para que llevasen a Francia antigüedades al mismo tiempo que los cráneos y las osamentas solicitados:

> "No tenemos necesidad de añadir que las investigaciones de historia natural deberán comprender la especie humana, y que sería, por ejemplo, muy interesante no limitarse a traer, para nuestras colecciones, cráneos

Sandwich - Hawai - Honolulu - Manila - Macao - Cantón - Singapur - Malaca - Calcuta - Pondichery - Isla Bourbón - Cabo de Buena Esperanza - Santa Helena - retorno a Brest el 6 de noviembre de 1837.

[10] En Valparaíso a Cazotte, y a Blanchard, su canciller; en Cobija, a Huet; en Quito a Mendeville y a Lavezzari, su canciller, y Levraud, su secretario; en Manila, a Barrot.

[11] *Comptes-rendus hebdomadaires des séances de l'Académie des Sciences*, 1835, I: 291.

de edades y de sexos diferentes de las principales razas o variedades de hombre que se pueda encontrar, sino tratar de incluir esqueletos completos y solamente más o menos descarnados."[12]

La falta de referencia a la arqueología en el marco de las instrucciones no debe asombrarnos, en la medida en que esta disciplina versaba por entonces, más ordinariamente, sobre las antigüedades clásicas, de las que se ocupaba la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. Según una concepción de la etnografía que habría de perdurar por largo tiempo en ciertos medios, se consideraba por lo general el estudio de las poblaciones "exóticas" como algo que pertenecía más bien al campo de los naturalistas y no de los historiadores. Partiendo de este principio conocido, la administración de la marina no pidió las luces de la Academia de Inscripciones. En cuanto a Henri de Blainville, se hallaba por cierto más preocupado por la anatomía comparada que por la antropología cultural...

En definitiva, pues, no se hizo, en el marco de esta expedición, ningún llamado en favor del estudio de las civilizaciones antiguas del Perú. Sin embargo, parecería que al menos dos personas a bordo aprovecharon las escalas en el Perú para procurarse antigüedades locales: el Teniente de Fragata Touchard, y el señor Barrot, nuevo cónsul de Francia en Manila, al cual Vaillant tenía orden de conducir a su puesto.

Después de dejar en Valparaíso al señor Cazotte, nuevo Cónsul de Francia, y después en Cobija al señor Huet, Vice-Cónsul, *La Bonite* hizo escala en el Callao el 11 de julio de 1836. Lima había sido objeto de una recomendación muy particular de parte de la Academia de Ciencias, pues se había indicado a los Académicos[13] que en Lima había un herbario no clasificado; había que proponer, pues, a las autoridades locales, que Gaudichaud se encargase de esa clasificación, a cambio de lo cual se le cederían algunos duplicados de las muestras:

"Después de algunas averiguaciones se ubicó en efecto el herbario, pero pertenecía al museo de Lima; había sido clasificado, numerado y puesto perfectamente en orden por los cuidados de un sabio botánico francés[14] que vino al Perú en 1789..." (La Salle 1845, II: 36)

---

[12] *"Instructions pour le voyage de circumnavigation de La Bonite, rédigées par les commissaires nommés par l'Académie des Sciences", Ibid.*: 377.

[13] Esta anécdota indica por lo menos que la Academia de Ciencias se interesaba en el Perú, y recibía informaciones relativas a este país, ya sea por intermedio de viajeros, ya sea por el de algún miembro correspondiente.

[14] Podría tratarse quizás de Joseph Dombey (presente en el Perú de 1776 a 1785), o bien de Jean-Baptiste Leblond (presente entre 1779 y 1781), pero en ambos casos la fecha mencionada por Vaillant estaría entonces equivocada...

Sin embargo se aprovechó la escala para efectuar algunos recorridos de historia natural por los alrededores de Lima; principalmente por el señor Barrot, que parece haber formado un herbario que remitió después a Gaudichaud (*Ibid.*, I: 453). Se visitó igualmente el Museo de Lima, como relata el diario del Teniente Pironneau:

> "Fui a ver el museo; lo encontré pobre. [...] Es allí donde también se conservan algunos vasos indios, momias y diversos otros objetos encontrados en las tumbas, a 5 ó 6 leguas de la ciudad. [...]. Los pocos restos reunidos en el museo de Lima, algunas ruinas diseminadas y casi inencontrables en otras regiones del Perú, particularmente cerca de Trujillo, en Cajamarca, en Guanuco [Huánuco], en Cusco, en Tiahuanacu, he allí todo lo que queda del poderoso imperio de los incas." (*Ibid.*, II: 52)

El museo —el primero de su tipo en Lima, pero ya moribundo después de sólo algunos años de existencia— era aún una de las atracciones turísticas de la ciudad. Es posible que la visita al mismo —y el eventual encuentro con coleccionistas— hayan podido suscitar en algunos de estos navegantes el deseo de poseer (o de enviar por medio de una tercera persona) antigüedades como las mencionadas...

Después de 10 días de escala en el Callao, *La Bonite* reinició su viaje hacia el norte, para detenerse en Paita, donde se efectuaron diversas observaciones astronómicas, mientras que, "por su parte, los naturalistas se dedicaron a buscar todo lo que la región podía ofrecer de interesante en los campos de sus estudios." (*Ibid.*, II: 67). El resto del viaje estuvo consagrado a dejar sucesivamente a los diplomáticos en sus sitios de destino, y a efectuar reconocimientos en el Pacífico y en el Extremo Oriente, antes de regresar a Francia a fines de 1837.

El informe de la Academia de Ciencias sobre los resultados científicos de la expedición no mencionaba evidentemente sino la presencia de colecciones de historia natural (*Ibid.*, I: 453-465), en las cuales se hallaba lo esencial. Sin embargo, más anecdóticamente, se notará que en 1840 Touchard ofreció al Museo de la Biblioteca Municipal de Versalles dos vasos "antiguos" del Perú,[15] sobre los cuales se adhirió una etiqueta con la mención, seguramente de acuerdo a sus instrucciones: "Huaca de Payta. Vaso hallado en una tumba."[16] Estos vasos, que resultaron ser imitaciones modernas, fueron seguramente comprados en el mercado de Paita, o en el curso de los paseos del oficial. En cuanto a Adolphe Barrot, fue a su retorno

[15] (Le Roi 1869: 26). Touchard remitió igualmente al museo varios objetos etnográficos de las islas del Pacífico, probablemente recogidos en el curso del mismo viaje.

[16] Etiqueta aún visible en uno de los vasos, que se halla actualmente en las reservas del departamento *Amérique* del Museo del Hombre, en París.

de Manila, en 1838, que depositó en el Museo de la Manufactura de Sèvres, siete ceramios "antiguos" del Perú.[17] Nos parece bastante razonable adelantar la hipótesis según la cual los vasos habrían sido recogidos en el curso de la travesía de *La Bonite*; incluso nos sentiríamos muy tentados a creer que, en el caso de algunos de ellos, Barrot trató con el mismo vendedor que Touchard.[18] La presencia de numerosos "turistas" en esos parajes había quizás creado así un mercado de "curiosidades"...

La misión de Abel Aubert Du Petit-Thouars, en *La Vénus*,[19] era aún más claramente política y comercial que las precedentes; se trataba, en efecto, para el comandante y su tripulación, de recorrer ciertos puntos del globo que no habían sido frecuentados desde hacía largo tiempo por navíos franceses (principalmente el noroeste americano), aprovechando la ocasión para efectuar un reconocimiento de las costas y señalar la posición de diversos puntos imperfectamente conocidos. Con respecto a esto último los objetivos políticos y comerciales de las instrucciones del capitán no podían ser más claras:

> "Recogerá usted con cuidado datos sobre la situación del comercio en general, lugares dónde es posible aprovisionarse de víveres, agua, leña, [...] en fin sobre todo lo que podría ser útil conocer en los casos en que se enviasen en crucero barcos de guerra por los parajes que usted recorra." (Du Petit-Thouars 1840-1843, I: XVII)

Sin embargo, a pesar del carácter profundamente utilitario del viaje, el Ministro de Marina concluía las instrucciones comprometiendo al capitán a no limitarse a este solo aspecto:

> "Su misión no ha sido concebida en atención a un fin científico, y a este respecto mis instrucciones no le imponen a usted ninguna obligación. No hay que perder de vista, no obstante [...] que colecciones recogidas, incluso al azar, en lugares poco frecuentados, como las costas occidentales de América del Norte, pueden enriquecer la ciencia con una multitud de objetos desconocidos, de los que se sacaría partido al regreso; y, a este respecto, debe usted estimular el celo de los oficiales que se sientan inducidos por sus inclinaciones y gusto a investigaciones de este género." (*Ibid.*, I: XIX-XX)

---

[17] (Reyniers 1966: 110 y siguientes). Ver también Martinoli (1991) para mayores precisiones.

[18] Entre los vasos provenientes de Paita se encuentra un vaso en forma de caimán, casi idéntico al comprado por el teniente, e igualmente falso: si no procedían del mismo negociante, al menos sí salían del mismo taller.

[19] Partida de Brest el 29 de diciembre de 1836 - Río de Janeiro - Valparaíso - el Callao - Honolulu - Kamchaka - California - Mazatlán - Acapulco - Valparaíso - el Callao - Paita - Papeete - Port Jackson - Isla Bourbón - Cabo de Buena Esperanza - Isla de Santa Helena - retorno a Brest el 24 de junio de 1839.

No se solicitó ninguna instrucción particular a la Academia de Ciencias, pero en razón de la cercanía del viaje del Capitán Vaillant, es razonable pensar que las instrucciones confiadas al comandante de *La Bonite* fueron comunicadas igualmente a Du Petit-Thouars y su estado mayor (como fue el caso, menos de un año más tarde, para el nuevo viaje de Laplace). De todas maneras las recomendaciones del ministro resultaban superfluas, ya que Du Petit-Thouars había dado ya prueba de su viva curiosidad científica en oportunidad de su anterior asignación a la Estación Naval del Pacífico, cuando comandaba *Le Griffon*. El ministro y los estudiosos de la Academia de Ciencias podían poner en él su confianza, ya que los resultados científicos de su misión estarían a la altura de sus expectativas.

Efectivamente, a su regreso a Francia, en 1839, *La Vénus* llevaba un gran número de muestras relativas a los tres reinos de la naturaleza. Du Petit-Thouars había participado en persona en la constitución de las colecciones, paralelamente a las iniciativas personales del cirujano Néboux y del oficial de Marina Filleux. El Museo de Historia Natural no podía sino felicitarse por el trabajo realizado por el comandante del navío:

> "En esta navegación, que ha durado cerca de tres años, el señor Du Petit-Thouars ha aprovechado todas las ocasiones y dado a los oficiales bajo sus órdenes todas las facilidades convenientes para entregarse a investigaciones de historia natural."[20]

Hay que especificar sin embargo que estas alabanzas no se referían, una vez más, sino a los resultados concernientes a la historia natural; por lo tanto, ¿qué sucedía en el plano arqueológico? En ello el capitán de navío tampoco regresaba con las manos vacías, ya que en el mismo año de su retorno Du Petit-Thouars remitió al Museo de la Manufactura de Sèvres algunos ceramios antiguos del Perú.[21] No se trataba de un desconocido para el museo, ya que había tenido la ocasión de entregar en donación una primera serie de ceramios antiguos del Perú en 1835, con ocasión de su misión a bordo del *Griffon*.[22] En realidad, la mayor parte de los vasos antiguos (¿si no todos?) fueron entregados al comandante del buque por el Capitán Boulanger, antiguo oficial de marina y por entonces negociante establecido en Paita.[23] En el diario de viaje no se especifica en ninguna

[20] Informe presentado a los profesores-administradores del Museo respecto a las colecciones entregadas por el señor Du Petit-Thouars." (Du Petit-Thouars 1840-1843, III: 474)

[21] Se efectuó otra donación al mismo museo en 1858. Muy posteriormente, en 1930, la familia del navegante cedió al Museo del Hombre una otra serie de las antigüedades del Perú conseguidas por Du Petit-Thouars en el viaje de *La Vénus* (ver Anexo 1).

[22] "Note relative à des céramiques données par le Capitaine de vaisseau Du Petit-Thouars" (30 de octubre de 1835). Archivos del Museo de Sèvres: expediente Du Petit-Thouars.

[23] Du Petit-Thouars 1840-1843, II: 274. Ver también la noticia biográfica de Boulanger que damos en un anexo.

parte si se emprendieron excavaciones; y si puede subsistir duda alguna sobre la manera en que fue obtenido el conjunto de piezas llevadas a bordo de *La Vénus*, sucede que, como veremos más adelante, Du Petit-Thouars había practicado ya excavaciones con ocasión de su anterior permanencia en el Perú, cuando comandaba *Le Griffon*:[24] no es por tanto imposible que el capitán hubiese renovado la experiencia en el curso del segundo viaje. La sola alusión que se hace al respecto por el navegante concierne a una simple observación, en la cual decía haber visto "restos de ceramios y de osamentas humanas en el gran acantilado de cantos rodados que se extiende a lo largo de la costa, entre el Callao de Lima y el Morro Solar: se puede verlos a diferentes alturas, pero sobre todo cerca a la cima del acantilado..." (Du Petit-Thouars 1840-1843, III: 464). La pregunta queda, pues, planteada, sin que se pueda aportar una respuesta en lo inmediato...

Los objetivos del viaje de *L'Artémise*,[25] nave comandada por el Capitán de Navío Cyrille Laplace, se sitúan en la misma línea de los que se encomendó a Du Petit-Thouars en *La Vénus*: la protección de los intereses franceses, ayuda a los balleneros, reconocimiento de diferentes puntos del globo desde el punto de vista comercial y político, pero también hidrográfico y físico. A fin de completar estas últimas recomendaciones, el ministro tuvo cuidado de añadir al cuaderno una copia de las instrucciones de la Academia de Ciencias preparadas para el viaje de *La Bonite*:

> "Usted encontrará en estos documentos directivas útiles que le recomiendo no descuidar de ningún modo en todas las ocasiones en que usted tenga la posibilidad de sacar provecho de ellas." (Laplace 1841-1854: XIII)

Esta última recomendación resultaba superflua, ya que tanto el jefe de la expedición como sus subalternos se sentían animados por esas preocupaciones científicas, como testimonia, por ejemplo, esta carta de Guibert, cirujano a bordo, a su superior:

> "Durante el curso de la larga campaña que debe emprender la fragata *L'Artémise* bajo sus órdenes, he pensado que las circunstancias me permitirían quizás ser útil a la ciencia, dedicándome a investigaciones de historia natural, de objetos de arte o de curiosidades. Pero como esta materia no ha sido, hasta hoy, tema de mis estudios particulares, siento la necesidad de ser guiado en estas investigaciones por obras especiales que no poseo."[26]

---

[24] Ver la relación que hizo de una de estas experiencias arqueológicas, tal como damos cuenta en la sección consagrada a la Estación Naval.

[25] Partida de Tolón a comienzos de 1837 - Cabo de Buena Esperanza - Bourbón - India - Calcuta - Malabar - Singapur - Filipinas - China - Java - Sydney - Chile - Perú - América Central - México - California - Islas Sandwich - Chile - Cabo de Hornos - Brasil - retorno a Tolón en 1840.

[26] Carta de Guibert al Capitán Laplace (París, 29 de noviembre de 1836). Archivos Nacionales, París: BB4 1008.

Se notará igualmente la presencia en el estado mayor del Teniente de Navío François-Édouard Pâris, el mismo que debía ilustrarse en el curso del viaje por sus notables trabajos de etnografía naval, antes de convertirse, más tarde, en Director del Museo Naval.

La permanencia de *L'Artémise* a lo largo de las costas del Perú fue muy corta: el buque se encontraba en Paita alrededor del 20 de octubre de 1839, llegó el 7 de noviembre al Callao y partió para Valparaíso, en donde se halló el 4 de diciembre; lo cual, a fin de cuentas, no representa más que unos días si se descuenta los días de travesía (17 días de Paita al Callao), y en ningún momento se hace mención, en el relato del viaje, a excavaciones arqueológicas o algo que se asemeje. Sin embargo, a su retorno a Francia en 1840, el Capitán Laplace donó al Museo de la Manufactura de Sèvres una importante serie de vasos de procedencia muy variada: Persia, Arabia, India, Cochinchina, Java, Manila, Guayaquil, Paita, Talcahuano. Además de algunos ceramios modernos que se compró en Paita, Laplace habría llevado del Perú al menos dos vasos prehispánicos, hoy desaparecidos.[27] Dada la importancia de la donación y su carácter sistemático (los vasos corresponden a casi todos los puntos que tocó *L'Artémise*), es muy probable que Alexandre Brongniart, por entonces director del Museo de Sèvres, hubiese pedido a Laplace, antes de su partida, que le trajese muestras de cerámica del mundo entero;[28] Brongniart estaba acostumbrado a cosas así, y gracias a sus contactos en el seno de la Academia de Ciencias (de la cual era miembro), no vaciló en acudir a la buena voluntad de los viajeros que se hallaban a punto de partir, para ampliar su museo.

El viaje de *La Danaïde*, aparentemente el último de este tipo, no era ya más que la marca de una supervivencia superada. La expedición, dirigida por el Capitán de Corbeta Ducampe de Rosamel, no parece haber tenido la misma resonancia; no fue objeto de ninguna publicación específica, y los documentos relativos a este viaje son a menudo lacónicos o parciales: nuestras fuentes son tan incompletas que no estamos en capacidad de ofrecer aquí sino un itinerario aproximativo. Tampoco sabemos nada en torno a los objetivos del viaje, pero diferentes informes enviados por Rosamel parecen indicar que su misión debía ser continuación de la iniciada

[27] El primero, entregado al Museo de Sèvres, está mencionado en el inventario de Brongniart (1845, I: 80); forma parte de los numerosos objetos de cerámica destruidos durante un bombardeo inglés el 3 de marzo de 1942. El segundo, mencionado por Gervais (1864: 126), habría sido ofrecido por Laplace al Museo de la Sociedad de Anticuarios de Normandía. Vaso que parece haber sido igualmente destruido durante los bombardeos que sufrió la ciudad de Caen en 1944. Es probable que ambos ceramios —si es que fueron auténticamente prehispánicos— fueron comprados, como el resto de la donación, durante una estadía en el Perú.

[28] A cambio de esta donación, Laplace pidió a la Manufactura de Sèvres una copa "que recordase los principales países en que el señor Capitán Laplace ha tocado" (Archivos del Museo de Sèvres: expediente Laplace).

por *La Vénus*: protección de los intereses franceses en el mundo, ayuda a los balleneros en dificultades, recolección de datos diversos sobre los países visitados.[29]

En el curso de la preparación del viaje, no parece haberse solicitado a la Academia de Ciencias instrucciones especiales; seguramente el ministro debió poner a disposición de Rosamel una cierta documentación básica: las instrucciones redactadas para la expedición de *La Bonite*, así como los relatos de los anteriores viajes de circumnavegación recientemente publicados. De otra manera, la actitud sin duda más frecuente, a falta de instrucciones especiales, era que uno o varios miembros del Estado Mayor estableciera contacto, a título individual, con una personalidad reconocida por sus competencias. Tal fue el caso del Dr. Liautaud, cirujano destacado a bordo de *La Danaïde*, el mismo que, deseoso de efectuar investigaciones de historia natural, pero novicio en la materia, contactó a Charles Gaudichaud, quien se había destacado a bordo de *L'Uranie*, y después de *La Bonite*. El farmacéutico redactó entonces algunas rápidas instrucciones, señalando para cada escala prevista las investigaciones que había que realizar, y las gentes a las que había que visitar: médicos, farmacéuticos y eruditos, capaces de procurar al viajero colecciones de historia natural. En función de sus propios trabajos y de sus temas de interés predilectos, Gaudichaud parece haber insistido particularmente en la botánica, pero es posible que haya mencionado igualmente la utilidad de investigaciones antropológicas,[30] pues, como vamos a ver, Liautaud se destacó esencialmente por sus excavaciones en el Perú, en las Islas Carolinas y en las Filipinas.

En efecto, desde su regreso a Francia en 1843, el Dr. Liautaud remitió al Museo de Historia Natural de París una serie de cráneos que había conseguido personalmente en diversos puntos del mundo. Entre éstos se encontraban dos cráneos procedentes de Huacho, un poco al norte de Lima. La carta[31] que acompañaba a esta donación, en la cual Liautaud se refiere a las circunstancias del descubrimiento, nos proporciona un buen número de informaciones, por lo general ausentes en la mayoría de museos que hemos podido estudiar; por eso este documento merece que nos detengamos en él, ya que Liautaud explica con muchos detalles —como un cirujano que efectúa una autopsia— el estado en que se encontraban

[29] Rosamel redactó sobre todo un voluminoso informe sobre "la situación comercial y política del Perú" (fechado en el Callao, el 17 de octubre de 1839); por desgracia este informe, mencionado en la correspondencia de Rosamel (BB4 602) ha desaparecido desde entonces de los archivos.

[30] El artículo de Hamy (1906) en que se evoca este intercambio de correspondencia entre Liautaud y Gaudichaud es poco explícito a este respecto.

[31] "Notes relatives aux crânes recueillis lors du voyage de circumnavigation à bord de *La Danaïde*, par le Dr. Liautaud" (1843). Archivos del Laboratorio de Antropología, Museo de Historia Natural de París (Museo del Hombre): expediente Liautaud.

los cuerpos en el momento de su descubrimiento, así como su posición en la tumba:

> "Las dos momias a que pertenecían estos cráneos estaban acostadas sobre la espalda sobre una pendiente muy inclinada; los pies abajo y apuntando a occidente. Posición en la cual una parte del cráneo se hallaba a la vista, por el deslizamiento de las capas arenosas que los recubrían primitivamente, y expuestos a los daños del aire; pero todo el resto del cuerpo que estaba envuelto aún por una tela de algodón se hallaba en perfecto estado de integridad."

Los últimos detalles nos indican que podría tratarse de un descubrimiento fortuito, o que, no sabiendo dónde y cómo investigar (ya que el médico había escuchado hablar de momias descubiertas anteriormente en los alrededores), Liautaud había confiado en el azar, método que debió ser el utilizado con mayor frecuencia[32] por los aficionados a las antigüedades a lo largo de todo el siglo XIX, y que era la imagen misma de esta disciplina "científica", por entonces en elaboración: una investigación desplegada en "abanico", en la que todo era considerado interesante y digno de ser recolectado, cualesquiera que fuesen los medios empleados para ello... Un poco más adelante en su carta, Liautaud nos explica por qué no se llevaban, por lo general, sino los cráneos, y no los esqueletos completos:[33]

> "Varios de mis colegas han tratado, en diversas ocasiones, de trasportar a Francia algunas momias peruanas. Pero a pesar de las precauciones más minuciosas no han podido nunca sustraerlas a la humedad de la atmósfera interior del buque, que al poco tiempo penetra en los tejidos esponjosos y los transforma en una especie de lodo informe y delicuescente. Nadie, al menos que yo sepa, ha tenido éxito hasta hoy y mis intentos no han sido más exitosos. La excesiva humedad del falso puente de *La Danaïde*, a la que ni aun mis efectos personales resistían, y las precauciones higiénicas que requería la salud de la tripulación, confiada a mis cuidados, me obligaron a deshacerme de mis piezas anatómicas al cabo de un tiempo muy breve, y a no conservar sino los cráneos, después de disponer que los limpiasen con mucho cuidado."

A pesar de que se sentía particularmente interesado (en cuanto médico, y por los consejos de Gaudichaud) en temas relativos a la historia natural, Liautaud no desdeñó por ello los objetos que acompañaban a los cuerpos, más aún porque presentía el interés que podían revestir para la comprensión de sus propietarios, desaparecidos para siempre:

---

[32] Cuando no alquilaban los servicios de los "huaqueros"...

[33] Lo cual nos remite directamente a las recomendaciones de Blainville para el viaje de *La Bonite*, relativas al interés que presentaba la traída de cuerpos enteros (*Comptes Rendus des séances de l'Académie des Sciences*, 1835, I: 377).

"Independientemente del interés que presentan desde el punto de vista de las ciencias naturales, las huacas son tanto más dignas de atraer la atención de los viajeros pues encierran siempre herramientas o utensilios y adornos de poco valor, pero preciosos por hecho de que son, junto con las momias, las únicas reliquias de una civilización interesante hundida desde hace mucho tiempo en el río del olvido."

Al leer las descripciones de Liautaud se podría ver aparecer ante nuestros ojos las largas piezas de tejidos que envolvían las momias, así como el material que había servido para confeccionarlos: madejas de hilos multicolores, husos de madera. Venían después utensilios vinculados con la pesca: agujas de madera, anzuelos, conchas. Y en fin numerosos vasos de terracota. Si uno se atiene a esa carta y al registro de ingresos del Laboratorio de Antropología del Museo, nada indica con claridad que nuestro cirujano hubiese incluido en su equipaje algunos de los objetos encontrados en las tumbas; sin embargo, a juzgar por el entusiasmo con que evocaba esas "curiosidades", parecería sorprendente que no hubiese sentido el deseo de llevarse algunas de ellas. Omisión que sería tanto más sorprendente porque el mismo jefe de la expedición, Ducampe de Rosamel, se llevó en ese viaje una serie de vasos prehispánicos procedentes de la región de Ica (obtenidos en circunstancias que ignoramos), vasos que fueron a dar, en fecha desconocida, al Museo de Boulogne-Sur-Mer.[34]

LA ESTACIÓN NAVAL DEL PACÍFICO

ORÍGENES DE LA ESTACIÓN NAVAL

Hemos visto anteriormente cómo después de 1815 Francia emprendió la reconstrucción de su marina, y cómo la flota demostró rápidamente el papel capital que podía desempeñar en el plano de la política internacional del país. Su ámbito de intervenciones se había ampliado progresivamente hasta abarcar todo el planeta; algunas de ellas tuvieron como objetivo asegurar la perennidad de cierto equilibrio político (la intervención en España en 1823), en tanto que otras tomaron un giro cada vez más colonial (toma de Argel en 1830). Esa "penetración" de la marina se explica tanto mejor porque siempre había tenido un viejo conflicto que arreglar con su rival británica: fuera de las acciones de carácter excepcional a que hemos hecho referencia, la marina francesa insistía en responder a la política de presencia mundial de Inglaterra (Masson 1981, II: 50). Lo cual se había iniciado a través de intervenciones puntuales, y continuado por medio del

[34] E. T. Hamy presentó fotografías de estos vasos en una sesión de la Sociedad de Americanistas (*JSA*, 1897-1898, II: 215). Son los primeros vasos de esta región que ingresaron a un museo francés.

envío de varias expediciones alrededor del mundo (las mismas que tenían como fin esencial, recordemos, evaluar el potencial económico y militar de diversas regiones, así como establecer contactos), para culminar con la instauración de estaciones navales en todos los puntos "calientes" del globo.

En lo que se refiere a la estación naval del Pacífico, su creación tuvo como origen la emancipación de algunas de las colonias españolas de América del Sur. Desde comienzos del siglo XIX los ingleses habían logrado implantarse en América del Sur y maniobraron, más o menos abiertamente, en favor de la independencia de los antiguos virreinatos españoles. Mientras que en Francia, a pesar de los contactos establecidos por ciertos líderes de la independencia, el gobierno se mostraba indeciso, tironeado de un lado por los "Ultras", que se negaban a toda colaboración con los movimientos independentistas y preconizaban el restablecimiento de la autoridad de la España monárquica, del otro por los paladines de la burguesía comercial e industrial, los mismos que, más pragmáticos, veían en las nuevas repúblicas un inmenso mercado todavía virgen (Jezequel 1974: 5).

Ante esa indecisión del Estado, las primeras tentativas de contactos emanaron de iniciativas privadas: en 1816, una poderosa familia de negociantes de Burdeos armó una nave de tres mástiles, *Le Bordelais*, para la realización de una vuelta al mundo de carácter comercial, durante la cual el comandante del barco, el Teniente de Navío Camille de Roquefeuil, debía establecer contactos en Chile y el Perú. El buque partió de Burdeos el 11 de octubre de 1816. *Le Bordelais* atracó en el puerto del Callao el 27 de febrero de 1817. Las autoridades dispensaron una buena acogida a Roquefeuil, a quien se autorizó que vendiera sus mercaderías. Durante su estancia en el Perú, el Teniente de Navío pudo darse cuenta del potencial económico del país, de sus necesidades particulares y de la situación política. El éxito comercial de la expedición y el favorable informe elevado por Roquefeuil iban a constituir un primer paso hacia un acercamiento oficial con los medios criollos independentistas. En 1818 la posición de los partidarios del acercamiento se vio reforzada con el ascenso a la cabeza del Ministerio de Marina del Barón Portal, que provenía precisamente de una familia de armadores bordeleses. La delicuescencia del poder español en sus antiguas colonias sudamericanas, y la presencia, al contrario, cada vez más preponderante, de los ingleses, exigía una rápida decisión del gobierno francés. En abril de 1820 Portal encargó al Contralmirante Jurien de la Gravière una misión en las costas de La Plata, de Chile y del Perú, cuyo objetivo oficial era desarrollar el comercio y efectuar trabajos hidrográficos. Se trataba, en realidad, y más prosaicamente, de mostrar el pabellón francés, recoger informaciones sobre los países visitados y establecer contactos. A su retorno a Francia, el jefe de la expedición no podía sino corroborar la impresión general de la irremediable derrota del ejército español y de la necesidad de instalar en el Perú y en Chile agentes

oficiales, así como una fuerza naval permanente. El paso decisivo sería dado por el Barón Mackau, a quien se había encargado una misión idéntica a la de Jurien de La Gravière, sin esperar siquiera el regreso de éste. Mackau partió de Brest en agosto de 1821, se detuvo largamente en Valdivia, donde encontró a un gran oficial del ejército chileno, el Coronel Beauchef, él también antiguo oficial del Imperio. Posteriormente, durante sus estancias tanto en Valparaíso como en Lima, Mackau no vaciló en dar seguridades en torno a la buena disposición del gobierno francés frente a las nuevas repúblicas, y participó en diversas recepciones oficiales, comprometiendo así de hecho a su gobierno en una vía diplomática que éste titubeaba aún en seguir.

El camino que conducía a un reconocimiento oficial de las jóvenes repúblicas sudamericanas fue de los más tortuosos, y la marina debió desempeñar por un tiempo un papel de intermediaria, principalmente con el envío de los Capitanes de Fragata La Susse y Moges al Perú y a Chile para proponer un arreglo de los diferendos con España (Faivre 1953: 316). A falta de representantes oficiales del gobierno francés, los oficiales de los buques de guerra en crucero en las aguas del Pacífico se vieron, desde los primeros tiempos, en la obligación de sobrepasar el marco de sus atribuciones normales para cumplir de alguna manera funciones diplomáticas. Esta situación ambigua continuó hasta que el gobierno decidió en 1826 enviar a Chaumette des Fossés y a La Forest, respectivamente, al Perú y a Chile, con el título —prudente— de "Inspector General del Comercio", título que más tarde fue reemplazado por el más ortodoxo y dignificante de "Cónsul General".

Mientras que se abría así, dificultosamente, el camino hacia el establecimiento de relaciones diplomáticas, el gobierno dictaba, por anticipado, medidas apropiadas para garantizar su eficacia, instituyendo en el lugar una "estación naval" en el Pacífico. En efecto, la presencia de numerosos corsarios en las aguas chilenas y peruanas hacía siempre muy precario el comercio europeo, de modo que se consideró necesario el envío de buques de guerra franceses para proteger los intereses nacionales en la región. La presencia permanente de barcos que se relevaban en las aguas de Chile y del Perú desembocó finalmente en la creación de la Estación Naval del Pacífico, a semejanza de la Estación Naval del Brasil establecida algunos años antes (hacia 1816 ó 1817). La fecha de institución de la Estación del Pacífico no está claramente establecida: desde 1821 se habla en los documentos de "División de América del Sur",[35] pero parece que la primera vez en que apareció el título de "Estación Naval del Océano Pacífico" fue en 1823.[36] Ésta fue puesta, en un primer momento, bajo las órdenes del

[35] Archivos Nacionales, París: BB4 420.

[36] Archivos Nacionales, París: BB4 447.

Barón Roussin, antes de ser confiada, a fines de ese año, al Contralmirante de Rosamel. Unos años más tarde la Estación del Pacífico no era más que una división menor, que no contaba más que con uno o dos navíos. Sin embargo, como consecuencia de las quejas regulares contra los abusos de los poderes locales,[37] y de las conmociones políticas que agitaban crónicamente el Perú, se decidió reforzar la flota de la división a fin de asegurar una presencia permanente[38] a lo largo de todas las costas sudamericanas. Esta política de refuerzo habría de confirmarse posteriormente con el desarrollo de la expansión francesa en el Pacífico, y más particularmente en Oceanía. Francia recurrió cada vez más a su marina para asegurar el control de lo que consideraba su esfera de influencia, siendo de alguna manera considerada la flota como "brazo armado" de la diplomacia. Según los casos la marina contribuyó activamente a la expansión colonial (África, Extremo Oriente, Oceanía), o se mantuvo en un papel de "ángel guardián" discreto —pero omnipresente (en América Central y Meridional)—. La Estación Naval del Pacífico parece haber funcionado hasta comienzos del siglo XX,[39] pero es probable que desde fines del XIX su papel en las costas occidentales de América de Sur fuese secundaria.

Marinos arqueológicos

Hemos visto más arriba cómo los viajes de circumnavegación contribuyeron a acrecentar las colecciones de antigüedades peruanas de los museos franceses (viajes de Du Petit-Thouars, Laplace, Vaillant, Ducampe de Rosamel). En cuanto a los oficiales de la Estación Naval, iban a tomar parte en el quehacer arqueológico de manera aún más marcada. De la treintena de oficiales que coleccionaron o donaron antigüedades peruanas a instituciones científicas o museográficas francesas, que hemos podido identificar, la mitad de aquéllos[40] se las habían procurado (a través de excavaciones o —con mayor frecuencia— mediante compras) cuando se desplazaban en el ámbito de la Estación Naval del Pacífico. Hecho para el cual se pueden señalar varias causas:

[37] Ver por ejemplo la carta de queja de Augeay, capitán de travesía, comandante del *Béarnais* (hacia 1832), y el pedido de negociantes franceses establecidos en Lima solicitando un paso más frecuente de buques de guerra por las costas del Perú (Lima, 25 de junio de 1832). Archivos Nacionales, París: BB4 546.

[38] Ver sobre todo el informe de Ricaudy, comandante de la corbeta *L'Ariane*, donde se mencionaba la falta total de protección de los intereses franceses en los puertos "intermediarios" del Perú (el Callao, 7 de junio de 1835). Archivos Nacionales, París: BB4 568.

[39] La División del Pacífico ya no es mencionada en el Anuario de la Marina después de 1909.

[40] Se trata de las siguientes personas: Champeaux (1824-25), Rossi (1825), Du Petit-Thouars (1830-34), Dr. Maurin (1836), Mallet (1840-45), Gauvain (1855?), Dr. Morache (1857), Didelot (1860), Dr. Bourru (1868), Miot (1868-71), Dr. Fournier (1872), Serre y Dr. Savatier (1877), Dr. Guérard de La Quesnerie (1880), Abad Pannetier (1890). Ver datos sobre estos personajes en anexo.

En primer lugar, el carácter permanente de las naves de la Estación que se hallaban en crucero a lo largo de las costas peruanas permitía a los oficiales adquirir un mayor conocimiento del país; más aún, la duración de su permanencia les facilitaba los contactos con eruditos locales —o simples autóctonos— que podían indicarles la presencia de ruinas, sepulturas, o más simplemente obsequiarles antigüedades —o vendérselas...—.

Después, con la implantación del sistema de estaciones navales los marinos navegaban mucho más que antes, y tenían, con la rotación de buques de una estación a otra, ocasión de ver países muy diferentes unos de otros. Diversidad que no dejaba de favorecer una mayor amplitud de espíritu: esta facultad de observación reconocida en los oficiales de marina fue, por otra parte, utilizada a menudo por los funcionarios del Ministerio de Asuntos Extranjeros o por miembros de instituciones científicas, con el fin de obtener informaciones muy diversas sobre las regiones que tocaban. La presencia en el seno de la Estación de algunos oficiales enamorados de las ciencias (principalmente los oficiales de la Sanidad), o la personalidad "ilustrada" del jefe de la División, han constituido por otra parte factores favorables para la difusión del interés por la arqueología, entre otras disciplinas científicas, e incluso podríamos hablar por ello de "emulación" entre marinos. Recordemos a este respecto que grandes navegantes, como Duperrey, Freycinet, Du Petit-Thouars, fueron miembros de la Academia de Ciencias. Así también la mayor parte de las sociedades de geografía francesas contaban en sus filas con numerosos oficiales de marina; éstos podían, por su experiencia personal, aconsejar a sus colegas y estimularlos a seguir el ejemplo de sus ilustres mayores (como hizo por ejemplo Gaudichaud con su joven colega Liautaud). Una carta del Almirante Paris ilustra perfectamente lo que acabamos de decir sobre los contactos que podían existir entre instancias científicas y marinos, y sobre el espíritu ilustrado de ciertos oficiales:

> "... la Estación se halla bajo las órdenes de un oficial que añade a una gran instrucción un gran deseo de ser útil a la ciencia y comprende que los viajes lejanos son muy adecuados para alcanzar este fin. El almirante Serre no ha deseado pedir oficialmente instrucciones a la Academia, porque la Estación que ha de comandar no tiene ninguna analogía con los antiguos viajes científicos. Pero ha sabido ya rodearse de oficiales instruidos, y sobre todo de un cirujano [Savatier] que se propone ocuparse de historia natural. Pues bien, ¿quién podría ocuparse mejor de antropología que un cirujano, y aunque este tema haya sido estudiado ya, aún debe haber muchas observaciones por efectuar. Yo le agradeceré mucho, en consecuencia, tener a bien redactar una nota sobre qué países y especies desea usted tener estudios y datos interesantes. Yo la

trasmitiré a Serre, que apoya lo mejor que le es posible los estudios de su personal."[41]

Recordemos, además, que el propio Ministerio de Marina estimulaba los trabajos científicos, como prueban sus permanentes contactos con el Ministerio de Instrucción Pública y, más particularmente, con su Servicio de misiones científicas y literarias.

En fin, y teniendo en cuenta todo lo que acabamos de decir, el personal de las estaciones navales era ampliamente solicitado por las instituciones científicas, que no dejaban de remitirles las listas de instrucciones que publicaban regularmente. Es en parte para ellos que el Museo de Historia Natural publicaba (y ponía regularmente al día) sus *Instructions pour les voyageurs et les employés des colonies*... Sucedía lo mismo con las instrucciones e informaciones redactadas y publicadas por ciertas grandes sociedades de estudios (Sociedad de Etnología, Sociedad de Geografía, Sociedad de Antropología) que, sin dirigirse en particular a los oficiales de marina, podían ser utilizadas por éstos.

El relato que hizo ante la Academia de Ciencias en 1856 el almirante Du Petit-Thouars de una de sus experiencias arqueológicas cuando se hallaba a bordo del *Griffon* (a comienzos de los años 30), ilustrará de manera útil el contexto en el cual se realizaban por entonces, en la mayor parte de las veces, los trabajos de excavación llevados a cabo por oficiales de marina:

> "Hallándome anclado en Arica, y conociendo por las tradiciones del lugar que el gran valle cubierto de arena, situado al sur del Morro de Arica, había sido lugar de inhumación de los antiguos peruanos, pedí al gobernador de Arica autorización para realizar algunas excavaciones en este valle de tumbas. Me respondió con mucha cortesía que no habiendo sido bautizados esos muertos, yo podía hacer lo que deseara.
>
> Impulsado por el deseo de saber cómo se inhumaba a los indios en tiempos de los incas, y también por la esperanza de recolectar para el Museo cerámico de Sèvres vasos cuyo origen no pudiera discutirse, me embarqué y fui a tierra, al pie del Morro de Arica [...]. Descubrimos así un gran número de tumbas; todas ofrecían la misma disposición. En algunas encontramos pedazos de tejidos de esparto de colores: pensamos que se trataría de tumbas de mujeres. No conservamos ninguno de esos restos por causa del olor que aún conservaban. [...] El resultado de mis investigaciones fue satisfactorio, pues recogí una gran cantidad de vasos que representaban figuras de hombres o de animales, y que a mi retorno ofrecí a nuestro ilustre colega, el señor Brongniart, para el Museo Cerámico de Sèvres, del cual es fundador."[42]

[41] Carta de París a un profesor del Museo [¿Quatrefages?] (París, 9 de octubre de 1876). Archivos del Laboratorio de Antropología del Museo.

[42] *Comptes-rendus hebdomadaires des séances de l'Académie des Sciences*, juillet-décembre 1856, XLIII: 737-738.

Se puede ver, pues, que en muchos casos las excavaciones eran circunstanciales: por poco que se tratase de un comandante "sensibilizado" a cuestiones arqueológicas (en este caso un personaje brillante, como Du Petit-Thouars, conocedor del interés de Brongniart por los ceramios), bastaba con que éste se encontrase disponible en un sitio renombrado por sus restos, para que pudiese eventualmente emprender excavaciones...

Lo que sorprende cuando se considera la actividad arqueológica de los oficiales de la Estación Naval, es su continuidad a todo lo largo del siglo XIX, sin que pueda notarse la preponderancia de ningún período. Las primeras colectas de objetos comenzaron desde 1824-1825, cuando apenas acababa de establecerse la estación: el envío al Museo de Historia Natural de París de un cráneo encontrado en Quilca en 1825 por el Capitán de Rossi parece denotar de parte de este oficial una singular curiosidad (a menos que se tratase de un "pedido" expreso del Museo). Que Rossi aprovechase su viaje para llevarse consigo, como hicieron tantos viajeros, alguna curiosidad exótica o un vago ceramio que se remontaba, según se pretendía, a "la más alta antigüedad", comprado en un bazar, sería algo comprensible, pero tomar la iniciativa de llevar un cráneo al Museo nos parece algo menos corriente. Este hecho indica, al menos, que en un momento muy temprano los oficiales de marina se sintieron tocados por esta clase de preocupaciones científicas; y ello en una época en que la ciencia antropológica era todavía balbuceante. El caso del Capitán Rossi nos parece tanto más extraordinario por cuanto en 1825 subsistía un cierto conflicto entre Francia y el Perú, y que, por ello, los oficiales de la Estación tenían probablemente preocupaciones más graves[43] que la de huronear en antiguas huacas. Posteriormente, una vez estabilizadas las relaciones diplomáticas, y la situación interior del Perú un poco más tranquila, los oficiales de la Estación Naval estuvieron sin duda más disponibles y, en consecuencia, mejor dispuestos a responder a las esperanzas de las instancias científicas. Esta "actividad arqueológica" de los oficiales de la Estación Naval debía continuar hasta el mismo término del siglo XIX, pero con una disminución notable después de la guerra del Pacífico. A menos que ciertos oficiales no dudasen en enfrentar los obuses en pro del avance de la ciencia... Tenemos como prueba el singular testimonio del Dr. Guérard de La Quesnerie, médico mayor de la marina, que se hallaba ante Arica en 1879, cuando el conflicto con Chile ya había estallado. El puerto se encontraba por entonces bajo el fuego de las tropas chilenas:

> "Yo no hacía más que un reconocimiento; por ello, después de algunas investigaciones superficiales que me permitieron no obstante traer lo que pude esconder en el saco del enfermero, tres cabezas momificadas

[43] Cuando el Contralmirante de Rosamel envió a Rossi la orden de partida para las costas del Perú, le recomendó "asegurar protección y asistencia al comercio francés", en el temor de un bloqueo (Río de Janeiro, 21 de abril de 1824). Archivos Nacionales, París: BB4 459.

con abundantes cabellos, unos huesos dispersos y algunos objetos característicos de una población de pescadores, tales como un anzuelo y una aguja de cobre, hilo, un pasador de hueso, etc., objetos que llevé a bordo, resuelto a efectuar una exploración seria posteriormente. [...] Las circunstancias surgidas de la guerra no lo permitieron. Todo lo que pude hacer, al abandonar Arica precipitadamente, fue rogar a uno de mis amigos, el señor Meslier, negociante y agente consular en Arica, que me procurase, costase lo que costase, en la eventualidad de un próximo retorno, una momia entera, sin olvidar los objetos que se hallan habitualmente en las sepulturas. Este caballero hizo puntualmente lo que le había solicitado —y a nuestro regreso a Arica el 27 de febrero de 1880, tuve el tiempo estrictamente necesario de ir, entre dos bombardeos, a buscar la momia en tierra y a ponerla en lugar seguro a bordo—." (*BSAP*, 1881: 552)

Asistencia a los viajeros

Hasta aquí no hemos hablado sino de los oficiales de la Estación que actuaron por iniciativa propia. Conviene notar sin embargo que en ciertas ocasiones, oficiales y marineros constituían igualmente una mano de obra de ayuda para los viajeros científicos.

En el relato de su exploración de América Meridional Alcide d'Orbigny cuenta que al final de su periplo, en 1833, se dirigió al Callao en busca de un buque que lo llevase de regreso a Francia. Allí se encontró con el Almirante Du Petit-Thouars, por entonces comandante del *Griffon*. Ambos asociaron sus esfuerzos para efectuar algunas investigaciones de historia natural en la región de Lima. Muchos años más tarde, Charles Wiener, encargado de una misión científica por el Ministerio de Instrucción Pública, obtuvo en 1876 la contribución del Almirante Périgot, Comandante en Jefe de la Estación del Pacífico, para continuar sus excavaciones en las necrópolis de Ancón. Hay que reconocer que si el Almirante se dejó convencer no fue tanto por el hecho de un interés científico particular, sino más bien gracias a los vibrantes llamados al patriotismo por parte del encargado de misión:

"Le expuse mi situación financiera, las trabas que suponían para mi misión, el perjuicio que tal estado de cosas ocasionaba a las colecciones francesas. Le conté los notables resultados que los estudiosos alemanes señores Reiss y Stübel habían obtenido durante su bella misión a Ecuador y Perú. [...] Le mostré todas esas riquezas al otro lado del Rhin, y a nuestros museos desprovistos de esos curiosos especímenes del pasado americano." (Wiener 1880: 47-48)

Charles Wiener dio prueba en ello de sus talentos de futuro diplomático y supo utilizar los argumentos adecuados para lograr que se

le facilitara un grupo de marineros para sus excavaciones... Dos años después, Léon de Cessac recurrió igualmente a los servicios de los marinos franceses para terminar sus trabajos en ese mismo sitio de Ancón. En este caso, sin embargo, las motivaciones del Contralmirante Serre eran muy diferentes de las de su predecesor a la cabeza de la División; recordemos solamente cómo el Almirante Paris había elogiado el espíritu del nuevo Comandante. En una nota leída en la Academia de Ciencias en 1879, el Almirante Serre comentaba con entusiasmo las investigaciones efectuadas con Cessac:

> "Del Callao nos dirigimos a Ancón, pequeño puerto situado a algunas leguas al norte de Lima y vecino a una necrópolis india, donde nos proponíamos hacer excavaciones. Éstas fueron dirigidas por los señores Savatier y Cessac, joven viajero enviado en misión por el departamento de instrucción pública. La importancia de los resultados no es aún conocida; [...]. Si los elementos parecen incompletos, será fácil procurarse nuevos: el número de sepulturas intactas es aún considerable."[44]

En definitiva, las contribuciones respectivas de Périgot y de Serre a la causa científica —tan diferentes en sus manifestaciones— ilustran bien el papel considerable desempeñado por la Marina nacional en la investigación arqueológica y la manera cómo se percibía ese papel: algunos oficiales, como Serre o Du Petit Thouars, movidos por una real curiosidad científica, aprovecharon todas las oportunidades para realizar investigaciones o para ayudar a viajeros-naturalistas aislados; mientras que otros actuaron quizás más por obediencia a las consignas trasmitidas por el ministerio, cualquiera que fuese su contenido, o por la preocupación de mantenerse en un movimiento intelectual creciente, cuyo interés no necesariamente percibían, pero del cual no deseaban, en todo caso, estar excluidos. Una reflexión del Almirante Paris resume perfectamente lo que exponemos:

> "Acuérdese usted que la marina ha perdido el prestigio de la distancia y de lo desconocido; si quiere conservar la alta situación que ha ocupado por largo tiempo en la opinión pública, es menester que sea útil; el oficial navegante debe ser un pionero de la ciencia, y el oficial comandante el delegado de nuestras academias."[45]

Para terminar con el tema del papel desempeñado por los navegantes, tendríamos que señalar que no solamente los oficiales de la marina de guerra participaron en este movimiento coleccionista. En efecto, hemos podido identificar en nuestro cuerpo de donadores de objetos precolombinos la presencia de algunos capitanes de buques mercantes.[46]

[44] *La Nature*, 1879, segundo semestre: 154.

[45] *Comptes-rendus des séances de l'Académie des Sciences*, 1879, LXXXIII: 1171.

[46] Ver en anexo los informes que hay sobre estos coleccionistas y donadores.

Este subgrupo, aún poco representado en nuestro corpus, podría en efecto ser más importante de lo que parece: a pesar de la falta de fuentes de archivos que puedan probar el hecho, podría ser que una parte del mercado francés de antigüedades precolombinas haya sido alimentado en el siglo XIX por esta categoría de navegantes, como dejaría suponer la importancia de las colecciones que hay en una ciudad como Burdeos, cuyo tráfico marítimo con el Perú era importante (sobre todo durante el gran período del guano, hasta los años 1870-1880).

Capítulo 7
ARQUEÓLOGOS AFICIONADOS Y VIAJEROS

Hasta aquí hemos hablado sobre todo de las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo bajo el auspicio de un determinado organismo, ya fuese por individuos encargados de una misión científica oficial (el Servicio de Misiones del Ministerio de Instrucción Pública), o ya fuese, en la mayoría de las veces, por personas que se desenvolvían en un marco institucional (Museo de Historia Natural, Instituto de Francia, sociedades de estudio, marina nacional). No habría que dejar de lado, sin embargo, el caso de viajeros o individuos aislados, presentes, por múltiples razones, en el suelo peruano, y que efectuaron trabajos arqueológicos, o simplemente llevaron a Francia algunas antigüedades, al margen de todo círculo institucional. Una categoría de personas que, por cierto, es muy difícil de aprehender de manera precisa, por el hecho mismo de su aislamiento y de esa falta de un marco institucional. Fuera de algunos relatos de viajes, de los boletines de las sociedades de estudios, y diversos documentos de archivos (sobre todo propuestas de venta o de donación de objetos a instituciones públicas), la documentación susceptible de proporcionarnos alguna indicación sobre las actividades arqueológicas de estas personas es por lo general lacunaria y extremadamente dispersa. Es en este sentido, principalmente, que revisten gran importancia para nosotros las investigaciones en los museos de provincia franceses y los inventarios de sus colecciones,[1] en la medida en que estos trabajos revelan un fenómeno hasta entonces subestimado en Francia: las respuestas de los conservadores y el estudio de los archivos locales han permitido precisamente poner a luz el papel —es verdad muy discreto— desempeñado por gran cantidad de personajes anónimos en la adquisición, envío o importación a Francia de antigüedades peruanas al margen de toda estructura de soporte. Como se verá en nuestro capítulo consagrado

[1] Programa del Centro de Investigaciones de Arqueología Precolombina de la Universidad de París I, bajo la dirección de Eric Taladoire y Pascal Mongne.

a la museografía y al coleccionismo, las motivaciones para reunir tales objetos eran, desde luego, muy variadas. Si algunos actuaban por un puro afán de coleccionistas, otros pretendían erudición, mientras que otros aun actuaron así sujetándose al espíritu científico reinante, o bien en razón de recomendaciones expresas de amigos, si no de sus superiores jerárquicos. Nos ha parecido importante detenernos en el caso de los aficionados, pues ocupan un lugar esencial en la actividad antropológica[2] del siglo XIX. No se trata, desde luego, de abarcar todas las figuras posibles; hemos preferido por ello no retener sino algunos nombres que, sin embargo, ilustrarán bien nuestra exposición. En esta óptica nos detendremos en tres categorías de individuos: los diplomáticos, los residentes franceses en el Perú, los viajeros. Como se podrá advertir, la actitud de todas estas gentes difiere bastante poco, en buena cuenta, de la de los oficiales de marina, a los que hemos dedicado el capítulo precedente. No obstante, hemos tratado aparte el caso de estos últimos, pues cumplían su misión en un marco estricto y determinado. En este sentido, sus eventuales actividades arqueológicas respondían a menudo a recomendaciones que se les dirigía específicamente (recuérdese, por ejemplo, las instrucciones del Museo de Historia Natural), o se inscribían en la línea de una tradición y un espíritu de cuerpo propio de la Marina. Este no fue el caso, por lo general, de los individuos a los que nos vamos a referir ahora.

LOS DIPLOMÁTICOS

Así como se ha podido constatar una tradición de curiosidad científica en los oficiales de marina, uno no puede dejar de sorprenderse ante el considerable número de diplomáticos que efectuaron excavaciones arqueológicas o que, al menos, coleccionaron antigüedades durante su permanencia en el Perú. Si esta tradición fue siempre y abiertamente favorecida por el Ministerio y el alto mando de la Marina nacional, el Ministerio de Asuntos Extranjeros, por su parte, parece haber adoptado a este respecto una actitud más mesurada: si bien no negaba su concurso, en caso necesario, a los viajeros científicos, no parece haber emitido la menor recomendación oficial a sus agentes, dejándoles una total libertad de acción en la materia. Se puede considerar por ello que la mayor parte de las investigaciones efectuadas por los diplomáticos debe ser considerada como resultado de iniciativas personales.

La contribución de los diplomáticos a la "obra arqueológica" tiene su origen en el Antiguo Régimen (los embajadores franceses en Italia hicieron probablemente mucho para la formación de las grandes colecciones

[2] Tomamos aquí la palabra en un sentido muy general, que reagrupa actividades diferentes, pero en este caso complementarias: arqueología, etnografía, antropología física.

de objetos antiguos en los gabinetes reales y principescos...); tradición que tomó sin embargo una amplitud hasta entonces desconocida desde los primeros años del siglo XIX. Todos los países renombrados por sus restos antiguos recibieron en su suelo cohortes enteras de cónsules-arqueólogos; bastarán unos cuantos nombres para ilustrar este hecho: Drovetti en Egipto, Champoiseau en Samotracia, Sarzec en Caldea (Tello), Botta en Khorsabad, etc. Esta inclinación de los diplomáticos a practicar excavaciones o a reunir colecciones de antigüedades se explica con bastante facilidad: la mayor parte de ellos, por sus orígenes sociales (y por consiguiente por su educación familiar), y por la formación recibida en su etapa de alumnos-cónsules, poseían un cierto bagage cultural que los hacía más proclives a actividades tales como la arqueología; y por el hecho de su permanencia relativamente larga y la facilidad con que circulaban por el país —ya se tratase de viajes realizados en el marco de una misión especial, o por placer (del cual Léonce Angrand, por ejemplo, no se privó...)— los diplomáticos tenían ocasión de observar, incluso de descubrir numerosas ruinas, lo cual los convertía en muy útiles auxiliares de la ciencia; en fin, gracias a contactos privilegiados entre diplomáticos y autoridades locales, les era fácil obtener, si era necesario, autorizaciones de excavaciones, o recibir como obsequio antigüedades.

En el corpus de coleccionistas/donadores que hemos establecido para este trabajo,[3] se cuentan dieciocho diplomáticos, de los cuales quince reunieron sus colecciones, sin que pueda haber duda al respecto, cuando se encontraban en funciones en el Perú (o en Bolivia). Sus motivaciones eran muy diversas, y variaban según la personalidad de cada uno de ellos.

Algunos manifestaron durante toda su vida una gran pasión por la arqueología (Chaumette des Fossés,[4] Angrand). Durante sus dos permanencias en el Perú y en Bolivia (entre 1834 y 1838, y después entre 1847 y 1851), Léonce Angrand exploró una gran parte de la costa y de los Andes peruanos. Tuvo así oportunidad, en el curso de sus viajes, de descubrir un número muy importante de sitios antiguos más o menos olvidados, que estudió, midió, dibujó[5] y, a veces, excavó. Se ignora lo que le impulsaba a recorrer con tanta tenacidad el país, en busca de nuevos yacimientos arqueológicos, pues una vez que regresó a Francia se comportó de una manera extremadamente discreta, no formó parte de ninguna sociedad de estudios, y publicó muy poco. Comprometidos en una vía científica muy discutible,[6] sus escritos se vieron, por lo demás, superados

[3] Ver nuestros anexos.

[4] Ver su nota biográfica en anexo.

[5] Era un notable dibujante; sus álbumes de planos, de esbozos y acuarelas se conservan actualmente en la Biblioteca Nacional de París.

[6] Se propuso demostrar que los "pueblos civilizadores" de los Andes (los que erigieron Tiahuanaco y el imperio Inca) venían de América central. Hay que señalar, sin embargo, que esta clase de hipótesis era bastante común en estos años.

pronto y olvidados. Sin embargo, conservó hasta el fin de su existencia una reputación de gran conocedor de la arqueología andina: poco después de su retorno a Francia ayudó a Ernest Desjardins (1858) en la preparación de su obra sobre el Perú antes de la Conquista, sobre todo proporcionándole numerosos documentos inéditos. También "inspiró" o aconsejó a algunos exploradores a punto de partir, y su discípulo más famoso sería Charles Wiener. Pero fue sobre todo mediante sus colecciones de objetos arqueológicos que el nombre de Léonce Angrand iba a inmortalizarse, ya que entre 1839 y 1855 hizo al Museo del Louvre varias donaciones sucesivas de antigüedades andinas, que contribuyeron ampliamente al establecimiento en él de un "Museo Americano".

Si Léonce Angrand ofrece un poco la figura de un héroe emblemático de la "arqueología diplomática", por ser su contribución tan excepcional, muchos de sus colegas no tenían ningún interés al respecto, y actuaron probablemente más por simple sentimiento del deber, incluso por cálculo arribista. Habida cuenta de su supuesto conocimiento del país, y de la amplitud de sus relaciones *in situ*, con frecuencia las instituciones científicas solicitaban a los diplomáticos que enviasen colecciones de antigüedades y de historia natural. Tal es el marco en que debe situarse la participación arqueológica de un individuo como Balny, secretario de la Legación de Francia en el Perú y Encargado de Negocios en 1874, cuya actitud es por demás representativa de un cierto modo de comportamiento frente a la ciencia. En ese año Quatrefages escribió a Balny a fin de que éste proporcionase al Museo de París una serie de cráneos peruanos "semejantes a la que se envió a Londres, hace algún tiempo, por el Ministro de Inglaterra en Lima"; el diplomático francés, picado a vivo en su honor de patriota, reaccionó de inmediato haciendo saber al profesor de antropología que iba a hacer lo necesario para colmar los deseos del Museo:

> "Yo no sabía, Señor, esa munificencia barata de mi colega de Inglaterra [...].
>
> Por lo tanto voy a dar orden para que se busque una cierta cantidad de cráneos, cuya posesión tendrá usted, y haré que los recojan no en las vulgares necrópolis vecinas al Callao, sino en el seno mismo de la antigua civilización de los incas, en el templo sagrado de Pachacamac, perdido hoy en medio del desierto.
>
> Esta colección, puedo asegurarle, no tendrá nada que envidiar a la banal colección remitida a Londres."[7]

Al año siguiente Balny podía anunciar triunfalmente a Quatrefages el envío de "tres docenas de cráneos", recogidos por él mismo en la hacienda

[7] Carta de Balny a Quatrefages (Lima, 21 de septiembre de 1874). Archivos del Laboratorio de Antropología, Museo de Historia Natural de París. Este diplomático británico era Thomas Hutchinson, famoso por su libro *Two years in Peru* (Londres, 1872).

Infantas;[8] manifestaba además que había "encargado a los vicecónsules de Francia en Iquique y en Trujillo que procediesen a realizar investigaciones de la misma naturaleza en las necrópolis que se extienden en los alrededores de estas dos ciudades."[9]

Este caso no es único, e ilustra al contrario un fenómeno de amplitud internacional en esta época: las frecuentes solicitudes de este tipo, y más generalmente la instauración de un "clima" favorable a la ciencia (y a la arqueología, en particular), estimularon por cierto a otros varios diplomáticos a realizar investigaciones y a enviar sus hallazgos a Francia, a fin de manifestar claramente su "celo" en el marco de una misión de alcance nacional. Tal podría ser el caso de Abel Droullion, Vice-cónsul en Trujillo, que hizo una importante donación al Museo de Etnografía del Trocadero en 1883 —quizás con la esperanza de una promoción en el seno de la administración de Asuntos Extranjeros—. Farmacéutico y hombre de negocios establecido en Trujillo desde mediados de siglo, Droullion había sido nombrado Vice-cónsul de Francia en esta ciudad en 1872, luego del establecimiento de una línea francesa de vapores. Poco después de la guerra del Pacífico fue obligado a regresar a Francia, ocasión en que llevó consigo una importante colección de antigüedades, que entregó en 1883 al Museo del Trocadero. Cuando escribió al ministerio para pedir su ingreso al cuerpo diplomático, no dejó de referirse a esta donación:

> "La carta del señor Tallenay[10] llama la atención de Vuestra Excelencia sobre una colección de antigüedades peruanas que he traído, y que es resultado de excavaciones que efectué durante más de diez años en las grandes necrópolis indias. He ofrecido esta colección al Ministerio de Instrucción Pública [...]. El señor Ministro de Instrucción Pública se dispone a señalar ante Vuestra Excelencia el alto valor de dicha colección, que me negué a vender, por un precio muy elevado, a un agente de Alemania, deseoso como me hallaba de reservarla para un museo francés."[11]

En 1885 Hamy, conservador en el Museo del Trocadero, intervino en su favor, a fin de que obtuviese un puesto en Costa Rica, subrayando que se "enriquecería así, sin gasto alguno, nuestras colecciones nacionales, tan

[8] Hacienda situada al noroeste de Lima, perteneciente por entonces a Julio Tenaud, gran terrateniente. La riqueza arqueológica de la hacienda era conocida desde mucho antes, y numerosos franceses en busca de antigüedades acudieron a ella para el efecto (Martinet, Ber, Wiener, Cessac...).

[9] Carta de Balny a Quatrefages (Lima, 15 de mayo de 1875). Archivos del Laboratorio de Antropología, Museo de Historia Natural de París.

[10] Ministro plenipotenciario de Francia en el Perú, era el superior jerárquico de Droullion.

[11] Carta de Droullion al Ministro de Asuntos Extranjeros (París, 16 de marzo de 1883). Archivos del Ministerio de Asuntos Extranjeros : Personal, segunda serie (expediente Droullion).

mal dotadas en el presupuesto."[12] Mucho más tarde (a fines de siglo), sin haber obtenido verdaderamente satisfacción, y en una situación económica bastante delicada, Drouillon emprendió gestiones —en vano—para recuperar sus colecciones, negando la validez de su donación...

La gran mayoría de diplomáticos se situaba sin duda entre ambos extremos: seducidos por la curiosidad de los objetos que les mostraban, inmersos en el clima cientista de la época, o por deseo de distraerse, los honorables diplomáticos compraron antigüedades, efectuaron excavaciones en las necrópolis de las inmediaciones, seguramente sin asignarles mucha importancia. Los recuerdos de Olivier Ordinaire (por entonces Vice-cónsul en el Callao) ilustran perfectamente tal estado de espíritu, en el cual ciencia y vida mundana se mezclaban de la manera más anodina del mundo:

> "En cuanto a mí, no descansé hasta formar con algunos amigos una asociación para excavar uno de esos túmulos. [...]. Mientras nuestros peones excavaban en los flancos de la huaca, nosotros, miembros de la docta sociedad, formábamos en la cima un cenáculo en que se discutían las más trascendentales cuestiones etnológicas..." (Ordinaire 1892: 19-21).

Al margen de esta manera de constituir colecciones a título personal, los diplomáticos se vieron obligados por las instituciones científicas a contribuir de varias maneras: prestando asistencia a los viajeros, en el marco de sus estrictas funciones diplomáticas (pedidos de recomendación ante las autoridades locales, reclamaciones cuando un viajero era víctima de un abuso del poder); recomendando a los naturalistas que se encontraban de paso ante personalidades científicas (o políticas) locales, como testimonia este recuerdo de Charles Wiener:

> "En Lima, el señor conde Ludovic d'Aubigny, secretario de la Legación de Francia, me presentó muy amablemente a los principales coleccionistas de antigüedades nacionales." (Wiener 1880: 41)

LOS RESIDENTES FRANCESES EN EL PERÚ

La presencia de residentes franceses en el territorio peruano se halla atestiguada, en lo que respecta al período colonial (esencialmente en el siglo XVIII), si bien no se trataba, sin duda, sino de una ínfima minoría de personas: algunos médicos, artesanos y, sobre todo, comerciantes, establecidos en la costa y que a menudo servían de intermediarios entre ricos negociantes peruanos y los armadores franceses, principalmente de Saint-Malo. Pero es sobre todo después de la independencia,

[12] Carta de Hamy al ministerio (París, 7 de febrero de 1885). *Ibid.*

evidentemente, que la presencia francesa había de dejarse sentir más claramente.

En la competencia por los mercados a que se lanzaron las grandes potencias europeas, Gran Bretaña había logrado ponerse en el primer lugar, optando deliberadamente por el campo republicano frente a los españoles; sin embargo, los primeros franceses que se establecieron en el Perú en los años 1820 llegaron a ocupar un lugar no desdeñable en el comercio minorista (más particularmente de los artículos de lujo y los productos importados). Su número permaneció no obstante reducido durante la primera mitad del siglo XIX, ya que la gran distancia que había que recorrer, y el escaso interés de los capitalistas franceses por el Perú, no eran lo más adecuado para estimular una corriente inmigratoria importante. Se recordará, sin embargo, que fue esta presencia comercial —por marginal que fuese— lo que motivó el envío de buques de guerra franceses a las costas del Perú, y después el establecimiento de una flota permanente (con el nombre de "Estación Naval del Pacífico"), encargada de proteger los intereses franceses en las repúblicas sudamericanas.

Fue con la explotación industrial de ciertas riquezas naturales (minerales, nitratos, y luego el guano) que el Perú, colocado súbitamente bajo las luces de la actualidad, atrajo capitales y mano de obra europea. Los contratos de consignación de guano, sobre todo, firmados con empresarios europeos, suscitaron la esperanza, en el gobierno peruano, de grandes ingresos de dinero. Con la garantía de este potencial, el presidente Balta (1868-1872) emprendió una política de grandes trabajos, que debía ser continuado con mayor amplitud por su sucesor, Manuel Pardo. La realización de los trabajos quedó en manos de firmas europeas y norteamericanas. Al margen de las obras de ferrocarriles, en gran parte acaparadas por Henry Meiggs, los industriales franceses fueron solicitados con frecuencia: construcción de las instalaciones portuarias del Callao con ayuda de capitales de la Société Générale (entre 1870 y 1875); construcción de puentes y de instalaciones portuarias en el sur del país por la casa Eiffel en 1874 y 1875; contrato con la casa Barbier et Fenestre en 1876 para el levantamiento de faros en todo el litoral peruano, etc. Paralelamente a estos importantes trabajos, se contrató a un gran número de profesores e ingenieros para dirigir diversos establecimientos científicos o proyectos urbanos e industriales (Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas, Escuela de Ingenieros, Jardín Botánico, realizaciones urbanas, explotación de nitratos, etc.). Esos hombres de saber, a los que se había conferido responsabilidades y atribuciones importantes, iban a constituir, conjuntamente con los círculos de negocios y los representantes de las grandes casas comerciales europeas, un grupo muy influyente ante la clase dirigente peruana.

Es muy difícil dar una cifra exacta de la colonia francesa en el Perú, pero se puede decir al menos que era, numéricamente, una de las más importantes colonias europeas del país (la tercera, después de los italianos y de los ingleses[13]): en los años 1870-1880, un diplomático francés estimaba en 3 000 el número de connacionales residentes sólo en la capital. Si en los primeros decenios la colonia francesa estaba constituida esencialmente por hombres de negocios (viniendo a menudo de Burdeos), su composición se fue haciendo más compleja a medida que la inmigración y los intereses franceses se desarrollaban en el país. Paralelamente a los pequeños comerciantes, artesanos, menores, se encontraba una clase de residentes franceses que gozaban de una posición social claramente más confortable (grandes empresarios, comerciantes, ingenieros, profesores, dueños de haciendas o de minas). Notables a los que se solicitó su contribución, en múltiples oportunidades, para servir a la "causa" arqueológica, ya sea alojando a los viajeros, facilitándoles mano de obra para sus excavaciones, presentándolos en los círculos de eruditos y de coleccionistas peruanos, o recomendándolos ante las autoridades u otros hacendados; o ya sea enviando a Francia, a sus relaciones o a instituciones científicas, antigüedades prehispánicas.

Como testimonia su relativa importancia en el seno del corpus de coleccionistas/donadores a que nos hemos referido, los residentes franceses desempeñaron una parte activa notable en la constitución de colecciones, y ello por razones sensiblemente semejantes a las mencionadas anteriormente a propósito de los diplomáticos: la duración de su permanencia en el país, su gran facilidad de movimientos (en particular en el caso de los negociantes y de los ingenieros, cuyas actividades profesionales requerían frecuentes viajes al interior), el peso social y las redes de relaciones de algunos de esos residentes, que los situaban en posición de conseguir antigüedades si las deseaban, ya fuese para ellos mismos, o ya fuese para un corresponsal.

Las motivaciones de los individuos que hemos identificado, en cuanto a coleccionistas o donantes de antigüedades, son muy diversas, y se puede hallar toda la gama posible de actitudes con respecto a las antigüedades, según la personalidad y los intereses de cada cual, pues ¿qué podía haber de común, en efecto, entre personas como Henry Michel, por una parte, y Félix Dibos por otra? El primero se mostró a lo largo de toda su vida animado por una gran pasión por la arqueología, y aprovechó su permanencia de varios años en el Perú para realizar excavaciones en todo el país (sobre todo en el marco de la amable "sociedad" fundada en

[13] Perú. Dirección General de Estadística *Censo General de la República formado en 1876*, VII: apéndice pp. 22-24. Citado en Giovanni Bonfiglio Volpe "Introducción al estudio de la inmigración europea en el Perú", Primer seminario sobre poblaciones immigrantes. Lima, CONCYTEC, 1987, I: cuadro 10.

compañía con el marqués de Tallenay y de su compadre Olivier Ordinaire, a quien nos referimos algunas páginas más arriba). De vuelta a Francia en los últimos años del siglo XIX (con su colección de antigüedades en su equipaje), prosiguió sus trabajos arqueológicos en el Franco-condado en que había nacido, hasta llegar a ser conservador del museo arqueológico de Besançon... El segundo se contaba entre los más honorables comerciantes europeos en el Perú de la segunda mitad del siglo XIX: las ramificaciones de sus negocios y de sus relaciones se extendían a todo el país, y su influencia era de las más considerables.[14] Hemos subrayado, en un artículo consagrado a la delegación peruana al Primer Congreso de Americanistas (Riviale 1989a), el papel social desempeñado a veces por la arqueología, el mismo que se encuentra perfectamente ilustrado aquí en el caso de la donación al Ministerio de Instrucción Pública por Félix Dibos: como se complacía en recordar, este honorable hombre de negocios se había colocado siempre a la cabeza de la colonia francesa "cada vez que se trataba de un sentimiento patriótico y de una idea francesa":[15]

> "Fundador [...] de la Sociedad Francesa de Beneficencia de Lima; fundador igualmente de la Maison de Santé, con importantes donativos [...];
>
> Iniciador único y fundador de la Sociedad Francesa de Tiro al Blanco, cuya presidencia he desempeñado desde su creación [...];
>
> Iniciador y fundador de la Compañía Francesa de Bomberos;
>
> Iniciador igualmente de un movimiento patriótico para la liberación del territorio después de la guerra de 1870; para el socorro a los heridos, a las viudas y huérfanos de los ejércitos de tierra y mar..."[16]

Consciente de sus responsabilidades frente a la colonia francesa de Lima, y a través de ella frente a su patria, Dibos no podía dejar de participar en la obra científica de la que Charles Wiener se hizo portavoz en su viaje al Perú:[17] si se trataba de contribuir al aumento de las colecciones arqueológicas de los museos franceses, Dibos tenía que tomar parte en ello, y es así como Wiener pudo anunciar al Ministerio que, entre las antigüedades generosamente donadas por diversas personalidades de Lima, se encontraban "Ocho huacos de arcilla negra ofrecidos por el señor Dibos de Lima (cada huaco lleva una etiqueta con su nombre)"[18]...

[14] Está allí, para probarlo, su correspondencia con el Presidente Pardo.

[15] Carta de Dibos al señor Imbert, Ministro Plenipotenciario de Francia en el Perú (Lima, 2 de noviembre de 1891). Archivo de la Embajada de Francia en el Perú, Lima: expediente Dibos.

[16] *Ibid.*

[17] Ver el papel que Wiener desempeñó en los numerosos envíos de antigüedades peruanas efectuados por residentes franceses y coleccionistas peruanos para beneficio de los museos franceses (*cf.* supra nuestro capítulo sobre el Servicio de Misiones).

[18] Carta al Ministro (Tambuinga, 24 de mayo de 1876). Archivos Nacionales, París: F 17 3014-1 (expediente Wiener).

Si un buen número de residentes formó, por propia iniciativa, una colección de antigüedades, ello no significa necesariamente que les hubiesen asignado una gran importancia, ya que si bien algunos pretendían tener conocimientos especiales, para la mayor parte esas curiosidades no representaban (como sucede a menudo) sino un elemento decorativo en su domicilio, o bien un recuerdo de su estancia en América del Sur cuando regresaban a Francia. En este caso, los objetos podían ser ofrecidos a un museo (por lo general el de su lugar de nacimiento o de residencia) a fin de que el donador obtuviese con ello un cierto prestigio local, o bien terminar en una colección pública mucho después de la desaparición de su propietario, y como consecuencia de una trayectoria cuyos meandros a menudo se desconoce, así como la sucesión de las etapas recorridas...

Si el envío o la donación de colecciones a los museos franceses representa la contribución más inmediata de los residentes franceses a la arqueología del Perú, su papel no se limitaba a este único aspecto. Así los diplomáticos y los residentes franceses en el Perú ofrecieron muy a menudo una base ayuda logística a los viajeros científicos en visita. Lo atestigaron todos los encargados de misión a que nos hemos referido en los capítulos precedentes (d'Orbigny, Castelnau, Grandidier, Wiener, etc.), en sus informes y relaciones de viaje. Asimismo sus redes de relaciones y sus grandes conocimientos del país constituyeron aportes suplementarios que favorecieron el éxito de las misiones científicas.

El estallido del conflicto con Chile, en 1879, marcó para el Perú y para un buen número de residentes europeos el fin de una época, ya que los daños de la guerra (destrucción de instalaciones industriales y saqueo de haciendas), y las pérdidas territoriales que el Perú sufrió, provocaron la ruina de numerosos comerciantes y empresarios peruanos y europeos, ya que por efecto de la pérdida de importancia del tráfico en el Callao y en varios puertos intermedios, varias grandes casas de exportación-importación quebraron o fueron a instalarse en Chile. No obstante que la importancia numérica de la colonia francesa no disminuyó, propiamente, cabe pensar que en los últimos años del siglo XIX ésta perdió su influencia en beneficio de los ingleses, alemanes y norteamericanos. Paralelamente a esta probable pérdida de influencia, se constata, a partir de fines de la centuria, un cambio en la actitud de las instituciones científicas francesas frente a las personas a cuya buena voluntad se había recurrido con tanta frecuencia hasta entonces. A partir de ese momento, la colonia francesa del Perú no desempeñaría sino un papel extremadamente marginal en la investigación arqueológica, tal como ésta se concibió en adelante en Francia.

LOS VIAJEROS

Con el término de "viajero" nos referimos aquí a los individuos que se dirigieron al Perú de manera transitoria y al margen de todas las

estructuras institucionales que hemos descrito. En el siglo XIX el flujo de viajeros era considerable, ya se tratase de personas que se desplazaban por razones profesionales (comerciantes y empresarios itinerantes, representantes de comercio, etc.), o como simples turistas (los artistas de toda clase —escritores, pintores, fotógrafos— tendrían un lugar notable en esta categoría). Por la misma razón —aunque en menor medida— que el oriente, o África del Norte, los Andes y, más particularmente el Perú, representaban un punto de destino extremadamente atractivo para los amantes de los viajes y del exotismo, por la fascinación que ejercía en los espíritus: el esplendor de sus paisajes tanto como la proverbial riqueza de las civilizaciones que habían visto la luz aquí y habían desaparecido después, haciendo del Perú una tierra privilegiada para gran número de soñadores, curiosos o aventureros.

Es por cierto imposible pretender evaluar la parte que corresponde a los viajeros en el movimiento arqueológico que describimos en este libro. Por la naturaleza misma y los motivos de sus viajes, estos individuos no aparecen, por lo general, en la documentación utilizable en nuestro campo de estudio. Sin considerar siquiera la cuantificación de su participación, conviene sin embargo conceder unos párrafos a esos viajeros que, a su manera (ya fuese a través de los relatos que publicaron, o de los testimonios orales que ofrecieron de sus aventuras, o de sus observaciones, o por los objetos que llevaron a Francia), desempeñaron un papel no desdeñable en el desarrollo de la investigación americanista.

La invitación al viaje: guías e instrucciones generales para los viajeros

Con el desarrollo de los medios de transporte y la expansión colonial y comercial de las grandes naciones europeas, el número de individuos que dejaban sus países de origen por un tiempo más o menos largo, y recorrían el planeta entero, iba a acrecentarse a fines del siglo XIX en proporciones nunca conocidas hasta entonces. Conscientes del potencial representado por este nuevo fenómeno, diversas instituciones científicas prepararon y afinaron "instrucciones" destinadas específicamente a ellos.

En Europa, la tradición de la "guía de viaje" es tan antigua que se podría fácilmente hacerla remontar hasta la Antigüedad. Después de atravesar por diferentes fases, el estilo tendería a alejarse del registro de "guía —filosófico— del viajero" (es decir que indicaba al lector de qué manera debía considerarse el acto de viajar), que apareció en el Renacimiento, para orientarse más prosaicamante, a fines del siglo XVIII, y sobre todo en el XIX, hacia el modelo de instrucciones destinadas a mejorar los conocimientos científicos y, sobre todo, enriquecer las colecciones de los museos. Un tipo de literatura que era, como se ha visto,

atributo de instituciones científicas oficiales (el Museo de Historia Natural de París, el Instituto de Francia) y de las grandes sociedades de estudio. A fin de remediar sus escasos recursos financieros, e incluso ante la imposibilidad total (sobre todo en el caso de sociedades de estudio) de organizar por su cuenta misiones de trabajo, tales instituciones habían percibido muy bien el gran apoyo que podía representar ese flujo cada vez mayor de viajeros. Fue para ellos, pues, que se prepararon y redactaron las "instrucciones generales", las mismas que, como indica su título, se suponía que eran aplicables a todos los países y a los contextos más diversos. Si se tiene en cuenta que el público al que se dirigían no poseía, por lo general, ningún conocimiento específico o poca experiencia en la materia, dichas instrucciones tenían que ser redactadas en términos relativamente simples. Conviene sin embargo notar que tales cuestionarios, por "generosos" que fueran, estaban orientados y formulados en función de las particulares preocupaciones de cada una de las instituciones. Por ello cabe preguntarse si tales textos fueron de efectiva utilidad en el campo de la arqueología. Muchas de estas series de instrucciones incluían la antropología entre las investigaciones por realizar; algunas de ellas atrajeron la atención de los viajeros hacia el estudio de poblaciones antiguas o desaparecidas, caso para el cual se hacía referencia a la necesidad de proceder a excavaciones arqueológicas, ya sea para recoger solamente muestras de huesos, ya sea —lo que sucedía con más frecuencia— para recolectar al mismo tiempo artefactos, que eventualmente permitirían, a ejemplo de las excavaciones prehistóricas europeas, datar y documentar los cuerpos de ese modo exhumados. Es así cómo hay que entender las recomendaciones de Paul Broca en las instrucciones preparadas por la Sociedad de Antropología en 1862 (pero publicadas sólo en 1865):

> "La mayor parte de los viajeros podrá además recolectar un gran número de objetos curiosos, apropiados para revelar el estado de la industria, de las artes y de los conocimientos en los pueblos que visitarán, por ejemplo: armas, vestidos, adornos, utensilios, ídolos, etc. Pero no insistiremos aquí, deseosos de limitar nuestro programa a las cuestiones que se relacionan con la anatomía de las razas humanas. Diremos solamente que los cráneos y huesos procedentes de sepulturas regulares deberán estar acompañados, si hay lugar, por algunos de los objetos más característicos que se han enterrado junto con el cuerpo..." (Société d'Anthropologie de Paris 1865: 5).

La influencia de la disciplina que estudia la prehistoria europea se trasluce aún más claramente en otro manual científico, que apareció unos decenios más tarde: en su *Guide du naturaliste préparateur et du voyageur scientifique* [*Guía del naturalista preparador y del viajero científico*]. (1883) Trémeau de Rochebrune había tratado de proporcionar ante todo detalles

simples y prácticos ("acopio de cráneos y huesos", "consolidación de los cráneos", "lugares a excavar", etc.). El capítulo 1 ("Investigaciones antropológicas") era el más explícito en materia de excavaciones; sin embargo los detalles aportados indicaban claramente que al redactar las instrucciones, el autor pensaba antes que nada en las investigaciones en Europa, como ilustra principalmente el parágrafo consagrado a los "lugares por excavar":

> "Independientemente de los cementerios antiguos, de los osarios, [...] hay otros lugares que el antropólogo no debe descuidar. Tales son los depósitos de arena que se explotan en los valles, las grutas y abrigos bajo las rocas, los dólmenes, menhires, los pantanos, mesetas, etc." (Capus 1883: 271).

La recolección de objetos hechos por el hombre no aparecía más claramente que en el marco de las investigaciones etnográficas (en el capítulo 3: "Instrucciones generales"), sin que se haga alusión allí a ningún recurso a las excavaciones. Trémeau de Rochebrune mencionaba simplemente, bajo el rubro de "Colecciones":

> "Las observaciones que acabamos de enumerar estarán, en la mayoría de los casos, acompañadas de todos los objetos que se podrá recoger" (*Ibid.*: 299).

Una recomendación tan vaga como ésta ilustra con claridad la situación de la etnografía por entonces: si se tiene en cuenta las lagunas abismales en este campo, todo objeto, o toda información podía tener importancia, y por ello se dejaba toda libertad al viajero...

En definitiva, no era raro ver a los autores de estas instrucciones arrastrados por su tema, y efectuando recomendaciones que sobrepasaban largamente los medios técnicos de quienes los utilizaban, o no tenían en cuenta las dificultades prácticas del terreno. Además, las personas que las preparaban y redactaban concedían una excesiva confianza a las reales capacidades de los viajeros: las capacidades técnicas, cuando se trataba, por ejemplo, de manejar aparatos de medición, o bien la facultad de discriminar los datos transmitidos por los informantes locales. Esta última tendría que aplicarse con tanta mayor precisión cuando los viajeros llevaban a Francia objetos prehispánicos, caso que era frecuente (pues era el más fácil de realizar). En efecto, se ve que en la mayor parte del tiempo las personas que desembarcaban o atravesaban el Perú no recolectaban esos objetos en el curso de excavaciones efectuadas por ellas mismas, sino que, por comodidad, los compraban a los huaqueros, ateniéndose a las informaciones del vendedor en cuanto al origen y la posible antigüedad de tales objetos. Informaciones que eran transmitidas luego por el viajero a la institución o al círculo de estudiosos beneficiados, los mismos que, a

su vez, se apresuraban a extraer conclusiones más o menos válidas. Se comprende mejor, así, las errabundas interpretaciones a las que de ese modo se podía llegar...

Considerando lo que acabamos de decir, sería vano pretender establecer una vinculación directa de causa a efecto entre la aparición de tales instrucciones y la importancia de las donaciones y envíos hechos a los establecimientos públicos por los viajeros o los individuos que residían en el Perú; sin embargo, se puede pensar que, a pesar de la ausencia de indicaciones precisas relativas a las antigüedades precolombinas, tales publicaciones mantuvieron y difundieron la idea según la cual correspondía a cada uno y a todos tomar parte en un esfuerzo científico colectivo, para contribuir al progreso de la humanidad.

LA FORMACIÓN DE LOS EXPLORADORES

A pesar de la relativa ingenuidad de muchos miembros de la comunidad científica, algunos de ellos tenían clara conciencia de las fallas de este sistema: demasiado a menudo se habían visto decepcionados en sus expectativas para no comprender que su responsabilidad recaía en la falta de preparación de los aprendices-exploradores. Para remedir tal cosa, se consideró en varias ocasiones, a todo lo largo del siglo XIX, la posibilidad de organizar cursos susceptibles de proporcionar una formación mínima a esos viajeros.

Léon Méhédin, fotógrafo y gran viajero en México, parece haber sido uno de los primeros en formular la idea de un "círculo de exploradores", donde se dispensaría enseñanzas y consejos a las personas que habían de emprender un gran viaje. A fin de estimular la buena voluntad a favor de su proyecto, Méhédin hizo imprimir un prospecto, del cual damos aquí algunos pasajes:

> "Se fundará un 'Círculo de Exploradores', a fin de formar un centro de reunión para todos aquéllos que se interesan en los viajes de descubrimiento y en la acción civilizadora resultante.
>
> [...]
>
> Nos parece que ha llegado la hora de reunir a la juventud inteligente y rica. Sin negar la fuerza que la encadena a la tierra nativa, hay que mostrarle las bellezas de otros lugares, inspirarle el deseo de conocer nuestro maravilloso planeta y tratar de ampliarles el camino. Tal es el pensamiento que ha guiado el programa que voy a desarrollar sumariamente aquí.
>
> A partir de este día, la Villa Emilia, que poseo en la puerta de París, cerca de la estación de Meudon, estará abierta a los exploradores de todas las nacionalidades, a los jóvenes que quieren dedicarse a los viajes científicos, a todos aquéllos que desean y pueden estimularlos.

> Se darán, en el templo mexicano[19] que hay en esa propiedad, y que se halla provisto ya de instrumentos y laboratorios, cursos gratuitos, a iniciativa de los miembros del Círculo, lecciones en que la juventud que formará parte del mismo podrá tener, en unos meses, los documentos necesarios para hacer fructuosas tantas excursiones que hasta hoy han sido inútiles por falta de dirección y de conocimientos especiales."[20]

El proyecto de Méhédin no pudo tener éxito; no obstante, se retomó bajo otra forma el principio que lo inspiraba, por el propio Ministerio de Instrucción Pública. El 28 de noviembre de 1881 Armand Landrin, Conservador en el Museo de Etnografía del Trocadero, presentaba al ministerio (a pedido del señor Charmes, jefe de división en el mismo) un proyecto de "escuela de Misiones". La idea era por cierto la de formar viajeros científicos, pero con un objetivo esencial: mejorar la eficacia de las misiones científicas aprobadas por el ministerio, más particularmente en lo que se refiere a la recolección de objetos para los museos:

> "Hoy en día, en efecto, los viajeros parten, la mayoría de las veces, insuficientemente preparados, e ignorando los métodos —sin embargo bastante simples, en general— que les permitirían formular, en todos los aspectos, observaciones rigurosas, reunir y traer documentos y colecciones que los especialistas puedan estudiar posteriormente con provecho. No se les podría dirigir reproches por ello, pues en el estado actual, la dispersión de los laboratorios y de los establecimientos donde podrían recibir las nociones técnicas necesarias, y la falta absoluta, en lo que respecta a ciertas cuestiones, de una enseñanza especial, hacen los estudios preparatorios tan largos y difíciles que muchos se ven obligados, por falta de tiempo, a renunciar a ellos, o se limitan a estudiar los puntos que les interesan más personalmente."[21]

Para llenar esta laguna, fuente por cierto de decepciones en los resultados de las misiones, Landrin proponía, pues, un proyecto de "Escuela Práctica de Misiones":

> "Esta Escuela —a la cual yo le propondría, Señor Jefe de División, de dar el título de Escuela Práctica de Misiones, para indicar claramente

[19] Este distinguido americanista había tomado moldes de un gran número de bajo-relieves mayas, a lo largo de sus exploraciones en México; se había hecho notar por entonces, de regreso a Francia, sobre todo porque construyó un "templo mexicano" para la Exposición Universal de 1867 en París. Llevado por ese impulso, nuestro explorador había edificado otro monumento mexicano en su propio jardín...

[20] Prospecto fechado el 1° de enero de 1875. Archivos Nacionales, París: F 21 2287 (expediente Méhédin).

[21] Proyecto de Escuela Práctica de Misiones (28 de noviembre de 1881). Archivos Nacionales, París: F 17 2926. En este mismo documento Landrin decía que había presentado un proyecto similar a éste dos años antes (en noviembre de 1879).

> que no se debe contar con que se dispense en ella la enseñanza general o teórica, sino solamente nociones sobre las operaciones técnicas, recetas, procedimientos diversos, que los viajeros tienen que poner en práctica, cada día, en el curso de sus misiones— reuniría en un mismo local todos los cursos y laboratorios necesarios para preparar a los encargados para el efectivo cumplimiento del mandato que se les dio.
>
> [...]
>
> La enseñanza que se recibirá en la Escuela no sustituirá en nada la que se da en nuestros grandes establecimientos científicos: el Museo, la Sorbona, el Observatorio. Será una escuela de aplicación, eso es todo, y su papel debe limitarse a formar colecciones y observadores, no científicos."[22]

Los cursos propuestos incluían la "geografía matemática y física", la cartografía, preparación y conservación de colecciones, antropometría; fotografía, calco y toma de moldes. El proyecto de Landrin no tuvo más éxito que el de Méhédin —sin duda por falta de fondos—; sin embargo, se concibió en un espíritu bastante similar la enseñanza que se dispensaba en la Escuela de Viajeros-naturalistas, en el Museo de Historia Natural de París. Constatación que no debe sorprender a nadie, dada la estrecha vinculación que unía al Museo y al Servicio de misiones científicas: recordemos además que fue el Dr. Hamy, Ayudante-naturalista en el Museo, pero también Conservador del Museo de Etnografía del Trocadero, quien asumió el curso de antropología cuando se abrió esta escuela en el Museo de Historia Natural de París. Conociendo su personalidad y su papel en la fundación del Museo de Etnografía, se puede suponer que no dejó de insistir ante los alumnos en la imperiosa necesidad de reunir colecciones (ya fuesen antropológicas, arqueológicas o etnográficas) en interés de los museos franceses. De esta manera la enseñanza proporcionada en el Jardín de Plantas no debía hallarse muy alejada del proyecto formado en 1881 por Landrin.

Si estos proyectos de escuela para los exploradores tuvieron más o menos éxito, habían sin embargo otros marcos institucionales en que los interesados podían adquirir una formación útil en el campo del americanismo, incluso si la enseñanza que proporcionaban era más académica y teórica que práctica: Léon de Rosny dictaba en la Escuela Práctica de Altos Estudios un ciclo de conferencias sobre las religiones del Nuevo Mundo, el mismo que fue, por largo tiempo, el único curso específicamente americanista en Francia. No fue sino mucho más tarde, en 1903, que se abrió en el Colegio de Francia un curso de "Antigüedades Americanas", bajo la responsabilidad de León Lejeal. Sin embargo, por su

[22] *Ibid.*

misma naturaleza y concepción, este curso no podía ser de gran utilidad a los viajeros una vez en el terreno. Teniendo en cuenta la originalidad de sus enseñanzas, la fundación por Paul Broca de la Escuela de Antropología, en 1875, representó en este campo una iniciativa bastante importante. Al margen del curso de "Antropología Anatómica", hubo, desde las primeras lecciones, un curso de Antropología Prehistórica (a cargo de Gabriel de Mortillet), así como un curso de Etnología (por Dally); algunos años más tarde Adrien de Mortillet fue invitado a dar un curso de "Etnografía Comparada".[23] La complementariedad de las respectivas enseñanzas del Museo de Historia Natural de París y de la Escuela de Antropología debía permitir a los viajeros de fines del siglo XIX adquirir un bagaje científico y técnico que anteriormente no era accesible sino a una ínfima minoría de personas. ¿Aprovecharon de este bagaje a menudo nuestros viajeros? Sería difícil precisarlo. En toco caso, importaba señalar aquí la existencia de dicha enseñanza —muestra de la voluntad de numerosas instituciones de encauzar esos "ejércitos" de gentes tan bien dispuestas con respecto a la ciencia, y de "rentabilizar" un movimiento migratorio tan considerable como desigual en sus motivaciones y manifestaciones—. Habría que anotar, en fin, que fue en parte gracias a este tipo de enseñanza que se iba a producir una orientación, a partir de fines de la centuria, hacia un sistema de investigaciones basado en profesionales especializados, para abandonar progresivamente el de la buena voluntad.[24]

[23] "Informe sobre la Escuela de Antropología" (6 de julio de 1895). Archivos nacionales, París: F 17 2924-1.

[24] Por más que esta constatación sea quizás esencialmente válida en el dominio de la arqueología americanista, pues en el de la etnografía (sobre todo africana y asiática), los funcionarios coloniales y los encargados de misión desempeñaron todavía, por largo tiempo, un papel considerable.

Capítulo 8
MUSEOLOGÍA Y COLECCIONISMO AMERICANISTAS EN FRANCIA

En el siglo XIX, museos y colecciones particulares mantienen una relación muy estrecha con la investigación arqueológica. En primer lugar porque la formación de colecciones era uno de los motores principales de la investigación; en segundo, porque los museos fueron percibidos desde muy pronto como laboratorios de estudio: su concepción y funcionamiento nos reenvía, pues, un reflejo de lo que eran por entonces los estudios americanistas, tanto en sus orientaciones como en las conclusiones que se extraían. En cierta manera, los museos son a la imagen de la sociedad que los fundó: son representativos de las preocupaciones que se manifestaban en ella. En este sentido, la creación de espacios museográficos específicamente dedicados a la recepción y a la presentación de objetos etnográficos (o concediéndoles, al menos, un lugar privilegiado), ilustra la importancia que se daba a esta nueva ciencia. El ingreso de colecciones "exóticas" a los museos, *a fortiori* cuando se trataba de museos de renombre internacional (como el Palacio del Louvre), constituye una etapa importante en el reconocimiento —sin duda no estética, pero al menos científica— de este tipo de objeto. Un movimiento, sin embargo, que tuvo severos límites, como se verá. Asimismo, ese ingreso a gran número de museos de provincia a lo largo del siglo, prueba de hecho que el movimiento fue amplio y profundo. No se trata, desde luego, de pasar revista a todas las iniciativas museográficas que se dieron en este sentido; aquí nos limitaremos sólo a presentar los intentos mayores que llegaron a concretarse, en este ámbito, en el siglo XIX, que nos darán ejemplos de los avances, de los meandros o de los fracasos de la museografía americanista del siglo pasado en Francia.

MUSEOS Y EXPOSICIONES

LOS MUSEOS PÚBLICOS

Preámbulo a una museografía etnográfica

La preocupación de reunir objetos hermosos o curiosos se remonta muy lejos en el pasado; en lo que concierne a la etnografía fue en el Renacimiento que el movimiento tomó verdaderamente forma, para no dejar de desarrollarse después. Debe constatarse, sin embargo, que hasta la Revolución la mayoría de las "armas y ropaje de los salvajes", y otras "extrañezas" llevadas por los funcionarios de las colonias o los viajeros evolucionaron casi exclusivamente en el circuito de las colecciones particulares, colecciones que, de acuerdo a las circunstancias, podían dispersarse en mucho menos tiempo que el que se había necesitado para reunirlas: los únicos casos constatados de estabilidad y de perennidad en el caso de una serie de objetos se daban cuando se realizaban depósitos en un convento (el gabinete de Santa Genoveva de París, por ejemplo) o en las colecciones reales. No fue sino durante en el siglo XVIII que se vio el surgimiento de una voluntad centralizadora con fines pedagógicos o científicos: uno de los primeros en tocar el problema fue probablemente Buffon, el cual, en su *Description du Cabinet du Roy* [Descripción del Gabinete del Rey], hablaba de la necesidad de recoger los restos de las colecciones particulares, a fin de permitir la constitución de conjuntos homogéneos:

> "... así todos aquéllos que se ocupan de estas investigaciones concurren a formar un conjunto general, cuyo centro puede ser considerado su público depósito..." (Buffon 1749: 3).

De la misma manera se perfilaba la idea de colecciones que, sin pertenecer a la colectividad, eran puestas a disposición de los estudiosos, u ofrecidos a la admiración del público, y fue así como Thiéry, en su guía de París, decía a propósito del Gabinete de Historia Natural del Rey (o Jardín del rey):

> "Este gabinete está abierto al público los martes y jueves por la tarde." (Thiéry 1786: 172)

Sin embargo, fue con la Revolución de 1789 que se franqueó un paso decisivo, con el embargo de las colecciones del rey y de los nobles que habían emigrado. Fueron con los objetos así confiscados y reunidos en diversos repositorios que se iba a constituir el fondo inicial de bienes de los museos franceses del siglo XIX, tanto en París como en provincia. En el caso de las primeras colecciones amerindias, cuyo itinerario se puede seguir (las colecciones del rey, del conde de Angiviller, del ministro Bertin), la mayor parte de las piezas fue reunida en París en el Gabinete de Medallas

y Objetos Antiguos de la Biblioteca Nacional[1] y colocados bajo la responsabilidad de Barthélémy de Courçay. Éste se dedicó a organizar colecciones (a las cuales se agregaron rápidamente numerosas donaciones de instituciones y de particulares), de acuerdo a un orden geográfico (Hamy 1890: 35), para constituir un embrión de museo etnográfico. El fallecimiento, en 1799, del conservador, puso fin a esta original empresa, y hubo luego que esperar treinta años para que resurgiese la idea de un museo etnográfico.

El Repositorio de Geografía y el Museo Naval

Uno de los primeros animadores de la museología etnográfica de la primera mitad del siglo XIX en Francia es sin la menor duda Edmé Jomard, cuya obra escrita comporta numerosos textos teóricos[2] así como proyectos de presentación de objetos etnográficos. A pesar de su perseverancia, no llegó a ver realizado ninguno. Ya en 1818 Jomard, a quien una comisión del Instituto había encargado la redacción de un informe sobre la eventual compra de una serie de antigüedades egipcias (formadas por el Cónsul Thédenat du Vent), había propuesto reunir dicha colección con otros objetos que se hallaban dispersos en París, para constituir "el núcleo de una colección especial, consagrado a esta tercera clase de objetos traídos de viajes lejanos" (*Ibid.*: 39). La idea no fue aceptada y la colección fue vendida en subasta. Pero fue sobre todo en 1828, cuando fue nombrado Conservador en el Repositorio de Geografía, recientemente creado en la Biblioteca Real, que Jomard vio abrirse la posibilidad de concretar sus proyectos: la ordenanza real del 30 de marzo de 1828, que lo nombró conservador, le encomendó la custodia de los "planos y cartas y documentos estadísticos, objetos e instrumentos diversos resultantes de viajes científicos" (*Ibid.*: 91). Poco después de su nombramiento, publicó en *Le Moniteur* un artículo en el cual subrayaba el interés que habría en reunir en el repositorio de geografía "las colecciones de instrumentos, armas y vestidos adecuados para dar una idea de las costumbres y usos o del grado de civilización de los pueblos" (*Ibid.*: 40). Por el momento ello no fue sino la expresión de una esperanza, pero ahora le sería posible concretarla. Apoyándose en la ordenanza del 30 de noviembre de 1828, Jomard escribió en 1831 al Ministerio de Comercio y Trabajos Públicos proponiendo que se reuniese en su repositorio todos los objetos etnográficos que ya pertenecían al Estado,

[1] Fueron a dar allí, principalmente, las antigüedades peruanas remitidas por Joseph Dombey al Gabinete de Objetos Antiguos del Rey en 1786, y las que había cedido a d'Angeviller y a Bertin (Riviale 1993a). Muchos de ellos están mencionados en los inventarios levantados por los diferentes repositorios con ocasión de su transferencia a la Biblioteca Nacional hacia 1796. Archivos Nacionales, París: F 17 1192-4 y 1336.

[2] Para su análisis consultar sobre todo Días (1991).

y se hallaban diseminados en París[3] (objetos depositados hasta entonces en los ministerios, en el Museo de Historia Natural de París, etc.). Proyecto que, sin ser dejado de lado definitivamente por el ministerio, no vería jamás la luz, pues al mismo tiempo se materializaba en el Louvre otro proyecto que tornaba inútiles, a ojos de la administración, los planes de Jomard.

El 27 de diciembre de 1827, Carlos X expidió una resolución real ordenando la creación de un museo de la marina, y su instalación en una galería del Louvre. Este museo (conocido en un primer tiempo bajo el nombre de Musée Dauphin) tenía como primer objetivo celebrar el papel preponderante —tanto en el plano militar como el político, incluso científico— de la marina francesa (principalmente con la reiniciación de las grandes expediciones alrededor del mundo). Las colecciones se componían por entonces de maquetas de navíos, planos en relieve de los principales puertos nacionales, máquinas, instrumentos de navegación, pero también de objetos etnográficos recogidos de los "salvajes" por los navegantes a lo largo de sus exploraciones. Sin minimizar el interés científico de tales objetos, los promotores del nuevo museo estuvieron quizás motivados para su elección, en primer lugar, por la idea de que la presentación de esas curiosidades era sin duda una manera de hacer más visible la naturaleza de los descubrimientos hechos en el curso de esas expediciones: en efecto, ¿cómo mostrar al gran público sociedades humanas tan alejadas de la nuestra, sino era por la presentación de su "industria"? Varias personalidades del mundo de la erudición, que avizoraban las posibilidades científicas que ofrecían tales colecciones, habían tratado por otra parte de defender la idea de un museo etnográfico. Desde 1826 el Barón de Férussac había elevado al rey un informe en tal sentido:

> "Entre todos estos pueblos, tan diferentes por su origen, sus lenguas, sus costumbres y sus hábitos, unos, poco visitados por los extranjeros, se hallan todavía en estado salvaje, otros han adquirido por sí mismos un cierto grado de civilización [y mencionaba entonces a "los malayos, los mexicanos y los peruanos"] [...]. A pesar de diferencias notables, el estudio de sus monumentos debe conducir a los mismos resultados, es decir al conocimiento exacto del grado de cultura, de los usos, de las costumbres, de las ideas religiosas y de la industria de estos pueblos, que también son fracciones de la raza humana, y se advierte con ello la efectiva ventaja que ofrecería para este tipo de estudio una reunión de los monumentos y de las producciones de las artes y de la industria de esos mismos pueblos." (Férussac 1831: 402)

[3] En el origen de su iniciativa se encontraba la cuestión de la suerte de la colección llevada de las Indias por Lamare-Picquot, pero Jomard mencionaba igualmente "colecciones mexicanas y de América Central, actualmente en la capital" (¿la colección de Latour-Allard o la de Franck?). Archivos Nacionales, París: F 17 3846-1 (14 de abril de 1831).

En la misma dirección Jules de Blosseville, que había acompañado al capitán Duperrey en una de sus expediciones, y había podido constatar *de visu* los perjuicios causados por la "civilización" en los pueblos de los mares del sur, escribió en 1829 a la dirección de Bellas Artes para someter un proyecto de museo etnográfico, que concebía antes que nada como una especie de "conservatorio" de la humanidad:

> "Hoy en día el aspecto del globo entero ofrece una tendencia general a revestir una fisonomía más o menos europea; [...], ¡cuán conveniente es, por lo tanto, conservar en el futuro los monumentos de un estado industrial que se modifica cada día! ¿Cómo se podrá conocer dentro de un siglo cuáles fueron las artes de un pueblo que aún existe ahora, para desaparecer mañana." (Blosseville 1832: 135)

Si la creación de este museo estaba prevista, según parece, desde 1826, sólo fue inaugurado el 22 de diciembre de 1829, y abierto al público el 30 de julio de 1830 (Jacquemin 1992: 21). Colocado bajo la responsabilidad del ingeniero de la marina Zédé, ofreció oportunidad para reunir diversas colecciones diseminadas por toda Francia: el puerto de Rochefort, la Escuela de Salud de Brest, la Dirección de Colonias, la Casa del Rey, enviaron allí un gran número de piezas; varios oficiales de marina cedieron espontáneamente sus colecciones; se efectuaron compras (*Ibid.*: 41-42); a pedido de la Marina el Museo de Historia Natural devolvió cerca de un centenar de objetos guardados en el antiguo Jardín del Rey, antes de la Revolución.[4] Para completar los efectos de esta centralización de las colecciones, la administración de la Marina adoptó pronto una política de adquisiciones activas, dirigiendo instrucciones particulares a los navegantes y exploradores a punto de partir; Hamy (*Ibid.*: 41) manifiesta así que Dumont d'Urville y d'Orbigny[5] habrían recibido recomendaciones en tal sentido.

Instalado al comienzo en el segundo piso del patio cuadrado del Louvre, el Museo Naval (el nombre inicial de "Musée Dauphin" desapareció desde 1830) se trasladó en 1838 al tercer piso. Obras marítimas y colecciones etnográficas se codeaban así en la sala Lapérouse. Es interesante notar aquí que allí se exponían igualmente antigüedades precolombinas: objetos que provenían del gabinete de Dominique-Vivant Denon, pero también antigüedades de México y de América Central pertenecientes a las colecciones Frank y Seguin, adquiridas respectivamente en 1832 y 1833. Por numerosas que fueran estas colecciones, quizás no

[4] "Lista de objetos devueltos al señor Zédé, Conservador del Museo Naval, por el Museo de Historia Natural" (11 de mayo de 1833). Archivos Nacionales, París: F 17 3846-1.

[5] Recomendación que no tuvo ningún efecto en lo que se refiere a d'Orbigny, ya que una parte de sus colecciones arqueológicas fue comprada por el Estado en beneficio exclusivo del Museo de Sèvres.

fueron puestas verdaderamente en valor. Algunas personalidades se habían pronunciado ya en favor de la fundación de un museo consagrado específicamente a la "industria" de los pueblos salvajes y lejanos, a veces, por lo demás, en peligro de extinción (como ciertas poblaciones de los mares del sur). Entre ellas el Barón de Férussac[6] pensaba incluso que este museo encontraría su "lugar natural" en el Louvre, formando con las otras secciones ya presentes allí un conjunto por completo coherente:

> -"... el Museo de que se trata debe completar aquí el del Louvre, para integrar, con el Museo Egipcio y el Museo de monumentos griegos y romanos, el vasto conjunto por medio del cual se puede intentar emprender la historia de los pueblos por los monumentos de las artes que cultivaban, de su industria, de su religión, de sus costumbres y de sus diversos usos. [...]. Para que cumpla con este importante destino, no hay que separarlo de las otras colecciones con las cuales se halla en obligada dependencia. [...] ¿No es menester, al contrario, aproximarlos, para aprehender sus relaciones, o constatar sus diferencias?" (Férussac 1831: 394-399)

En 1850 las colecciones etnográficas salieron de la sala Lapérouse para ser reinstaladas en el pabellón Beauvais, y constituir lo que en adelante se conocería con el nombre de Museo Etnográfico, abierto al público el 11 de agosto de 1850 (Jacquemin 1992: 31). El museo fue dirigido de 1850 a 1871 por Morel-Fatio, después por Edmond Paris de 1871 a 1893. El museo continuó desarrollándose a pesar de los constantes esfuerzos de Jomard para atraer a su Repositorio de Geografía las colecciones etnográficas que llegaban regularmente a Francia (Hamy 1890: 43-48). Con ocasión del cierre del inventario de 1856, el Museo de la Marina contaba con 2 760 objetos etnográficos. América del Sur estaba representada allí, no obstante, de una manera muy marginal, ya que dicho inventario no mencionaba más que 67[7] piezas de origen sudamericano (*Ibid.*: 49). Único museo de este tipo en París, siguió atrayendo preferencialmente las donaciones de objetos del mundo entero hasta la creación del Museo Etnográfico del Trocadero en 1879, después de lo cual fue transferido, en parte, al Museo de Saint-Germain-en-Laye (a partir de 1907) y al Museo de Historia Natural de La Rochelle (en 1923), mientras que el resto fue a dar al Museo del Hombre

[6] Reaccionando ante el anuncio (prematuro) de la instalación de un museo etnográfico en los locales de la Biblioteca Real, Férussac había publicado en 1831 en su *Bulletin Universel* el informe elevado al Rey Carlos X en 1826, a fin de exponer públicamente la concepción del museo etnográfico que se proponía defender.

[7] La cifra que da aquí Hamy, refiriéndose al inventario de Morel-Fatio (1856), excluye por cierto todas las piezas prehispánicas, que mientras tanto habían sido transferidas al Museo Americano (los inventarios anteriores del Museo de la Marina, que portan respectivamente los nombres de "Duhamel du Monceau" [1830] y "Louis Philippe" [1830-1855] conservan la huela del paso de estas antigüedades al Museo).

(en 1930). Hay que anotar que su especificidad hizo que no recibiera casi exclusivamente sino objetos puramente etnográficos. Incluso las antigüedades precolombinas presentes en la Sala Lapérouse no fueron previstas, verosímilmente, en el nuevo museo etnográfico abierto en 1850, puesto que ya estaban destinadas a ser reunidas con los fondos básicos del Museo Americano, por entonces en constitución. Sin embargo, a pesar del carácter precario de esta "sección" americana (confinada a la parte baja de armarios con vidrios) de la sala Lapérouse, ello constituyó un precedente que es importante subrayar aquí.

El Museo de la Manufactura de Sèvres

En efecto, hasta la creación del Museo Americano del Louvre, las antigüedades del Perú no tenían ningún lugar de destino específico, dejándose toda libertad a los eventuales donadores para elegir el museo de recepción. Puede explicarse así la presencia en el Museo de Sèvres de numerosas piezas peruanas —y entre ellas las que llegaron más antiguamente a Francia— por el dinamismo de su primer conservador, Alexandre Brongniart.

El Museo de la Manufactura Cerámica de Sèvres, creado hacia 1810 ó 1812, fue fundado oficialmente en 1824 y colocado bajo la dirección de Alexandre Brongniart. Este profesor de mineralogía del Museo de Historia Natural no se interesaba solamente en los vasos de cerámica, en cuanto tales, sino que les reconocía una función documental que iba mucho más allá, pues consideraba que sólo ellos y los fósiles podían permitir reconstituir "la historia de las sociedades y la del globo" (Dias 1991: 12). A fin de conferir a estos materiales el status de "testigo", Alexandre Brongniart había establecido un sistema de clasificación de varios niveles (que no dejaba de relacionarse con la taxonomía de los naturalistas), tomando en cuenta la naturaleza de los materiales, el procedimiento de fabricación, la función, así como criterios geográficos, culturales y cronológicos. Por medio de tal sistema, que privilegiaba el aspecto tecnológico (y que requería no dejar de lado ningún tipo de objeto, desde el más humilde hasta el más precioso), Brongniart introdujo algunas innovaciones de importancia en la manera de aprehender los objetos de museo, sobre todo "desplazando la atención de lo extraordinario y raro hacia lo cotidiano y usual)" (*Ibid.*: 123), pero también asociando estrechamente técnicas y culturas. Con el fin de constituir colecciones que sirviesen a sus designios, Brongniart hizo uso de su influencia y de sus contactos con los medios científicos para orientar hacia el Museo de Sèvres numerosas donaciones realizadas por oficiales y médicos de la Marina (Busseuil, 1827; Champeaux, 1831; Gaudichaud, 1832; Du Petit-Thouars, 1835 y 1839; Laplace, 1840), de

corresponsales del Museo de Historia Natural de París (Barrot, 1838) y, por cierto, personalidades con las que se hallaba en contacto directo (Rivero, 1836; Stokes, 1837). Además, por su posición de profesor en el Museo de Historia Natural y miembro de la Academia de Ciencias (desde 1815), el conservador se encontraba al corriente de la mayoría de los proyectos de exploración en preparación, lo cual le permitió en ciertas ocasiones dirigir instrucciones específicas a los viajeros que partían: hemos visto anteriormente de qué manera Brongniart intervino para que el naturalista d'Orbigny se preocupase en "recolectar para las colecciones cerámicas de Sèvres todas las piezas que pudieran ilustrarnos sobre el estado de las artes de la cerámica, tanto entre los indígenas antes de la conquista, como en los tiempos modernos."

Si Brongniart fue el alma del Museo de la Manufactura, no debe sin embargo atribuirse a su fallecimiento (en 1847) la clara disminución que se constata en los posteriores ingresos de ceramios peruanos a Sèvres, sino más bien a la aparición de una institución que iba a atraer, en un período de algo más de dos decenios, una parte muy importante de las donaciones de antigüedades precolombinas: el Museo Americano del Louvre.

El Museo Americano del Louvre

La historia del Museo Americano del Louvre constituye una página rica en enseñanzas si se trata de trabajar en una historiografía del americanismo en Francia. En primer lugar porque el hecho de establecer una institución museográfica destinada a acoger exclusivamente antigüedades precolombinas representa un acontecimiento realmente excepcional: era una manera de reconocer oficialmente el americanismo como un campo de estudio digno de atención, pero era también conceder al "arte" de las antiguas civilizaciones amerindias un relativo valor estético (recibiéndolo en ese "templo de lo bello" que era el Louvre), que por lo general se le había negado hasta entonces. Sin embargo, ese reconocimiento parcial no dejaba de constituir un escollo para un adecuado desarrollo de la disciplina americanista, pues en tal concepción de la museografía los restos de las "altas civilizaciones" precolombinas se veían separadas del resto de la etnografía amerindia: si unas eran más o menos bien toleradas entre los conservadores y anticuarios, la otra era considerada como un conjunto de simples manifestaciones de espíritus primitivos, en que no se podía detectar ninguna chispa de voluntad estética. Esta parte de la industria americanistas sería dejada más bien, en consecuencia, a los naturalistas.

Las motivaciones que guiaron la instauración en el Louvre de un museo dedicado específicamente a las civilizaciones prehispánicas del Nuevo Mundo aparecen poco claras; en efecto, las fuentes de archivos

disponibles no nos informan de manera decisiva sobre este punto.[8] Por ello nos limitaremos aquí a mencionar los hechos de que hemos tomado conocimiento. Fue Alexandre Lenoir, antiguo conservador del Museo de Monumentos Franceses, a quien se debe uno de los primeros textos en favor del interés que revestiría el ingreso de América Precolombina en el Louvre. Texto que se remonta a 1832, cuando Lenoir estaba, con algunos colegas arqueólogos y anticuarios (Baradère, Warden, Farcy, etc.), en plena preparación de la publicación de las *Antiquités mexicaines* del capitán Dupaix. Durante ese mismo período, circulaban en París varias colecciones de antigüedades precolombinas, en busca de compradores; la colección del dibujante alemán Franck era una de ellas. Si se tiene en cuenta la rareza de este tipo de objetos en nuestro suelo, Lenoir publicó en el *Journal des Artistes* un artículo en el cual lanzaba un llamado a los poderes públicos a fin de que se adquiriese esta colección. La importancia de estas antigüedades era tan más grande por cuanto, según Lenoir, México había mantenido "como todo hace pensar ahora, relaciones con los pueblos de Egipto y de la India, antes de su descubrimiento por los europeos" (Lenoir 1832: 125). En consecuencia, su lugar no estaba sino en el Louvre, al lado de los grandes monumentos de las civilizaciones desaparecidas:

> "Colocadas en el museo, a continuación de las antigüedades egipcias, éstas se juntarían naturalmente a esta gran colección; y ambas, reunidas a lo que tenemos en la Biblioteca Real de ídolos indios, formarían un complemento de los monumentos históricos y mitológicos que servirían para descubrir verdades provechosas." (*Ibid.*: 129).

La colección fue efectivamente comprada, pero instalada provisionalmente, como hemos visto, en el Museo Naval, junto con las demás "curiosidades exóticas". A lo largo de los años siguientes esta sección americana (sólo una parte de la cual sería presentada al público) iba a verse reforzada, con la entrada de la colección Seguin (1833), después con una primera donación del cónsul Angrand (1839). Parecería que fue la compra, en 1850, de la colección Latour-Allard (así como una nueva donación de Angrand en ese mismo año) que iba a servir de motor para una nueva iniciativa: la creación de un nuevo museo "americano". Esta decisión debe sin duda situarse en un marco más amplio, cual es el de la restauración del conjunto del palacio del Louvre. Ya en 1847 se había abierto un Museo Asirio, a partir de las colecciones orientales recogidas por el cónsul Botta; después del cambio de gobierno que siguió a los sucesos de 1848, la Asamblea aprobó la asignación de importantes fondos para proceder a la restauración del viejo edificio del Louvre. Entre 1849 y 1850 se abrieron

[8] Sobre la historia de este museo ver la documentada tesis de maestria de S. Guimaraes (1994).

así, sucesivamente, un museo de arte griego arcaico, un museo "argelino",[9] y en fin un nuevo museo etnográfico. Es en este contexto que el conde de Nieuwerkerke (Director General de Museos) propuso la fundación de un "Museo Americano", colocado bajo la responsabilidad de Adrien de Longpérier, nuevo conservador del Departamento de Objetos Antiguos.

El museo, situado junto al Museo Asirio (en el ala norte del Patio Cuadrado), se inauguró en los primeros meses de 1850, y encontró, si se da crédito a Longpérier, una gran acogida popular, al punto que solicitó a la Dirección autorización para abrir la sala "todos los días, como hubo que hacer al comienzo con las salas asirias..."[10]. El fondo inicial estaba constituido por algunas colecciones que se hallaban en las reservas desde hacía varios años (colecciones Denon, Seguin, Franck, Angrand), a las que se añadieron las antigüedades mexicanas vendidas por Latour-Allard y la segunda donación de piezas peruanas del Cónsul Angrand.[11] El Museo Americano iba a verse reforzado gracias a la política de compras llevada a cabo por Longpérier (Lemoyne en 1854, Chalupt en 1863) y sobre todo por las muy numerosas donaciones que se le hicieron en los años siguientes. Tal efervescencia en torno a un museo pequeño como éste resulta comprensible en la medida en que se había convertido en el museo oficial del americanismo; era normal, pues, que atrajese la mayoría de las donaciones y de las entregas en custodia, no solamente de parte de particulares que se sentían halagados de estimular una empresa nueva, sino también, por cierto, de la administración, que debía orientar en ese sentido el producto de las misiones científicas a realizarse; y tal sería el caso de las antigüedades llevadas por Émile Colpäert en 1864,[12] sucediendo lo mismo con la misión de Charles Wiener,[13] si las circunstancias no lo hubieran querido de otra manera...

El éxito inicial del Museo Americano no bastó para vencer las reticencias de ciertos miembros del directorio frente a lo que sin duda consideraban un atentado contra el "buen gusto": ¿dejó poco a poco el

[9] Adscrito al Museo Egipcio, este museo presentaba, según todo indica, restos representativos de la colonización romana del norte de África, así como, quizás, antigüedades cartaginesas.

[10] Archivos del Museo del Louvre: A2 (26-05-1850); citado por Ch. Aulanier: *Histoire du Palais et du Musée du Louvre*. París, 1968, VIII: 129.

[11] Todas estas piezas están descritas en el catálogo publicado por Longpérier (1850).

[12] Si bien este caso ilustra las dificultadas experimentadas por el Servicio de misiones para recuperar los frutos de algunas de las expediciones. Ver nuestro capítulo sobre el Servicio de misiones ("É. Colpäert").

[13] Tal fue la idea inicial, como indica el informe que el Almirante Périgot en que habla de las primeras excavaciones de Wiener en Ancón: "Estas excavaciones han resultado muy exitosas, y *Le Lagalissonière* transporta un cierto número de cajas dirigidas al Museo del Louvre..." (Paita, 16 de abril de 1876). Lo cual dio origen a algunas confusiones, como lo prueba un suelto que apareció en el diario *Le Bien Public* (17 de junio de 1876). Archivos Nacionales, París: F 17 3014-1 (expediente Wiener).

público de concurrir al Museo, o fue que la administración puso obstáculos? La cuestión no está claramente resuelta y Longpérier, por su parte, atribuía la responsabilidad de ello a las reticencias de una parte de sus colegas, cuando declaró en una sesión de la Sociedad de Etnografía:

> "Cuando en 1850 tuvimos la audacia de formar en el Louvre el primer Museo Americano que existió, [...] una de las objeciones que se nos hizo, y de varios lados, fue que la presencia en una institución como el Louvre, consagrada a las bellas artes y a las obras maestras de toda clase, de una colección formada por objetos interesantes, sin duda, pero que pertenecen más al campo de la etnografía que al de las bellas artes, estaba, de alguna manera, fuera de lugar." (*Actes de la Société d'Ethnographie*, 1877, VIII: 259).

Pero de otro lado, la actitud del conservador no parece haber estado exenta de un cierto descuido. ¿Sería que procedía a un cierto arreglo de cuentas al declarar de esa manera? En efecto, en cuanto responsable del Departamento de objetos antiguos, Longpérier se vio rápidamente atrapado por las numerosas actividades inherentes a su cargo: ahogado bajo un titánico trabajo de inventario de las colecciones del conjunto de su departamento (Guimaraes 1994: 15-16), el conservador descuidó cada vez más el Museo Americano, el mismo que, por su parte, tenía que enfrentar problemas de gestión del espacio disponible en el Palacio del Louvre y, quizás, resistencias de parte de ciertos conservadores poco inclinados a admitir la presencia de tales colecciones en el Louvre. Unos años después de su apertura, las colecciones precolombinas del museo fueron transferidas de un sitio a otro, reduciéndose cada vez más su espacio de exhibición:

> "... abierto por Longpérier en 1850 en una sala de la planta baja, del patio de honor del Louvre, fue transportado a un corredor del segundo piso, volvió a bajar por un momento a una de las grandes salas del primero [...] y debió mudarse una cuarta vez a un vestíbulo donde el público no lo pudo ver ya." (Hamy 1890: 53)

Así son resumidas crudamente por Hamy las vicisitudes del Museo americano a lo largo de su existencia; más de una vez, incluso, fue cerrado, y no debió su reapertura sino a las protestas de ciertos etnólogos y americanistas. Así, desde 1862, Léon de Rosny anunciaba en el curso de una sesión de la Sociedad de Etnografía Americana y Oriental que "las gestiones de la oficina, relativas al Museo Americano del Louvre, han sido coronadas por el éxito, y que el Museo ha vuelto a abrir sus puertas al público."[14] Una reapertura que no fue, sin embargo, sino muy transitoria, pues el museo recayó progresivamente en una letargia que debía resultar

[14] *Actes de la Société d'Ethnographie*, 1862-1863, III: 43-44.

irremediable. Longpérier, enfermo, aprisionado en conflictos personales y en la incapacidad de asumir su trabajo de conservador, acabó por renunciar en junio de 1870. Hacía ya largo tiempo que el museo había sido abandonado a su suerte, sin una verdadera dirección. Por el inmenso renombre del Louvre, el Museo Americano había gozado desde su inauguración de un dinamismo favorable al acrecentamiento constante de las colecciones: el análisis cronológico de los ingresos del museo (Guimaraes 1994: cuadro IX) demuestra el importante número de donaciones hasta mediados de los años 1860 y, en menor medida, hasta fines de los años 1870 (cuando el museo se hallaba totalmente moribundo, y Ravaisson, su nuevo conservador, se veía obligado a rechazar las donaciones). Sin embargo, en los años 1860, Longpérier no efectuaba ya ningún esfuerzo, o se encontraba en la imposibilidad de llevar a cabo una política activa y coherente de adquisiciones: el ejemplo de la intervención francesa en México es buen índice de ello. A pesar de que se ha establecido claramente que numerosos oficiales llevaron a Francia antigüedades mexicanas al regreso del cuerpo expedicionario, Longpérier no parece haber motivado la menor donación (¡no obstante de que por entonces era miembro de la comisión científica de México!), mientras que en ese mismo momento el Museo de Historia Natural y la Sociedad de Antropología de París recibían varias donaciones de muestras antropológicas de parte de esos mismos oficiales (Riviale 1999). En fin, mucho más que un simple problema de aumento de colecciones, el museo iba a enfrentar uno de concepción y utilización. Es forzoso constatar que el museo no parece haber estado animado de dinamismo, a la inversa de otros repositorios americanistas de la misma época (el museo de Sèvres, o la galería de antropología del Museo de Historia natural), cuyas colecciones servían con frecuencia para realizar análisis, mediciones, e incluso dar lecciones y conferencias. Incluso si las colecciones del Louvre fueron utilizadas en el marco de algunos estudios puntuales (Desjardins 1858; Rosny 1875), no fueron sin duda, jamás, objeto de un proyecto a largo plazo, orientado a ponerlas en valor y a desarrollarlas de manera coherente, y menos aún sistemática. Allí reside, sin duda, finalmente, el gran escollo con que tropezó este episodio museográfico: a medida que pasaban los años, que la investigación etnográfica se desarrollaba y que se formulaban nuevas preguntas, el Museo Americano seguía estando organizado tal como lo había sido en el momento de su creación en 1850. Es verdad que sucedía lo mismo con numerosos museos, pero en el caso del Museo Americano el problema se planteaba de manera particularmente aguda, en la medida en que la arqueología americanista, casi inexistente como tal en 1850, había evolucionado considerablemente durante la segunda mitad del siglo: la disposición de las colecciones era obsoleta y no respondía ya a las exigencias de los nuevos proyectos museográficos y científicos formulados en el campo de la

etnografía. Más aún, por el hecho de hallarse bajo el control de Bellas Artes, sus colecciones parecen haber sido descuidadas (¿o se hallaban fuera de su alcance?) por numerosas personas que se interesaban en el americanismo pero se movían en otros círculos (por ejemplo el de los antropólogos) y, en consecuencia, aisladas del mundo de los conservadores de bellas artes y de los anticuarios.

En el último cuarto del siglo, las autoridades competentes, muy conscientes de la inutilidad de aceptar nuevos ingresos de objetos en un sitio que se había hecho inoperante, se vieron en la necesidad de rechazar toda nueva donación y a proponer otro destino para las colecciones reunidas en el curso de recientes misiones científicas. Tal es la situación que iba a conducir a la fundación de otra institución museográfica, de vocación más amplia esta vez: la idea no era desmesurada, ya que Hamy mismo (1890: 56) estimaba que los innumerables envíos de Wiener desde el Perú fueron la causa, en cierta manera, de la decisión de crear el Museo de Etnografía del Trocadero.

El Museo Americano de Nancy

El museo establecido en el Louvre no fue el único proyecto museográfico específicamente consagrado a las sociedades amerindias. Hemos visto en un capítulo precedente que desde su separación de la Sociedad de Etnografía, el Comité de Arqueología Americana se había propuesto reunir una colección de objetos "de procedencia americana",[15] para el cual se nombró pronto a Léon de Cessac como "conservador". Más tarde (hacia 1873) la asociación, que para entonces había tomado el nombre de Sociedad Americana de Francia, expresó su propósito de actuar en pro de la creación de cuatro museos diferentes dedicados a los pueblos del Nuevo Mundo,[16] considerando que el Museo Americano del Louvre estaba definitivamente perdido. La sociedad había deplorado públicamente las dificultades con que había tropezado este museo y, como consecuencia de sus propios problemas, había acabado por concebir una amargura cercana a un sentimiento de persecución. En efecto, al mismo tiempo que asistían al hundimiento del museo en el polvo y el olvido, la sociedad constataba su progresiva pérdida de influencia en el seno de los medios científicos. Hecho que ciertos animadores de la asociación percibían como una especie de complot contra el americanismo:

> "Digámoslo, son los celos de los coleccionistas, la envidia de los eruditos, los crímenes de lesa-ciencia de toda clase cometidos por ciertos conservadores patentados y encargados de nuestros tesoros científicos,

[15] *Annuaire du Comité d'Archéologie Américaine*, 1863/65: 60.

[16] Ver en capítulo relativo a las sociedades de estudios, la sección que trata sobre la Sociedad Americana de Francia (*cf.* supra).

> y, junto al destructivo designio preconcebido de ciertas academias, las complacencias de escamoteo de ciertos museos. [...] Hemos dicho mucho al respecto y tenemos por ello el derecho de deplorar una vez más, y cada vez más enérgicamente, que esta asamblea, que "personifica la ciencia universal de Europa", muestre tanta indiferencia ante el americanismo."[17]

Fue, pues, con un espíritu de represalia que la Sociedad Americana de Francia pudo, un buen día, anunciar triunfalmente la próxima fundación de un nuevo "museo americano", constituido a partir de sus propias colecciones, a las que se añadieron las de algunos particulares.[18] Museo que no estaría situado ya en París —fuente de tanto desdén y rencores—, sino en provincia, lejos del centralismo del cual la Sociedad Americana se sentía víctima:

> "... aumenta el número de enemigos de esta centralización, en todo y por todo, codicioso y ciego, que quisiera hundir todos los cuadros en el Louvre, todos los libros y todos los manuscritos en la calle de Richelieu. Aumenta el número de hombres que tienen fe en un renacimiento de la provincia, y que ven, lo cual está probado por el Museo de Saint-Germain, que no es diseminando, sino dividiendo las riquezas artísticas y arqueológicas, que se asegura mejor su conservación, apreciación, estudio y respeto."[19]

El nuevo museo proyectado debía ser la respuesta a ese pretendido desdén de los conservadores frente al americanismo:

> "... en diez años el Museo Americano de Nancy será la mejor colección de su tipo en el mundo, la mejor conservada y la mejor estudiada, la más conocida. Será muy pronto más útil que las que poseen los grandes establecimientos de París, que parecen tener como consigna esconder sus tesoros, despreciarlos, dilapidarlos a menudo, e impedir los progresos de la ciencia americana. Tendrá como primer resultado poner fin a esta conspiración de pereza y de mala voluntad, y hacer enrojecer a nuestros conservadores oficiales de París."[20]

Aprovechando la dinámica suscitada por la preparación del Primer Congreso Internacional de Americanistas, que iba a tener lugar en Nancy en 1875, el "museo" fue instalado en el Museo Lorrain (probablemente

[17] Ed. Madier de Montjau: "Discours sur les études américaines", *Annuaire de la Société Américaine de France*, 1874/76, III: 27-28.

[18] Sobre todo Henri Cernuschi, más conocido por sus notables colecciones etnográficas y arqueológicas del Extremo Oriente.

[19] D'André de Clavery: "Un Musée américain à Nancy", *Archives de la Société Américaine de France*, 1875, nouvelle série, I: 379.

[20] *Ibid.*: 380.

gracias al apoyo de ciertos notables de la ciudad igualmente miembros del comité de organización del congreso) e inaugurado el día de la sesión de apertura del certamen. Sin embargo, el museo no habría de tener el feliz destino que se le prometía, ya que fundado al margen de todo proyecto científico concreto o de alcance, adolecía de una total falta de organización coherente de las colecciones, y perdió rápidamente la poca credibilidad e interés que podía tener ante los medios científicos interesados. Más aún, sólo unos años después de su inauguración, había de ver la luz un vasto proyecto museográfico: el Museo Etnográfico del Trocadero, fundado en 1879 y abierto al público en 1882, que iba a captar la mayor parte de los fondos públicos susceptibles de concederse a este tipo de instituciones, y atraer un gran número de donaciones particulares de objetos precolombinos. El Museo Americano de Nancy no tardaría, pues, en caer en la indiferencia y el olvido más completos...

Conviene subrayar no obstante que la idea de crear un "museo americano" no iba por ello a desaparecer de los espíritus, ya que a su retorno de Bolivia en 1903 Georges de Créqui-Montfort, que llevó consigo a Francia considerables colecciones etnográficas y arqueológicas de América (Bolivia, Argentina, Chile) expresó la aspiración de fundar un espacio museográfico específicamente consagrado al Nuevo Mundo. Después de vanos esfuerzos en este sentido, Créqui-Montfort dejó al Ministerio de Instrucción Pública toda libertad para disponer de sus colecciones, que fueron repartidas entre varias instituciones parisienses (Museo de Historia Natural, Escuela de Antropología, Museo de Etnografía del Trocadero) y catorce museos de provincia. Unos años más tarde Paul Berthon, a quien se había encargado una misión arqueológica en el Perú, regresaba a Francia con una muy importante colección de antigüedades prehispánicas (unas 2 000 piezas). También él consideraba necesaria la creación de un museo americano y pensaba que sus propias colecciones podrían constituir su núcleo inicial. Sin embargo este proyecto, al igual que el anterior, no descansaba sobre un discurso científico o museográfico convincente, y uno tiene más bien la impresión de que sus autores trataban más de asegurar una cierta perennidad a su "obra" que de proponer un lugar diferente para la representación de las sociedades amerindias en el seno de la infraestructura museográfica francesa de esa época. Si uno se sitúa en el contexto ideológico y científico del momento, notará que un proyecto como ése no se hallaba en absoluto a la orden del día: la etnografía de los pueblos del Nuevo Mundo debía integrarse en un marco museográfico mucho más general, que presentase en un plano a la vez vertical (cronológico) y horizontal (geográfico) la evolución de la humanidad y la diversidad de las sociedades humanas. El proyecto de Berthon sería, hasta donde sabemos, el último de su tipo...

El Museo de Antigüedades Nacionales

Así como los diferentes proyectos formulados en materia de museografía etnográfica constituyen otros tantos indicios de la importancia que asumió progresivamente la disciplina, la apertura del Museo de Antigüedades Nacionales corresponde a una nueva etapa en las ciencias del hombre. Su creación marcaba a la vez el reconocimiento oficial de la prehistoria francesa en cuanto disciplina científica, y su integración en una estrategia de representación simbólica de la nación. El proyecto museográfico vinculado con esta institución ilustra, en fin, un cierto tipo de discurso científico que debía atraer los sufragios del conjunto de la comunidad científica de entonces, esto es la asimilación del "hombre salvaje" al "hombre primitivo" (o prehistórico).

Creado por decreto del 8 de noviembre de 1862 por Napoleón III, con el nombre de "Museo de Antigüedades Célticas y Galo-Romanas", el museo, situado en Saint-Germain-en-Laye, fue efectivamente abierto el 12 de mayo de 1867 (con ocasión de la Exposición Universal) y pronto tomó el nombre de "Museo de Antigüedades Nacionales". La desaparición de las reservas cronológicas y culturales anteriormente vinculadas con el título de museo parece indicar que la ciencia oficial comenzaba a aceptar la antigüedad del hombre más allá de los tiempos históricos, y sobre todo a aceptar ésta como parte de la historia nacional. En el mismo momento se había popularizado la idea según la cual el estudio de los "salvajes" actuales podría contribuir a comprender al hombre primitivo (es decir prehistórico), estado de espíritu que probablemente motivó a los conservadores (y muy particularmente a Gabriel de Mortillet) a estimular las donaciones de objetos extra europeos al museo. Las colecciones "exóticas" afluyeron a Saint-Germain desde su apertura, y fueron colocadas "provisionalmente" en la Sala de Marte (Boissier 1882: 2). En cierta medida, el Museo de Antigüedades Nacionales parece haber asegurado una relativa transición entre el Museo Americano del Louvre —en delicuescencia— y el futuro Museo del Trocadero: un cierto número de donaciones (Perrin, 1871; Ber, 1876) fue orientado así a Saint-Germain a falta de otro lugar de recepción adecuado. Sin embargo, después de la creación del Museo del Trocadero —y a pesar de la voluntad de "especializar" los museos—, los ingresos de objetos arqueológicos y etnográficos continuaron, sobre todo con la transferencia de colecciones procedentes del Museo Naval del Louvre, a comienzos del siglo XX.

El Museo Etnográfico del Trocadero

Hemos visto anteriormente cómo la reiniciación de las grandes expediciones marítimas favoreció, en el primer cuarto del siglo XIX, la formación de un museo etnográfico en el Louvre. Incluida al comienzo en

el Museo Naval, la sección etnográfica acabó por adquirir una completa autonomía con la apertura en 1850 de un Museo de Etnografía en el seno del palacio del Louvre. Si bien atrajo un gran número de donaciones durante dos decenios, al parecer perdió poco a poco su aura y dinamismo, para caer en una relativa indiferencia. ¿Falta de interés del público, y también de la comunidad científica? El museo sufría en efecto de varios problemas fundamentales.

En primer lugar, el proyecto museográfico que orientó la constitución de este museo había envejecido considerablemente, pues allí donde se había querido mostrar ante todo los restos materiales de pueblos en vías de desaparición (revelados por los exploradores y sobre todo por los navegantes), no se habría de ver, con el tiempo, más que un amontonamiento de objetos más o menos claramente expuestos. El criterio de admisión utilizado era juzgado quizás anticuado, ya que no estaban depositados sino los que habían sido recolectados en pueblos primitivos contemporáneos, mientras que las antigüedades, descubiertas a veces en las mismas regiones, eran derivadas hacia otros museos. Tal fue el caso, principalmente, de las colecciones llevadas del Perú por los hermanos Grandidier: los objetos "etnográficos" fueron remitidos al Museo Etnográfico, mientras que los "arqueológicos" fueron a dar al Museo Americano (en 1876, ¡cuando el museo había sido cerrado ya al público!). Si la selección de los objetos era problemática, los métodos de clasificación dejaban igualmente que desear, y fue así como un informe redactado en 1876 por Eugène Burnouf pintaba un cuadro a la vez gracioso y severo del modo de presentación de las colecciones del Museo Etnográfico (Jacquemin 1992: 37).

En segundo lugar, si la instalación de este museo en el Palacio del Louvre había podido constituir inicialmente un gran acontecimiento, la situación iba a tornarse pronto muy incómoda y perjudicial. Dada la gran estrechez de los locales que le habían sido asignados en 1850, el museo no podía desarrollarse realmente, ni redistribuirse de acuerdo con otros criterios museográficos. Además, la presencia de vitrinas con "curiosidades de los salvajes", en medio de galerías esencialmente consagradas a las formas más clásicas de las bellas artes, era considerada tan incongruente por la mayoría de los administradores del Louvre, que no había ninguna posibilidad de que se asignaran fondos suplementarios para modificar en lo que se pudiese el museo etnográfico. Es por ello que los medios científicos interesados iban a orientarse hacia nuevos proyectos, en lugar de intentar un hipotético cambio radical del antiguo establecimiento.

A pesar de los pedidos cada vez más apremiantes, frente a la falta evidente de espacio para las colecciones que no cesaban de llegar (y que en numerosos casos eran enviadas a museos de provincia), el gobierno se negó por largos años a comprometerse en fuertes gastos en tal intento,

hasta que una sucesión de circunstancias favorables lo indujeron a cambiar de opinión.[21] Charles Wiener, encargado de una misión arqueológica en el Perú en noviembre de 1875, había enviado tal cantidad de objetos de toda clase (provenientes de sus propias excavaciones, pero también de generosas donaciones efectuadas por varias personalidades de Lima), que sus cajas invadieron literalmente los depósitos del Ministerio de Instrucción Pública. A su regreso a Francia en agosto de 1877, Wiener apremió a Oscar de Watteville (Director de la División de Ciencias y Letras que, en ese momento, estaba preparando la exposición del ministerio para la Exposición Universal de 1878) para que organizara una exposición temporal de las colecciones enviadas desde el Perú (Hamy 1890: 56). Los primeros trabajos con miras a la exposición habían ya comenzado cuando se produjo un nuevo hecho, que iba a desencadenar un proceso irreversible: Léonce Angrand (a quien se debía la mayor parte de las antigüedades peruanas que se guardaban en el Museo Americano del Louvre), exasperado por el estado de abandono en que se había dejado a sus colecciones, anunció que prefería donar el resto de sus rarezas al Museo Británico antes que dejarlas en Francia en tan malas manos.[22] Ante semejante amenaza de "traición" en favor de la "pérfida Albión", la reacción fue rápida: el 2 de noviembre de 1877 Oscar de Watteville propuso al ministro la creación de un nuevo establecimiento llamado "Museo Etnográfico de las Misiones Científicas", destinado a albergar el conjunto de colecciones reunidas en el curso de las misiones científicas (con exclusión de las muestras antropológicas y de historia natural). Al día siguiente, es decir el 3 de noviembre, el ministro Brunet firmaba una resolución instituyendo un "Museo Etnográfico de Misiones Científicas", en el cual serían centralizados "todos los objetos relativos a la etnografía, que proviniesen de las misiones, o procedentes de donaciones, intercambios o adquisiciones" (Hamy 1890: 285). Es de anotar que al mismo tiempo con esta resolución comenzaba una tentativa de "especialización" de los principales establecimientos científicos de la capital, delimitando el tipo de colecciones que se asignaría en adelante a cada uno de ellos.

Una vez decidida la creación del nuevo museo, la exposición preparada por Wiener había de constituir un interesante test de popularidad, ya que el mismo 3 de noviembre Watteville hacía firmar otra resolución, disponiendo la apertura en el Palacio de la Industria en los Campos Elíseos de una "exposición provisional de la sección americana (América del Sur) de las misiones etnográficas y misiones científicas" (*Ibid.*: 286). Exposición que en sus comienzos debía presentar exclusivamente las

[21] Ver en particular sobre este asunto Hamy (1890), actor y testigo privilegiado de la creación del Museo del Trocadero.

[22] Archivos del Museo del Hombre (departamento "Amérique"): Expedientes técnicos (colección 87.115).

colecciones llevadas a Francia por Wiener, Cessac, Pinart, André y Crevaux de América del Sur; sin embargo, otras colecciones se añadieron progresivamente a las primeras,[23] a solicitud de varios exploradores que habían regresado hacía poco: Ujfalvy deseaba presentar sus colecciones procedentes de Asia central; Harman las de Camboya; Lansberg las de Siria; Verneau de las Canarias; en fin el Dr. Savinière aportó sus colecciones de las Célebes (Oceanía). Inaugurado el 23 de enero de 1878 y abierto gratuitamente al público, el museo provisional de las misiones científicas tuvo un gran éxito:

> "... durante seis semanas el público se apretujó en las tres salas que se abrieron, feliz de poder estudiar tantas nuevas riquezas y de escuchar las conferencias de los encargados de misión, explicando en persona sus trabajos y sus descubrimientos." (*Ibid.*: 60)

Para los fines de la Exposición Universal, el museo provisional fue transferido y reabierto en un marco mayor, en el Campo de Marte.[24] Si la gran fiesta no había terminado aún, había no obstante que preparar el futuro del museo etnográfico hasta aquí esbozado: el 18 de octubre de 1878 se nombró una comisión[25] encargada de estudiar las modalidades inherentes a la creación definitiva del museo. La elección del local apropiado no dejó de plantear grandes dificultades (Dias 1991: 169-170), y no fue sino el 24 de noviembre de 1879 que se asignó oficialmente al Museo de Etnografía una parte del Palacio del Trocadero, levantado con ocasión de la Exposición Universal. Si bien esta solución ofrecía algunas ventajas (posibilidad de utilizar los acondicionamientos y las vitrinas de las exposiciones anteriores), no dejaba de plantear algunos problemas técnicos (existencia de espacios demasiado vastos, perjudiciales para una buena presentación de los objetos). Fue en ese marco, sin embargo, que se instaló, entre 1880 y 1882, la multitud de objetos procedentes de las últimas misiones científicas, así como numerosas donaciones o depósitos en custodia hechos por instituciones o por particulares).

Cuando por fin se abrió el Museo de Etnografía del Trocadero —tal debía ser en adelante su nombre—, el 12 de abril de 1882, contaba con más o menos 10 000 objetos procedentes del Nuevo Mundo (Dias 1991: 175), de

[23] Por falta de espacio estas adiciones de último momento no encontraron, aparentemente, sino una representación simbólica en el seno de esa primera gran exposición, si tenemos en cuenta lo que declara el ministro Bardoux en su discurso de inauguración: "Las tres salas que ustedes van a visitar no comprenden más que una sola sección, la de América [...]. Nos hemos visto obligados a relegar incluso al descanso de la escalera al producto de importantes misiones al Asia Central" (*Journal Officiel*, 25 de enero de 1878: 634).

[24] Volveremos a hablar de la exposición temporal cuando tratemos de las exposiciones universales.

[25] Compuesta por 23 miembros, y entre ellos Hamy, Landrin, Angrand, Wiener y Viollet-le-Duc, así como varios miembros de la Comisión de misiones científicas (Charton, Maunoir, Périn, etc).

los cuales un mínimo de 1 500 piezas arqueológicas correspondían al Perú.[26] Una gran parte de esos objetos provenía de las recientes misiones científicas aprobadas por el Ministerio de Instrucción Pública (Wiener, Cessac, Pinart); un segundo conjunto procedía de algunos donadores generosos (Macedo, Quesnel, Serre y Savatier, Dibos, etc.); el último grupo prevenía de la transferencia de las colecciones depositadas durante la Revolución en el Gabinete de Objetos Antiguos de la Biblioteca Nacional de París (las antiguas colecciones de Dombey, Noailles, d'Angiviller, etc.). Posteriormente, las colecciones de antigüedades peruanas del Museo de Etnografía no dejaron de acrecentarse: si las donaciones realizadas por particulares alimentaban la progresión regular del Trocadero (Droullion 1883; Ordinaire 1886; Giglioli 1887; Sartiges 1894; Mannet 1898; Dr. Vergne 1914; etc.),[27] dos sucesos excepcionales iban a marcar los primeros años del museo: la transferencia de las colecciones del antiguo Museo Americano del Louvre, en 1887, y la misión arqueológica del capitán Berthon, en 1907.

Hasta la fundación del Museo del Trocadero, el Museo Americano había sido —al menos teóricamente— el lugar de recepción oficial de las antigüedades precolombinas; sin embargo, habida cuenta del estado de abandono en que se había hundido desde hacía largos años, los ingresos de objetos eran en él cada vez más esporádicos. Cuando Wiener expidió a Francia sus primeras colecciones, se produjo una polémica en cuanto al destino que debía darse a los objetos: Ravaisson-Mollien (Conservador de Objetos Antiguos en el Louvre y, por ello mismo, responsable del Museo Americano) no dejó de reclamarlos recordando la existencia de la galería americana del Louvre.[28] Suceso que simbolizó probablemente el último sobresalto de supervivencia del Museo Americano antes de su desaparición definitiva. Comenzaron entonces interminables negociaciones que culminaron en 1887 con la transferencia de las colecciones al Museo del Trocadero. Se hizo una primera tentativa en mayo de 1879 por el ministro de Instrucción Pública (sin duda a pedido de Hamy), que escribió al Subsecretario de Estado en Bellas Artes para tratar este asunto, pero la negativa de éste fue muy firme:

> "No me parece que las antigüedades americanas de que se trata puedan entrar a un museo especial de Etnografía; estimo, al contrario, que la Administración de Bellas Artes tiene el deber de no desprenderse de

[26] A falta de datos seguros, nos servimos aquí de las cifras mencionadas en las fichas de registro del Museo del Hombre, pero la cantidad de 1 500 piezas nos parece muy por debajo de la realidad. Si nos basamos en otras fuentes (archivos, cartas, etc.), obtenemos una cifra mínima de 2 500 a 3 000 piezas.

[27] Damos aquí sólo las donaciones más notables, y para la lista exhaustiva de donadores remitimos al lector al anexo.

[28] Sesión del 12 de abril de 1876 de la Comisión de Misiones. Archivos Nacionales, París: F 17* 2272: 96 bis.

ellas; y de darles en los Museos Nacionales el lugar que por derecho les corresponde en el departamento de objetos antiguos."[29]

Una segunda tentativa, efectuada el año siguiente, directamente ante el conservador Ravaisson-Mollien, no tuvo mayor éxito. La correspondencia intercambiada en esta ocasión ilustra las divergencias de punto de vista que podían existir sobre el estatuto a atribuir a las antigüedades precolombinas. Así Ravaisson, no sin dejar de tender un discreto velo sobre el estado de abandono del Museo Americano del Louvre, justificaba las reticencias a separarse de esta colección, señalando, de manera un tanto falaz, el interés que revestían en el plano del comparatismo entre las civilizaciones:

"... no puedo dejar de pensar que las antigüedades de América no están fuera de lugar en el Louvre junto a las de Asia (Asiria, Fenicia, Judea, Arabia, Asia Menor), y del África (Egipto, Cartago, etc.), con las cuales la ciencia les encuentra, en este mismo momento, relaciones instructivas, de la cuales puede surgir la solución de importantes problemas históricos sobre el origen y la filiación de las civilizaciones primitivas."[30]

Las civilizaciones "primitivas" mencionados por el conservador del Louvre nos indican claramente que éste no asimilaba sus "monumentos americanos" a la condición de simples testigos de la "industria" de los pueblos primitivos, sino que por el contrario pretendía —sin admitirlo— ponerlas a un nivel superior en la jerarquía de las civilizaciones. El ministerio estimó inadmisibles estas objeciones, y se explicó al respecto definiendo el diferente papel que en su opinión debía desempeñar el Museo de Etnografía:

"El Parlamento, al asignar los recursos necesarios para la instalación de las colecciones etnográficas que se reunirán en el Trocadero, ha querido hacer en favor de la historia de los usos y costumbres de los pueblos de todas las épocas lo que el Museo del Louvre hace tan felizmente en lo que concierne a las artes. Se trata de dos ideas distintas, y sólo agrupando, por épocas sucesivas, los objetos puramente históricos, de un lado, y los objetos de arte, del otro, se ayudará a la ciencia a resolver, como usted mismo expresa, los importantes problemas que plantean el origen y la filiación de las civilizaciones primitivas."[31]

[29] Carta del Subsecretario de Estado en Bellas artes (20 de junio de 1879). Archivos Nacionales, París: F 21 4489 (expediente relativo al Museo de Etnografía del Trocadero).

[30] Carta de Félix Ravaisson-Mollien (19 de noviembre de 1880). Archivos Nacionales, París: F 21 4489 (Museo de Etnografía del Trocadero). Esta argumentación no se halla tan alejada de la que adelantó Lenoir en 1832 para defender la idea de la integración de antigüedades mexicanas en el Louvre...

[31] Carta del Ministerio de Instrucción Pública a Ravaisson-Mollien (30 de noviembre de 1880). Archivos Nacionales, París: F 21 4489. Con un razonamiento como éste, los antropólogos

La distinción efectuada así entre objeto de arte y objeto científico se aplicaba muy particularmente a los restos precolombinos, como la misma carta subrayaba:

> "El Museo del Louvre no tiene ninguna necesidad de la mayor parte de los objetos muy poco artísticos que posee bajo el nombre de antigüedades americanas."[32]

El asunto quedó definitivamente arreglado sino siete años más tarde, con la transferencia al Museo del Trocadero, en 1887, de todas las colecciones precolombinas depositadas en el Louvre desde hacía medio siglo: según el inventario establecido en la época por Hamy y Héron de Villefosse (nuevo conservador de esculturas antiguas en el Louvre), el conjunto de la colección contaba con 1 432 piezas, de las cuales un poco más de 560 correspondían al Perú. [33]

Esta transferencia en favor del Museo de Etnografía, si bien fue la más importante y simbólica (al señalar el fin de una época), no constituyó en definitiva más que un episodio en el vasto movimiento centralizador que suscitó la creación del Museo del Trocadero. A partir de 1880, y a lo largo de los decenios siguientes, un gran número de museos o de instituciones (bibliotecas, sociedades de estudio) fueron invitados a donar o a depositar sus colecciones en el Trocadero).[34] Fueron en definitiva las donaciones y transferencias que permitieron el aumento regular de las colecciones del museo, pues la política de adquisiciones deseada por los conservadores sucesivos del Museo de Etnografía se vio casi siempre reducida a su más simple expresión, habida cuenta de los irrisorios recursos que eran dedicados al efecto. Williams (1985: 158) informa que Verneau estimaba en más o menos 200 francos por año la suma disponible para compras, una vez deducidos del presupuesto global los sueldos y gastos en trabajos diversos. En tales condiciones era muy difícil pretender competir, en este terreno, con la política de adquisiciones masivas llevada a cabo por los museos alemanes y americanos desde los últimos años del siglo XIX.[35] Es por esta escasez de fondos que la enorme colección de

tendían a negar toda cualidad estética a las muestras del arte precolombino, manteniéndolos en el plano del exotismo y de la historia natural, es decir, en el lugar que tradicionalmente era suyo.

[32] *Ibid.*

[33] "Estado numérico de las colecciones de arqueología americana depositadas por el Museo del Louvre en el Museo de Etnografía." (12 de mayo de 1887). *Ibid.*

[34] Citemos principalmente la Biblioteca nacional, el Museo de Historia Natural, la Sociedad de Geografía de París, el Museo del Ejército, el Museo de Saint-Germain-en-Laye, el Museo Guimet, la Sociedad de Antropología de París, la Biblioteca Municipal de Versalles, etc.

[35] La mayor parte de las grandes colecciones particulares formadas por peruanos a lo largo del siglo XIX fueron compradas así poco después del fin de la Guerra del Pacífico, ya sea por los alemanes, ya sea por los americanos; citemos principalmente las colecciones Macedo, Centeno, Montes, Garcés, Bolívar-Block, Pfeiffer, Gaffron, etc. (Tello & Mejía Xesspe 1967: 46-49).

antigüedades llevada por el capitán Berthon en 1908 (después de su misión arqueológica en el Perú) estuvo a punto de escapar al Museo de Etnografía, pues si bien se le había encomendado una misión científica oficial (y había recibido algunos subsidios para tal efecto), Berthon se había visto obligado a recurrir a su dinero personal para cubrir los gastos en excavaciones y la compra de un gran número de piezas; consideraba por lo tanto normal que el Trocadero partipara financieramente en el reembolso de una parte de sus gastos. El museo, en la imposibilidad de responder a las exigencias de Berthon, debió declinar el ofrecimiento, corriendo de ese modo el riesgo de que esos objetos —en algunos casos preciosos— partieran al extranjero (como dejaba a entender Berthon), lo cual habría ocurrido si el Dr. Capitan no hubiera intervenido comprando, a título personal, el conjunto de la colección, antes de legarla al Museo del Trocadero en 1930. Esta anécdota ilustra claramente la manera en que el Museo de Etnografía, al comienzo apoyado activamente por el Estado, se vio poco a poco dejado de lado, o al menos privado de medios de existencia suficientes para desarrollarse de manera coherente (Dias 1991: 251-255). La organización y las actividades científicas del museo no satisfacían las expectativas de todo el mundo, y sin duda deben interpretarse en tal sentido los pocos proyectos formulados por ciertos americanistas con miras a crear en Francia un museo dedicado específicamente al Nuevo Mundo (Créqui-Montfort en 1904 y Berthon en 1909).

Con ocasión de su fundación, el Museo de Etnografía del Trocadero suscitó un notable renacimiento de actividades en el campo de la etnografía y de la arqueología no europea, constituyendo no solamente un lugar de conservación de curiosidades y de recuerdos del pasado, sino un verdadero laboratorio de reflexión sobre las sociedades humanas (un poco como lo era desde hacía largo tiempo el Museo para la historia natural). Sin embargo, pasado el momento de euforia, parecería que el desarrollo del museo haya reflejado la investigación francesa en el extranjero, y muy particularmente, en lo que respecta a nuestro tema de estudio, en América del Sur: por falta de fondos y de voluntad gubernamental, el museo cayó, desde principios del siglo XX, en una progresiva apatía que ninguna protesta llegó a sacudir, hasta que por fin fue reorganizado según otros principios, para convertirse, en 1928, en el Museo del Hombre.

El Museo de Historia Natural de París

Al margen de este movimiento hacia una museología etnográfica, las colecciones del Museo de Historia Natural de París prosiguieron su evolución en torno a un gran eje movilizador: la antropología. Si se puede reconocer a Armand de Quatrefages le mérito de haber inaugurado y desarrollado ampliamente la Galería de Antropología, conviene subrayar

el hecho de que la empresa de reunir y acumular colecciones centradas en el género humano había sido impulsada mucho tiempo antes, principalmente bajo la guía de Pierre Flourens, a partir de 1832 (Blanckaert 1997: 113-119). Esta política de adquisiciones fue continuada por Etienne Serres, para ser en fin ampliamente sistematizada en la segunda mitad del siglo XIX por Quatrefages, solo al principio, pero después con ayuda de su asistente E. T. Hamy.

Lugar de investigaciones así como de conservación, el Jardín del Rey poseía ya bajo el Antiguo Régimen colecciones antropológicas y etnográficas, pues las donaciones hechas por diversos viajeros y la cesión por Tournefort de su gabinete antes de su deceso (1708) porporcionaron al establecimiento un conjunto de "curiosidades"[36] que no se dejaba de mencionar en las guías de París del siglo XVIII (Brice 1713; Baudelot de Dairval 1727; Dezallier d'Argenville 1742; Thiéry 1786). Con el fin de dar materia a sus reflexiones sobre el hombre, Buffon había tratado de enriquecer sus colecciones comprando gabinetes particulares y recurriendo a los funcionarios de las colonias y a los viajeros. Tradición que habría de ser continuada, desde luego, con ocasión de la reapertura del Museo en 1793, pero fue sobre todo después de la partida de Antoine Portal (titular de la cátedra de Anatomía Humana), en 1832, que se dio tal impulso, y que se concedió una atención más sostenida a la reunión de muestras humanas. Se dieron instrucciones específicas, en tal sentido, a los naturalistas que viajaban con los auspicios del Museo, así como a los corresponsales de la institución.

El paso siguiente consistió en oficializar la existencia institucional de esas colecciones, ya que, hasta mediados de siglo, las muestras así reunidas no poseían un marco de conservación y, menos aún, de presentación propios, y eran depositadas en la Galería de Anatomía Comparada. Las muestras antropológicas llevadas con ocasión de grandes expediciones marítimas alrededor del mundo y de las primeras expediciones científicas financiadas por el Ministerio de Instrucción Pública fueron pronto lo suficientemente numerosas como para justificar el acondicionamiento de una "galería de Antropología". La decisión de asignar los fondos necesarios para los trabajos parece remontarse a fines del año 1849,[37] pero no fue probablemente sino en 1855 que se abrió la galería (Hamy 1907: 270), el mismo año en que Serres dejó la cátedra de

[36] Entre ellas se encontraban, por cierto, algunos objetos amerindios. Entre otros objetos particularmente dignos de interés en el jardín del Rey, Dezallier d'Argenville (1742: 199) mencionaba "un gran plato convexo por ambos lados, de cristal negro y ondulado, encontrado en las tumbas de los incas del Perú". Se trata de una de las antigüedades enviadas desde el Ecuador por Louis Godin hacia 1740, en el curso de su misión para la medición de un arco de meridiano (Riviale 1993a: 42 y 45, nota 22).

[37] *"Extrait du procès-verbal de la séance du 20 novembre 1849"*. Archivos Nacionales, París: AJ15 842 (Museo de Historia Natural de París. Galería de Antropología).

Anatomía Humana. La apertura de la galería fue acompañada por una política de sistematización de la recolección de los muestras antropológicas, apelando a la contribución de todas las personas de buena voluntad, la inserción de recomendaciones específicas en las *Instructions aux voyageurs* [Instrucciones a los viajeros] publicadas por la institución, y, en fin, gracias a las relaciones de Quatrefages y de sus discípulos. Como buen número de sus colegas antropólogos, éste consideraba que los estudios realizados hasta entonces en ese campo no habían sido llevados a cabo en una escala suficiente. Así, no se había tenido en cuenta, principalmente, todas las variaciones posibles en el seno de una población, o bien no se tenía la seguridad de contar con muestras realmente representativas de ciertas razas.[38] Consideró, pues, necesario constituir, para el estudio de las razas, verdaderas series de cráneos, únicas susceptibles de "determinar con alguna precisión el tipo promedio, en medio de variaciones más o menos amplias" (Quatrefages y Hamy 1882: 157). Sólo unos meses después de asumir sus funciones,[39] el profesor de antropología se había dedicado a preparar nuevas "instrucciones a los viajeros", en las que insistía en la necesidad de reunir muestras osteológicas representativas de todos los tipos humanos, así como "todos los objetos apropiados para hacer conocer las industrias primitivas" (Musée d'Histoire Naturelle 1860: 15), que podían constituir otros tantos indicios para identificar y documentar los diferentes pueblos que habitan el planeta.

Quizás más que en cualquier otro museo interesado en la etnología, las colecciones de la galería de antropología del Museo de Historia Natural tenían que arrojar luz, de modo simultáneo, sobre la diversidad de las razas humanas (sin dejar de defender, seguramente, la noción de unidad de la especie), sobre la antigüedad del hombre, y sobre sus diferentes estadios evolutivos, tanto en el tiempo como en el espacio. A medida que la ciencia antropológica se desarrollaba, que se proponían nuevos métodos de análisis y nuevos criterios distintivos, los pedidos de muestras se hicieron a la vez más apremiantes y más variados: a la muchedumbre de cráneos vinieron a añadirse, progresivamente, diversas partes osteológicas del cuerpo —cuando no era posible procurarse esqueletos completos—, momias (tan apreciadas por su buen estado de conservación, que permitía análisis mucho más detallados), fragmentos de piel, cabellos, y, en fin, artefactos hallados junto a los cuerpos en la tumba, que podían permitir asociar datos culturales con la morfología física de los individuos exhumados.

[38] Recuérdese lo que preconizaba en 1861 el Dr. Gosse, en sus instrucciones para el Perú, para buscar la "verdadera" forma del cráneo de los nobles incas...

[39] Como prueba el esbozo manuscrito de la quinta edición de las "Instrucciones" (publicadas en 1860), fechada el 17 de diciembre de 1855. Archivos Nacionales, París: AJ15 565.

Tal como sucedía con el conjunto de las colecciones, las series antropológicas y etnográficas de origen andino conservadas en la galería de antropología aumentaron sin interrupción durante todo el siglo XIX. El *Catalogue des objets renfermés dans la galerie d'anthropologie du Muséum du Jardin des Plantes* [Catálogo de los objetos conservados en la galería de antropología del Jardín de Plantas], comenzado en 1857, demuestra que cuando la galería abrió sus puertas, poseía ya (a veces desde el primer cuarto del siglo) colecciones no desdeñables. Allí se encontraban, sobre todo, objetos llevados por exploradores (Humboldt, Pentland, d'Orbigny, Castelnau, Weddell) y médicos de la marina (Eydoux, Busseuil, Lesson, Liotaud). El relanzamiento de las misiones científicas en el Perú, llevadas a cabo bajo los auspicios del Ministerio de Instrucción Pública en el último cuarto de siglo, iba a suscitar una dinámica jamás conocida hasta entonces en el envío de colecciones, tanto de parte de los encargados de misiones (Wiener, Ber, Cessac, Vidal-Senèze), como de nacionales que residían en los países de donde aquéllas procedían (Quesnel, Balny, Martinet, Champeaux). Esta sistematización de la búsqueda de testigos físicos y materiales de la diversidad humana originó un florecimiento espectacular de las colecciones del museo durante la segunda mitad del siglo XIX: de 5 000 piezas en 1872, sus colecciones pasaron a 24 000 en 1892 (Dias 1989: 216). Sin embargo, la apertura del Museo de Etnografía del Trocadero obligó al mismo tiempo al Museo de Historia Natural a reorganizar sus colecciones. Una redefinición de las funciones de cada una de las instituciones se iba a reflejar, a partir de los años 1880, en una serie de transferencias de objetos en uno y otro sentido: el Museo de Historia Natural envió al Museo del Trocadero la mayor parte de sus colecciones arqueológicas y etnográficas, mientras que el Museo de Etnografía se desprendió de sus muestras antropológicas (cráneos, momias, etc.).

Los museos de provincia

Hace algunos años Chantal Georgel subrayaba, en una exposición en el Museo d'Orsay, el hecho de que el siglo XIX fue en Francia el siglo de los museos. En efecto, a lo largo del mismo se debía asistir a una verdadera explosión de la moda de la colección, que se tradujo en una proliferación de instituciones museográficas en todo el territorio nacional: si había unos quinces museos antes de 1801 (año de la ley Chaptal, que redistribuyó obras confiscadas en el extranjero durante las guerras revolucionarias), el comisario de la exposición registró, cien años más tarde, más de 500 (Georgel 1994: 232). Esta nueva práctica debía parecer en no pocos casos un simple efecto de la moda, como subraya un observador contemporáneo:

> "Un museo se ha convertido en necesario ornamento de toda ciudad que se respeta, y los extranjeros que nos visitan podrían preguntarse si es que hay un palacio municipal sin museo. Esta superabundancia de

colecciones en nuestras provincias es, con toda seguridad, uno de los más singulares fenómenos de los tiempos presentes." [40]

Sin embargo, esta inmensa ola de iniciativas locales va mucho más allá de la moda y refleja más bien un movimiento profundo, que marca un cambio en las mentalidades colectivas. No se trata, desde luego, de extendernos aquí en los pormenores de este fenómeno; expondremos más bien algunas generalidades útiles para comprender en qué nos interesa este movimiento en favor de los museos, y lo que revela de la ideología cientista que impregnaba tantas manifestaciones e iniciativas como aquéllas a que nos hemos referido a lo largo de esta obra.

Las investigaciones que se han realizado en gran número de museos de provincia (Beckouche y Fortin 1977; Fauquier 1984), y los inventarios que siguieron,[41] muestran que muy numerosos museos eran propietarios desde el siglo XIX de colecciones precolombinas (y entre ellas peruanas), ya sea en sus salas de exposición, ya sea en sus depósitos. Sin pretender delinear la historia de este vasto movimiento museográfico, se puede al menos proponer algunos elementos de respuesta que nos permitan subrayar los principios de acuerdo con los cuales se constituyeron las colecciones de los museos. La concentración de antigüedades precolombinas en ciertas ciudades de Francia, más bien que en otras, puede atribuirse a tres grandes tipos de factores, a veces complementarios:

1° La localización geográfica de la ciudad, que en un pasado remoto fue favorable a la llegada directa de objetos; se trata de puertos que tuvieron contactos históricos con el Nuevo Mundo (Burdeos, La Rochelle, Boulogne-sur-Mer, Nantes, etc.).

2° La importancia comercial o administrativa de la ciudad en su región, creando un polo de atracción (Toulouse, Burdeos, Lyon, Nancy, Lille, etc.).

3° La iniciativa determinante de uno o de varios eruditos locales (Toulouse, Auch, Cannes, Versalles, etc.).

En muy numerosos casos el primer origen de los museos provincianos se remonta a la Revolución, cuando se confiscaron gabinetes de curiosidades y obras de arte en los domicilios de los nobles emigrados o en los conventos. Estas colecciones, provisionalmente reunidas en un depósito o en un convento desocupado, para impedir su destrucción, constituyeron con frecuencia el núcleo inicial de los museos de provincia, ya sea por decisión de la municipalidad o del consejo regional, ya sea por una iniciativa personal. En ello el status o la irradiación de las ciudades

[40] Philippe de Chennevières: "Los museos de provincia," *Gazette des beaux-arts*, 1863: 118-131 (citado por Georgel 1994: 15).

[41] Ver bibliografía.

interesadas desempeñó un papel considerable —por la existencia de una vida intelectual o científica intensa en el seno de la ciudad, o por la preocupación (política) de poner a ésta a la vanguardia de la vida regional—.

En el curso del siglo XIX el florecimiento de las sociedades de estudio en el conjunto del territorio desempeñó por cierto un papel esencial en la constitución de colecciones científicas (en un primer tiempo), después en la fundación de uno o de varios museos (en un segundo tiempo). En efecto, como se verá cuando tratemos de los "museos privados", la reunión de colecciones para motivar una reflexión científica en el seno de un grupo o de una sociedad de estudio fue una de las constantes de la vida científica del siglo XIX. Una vez creado el museo, el aumento de sus colecciones dependía de los factores anteriormente mencionados: la orientación de la ciudad hacia el exterior (sobre todo las puertas); su situación en la región correspondiente (atrayendo los esencial de las donaciones); o bien la presencia de personalidades o sociedades de estudio influyentes. En el último cuarto del siglo XIX, la fundación del Museo de Etnografía del Trocadero tuvo grandes consecuencias sobre el aumento de las colecciones de ciertos museos de provincia. Como subraya Dias (1991: 99), en materia de etnografía no importaba mayormente constituir series de objetos idénticos (a la inversa de lo que sucede en historia natural, en la cual las series permiten establecer constantes y variables): como resultado de entregas en custodia efectuadas por diversos museos, o al regreso de misiones fructuosas en lo que se refiere a colecciones (Wiener, Cessac, Pinart, Charnay), el Museo de Etnografía del Trocadero se vio a la cabeza de inmensas colecciones en de las cuales se estimaba posible identificar "duplicados" (objetos idénticos), con los cuales no se sabía qué hacer. Éstos fueron utilizados como moneda de cambio con otros museos franceses o europeos, o redistribuidos en los museos de provincia que deseaban acrecentar sus colecciones: la primera redistribución masiva de piezas, de que tengamos conocimiento se remonta a 1881, año en que, a propuesta del Dr. Hamy, se repartieron 478 piezas llevadas por Cessac (¿de California?) entre quince museos (resolución del 21 de noviembre de 1881). Se enviaron también a provincia, en ese mismo año, antigüedades peruanas donadas por Wiener, Quesnel y otros. Tales redistribuciones se siguieron efectuando hasta los primeros años del siglo XX (sobre todo con los objetos llevados por Créqui-Montfort).[42] Se trataba, esencialmente, de las grandes ciudades de provincia que poseían colecciones o museos ya formados; pero los inventarios de museos realizados por el Centro de Investigaciones en Arqueología Precolombina de la Universidad de París I muestran que las ciudades más modestas poseían a veces colecciones de antigüedades peruanas (Langres, Nérac, Villefranche-de-Rouergue, etc.): su presencia

[42] Sobre estas diferentes transferencias, ver: Archivos Nacionales, París: F 17 3846.

en tales lugares escapa a toda tentativa de generalización y debe atribuirse más bien a iniciativas individuales, que solamente inventarios como ésos pueden poner a luz. Su existencia, por anecdótica que sea, no deja de subrayar la amplitud del movimiento museológico en el siglo XIX.

La presencia de antigüedades precolombinas en numerosos museos de provincia no implica, sin embargo, que se les hubiese prestado una atención —y menos aún un lugar— particular en el seno de la institución. Resulta de hecho que en la mayoría de los casos la presencia de los mismos es la culminación más o menos accidental de largos recorridos, tortuosos, y a menudo difíciles de rastrear de un extremo a otro. Por lo general, náufragos en el seno de museos orientados de muy diferente manera[43] o poseedores de colecciones completamente heterogéneas, eran considerados como simples curiosidades exóticas y relegados a la parte baja de las vitrinas o al rincón más obscuro de los depósitos. Sin embargo, en algunos casos, las colecciones etnográficas encontraban su justificación en el seno de proyectos museográficos coherentes. Fue así como algunas de las antigüedades prehispánicas encontraron su lugar en el Museo Histórico de los Tejidos, en Lyon, y en el Museo de Impresión en Tela, en Mulhouse. Integrados en el discurso histórico y técnico definido por sus sucesivos conservadores, tales objetos (a menudo tejidos, desde luego) eran considerado tanto más interesantes por cuanto sus motivos decorativos era susceptibles de ser tomados en préstamo por industriales locales del ramo textil, para la realización de modelos originales. Estos ejemplos son por cierto excepcionales (y merecían en tal sentido ser destacados). Pero con mayor frecuencia las colecciones amerindias se asociaban a un discurso etnográfico general sobre el Hombre y la Civilización, ya se pusiera de relieve la diversidad —cuando no era, más crudamente, la "extrañeza"— de las culturas desarrolladas por los diferentes pueblos del globo o , al contrario, se replanteara la situación de estas diversas manifestaciones materiales en una trayectoria lineal que va desde el salvajismo hasta la civilización. Es en esta perspectiva que hay que comprender, por ejemplo, las iniciativas desarrolladas en Toulouse. Desde 1857 el Museo de Bellas Artes y Objetos Antiguos contaba con una galería etnográfica, que se consideraba, no obstante, fuera de lugar en un sitio como ése. A instancias de Edouard Filhol, Director de la Escuela de Medicina y de Farmacia de Toulouse, se desocuparon viejos locales de la Escuela para establecer en ellos un Museo de Historia Natural en 1865. Con la ayuda de la Sociedad

[43] Las encuestas llevadas a cabo por los estudiantes del Centro de Investigaciones en Arqueología Precolombina de la Universidad de París I han revelado asociaciones pintorescas, por decir lo menos: ¿Cómo explicar, sino por las singularidades del azar, la presencia de objetos amerindios en el museo llamado "El vino y la viña en el arte", en Pauillac, o en el Museo de los Húsares de Pau? (caso en el cual, no obstante, los objetos fueron transferidos a otro museo, hace unos años).

de Historia Natural de la misma ciudad (fundada al año siguiente), y que contaba con algunos grandes nombres de la paleontología y de la prehistoria francesa (E. Cartailhac, E. Lartet, F. Régnault), las colecciones del museo aumentaron rápidamente, mediante donaciones efectuadas por personalidades regionales (E. Lartet, F. Régnault, N. Joly) o por coleccionistas extranjeros relacionados con ellas (G. Retzius, A. Head, Evans). Por su orientación, el museo exponía la mayor parte de las veces colecciones de los tres reinos de la naturaleza, pero había igualmente salas consagradas a la arqueología prehistórica y a la etnografía (Riviale 1984): en concordancia con lo que pensaba uno de sus principales donadores, Edouard Lartet, el Museo de Historia Natural de Toulouse era el reflejo de una idea por entonces ampliamente compartida, según la cual la etnografía exótica y la prehistoria europea debían complementarse para revelar algunos de los misterios de la evolución de la humanidad, cuya interpretación se dejaba, una vez más, a los naturalistas.

Habida cuenta de este estado de espíritu, conviene recordar en fin que si bien en numerosos casos las colecciones amerindias fueron a dar —rara vez como consecuencia de un designio concertado— a museos de provincia dedicados a las bellas artes, sus objetos no fueron, de ningún modo (al menor a nuestro conocimiento) integrados en un discurso estético, si no es en términos negativos y desvalorizadores.

LOS MUSEOS PRIVADOS

Paralelamente a los museos fundados por las instituciones oficiales a lo largo del siglo XIX, se crearon —o se proyectaron— museos de otro tipo, por la vía de iniciativas particulares. Establecemos aquí una clara distinción entre museos "privados" y colecciones particulares, en la medida en que los primeros estaban abiertos al público, ya se tratase del gran público, o solamente de uno "escogido". En casi todos los casos mencionados aquí, se trata de colecciones reunidas por sociedades de estudio, colecciones cuya naturaleza y organización respondían a otros tantos proyectos científicos diferentes.

La primera es sin duda la Sociedad de Observadores del Hombre, considerada a menudo con el "héroe fundador" de la antropología francesa, que preparó, a comienzos del siglo XIX, un programa de trabajo relativamente completo. Entre sus proyectos se hallaba la creación de un Museo Antropológico, en que se reunirían "todos los productos de la industria de los salvajes, todos los objetos de comparación que pueden servir para dar a conocer las variedades de la especie humana, así como las costumbres y usos de los pueblos antiguos y modernos". Si bien reunir "curiosidades de los salvajes" en un gabinete no era cosa especialmente original a fines del siglo XVIII —se podía encontrar en todas las cortes

europeas gentileshombres que se vanagloriaban de su "curiosidad"—, en cambio se vinculaba la creación de este "museo" con un programa científico completo, ya que los objetos recolectados debían permitir dar respuesta a cierto número de interrogantes sobre el hombre:

> "... será sólo recogiendo una gran serie de hechos, rodeándose de una multitud de objetos de comparación, que la Sociedad podrá aspirar al conocimiento del hombre." (Copans & Jamin 1978: 79)

El museo proyectado por Jauffret debía representar al Ser humano en el conjunto de sus variaciones y de sus manifestaciones, tanto en el plano físico como moral y social. Con el fin de facilitar al visitante y al estudioso la inteligibilidad de tal presentación, Jauffret tenía previsto organizar las colecciones en varias secciones:

Sección I: "del hombre considerado desde el punto de vista del naturalista" (aspecto físico, estado normal, alteraciones, monstruosidades);

Sección II: "del hombre considerado en el ejercicio de su sensibilidad exterior, o sensibilidad de relación" (medios de percepción, artes);

Sección III: "del hombre en el doble ejercicio de su moralidad y de su espíritu" (modos de escritura y de comunicación, usos y tradiciones, religiones, etc.).

Sección IV: "del hombre considerado en el ejercicio de la locomoción" (medios de transporte, pero también armas, utensilios de caza, de pesca);

Sección V : "del hombre considerado en el empleo de sus medios de nutrición, y relativamente a los fondos de subsistencia que ha hallado, creado, conquistado o modificado" (muestras de plantas alimenticias, herramientas de agricultura, maneras de conservación y preparación de los alimentos);

Sección VI: "del hombre observado en sus relaciones con la atmósfera" (tipos de habitación, materiales, mobiliario, vestidos, etc.);

Sección VII: "del hombre considerado en el ejercicio de la reproducción" (marcas distintivas de los sexos y de la pubertad, ritos de unión y de nacimiento, educación).[44]

La amplitud del proyecto museológico de Jauffret se explica tanto por la falta de otros museos de esta clase en Francia (por no decir en Europa) en esta época, como por el contexto intelectual y científico en el cual fue elaborado: después de los primeros trabajos de Blumenbach y de Buffon sobre la diversidad del hombre, se trataba de enfocarla en todos sus aspectos, es decir no solamente físicos sino también culturales. Si el proyecto no culminó (siendo así que por entonces algunos particulares y navegantes

[44] El texto integral de este proyecto museográfico es proporcionado por Jamin & Copans (1978: 189-194).

habían comenzado a reunir objetos de toda clase con tal fin), dejó sin embargo huellas durables en los espíritus, constituyendo un paso previo especialmente ejemplar.

Casi cuarenta años más tarde se fundó la Sociedad Etnológica, a instancias de William Edwards, quien juzgaba indispensable asociar tradiciones históricas, rasgos culturales e "historia natural" del hombre para construir una verdadera ciencia del hombre. Desde luego que la Sociedad Etnológica formuló el proyecto de reunir colecciones susceptibles de documentar a los estudiosos:

> "[La Sociedad] forma colecciones: reúne dibujos, retratos y objetos naturales que pueden permitir conocer los caracteres físicos de las razas; recolecta igualmente objetos de industria y de arte adecuados para dar a conocer el grado de inteligencia y de cultura que distingue a los diversos pueblos."[45]

El proyecto, inscrito en los estatutos de la Sociedad desde 1839, y que no comenzó a ser puesto en práctica sino a partir de 1845 (se procedió, sobre todo, al intercambio de algunos calcos de bustos de indígenas con el Museo de Historia Natural), se quedó no obstante en el estado de simple esbozo, ya que a pesar de su deseo de centralizar las colecciones disponibles en París,[46] la sociedad no llegó aparentemente a movilizar las buenas voluntades, no obstante de que contaba entre sus miembros a un número no desdeñable de exploradores y de miembros correspondientes extranjeros.

Antes de que tome forma, verdaderamente, el campo de estudio propio de la antropología, la frenología ocupó por un tiempo el primer plano de la escena científica. La Sociedad de Frenología de París pretendía construir una historia natural del hombre recurriendo a la psicología, a la filosofía, a la moral, a la fisiología. A fin de constituir un corpus de muestras sobre el cual descansarían los estudios y las experiencias, el Dr. Dumoutier, uno de los principales animadores de la entidad, se dedicó a reunir una considerable colección de cráneos y de cerebros (recogidos en los cementerios y los hospitales, o entre los colegas de la Marina y del extranjero). Colecciones que le permitieron abrir un "Museo Frenológico" en 1836, que estaba abierto al público "todos los días desde mediodía a cuatro horas"[47] y sirvió de base a los cursos teóricos que daba el médico. Este museo no nos interesa, desde luego, sino de modo muy marginal, pero conviene señalar que incluía algunos cráneos antiguos de Chile

[45] *Mémoires de la Société Ethnologique*, 1841, I: IV).

[46] "Por lo demás es seguro que en nuestro Palacio abundan los elementos de una colección etnológica, sólo que se hallan diseminados y, muy a menudo, ignorados. Se necesita, pues, un centro para acoger riquezas que, de otro modo, se quedarían como sepultadas, o incluso no tardarían en perderse" (*Bulletin de la Société Ethnologique*, 1847, tomo II: 41).

[47] Archivos Nacionales, París: AJ15 562 (papeles de Dumoutier).

(recogidos por el mismo Dumoutier) y del Perú. La colección fue comprada por el Museo de Historia Natural de París en 1873.

Así como la Sociedad Etnológica y la Sociedad Frenológica habían considerado necesario constituir colecciones sobre las cuales se debían basar sus estudios, también la Sociedad de Antropología de París reunió poco a poco series de cráneos y objetos procedentes del mundo entero, donados por médicos, oficiales de marina (estimulados en tal sentido por las instrucciones publicadas regularmente por la Sociedad), y también por naturalistas y encargados de misiones científicas oficiales, afiliados a la Sociedad (Ber, Wiener, Vidal-Sénèze). Apoyada por un proyecto movilizador ante un gran público, la Sociedad de Antropología fue una de las raras sociedades de estudio que enfrentó el reto, constituyendo una considerable colección osteológica y etnográfica, pues a instancias de los profesores del Museo de Historia Natural, los animadores de la sociedad no cesaban de repetir cuán imperativo era para ellos disponer de grandes series de cráneos, representativos de todas las razas, para llevar a buen término sus análisis. A fin de responder a las expectativas de sus alumnos de la Escuela de Antropología, abierta hacía poco, y con miras a difundir más ampliamente el contenido de sus trabajos, la Sociedad abrió su "museo" al público en 1877.

La historia de la fundación del museo de la Sociedad de Geografía debe ponerse, seguramente, en relación con los constantes esfuerzos de uno de sus miembros, Edmé Jomard, para constituir un museo geográfico y etnográfico. La ordenanza del 30 de marzo de 1828, instituyendo un "Repositorio de Geografía"en la Biblioteca Real, preveía el depósito de mapas y de planos, así como de objetos etnográficos o científicos fruto de los viajes precedentes. Sólo se respetó la primera parte del plan, por lo cual Jomard relanzó el proyecto en varias oportunidades, pero sin éxito. La Sociedad de Geografía retomó la idea, proponiendo el 5 de agosto de 1836 "formar un museo geográfico anexo a la Sociedad."[48] El proyecto fue definitivamente adoptado en el mes siguiente: el museo así creado debía acoger "los objetos de historia natural, de arte y de antigüedad que sean obsequiados por los miembros de la Sociedad de geografía, por sus miembros correspondientes, por los estudios y viajeros que se hallan en relación con ella". A fin de llenar los anaqueles del museo —aún en estado embrionario— se envió a todos los miembros una carta circular invitando a "los señores viajeros y navegantes [a] colaborar al acrecentamiento del museo geográfico anexo a la Sociedad".[49] Gracias a nuevas donaciones, se pudo inaugurar el museo el 1° de septiembre de 1843. Parecería sin embargo que la buena voluntad de los participantes de la Sociedad perdió pronto

[48] *Bulletin de la Société de Géographie de Paris*, 1836, 2e série, VI: 84-86.

[49] *Bulletin de la Société de Géographie de Paris*, 1837, 2e série, VIII: 346.

aliento:[50] según Fierro (1983: 161), las donaciones cesaron desde 1847, y el Museo dejó de ser mencionado en el reglamento interior a partir de 1853. Una notable excepción a esta situación debía producirse, sin embargo, en 1865, con la considerable donación de antigüedades peruanas hecha a la Sociedad por el contralmirante Didelot.[51] Precisemos que esta donación debe probablemente considerarse más como un gesto de "cortesía" que como expresión de un efectivo interés por la institución, pues en ese mismo año el contralmirante fue nombrado vice-presidente de la Sociedad... Hay que reconocer que la existencia de este museo no tenía ninguna justificación precisa: si Jomard había estado animado durante toda su carrera por su proyecto museográfico, no sucedía lo mismo con la Sociedad de Geografía, que en definitiva no utilizaba en absoluto sus colecciones para eventuales estudios.

De la misma manera, el museo previsto por la Sociedad de Etnografía Americana y Oriental parece más bien un deseo piadoso que un proyecto constructivo. Su creación oficial parece haberse producido algunos meses después de la fundación de sociedad. En 1860 ésta anunciaba que había encontrado un local más espacioso, y aprovechó la ocasión para lanzar un llamado en favor de su museo:

> "Los objetos serán inmediatamente catalogados. [...] Serán puestos bajo la custodia del Conservador de las colecciones de la Sociedad y divididos en varias clases: vestidos, armas y adornos diversos, utensilios y joyas relativos a la vida doméstica; antigüedades y objetos religiosos; medallas y camafeos; muestras de historia natural y sobre todo vinculados directamente con los usos de los diferentes pueblos; productos industriales; etc."[52]

Es la única alusión un tanto explícita de que se dispone sobre este museo, cuyos avatares posteriores se desconocen. En este punto, como en otros muchos aspectos de sus actividades, la Sociedad de Etnografía mantuvo una mezcla de discreción y de confusión en las informaciones. Así, no nos ha sido en absoluto posible determinar claramente si, después de su secesión de la sociedad-madre, el Comité de Arqueología Americana llegó a montar su propio "museo", o si los objetos que recibía en donación fueron en definitiva incluidos en el de la Sociedad de Etnografía. En 1865, Gaston de Tayac anunciaba:

> "El señor de Cessac ha emprendido, con un celo digno de elogios, la tarea de reunir para el comité colecciones de objetos de procedencia

[50] Tanto más que el museo sufrió la competencia del Museo Naval, instalado en el Louvre en 1828, y después del Museo Americano, abierto en 1850.

[51] *Bulletin de la Société de Géographie de Paris*, 1865, 5e série, X: 335-336.

[52] *Comptes rendus des séances de la Société d'Ethnographie Orientale et Américaine*, 1860, I: 158.

> americana, colecciones que, estamos seguros, están destinadas a convertirse más tarde en un museo donde se podrá hallar nociones plenas de interés sobre las artes y la industria de los indios actuales y las antiguas naciones americanas."

Hay que suponer que al margen de algunas piezas nuevas la colección no fue mucho más lejos, y que en adelante no se volvió a hablar de ella. Para su estudio sobre la "cerámica americana" (escrita antes de 1871), Lucien de Rosny había recurrido a las colecciones del Museo Americano, así como a diversas colecciones particulares; en ningún momento se hace referencia a las antigüedades que habría podido observar en los locales de la sociedad... Como hemos señalado anteriormente, la Sociedad Americana de Francia relanzó su proyecto de "museo americano" en Nancy en 1875, para el cual aportó los pocos objetos de que disponía. Ya hemos descrito el fracaso que significó este último proyecto.

Como se podrá constatar después de lo que acabamos de exponer, los proyectos de museos "privados" fueron numerosos a lo largo del siglo XIX, obedeciendo cada uno —en principio— a imperativos científicos bien específicos. Como ha mostrado Dias (1989), las colecciones reunidas así constituían la base sobre la cual debían descansar las reflexiones teóricas de las sociedades de estudio (como de las instituciones oficiales). Por ello mismo, los únicos museos "privados" viables fueron los que descansaban sobre un programa teórico convincente o, por lo menos, coherente (Sociedad de Antropología, Sociedad Frenológica), estando los demás destinados a desaparecer a plazo más o menos corto (Sociedad de Geografía, Sociedad de Etnografía). Estos museos "privados" funcionaban al margen de los museos públicos y podían eventualmente llenar un cierto número de lagunas dejadas por éstos. Así, la existencia del museo de la Sociedad de Antropología se justificaba en la medida en que ésta sostenía un discurso teórico relativamente diferente del discurso del Museo de Historia Natural, y que los análisis realizados en sus colecciones implicaban riesgos teóricos e institucionales considerables. En cuanto a los diversos proyectos etnográficos o americanistas evocados aquí (los que fueron llevados a cabo por las sociedades de geografía y de etnografía, principalmente), se puede constatar hasta qué punto carecen de consistencia y producen más bien la impresión de haber sido una consecuencia de la moda, y, en el mejor de los casos, podrían ilustrar una cierta insatisfacción frente al Museo Naval y el Museo Americano del Louvre. De hecho, la fundación del Museo de Etnografía del Trocadero puso término a la razón de ser de muchos de estos "museos" (de allí su transferencia a las colecciones del Trocadero), en la medida en que muchos abrigaban la esperanza —al menos al comienzo— de encontrar en éste un lugar de acogida adecuado para sus colecciones.

LAS EXPOSICIONES UNIVERSALES

Como ha subrayado Dias (1991: 95), muchos museos fueron creados siguiendo el surco abierto por las exposiciones universales, tanto por la emulación provocada por este tipo de manifestaciones como por el carácter simbólico de tales decisiones (al asociar el suceso excepcional que constituye una exposición universal con decisiones o innovaciones no menos excepcionales). Además, la presentación de colecciones en el marco de una exposición universal se hacía en un contexto muy diferente del de un museo tradicional, ya que una exposición de ese tipo introducía la noción de exhibición temporal, cuyo carácter transitorio no dejaba de atraer un mayor número de personas en un lapso más corto; además una exposición universal era una manifestación que se dirigía por excelencia a un público muy amplio, por lo general poco habituado a frecuentar los museos:[53] este tipo de exposiciones constituía, pues, un test válido para las autoridades, a fin de medir el interés del público frente tal o cual campo nuevo. Entre las exposiciones universales abiertas en París, algunas dieron lugar a la presentación de antigüedades precolombinas, ya sea por iniciativa de los países de origen, ya sea por la de instituciones francesas. Presentaciones que no eran desde luego, cosa del azar. En efecto, estas manifestaciones populares, en el marco de las cuales cada país se esforzaba en ofrecer la mejor imagen posible de sí, constituyen un buen revelador de lo que podían ser las preocupaciones principales del momento. En este sentido, la exposición y la puesta en escena en tal marco de restos de las civilizaciones prehispánicas desaparecidas, indica hasta qué punto la etnografía "exótica" correspondía no solamente al gusto del día, sino que representaba también un elemento simbólico importante del discurso cientista, expansionista —por no decir colonial— de la Europa industrial de la segunda mitad del siglo XIX. En cuanto a las repúblicas latinoamericanas de donde aquéllas provenían, a menudo se hallaron en una posición ambigua ante esta situación, negándose a veces a exponer objetos que les conferían a ojos del gran público una imagen acaso demasiado exótica, o bien cediendo ante una ideología que asociaba arqueología y saber, y como consecuencia progreso...

La Exposición Universal de 1867

Si la Exposición Universal abierta en París en 1855 —la primera de su género en Francia— no parece haber dado lugar a ninguna manifestación

[53] Salvo en los días siguientes a la inauguración de un nuevo museo (lo que explica ciertamente el éxito —tan vivo como de corta duración— del Museo Americano del Louvre). Probablemente era ese mismo público el que se veía también en los salones anuales de pintura, de los que habla Zola, no sin acidez, en su novela *La Obra*.

específica susceptible de interesarnos aquí, la de 1867, en cambio, concedió una parte no desdeñable a las sociedades prehistóricas así como a la culturas no europeas. La mayoría de las repúblicas sudamericanas estuvieron representadas en ella. El pabellón del Perú, con un número poco elevado de expositores, se hizo notar principalmente por la presentación de sus riquezas naturales (guano, nitratos y boratos de soda, metales preciosos) y productos agropecuarios (lanas, algodón, azúcar, quinina). En cambio no había la menor muestra de antigüedades prehispánicas, lo que sí acontecía en el pabellón de Bolivia (Bouvet & Armand 1867: 23). Es probable que el gobierno peruano (por entonces en plena "era del guano") prefiriese presentar el potencial económico y las riquezas del país, más bien que sus aspectos más tradicionales.

Lo "pintoresco" se hallaba sin embargo presente, en ciertos casos, en la citada Exposición Universal, sobre todo con la réplica del "templo de Xochicalco" ("exposición particular. Precio: 25 céntimos") hecha por el fotógrafo y explorador Léon Méhedin:

> "La multitud se ve atraída e impresionada por este templo de forma extraña, con pinturas extravagantes [...]. La pieza que se encuentra encima del mismo ofrece una interesante colección de objetos diversos traídos por el señor Méhedin de sus viajes por los cuatro puntos del globo." (Gautier 1867: 61)

En efecto, después de la intervención en México, el gobierno francés había considerado conveniente organizar una exposición de la Comisión Científica de México. Méhedin propuso un proyecto que pareció demasiado caro, por lo cual el Ministerio de Instrucción Pública realizó una exposición más discreta de lo previsto, en sus locales (Riviale 1999); Méhedin, por su parte, presentó su propia exposición, que en definitiva tenía más la apariencia de una cuestión comercial que de una exposición científica...

Fue sobre todo con el "Museo de la Historia del Trabajo" que la etnografía y la arqueología prehistórica lograron un honroso primer plano. Una resolución fechada el 6 de enero de 1866 instituyó esta exposición particular:

> "Considerando que conviene a la práctica de las artes y al estudio de su historia facilitar la comparación de los productos del trabajo del hombre en las diversas épocas y entre diferentes pueblos, y proporcionar a los productores de toda clase modelos que imitar, y señalar a la atención pública quiénes son las personas que conservan obras notables de los tiempos pasados. [...]
>
> Artículo 1° La Galería de la Historia del Trabajo recibirá los objetos producidos en las diferentes regiones desde los tiempos más antiguos hasta fines del siglo XVIII.

Artículo 2° Los objetos pertenecientes a la industria de cada nación serán colocados en una sección distinta de la galería, y dispuestos de manera que caractericen las épocas principales de la historia de cada pueblo" [54]

Si bien no parecen haber figurado allí antigüedades peruanas (pero sí una presentación de objetos antiguos de Bolivia), hay que subrayar en cambio que esta manifestación simbolizó el ingreso de la etnografía y de la arqueología prehistórica en el ámbito de las exposiciones oficiales. Suceso que por cierto hay que poner en relación con la inauguración, en ese mismo momento, del Museo de Antigüedades Nacionales de Saint-Germain-en-Laye,[55] ilustrándose de esta manera el reconocimiento oficial de ambas disciplinas por las instancias académicas.

La Exposición Universal de 1878

Si en 1867 la etnografía fue admitida en los círculos académicos, la Exposición Universal de 1878 fue ocasión para que la disciplina tomase su verdadero vuelo institucional. En cuanto a la arqueología del Perú, estuvo presente en varios pabellones.

La exposición histórica del arte antiguo, en el Palacio del Trocadero (construido con ocasión de la exposición) reunió 40 000 objetos, "representativos de todas las épocas y de todos los países". El autor del catálogo anotaba que las únicas novedades arqueológicas por buscar estaban en el oriente y en América precolombina, "cuyo arte, hay que confesarlo, es mucho menos interesante que el de Europa y el de la antigüedad clásica" (Liesville 1879: XII), Las colecciones peruanas habían sido cedidas en préstamo por Wiener , d'Aubigny, Adam y Liesville. Otras colecciones precolombinas provenían igualmente de México, de Colombia y de Puerto Rico.

Como en 1867, el Ministerio de Instrucción Pública había preparado su propia exposición. Sin embargo, para 1878 el programa establecido era mucho más vasto, ya que se había previsto abordar, fuera del ámbito circunscrito de la enseñanza, el tema de la investigación científica. Por ello el Barón de Watteville lanzó la idea de aprovechar las considerables collecciones llevadas a Francia con ocasión de las últimas grandes exploraciones científicas; esta exposición tenía, entre otros fines, el de "poner ante los ojos de jueces competentes los resultados tangibles de las misiones científicas, cuyo alcance escapaba al vulgo. [...] algunas personas

[54] *Exposition Universelle de 1867 à Paris, Catalogue général [...] Histoire du travail et monuments historiques*, 1867: 3.

[55] Entre los miembros de la sección de obras "antehistóricas" se nota la presencia de personalidades tales como Edouard Lartet, Alexandre Bertrand y Gabriel de Mortillet —los tres responsables de la constitución del Museo de Saint-Germain-en-Laye—.

quedaban impresionadas por ciertas expediciones de alta fantasía y de fechas ya antiguas, pero cuyo escándalo dura todavía. Era pues indispensable demostrar los servicios que las misiones prestan a las ciencias y a la nación" (Watteville 1886: 81-82). Esta justificación era tanto más necesaria por cuanto unos meses antes se había aprobado la resolución de fundar un "Museo de las Misiones Científicas". Hemos visto anteriormente que Charles Wiener había obtenido la autorización de preparar, en un local del palacio de la Industria (en los Campos Elíseos), una "exposición peruana" a partir de sus propias colecciones. Como resultado de varias solicitudes de participación, la exposición se amplió en un primer momento al conjunto de América, y después al mundo entero. Este "Museo provisional", inaugurado el 23 de enero de 1878, obtuvo tal éxito que fue transferido, después de su clausura en el mes de marzo, al campo mismo de la exposición universal, en el marco de la exposición del Ministerio de Instrucción Pública. La exposición se vio favorecida por una suntuosa puesta en escena cuyos autores fueron el escultor Emile Soldi y el pintor Cetner, en la que no obstante predominaba lo espectacular en detrimento de todo ordenamiento científico y pedagógico:

> "Una réplica parcial por el señor Soldi, a escala de 1 en 10, de una de las puertas de la ciudadela de Angkor-Tom, un jinete uzbeko de Khokhand ricamente equipado de la colección Ujfalvy decoraban la entrada de la primera sala; venían enseguida dos enormes pirámides de ceramios peruanos, una procedente en su integridad de la misión Wiener, y la otra proporcionada por los señores Cessac, el almirante Serres y el doctor Savatier; más lejos se podía ver la fuente de Concacha, calcada esta vez en cemento, y exhibiendo su circulación hidráulica. La perspectiva de Huánuco Viejo había sido reproducida en la muralla del fondo; los demás muros estaban cubiertos de panoplias y de mapas de itinerarios, o adornados con armarios que mostraban selecciones de objetos procedentes de las misiones de André, Cessac, Crevaux, Harmand, Marche, Pinart, Raffray, Rivière, Sainte-Marie, Ujfalvy, Wiener, etc." (Hamy 1890: 61)

Esta celebración de la ciencia en marcha era continuada por la "exposición de las ciencias antropológicas", organizada a instancias de la Sociedad de Antropología de París (en un edificio de 90 metros de largo construido para este propósito en el "quai" de Billy). Tenía como fin presentar al público la ciencia antropológica en sus diferentes aspectos ("Antropología General y Biológica", "Etnología", "Etnografía", "Lingüística"). El Perú antiguo se hallaba aquí ampliamente representado, gracias a los préstamos efectuados por naturalistas de regreso de sus respectivas misiones (Ber, Wiener), por particulares (el abad Bourgeois), así como por varios museos franceses y extranjeros (Escuela de

Antropología de París, Museo de Caen, Museo Prehistórico y Etnográfico de Burdeos, Museo de Troyes, Museo Arqueológico Nacional de Madrid).

El pabellón de la república del Perú (situado, con los de otras naciones latinoamericanas, en la parte derecha del Palacio de Exposiciones) no escapó tampoco a esa moda arqueológico-pintoresca:

> "Estas fachadas fueron construidas por Vodoyer en un estilo que se podría llamar etnológico o arqueológico, [...]. Entre los pórticos y los pilares de ángulos los espacios estaban construidos en aparejos ciclópeos, [...]. En estos espacios se había reservado nichos semejantes a los que se puede observar en el antiguo palacio del Cusco, conocido con el nombre de Cocampata, y que estaban coronados por el dios sol de la puerta de Tiahuanaco." (Martinet 1880: 54).

Esta decoración "típica" no fue aparentemente del gusto de algunos miembros de la comunidad peruana, que se consideraron ridiculizados por esa imagen algo excesivamente exótica y pasadista de su país, en tanto que ellos tenían los ojos puestos en Europa y en sus industrias:

> "En principio debía colocarse en esos nichos dos guerreros antiguos, con vestidos auténticos, de los que usaban antes de la conquista. Pero quince días después de la apertura de la Exposición Universal fueron quitados y llevados a la sala francesa de las misiones científicas, pues, a lo que parece, habían escandalizado a varios miembros de la colonia peruana de París, temerosos de que, al ver a esos antiguos guerreros, los asistentes creyeran que el Perú se hallaba habitado aún por indios tan pintorescos." (*Ibid.*)

Es obligado constatar, sin embargo, que a pesar de estas reservas (en suma legítimas) en cuanto a la imagen que se daba del país, algunos expositores, como Colville y Montes, no enviaron sino antigüedades y otras "curiosidades indígenas";[56] anotemos sin embargo que en uno y otro caso su participación era completamente interesada. El primero porque luego de exponer sus antigüedades[57] bajo el rubro de "Mobiliario y accesorios" (grupo III), confió el conjunto de su colección, una vez acabada la fiesta, a un cierto Givierge, para que negociara su venta (Wiener 1880: 54); y en cuanto a Emilio Montes, célebre coleccionista peruano, su colección (42 cajas) llegó demasiado tarde a París y fue devuelta por la comisión de la Exposición "incluso sin que hubieran sido abiertas" (Wiener 1880: 277). Wiener nos señala que Montes deseaba vender las 2 500 piezas que constituían su colección por la suma de 1 250 000 francos, "lo cual fue rechazado" (*Ibid.*). Es interesante notar que tanto uno como otro

[56] Tales son los propios términos empleados por Martinet en su informe.

[57] Es posible que Colville hubiese realizado una primera tentativa, enviando su colección a la Exposición Universal de Filadelfia en 1876 (Wiener 1880: 54).

coleccionista habían estado en contacto con Charles Wiener, con ocasión de su misión en el Perú, y probablemente habían encontrado o escuchado hablar de otros "arqueólogos" (Squier, Hutchinson, Ber, Cessac, etc.), cuyas colecciones habían apasionado a los estudiosos norteamericanos y europeos, y, por lo tanto, habían podido apreciar la importancia que se asignaba a esas antigüedades, y por ello mismo, el elevado precio que se podía obtener por ellas. La importancia de las exposiciones para la adquisicón de colecciones se ve por lo demás subrayada en una carta de Landrin (futuro conservador en el Museo del Trocadero) al Ministro de Instrucción Pública:

> "La Exposición atraerá a París riquezas etnográficas inestimables que hay que retener, [...]. Ya la South Kensington ha designado, según parece, a una persona para señalar las colecciones interesantes durante la tarea de desembalar las cajas y para preparar de inmediato su adquisición; los museos etnográficos extranjeros harán lo mismo; ¿no debemos prepararnos para luchar contra esta competencia?" (citado por Dias 1991: 167).

Podría verse la profusión de antigüedades en 1878 como el canto del cisne de la arqueología peruana, al menos en este tipo de manifestaciones, ya que no se encontrará ninguna mención de presentaciones de objetos peruanos semejantes en las exposiciones universales siguientes. La Exposición Universal de 1889 dio lugar a diversas manifestaciones que celebraron los países de "ultramar", pero en medio de las cuales se veían asomar ya los futuros imperios coloniales. No faltaron las ocasiones para presentar las curiosidades históricas y etnográficas (la exposición "Historia de la Habitación", realizada por Charles Garnier; la "exposición retrospectiva del trabajo y de las ciencias antropológicas"), no obstante lo cual el Perú prehispánico no estuvo representado en ellas. En cuanto al pabellón oficial del Perú, frente al impresionante pabellón mexicano (que evocaba un templo azteca hollywoodense, antes de que apareciera esta palabra), debía parecer bien modesto, ya que arrastrando todavía las consecuencias de la Guerra del Pacífico, el gobierno peruano no disponía por cierto de los recursos necesarios para construir un edificio prestigioso; por ello encontró hospitalidad en el pabellón del Uruguay, para presentar sólo algunos productos de su agricultura y de sus minas (Monod 1890: 42). Con ocasión de la Exposición Universal de 1900, el Ministerio de Instrucción Pública pudo, como en 1878, presentar los diferentes aspectos de sus actividades. El Servicio de Misiones Científicas y Literarias, por su parte, estuvo representado a través de las grandes exploraciones del momento: Charnay, Diguet (México); La Vaulx (Patagonia); Filoz, Fournereau (Camboya); Morgan (Persia); Sarzec y Heuzey (Caldea), etc. No se mencionaba evidentemente el Perú, ya que ninguna misión había

partido hacia este país desde hacía varios años.[58] En cuanto al pabellón de la República del Perú, de dimensiones bastante reducidas (30 por 10 metros), no contenía nada verdaderamente notable

El frenesí arqueológico que tocó al Perú en la Exposición Universal de 1878 fue en definitiva de muy corta duración, y parece haber sido esencialmente un asunto de circunstancias: las pocas grandes misiones arqueológicas (Ber, Wiener, Cessac) que habían acelerado la decisión de fundar el Museo de Etnografía alcanzaron un eco mediático tan prodigioso que casi no se trató de otra cosa durante unos meses. Una vez acabada la euforia de la fiesta, las cosas retomaron un curso mucho más discreto, y si bien prosiguieron las investigaciones, no hubo ninguna gran misión arqueológica que volviera a publicitar la imagen del Perú. El gobierno de Lima, por lo general poco inclinado a proteger y celebrar su patrimonio cuando ello amenazaba originar grandes gastos, no hizo por su parte ningún esfuerzo en tal sentido con ocasión de estas exposiciones universales del siglo XIX, en lo cual se diferencia claramente, por ejemplo, del gobierno mexicano, cuya actitud fue casi constatamente favorable a la celebración de su prestigioso pasado.[59]

LAS COLECCIONES PARTICULARES

EL COLECCIONISMO AMERICANISTA ANTES DEL SIGLO XIX

Desde el descubrimiento del Nuevo Mundo los aficionados y los coleccionistas se interesaron (a títulos diferentes, y en mayor o menor grado, según los individuos) en las "curiosidades de los salvajes" llevadas por navegantes, misioneros y funcionarios coloniales. En el mismo momento, con el redescubrimiento de la Antigüedad clásica, los monumentos antiguos, puestos en correlación con los textos, asumieron una nueva dimensión, pasando del estado de resto inerte de un pasado fenecido al de objeto de estudio (Pomian 1987: 48). Sin por ello alcanzar el status reservado a las antigüedades, los objetos "exóticos" llevados por los viajeros fueron a alimentar los gabinetes de estudio formados casi por doquier en Europa. En la incapacidad de aprehender su significado, los estudiosos no consideraron por largo tiempo esos objetos sino como simples "curiosidades" —testigos enigmáticos de mundos paralelos, situados en las fronteras de lo "invisible" (*Ibid.*: 49)—. Por tal causa, y durante más de dos siglos, los objetos etnográficos fueron relegados junto a los minerales,

[58] Sólo se encargo a Théodore Ber, en 1890, una misión que por lo demás parece no haberse llevado a cabo; hubo que esperar la misión de Berthon (1907) para que se volviera a hablar del Perú.

[59] Cualesquiera que sea los partidos o las personalidades en el poder, según parece, pero siempre con fines políticos...

los animales disecados, los seres monstruosos y las esculturas antiguas, en los gabinetes de estudiosos y curiosos, para constituir a fin de cuentas un "universo en reducción", en el que se encontraban reunidas todas las cosas raras en una sola habitación.[60] A partir del siglo XVIII, la historia natural iba a adelantarse a lo "maravilloso": los trabajos de Buffon, de Linneo, y otros naturalistas acarrearon una nueva aproximación al mundo, proponiendo una clasificación y una identificación sistemáticas de los seres y de las cosas, de acuerdo con criterios estrictos. Un trabajo que no podía efectuarse sino a partir de la observación de muestras de cada especie y de su comparación: el gabinete de historia natural habría de convertirse, pues, y desde entonces, en el lugar privilegiado del estudio y de la instrucción, en laboratorio a partir del cual debía organizarse la investigación:

> "El naturalista no puede, pues, ver en los gabinetes de historia natural sino un esbozo de la naturaleza; pero basta para darle las perspectivas, e indicarle temas para sus investigaciones."[61]

Paralelamente a esta evolución del pensamiento científico, se debía asistir, a mediados del siglo XVIII, a un inversión de las tendencias en la composición de los gabinetes de curiosidades. Desde el Renacimiento, el número de colecciones particulares se había acrecentado progresivamente, alcanzando círculos sociales cada vez más amplios, movimiento que se fue intensificando a lo largo del siglo XVIII.[62] Sin embargo los objetos que atraían la atención de los coleccionistas eran esencialmente los cuadros, las medallas y los objetos antiguos (las colecciones de objetos de historia natural eran más bien asunto de naturalistas o de eruditos); y no fue sino en la segunda mitad del siglo XVIII que la historia natural comenzó a desplazar a las medallas y los objetos antiguos (Pomian 1987: 154). De hecho, los catálogos de venta de gabinetes de curiosidades dan fe de la parte que se daba a los minerales, la conchas y los animales disecados o conservados en alcohol, en el seno de las colecciones particulares durante esa misma centuria. La amplitud del fenómeno parece más sorprendente todavía cuando se repara en la identidad de algunos de tales coleccionistas:

> "... la señorita Clairon, de la Comedia Francesa; [...], el señor Le Conte, bodeguero en Caen..." (Lamy 1930: 21-22)

No se negará por cierto el derecho de estas personas a interesarse en la historia natural, pero se puede sospechar que en muchos casos se trataba

[60] El gran coleccionista del siglo XVIII Pierre Borel había hecho grabar encima de la puerta de su gabinete una inscripción dirigida a los visitantes: "Mi museo es un microcosmos o un resumen de todas las cosas raras" (citado por Pomian, 1987: 61).

[61] *Encyclopédie*... 1751, VIII, artículo "*Histoire naturelle*": 229.

[62] Pomian (1987: 146) enumera 149 gabinetes en París para el período 1700-1720, y 467 para 1750-1790.

de un simple afán de imitación, o de una aspiración a introducirse en los círculos del Saber, afirmando una posición de *connaisseur*[63] [conocedor], y de una marcada voluntad de participar en una tendencia favorable a las nuevas ideas, en particular a la historia natural, sin apreciarse verdaderamente el interés de objetos como éstos. Fue contra ese estado de espíritu que se propuso reaccionar un autor de la Enciclopedia cuando declaraba:

> "Yo diría de buen grado a estos Naturalistas que no tienen gusto ni genio: Devuelvan todas sus conchas al mar; devuelvan a la tierra sus plantas y su abono, [...] si ustedes no pueden hacer otra cosa que un caos allí donde yo no percibo nada de distinto."[64]

A la inversa Dezallier d'Argenville, menos susceptible a este respecto, subrayaba la importancia que revestía cuidar de la presentación estética de su gabinete:

> "No se repetirá de ningún modo aquí que debe observarse la misma simetría en lo que concierne a la decoración de la parte superior de los armarios, donde se colocarán esqueletos de pájaros y de animales de diferentes especies, alternándose con bustos y porcelanas" (Dezallier d'Argenville 1742: 196)

De la misma manera que habían hecho su ingreso conchas y pieles de serpientes en las moradas de los particulares, las "armas y vestidos de los salvajes" ocuparon un lugar de privilegio en los salones de los curiosos del siglo XVIII. Si este tipo de objetos podía ejercer una atracción particular (porque provenían de otros seres humanos), los motivos que impulsaron a poseerlos se ajustaban a los mismos principios que en la historia natural, a lo cual se añadía sin duda el favorable concepto que se tenía de los viajes y de las grandes expediciones de descubrimiento. No relataremos aquí la historia del coleccionismo etnográfico,[65] tema que excede ampliamente el marco de nuestro estudio, para interesarnos sólo y más específicamente en el lugar que se concedía a las antigüedades peruanas en las colecciones particulares.

En lo que concierne a los períodos antiguos (desde la conquista del Perú hasta comienzos del siglo XIX), parece asaz difícil identificar objetos específicamente peruanos entre los "exóticos" que podía haber en los primeros gabinetes de curiosidades, ya que las raras fuentes disponibles son poco explícitas en sus descripciones; más aún, debe tomarse con cautela

[63] Si bien el término no parece haber sido utilizado jamás en el ámbito de las ciencias, como anota Pomian (1987: 162).

[64] *Encyclopédie*... 1751, II, artículo "Gabinete de historia natural": 489.

[65] Para ello remitimos al lector a las numerosas obras que se han publicado al respecto (Hamy 1890; Feest 1985; Schnapper 1988; Riviale 1993a).

la palabra "Perú," en la medida en que podía utilizarse a propósito para referirse a regiones tan inciertas como maravillosas. Es probablemente en este sentido que hay que interpretar los pocos versos escritos por André de Rivaudeau para describir el gabinete de Michel Tiraqueau:

> "Yo diría huevos de avestruz, y los vestidos salvajes compuestos extremadamente [sic] de pequeños cartílagos, raíces de corteza, y sus velludos sombreros, sus tierras gredosas, sus tapices y sus bellos penachos, que tú has dispuesto en esta cámara ornamentada, donde tienes al Perú y a Guinea."[66]

Sin rechazar totalmente la posibilidad de la presencia de objetos peruanos en Francia en los siglos XVI y XVII, se puede pensar que el firme dominio impuesto por los españoles en sus colonias americanas apenas si permitía la existencia de contacto entre Francia y el Perú en el curso de este período; Feest (Impey & Mac Gregor 1985: 243) subraya por lo demás la notable ausencia de objetos andinos en el conjunto del territorio europeo en esta misma fase (en tanto que, como es sabido, muchos objetos aztecas fueron enviados a los Países Bajos poco después de la toma de México). En definitiva, los primeros objetos claramente identificados como "peruanos" aparecen en Francia en el siglo XVIII: si bien el Perú seguía bajo la dominación española, la brecha audaz que abrieron los negociantes de Saint-Malo en el monopolio ibérico (a partir de 1698), y después las pocas expediciones científicas efectuadas bajo control español (La Condamine, Dombey), permitieron el ingreso al Perú de numerosos franceses.[67] La primera mención que se tenga de antigüedades peruanas proviene de Amedée-François Frézier, quien en su relato de viaje al Perú se refiere al gabinete de La Fallaise Chappedelaine,[68] de Saint-Malo, "quien ha reunido lo que pudo encontrar de vasos de cerámica y de plata, cuadros de indios, y otras curiosidades del país en el cual ha estado" (Frézier 1716: 250); se trataba de uno de los primeros armadores nativos de Saint-Malo que organizaron un tráfico lucrativo con el Perú en los primeros años de la centuria. El mismo Frézier habría cedido ante la tentación de llevar consigo algunas de esas "curiosidades"; tenemos como prueba de ello el ceramio peruano citado por el Marqués de Robien en el catálogo manuscrito de su

[66] Citado por Fillon 1848: 15-16.

[67] Para no hablar de los viajeros aislados y de los franceses que residían en el Perú (por ejemplo el médico J. B. Leblond), a menudo difíciles de identificar, pero cuya presencia se halla probada desde esa época por ciertos documentos.

[68] Uno de los vasos peruanos mencionados había ido a dar, durante el siglo XVIII, al gabinete de Fayolle, en Versalles, y debería —teóricamente— encontrarse en nuestros días en el Museo del Hombre: desgraciadamente no nos ha sido posible hasta hoy localizarlo en los depósitos del departamento "Amérique".

gabinete: Robien hablaba explícitamente de una "especie de botella doble procedente del Perú y traída por Frézier..."[69]

Posteriormente, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, las antigüedades peruanas tendieron a hacer apariciones más regulares (si bien todavía muy furtivas) en los catálogos de venta de gabinetes de curiosidades: el gabinete de Pedro Dávila, dispersado en 1767; el de Picard, vendido en 1780 (Glomy 1779); la inmensa colección de Fayolle (vendida al Marqués de Sérent en 1785)[70]; el gabinete de Nanteuil, vendido en 1792 (Gaillard & Paillet 1792). Si bien a menudo se ignora cuál fue la vía por la cual la mayoría de estas personas entraron en posesión de tales objetos, lo cierto, en cambio, es que la misión del naturalista Joseph Dombey al Perú (1779-1785) fue, para algunas personalidades influyentes de la corte (d'Angiviller, Noailles, Bertin) ocasión para integrar a sus gabinetes algunas curiosidades peruanas. Parecería que hubiera sucedido lo mismo en lo que se refiere a ciertas antigüedades enviadas unos decenios antes por Joseph de Jussieu, que habrían ido a dar a la colección de Pedro Dávila.[71]

Contrariamente a la fase anterior (siglos XVI y XVII) estas antigüedades peruanas (como otros objetos —"etnográficos" esta vez— del Nuevo Mundo: Canadá, Luisiana, Antillas) ya no se hallaban junto a las colecciones de historia natural, pues numerosos gabinetes acumulaban curiosidades (historia natural, etnografía, instrumentos de física) y objetos de arte (pinturas, estampas, esculturas, objetos antiguos); signo de una cierta integración del objeto "exótico" en el gusto de la mayoría de los "aficionados" —integración facilitada, no lo dudemos, por la moda "americana" que se observa en la literatura de mediados del siglo XVIII, así como por la progresiva influencia del espíritu de las Luces—. Fenómeno que, si embargo, habría de alcanzar toda su amplitud en el siglo XIX.

LAS COLECCIONES EN EL SIGLO XIX Y COMIENZOS DEL XX

Obtener antigüedades del Perú en el siglo XVIII seguía siendo un acontecimiento excepcional, y no fue sino con la independencia de las repúblicas andinas y la apertura de las fronteras que la circulación de los objetos se tornó más fácil. La situación del Perú no se había estabilizada aún pero ya vinieron a establecerse los primeros negociantes y representantes de las casas comerciales francesas, justificando la

[69] Agradecemos vivamente a Jean Aubert, Conservador en Jefe del Museo de Bellas Artes de Nantes, quien nos ha proporcionado esta información, así como el extracto del catálogo que se relaciona con dicha pieza (que existe todavía y se conserva en el museo de Rennes).

[70] Ver el "Inventario sumario de un gabinete de historia natural..." (1792). Archivos departamentales de las Yvelines: 1LT 675.

[71] Ver Dávila & Romé de L'Isle 1767, III: 15; Riviale 1993a: 43.

instauración de relaciones diplomáticas entre ambos países, y después la organización de una fuerza naval que garantizara los intereses franceses (Estación Naval del Pacífico). Si bien la inmigración francesa al Perú fue relativamente poco numerosa, aseguraba no obstante un flujo permanente entre ambas naciones. El desarrollo de los medios de transporte iba a atraer además a numerosos amantes de lo exótico y de las aventuras a estas regiones, en las que no podían dejar de procurarse "souvenirs" y, en este caso, antigüedades de la época de los incas. En fin y sobre todo, el envío por instituciones interesadas (Ministerio de Instrucción Pública, Museo de Historia Natural, Instituto, etc.) de viajeros científicos iba, por intermedio de sus trabajos, a familiarizar al gran público con las sociedades indígenas de América. Fue por el conjunto de estas vías que se hizo posible el ingreso masivo de objetos peruanos en Francia, fenómeno de cuya amplitud nos da una idea el importante número de coleccionistas reconocidos y de individuos anónimos[72] que tuvieron en sus manos tales objetos. Es sin embargo difícil, en la mayoría de casos, determinar los cabos de este movimiento coleccionista, pues, con gran frecuencia, desde su ingreso a Francia, esos objetos se dispersaban, por causa de donaciones, cambios, herencias y ventas. Es por ello generalmente imposible remontarse a la fuente y conocer su origen; y, en el otro extremo de la cadena, identificar cuál fue su destino final. Lo más que podemos hacer es captar una imagen instantánea de las piezas, un testimonio fugaz de su presencia en manos de tal o cual coleccionista, antes de que fueran a dar, unos años más tarde, a poder de otro individuo.

¿Por qué se coleccionaban antigüedades peruanas en el siglo XIX? Conviene en primer lugar constatar que por entonces existía una verdadera demanda de este tipo de objetos. Hay dos explicaciones posibles al respecto: por una parte la fama muy particular del Perú, y, por otra, el desafío científico que ellos implicaban. Las fascinación ejercida por esta "tierra dorada", cual era proverbialmente el Perú, cuna de una civilización que se estimaba en general como "altamente avanzada", tuvo que ver seguramente con el interés que los coleccionistas (ya se tratase de simples aficionados a las curiosidades, o de personas con afanes de conocimiento etnológico) experimentaban por esas antigüedades. La primera motivación no estaba, por lo demás, necesariamente separada de la segunda: la actividad científica que rodeaba a este tipo de objetos. A todo lo largo del siglo XIX lo esencial de la reflexión científica americanista descansó sea sobre un saber libresco (crónicas, relatos de viaje, etc.), sea en la observación y la comparación de los objetos (ya se tratase de cráneos, para la antropología, o de artefactos, para la etnografía), aislados de toda noción

[72] Deseamos referirnos a todas las personas que remitieron antigüedades peruanas a diversos museos, y cuyos nombres conocemos (ver anexo), pero cuyas motivaciones, y la forma en que consiguieron esos objetos, ignoramos.

de contexto. Así como hasta fines del Antiguo Régimen el gabinete de curiosidades había sido el sitio privilegiado de toda reflexión científica, el museo representó en el siglo XIX el laboratorio de investigación por excelencia: las colecciones etnográficas constituían por entonces el material de base que habría de permitir "reconstituir las sociedades desaparecidas, su grado de inteligencia, sus creencias, su tipo de vida..."[73] Los restos del antiguo Perú no constituyeron, por cierto, excepción a este regla, y se vio en ellos un valor científico considerable.

Se ve dibujarse así la ambivalencia que rodeaba a este tipo de restos: la antigüedad considerada como materia de colección, o como tema de estudio. Ambos tipos de motivaciones para poseer tales objetos no eran evidentemente exclusivos, pues hemos visto que en múltiples oportunidades las instituciones científicas apelaron a los particulares para impulsar el avance de las investigaciones, ya sea motivando las iniciativas personales (por medio de las "instrucciones generales", por ejemplo), ya sea recurriendo a las colecciones individuales para realizar un estudio específico,[74] o para constituir un museo. Los particulares tenían sin duda la impresión de que participaban en el esfuerzo científico reuniendo objetos precolombinos, al mismo tiempo que satisfacían su gusto por la curiosidad, la rareza, incluso quizás —para algunos— la estética de tales restos. Las motivaciones que guiaban la reunión de colecciones de antigüedades podían ser muy diversas y responder a preocupaciones e intereses que variaban considerablemente de un individuo a otro; la noción misma de "colección" se puede prestar a confusión, pues cuando se reunían piezas ¿se actuaba con la firme intención de conservarlas, o por interés o por cálculo, para luego deshacerse de ellas en la mejor oportunidad? En la primera categoría, en la cual se podría reconocer a los verdaderos coleccionistas, las motivaciones y actitudes divergían también sensiblemente, en función de su manera de aprehender los objetos, pues algunos se procuraban series de ellos con la intención de hallar respuesta a preguntas científicas específicas, pudiéndose decir por ello que obraban como "profesionales" de la investigación, y eran los conservadores de museos (Denon, Jomard), naturalistas (Quatrefages, Tremeau de Rochebrune, Capitan), etnólogos o arqueólogos particularmente interesados en el Nuevo Mundo (Waldeck, Chaplain-Duparc, Pinart). Otros procedían más bien como aficionados o "curiosos", cuyos intereses se orientaban hacia las artes en general (Arosa, Liesville, Comet, Demmin), o hacia la historia o la arqueología local (Fillon, La Saussaye, Sauvageot).

[73] P. Topinard: "L'Anthropologie aux États-Unis", *L'Anthropologie*, 1893: 325 (citado por Dias 1991: 99).

[74] Fue así cómo Lucien de Rosny fue a estudiar los objetos en poder de numerosos coleccionistas parisienses para redactar su "*Introduction à l'histoire de la céramique chez les indiens du Nouveau-monde*" (Rosny 1875).

Algunos, en fin, actuaban de acuerdo con motivaciones bastante vagas: por imitación, cediendo a una pasión tan superficial como pasajera, o bien por el gusto de la extravagancia. Tenemos como prueba al respecto el encuentro bastante divertido que tuvo en Lima, en 1883, el viajero Ernest Michel:

> "El señor Trémouille, fotógrafo, me invita a visitar su colección de rarezas indígenas. Veo una hermosas variedad de muestras de minerales, varios ejemplos de vasos y piezas de vajilla indias, algunas con temas tan lúbricos como los de Pompeya. Lo más curioso de la colección son huesos de presidentes o de pretendientes a la presidencia de la república, que fueron quemados o asesinados, cuerdas de presidentes ahorcados,[75] etc." (Michel 1887-1888: 373).

En la segunda categoría, que nosotros calificaríamos más bien de "proveedores" y no de coleccionistas propiamente dichos, el móvil parece haber sido el deseo de complacer o de servir a un pariente, a un conocido, o a veces el interés. Hemos subrayado, algo más arriba, el valor científico que se atribuía a estos objetos; en ciertas circunstancias la publicidad que se hacía en torno a ellos determinó que buen número de individuos tomara nota de su valor potencial, no tanto en términos monetarios, sino como medio de cambio. Cuando en 1876 Charles Wiener, encargado de un misión científica oficial, vino a solicitar la colaboración de los franceses que residían en el Perú, en nombre del gobierno francés, buen número de ellos lo hicieron de inmediato. Si algunos (como Quesnel) se sentían halagados al ceder sus colecciones en pro de una "causa científica nacional", se puede sospechar que otros lo hicieron con una intención interesada (como Dibos y Drouillon, cuyas actividades casi oficiales hacía que "gestos positivos" como éstos fueran esenciales para su publicidad o su promoción). En este último caso, ¿se puede hablar verdaderamente de coleccionistas o más bien de oportunistas? El límite entre ambos casos es a veces bastante tenue, y la distinción difícil de efectuar por falta de informaciones suficientes.

Cualesquiera que hayan sido las motivaciones de cada uno, se puede constatar la existencia de una cierta demanda de antigüedades precolombinas de parte del público francés. Si para algunos resultaba fácil conseguir tales objetos (personas que tenían contactos con negociantes establecidos en el Perú, o con oficiales de la Marina), para muchos otros la única posibilidad era recurrir a redes de coleccionistas o a anticuarios, gracias a los cuales los objetos circulaban —señal del nacimiento de un mercado del objeto exótico—.

[75] Quizás se alude aquí a los hermanos Gutiérrez, linchados por la población después de secuestrar y asesinar al presidente Balta en 1872.

EL MERCADO DE ANTIGÜEDADES Y DE LAS CURIOSIDADES

Históricamente los comienzos de la comercialización, y después de la cotización de los restos precolombinos, se vinculan con el mercado de las curiosidades, mucho más que con el del arte, o incluso de la arqueología clásica.[76] Según Bonnaffé (1895) los comerciantes de curiosidades —como profesión en sí misma— habrían aparecido a fines del siglo XVII, por lo general bajo el nombre de *brocanteurs* (los ámbitos más clásicos del arte estaban reservados a los pintores, escultores, orfebres, etc.). Hasta comienzos del siglo XVIII los Países Bajos conservaron el cuasi-monopolio del comercio de las curiosidades (los catálogos salían de las imprentas de Amsterdam, La Haya, Harlem, Utrecht). No fue sino a partir de 1750 que París se convirtió en una de las principales plazas europeas para las ventas públicas, compartiendo lo esencial del mercado con Holanda (*Ibid.*: 67). Sin embargo hemos visto que si los objetos etnográficos de ambas Américas aparecían con bastante frecuencia en los catálogos de venta de la segunda mitad del siglo XVIII, las antigüedades prehispánicas eran todavía demasiado raras como para suscitar la formación de un verdadero mercado. No es sino a comienzos del siglo XIX que el número de objetos puestos en circulación fue lo suficientemente importante como para autorizar el desarrollo de un mercado del objeto precolombino: la presencia de grandes colecciones mexicanas en la plaza de París se halla atestiguada desde los años 1830.[77] Si muchas de esas grandes colecciones fueron compradas por el estado para los museos nacionales,[78] no es menos cierto que poco a poco se formó un público para esta clase de objetos entre los particulares y que, en consecuencia, los comerciantes de curiosidades se adaptaron a esta nueva "tronera".

Uno de los primeros testimonios que se tenga de esta adaptación se encuentra en Aviñón, donde un señor de apellido Brunswicks, calificado como "comerciante de curiosidades", vendió en 1863 catorce vasos y estatuillas de terracota al Museo Calvet (Merle 1990). En la plaza de París el número de comerciantes era, desde luego, claramente mayor: en 1875, se registraban 223 comerciantes de curiosidades (Didot-Bottin 1875). Señal de los tiempos, el comercio de objetos exóticos no era más un monopolio de ellos, ya que un tal Alix, autocalificado como "anticuario" (*Ibid.*), poseía una amplia selección de antigüedades precolombinas, que Rosny fue a ver

[76] Una distinción que resulta, por lo demás, y generalmente, obligada entre los anticuarios y los peritos tasadores franceses...

[77] En 1831 Edmé Jomard hablaba de "colecciones mexicanas y de América Central presentes en la capital" (Archivos Nacionales, París: F 17 3846-1): Latour-Allard y Franck, de regreso de México después de algunos años, habían establecido ya contactos en los círculos de conservadores y anticuarios para vender sus colecciones (Guimaraes 1994: 45-46 y 59).

[78] Compra de las colecciones mexicanas de Franck (en 1832), de Seguin (en 1833) y de Latour-Allard (en 1850), y colecciones peruanas de Lemoyne (1854).

y a dibujar para su estudio sobre la cerámica americana (Rosny 1875: 177). Ciertos conservadores y simpatizantes se aprovisionaban, por otra parte, en estas tiendas para aumentar las colecciones de los museos públicos. Las cartas que acompañan las sucesivas donaciones efectuadas a fines del siglo en favor del Museo de Etnografía del Trocadero, por este joven profesor que pretendía ser un americanista erudito, nos ilustran sobre el modo de adquisición de algunas de estas antigüedades:

> "El lindo y pequeño vaso con [sigue el dibujo de un motivo que adornaba el ceramio] y sus camarades vienen, según se me ha dicho, de Chancay, cerca de Lima [...]. Un francés residente en Lima ha realizado excavaciones y finalmente quien halló estos vasos y otros objetos muy curiosos que he visto se arruinó [...]. Creo que se puede designar Chancay con seguridad, pero volveré a la tienda de la calle Bonaparte y a la de uno de sus colegas de la calle de Grenelle, que a la verdad honran más a la corporación que los de la calle de las Pirámides."[79]
>
> Y:
>
> "Señor,
>
> Le envío un feo y pequeño monstruo muy curioso[80] para el museo americano del cual es usted excelente conservador. [...]. Proviene de los hijos de un cónsul que también estuvo en China y en Asia Menor.[81] Son sus herederos los que han vendido los bibelots. La vendedora los halló en el conjunto que compró en la calle de Saint-Placide."[82]

Si este tipo de objeto comenzaba a tornarse corriente entre los vendedores de fines del siglo XIX, el más grande especialista de la época en este campo fue sin la menor duda Eugène Boban, cuyos conocimiento en materia de arqueología mexicana no eran negados por nadie; fue uno de los raros anticuarios que abrigaba el preconcebido designio de consagrarse únicamente al campo de la etnografía y de la arqueología prehistórica europea. Su correspondencia indica que estaba en contacto con las mas famosas personalidades del mundo científico de su época. La existencia de tales establecimientos nos da una idea de la importancia que tomó este tipo de comercio durante el siglo, y nos indica, en consecuencia, que el objeto precolombino había adquirido desde entonces un valor comercial notable. No es por azar si varios coleccionistas europeos y peruanos enviaron sus colecciones a París (Colville y Montes en 1878,

[79] Carta de María Lecoq a E. T. Hamy (6 de noviembre de 1890). Expediente técnico 91-52; Museo del Hombre, París (departamento "Amérique").

[80] Se trata de una estatuilla de "plata plúmbea", supuestamente procedente del Perú, y que resultó ser una imitación fraudulenta...

[81] Podría tratarse quizás de M. de Vernouillet, sucesivamente destacado en Pekín, en Constantinopla y después en Lima (en 1874).

[82] Idem (sin fecha, pero posterior a 1892).

después Macedo en 1881) con la esperanza de venderlas a buen precio; la cotización de las piezas debía incluso subir muy rápidamente, sin duda como consecuencia de las masivas compras efectuadas a fines de la centuria por los museos americanos y alemanes (Tello & Mejía Xesspe 1967: 49).

Pero es sobre todo a partir del siglo XX que el objeto precolombino iba a convertirse verdaderamente en un valor seguro ante los comerciantes de antigüedades: impulsado por la ola primitivista, y más aún después por los artistas surrealistas, el "arte" precolombino (pues ya se le reconocían valores estéticos, por largo tiempo negados) se vio desde entonces rodeado por un aura muy particular, motivada por las bellezas plásticas y el aspecto espectacular de ciertas piezas (vasos mochicas y nazcas, estatuillas de terracota del occidente de México, urnas zapotecas, etc,), a lo cual debía añadirse un toque de irracionalidad y de fantasmas que se arrastraba en la memoria desde la conquista de México y del Perú. Si en nuestros días el ingreso de piezas precolombinas en las colecciones públicas se realiza de manera más esporádica, en cambio el mercado del arte sigue siendo, en este ámbito, muy floreciente, y continúa alimentando las colecciones particulares que existen en el mundo entero a pesar de las leyes locales que prohiben la exportación de monumentos representativos de un patrimonio nacional. Las motivaciones de los coleccionistas han cambiado radicalmente, ya que actúan en función de criterios estéticos, o por voluntad de efectuar una buena inversión; muy raros son los que aún actúan por motivaciones "científicas".

LAS PIEZAS COLECTADAS

ORIGEN GEOGRÁFICO DE LAS PIEZAS

No es nuestro propósito analizar en detalle la procedencia del conjunto de colecciones peruanas entradas a Francia a lo largo de casi un siglo; ello podría ser objeto de un estudio completamente diferente, habida cuenta de la amplitud del tema. Cabe anotar, sin embargo, que no se podría pretender ser exhaustivos, pues es muy grande el riesgo de chocar con el problema de las fuentes. En efecto, un número excesivamente alto de piezas presentes en nuestros días en los museos franceses están desprovistos de todo contexto arqueológico que permita otra cosa que proponer tentativamente un origen geográfico aproximativo. En tales condiciones, podría parecer peligroso pretender extraer muchas conclusiones a partir de las raras informaciones disponibles. Nos limitaremos aquí a algunas observaciones de orden general,[83] que sin embargo darán al lector una idea

[83] Para observaciones más precisas sobre la procedencia de las piezas, remitirse a la lista de donadores/coleccionistas en el anexo 1.

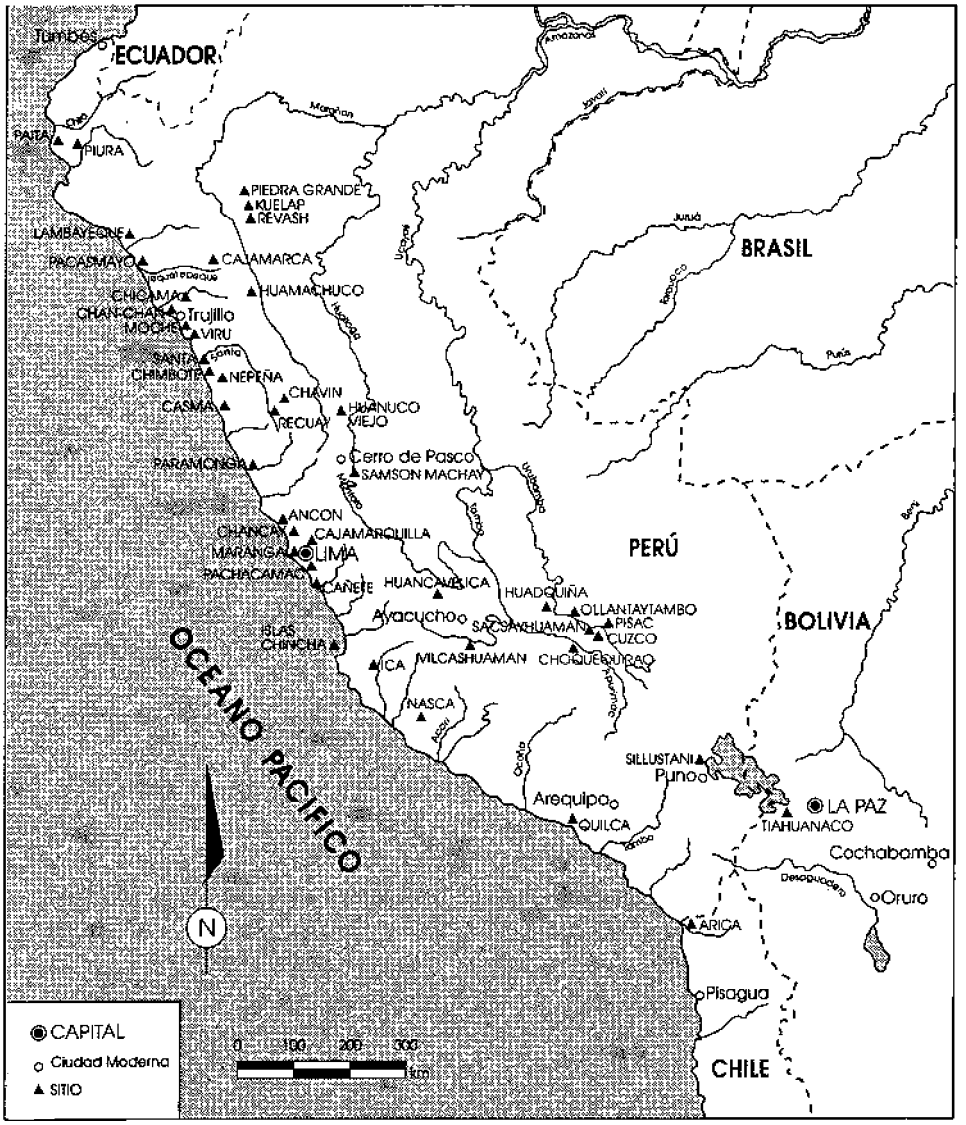


Fig. 7 - Principales sitios de origen de los objetos arqueológicos peruanos depositados en los museos franceses a lo largo del siglo XIX.

de la manera en qué podía seleccionarse los sitios que fueron objeto de una atención particular de parte de nuestros cazadores de antigüedades.

Conviene en primer lugar subrayar el muy amplio predominio de los yacimientos de la costa en relación con los de la sierra. Constatación que de ningún modo debe sorprendernos si se considera la relativa facilidad de acceso de los primeros, que permitía a los viajeros de paso la realización de excavaciones o, más corrientemente, comprar algunas antigüedades exhumadas por los autóctonos: la franja costera, por su posición geográfica y su función comercial y estratégica, fue, evidentemente, la zona del Perú más frecuentada por los europeos.

Con excepción de algunos sitios (Arica, Tacna, Quilca), pocas piezas provienen de la parte meridional del Perú, pues estos puntos correspondían a los principales centros de actividad del momento (Quilca, por ejemplo, había desempeñado por el lapso de algunos decenios el papel de puerto de Arequipa, antes de ser reemplazada por Islay y desaparecer por completo de la escena internacional). Por lo demás, al margen de algunas excepciones (Angrand, Rosamel, Fabre), los vasos procedentes de la región de Ica y de Nazca no aparecieron sino tardíamente en Francia, sobre todo con las compras masivas efectuadas por Berthon entre 1905 y 1910. Hecho que resulta tanto más sorprendente porque, si se tienen en cuenta sus cualidades estéticas, los vasos de la cultura Nazca son hoy en día extremadamente apreciados por los coleccionistas, y no podría haber sido de otro modo en el siglo pasado. Parecería que al margen de ciertos descubrimientos furtivos y aislados, fueron las grandes excavaciones llevadas a cabo por Max Uhle a comienzos de nuestro siglo que revelaron este estilo de cerámica.

La costa central está infinitamente más representada en nuestros museos, principalmente por piezas procedentes de los alrededores cercanos de Lima. La presencia de grandes ruinas (Maranga, Armatambo) y de numerosos túmulos (Huaca Santa Rosa, Pan de Azúcar, Huaca Juliana, Huaca Orbea, etc.), bien visibles y conocidos por esconder antigüedades, hacían su explotación fácil para los habitantes de la capital, así como para los viajeros de paso, guiados por amigos o por compatriotas residentes en la capital peruana. Si el sitio de Pachacamac constituyó desde el período colonial un faro permanente de la arqueología regional, el último tercio del siglo XIX vio el descubrimiento (o más bien el redescubrimiento) de grandes necrópolis al norte de Lima (Ancón,[84] Pasamayo, Chancay), que iban a atraer la atención de los naturalistas, de los coleccionistas y de los comerciantes en curiosidades.

El punto de atracción mayor de la costa estaba sin ninguna duda hacia la parte norte del país: Trujillo y sus alrededores, con las inmensas

[84] Con ocasión de los trabajos de construcción del ferrocarril de Lima a Huacho, hacia 1869-1870, que se descubrieron las primeras ricas tumbas prehispánicas de Ancón; es probable que haya sucedido lo mismo con las demás necrópolis situadas más al norte (Chancay, Pasamayo).

ruinas de Chan-chan (que a menudo aparecen con el nombre de "Chimú" o "Gran Chimú") y las imponentes pirámides de Moche. Más aún, la "Huaca Toledo" tenía una sólida reputación, desde que un español apellidado Gutiérrez extrajo de ella una enorme cantidad de oro.[85] La anécdota había sido transmitida después de generación en generación, y no se dejaba de relatarla a los extranjeros de paso. Un poco más arriba, al norte, Pacasmayo se vio más de una vez representada por antigüedades recogidas en los años 1880 (Traynel, Ordinaire, Saint-Genys); es probable que ello haya tenido que ver con la construcción del ferrocarril (que iba de Pacasmayo a San Pedro de Lloc) en aquellos años. En último lugar, varias colecciones llevadas en la primera mitad del siglo XIX procedían de las cercanías de Paita y de Colán. Esta región, poco renombrada por sus restos prehispánicos, era frecuentada sobre todo por los buques (y muy particularmente por los balleneros), que iban a aprovisionarse antes de continuar hacia el sur, hacia el Callao, y después Valparaíso, o bien antes de dirigirse hacia las islas del Pacífico. Numerosos viajeros, que descendieron en ese punto de escala, tuvieron así la ocasión de comprar algunos souvenirs típicos, en particular antigüedades —más o menos auténticas— de la región.

En lo que respecta a la sierra, la única zona que haya verdaderamente atraído turistas y arqueólogos es la región del Cuzco y su cortejo de sitios legendarios (Sacsayhuamán, Ollantaytambo, Chincheros, Pisacc). Más aún, el valle del Urubamba (camino tomado con frecuencia por nuestros viajeros para llegar a la selva virgen) fue a menudo ocasión de descubrimientos interesantes —sin embargo raramente identificados y mucho menos documentados—. Si la región del Cerro de Pasco fue visitada a menudo, lo fue mucho más por sus minas que por sus eventuales riquezas arqueológicas; sin embargo, ciertos descubrimientos fortuitos eran siempre posibles... Curiosamente los alrededores de Cajamarca, no obstante evocados tan a menudo por los cronistas españoles, no parecen haber atraído más que un número limitado de aficionados a las antigüedades (Colpäert, Wiener); probablemente deba atribuirse este hecho a su gran lejanía así como al relativo aislamiento de la ciudad. Habría que anotar por ello la singular excepción que ofrece Vidal-Sénèze, quien concentró lo esencial de sus exploraciones arqueológicas alrededor de la región de Chachapoyas y del valle del Utcubamba, región por entonces muy mal conocida: se comprende por ello el entusiasmo suscitado por su proyecto de exploración en ciertos miembros de la comunidad científica.[86] Los demás descubrimientos realizados en la sierra fueron obra de un pequeño número

[85] A. Pinillos: *Huacas de Trujillo*. Trujillo, 1977: 123.

[86] Principalmente cartas de apoyo de parte de Armand de Quatrefages y de Paul Broca (ver nuestro capítulo sobre el Servicio de Misiones Científicas).

de viajeros que recorrieron todo el camino de la cordillera, desde el Cerro de Pasco hasta el Cuzco (Angrand, Castelnau, Wiener).

En definitiva, si se exceptúan las antigüedades recogidas en los grandes sitios arquitectónicos o funerarios conocidos desde hacía mucho tiempo (Arica, Pachacamac, alrededores de Lima, Trujillo), la mayor parte de las piezas llevadas a Francia fueron descubiertas como resultado de circunstancias fortuitas: ya se tratase de restos exhumados por obreros que explotaban los yacimientos de nitratos, entre Iquique y Pisagua; de objetos descubiertos debajo de depósitos de guano, en las islas Chinchas o Guañape; de necrópolis invadidas por los trabajos de construcción de ferrocarriles; etc. He allí cómo se constituyeron, muchas colecciones que se hallan hoy en museos americanos y europeos. Un incidente sucedido en San Francisco en 1873, relatado por el diario peruano *El Comercio*, ilustra de manera tragi-cómica este hecho:

> "El barco alemán *Mathias Meyer* se halla ahora descargando su lastre en el muelle de Front Street. Ayer tarde los hombres empleados en el trabajo y las personas que lo presenciaban quedaron sorprendidos al ver botar entre la arena calaveras y huesos de seres humanos [...]. Un soldado que se hallaba por allí tomó la calavera de las tranzas, y dijo que se iba a presentar a uno de los médicos del Ejercito. Otras personas se apoderaron de piernas de esos seres extinguidos [...]. Los buques que descargan mercaderias en Ancón, y que no consiguen carga de azúcar, tienen necesariamente que zarpar en lastre, que se obtiene de los terrenos que formaban en siglos pasados el cementerio."[87]

Nos encontramos, por cierto, frente a un caso extremo, pero de todos modos caracteriza bastante bien el clima general de la "arqueología" peruana del siglo XIX. Es ante todo contra esta arqueología de circunstancia, llevada a cabo con desdén de todo método riguroso, que los profesionales de la investigación se esforzaron en luchar a partir de comienzos de nuestro siglo. Ello no se hizo sin dificultades, ya que las nociones de contexto arqueológico, de profundidad cronológica, de estratificación, sin embargo conocidas por los prehistoriadores desde hacía largo tiempo, tuvieron dificultad para imponerse en el campo de la arqueología americanista, probablemente porque se consideró por un largo período que los restos dignos de interés no podían ser obra sino de los quechuas, en los cuales la tradición veía al único pueblo civilizador. Si se exceptúa a los aymaras (asociados desde siempre con Tiahuanco), el reconocimiento cultural de otras naciones indígenas no se produjo sino muy progresivamente, en el último cuarto del siglo XIX. De la misma manera, la selección de los sitios

[87] *El Comercio*, Lima, 20 de diciembre de 1873 (tomado y traducido del *Daily Morning Call*, San Francisco, 10 de noviembre de 1873).

no debía ser ya una cuestión de azar, sino que debía efectuarse en función de una problemática planteada por anticipado. Con algunas pocas excepciones, esta práctica no hizo su aparición sino en el primer tercio del siglo XX.

LA NATURALEZA DE LAS PIEZAS

La investigación arqueológica, tal como se llevaba a cabo en el siglo pasado, descansaba esencialmente en un estricto análisis de los restos antiguos; por lo general los datos de terreno importaban poco, por lo cual los análisis espaciales o estratigráficos y los estudios del contexto se efectuaban muy rara vez. En ello la arqueología prehistórica, tal como se investigaba en Europa, constituye sin duda una excepción: desde las primeras excavaciones "científicas" la importancia que se asignaba a los niveles geológicos para probar la antigüedad de los restos que se descubrían, así como a la asociación de los artefactos con otros elementos contemporáneos del depósito, resultaba esencial. Como hemos señalado, no acontecía por cierto lo mismo con el Perú, en donde por lo general se negaba toda profundidad cronológica a las culturas autóctonas. La tarea de los exploradores o de todo individuo bien intencionado consistía, en consecuencia, en recolectar restos antiguos y ponerlos en manos de estudiosos de gabinete, los mismos que luego sabrían descifrar todos sus misterios. Ya fuesen de orden estilístico o tecnológico, tales estudios tenían como fin determinar la pertenencia étnica de los objetos y contribuir a un mejor conocimiento de los pueblos correspondientes. Los etnólogos del siglo pasado consideraban por completo posible definir las características de un pueblo, y asignarle un lugar en el vasto cuadro jerárquico de las razas, a partir de algunos restos "representativos" de su industria, de sus costumbres, de sus creencias. Para ello no había ninguna necesidad de rodearse de objetos que parecían similares, ya que bastaba con uno solo de cada clase. Sin embargo, habida cuenta de las inmensas lagunas de que adolecía la etnografía americanista, todo objeto parecía potencialmente interesante. ¿Cómo establecer, entonces, un término medio entre ambos preceptos? A falta de una síntesis convincente sobre la industria de los antiguos pueblos andinos, y considerando la distancia que separaba a los hombres de gabinete de los recolectores de datos, los primeros concedían a los segundos plenos poderes para seleccionar los restos más "interesantes". Por cierto que esta confianza resultaba en la mayoría de las veces abusiva, pero como ya hemos tenido ocasión de subrayar, los estudiosos que trabajaban en los museos, en los laboratorios o en su biblioteca, no tenían sino muy raramente conciencia de la realidad del terreno...

Por su lado, y a falta de todo conocimiento de las culturas materiales prehispánicas, los "cazadores de antigüedades" se remitían a su gusto

personal (que funcionaba según principios que desde luego nos escapan), al mismo tiempo que obedecían a imperativos "superiores", que eran los de la ciencia oficial. Así, después de hacer abrir una tumba (pues en definitiva pocos lo hacían por sí mismos), procedían a una selección de los objetos que encontraban. Si la mayoría de los "arqueólogos" no podía resistir ante una bella pieza de cerámica o ante un utensilio de cobre (o mejor todavía ¡de oro!) bien conservado, sabían de memoria las recomendaciones dadas oralmente o por escrito en las instrucciones difundidas por las sociedades de estudio, en el sentido de que aun los objetos más humildes tenían importancia, en razón del valor documental que podían contener. El viajero debía comportarse como etnógrafo y en consecuencia dedicarse a recoger los testimonios más diversos "de las costumbres y de la industria" de esos pueblos desaparecidos. En realidad, cuando se considera el conjunto del las antigüedades llevadas en el siglo pasado y actualmente conservadas en los museos franceses, se aprecia que no siempre se trata de "piezas bellas" (vasos decorados, figurillas finamente modeladas, etc.), sino que por el contrario uno se enfrenta con frecuencia con objetos utilitarios, de factura muy ordinaria.

De la misma manera, los apremiantes pedidos del Museo de Historia Natural y de la Sociedad de Antropología de París, relativos a la recolección de muestras antropológicas, impulsó a un buen número de viajeros y de oficiales de la Marina a buscar cráneos (o mejor todavía momias), a fin de contribuir también al progreso de la ciencia. Algunos folletos de instrucciones (el del Dr. Gosse para el Perú, sobre todo) proporcionaban adecuadamente a los viajeros algunos consejos u orientación sobre el tipo de cráneo que debía preferirse, pero más generalmente se consideraba que debía recolectarse toda clase de restos, pues a la inversa de lo que estaba prescrito en etnografía, los antropólogos estimaban indispensable trabajar con grandes series de especímenes (a fin de verificar si las medidas obtenidas y las conclusiones que de ellas se derivaban asumían un valor científico incuestionable). Si había igualmente una selección, ya la sola cantidad tenía sus ventajas. Fue así como sujetándose a esta recomendación expresa que el conde de Balny, como buen auxiliar de la ciencia, expidió a París "tres docenas de cráneos procedentes de las antiguas necrópolis vecinas de Lima"...

En definitiva, la idea de recolectar la totalidad de objetos presentes en una tumba no debía tomar forma sino a fines del siglo XIX. Entre los primeros, Reiss y Stübel emprendieron la tarea de describir sistemáticamente el material hallado en las tumbas excavadas en Ancón en 1874-1875 (Rowe, s/f: 3); en la misma época Théodore Ber pretendía practicar él también excavaciones metódicas en el mismo sitio[88]. Treinta

[88] ¿Qué pensar de esta aserción cuando se sabe lo que decían los viajeros Reiss y Stübel de él: "Monsieur Ber, un destructor de antigüedades bajo el prejuicio de la investigación científica."

años más tarde, Paul Berthon se vanagloriaba de haber procedido, en Pachacamac, a excavaciones minuciosas en las que no desdeñó nada:

> "No solamente merecen ser recogidas las piezas de museo, sino también, con frecuencia, objetos menudos: piedras corrientes, alimentos o desechos de cocina" (Berthon 1911: 28)

Si bien nuestro capitán-arqueólogo dio prueba de loables esfuerzos de rigor, su sagacidad fracasó en un detalle que no sospechaba: paralelamente a los objetos recogidos al excavar, Berthon compró una muy grande cantidad de objetos a fin de completar sus colecciones, dirigiendo principalmente su atención a culturas materiales todavía mal conocidas. Pues bien, no tardó en verificarse la presencia de varias piezas falsas entre las antigüedades que llevó a Francia.

FALSIFICACIONES Y PIEZAS FRAUDULENTAS

La fabricación y comercialización de falsas antigüedades peruanas sólo apareció cuando hubo una fuerte demanda de parte de instituciones y de coleccionistas del mundo entero. En efecto, invertir tiempo y dinero en la producción de piezas falsas no podía resultar rentable sino en la medida en que hubiese un mercado susceptible de absorberlas. Como subraya Sawyer (1982), no fue sino a partir de la segunda mitad del siglo XIX (cuando la reunión de vastas colecciones se convirtió para los museos en un reto científico y político) que la demanda de objetos antiguos se hizo realmente apremiante. Para responder a ella, un cierto número de peruanos se volvieron "huaqueros", al comienzo de modo ocasional, y después a tiempo completo. Curiosamente, en la misma época, cuando las fuentes de antigüedades (las necrópolis) parecían inagotables, se vio aparecer en el mercado un número considerable de piezas falsas o remodeladas. En efecto, de acuerdo con Mongne (1989: 285) debemos hacer una distinción entre "falsificación" e "imitación fraudulenta", consistiendo la primera en "utilizar una obra de arte ya existente y en maquillarla, o más simplemente hacer admitir una falsa atribución", en tanto que la "imitación fraudulenta" "crea por entero una obra en la cual únicamente la inspiración o el modelo pueden ser originales". Existieron falsificaciones probablemente desde inicios del siglo XIX (desde el momento en que hubo demanda, incluso mínima); el caso más frecuente era el de la reconstitución de un objeto a partir de fragmentos procedentes de dos o de varias piezas diferentes, rotas

---

Citado en Andreas Brockmann & Michaela Stütgen (dir.) *Tras las huellas. Dos viajeros alemanes en tierras latinoamericanas*. Bogotá, Banco de la República – Biblioteca Luis Ángel Arango, 1996: 14 (foto 4).

en el momento de su descubrimiento.[89] Mientras que las "imitaciones fraudulentas" tenían su razón de ser en la medida que los huaqueros no alcanzaban a responder a una demanda cada día mayor: en efecto, la inversión de tiempo y de dinero, y el recurso a un específico conocimiento técnico necesario para una producción como ésta, no constituían una opción necesariamente juiciosa, mientras se tenía a mano ricas necrópolis (el yacimiento de Ancón, por ejemplo, había dado prosperidad a los comerciantes de curiosidades a partir de 1870). Sin embargo, se puede ver aparecer las primeras tentativas de imitación fraudulenta muy pronto en el siglo XIX: los ceramios comprados por Barrot y Touchard (todos en forma de caimán), cuando pasaron por Paita en 1836 con *La Bonite*, eran falsos. Asimismo, al pasar por ese mismo sitio en 1839 el capitán Laplace adquirió una serie de piezas de alfarería populares, "a imitación de las antiguas."[90] No es muy seguro si en ello debe verse verdaderamente una voluntad debidamente meditada de engañar a los compradores, pues muy bien podría considerarse esa producción como obra de artesanos que se inspiraban en los modelos prehispánicos para fabricar "souvenirs" destinados a los viajeros y marinos norteamericanos y europeos de paso por Paita. Merece señalarse el matiz, por difícil que sea de establecer. Pero fue sobre todo a partir del último cuarto del siglo XIX que al instaurarse una gran presión comercial, que hizo su aparición una verdadera industria de la imitación fraudulenta en el Perú. Una producción, a menudo grosera, que se dirigía antes que nada a los "turistas" (si se puede llamar así a nuestros viajeros y oficiales de la Marina del siglo XIX), pero este comercio podía tener graves consecuencias, como anotaba Paul Eudel:

> "Una gran cantidad de viajeros compra estas antigüedades de pacotilla con la intención de obsequiarlas. A su llegada a Europa, [...], éstas adquieren notoriedad y a menudo van a formar parte de colecciones que, al aceptarlas con demasiada facilidad, les crean para el futuro una lamentable autenticidad."[91]

En realidad muchas de esas piezas se encuentran actualmente en los depósitos de los museos europeos, sin que los conservadores sospechen el origen de estos "atípicos" objetos, con los cuales no saben por lo general qué hacer. Algunos de estos talleres fueron identificados poco después del comienzo de su producción, y por eso Hamy declaraba en 1883:

---

[89] Así sucedió, sobre todo, como consecuencia de los saqueos en gran escala que tuvieron lugar en las necrópolis de Nazca, poco tiempo después de las primeras excavaciones llevadas a cabo por Max Uhle en 1901 (Sawyer 1982: 21).

[90] "En Paita, en la costa del Perú, se imitan los ceramios negros antiguos..." (A. Brongniart 1844, I: 529).

[91] Paul Eudel: *La falsificación de antigüedades y objetos de arte*. Traducción española de *Le Truquage*. Buenos Aires, Editorial Centurión, 1947: 39.

> "Las informaciones que nos han dado nuestros viajeros científicos nos permiten incluso asegurar que esos personajes coronados por un disco solar, o sosteniendo en la mano figuras astronómicas, o una cuchara con un mango fálico, todas estas piezas extraordinarias, en una palabra, tan completamente al margen de las manifestaciones etnográficas habituales entre los antiguos pobladores del Perú marítimo, salen de las manos de un falsario muy hábil que los fabrica, de ordinario, en Chancay desde hace unos años. [...] Las falsificaciones peruanas se hacen no solamente en piezas de metal. Se fabrican y se venden falsas piezas de cerámica en toda la costa, y conozco a más de un viajero, incluso versado en arqueología, que ha traído del Callao o de otra parte vasos negros o rojos, por lo general con temas obscenos, que salen de una inmunda fábrica situada en Lima, o en las cercanías de la capital"[92]

Para reaccionar contra tal invasión de objetos perturbadores, Hamy instaló en el Museo de Etnografía del Trocadero una vitrina de "falsas piezas peruanas,"[93] destinada a la edificación de los aficionados y de los coleccionistas de antigüedades. Unos años más tarde, en 1888, el tema fue abordado en el Congreso de Americanistas que se realizó en Berlín, en cual Hamy propuso que se efectuara una investigación a fondo sobre la cuestión, cuyos resultados serían expuestos en el congreso siguiente, que se llevaría a cabo en París, "con el fin de que quienes nos ocupamos de las antigüedades americanas estemos avisados de que tal o cual tipo de piezas falsas se fabrica en tal lugar, y de que hay que desconfiar de tal o cual procedencia."[94] No parece que el proyecto fuese puesto en ejecución. Sin embargo, a medida que el mercado de las antigüedades precolombinas se ampliaba (con el relevo, como hemos visto, de una red cada vez más vasta de coleccionistas y de comerciantes especializados en este campo), la industria de las imitaciones fraudulentas debía seguir la corriente, desarrollando su producción no solamente en el plano cuantitativo, sino también cualitativo, tornando a veces la identificación de las piezas en una tarea muy delicada.

La actual persistencia de tal producción se comprende tanto mejor porque sin duda se ha hecho más difícil en nuestros días ofrecer a los coleccionistas piezas auténticas resultado de excavaciones susceptibles de satisfacer sus expectativas. En efecto, las antigüedades precolombinas se han convertido hoy en verdaderos objetos de colección, y por lo tanto sujetas a la leyes del coleccionismo: cualidades estéticas, estado de conservación, rareza, atipismo, etc. En estas condiciones, es cada día más difícil para los amantes de ellas procurarse la "perla rara". Más aún, la legislación puesta

[92] E. T. Hamy: "La collection Piñedo", *Revue d'Ethnographie*, 1883: 563.

[93] *Ibid.*

[94] *Compte-rendu du septième Congrès International des Américanistes*. Berlin, 1888: 788.

en vigencia por el gobierno peruano para proteger su patrimonio nacional,[95] debería —al menos teóricamente— hacer más difícil y más arriesgado el trabajo de los traficantes de antigüedades. ¿Sucede verdaderamente así? Las actuales dificultades económicas del país, por un lado, y los sustanciales ingresos que produce esta actividad exportadora, por el otro, nos inducen a dudar de que ese aparato legislativo represente un arma verdaderamente eficaz contra este ilícito comercio.

[95] Si bien se aprobó un primer Decreto Supremo, el 2 de abril de 1822, para proteger las riquezas naturales y arqueológicas del país, no fue sino en 1893 (Decreto Supremo del 23 de abril), y sobre todo en 1911 (Decreto Supremo del 19 de agosto), que el Perú tomó medidas legislativas para controlar las excavaciones arqueológicas emprendidas en su suelo y para limitar la exportación de antigüedades fuera de su territorio.

CONCLUSIONES

Si bien es posible siempre hallar y poner en primer plano a algún antiguo pionero de este campo, se puede considerar que la arqueología americanista es una disciplina relativamente reciente en Francia: si los pueblos nativos del Nuevo Mundo fueron, desde el descubrimiento del continente por los europeos, objeto tanto de poéticas ensoñaciones como de ensayos filosóficos o con pretensión científica, la constitución de un ámbito de estudio propio de la antropología amerindia no habría de concretarse sino muy lentamente, en el curso de la segunda mitad del siglo XIX. Hecho que obedece a dos causas mayores, que son, por una parte, la falta de un espacio institucional americanista confiable y reconocido como tal (recuérdese al respecto el callejón sin salida en que cayeron la Sociedad Oriental y Americana y sus avatares); y, por otra, la inadecuación para el estudio de las sociedades autóctonas de reflexiones teóricas y métodos de aproximación formulados, antes de esa centuria y durante la mayor parte de ella, por los estudiosos y eruditos dedicados al estudio del Hombre (ya fuesen arqueólogos, "anticuarios", naturalistas, filólogos, etc.).

Es pues a través de problemáticas más globales que, en un primer tiempo, se abordó el estudio de las civilizaciones prehispánicas del Perú. En el siglo XIX la preocupación mayor de los estudiosos que trabajaban en las sociedades humanas consistía en identificar y clasificar las "razas" (o grupos humanos percibidos como tales), que poblaban o habían poblado el planeta, por lo cual las investigaciones sobre América prehistórica se incorporaron al principio en ese campo: se trataba antes que nada de definir las características físicas y culturales específicas de cada uno de los pueblos que dejaron restos notables, establecer eventuales filiaciones entre razas históricamente documentadas, y descubrir así, quizás, el origen del poblamiento de América (incluso revelar la existencia de varias oleadas de poblamiento), pero también de comprender cómo tan altas civilizaciones habían podido ver la luz y desarrollarse en regiones tan alejadas de lo que por entonces se consideraba como la antigua "cuna de la civilización " (el

cercano oriente). Frente a estas múltiples interrogantes, los partidarios ya sea del origen único, o ya sea plural, de la humanidad, debían ver en América un fecundo terreno de estudio, susceptible de proporcionarles argumentos decisivos en favor de sus respectivas convicciones.

Puede parecer sorprendente que Francia fuese, a escala internacional, uno de los principales protagonistas de la investigación americanista, pues sus intereses en el Nuevo Mundo eran por cierto limitados (relativamente modestos en el plano comercial y geopolítico – si se exceptúa la intervención en México y algunas acciones infinitamente más anecdóticas –, sus objetivos eran nulos, desde luego, en el plano colonial); conviene subrayar, no obstante, el hecho de que si bien la actividad antropológica y etnográfica estuvo en numerosos casos al servicio de designios expansionistas o coloniales, se hallaba lejos de sujetarse estrictamente a los juegos de influencia y de dominación. En definitiva, el conjunto de las actividades correspondientes a ambas disciplinas, tal como eran en el siglo XIX, tiene globalmente más que ver con una ideología etnocentrista construida progresivamente a lo largo de la centuria, a medida que la supremacía (industrial, comercial, militar, política) de los Estados Unidos y de ciertos países europeos se tornaba más evidente. El propósito fundamental de esa investigación sobre el Hombre era aprehender la humanidad en su globalidad, cuantificar su diversidad, y, finalmente explicar "científicamente" los mecanismos (históricos, pero quizás también fisiológicos, según se pensaba) que habían conducido a ciertas naciones a un estado de desarrollo, a un nivel de civilización juzgado infinitamente más elevado que el de otras (puesto que se consideraba el "progreso" de la humanidad como un fenómeno unilineal). Forzoso es reconocer que en este campo de investigación Francia ocupó por largo tiempo una posición de avanzada. Ello se explica tanto por la importancia y diversidad de sus estructuras institucionales y la eficiencia de gran número de sus estudiosos, como por una voluntad nacional de mantener el país en la primera fila de las potencias modernas e influyentes. De hecho, y en numerosos campos científicos, Francia representó a menudo en el extranjero un modelo envidiado y a veces copiado.

Para la realización de ese vasto inventario del planeta, se solicitó la colaboración de hombres e instituciones, unos y otras según sus especificidades y sus propias aspiraciones.

La creación del Servicio de Misiones Científicas y Literarias, en el Ministerio de Instrucción Pública, representa en la materia una de las innovaciones más importantes del siglo XIX. Inaugurado en 1842, estuvo concebido para abrir un espacio institucional propio a la investigación de campo. En efecto, si no faltaban instituciones del saber en Francia (el Instituto de Francia, el Museo de Historia Natural, las sociedades de estudio, etc.), la recopilación de datos en el terreno constituía siempre un

problema difícil de resolver, sobre todo cuando se trataba de regiones muy alejadas. Desde luego, habían habido en el pasado algunas grandes expediciones científicas organizadas gracias a la insistencia de ciertas altas personalidades del mundo estudioso (la misión geodésica de los académicos a Ecuador en 1735, por ejemplo), o a favor de circunstancias particularmente propicias (los viajes a lo largo de las costas sudamericanas del padre Feuillée o del ingeniero Frézier a comienzos del siglo XVIII), pero no fueron sino sucesos excepcionales, insuficientes para satisfacer una investigación que se deseaba global, sistemática. El Servicio de misiones, así establecido, tenía como mira conceder reconocimiento y, en un número no desdeñable de casos, ayuda financiera, a individuos que habían presentado al ministerio proyectos de investigación que se juzgaba interesantes, o bien, más simplemente, que se proponían partir al otro extremo del mundo (por motivos extremadamente variables, y que a menudo no tenían nada que ver con la ciencia). Si se tiene en cuenta las condiciones en las que, por lo general, se encomendaban y realizaban dichas misiones, la falta de preparación de la mayoría de los candidatos a la aventura, así como la inmadurez de ciertas disciplinas científicas incluidas en los proyectos (pensamos, desde luego, más particularmente en la arqueología o en la etnografía americanista), no sorprende mayormente que muchas de tales misiones no llegasen sino a resultados muy modestos. No habría sin embargo que dramatizar el balance, que en definitiva resulta positivo: la primera misión que tuvo al Perú como terreno de acción, la de Francis de Castelnau en 1843, corresponde a una época en que todo estaba por hacer en el ámbito del estudio de las antigüedades y de la sociedad prehispánicas; veinticinco años más tarde, la acumulación de material arqueológico era tal que tuvo como consecuencia inmediata la creación de un gran museo de etnografía (en el Trocadero) y permitió comenzar a aclarar —es verdad, muy imperfectamente— la idea que se tenía de la historia del Perú antes de la conquista española (principalmente con la puesta en evidencia de una historia del Perú prehispánico mucho más compleja de lo que se imaginaba, así como la existencia de ricas culturas cerámicas que se distinguían claramente de la de los Incas: Chimú, Recuay, Nazca...

Por su parte la Marina puso a disposición de la ciencia sus navíos, que recorrían todo el planeta, gracias a lo cual sus hombres —oficiales y médicos a bordo, que se atenían a una tradición "ilustrada" que databa del siglo XVIII—, ocuparon así en el campo de la antropología no europea un lugar mayor, haciéndose presentes dondequiera que la ciencia podía tener necesidad de ellos, y tomando a menudo iniciativas pródigas en resultados. Los diplomáticos, que a menudo disfrutaban de la reputación de hombres de cultura, no esperaron por su parte que el Ministerio de Asuntos Extranjeros les formulara recomendaciones en tal sentido para contribuir, por su lado, a la recolección de informaciones y de objetos

etnográficos. Su larga residencia en el país en que se desempeñaban, sus relaciones, sus viajes por el interior, hacían de ellos auxiliares científicos extremadamente apreciados. Más ampliamente, nos encontramos ante a una gama de figuras en extremo diversificada (remitimos al lector al índice biográfico, en un anexo de este libro, para convencerse de ello) cuando se estudia de cerca la personalidad de todos estos hombres que formaban parte de la gran masa de actores de buena voluntad que trabajaron en la investigación de campo (en este caso, la reunión de antigüedades para los museos y los coleccionistas de curiosidades). En este siglo XIX en que la ciencia era considerada como una fuente así como una manifestación de progreso, y en que los profesionales eran muy escasos, estos individuos serviciales ocuparon un sitio esencial en la "cruzada" que se llevaba a cabo en pro del conocimiento y dominio del mundo. El alto valor que se asignaba a tal misión, que incumbía a todos, era por otra parte subrayado por los medios de comunicación, tanto en las revistas de vulgarización científica, como en los boletines de las sociedades de estudio (en los que con gusto se dejaba un lugar en las actas de las sesiones para la presentación de objetos aportados o enviados por corresponsales o simpatizantes).

Ya portasen el título oficial de "encargado de misión," o ya sea que se tratase de simples colaboradores benévolos, los actores de la investigación de campo tenían necesidad de ser dirigidos, estimulados, aprobados en sus esfuerzos. Tal fue el papel principal de instituciones tales como el Instituto de Francia y el Museo de Historia Natural de París, al prestar sus luces a los candidatos a un viaje, por lo cual, dado que éstos no se hallaban, salvo excepción, en capacidad de organizar por sí solos sus expediciones (tal fue sin embargo el caso de la gran exploración de América del Sur realizada por Alcide d'Orbigny entre 1826 y 1833), la responsabilidad tradicional y generalmente reconocida de aquéllas consistía en orientar las investigaciones, dar consejos (incluso instrucciones), certificar las competencias de los aspirantes, y, una vez efectuada la exploración, juzgar el valor de los resultados obtenidos e interpretar su contenido. El aporte de estas diferentes instancias varió considerablemente en función de las especificidades e intereses de cada una de ellas: si la Academia de Ciencias se hallaba potencialmente interesada en el estudio de los pueblos nativos del Nuevo Mundo (en particular a través de su scción de antropología), no invirtió sino muy moderadamente en este campo de estudio; en cambio ciertos miembros de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras (más tradicionalmente orientada hacia la historia y la arqueología clásica y nacional) pusieron a punto, lo hemos visto, uno de los conjuntos de instrucciones más interesantes y más extensos que se han redactado sobre la arqueología del Perú (aunque sin duda habría que ver en ello la ilustrada intervención de Edmé Jomard). Otra institución prestigiosa, el Museo de Historia Natural de París, ocupó por su parte, a lo

largo de todo el siglo XIX, un lugar sumamente importante en las investigaciones sobre el hombre americano. El estudio de las características físicas de los pueblos autóctonos del Nuevo Mundo le interesaba, por cierto, antes que nada, pero los resultados conseguidos por los viajeros que trabajaban bajo la dirección de los profesores del Museo sobrepasaron muy ampliamente ese marco estricto. A pesar de la "competencia" llevada a cabo en su propio terreno por otras instituciones científicas (la Sociedad de Antropología de París, en particular), el Museo de Historia Natural siguió siendo a todo lo largo del siglo XIX un centro innovador e influyente, tanto por el hecho de la fuerte personalidad de algunos de sus profesores-administradores (Serres, Quatrefages, Hamy, Milne-Edwards) como por la importancia de sus redes de contactos.

Como acabamos de sugerir, paralelamente a la acción de estas instituciones, prestigiosas pero a veces demasiado tradicionales y elitistas, las sociedades de estudio ocuparon una ventana que no había existido hasta entonces. y suscitaron insensiblemente un auténtico fenómeno sociológico. Es en efecto en el siglo XIX que se asiste a una verdadera "explosión" de la sociabilidad de erudición, fenómeno que había de tocar a una gran parte de la sociedad francesa y contribuir a la difusión de una ideología cientista cuyos efectos iban a sentirse en profundidad. Por su gran diversidad y flexibilidad de forma, estas sociedades de estudio no solamente ocuparon espacios científicos o literarios hasta entonces descuidados, sino que crearon otros completamente nuevos; el Comité de Arqueología Americana constituye un ejemplo al respecto, pero se podría enumerar muchos otros (principalmente en el caso de asociaciones eruditas de especificidades geográficas o culturales). Algunas de estas instituciones contribuyeron ampliamente a dinamizar la investigación, ya sea oficiando de puntos de relevo, a través de sus reuniones o de sus publicaciones, para un discurso cientista, y estimulando a sus miembros a participar en la recopilación de datos, o formulando nuevos cuestionamientos, a veces susceptibles de influir en el rumbo de las investigaciones. Su aporte fue sin embargo muy desigual, de acuerdo con su influencia, su capacidad organizativa, pero también y sobre todo con sus motivaciones profundas.

En un ámbito de investigación tan joven como el de la arqueología americanista (como en otros varios campos de estudio, en esta época), en que la falta de profesionalismo se dejaba sentir aún, la orientación de los trabajos y la interpretación de los datos estaban confiadas a hombres de gabinete, procedentes de horizontes muy diversos. A veces pertenecían a instituciones oficiales (Museo de Historia natural de París, Instituto de Francia), pero más frecuentemente estaban miembros de una de las sociedades eruditas de la mayor importancia (Sociedad de Geografía de París, Sociedad de Antropología de París, Sociedad de Etnografía), cuyas actividades regían y determinaban una gran parte de la vida científica de

esa época, en particular en los campos que todavía no contaban con reconocimiento oficial. Conscientes de su papel dirigente, estas asociaciones se sentían obligadas a fijar las direcciones de la investigación en función de sus respectivas aspiraciones. Las reuniones, durante las cuales se discutían asuntos de actualidad científica (descubrimientos recientes, presentación de objetos, conferencias) o cuestiones de fondo (después de las exposiciones de sus miembros o de invitados), así como las comunicaciones intercambiadas con personalidades del extranjero, servían para alimentar la reflexión teórica y, en consecuencia, determinaban la definición de nuevos ejes de estudio o de nuevas vías de aproximación a un tema dado. Para sintetizar y difundir sus concepciones respectivas de la investigación (su objeto, sus fines), muchas de estas instituciones asignaron gran importancia (cuando no se veían invitadas a hacerlo por corresponsales en el extranjero o por viajeros a punto de partir) a la redacción y publicación de instrucciones (a veces generales, más frecuentemente destinadas a un determinado país o a un área geográfica delimitada). Sin embargo, conviene tener en cuenta el hecho de que todas estas instituciones estaban divididas en clanes (formados en función de criterios muy variables: creencias espirituales o filosóficas, militancia política, pertenencias institucionales o socioprofesionales, obediencias —o divergencias— científicas, relaciones personales, etc.) y, como consecuencia, se hallaban animadas por dinámicas en extremo divergentes, cuando no claramente opuestas. En tal contexto, la redacción común de instrucciones se convertía en una empresa de las más arduas, que a veces terminaba en un fracaso puro y simple cuando las diferentes corrientes que se hallaban presentes no llegaban a ponerse de acuerdo (tal fue el caso de la Sociedad de Etnografía en 1865). Con mayor frecuencia, sin embargo, los cuestionarios publicados por tal o cual sociedad eran en realidad obra de un comité restringido de "especialistas", incluso de un solo individuo, para el cual era grande la tentación de hacer prevalecer sus propias orientaciones científicas y confirmar así sus hipótesis personales, cuando no se utilizaba el texto solicitado como tribuna desde la cual se tomaba firmemente posición o se procedía a arreglos de cuentas personales. Por lo que hemos podido constatar, en lo que respecta a los cuestionarios etnográficos y antropológicos destinados al estudio de las civilizaciones prehispánicas (Perú o México), muchos de ellos obedecen a tal esquema.[1] El viajero que había formulado la solicitud de misión no era en todo ello nada más que un peón, cuya realidad acababa por desvanecerse a lo largo de la reflexión del autor de dichos cuestionarios. En numerosos casos, las personas a las que se encomendaba redactar las instrucciones no tenían ninguna noción del terreno sobre el cual escribían, y casi no tenían en cuenta

[1] Ver Riviale 1999 y 2000a para el análisis de algunos casos.

las particularidades concretas de las zonas por estudiar y de las dificultades de aplicación de cuanto se pedía a los usuarios: programas demasiado ambiciosos, manipulación de aparatos de medición demasiado pesados, dificultades vinculadas con las condiciones físicas del terreno (topografía, vegetación, clima...), ignorancia de las reacciones de los "encuestados," desmesurada confianza en los informantes, o, más simplemente, en las calificaciones de los encuestadores. En estas condiciones, es fácil darse cuenta de las fallas de tales programas de investigación: el "explorador" se veía por ello, en la mayoría de los casos, empujado a hacer lo que quería —o podía—, según inspiraciones vinculadas mucho más con las circunstancias del momento que con una hipotética problemática inicial, y los resultados que eventualmente obtenía (objetos, observaciones, testimonios de terceras personas) eran, a su vez, interpretados a menudo por gentes de gabinete de acuerdo al sentido que mejor les convenía (en función de ideas preestablecidas o de teorías planteadas *a priori*). Es pues la existencia de este profundo foso entre la concepción de la investigación y la práctica de campo que hay que subrayar claramente aquí, cuando se evoca esa arqueología americanista en fase de surgimiento. No por ello hay que concluir, sin embargo, este balance con una nota muy pesimista, pues si bien hemos acentuado aquí el trazo a propósito con el fin de poner en evidencia las dificultades estructurales a las que debieron enfrentarse los primeros americanistas, por otra parte nos hemos esforzado en subrayar a todo lo largo de esta obra la tenacidad de ciertos exploradores, las brillantes intuiciones de otros, y, en fin, las meritorias iniciativas de la mayoría. Obligado es constatar, en efecto, que una impresionante cantidad de individuos tomó parte en esta vasta empresa arqueológica (o, más prosaicamente, en la recolección de antigüedades), en función es verdad de motivaciones extremadamente variables: ya fuese por real curiosidad científica, o por cálculo (expectativas de remuneración monetaria, de promoción, o deseo de realzar la propia imagen ya establecida), o por "patriotismo". La contribución de este ejército de espontáneos fue, a fin de cuentas, considerable, en la medida en que, siendo la actualidad arqueológica de entonces esencialmente resultado de descubrimientos fortuitos, esos particulares revelaron a la comunidad científica un gran número de sitios poco documentados hasta entonces, ora enviando, ora llevando consigo a Francia objetos exhumados más o menos al azar, ora indicando a los naturalistas enviados en misión los sitios conocidos localmente.

A medida que se constituía un saber científico específico, las instituciones animadoras del movimiento se iban a hacer más exigentes en las observaciones que solicitaban y en la manera de recopilar datos e informaciones, multiplicando los cursos de formación (técnica o teórica), las instrucciones a los viajeros, o bien poniendo en funcionamiento

estructuras para seleccionar los viajeros y los proyectos de investigación (fondo de viajeros naturalistas del Museo, miembros correspondientes de la Academia de Ciencias o de sociedades de estudio, asignación de comisiones científicas). La tendencia a la especialización y al rigor iba a traer consigo, en el primer cuarto del siglo XX, el surgimiento de una primera generación de "profesionales" del americanismo (Paul Rivet fue su mejor ejemplo), para no recurrir ya, sino muy ocasionalmente, a los aficionados, cuya presencia lejos de ser útil se convertía cada vez más en un estorbo. En efecto, al mismo tiempo que se afinaba el conocimiento de las sociedades precolombinas (principalmente por la identificación de una creciente diversidad de culturas anteriores a los Incas), hubo de constatarse la existencia de un desfase cada vez más grande entre las preocupaciones de la comunidad científica y las vagas nociones vigentes en la mayoría del gran público: los animadores de los primeros congresos internacionales de americanistas encontraron así las mayores dificultades para descartar las referencias a hipotéticas relaciones entre los fenicios y el Nuevo Mundo, o muchas otras ideas extravagantes.

Si la investigación arqueológica en su conjunto evolucionó en el sentido de un mayor rigor científico, la arqueología practicada en el Perú (como también sin duda en Egipto) tuvo que realizar grandes esfuerzos para superar las trabas heredadas del siglo XIX. Fue así cómo, mientras que en las excavaciones prehistóricas efectuadas en Europa se recurría desde hacía largo tiempo a la estratigrafía y a múltiples observaciones complementarias, las excavaciones en el Perú, hasta comienzos del siglo XX, eran llevadas a cabo la mayor parte de las veces sin método alguno, con la única finalidad de recolectar objetos enteros. De hecho, la antigüedad peruana ha poseído siempre un status un tanto ambiguo: vista en los orígenes por antropólogos y etnólogos como objeto de estudio, adquirió a lo largo del siglo XIX (en parte por la fascinación mítica que ejerció el imperio incaico) un valor particular ante los ojos de los coleccionistas, oscilando entre la curiosidad y la apreciación estética. Los avatares de la museografía americanista en el siglo pasado, narrados en el último capítulo, constituyen una ilustración bastante efectiva, nos parece, de los obstáculos con que tropezaron los especialistas de América para dar un status digno de este nombre a su tema de estudio ante los círculos de la museografía francesa tradicional. Por largo tiempo relegado junto a las curiosidades etnográficas (pues se alejaba muy notoriamente de los sacrosantos cánones de la antigüedad clásica), el objeto precolombino no comenzó a ser percibido desde un ángulo estético sino muy tardíamente, al final del siglo XIX. En definitiva, fue esencialmente en los primeros decenios del siglo XX que el status estético de la antigüedad precolombina cambió radicalmente, al comienzo gracias a la corriente surgida de la "revolución primitivista", después sirviendo de modelo de inspiración a los surrealistas

(Berge 1991). Tal modificación en la percepción del objeto precolombino se iba a consagrar en 1928, con la organización en el Pavillon de Marsan en el Palacio del Louvre de una exposición titulada "Las Artes antiguas de América".

Como hemos explicado en la Introducción, el presente estudio se detiene en 1914, pues la primera guerra mundial impuso una detención casi total de las investigaciones arqueológicas francesas en el mundo. Una vez retornada la paz, las investigaciones se reiniciaron progresivamente, pero sobre bases diferentes, ya que en adelante se privilegiarían las misiones oficiales. Cambio que se explica tanto mejor porque desde comienzos del siglo el gobierno del Perú adoptó medidas legales dirigidas a proteger su patrimonio y a controlar la exportaciones masivas de objetos arqueológicos. Tal legislación, completada desde entonces, impidió en adelante de modo formal la salida de antigüedades del territorio. No se puede dejar de constatar, sin embargo, y lamentándolo, que aquélla haya sido regularmente violada para alimentar un mercado de arte "exótico" singularmente carente de claridad en sus reglas deontológicas. Las astronómicas sumas que alcanzan hoy ciertas piezas vendidas públicamente o en galerías especializadas no pueden, por otra parte, sino estimular las actividades de los traficantes y la complicidad de comerciantes poco escrupulosos. Si las búsquedas frenéticas de antigüedades, organizadas en el siglo XIX, en nombre de la ciencia, pueden ser vistas retrospectivamente con cierta severidad por su relativa falta de discernimiento, los perjuicios provocados en nuestros días por saqueos salvajes, practicados de manera cada vez más sistemática (acarreando así una irremediable pérdida de información), deben probablemente considerarse con un sentimiento de pesar y de inquietud aún mucho mayores.

BIBLIOGRAFÍA

I. FUENTES PRIMARIAS

FUENTES FRANCESAS

A. ARCHIVOS NACIONALES

A1. Fondo del Museo de Historia Natural de París

AJ[15] 547	Museo de Historia Natural: Expedientes personales de los viajeros naturalistas (expediente Gaudichaud).
AJ[15] 562	Papeles Dumoutier
AJ[15] 565	Instrucciones a los viajeros
AJ[15] 566	Instrucciones a los viajeros
AJ[15] 842	Museo de Historia Natural: Galeria de Antropología

A2. Fondo de la Marina

BB[4] 420	Division de América del Sur (1821)
BB[4] 447	Estación naval del Pacífico (1823)
BB[4] 459	Estación naval del Pacífico (1824)
BB[4] 469	Estación naval del Pacífico (1825)
BB[4] 470bis	Instrucciones (1825-1828)
BB[4] 540	Estación naval del Pacífico (1831)
BB[4] 546	Estación del Brasil y de los mares del Sur (1832)
BB[4] 568	Estación de los mares del Sur (1835)
BB[4] 602	Estación naval del Pacífico (1840)
BB[4] 615	Estación naval del Pacífico (1842) y misiones particulares (*La Danaïde*)
BB[4] 1000	Viaje de *La Coquille*
BB[4].1004	Viaje de *La Favorite*
BB[4] 1005	Viaje de *La Vénus*

BB^4 1008	Viaje de *L'Artémise*
BB^4 1023	Informes sobre los puertos extranjeros (1822-1867)

A3. Fondo del Ministerio del Comercio

F^{12} 2592	División del Comercio exterior: misiones a partir de 1836
F^{12} $2593^{1,2,3}$	Misiones comerciales
F^{12} 7160	Informes consulares y comerciales. Perú (1825-1908)
F^{12} 7161	Informes consulares y comerciales. Perú (1825-1908)
F^{12} 7270	Datos comerciales. Perú (1907-1920)
F^{12} 7409 a 7413	Misiones comerciales (1851-1896)

A4. Fondo del Ministerio de Instrucción pública

F^{17} 1190	Muséum des Arts: traslado de las colecciones de los
F^{17} 1192^{D}	Emigrados (*Dépôt de Nesle*)
F^{17} 1336	Inventarios de los objetos de historia natural viniendo de la Comi sión de Artes (1793-an III)
F^{17*} 2272 y 2273	Actas de la Comisión de Misiones (1874-1889)
F^{17} $2924^{1,2}$	Servicio de viajes y misiones: presupuesto
F^{17} 2925^{1}	Servicio de viajes y misiones: nominaciones a la Comisión de Misiones
F^{17} 2925^{2} a 2927^{1}	Servicio de viajes y misiones: asuntos generales
F^{17} 2933 à 3014^{2}	División de Ciencias y Letras; misiones científicas y literarias: expedientes personales (1a serie)
F^{17} 3092^{3}	Congreso Internacional de Americanistas
F^{17} 3514	Exposición Universal, París, 1878. Sección histórica y etnográfica: depósito de colecciones
F^{17} $3846^{1,2}$	Museo de Etnografía del Trocadero: orígenes; correspondencias
F^{17} 3971	Museo de Historia Natural: presupuesto (1820-1854)
F^{17} 3972	Museo de Historia Natural: fondo de los viajeros naturalistas (1855-1876)
F^{17} 3973	Museo de Historia Natural: fondo de los viajeros naturalistas (1877-1896)
F^{17} 3976	Viajeros naturalistas del Museo de Historia Natural (expediente d'Orbigny)
F^{17} 17265 à 17294	Misiones científicas y literarias: expedientes personales (2da serie)

A5. Fondo de la administración central de Bellas Artes

F^{21} 2284 à 2289^{4}	Dirección de Bellas Artes; misiones artísticas: expedientes personales

F[21] 4489 Museo de Etnografía del Trocadero: traslado de las colecciones del Museo Americano del Louvre

B. ARCHIVO DE LA MARINA, CHATEAU DE VINCENNES

- Anuario de la Marina (de 1872 a 1880)

- EXPEDIENTES PERSONALES:
Joseph-Henri BOURRU
François Louis BUSSEUIL
Edouard de CHAMPEAUX LA BOULAYE
François A.J.P. DUCAMPE de ROSAMEL
Abel-Aubert DU PETIT-THOUARS
Charles GAUDICHAUD
Paul Nicolas Victor GAUVAIN
Louis Stanislas MALLET
Auguste Samuel MASSIEU de CLERVAL
Cyrille LAPLACE
René Primevère LESSON
Paul-Emile MIOT
Paul A. Ludovic SAVATIER
Paul SERRES
Philippe Victor TOUCHARD

C. ARCHIVO DEL MINISTERIO DE ASUNTOS EXTRANJEROS

- Anuario diplomático (de 1860 a 1888)

- EXPEDIENTES PERSONALES
Léonce ANGRAND
Comte d'AUBIGNY
Baron Louis Marie Adolphe d'AVRIL
Adolphe BARROT
Claude Henry Marie de BELLONET
Francis de CASTELNAU
Abel DROULLION
Léon FAIVRE-CLAVAIROZ
Baron Charles Henri Philippe GAULDRÉE-BOILLEAU
Arnaud-Hilaire-Auguste LE MOYNE
Léonce-Benjamin LEVRAUD
Olivier ORDINAIRE
Comte de RATTI-MENTON
Comte Marie-Etienne de SAINT-GENYS
Henry de TALLENAY
Oliver de TRAYNEL

Augustin Maurice de VERNOUILLET
Charles WIENER

D. ARCHIVO DE LA SOCIEDAD DE GEOGRAFÍA DE PARÍS

cartón CHAL-CHAR: Louis de CHAMPEAUX: «*L'industrie des salitres au Pérou*» (1874)
cartón SE-SK: n∞ 966: Relación manuscrita del viaje de P. Vidal-Senèze en Ecuador y en el Perú (156 p.)
paquete n° 3 bis: instrucciones a los viajeros

E. ARCHIVO DEL MUSEO DEL LOUVRE, PARÍS

A3: Inventario de la colección ANGRAND
1DD 140: «*Inventaire du Musée Américain*» (1857)
MNB 1871-1881: registro de entrada de los objetos de la Antigüedad y de los «monumentos Americanos» (1870-1881)

F. OTROS MUSEOS

Musée de Céramique, Sèvres: expedientes de los donadores.

Laboratoire d'Anthropologie du Muséum national d'Histoire naturelle (Musée de l'Homme), París: registros de entradas; correspondencias relativas a las colecciones.

Musée de l'Homme; Departamento «Amérique»: expedientes técnicos; fichas de registros por coleciones.

Archivo Municipal, Toulouse: Secretaría general, 132 (Museo de Historia natural de Toulouse)

Archivo departamental de las Yvelines: 1LT 675 (gabinete de ciencias de Versailles)

FUENTES PERUANAS

H. ARCHIVO DE LA NACIÓN, LIMA

Actas notariales:

Felipe ORELLANA: protocolo 516 (8 de enero de 1873), 523 (1875), 540 (2 de junio de 1883), 541 (6 de diciembre de 1883)
Francisco PALACIO: protocolo 579 (20 de setiembre de 1871), 579 (11 de diciembre de 1871), 586 (15 de setiembre de 1875)

Claudio J. SUÁREZ:	protocolo 922 (25 de junio de 1874), 923 (29 de mayo de 1876)
Mariano TERRAZAS:	protocolo 947 (4 de marzo de 1874)
J.R. VALDIVIA:	protocolo 998 (30 de mayo de 1890)

Varios:

Correspondencia de Manuel PARDO: D21 a 52

I. ARCHIVO DEL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES DEL PERÚ

Servicio diplomático extranjero 6-14:	Legación de Francia (1857-1883)
Libros de correspondencia n∞ 83 (grupo A):	correspondencia entre el ministerio y el encargado de asuntos y ministro plenipotentiario de Francia (1865-1878)

J. CONSULADO DE FRANCIA, LIMA

- Registros de matriculación (de 1841 a 1895)

K. INSTITUCIONES DIVERSAS

- Archivo de la Gran Logia del Perú

- Archivo de la Compañia de bomberos *France* n° 2

- Archivo de la Sociedad Francesa de Beneficencia de Lima

II. LIBROS Y ARTÍCULOS

ALBERTINI Luis E, 1878. *Exposition universelle. Le Pérou en 1878. Notice historique et statistique suivie du catalogue d'exposants.* Paris, Imprimerie nouvelle.

ANDRÉ Marie-France, 1991. Inventaire et étude des collections américaines de quelques musées bourguignons et chanitois. Mémoire de Maîtrise, Université de Paris I.

ANGRAND Léonce, 1867. *Antiquités américaines. Lettre sur les antiquités de Tiaguanaco et l'origine présumable de la plus ancienne civilisation du Haut Pérou.* Paris, Imp. de La Claye.

ANGRAND Léonce, 1972. *Imagen del Perú en el siglo XIX.* Prefacio de Edgardo Rivera Martínez. Lima, Carlos Milla Batres ed. (col. *Perú artístico*).

ANSART M^e^, 1854. *Notice de dessins coloriés et de livres provenant de la bibliothèque de Feu M.A. Chaumette-des-Fossés.* Paris, Henri Labitte.

ANTOINE Marie-Elizabeth, 1977. «La Division des Sciences et Lettres du Ministère de l'Instruction Publique». Extraído del *Bulletin de la Section d'Histoire Moderne et Contemporaine*, fasc. 10 (Orientations de recherche). Secrétariat d'État aux Universités/Comité des Travaux Historiques et Scientifiques. Paris, Bibliothèque Nationale.

ANTONY Catherine, 1983. Inventaire et étude des collections américaines du Muséum d'Histoire Naturelle de Rouen. Mémoire de Maîtrise, Université de Paris I.

BARDOUX, 1876. *Rapport fait au nom de la commission du Budget sur le budget des dépenses de l'exercice 1877 (ministère de L'Instruction publique).* Annexe au P.V. de la séance du 11 juillet 1876. Chambre des Députés, 1ère législature, session de 1876, tome 5, n° 288 à 375. Versailles, Cerf et fils.

BARDOUX, 1877. *Rapport fait au nom de la commission du Budget sur le budget des dépenses de l'exercice 1878 (ministère de L'Instruction publique).* Annexe au P.V. de la séance du 24 mars 1877. Chambre des Députés, 1ère législature, session de 1877, tome 12, n° 835 à 889. Versailles, Cerf et fils.

BARDOUX, 1878. «Discours d'inauguration du Musée Ethnographique au Palais de l'Industrie par ..., Ministère de l'Instruction Publique» (prononcé le 23 janvier), *Journal Officiel*, 25 janvier 1878: 634-635.

BARTHÉLÉMY Jean-Jacques, 1821-22. «Instructions pour M. Dombey sur son voyage au Pérou» en *Oeuvres complètes*, IV: 432-434. Paris, A. Belin.

BASADRE Jorge, 1968. *Historia de la República del Perú.* 6ta ed. revisada. Lima, Editorial Universitaria. 17 vol.

BASADRE Modesto, 1884. *Riquezas peruanas.* Lima, Impr. de *La Tribuna.*

BAU Valérie, 1997. Inventaire et étude des collections américaines des musées de Lille et Amiens. Mémoire de Maîtrise, Université de Paris I.

BAUDELOT DE DAIRVAL, 1727. *De l'utilité des voyages.* Nouvelle édition revue, corrigée et augmentée par Mahudel. Rouen, Chez Charles Ferrand. 2 vol.

BECKOUCHE Sophie et Isabelle FORTIN, 1977. Inventaire des collections archéologiques précolombiennes des musées de province français. Mémoire de maîtrise, Université de Paris I.

BER Théodore, 1875. «Populations préhistoriques d'Ancon (Pérou)», *Revue d'Anthropologie*: 55-68. Paris.

BER Théodore, 1878. «Recherches ethnographiques sur la Bolivie et l'ancien Pérou» (688-697) en *Congrès International des Sciences Ethnographiques tenu à Paris du 15 au 17 juillet 1878.* C.R. sténographiques publiés sous les auspices du Comité central des congrès et conférences. Paris, Imp. Nationale.

BERGE Delphine, 1991. L'Amérique précolombienne vue par les artistes européens du XVIème au XXème siècle. Mémoire de DEA, Université de Paris I.

BERTHON Paul, 1909. «Essai de classification des antiquités péruviennes d'après ses fouilles et ses observations» (communication lors de la séance du 12 janvier 1909), *Journal de la Société des Américanistes*, VI: 287-289. Paris.

BERTHON Paul, 1911. «Étude sur le Précolombien du Bas-Pérou», *Nouvelles Archives des Missions scientifiques et littéraires*, XX, fasc. 4. Paris.

BESSON Christine et Patrick GODARD, 1980. Musée Pincé, Angers ; Le Musée de Tessée ; Musée de la Reine Bérengère, Le Mans ; Le Musée des Beaux-Arts de Rennes. Mémoire de Maîtrise, Université de Paris I.

[BIRON Claude?], 1703. *Curiositez de la nature et de l'art aportées dans deux voyages des Indes ; l'un aux Indes d'Occident en 1698 et 1699 et l'autre aux Indes d'Orient en 1701 et 1702.* Paris, Chez J. Moreau.

BLANCKAERT Claude, 1988. «Story et 'history' de l'ethnographie», *Revue de Synthèse*, IVe s., 3-4: 451-467. Paris.

BLANCKAERT Claude, 1989a. «L'Anthropologie en France. Le mot et l'histoire (XVI[e]-XIX[e] siècles)», *Bulletin et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, n.s., I (3-4): 13-44. Paris.

BLANCKAERT Claude, 1989b. «L'Indice céphalique et l'ethnographie européenne: A. Retzius, P. Broca, F. Pruner-Bey (1840-1870)», *Bulletin et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, n.s., I (3-4): 165-202. Paris.

BLANCKAERT Claude, 1992. «L'Ethnographie de la décadence. Culture morale et mort des races (XVIIe-XIXe siècles)», *Gradhiva*, 11: 47-65. Paris.

BLANCKAERT Claude, 1995. «Fondements disciplinaires de l'anthropologie française au XIXe siècle. Perspectives historiographiques», *Politix*, 29: 31-54.

BLANCKAERT Claude, 1997. «La création de la chaire d'anthropologie du Muséum dans son contexte institutionnel et intellectuel (1832-1855)» (85-123), en C. Blanckaert, C. Cohen et J.L. Fischer (coord.) *Le Muséum au premier siècle de son histoire*. Paris, Ed. du Muséum d'Histoire naturelle :

BLANCKAERT Claude, 2000 «Avant Adam». «Les représentations analogiques de l'homme fossile dans la première moitié du XIXe siècle» (23-61), en Albert et Jacqueline Ducros (dir.) *L'Homme préhistorique. Images et imaginaire*. Paris, L'Harmattan.

BLOSSEVILLE Ernest de, 1832. «Lettre au Directeur de la Revue des Deux Mondes sur un projet de création d'un musée ethnographique», *Revue des Deux Mondes*, 1832 (I): 134-137.

BOBAN E., 1886. *The Boban collection of antiquities, curios and coins, also books, manuscripts and printed*. New York, George A. Leavitt and Co.

BOISSIER Gaston, 1882. *Le Musée de Saint-Germain*. Paris, Musée des Antiquités nationales.

BONAVIA Duccio y Rogger RAVINES, 1970. *Arqueología peruana: precursores*. Lima, Casa de la Cultura del Perú.

BONILLA Heraclio, 1973. *Auguste Dreyfus y el monopolio del guano*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos (*serie Hist. Eco. y Social* n° 1).

BONNAFFÉ Edmond, 1873. *Les collectionneurs de l'ancienne France. Notes d'un amateur*. Paris, A. Aubry.

BONNAFFÉ Edmond, 1884. *Dictionnaire des amateurs français au XVIIe siècle*. Paris, A. Quantin.

BONNAFFÉ Edmond, 1895. *Le commerce de la curiosité*. Paris, Honoré Champion.

BOUGUER Pierre, 1749. *La figure de la terre, déterminée par les observations de MM. Bouger et de La Condamine envoyés par ordre du Roy au Pérou pour observer aux environs de l'Équateur, avec une relation abrégée de ce voyage qui contient la description du pays dans lequel les opérations ont été faites*. Paris, C.A. Jombert.

BOUVET Louis, 1867. *Exposition Universelle de 1867. République du Pérou. Notice statistique et catalogue.* Paris, Imprimerie de Mme V^ve^ Bouchard-Huzard.

BOUVET Louis et Albert ARMAND, 1867. *Exposition Universelle de 1867. Républiques de l'Amérique centrale et méridionale. Notices et catalogues.* Paris, Imprimerie de Mme V^ve^ Bouchard-Huzard.

BRESSON André, 1886. *Bolivia. Sept années d'explorations, de voyages et de séjours dans l'Amérique Australe.* Paris, Challamel aîné.

BRICE Germain, 1713. *Description de la ville de Paris et de tout ce qu'elle contient de plus remarquable.* [1era ed.: 1698]. Paris, Chez François Fournier. 3 vol.

BRICE Germain, 1725. *Nouvelle description...* [8a ed.]. Paris, Chez Julien Michel Gandouin et François Fournier. 4 vol.

BROC Numa, 1975. *La géographie des philosophes : géographes et voyageurs français au XVIIIe siècle.* Paris, Ophrys.

BROC Numa, 1999. *Dictionnaire illustré des explorateurs et grands voyageurs français du XIXe siècle, tome III: l'Amérique* (avec la collab. de J.G. Kirchheimer et P. Riviale). Paris, Comité des Travaux Historiques et Scientifiques.

BROCA Paul, 1865. «Sur une momie de foetus péruvien et sur le prétendu os de l'Inca», *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, 1865: 133-139.

BROCA Paul, 1989. *Mémoires d'anthropologie.* Facsimilé de l'édition de 1871. Préface de Claude Blanckaert. Paris, J.M. Place.

BRONGNIART Alexandre, 1844. *Traité des arts céramiques ou des poteries.* Paris, Imp. Fain et Thunot. 3 vol.

BRONGNIART Alexandre et Denis-Désiré RIOCREUX, 1845. *Description méthodique du Musée de Sèvres.* Paris, A. Leleux. 2 vol.

BUFFON Georges Louis Leclerc de, 1749. *Histoire naturelle générale et particulière avec la description du cabinet du Roy.* Paris, Imprimerie royale.

BURETEL DE CHASSEY Sophie de, 1984. Inventaire des collections archéologiques précolombiennes du Musée des Beaux-Arts de Bordeaux. Mémoire de Maîtrise, Université de Paris I.

CABELLO CARRO Paz, 1989. *Coleccionismo americano indígena en la España del siglo XVIII.* Madrid, Ed. de Cultura Hispánica.

CACHIN Françoise, 1988. *Gauguin.* Paris, Flammarion.

CAPITAN Dr Louis, 1911. *Notice sur les travaux scientifiques de Mr le Dr Capitan.* Paris, Imprimerie Weffhoft et Roche.

CAPITAN Dr Louis, 1919. «Notice nécrologique de Paul Berthon», *Journal de la Société des Américanistes*, n.s., XI: 618-619. Paris.

CAPUS G., 1883. *Guide du naturaliste préparateur et du voyageur scientifique ou instructions pour la recherche, la préparation, le transport et la conservation des animaux, végétaux, minéraux, fossiles et organismes vivants et pour les études histologiques et anthropologiques.* [1era ed.: 1879], 2ème éd. entièrement refondue par le Dr A.T. de Rochebrune. Paris, Librairie J.B. Baillière et fils.

CARREY Emile, 1875. *Le Pérou ; tableau descriptif, historique et analytique des êtres et des choses de ce pays.* Paris, Garnier.

CASTELNAU Comte Francis de, 1850-59. *Expédition dans les parties centrales de l'Amérique du sud... de 1843 à 1847.* Paris, P. Bertrand. 14 vol.

Catalogue des diverses curiositez et raretez qui sont contenües dans le cabinet du Spectacle de la Nature et de l'Art..., s.d. [1740?] Paris, Imprimerie de la V^ve^ A. Knappen.

Catalogue des objets d'antiquité de la collection ethnographique de feu M. Jomard, 1863. Paris, E. Thunot et Cie.

Catalogue des ouvrages de l'art du cabinet de Melle C...[Clairon], 1773. Paris, Impr. M. Lambert.

Catalogue du Musée fondé et administré par la Société Historique et Archéologique de Langres, 1873. Langres, Au musée.

CAYLUS Comte de, 1764. «Examen d'un passage de Pline dans lequel il est question de la pierre obsidienne», *Mémoires de Littératures, tirés des registres de l'Académie Royale des Inscriptions et Belles-Lettres depuis l'année MDCCLVIII, jusques y compris l'année MDCCLX*, tome XXX: 457-502.

CENTURION-HERRERA E., 1924. *El Perú actual y las colonias extranjeras*. Bergamo, Instituto Italiano d'Arti Grafiche.

CESSAC Léon de, 1882. «Rapport sur une mission au Pérou et en Californie», *Archives des missions scientifiques et littéraires*, 3e série, IX: 333-344. Paris.

CHAILLEU Luc, 1990. «Histoire de la Société d'Ethnographie», *L'Ethnographie*, 86 (I): 89-107. Paris.

CHAMONAL François et Rodolphe, s.d. [1988?] *Voyages, Géographie, Marine, Américana. Catalogue de livres*. Paris.

CHARTON Edouard, 1875. *Rapport fait au nom de la Commission des services administratifs sur la Direction des Beaux-Arts, au Ministère de l'Instruction Publique, des Cultes et des Beaux-Arts. Annexe au P.V de la séance du 8 décembre 1875*. Assemblée Nationale n∞ 3539.

CHARTON Ernest, 1854. *Vol d'un navire dans l'océan Pacifique en 1848 raconté par E. Charton, l'un des passagers*. Paris, Firmin-Didot frères.

CHATELAIN Jean, 1973. *Dominique Vivant Denon et le Louvre de Napoléon*. Paris, Librairie Académique Perrin.

CHAUMEIL Jean-Pierre, 1994. «Una visión de la Amazonía a mediados del siglo XIX: el viajero Paul Marcoy», *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, XXIII (2): 269-295.

CHAVANNES Alexandre-César, 1787. *Essai sur l'éducation intellectuelle, avec le projet d'une science nouvelle*. Lausanne.

CLOZIER René, 1972. *Histoire de la géographie*. Paris, PUF (coll. «Que sais-je?», 65).

COMAS Juan, 1960. «El centenario de las primeras instrucciones para la investigación antropológica en el Perú: 1861», *Revista del Museo Nacional*, Lima, XXX: 331-362.

COMAS Juan, 1974. *Cien años de Congresos Internacionales de Americanistas*. Mexico, Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.

Compañía anónima (limitada) Huacas del Inca, 1887. Lima, Impr. de *El Nacional*.

Compte-rendu du premier Congrès International des Américanistes, 1875. Nancy, Crépin Leblond / Paris, Maisonneuve.

COMTE Auguste, 1868. *Principes de philosophie positive, précédés de la préface d'un disciple, par E. Littré*. Paris, J.B. Baillière et fils.

COPANS Jean et Jean JAMIN, 1978. *Aux origines de l'Anthropologie française. Les Mémoires de la Société des Observateurs de l'Homme en l'an VIII*. Paris, Le Sycomore.

COUTANCE A., 1869. *De la vie et des travaux de Charles Gaudichaud*. Brest, J.P. Gadreau.

CRÉQUI-MONTFORT Georges de et E. SÉNÉCHAL DE LA GRANGE, 1904. «Rapport sur une mission scientifique en Amérique du sud», *Nouvelles Archives des missions scientifiques et littéraires*, XII. Paris.

DAHLGREN E.W., 1907. «Voyages français à destination de la mer du Sud avant Bougainville (1695-1740)», *Nouvelles Archives des missions scientifiques et littéraires*, XIV: 423-568. Paris.

DAVALOS Y LISSON Ricardo, 1875. «El Museo de la Señora Centeno», *El Correo del Perú* n° 36, 5 de septiembre de 1875.

DAVALOS Y LISSON Ricardo, 1876. «La colección de antigüedades peruanas del Sr Macedo», *El Comercio* 10 de febrero de 1876.

DAVILA Pedro et ROME DE L'ISLE, 1767. *Catalogue systématique et raisonné des curiosités de la nature et de l'art, qui composent le cabinet de M. Davila*. Paris, Chez Briasson. 3 vol.

DELAVAUD Louis et Ch. DANGIBEAUD, 1925. «Lettres de Michel Bégon» annotées par... Paris/Saintes, *Archives Historiques de la Saintonge et de l'Aunis*, XLVII.

DÉMEUNIER, Comte Jean-Nicolas, 1776. *L'esprit des usages et des coutumes des différents peuples, ou observations tirées des voyageurs et des historiens*. Londres. Se trouve à Paris chez Pissot librairie. 3 vol.

DEMMIN, Auguste, 1866. *Catalogue par ordre chronologique, ethnologique et générique de la collection céramique de M. Auguste Demmin*. Paris, Renouard.

DEMMIN, Auguste, 1875. *Histoire de la céramique en planches phototypiques inaltérables*. Paris, Renouard.

DENIKER Joseph, [1886-1902]. Artículo «Ethnographie, Ethnologie» en *La Grande Encyclopédie. Inventaire raisonné des sciences, les lettres et des arts. Par une société de savants et de gens de lettres*. Paris, Société anonyme de la Grande Encyclopédie, tome 16: 647-649.

DESJARDINS Ernest, 1858. *Le Pérou avant la Conquête espagnole, d'après les principaux historiens originaux et quelques documents inédits sur les antiquités de ce pays*. Paris, Arthus Bertrand.

DEZALLIER d'Argenville, 1742. *L'histoire naturelle éclaircie dans deux de ses parties principales. La Lithologie et la Conchyliologie dont l'une traite des pierres et l'autre des coquillages*. Paris, Chez de Bure l'aîné.

DIAS Nelia, 1989. «Séries de crânes et armée de squelettes: les collections anthropologiques en France dans la seconde moitié du XIXe siècle», *Bulletin et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, n.s., I (3-4): 203-230. Paris.

DIAS Nelia, 1991. *Le Musée d'Ethnographie du Trocadéro (1878-1908). Anthropologie et Muséologie en France*. Paris, CNRS.

DIDOT-BOTTIN, 1875. *Annuaire du Commerce et de l'Industrie*. Paris, Firmin-Didot.

DIMITRIADIS Gabriel-Michel, 1984. La recherche scientifique et archéologique française au Mexique pendant l'intervention. Mémoire de Maîtrise, Université de Paris I.

DUBOIS Léon Jean Joseph, 1826. *Description des objets d'arts qui composent le cabinet de feu M. le Baron V. Denon*. Paris, Impr. H. Tilliard.

DUCHESNE Aîné et DUBOIS, 1832. *Catalogue des estampes, livres, ouvrages à figures, antiquités et curiosités du Cabinet de feu M. le Comte d'Hauterive*. Paris, Chez Bonnefon de la Vialle, Gibé et Dubois.

DUCHET Michèle, 1978. *Anthropologie et histoire au siècle des Lumières.* [1era ed. 1971, Maspero]. Paris, Flammarion.

DU MERSAN Marion, 1838. *Histoire du Cabinet des Médailles, antiques et pierres gravées.* Paris, Chez l'auteur.

DUNMORE John, 1965-69. *French explorers in the Pacific.* Oxford, Clarenton Press. 2 vol.

DU PETIT-THOUARS Abel Aubert, 1840-43. *Voyage autour du monde sur la frégate «La Vénus» pendant les années 1836-39 publié par....* Paris, Gide. 4 vol.

DUPLESSIS Georges, 1874. *Un curieux du XVIIe siècle. Michel Bégon, intendant de La Rochelle.* Paris, Chez A. Aubry.

DUVIOLS Jean-Paul, 1978. *Voyageurs français en Amérique, colonies espagnoles et portuguaises.* Paris, Bordas (coll. «Études»).

DUVIOLS Jean-Paul, 1985. *L'Amérique espagnole vue et rêvée. Les livres de voyages de Christophe Colomb à Bougainville.* Paris, Ed. Promodis.

ELMORE Enrique et HÖLTIG, 1879. *Directorio de Lima para 1879-1880.* Lima, Impr. del Estado.

Encyclopédie ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers, par une société de gens de lettres, 1751. Paris, Chez Briasson/David/Le Breton/Durand.

Exposition Universelle de 1867. Catalogue général publié par la Commission Impériale. Histoire du travail et Monuments historiques, 1867. Paris, E. Dentu.

Exposition Universelle de 1878. Catalogue du Ministère de l'Instruction publique, des Cultes et des Beaux-Arts, t. II, fasc. 2, Missions et Voyages scientifiques. Exposition théâtrale, 1878. Paris, Impr. de la Société des publications périodiques.

Exposition Universelle de 1878, Paris. Catalogue spécial de l'exposition des sciences anthropologiques, 1878. Paris, Imprimerie Nationale.

Exposition Universelle de 1889 à Paris... Catalogue général officiel. Exposition rétrospective du travail et des sciences anthropologiques, section I: Anthropologie, Ethnographie, 1889. Lille, Impr. L. Daniel.

Exposition Internationale Universelle de 1900. Catalogue général officiel, 1900. Lille, Impr. L. Daniel.

L'Exposition Universelle de 1900. Monographie générale de l'exposition. Règlement. Classification officielle des produits. Vue des monuments. Plan de l'Exposition, 1900. Paris, A. Bertrand et Cie.

FAIVRE J.P., 1953. *L'expansion française dans le Pacifique. 1800-1842.* Paris, Nouvelles éditions latines.

FARDOULIS-VITARD Anne, 1979. Le cabinet du Roi et les anciens cabinets de curiosités des premières collections du Musée de l'Homme. Mémoire de l'EHESS, sous la direction de J. Soustelle, Paris.

FAUQUIER Michel, 1984. Inventaire des collections archéologiques américaines des musées de province français. Avancement des travaux et première synthèse. Mémoire de Maîtrise, Université de Paris I.

FEEST Christian, 1985. «Mexico and South America in the european Wunderkammer» (237-244), en Impey O. et A. Mc Gregor (coord.), *The origins of museums. The cabinet of curiosités in 16th and 17th century Europe.* Oxford, Clarendon press.

Ferrocarril de Lima a La Magdalena y su orilla del mar. Concesiones y estatutos de la compañía, 1873. Lima, Impr. liberal de *El Correo del Perú.*

FÉRUSSAC Baron de, 1831. «Sur le projet d'un Musée ethnographique», *Bulletin des Sciences Historiques (6e section du Bulletin Universel)*, XVIII: 393-409.

FEUILLÉE R.P. Louis, 1714. *Journal des observations physiques, mathématiques et botaniques faites par l'ordre du Roi sur les côtes orientales de l'Amérique méridionale et dans les Indes occidentales depuis 1707 jusque en 1712 par... Paris*, P. Giffart. 2 vol.

FIERRO Alfred, 1983. *La Société de Géographie, 1821-1946*. Centre de recherches d'histoire et de philologie de la IVème section de l'École pratique des Hautes-Études. V. (coll. «Hautes Études Médiévales et Modernes», 52). Paris/Genève, H. Champion/Droz.

FILLON Benjamin, 1848. *Le cabinet de Michel Tiraqueau, Sénéchal de Fontenay*. Fontenay, Robuchon impr.

FISCHER Paul, 1878. «Notice sur la vie et les travaux d'Alcide d'Orbigny», *Bulletin de la Société Géologique de France*, 3ème série, VI: 434-453.

FLACHAIRE DE ROUSTAN Anne, 1987. Étude et inventaire de la collection américaine du Musée Guimet, Muséum d'Histoire naturelle de Lyon. Mémoire de Maîtrise, Université de Paris I.

FRANQUEVILLE Comte de, 1895. *L'Institut de France. Son origine, ses transformations, son organisation*. Paris, A. Picard et fils.

FRÉZIER Amédée-François, 1716. *Relation du voyage de la mer du Sud aux côtes du Chily et du Pérou, fait pendant les années 1712, 1713 et 1714 par...* Paris, Chez J.G. Nyon et E. Ganeau.

FROSSARD E., 1887. *The Boban collection of antiquities, curiosities, manuscripts, etc.* Part II. New York, G.A. Leavitt and Co.

FUENTES Manuel Atanasio, 1860. *Guía de viajeros en Lima*. Lima, Lib. central.

GAILLARD F. et A. PAILLET, 1792. *Catalogue de tous les objets curieux rassemblés par feu M. de Nanteuil*. Paris, Chez Paillet, Gaillard et Lemonnier.

GAUGUIN Paul, 1923. *Avant et après*. Paris, G. Grès et Cie.

GAUTIER Hippolyte, 1867. *Les curiosités de l'Exposition Universelle de 1867*. Paris, Ch. Delagrave et Cie.

GEORGEL Chantal, 1994. *La jeunesse des musées. Les musées de France au XIXe siècle*. Catalogue de l'exposition, sous la direction de... Musée d'Orsay (7 février-8 mai 1994). Paris, Réunion des Musées Nationaux.

GÉRANDO G.M. de, 1800. *Considérations sur les diverses méthodes à suivre dans l'observation des peuples sauvages*. Paris, Société des observateurs de l'Homme.

GERBER Frédéric, 1989. Inventaire et étude des collections américaines des musées de Normandie. Mémoire de Maîtrise. Université de Paris I.

GERBOD Paul, 1989. *L'Europe culturelle et religieuse de 1815 à nos jours* [2da ed.]. Paris, PUF (coll. «Nouvelle Clio, l'Histoire et ses problèmes», 39).

GERVAIS, 1864. *Musée de la Société des Antiquaires de Normandie. Catalogue et description des objets d'art, de l'Antiquité, du Moyen-Age, de la Renaissance et des temps modernes exposés au Musée*. Caen, F. Leblanc-Hardel.

GIGLIOLI Enrico Hillyer, 1876. *Viaggio intorno al globo della regia pirocorvetta italiana «Magenta» con una introduzione etnologica di P. Mantegazza*. Milano, V. Maisner e compagnia.

GLOMY J.B., 1779. *Catalogue raisonné d'antiquités égyptiennes, étrusques, grecques, romaines, gauloises et gothiques, [...] ; Armes anciennes et des sauvages; [...] ;*

Différents morceaux d'Histoire Naturelle des trois règnes, minéral, végétal et animal ; et autres curiosités composant le cabinet de feu M. Picard. Paris, Chez Mérigot Aîné et Glomy.

GONZÁLEZ DE LA ROSA Manuel, 1908. «Estudio de las antigüedades peruanas halladas bajo el guano», *Revista Histórica* (órgano del Instituto Histórico del Perú), III: 39-45. Lima.

GOODMAN Edward, 1972. *The explorers of South America.* New York, Mc Millan/ London, Collier-Mc Millan.

GOSSE Louis-André, 1855. *Essai sur les déformations artificielles du crâne.* Paris, J.B. Baillière.

GOSSE Louis-André, 1860. «Sur les anciennes races du Pérou», *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, 1860: 549-557.

GOSSE Louis-André, 1861a. «Dissertation sur les races qui composaient l'ancienne population du Pérou», *Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, I: 149-176.

GOSSE Louis-André, 1861b. «Questions ethnologiques et médicales relatives au Pérou», *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, 1861: 86-113.

GOULD Stephen Jay, 1983. *La mal-mesure de l'Homme.* Trad. de J. Chabert. Ed. française. Paris, Ramsay.

GRANDIDIER Ernest, 1861. *Voyage dans l'Amérique du Sud; Pérou et Bolivie.* Paris, M. Lévy.

GRASSET SAINT-SAUVEUR Jacques, 1796. *Encyclopédie des voyages, contenant l'abrégé historique des moeurs, visages, habitudes... de tous les peuples, et la collection complette de leurs habillements.* Paris, Chez l'auteur/chez Deroy. 3 vol.

GRATIOLET Pierre-Louis, 1839-57. *Anatomie comparée du système nerveux considéré dans ses rapports avec l'intelligence.* Paris, J.B. Baillière. 2 vol.

GRIFFON DU BELLAY Joelle, 1986. Le Pérou dans la vision des voyageurs du XIXe siècle. Thèse d'État (Lettres et Sciences Humaines), Université de Paris X. 2 vol.

GUILLOCHET Laurence, 1985. Inventaire des collections américaines du Musée d'Histoire naturelle de La Rochelle. Mémoire de Maîtrise d'archéologie précolombienne, Université de Paris I.

GUILLOCHET Laurence, 1986. Inventaire et étude des collections américaines des musées de Boulogne-sur-Mer, Calais, Dunkerque, Saint-Omer, Cholet. Mémoire de D.E.A., Université de Paris I.

GUIMARAES Susana, 1994. Le Musée des antiquités américaines du Louvre (1850-1887). Une vision du collectionnisme américain au XIXe siècle. Mémoire de Maîtrise d'archéologie précolombienne, Universités de Paris I.

GUTIÉRREZ DE QUINTANILLA Emilio, 1921. *Memoria del Director del Museo de Historia Nacional. Esfuerzos y resistencias (1912-1921).* Lima, Taller gráfico del Museo. 2 vol.

HAMILTON SMITH Charles, 1847. *The natural history of human species.* Edinburgh, W.H. Lizars, London, W.H. Allen and Co.

HAMY Ernest Théodore, 1880a. «Le Musée d'Ethnographie», *La Nature*, 2ème semestre 1880: 183. Paris.

HAMY Ernest Théodore, 1880b. *Rapport sur le développement de l'état actuel des collections ethnographiques existant au Ministère de l'Instruction Publique*. Paris, Ch. Delagrave.

HAMY Ernest Théodore, 1882a. «Rapport sur la mission de MM. Pinart et de Cessac dans les deux Amériques», *Archives des missions scientifiques et littéraires*, 3ème série, IX: 323-332. Paris.

HAMY Ernest Théodore, 1882b. «Les collections péruviennes du Dr Macedo», *Revue d'Ethnographie*, janvier/février 1882: 68-71. Paris.

HAMY Ernest Théodore, 1883. «La collection Piñedo», *Revue d'Ethnographie*, novembre-décembre 1883: 563. Paris.

HAMY Ernest Théodore, 1890. *Les origines du Musée d'Ethnographie, histoire et documents*. Paris, Ernest Leroux.

HAMY Ernest Théodore, 1893. *Les derniers jours du jardin du Roi et la fondation du Muséum d'Histoire naturelle*. Paris, Imprimerie Nationale.

HAMY Ernest Théodore, 1905. *Joseph Dombey, médecin, naturaliste, archéologue, explorateur du Pérou, du Chili et du Brésil (1778-1785). Sa vie, son oeuvre, sa correspondance*. Paris, E. Guilmoto.

HAMY Ernest Théodore, 1906. «Liautaud et Gaudichaud. Note pour servir à l'histoire des collections de *La Danaïde* (1839-1843)», *Bulletin du Muséum d'Histoire naturelle*, 12 (7): 439. Paris.

HAMY Ernest Théodore, 1907. «La collection anthropologique du Muséum national d'Histoire naturelle. Leçon d'ouverture du cours d'Anthropologie faite le 11 avril 1907», *L'Anthropologie*, XVIII (1-2): 257-276. Paris.

HAMY Ernest Théodore, s.d. [1904]. *Alexandre de Humboldt et le Muséum d'Histoire Naturelle*. [Extraído de «Nouvelles Archives du Muséum d'Histoire Naturelle», 4ta serie]. Paris, Masson et Cie.

HAMY Ernest-Théodore et A. de QUATREFAGES, 1882. *Les crânes des races humaines*. Paris, Lib. J.B. Baillère et fils.

HARCOURT Raoul d', 1933. «L'Américanisme et la France», en *La science française*, tome 2. [1ra ed. 1915]. Paris, Larousse.

HARCOURT Raoul d', 1969. «Notice nécrologique», *Journal de la Société des Américanistes*, n.s., LVIII: 259-263. Paris.

HARVEY Joy, 1984. «L'évolution transformée, positivistes et matérialistes dans la Société d'Anthropologie de Paris du Second Empire à la IIIème République», en B. Rupp-Eisenreich (ed.), *Histoires de l'Anthropologie (XVIe-XIXe siècles)*: 387-410. Paris, Klincksieck.

HELLE et GLOMY, 1763. *Catalogue d'effets curieux du cabinet de feu M. Hennin*. Paris, Chez Didot.

HOCQUENGHEM A.M., P. TAMASI et Ch. VILLAIN-GANDOSSI (ed.), 1987. *Pre-columbian collections in European Museums*. European Coordination Center for Research and Documentation in Social Sciences. Budapest, Akadémiai Kiadó.

HORKHEIMER Hans, 1965. *Identificación y bibliografía de importantes sitios prehispánicos del Perú (Arqueológicas, 8)*. Lima, Museo Nacional de Antropología y Arqueología.

HUMBOLDT Alexandre de, 1810. *Vues des Cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique*. Paris, Chez F. Schoell.

HUTCHINSON Thomas Joseph, 1873. *Two years in Peru with exploration of its antiquities*. London, Sampton Low, Martson, Law and Searle. 2 vol.

IGNACE Pascale, 1998. Inventaire et étude des collections américaines du Musée du Périgord à Périgueux, du Musée des Beaux-Arts et d'Archéologie de Libourne et du Musée du Tabac de Bergerac. Mémoire de D.E.A., Université de Paris I.

Indice du cabinet de Samuel Veyrel, apoticaire à Xaintes, et observations sur diverses médailles, 1635. Bourdeaux [sic], Pierre de la Caux imprimeur.

Institut de France, 1939. *Index biographique des membres et correspondants de l'Académie des Sciences de 1666 à 1939*. Paris, Ganthier-Villars.

Instructions sommaires pour les voyageurs qui, sans être naturalistes, voudraient contribuer à l'avancement des sciences naturelles, 1876. Paris, Imprimerie Nationale.

JEZEQUEL Ch. A., 1974. Les premiers contacts de la France avec le Chili et le Pérou (1817-1822). Mémoire miméographié.

JOMARD Edmé F., 1848. *De la collection géographique créée à la Bibliothèque royale, examen de ce qu'on a fait et de ce qui reste à faire pour compléter cette création et la rendre digne de la France*. Paris, Impr. E. Duverger.

JOMARD Edmé F., 1853. «Instructions pour les recherches de M. Mimey dans le Pérou. Rapport fait dans la séance du 2 septembre 1853 par M. Jomard, Président de l'Académie, au nom de la commission nommée pour préparer les instructions à donner à M. Mimey», *Mémoires de l'Institut Impérial de France. Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, XX: 66-90. Paris.

JOMARD Edmé F., 1862a. «Du caractère distinctif de l'art ancien dans les deux Amériques», *Revue Orientale et Américaine*, VII: 131-137.

JOMARD Edmé F., 1862b. *Classification méthodique des produits de l'industrie extra-européenne ou objets provenant des voyages lointains, suivie du plan de la classification d'une collection ethnographique complète. Fragment lu à la Société d'Ethnographie, le 12 avril 1862 par....* Paris, Challamel aîné.

JOURDAIN Charles, 1857. *Le budget de l'instruction publique et des établissements scientifiques et littéraires depuis la fondation de l'Université impériale jusqu'à nos jours*. Paris, Hachette.

KIEFFER Philippe, 1925. *Une excursion à Cuelap*. Lima, Librería francesa científica. [obra póstuma].

KIRCHHEIMER Jean-Georges, 1987. *Voyageurs francophones en Amérique hispanique au cours du XIXe siècle*. Paris, Bibliothèque Nationale.

LACOMBE Robert, 1980. «Essai sur les origines et les premiers développements de la Société d'ethnographie», *L'Ethnographie*, LXXVI (83): 329-341.

LA CONDAMINE Charles-Marie de, 1751. *Journal du voyage fait par ordre du Roi à l'Equateur*. Paris, Imprimerie royale.

LAFITAU R.P. S.J., 1724. *Moeurs des sauvages amériquains, comparées aux moeurs des premiers temps*. Paris, Saugrain et Hochereau. 2 vol.

LA HARPE Jean-François, 1825. *Abrégé de l'histoire générale des voyages*. Paris, Ménard et Desenne fils. 14 vol.

LAMING-EMPERAIRE Annette, 1964. *Origines de l'archéologie préhistorique en France*. Paris, Picard et Cie.

LAMY Edouard, s.d. [1930] *Les collections d'Histoire naturelle en France au XVIIIe siècle et le cabinet du Roi (1635-1793)*. Chez l'auteur.

LANGLOIS Louis, 1935. «Recherches archéologiques dans la province de Chachapoyas» (153-167), *XXVIe Congrès International des Américanistes*. Séville.

LAPLACE Cyrille, 1841-54. *Campagne de navigation de la frégate «L'Artémise», pendant les années 1837,1838,1839 et 1840*. Paris, Arthus Bertrand. 6 vol.

LA SALLE, 1845. *Voyage autour du monde exécuté pendant les années 1836 et 1837 sur la corvette «La Bonite» commandée par M. Vaillant, capitaine de Vaisseau*. Paris, Arthus Bertrand.

LASTEYRIE Robert de, 1904. *Bibliographie générale des travaux historiques et archéologiques publiés par les sociétés savantes de France*. Paris, Imprimerie Nationale.

LAVALLÉE Danièle et Luis G. LUMBRERAS, 1985. *Les Andes de la Préhistoire aux Incas*. Paris, Gallimard («L'Univers des formes», série Le Monde précolombien, vol. 2).

LAVANDAIS E.S. de (comte de SARTIGUES), 1851. «Voyage dans les républiques de l'Amérique du sud (1834-1835)», *Revue des Deux Mondes*, IX: 356-379 & 870-907; X: 1020-1059.

LE BLANC Vincent, 1649. *Les voyages fameux du Sieur... marseillois, qu'il a faits depuis l'age de 12 ans jusques à 60, aux 4 parties du monde; à savoir aux Indes orientales et occidentales, en Perse et Pegu...etc Redigez fidellement sur ses memoires, par Pierre Bergeron, et nouvellement reveu corrigé et augmenté par le Sieur Coulon*. Paris, Gervais Clousier.

LEBLOND Jean-Baptiste, 1813. *Voyage aux Antilles et à l'Amérique méridionale, commencé en 1767 et fini en 1802...* Paris, Arthus Bertrand.

LEBRET Eugène, 1853. «Sur la déformation artificielle du crâne en Amérique», *Comptes-rendus des séances et mémoires de la Société de Biologie*, 1era serie, IV: 40-48.

LE GENTIL (DE LA BARBINAIS), 1727. *Nouveau voyage autour du monde... enrichi de plusieurs plans, vues et perspectives des principales villes et ports du Pérou, Chily, Brésil et de la Chine*. Paris, Flahaut. 3 vol.

LEJÉAL Léon, 1902. «La collection de M. de Sartigues et les «Aryballes» péruviens du Musée ethnographique du Trocadéro» (75-83), *XIIIth International Congress of Americanists*. New York.

LEJÉAL Léon, 1903. *L'Archéologie américaine et les études américanistes en France*. Leçon d'ouverture du cours d'antiquités américaines au Collège de France. [Extraído de la *Revue Internationale de l'Enseignement*]. Paris, A. Chevalier-Marescy et Cie.

LEJEUNE Dominique, 1987. Les sociétés de Géographie en France dans le mouvement social et intellectuel du XIXe siècle. Thèse de Doctorat d'État ès Lettres (Histoire). U.E.R. d'Histoire, Université de Paris X-Nanterre. 4 vol.

LEJEUNE Dominique, 1993. *Les sociétés de géographie en France et l'expansion coloniale au XIXe siècle*. Paris, Bibliothèque Albin Michel (Histoire).

LEMAITRE A., 1878. *Le Louvre. Monument et Musée depuis leurs origines jusqu'à nos jours*. Paris, Siège de la Société Française de Numismatique.

LEMAY Gaston, 1879. *A bord de la Junon*. Paris, G. Charpentier.

LENOIR Alexandre, 1832. «Antiquités mexicaines», *Journal des Artistes et des Amateurs*, 12 février 1832 (I, 7): 125-29.

LENORMANT François, 1867. *Description des antiquités égyptiennes, babyloniennes, assyriennes, mèdes, perses, phéniciennes, grecques, romaines, étrusques et américaines composant la collection de feu M. A. Raifé.* Paris, Impr. de A.D. Lainé et J. Harvard.

LE ROI J.A., 1869. *Catalogue du cabinet de curiosités et d'objets d'art de la bibliothèque publique de la Ville de Versailles.* Versailles, Impr. E. Aubert.

LESSON René Primevère, 1839. *Journal d'un voyage pittoresque autour du monde exécuté sur la corvette «La Coquille», commandée par L.I. Duperrey.* Paris, P. Pourrat frères. 2 vol.

LETTSOM John Coakley, 1775. *Le voyageur naturaliste, ou instructions sur les moyens de ramasser les objets d'histoire naturelle, et de les bien conserver.* Amsterdam, se trouve à Paris chez Lacombes.

LIESVILLE A.R. de, 1879. *Exposition Universelle de 1878. Coup d'oeil général sur l'exposition historique de l'art ancien (Palais du Trocadéro).* Paris, Honoré Champion.

LONGPÉRIER Adrien de, 1850. *Notice des monuments exposés dans la salle des Antiquités américaines au Musée du Louvre.* Paris.

LÓPEZ Vicente Fidel, 1871. *Les races aryennes du Pérou. Leur langue. Leur religion. Leur histoire.* Paris, librairie Franck; Montevideo, chez l'auteur.

LUGT Frits, 1937. *Répertoire des catalogues de ventes publiques.* La Haye, Martinus Nijhoff.

MACERA Pablo, 1976. *La imagen francesa del Perú (siglo XVI-XIX).* Lima, Instituto Nacional de Cultura.

MACEDO José Mariano, 1881. *Catalogue d'objets archéologiques du Pérou de l'ancien empire des Incas.* Paris, Imprimerie Hispano-américaine.

MAILLARD Ossian, 1869. *De Paris à Lima.* Paris, Impr. Poitevin.

MALINGUE Maurice, 1987. *La vie prodigieuse de Gauguin.* Paris, Buchet-Chastel.

MARCOY Paul, 1861. *Scènes et paysages dans les Andes.* Paris, Hachette. 2 vol.

MARCOY Paul, 1869. *Voyage à travers l'Amérique du Sud, de l'océan Pacifique à l'océan Atlantique.* Paris, Hachette. 2 vol.

MARCOY Paul, 1870-72. «Voyage dans les vallées de Quinquinas (1849-1861)», *Le Tour du Monde,* XXI: 1-112, XXII: 97-144, XXIII: 65-176. Paris.

MARCOY Paul, 1875. «Voyage dans l'Entre-Sierra, la vallée de Huarancalqui et les régions du Pajonal (Bas-Pérou)», *Le Tour du Monde,* XXIX: 113-192, Paris.

MARCOY Paul, 1877. «Voyage dans la région du Titicaca et dans les vallées de l'est du Bas-Pérou», *Le Tour du Monde,* XXXIII: 257-336. Paris.

MARTINET Henri, 1880. *El Perú en la exposición de París de 1878.* Lima, Impr. del Universo de Prince y Buxa.

MARTINOLI Véronique, 1991. Inventaire des céramiques américaines du Musée National de Céramique à Sèvres. Mémoire de Maîtrise, Université de Paris I. 2 vol.

MASSON Philippe, 1981. *Histoire de la marine.* Paris/Limoges, Ch. Lavauzelle. 2 vol.

MELLET Julien, 1823. *Voyage dans l'Amérique méridionale, à l'intérieur de la côte-ferme et aux îles de Cuba et de la Jamaïque, depuis 1808 jusqu'en 1819....* Agen, Impr. de P. Noubel.

MERLE Christine, 1990. Musée de la Castre, Cannes; Musée Calvet, Avignon. Mémoire de Maîtrise, Université de Paris I.

MICHEL Ernest, 1887-88. *A travers l'hémisphère sud ou mon second voyage autour du monde*. Paris, V. Palmé. 2 vol.

MICHEL Henri, 1887. *Note sur quelques plantes américaines pouvant être acclimatées en France*. Besançon, Impr. Dodivers.

MIÈGE Jean-Louis, 1986. *Expansion européenne et décolonisation de 1870 à nos jours*. [2da ed.]. Paris, PUF (coll. «Nouvelle Clio, l'Histoire et ses problèmes», 28).

MILHORAT Françoise, 1990. Collections américaines dans les musées des régions de Midi-Pyrénées, Languedoc-Roussillon et Aquitaine. Mémoire de Maîtrise, Université de Toulouse-Le Mirail.

MILLA BATRES Carlos (ed.), 1986. *Diccionario histórico y biográfico del Perú: siglos XV-XX*. Lima, Milla Batres. 9 volúmenes.

MILNE-EDWARDS Alphonse, 1893. *Leçon d'ouverture faite le 25 avril 1893. Enseignement spécial pour les voyageurs*. Paris, Imprimerie Nationale.

MINGUET Charles, 1969. *Alexandre de Humboldt, historien et géographe de l'Amérique espagnole (1799-1804)*. Château-Gonthier, Impr. de l'Indépendant.

Ministère de l'Agriculture et du Commerce, 1881. *Congrès International des Sciences Ethnographiques, tenu à Paris du 15 au 18 juillet 1878. Exposition Universelle Internationale de 1878 à Paris. Congrès et conférences du Palais du Trocadéro*. Comptes-rendus sténographiques publiés sous les auspices du comité central des congrès et conférences et la direction de Ch. Thirion. Paris, Imprimerie Nationale.

Ministère de l'Instruction publique, 1845-48. *Compte définitif des dépenses de l'exercice... [1843/1844/1845/1846]*. Paris, Imprimerie Royale.

Ministère de l'Instruction publique et des Cultes, 1859-67. *Compte définitif des dépenses de l'exercice... [1857/1858/1859/1863/1864/1865]*. Paris, Imprimerie Impériale.

Ministère de l'Instruction publique, des Cultes et des Beaux-Arts, 1875-84. *Compte définitif des dépenses de l'exercice... [1871/1872/1873/1874/1875/1876 /1877/1878/ 1879/1880/1881/1882]*. Paris, Imprimerie Nationale.

MONCHAL Muriel, 1987. Les Français et l'étude du Mexique préhispanique autour d'un ouvrage français «Antiquités mexicaines (1834-1836)». Mémoire, Université de Paris I.

MONGNE Pascal, 1988. *Trésors américains. Collections du Musée des Jacobins d'Auch*. Boulogne-Billancourt, Ed. du Griot.

MONGNE Pascal, 1989. «Collectionnisme et contrefaçon en art précolombien. Un exemple concret: les urnes funéraires zapotèques» (Communication au 46e Congrès International des Américanistes, Amsterdam, 1988), *Museologia Scientifica*, VI (1-4): 283-293. Verona, Associazione Nazionale Musei Scientifici Orti Botanici Giardini Zoologici Acquari.

MONNIER Marcel, 1890. *Des Andes au Para, Équateur, Pérou, Amazonie*. Paris, E. Plon-Nourrit et Cie.

MONNIER Marcel, 1899. *Cajamarca, la capitale de l'Inca*. Paris, Plon.

MONOD E., 1890. *L'Exposition Universelle de 1889. Grand ouvrage illustré historique, encyclopédique, descriptif, publié sous le patronnage de M. le Ministre du Commerce, de l'Industrie et des Colonies*. Paris, E. Dentu.

MONTÉMONT Albert, 1883. *Histoire universelle des voyages effectués par mer et par terre dans les 5 parties du monde, sur les divers points du globe. Revue ou traduite par A. Montémont*. Paris, A. Aubrée. 46 vol. et 1 vol. de planches.

MORTILLET Gabriel de, 1877. «Cimetière d'Ancón», *La Nature*: 279-283.

MORTON Samuel George, 1839. *Crania Americana; or a comparative view of the skulls of various aboriginal nations of North and South America to which is prefixed an essay on the varieties of the human species*. London, Simpkin, Marshall and Co.

MORTON Samuel George, 1841. «On the ancient Peruvians», *Proceedings of the Academy of Natural Sciences of Philadelphia*, I, 3: 35-38.

MORTON Samuel George, 1846. *Some observations on the ethnography and archaeology of the american aborigines* (extraído del *American Journal of Science*, vol II, 2da serie), New Haven, printed by B.L. Hamlen.

«Musée de la Marine», *Magasin Pittoresque*, 1838, VI: 271-272 et 399-400.

«Le Musée Naval du Louvre», *Magasin Pittoresque*, 1847, XV: 11-14.

«Musée des antiquités américaines, au Louvre», *Magasin Pittoresque*, 1853, XXI: 123-127.

Musée d'Orsay, 1994. *La Science pour tous*. Catalogue de l'exposition-dossier au Musée d'Orsay (14 mars-12 juin 1994). Paris, Réunion des Musées Nationaux.

Musée des Antiquités nationales de St-Germain-en-Laye, 1989. *Catalogue sommaire illustré des collections du musée..., vol. 2: Archéologie comparée (Europe orientale. Asie. Océanie. Amérique)*. Paris, Réunion des Musées Nationaux.

Musée du Louvre, 1989. *Les donateurs du Musée du Louvre*. Catalogue de l'exposition au Musée du Louvre (4 avril-21 août 1989). Paris, Réunion des Musées Nationaux.

Musée du Louvre, 2000. *Dominique Vivant Denon. L'oeil de Napoléon*. Catalogue de l'exposition au Musée du Louvre. Paris, Réunion des Musées Nationaux.

Musée National des Arts Africains et Océaniens, 1990. *De Jade et de nacre. Patrimoine artistique Kanak*. Catalogue de l'exposition; Musée territorial de Nouvelle-Calédonie, Nouméa (mars-avril 1990)/Musée National des Arts Africains et Océaniens, Paris (octobre 1990-janvier 1991). Réunion des Musées Nationaux, Paris.

Muséum d'Histoire naturelle, 1818. *Instructions pour les voyageurs et pour les employés des colonies sur la manière de recueillir, de conserver et d'envoyer les objets d'histoire naturelle. Rédigées sur l'invitation de son Excellence le Ministre de la Marine et des Colonies par l'administration du Muséum d'Histoire naturelle*. Paris, Impr. A. Belin.

Muséum d'Histoire naturelle, 1818, 1824. *Instructions pour les voyageurs...* [2da ed., (nueva impresión en 1827)]. Paris, Impr. A. Belin.

Muséum d'Histoire naturelle, 1818, 1829. *Instructions pour les voyageurs...* [3ra ed.]. Paris, Impr. A. Belin.

Muséum d'Histoire naturelle, 1818, 1845. *Instructions pour les voyageurs...* [4ta ed.]. Paris, A. Siron.

Muséum d'Histoire naturelle, 1818, 1860. *Instructions pour les voyageurs...* [5ta ed.]. Paris, Impr. L. Martinet.

Muséum d'Histoire naturelle, 1818, 1882. *Instructions pour MM. les officiers de la Marine qui voudraient faire des collections d'histoire naturelle destinées au Muséum de Paris. par MM. les professeurs-administrateurs du Muséum*. Paris, Berger-Levrault.

NELTRAY Jean de, 1886. *Fouilles et voyages au pays des Incas*. Sens, Impr. C. Duchemin.

Nos petites Amériques

NUÑEZ Estuardo, 1989. *Viajes y viajeros por el Perú*. Lima.

ONFFROY DE THORON Enrique, 1866. *Amérique équatoriale. Son histoire pittoresque et politique. Sa géographie et ses richesses naturelles. Son état présent et son avenir*. Paris, J. Renouard.

ORBIGNY Alcide Dessalines d', 1835-45. *Voyage dans l'Amérique méridionale*. Paris/ Strasbourg, P. Bertrand. 9 vol.

ORBIGNY Alcide Dessalines d', 1839. *L'Homme américain*. Paris, Pitois-Levrault. 2. vol.

ORDINAIRE Olivier, 1888. *Impressions de voyage du Callao à Tarma (Pérou)*. [Extraído de *Mémoires de la Société d'Émulation du Doubs*, sesión del 18 junio de 1887]. Besançon, Impr. Dolivers.

ORDINAIRE Olivier, 1892. *Du Pacifique à l'Atlantique par les Andes péruviennes et l'Amazone. Une exploration des montagnes du Yamachaga et du Río Palcazu, les sauvages du Pérou*. Paris, E. Plon, Nourrit et Cie.

PAPILLON Georges, 1909. *Manufacture nationale de Sèvres. Guide illustré du Musée céramique*. Paris, E. Leroux.

PARMENTER Ross, 1966. *Explorer, linguist and ethnologist. A descriptive bibliography of the published works of Alphonse Louis Pinart, with notes on his life*. Los Angeles, Southwest Museum.

PECTOR Désiré, 1900. *Notes sur l'Américanisme. Quelques-unes de ses lacunes en 1900*. Paris, J. Maisonneuve.

PENTLAND Joseph Barclay, 1835. «On the ancient inhabitants of the Andes» (264), *Report of the 4th meeting of the British Association for the Advancement of Science*. London, J. Murray.

POMIAN Krzysztof, 1987. *Collectionneurs, amateurs et curieux. Paris-Venise, XVI-XVIIIe siècle*. Paris, Gallimard (NRF).

PORRAS BARRENECHEA Raúl, 1958. *La culture française au Pérou (discours et écrits)*. Lima.

POUGUET Martial, 1992. Collections américaines des musées de Franche-Comté (Belfort, Besançon, Lons-le-Saunier, Luxeuil, Montbéliard). Mémoire de Maîtrise, Université de Paris I.

PROPIAC le chevalier de, 1824. *Beautés de l'histoire du Pérou*. Paris, Vernarel et Tenon.

QUATREFAGES Armand de, 1867. *Rapport sur les progrès de l'Anthropologie*. Paris. Imprimerie Impériale.

QUATREFAGES Armand de, 1884. *Hommes fossiles et hommes sauvages. Études d'anthropologie*. Paris, Libr. J.B. Baillière et fils.

RAVINES Rogger, 1970. *Cien años de arqueología en el Perú*. Lima, Edición de Petróleos del Perú.

REICHLEN Henry et Paule, 1950. «Recherches archéologiques dans les Andes du Haut-Utcubamba. Deuxième rapport de la Mission Ethnologique Française au Pérou septentrional», *Journal de la Société des Américanistes*, XXXIX: 219-246. Paris.

REICHLEN Henry et Robert HEIZER, 1963. «La mission de Léon de Cessac en Californie, 1877-1879», *Objets et Mondes*, III (1): 17-34. Paris.

RÉMY Pierre, 1766. *Catalogue raisonné des curiosités qui composaient le cabinet de feu Mme Dubois-Jourdain*. Paris, Chez Didot l'Aîné.

RÉMY Pierre, 1767. *Catalogue raisonné des tableaux, dessins et estampes, et autres effets curieux, après le décès de M. de Julienne, Ecuyer, chevalier de St-Michel et Honoraire de l'Académie Royale de peinture et de sculpture*. Paris, Chez Vente.

RENAULD Jules, 1879. «La céramique péruvienne de la Société d'Études Américaines fondée à Nancy» (470-493), *Compte-rendu du IIIème Congrès International des Américanistes* (Bruxelles, 1879). Bruxelles.

RETZIUS Anders Adolf, 1849. «Ueber dis schädelform der Peruaner», *Archiv für Anatomie, Physiologie und Wissenschaftliche Medecin, in Verbindung mit mehreren Gelehrte*, 1849: 171-181.

RETZIUS Anders Adolf, 1860. «Coup d'oeil sur l'état actuel de l'ethnologie au point de vue de la forme du crâne osseux», *Bibliothèque Universelle. Archives des Sciences physiques et naturelles*, n.s., VII: 151-171 et 256-278. Genève.

REYNIERS François, 1966. *Sèvres. Céramiques américaines. Musée National de Céramique*. Paris, Ed. des Musées Nationaux (Inventaire des collections publiques françaises, n° 12).

RICHARD Nathalie, 1992. «L'institutionnalisation de la préhistoire» (189-207), *Les débuts des sciences de l'homme (communications n°54)*, EHESS; Centre d'Études Transdisciplinaires (Sociologie, Anthropologie, Politique), Paris, Seuil.

RITA Carla M., 1989. Nineteenth-century collections in Italian University Museums: a reconsideration of the pre-columbian treasures in Pisa», *Museologia Scientifica*, VI (1-4): 187-190. Verona, Associazione Nazionale Musei Scientifici Orti Botanici Giardini Zoologici Acquari.

RIVERO Mariano Eduardo y Juan Diego TSCHUDI, 1851. *Antigüedades peruanas*. Viena, Imprenta Imperial de la Corte y del Estado. 2 vol.

RIVET Paul, 1910. «Graines et tubercules des tombeaux péruviens», *Journal de la Société des Américanistes*, ns, VII: 334-335.

RIVET Paul, 1933. *D'Orbigny ethnologue*. Extrait du volume «Commémoration du voyage d'Alcide d'Orbigny en Amérique du sud (1826-1833)», (Publications du Muséum d'Histoire naturelle, n° 3). Paris, Masson et Cie.

RIVIALE Pascal, 1984. Inventaire des collections américaines du Muséum d'Histoire naturelle de Toulouse. Mémoire de Maîtrise, Université de Paris I.

RIVIALE Pascal, 1987. «Historique des collections», en *Ancien Pérou, vie, pouvoir et mort*: 17-21. Muséum national d'Histoire naturelle / Musée de l'Homme, exposition du cinquantenaire (Paris, mai 1987-janvier 1988). Nathan, Paris.

RIVIALE Pascal, 1989a. «Les antiquités péruviennes dans les musées français du XIXème siècle. Acteurs et moteurs de la recherche». *Museologia Scientifica*, VI (1-4): 191-201. Verona, Associazione Nazionale Musei Scientifici Orti Botanici Giardini Zoologici Acquari.

RIVIALE Pascal, 1989b. «Archéologie et sociabilité. La délégation du Pérou au premier Congrès International des Américanistes, Nancy, 1875», *Bulletin de L'Institut Français d'Etudes Andines*, XVIII (1): 55-64. Lima.

RIVIALE Pascal, 1991a. Les Français à la recherche des antiquités du Pérou préhispanique au XIXe siècle (1821-1914). Les hommes et les institutions.

Thèse de Doctorat d'Histoire, Université de Paris VII, UFR de Géographie, Histoire, Sciences sociales.

RIVIALE Pascal, 1991b. «Piura et sa région vus par les voyageurs français aux XVIIIe et XIXe siècles», *Bulletin de L'Institut Français d'Etudes Andines*, XX (2): 511-534. Lima.

RIVIALE Pascal, 1993a. «Les antiquités péruviennes et la curiosité américaine en France sous l'Ancien Régime», *Histoire de l'Art*, 21-22 («Collections et collectionneurs»): 37-45. Paris.

RIVIALE Pascal, 1993b. «Charles Wiener, viajero científico u hombre de los medios?» (847-853), en Charles Wiener *Perú y Bolivia* (traducido al castellano por Edgardo Rivera Martínez), Lima, IFEA-UNMSM.

RIVIALE Pascal, 1995a. «L'américanisme français à la veille de la fondation de la Société des Américanistes», *Journal de la Société des Américanistes*, 81: 207-229. Paris.

RIVIALE Pascal, 1995b. «L'Ethnographie. De l'indigène au musée» (147-165), en Isabelle Poutrin (ed.) *Le XIXe siècle. Science, politique et tradition*. Paris, Berger-Levrault.

RIVIALE Pascal, 1996a. «Les instructions archéologiques pour le Pérou. Deux exemples, deux conceptions distinctes de la recherche pour un domaine en quête d'identité» (175-200), en Claude Blanckaert (ed.) *Le terrain des sciences humaines. Instructions et enquêtes (XVIIIe-XXe siècles)*. Paris, L'Harmattan.

RIVIALE Pascal, 1996b. *Un siècle d'archéologie française au Pérou (1821-1914)*. Paris, L'Harmattan.

RIVIALE Pascal, 1999. «La science en marche au pas cadencé : les recherches archéologiques et anthropologiques durant l'Intervention française au Mexique (1862-1867)», *Journal de la Société des Américanistes*, 85 : 307-341.

RIVIALE Pascal, 2000a. «Las instrucciones científicas francesas para el estudio del Perú prehispánico (siglos XVIII-XIX), *Bulletin de L'Institut Français d'Etudes Andines*, 29(1): 29-61. Lima.

RIVIALE Pascal, 2000b. «L'œuvre archéologique d'Alcide d'Orbigny» (363-386), en Philippe de Laborde Pédelahore (dir.) *Alcide d'Orbigny à la découverte des nouvelles républiques sud américaines*. Biarritz, Atlantica.

ROBERT L., 1889. *Catalogue des collections composant le Musée de l'Artillerie en 1889*. Paris, Imprimerie Nationale.

ROQUEFEUIL Camille, 1823. *Journal d'un voyage autour du monde, pendant les années 1816, 1817, 1818 et 1819*. Paris, Ponthieu. 2 vol.

ROSNY Léon de, 1900. *Traité d'ethnographie théorique et descriptive*. Paris, Ledoux.

ROSNY Lucien de, 1875. «Introduction à l'histoire de la céramique chez les indiens du Nouveau-monde», *Archives de la Société Américaine de France*, 2e série, I: 147-185.

ROWE John H., s.d. *Cuadro cronológico de exploraciones y descubrimientos en la arqueología peruana, 1863-1955*. Publicaciones del Instituto de Investigaciones antropológicas (*Arqueológicas*, 4). Museo Nacional de Antropología y Arqueología, Lima.

SACO María Luisa, 1978. *Fuentes para el estudio del arte peruano pre-colombino*. Lima, Instituto Nacional de Investigación y Desarrollo de la Educación.

SAINT-JOHN Bayle, 1855. *The Louvre or biography of a museum*. London, Chapman and Hall.

SAUZAY Alfred, 1861. *Catalogue du Musée Sauvageot*. Paris, Charles de Mourgues frères.

SAWYER Alan R., 1982. «The falsifications of ancient peruvian slip-decorated ceramics» (19-36), en E. Boone (ed.): *Falsifications and misreconstructions of pre-columbian art*. Washington, Trustees for Harvard University, Dumbarton Oaks.

SCHNAPPER Antoine, 1988. *Le géant, la licorne et la tulipe. Collections et collectionneurs dans la France du XVIIe siècle; I: Histoire et histoire naturelle*. Paris, Flammarion (série *Art, Histoire, Sociétés*).

Société d'Anthropologie de Paris, 1865. *Instructions générales pour les recherches anthropologiques (anatomie et physiologie)*. Paris, V. Masson et fils.

Société de Géographie de Paris, [1856].*Questions et instructions pour les voyageurs et toutes les personnes qui s'intéressent aux progrès de la géographie*. 2da serie. Paris, Chez M.A. Bertrand.

Société de Géographie de Paris, 1875. *Instructions générales aux voyageurs*. Paris, Delagrave.

SQUIER Ephraim George, 1877. *Peru. Incidents of travel and exploration in the land of the Incas*. London, Macmillan and co.

STOCKING George W., 1984. «Qu'est-ce qui est en jeu dans un nom? la Société d'Ethnographie et l'historiographie de l''anthropologie' en France» (421-430), en B. Rupp-Eisenreich (ed): Histoires de l'anthropologie (XVIe-XIXe siècles). Paris, Klincksieck.

TAILLEMITE Etienne, 1988. *L'Histoire ignorée de la Marine française*. Paris, Librairie académique Perrin.

TALADOIRE Eric, 1989. «Les collections américaines des musées de province français: problèmes et définitions» *Museologia Scientifica*, VI (1-4): 81-89. Verona, Associazione Nazionale Musei Scientifici Orti Botanici Giardini Zoologici Acquari.

TALADOIRE Eric, 1992. «Répertoire préliminaire des collections américanistes dans les musées d'Europe», *Bulletin des Musées Royaux d'Art et d'Histoire*, 63: 269-295. Bruxelles.

TATON René, 1986. *Enseignement et diffusion des sciences en France au XVIIIe siècle*. Paris, Hermann.

TELLO Julio C. y Torribio MEJÍA XESSPE, 1967. *Historia de los museos nacionales del Perú 1822-1946*. Publicaciones del Instituto de Investigaciones antropológicas (*Arqueologicas*, 10). Lima, Museo Nacional de Antropología y Arqueología e Instituto y Museo de Arqueología de la Universidad Nacional de San Marcos.

TERNAUX-COMPANS Henri, 1837. *Bibliothèque américaine ou catalogue des ouvrages relatifs à l'Amérique qui ont paru depuis sa découverte jusqu'à 1700*. Paris, Arthus-Bertrand.

THIERY, 1786. *Guide des amateurs et des étrangers voyageurs à Paris, ou description raisonnée de cette ville et de tout ce qu'elle contient de remarquable*. Paris, Chez Hardouin et Gattey.

TRÉMEAU DE ROCHEBRUNE Dr. Alphonse, 1879. *Recherche ethno-botanique sur la flore des sépultures péruviennes d'Ancón*. Paris, Masson.

TRICHET Pierre, [1635]. *Dénombrement de diverses et curieuses choses du cabinet de Pierre Trichet Bourdelois*. s.l.n.d.

TRISTAN Flora, 1838. *Pérégrinations d'une paria.* Paris, Arthus-Bertrand.

TURGOT, 1758. *Mémoire instructif sur la manière de rassembler, de préparer, de conserver et d'envoyer les diverses curiosités d'Histoire naturelle.* À Paris, Chez Jean-Marie Bruyset.

TYLOR Edward B., 1876-78. *La civilisation primitive.* Traduit de l'Anglais sur la deuxième édition par Pauline Brunet et Ed. Barbier. Paris, C. Reinwald et Cie. 2 vol.

VALLOIS H.V., 1960. «La Société d'Anthropologie de Paris 1859-1959», *Bulletin et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, 11ème série, I: 293-312. Paris.

VAPEREAU Gustave, 1880. *Dictionnaire universel des contemporains.* [5ta ed.]. Paris, Hachette.

VERMEULEN Han F., 1995. «Origins and institutionalization of ethnography in Europe and the USA, 1771-1845» (29-59), en Han F.Vermeulen and Arturo Alvarez Roldán: *Fieldwork and footnotes. Studies in the history of European anthropology.* London and New York, Routledge.

VERNEAU René, 1914. «Nécrologie de Charles Wiener», *Journal de la Société des Américanistes*, XI, fasc.1: 249-251. Paris.

VIAULT François, 1895. *Sensations d'Amérique: Antilles, Panamá, Pérou, Cordillère, Equateur.* Paris, Société d'éditions littéraires.

VIDAL-SENÈZE Pierre et Jean NOETZLI, 1885. «Voyage dans les républiques de l'Equateur et du Pérou (1876-1877)», *Bulletin de la Société Géographique de Paris*, 7ème série, VI: 523-593.

WATTEVILLE Baron Oscar Amédée de, 1876. *Rapport au Ministre de l'Instruction publique et des Beaux-Arts sur le Service des Missions et voyages scientifiques.* Paris, Imprimerie Nationale.

WATTEVILLE Baron Oscar Amédée de, 1877a. *Rapport à M. Waddington, Ministre de l'Instruction publique et des Beaux-Arts, sur le Service des Missions et voyages scientifiques en 1876.* Paris, Imprimerie Nationale.

WATTEVILLE Baron Oscar Amédée de, 1877b. «Rapport au Ministre de l'Instruction publique sur le musée ethnographique», *Journal Officiel*, 19 novembre 1877: 7547-7548.

WATTEVILLE Baron Oscar Amédée de, 1879. «Rapport adressé à M. le Ministre de l'Instruction publique sur le muséum ethnographique des missions scientifiques», *Archives des Missions scientifiques et littéraires*, 3ème série, V: 1-8.

WATTEVILLE Baron Oscar Amédée de, 1886. *Rapport administratif sur l'exposition spéciale du Ministère de l'Instruction publique à l'Exposition universelle de 1878.* Paris, Hachette.

WEDDELL Hugh Algernon, 1853. *Voyage dans le nord de la Bolivie et dans les parties voisines du Pérou, on visite un district aurifère de Tipuani.* Paris, P. Bertrand.

WIENER Charles, 1874. *Essai sur les institutions politiques, religieuses, économiques et sociales de l'empire des Incas.* Paris, Maisonneuve.

WIENER Charles, 1878. «Expédition scientifique française au Pérou et en Bolivie... 1875-1877», *Le Tour du Monde*, XXXV: 1-32.

WIENER Charles, 1880. *Pérou et Bolivie.* Paris, Hachette.

WIENER Charles, 1884. «Amazones et cordillères (1879-1882)», *Le Tour du Monde*, XLVIII: 337-416.

WILLEY Gordon R. and Jeremy A. SABLOFF, 1974. *A history of american archaeology*. London, Thames and Hudson («The World of Archaeology», 1).

WILLIAMS Elizabeth, 1985. «Art and artifact at the Trocadero. Ars americana and the Primitivist Revolution» (146-166), en G.W. Stocking: *Objects and others. Essays on museums and material culture*. Madison, University of Wisconsin Press (coll. *History of Anthropology*, vol. 3).

YEPES DEL CASTILLO Ernesto, 1971. *Perú 1820-1920. Un siglo de desarrollo capitalista*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, Ediciones Campodónico.

III. PERIÓDICOS REVISADOS DE MANERA SISTEMÁTICA

	Abreviaciones usuales
Actes de la Société d'Ethnographie (Paris) Tomo 1 (1860) a 9 (1878)	*Actes Soc. Ethnog.*
Annuaire de la Société d'Ethnographie (Paris) De 1861 a 1864, y de 1874 a 1878	*Ann. Soc. Ethnog.*
Annuaire du Comité d'Archéologie Américaine [puis *de la Société Américaine de France*] (Paris) Tomo 1 (1863/1865) Tomo 2 (1866/1873)[tomo igualmente publicado bajo el título siguiente: *Annuaire de la Société Américaine de France*] Tomo 3 (1875) [idem]	*Ann. Com. Archéo. Am.*
Archives de la Société Américaine de France (Paris) Nouvelle série, tomo 1 (1875) a 4 (1886)	*Arch. Soc. Am. Fra.*
Bulletin de la Société d'Anthropologie de Bordeaux et du Sud-Ouest (Bordeaux) Tomo 1 (1884) a 6 (1889-1891)	*BSAB*
Bulletin de la Société d'Anthropologie de Lyon (Lyon) Tomo 1 (1881-1882) a 10 (1891)	*BSAL*
Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris (Paris) 1860 a 1899 *Bulletin des Sciences géographiques etc. Economie publique; voyages.* [6a sección del *Bulletin Universel des Sciences et de l'Industrie*, publicado bajo la	*BSAP*

dirección del Baron de Férussac] (Paris) Tomo 1 (1824) a 8 (1828)

Bulletin des Sciences Historiques, Antiquités, Philologie [7ta sección del Bulletin Universel] (Paris) Tomo 9 (1828) a 19 (1831)

El Comercio, Lima 1873-1878

Comptes-rendus hebdomadaires des séances de l' Académie des Sciences publiés par MM. les secrétaires perpétuels (Paris) Volumen 1 (1835) a 88 (1879) — *C. R. Acad. Sciences*

Le Correspondant (Paris) Tablas 1843-1900

L'Illustration (Paris) Tablas 1843-1932

Journal de la Société des Américanistes (Paris) 1896-1914. — *JSA*

Le Magasin Pittoresque (Paris) Tablas 1833-1882

Mémoires de l'Institut National de France (Paris) Académie des Inscriptions et Belles-Lettres Tablas 1831-1884

[*Missions Scientifiques et Littéraires*] (Paris)
- *Archives des* [...]
Tomo 1 (1850) a 3a serie, tomo 15 (1889)
Tabla 3ra serie, tomo 15 bis (1890)
- *Nouvelles Archives des* [...] — *Nelles Arch. Miss. Scientif.*
Tomo 1 (1890) a 27 (1917/1924)

La Nature (Paris) 1875 a 1880

Nouvelles Annales des Voyages et des Sciences géographiques (Paris) 1819 a 1839

Revue d'Anthropologie (Paris) 1872 a 1889

Revue d'Ethnographie (Paris) 1882 a 1889

La Revue des Deux-Mondes Tablas 1831-1901

Revue Orientale et Américaine [o Mémoires de la Société d'Ethnographie] (Paris) Tomo 1 (1859) a nueva serie, tomo 5 (1900)

[*Société de Géographie*] (Paris)
- *Bulletin de la* [...] *BSGP*
Tomo 1 (1822) a 7a serie, tomo 14 (1893)
- *Comptes-rendus des séances de la* [...]
1882 a 1889

[*Société Ethnologique*] (Paris)
- *Mémoires de la* [...] *MSE*
1841
- *Bulletin de la* [...] *BSE*
Tomo 1 (1846); tomo 2 (1847)

Le Temps (Paris) Tablas 1861-1897

Le Tour du Monde [«Le Nouveau Journal des Voyages»] (Paris) Tablas 1860-1894

ANEXOS

Anexo 1

ÍNDICE BIOGRÁFICO DE LOS VIAJEROS, COLECCIONISTAS Y DONADORES DE ANTIGÜEDADES PERUANAS EN FRANCIA EN EL SIGLO XIX

Presentamos a continuación el corpus sobre el cual hemos basado nuestro estudio. La designación de "viajeros/coleccionistas/donadores," vaga como es, tiene sin embargo la ventaja de cubrir casi la totalidad de los casos de las figuras de las que hemos tratado, pues hemos tomado en consideración toda persona conocida o mencionada por haber estado en posesión (por un lapso más o menos largo) de antigüedades andinas a lo largo del siglo XIX —un siglo XIX prolongado hasta la víspera de la primera guerra mundial, por razones que hemos explicado ya en la introducción a nuestro estudio—.

Los términos y nombres de lugares puestos entre comillas corresponden a informaciones tomadas de las fuentes utilizadas para establecer aquel corpus, cuya validez no podemos negar o confirmar.

Léonce Angrand – Nacido en París el 8 de agosto de 1808, muerto en París el 11 de marzo de 1866. Nombrado Vice-cónsul en Lima, se dirige al Perú en 1834 y permanece en este país hasta febrero de 1839 (último viaje en la sierra, de noviembre de 1838 hasta febrero de 1839: Lima - Sicaya - Mito - Jauja - "Tunumarca" - Tarma - Cerro de Pasco - ? - Trujillo - Huanchaco), mes en el cual se embarca para dirigirse a su nuevo puesto de cónsul de Francia en Santiago de Cuba.

Nombrado Cónsul General en Chuquisaca en mayo de 1846, llega al Callao a principios de abril de 1847, permanece en Lima hasta fines de julio, después toma la ruta de la cordillera: (la Oroya - Huancayo - Huancavelica - Ayacucho - Vilcashuamán - Curumba - Andahuaylas - Abancay - Concacha - Choquequirao - Mollepata - Huadquiña - Ollantaytambo - Cuzco - Puno - La Paz) para llegar a Chuquisaca el 5 de febrero de 1848.

Durante su permanencia en Bolivia en 1848 y 1849 estudia las ruinas de Tiahuanaco, después pasa a la inactividad en 1850, antes de ser

nombrado Cónsul General en Guatemala en septiembre de 1851. Pasa definitivamente a la inactividad en 1857.

Donaciones al Museo del Louvre entre 1839 y 1855 de un indeterminado número de objetos antiguos del Perú (quizás unos 300, más un número indefinido de objetos procedentes de Bolivia).

Naturaleza de los objetos: vasos de terracota; recipientes, pinzas para depilar, cabezas de mazas y cuchillos de cobre o de bronce; recipientes, collares y agujas de plata; recipientes, hachas, cuchillos y cabezas de mazas de diversas piedras; husos y peines de madera; flauta y anzuelos de hueso; vestidos y fragmentos de tejidos.

Procedencia: Lambayeque, alrededores de Trujillo, Moche, Huanchaco, alrededores de Lima (Orbea, Surco, Chorrillos), Lurín, Pachacamac, Vilcashuamán, Choquequirao, Huadquiña, alrededores del Cuzco (Yucay, Angostura), La Bodega, Quilca, Arica.

Toda esta colección fue transferida al Museo de Etnografía del Trocadero en 1887.

El resto de sus colecciones personales, después de ser prometido al Museo del Trocadero, fue a dar, después de la muerte de Angrand, a las manos del conde de París y a la ciudad de Ginebra (Hamy 1890: 58).

Localización actual: Musée de l'Homme, París; ¿ Musée d'Ethnographie, Ginebra ?

Bibliografía: Angrand 1972; Guimaraes 1994; Hamy 1890.

Gustave AROSA – Fotógrafo y coleccionista. Amigo de la familia Gauguin, tomó a su cargo a los hijos de Aline Chazal (madre de Paul Gauguin) a la muerte de ésta, en 1867.

Gran conocedor, poseía una colección de cuadros "modernos" (Courbet, Corot, Jongkind, Pissarro) y terracotas diversas, entre las cuales se encontraban algunos ceramios antiguos del Perú. Es posible que estos vasos le hubiesen sido obsequiados por su amiga Aline Chazal, dueña a su vez de una colección de antigüedades en su casa de Saint-Cloud (vecina a la de Arosa).

Localización actual: desconocida.

Bibliografía; Cachin 1988; Demmin 1875 pl. 13; Malingue 1987: 22.

Jules ARTHAUD.– Nacido en 1802 - muerto en 1859.

Médico y miembro de de la Sociedad de Medicina de Burdeos. Fundador y Director de la revista *La Gironde*.

Donación de 2 ceramios peruanos a un museo de Burdeos en fecha desconocida; después donación hecha por su viuda de 16 ceramios al Museo de Armas de Burdeos en 1866.

Localización actual: Musée d'Aquitaine, Burdeos.
Bibliografía: Buretel 1984.

Michel ARTIGUE - Nacido en Labarthe-Rivière (Alta Garona) el 20 de noviembre de 1825.

Presente una primera vez en América del Sur entre 1850 y 1857 para desarollar un negocio de exportación, lo encontramos algunos años después en el Perú, establecido en Tacna (a partir de 1861) como representante de la casa comercial Devès frères. Se pierde sus huellas en el Perú después de 1870.

Miembro de la logia masónica de Tacna *Constancia y concordia* a partir de 1866, vice-presidente de la Sociedad Francesa de Beneficencia de Tacna en 1866.

Donación a la municipalidad de Tolosa en 1857 de un número indefinido de objetos antiguos (pero las cerámicas que hemos estudiado podrían ser más bien de época colonial) y de una momia.

Procedencia: según Artigue los objetos habrían sido encontrados en excavaciones hechas en el Cuzco.

Localización actual: Musée d'Histoire naturelle, Toulouse.
Bibliografía: Riviale 1984: 27.

Conde Ludovic D'AUBIGNY - Nacido en París el 1ro de marzo de 1844.

Diplomático. Mandado a Lima el 27 de julio de 1875 como secretario de 2da clase en el consulado general, donde se queda hasta 1878.

Préstamo de un vaso de terracota antropomorfo "encontrado en los alrededores de Lima", para la Exposición universal de 1878 en París.

Localización actual: desconocida.
Bibliografía: Liesville 1879: 94.

AUSSANT - Podría ser el Dr Jules-Marie-François Aussant, director de la Escuela de Medicina de Rennes, presidente de la Sociedad Arqueológica; nombrado en 1853 director honorario de los museos de la ciudad de Rennes (Bretaña) y autor de varias publicaciones sobre la arqueología local entre 1864 y 1870.

Donación de un vaso de terracota al museo de Bellas Artes de Rennes (en fecha desconocida).

Procedencia: desconocida (¿costa norte?).
Localización actual: Musée des Beaux-Arts, Rennes.
Bibliografía: Besson & Godard 1980: 275.

Baron Louis-Marie-Adolphe D'AVRIL - Nacido el 17 de agosto de 1822.

Miembro del cuerpo diplomático desde 1847; ocupa varios puestos en Asia menor y en Europa central. Ministro plenipotenciario de Francia en Chile entre 1877 y 1882.

Miembro de la Sociedad de geografía de París a partir de 1856.

Donación de 5 vasos de terracota al Museo de Etnografía del Trocadero en 1898.

Procedencia: desconocida (¿costa norte?).

Localización actual: Musée de l'Homme, París.

Charles BALLIARD – Nacido en Fillinges (Alta Saboya) el 6 de marzo de 1841 – muerto en Plaipalais (Suiza) en 1916.

Relojero de profesión, se dirige muy joven a los Estados Unidos para ejercer allí. Entra en 1879 al Metropolitan Museum de Nueva York, como restaurador de relojes. En 1897 se convierte en fotógrafo de la misma entidad y se retira a Saboya en 1908.

Donación de numerosos objetos arqueológicos y etnográficos de América del Norte, de México, de América Central y del Perú a la Sociedad Florimontea de Annecy en 1883 y 1897. Figura allí una veintena de objetos peruanos (donación de 1897).

Naturaleza de los objetos: recipientes y figurilla de terracota; estatuilla antropomorfa, agujas e instrumento textil de madera; figurilla de bronce o cobre.

Procedencia: desconocida.

Localización actual: Musée des Jacobins, Auch (como consecuencia de la transferencia de los fondos de Annecy en 1955).

Bibliografía: Mongne 1988.

Conde BALNY – Secretario del Consulado General de Francia en Lima, de 1873 a 1876.

Hizo dos envíos de muestras antropológicas al Museo de Historia Natural de París, respectivamente en 1874 y 1875. Estos objetos habían sido coleccionados por el mismo Balny, a pedido de Quatrefages.

En 1874: 1 momia, 1 vaso de terracota, 2 agujas de madera y fragmentos de tejidos.

Procedencia: Pachacamac.

En 1875: 36 cráneos antiguos.

Procedencia: hacienda Infantas (noroeste de Lima).

Localización actual: Laboratoire d'Anthropologie du Muséum national d'Histoire naturelle de Paris (Musée de l'Homme).

BARREYRE – Capitán de travesía, tuvo a su mando la nave *Courrier de Lima*.

Llevó del Perú una serie de antigüedades que fueron presentadas a la Sociedad de Antropología de Burdeos en 1884.

Naturaleza de los objetos: 1 vaso de oro, 4 ídolos y 2 vasos de madera, 2 figurillas de terracota, más otros diversos objetos no mencionados.

Procedencia: objetos descubiertos en la Isla de Macabi en 1868, con ocasión de sondajes efectuados para determinar la importancia de depósitos de guano.

Localización actual: musée d'Aquitaine, Bordeaux ?

Bibliografía: *B.S.A.B.*, 1884, I (2): 157-158.

Adolphe BARROT – Nacido el 15 de octubre de 1803.

Habría dirigido una gran casa de comercio en los "mares del sur" antes de ingresar a la carrera diplomática en 1831. Cónsul en Cartagena (Colombia) de 1831 a 1835, nombrado después Cónsul en las Filipinas. Probablemente se procuró los 7 vasos que obsequió al Museo de la Manufactura de Sèvres en 1838, durante su viaje a su nuevo puesto (en 1836) a bordo de *La Bonite* (al mando de Vaillant).

Barrot era corresponsal del Museo desde el 8 de diciembre de 1835.

Procedencia: 4 vasos "encontrados" en Paita, 2 en los alrededores de Lima, 1 sin procedencia precisa (¿costa norte?).

Localización actual: Musée national de Céramique, Sèvres.

Bibliografía: Martinoli 1991; Reyniers 1966.

Édouard Alexandre BAUDRIMONT – Nacido en 1806 – muerto en 1880.

Doctor en Medicina y Farmacia, miembro de la Academia de Medicina de Burdeos, consejero municipal de la misma ciudad, de 1866 a 1870. Corresponsal del Ministerio de Instrucción Pública y del Comité de Trabajos Históricos.

Donación de 2 ceramios a un museo de Burdeos en 1874.

Procedencia: desconocida.

Localización actual: Musée d'Aquitaine, Burdeos.

Bibliografía: Buretel 1984.

Señorita BELLAMY - ninguna información disponible.

Donación de 8 piezas a un museo de Burdeos en 1886.

Naturaleza de los objetos: 3 vasos de terracota, 1 saco de fibra vegetal, 2 tubos, 2 ovillos de algodón teñido.

Procedencia: desconocida.

Localización actual: Musée d'Aquitaine, Burdeos.
Bibliografía: Buretel 1984.

Théodore BER – Nacido en Figeac (Lot) el 7 de marzo de 1820 – muerto en Lima el 21 de noviembre de 1900.

Instalado en el Perú desde los años 1860, es calificado a veces como hombre de negocios, y a veces como profesor de francés.

Encargado de tres misiones arqueológicas y antropológicas en el Perú, sucesivamente en 1875, 1879 y 1890, en el curso de las cuales se hizo notar particularmente por sus investigaciones en Ancón y en Tiahuanaco.

Donación de cerca de 400 piezas arqueológicas a la Sociedad de Antropología de París en 1875 y 1876 (vasos y estatuillas de terracota, mates, tejidos, husos de madera).

Procedencia: Ancón y Pachacamac.

Donación de 60 piezas al museo de Saint-Germain-en-Laye en 1876 (vasos de terracota, objetos líticos, objetos diversos de madera, hueso, metal, tejidos).

Procedencia: Ancón, Chimbote, "departamento de La Libertad" (más una cincuentena de objetos de Tiahuanaco).

Venta de un número indefinido (pero importante: más de un centenar) de objetos arqueológicos y antropológicos al Museo de Historia Natural de París en 1879 y 1880.

Procedencia: alrededores de Lima (Magdalena, Miraflores, Infantas, Pasamayo, Lurigancho), Ancón, Playa Grande, Chancay, Cerro de Reyla, San Mateo (más un gran número de muestras de Tiahuanaco y de Copacabana).

Localización actual: Musée de l'Homme, París, y Laboratoire d'Anthropologie du Muséum national d'Histoire naturelle (Musée de l'Homme).

Bibliografía: *Revue d'Anthropologie*, 1875: 54-62; Mortillet 1877: 279-283.

Paul BERTHON – Oficial instructor de la misión militar francesa en el Perú a partir de 1903; encargado de organizar el servicio de topografía a partir de 1905. Miembro de la Sociedad de Geografía de Lima a partir de 1903. Encargado de una misión arqueológica por el Ministerio de Instrucción Pública el 23 de julio de 1907.

Primer envío de antigüedades al Museo de Historia Natural de París en 1904.

Procedencia: Ancón, Santa Teresa Chorrillos (Armatambo); Pachacamac.

Donación de más de 500 piezas al Museo de Etnografía del Trocadero en 1911.

Naturaleza de los objetos: vasos de terracota recipientes de madera, pinzas, alfileres de cobre, morteros, macanas en forma de estrella, hachas de piedra, objetos diversos de oro y de plata, vestidos, tejidos, diversos objetos de bronce (considerados como falsos).

Procedencia: los objetos de la costa central fueron recolectados por Berthon en el curso de sus excavaciones en Ancón, Pando, Maranga, Concha, Bella Vista, Miraflores (huaca Juliana), Chorrillos (Armatambo), Pachacamac, Nievería, La Rinconada, Huacho. Los otros provienen de compras: Lambayeque, Chimbote, Trujillo, Recuay, Ica, Nazca.

El resto de la colección, que no pudo ser adquirido por el museo, fue comprado por el Dr. Capitan, el cual legó finalmente sus colecciones (y por lo tanto también las de Berthon) al Museo de Etnografía del Trocadero.

Localización actual: Musée de l'Homme, París, y Musée des Antiquités Nationales, Saint-Germain-en-Laye.

Bibliografía: *Musée [...] Saint-Germain-en-Laye*. 1989, II; Berthon 1909; *J. S.A.*, 1910; Berthon 1911.

BILBOCK – Ninguna información disponible.

Donación de 4 piezas al museo de Boulogne-sur-Mer; datación y procedencia desconocidas.

Localización actual: Château-Musée, Boulogne-sur-Mer.

Bibliografía: Guillochet 1986.

Eugène BOBAN – Nacido en París el 10 de marzo de 1834 – Muerto en 1908.

Este anticuario y bibliófilo se especializó en el comercio de objetos de arqueología, de etnografía, y de antigüedades prehistóricas. Estableció su primer negocio de antigüedades precolombinas en la ciudad de México hacia 1865, antes de regresar a París en 1869, donde fundó una importante galería de objetos arqueológicos, prehistóricos y "exóticos". Pronto se convirtió en el más grande especialista del objeto precolombino en el mercado del arte del siglo XIX.

Venta de 24 piezas peruanas al Museo de Historia Natural de Rouen en 1908.

Naturaleza de los objetos: un vaso de terracota, máscaras de madera, herramienta de tejer, husos, alfileres y hacha de metal.

Procedencia: Chancay (?) y otras desconocidas.

Localización actual: Musée d'Histoire naturelle de Rouen.

Bibliografía: Antony 1983.

BOCHER - Ninguna información.

Donación de una pieza peruana al museo de Boulogne-sur-Mer; datación y procedencia desconocidas.

Localización actual: Château-Musée, Boulogne-sur-Mer.

Bibliografía: Guillochet 1986.

BOLIBO – Capitán de travesía que residía en Burdeos. Está registrado su paso por el Perú en 1868, cuando estuvo al mando del buque *Le Gladiateur*.

Donación de un vaso al Museo de Armas de Burdeos en 1868; procedencia desconocida.

Localización actual: Musée d'Aquitaine, Burdeos.

Bibliografía: Buretel 1984.

BOUGOURD – Aparece como "capitán", pero no figura como tal en ningún anuario de la Marina. Ninguna otra información.

Donación de 3 esqueletos de momias y de 3 vasos de terracota al Museo de Historia Natural de París en 1852.

Procedencia: Pisco.

Localización actual: Laboratoire d'Anthropologie del Muséum national d'Histoire naturelle; Museo de Saint-Germain-en-Laye; Musée de l'Homme.

Bibliografía: *Museo [...] Saint-Germain-en-Laye. Archéologie comparée* 1989.

Dionicien BOULANGER – Nacido en Brest el 30 de marzo de 1796 - muerto en Paita el 4 de noviembre de 1849.

Antiguo oficial de la Marina, se estableció como comerciante en Paita antes de 1838; Vice-cónsul de Francia en Paita en 1848 y 1849.

Donación al capitán Du Petit-Thouars, con ocasión de su paso por Paita en 1838 (viaje de *La Vénus*), de un "gran número de vasos antiguos del Perú, encontrados en las huacas de la antigua ciudad de los Chimús".

Localización actual: Musée national de Céramique, Sèvres.

Bibliografía: Du Petit-Thouars 1840, II: 274.

Dr. BOURRU – Nacido en Saint-Martin (Isla de Ré) el 1° de julio de 1840 - muerto en Niza el 13 de diciembre de 1914.

Médico de la Marina, se desempeñaba como tal en el barco *Le Duchayla* cuando recogió en Arica, en 1868, varios cráneos, 1 momia y 2 vasos de terracota. Descubrimiento fortuito que siguió al temblor que

acababa de producirse, y que abrió un gran número de tumbas antiguas de los alrededores.

Presentación de estos objetos ante la Sociedad de Antropología de París en 1875.

Localización actual: desconocida.

Bibliografía: *B.S.A.P.*, 1875: 133.

Hélène BRANDON – Ninguna información.

Donación de una momia de niño (llevada por un tal Adolphe Morelon) al Museo de Etnografía del Trocadero en 1914.

Procedencia: Cuzco.

Localización actual: Musée de l'Homme, París.

Lucien de BRECKER - Ninguna información.

Donación de 2 vasos de terracota al Museo de Dunkerque en 1873.

Localización actual: Musée des Beaux-Arts, Dunkerque.

Bibliografía: Guillochet 1986.

BRUAT – Nacido en Marsella el 3 de agosto de 1828.

Navegó en diversos buques de la estación naval del Brasil y de La Plata entre 1847 y 1850; más tarde participó en los combates de Puebla (México en 1862). Nombrado Almirante en 1871.

Donación de un vaso y de una figurilla de terracota al Museo de la Manufactura de Sèvres en 1857.

Procedencia: "alrededores de Lima".

Localización actual: Musée national de Céramique, Sèvres.

Bibliografía: Matinoli 1991; Reyniers 1966.

BRUNSWICKS – Calificado como "comerciante de curiosidades".

Venta de 11 vasos y 3 figurillas de terracota al Museo Calvet de Aviñón en 1863.

Procedencia: Callao (?) y otras desconocidas. Piezas de estilos Nazca, Huari, Chimú, Chancay.

Localización actual: Musée Calvet, Aviñón.

Bibliografía: Merle 1990.

François-Louis BUSSEUIL – Nacido en Nantes el 12 de diciembre de 1791 - muerto en Gorée el 15 de junio de 1835.

Cirujano de la Marina, tomó parte principalmente en el viaje de *La Thétis* al mando de Bougainville, en 1824-1826. No parece sin embargo que haya pasado nunca por el Perú, pero sí por Chile.

Donación de un vaso del Perú (?) al Museo de la Manufactura de Sèvres en 1827.

Procedencia: desconocida.

Localización actual: Musée national de Céramique, Sèvres.

Bibliografía: Martinoli 1991; Reyniers 1966.

Jules BUSSON – Negociante francés residente en Lima en la primera mitad del siglo XIX. En 1828 fue objeto de una demanda por haber excavado ilegalmente en una huaca situada en un terreno que no le pertenecía. La señora Rosa de la Piedra y Lequerica, propietaria de dicho terreno, solicitó al Museo Nacional de Lima para que éste actuara en cuanto tal y recuperase las antigüedades retenidas por Busson (Archivo de la Nación, Lima: expediente relativo al Museo Nacional).

CAMPANA – Personaje célebre por las notables colecciones de antigüedades griegas que vendió al Museo del Louvre en 1861.

Entre los objetos comprados por el Louvre figuraban 2 vasos de terracota (más una cabeza de terracota de Veracruz y una estatuilla de plata, quizás de origen peruano).

Procedencia: desconocida.

Localización actual: uno solo de los vasos está registrado en el Musée de l'Homme, en tanto que las 4 piezas son mencionados en la lista de objetos transferidos por el Louvre en 1887.

Bibliografía: Guimaraes 1994.

Dr. Louis CAPITAN – Nacido en París el 9 de abril de 1854 – muerto en 1929 (?).

Alumno de Gabriel de Mortillet, después de Ernest-Théodore Hamy, se inició en la arqueología prehistórica, en la etnografía y en la antropología. En 1898 se encargó del curso de Antropología Prehistórica en la Escuela de Antropología, en la que sucedió a Mortillet, y después asumió, a partir de 1908, la asignatura de Antigüedades Americanas en el Colegio de Francia.

Capitan había proporcionado algunos rudimentos de técnicas arqueológicas a Berthon (ver la noticia que damos sobre éste), antes de su partida al Perú, y a su retorno le compró las inmensas colecciones que el Museo de Etnografía no estaba en condiciones de adquirir. A la muerte de Capitan, una parte de sus colecciones (antigüedades egipcias, griegas y romanas, y obras de arte del Extremo Oriente) fueron puestas en venta pública en 1929.

Donación de 230 piezas al Museo de Etnografía del Trocadero en 1929.

Naturaleza de los objetos: tejidos, útiles de madera, hondas de lana, fragmentos de cerámica.

Procedencia: Ancón, Chorrillos, Pachacamac, Nazca.

Legado de más de 1 000 piezas peruanas (y varios centenares de piezas de México) al mismo museo en 1930.

Naturaleza de los objetos: vasos de terracota, tejidos, calabazas, objetos diversos de cobre y de plata, objetos diversos de madera y de hueso, cestería.

Procedencia: Lambayeque, Trujillo, Chimbote, Chancay, Nievería, Ancón, Chorrillos, Ica.

Localización actual: Musée de l'Homme, París.

Francis de CASTELNAU – Nacido en Londres el 26 de diciembre de 1822 – muerto en Sydney en 1879 o 1880.

Después de un primer viaje a través de América del Norte, se le encomendó el 7 de enero de 1843 una misión científica de exploración en América del Sur.

Donación de muestras antropológicas al Museo de Historia Natural de París en 1847.

Procedencia: 3 cráneos recogidos en una caverna en Sansón Machay (cerca del Cerro de Pasco), 1 cráneo encontrado en una tumba de los alrededores del Cuzco, 3 cráneos de Cañete.

Localización actual: Laboratoire d'Anthropologie du Muséum national d'Histoire naturelle (Musée de l'Homme), París.

Bibliografía: Castelnau 1850-1859.

Mme de CAZES – Viuda de Paul de Cazes, autor de una obra titulada *Notes sur le Canada*.

Venta al Museo Guimet de Lyon de un número indeterminado de objetos de Chile y del Perú, el 20 de agosto de 1888.

Procedencia: desconocida, salvo en el caso de un anillo de plata que provendría de una necrópolis de Piura (hay otras 25 piezas de ese museo que son anunciadas como procedentes de Piura, pero que portan la datación – ¿errónea? – de 1904).

Localización actual: Musée Guimet d'Histoire Naturelle, Lyon.

Bibliografía: Flachaire de Roustan 1987.

Henri CERNUSCHI – Nacido en Milán en 1821 – muerto en Menton en 1896.

Refugiado en Francia después de haber sido parlamentario en Roma, fue por un tiempo Director del Banco de París. Liberal, colaborador en el

diario *Le Siècle*, fue expulsado de Francia en abril de 1870, a la cual volvió en 1871 y solicitó su nacionalización. Legó sus colecciones a la ciudad de París.

Donación de 80 vasos a la ciudad de Nancy (¿en 1875?), probablemente con miras a constituir el núcleo inicial del "Museo Americano", que proyectaba la Sociedad Americana de Francia. El "museo" fue instalado en una sala del Museo Lorrain de Nancy, e inaugurado con ocasión del Primer Congreso Internacional de Americanistas en 1875.

Procedencia: los vasos formaban parte del "museo Cavallieri", comprado por Cernuschi en Milán. Las procedencias estaban indicadas por etiquetas "de escritura antigua y en español" (Renauld 1879: 472): "huaca de Lloco", "huaca de Sinán," "huaca de Folin", "huaca de Taclo", "huaca del Templo de Jequetepeque", "huaca de Chepén", (las 6 localizadas en la "provincia de Pacasmayo"); "huaca de Masmela" (Prov. de Chota"); "huaca del Inca" ("Prov. de Trujillo"); "huaca del Moro" ("prov. de Casma"); "huaca de Quispicanchu" ("prov. de Contumazá"); "huaca de Chumbe" ("prov. de Zana"); "Cerro de Pitura," "huaca de Huira-Pongo, Baños del Inca" ("prov. de Cajamarca").

Localización actual: ¿Todavía en el Musée historique lorrain-Palais ducal, en Nancy ?

Bibliografía: Renauld 1879: 470-493.

Léon de CESSAC – Nacido en Gourdon (Quercy) hacia 1842.

Géologo de profesión, de Cessac se interesó muy pronto en las antigüedades americanas: desde 1864 emprendió la tarea de reunir objetos del Nuevo Mundo con miras a constituir un "museo" por cuenta del Comité de Arqueología Americana de la Sociedad de Etnografía. En época indeterminada, compró igualmente una estatuilla de piedra procedente de la antigua colección de d'Orbigny.

El 3 de mayo de 1875 se le encomendó, a él y a Alphonse Pinart, una misión de exploración del noroeste americano, que comenzó en el Perú y terminó... en California, cinco años más tarde. En territorio peruano se hizo notar, sobre todo, por sus excavaciones en las necrópolis de Ancón.

Envío de un centenar de muestras antropológicas y de más de 500 piezas arqueológicas del Perú (Hamy 1882b: 325) al Ministerio de Instrucción Pública en 1877.

Naturaleza de los objetos: vasos y figurillas de terracota, objetos diversos de metal, calabazas, tejidos, cráneos, cuencos, esqueletos completos.

Procedencia: Ancón; haciendas Infantas Tambo Inga y Santa Rosa (norte de Lima).

Localización actual: Musée de l'Homme, París (sólo 104 items se

hallan registrados hoy en día); Musée national de Céramique, Sèvres; Laboratoire d'Anthropologie del Muséum national d'Histoire naturelle (Musée de l'Homme), París (cerca de 140 piezas arqueológicas registradas); Musée d'Histoire naturelle de La Rochelle (un vaso de Ancón intercambiado con un otro objeto con un museo de Nantes en 1951).

Bibliografía: *Annales du Comité d'Archéologie Américaine*, 1863-1865, I: 60; Guillochet 1985; Hamy 1882b; Reichlen 1963; *Revue d'Ethnographie*, 1886.

Paul-Frédéric CHALON – Nacido en Mussy-sur-Seine (Aube) el 12 de enero de 1847 - muerto en Guyé-sur-Seine (Aube) en 1919. Arquitecto o ingeniero, llegado al Perú hacia 1873 (¿para reunirse con su padre?). Sería uno de los fundadores (con Habich) de la Escuela de Ingenieros de Lima. Es autor de un ensayo científico titulado "Edificios del antiguo Perú" (*Revista de Minas, Industrias y Construcciones*, Lima, 1882).

No sabemos si poseía una colección de objetos auténticos, pero había constituido un álbum que contenía dibujos y fotografías de antigüedades peruanas (ejemplar probablemente único, puesto en venta en una librería de libros antiguos en 1988).

Bibliografía: Chamonal, s/a (¿1988?).

CHALUPT (Ver Colpäert) – Sólo sirvió de intermediario entre Colpäert (quien no había regresado aún del Perú) y la administración del Louvre, para la compra de una serie de antigüedades peruanas enviadas por el primero. Con ocasión de la comprobación de las colecciones del Museo Americano del Louvre, realizada en 1887, se le atribuyó por error la venta de una serie de objetos (ya que la transacción había sido efectuada en su nombre, y no en el de Colpäert). El error se ha perpetuado, y su nombre aparece todavía en el fichero de registro del Museo del Hombre.

Bibliografía: Guimaraes 1994.

Édouard de CHAMPEAUX LA BOULAYE – Oficial de la Marina. Nacido en la Petite Verrière (Saona y Loire) el 28 de agosto de 1801 – muerto el 12 de julio de 1889.

Navegó en el marco de la Estación Naval del Pacífico, de 1823 a 1827, al comienzo en la nave *La Marie-Thérèse* (al mando de Rosamel), después en *L'Aigrette* (al mando de Cosmao-Dumanoir).

Donación de un vaso de terracota al Museo de la Manufactura de Sèvres el 3 de marzo de 1942.

Bibliografía: Brongniart y Riocreux 1845; Martinoli 1991.

Louis PALASNE DE CHAMPEAUX – Antiguo oficial de la Marina, que residía en el Perú (conocido entre 1874 y 1881). Tuvo a su cargo, como

representante de la *Société Générale*, la supervisión de la construcción de las nuevas instalaciones portuarias del Callao (Muelle Dársena) en 1874. A él se le debe también el contrato suscrito con la casa Fenestre et Barbier, de París, para la construcción de faros en los principales puntos del litoral peruano.

Envío de diversos objetos arqueológicos y antropológicos al Museo de Historia Natural de París en 1876.

Naturaleza de los objetos: 1 momia y diversos objetos hallados en asociación con la momia (1 vaso antropomorfo, 1 cojín de algodón, brazaletes de plata, 2 piezas de tejido), la cabeza de otra momia, 1 antebrazo de momia con brazalete, 10 cráneos.

Procedencia: ¿Chancay y alrededores del Callao?

Localización actual: las muestras antropológicas se conservan todavía en el Laboratoire d'Anthropologie del Muséum national d'Histoire naturelle; cuanto los objetos arqueológicos, fueron transferidos en 1886 al Musée de l'Homme, París.

Gatien CHAPLAIN-DUPARC – Nacido en Mans el 8 de julio de 1819 – muerto en Piriac (Loire-Atlantique) el 7 de marzo de 1888.

Su profesión original era la de ingeniero civil. Después de un viaje al Brasil, se desempeñó como capitán de travesía y navegó a lo largo de las costas de África. Más tarde parte hacia California, donde habría asumido las funciones de juez de paz y de cónsul de Francia. A su retorno a Francia efectúa excavaciones prehistóricas en las grutas de los Pirineos con Edouard Lartet. Miembro Fundador de la Sociedad Filotécnica de Maine, estableció en su domicilio un verdadero pequeño museo.

Se le atribuye una decena de vasos peruanos reunidos en el Museo de la Reina Bérengère. Objetos que, junto con antigüedades de Veracruz de México, habrían sido legados a la ciudad de Mans después de su muerte.

Procedencia: ¿región de Trujillo?

Localización actual: Musée de la Reine Bérengère, Le Mans.

Bibliografía: Besson y Godard 1980.

Amédée CHAUMETTE-DES-FOSSÉS – Nacido el 18 de junio de 1782 – muerto en el mar el 4 de octubre de 1841.

Ocupó diversos cargos diplomáticos antes de ser nombrado "Inspector general del comercio francés" en Lima en 1826, y después Cónsul General de Francia a partir de 1827, convirtiéndose así en el primer diplomático francés que se desempeñó como tal en el Perú. Más interesado en sus trabajos geográficos (fue miembro de la Sociedad de Geografía de París desde 1822), que en sus responsabilidades diplomáticas, fue relevado

de sus funciones en 1829. Sin embargo, permaneció en el país hasta 1841 para proseguir sus estudios etnológicos y geográficos, y se le debe sobre todo una reactualización del mapa de la Pampa del Sacramento (levantado por el P. Sobreviela en 1790).

Poco antes de dejar el Perú en 1841, expidió a Burdeos su biblioteca y su colección de antigüedades, que no volvió a ver nunca, pues pereció en el naufragio del buque que lo llevaba a Nueva York.

Ignoramos qué sucedió con su colección arqueológica; es probable que se dispersara, como aconteció con su biblioteca, vendida en 1842 (una gran parte de la misma fue comprada por Henri Ternaux-Compans), así como su colección de más de 300 dibujos originales que ilustraban paisajes, personajes y escenas típicas del Perú colonial (vendida en París en 1854). Sabemos, en cambio, que envió 3 cráneos antiguos del Perú al Karolinska Institut (Suecia) desde Lima, en 1826, que fueron estudiados y descritos por Anders Retzius.

Bibliografía: Ansart 1854; *B.S.G.P.*,1842, 2e série, XVII; Retzius 1849: 174-175 y 1860: 260.

CHÉREAU – Nacido el 9 de octubre de 1818 – muerto el 20 de diciembre de 1886. Jefe de Contabilidad de la *Société Générale* de 1868 a 1882. Se ignorá cómo se procuró esos objetos; cabe recordar, sin embargo, los vínculos que mantenía esta compañía bancaria (en cuanto inversora de capitales) con el Perú en el último cuarto del siglo XIX. Es probable, pues, que Chéreau recibiese los objetos como obsequio de un representante de la Sociedad enviado al Perú, o bien de parte de un mandatario peruano.

Donación de una serie de antigüedades al Museo del Louvre el 7 de febrero de 1878.

Naturaleza de los objetos: 9 vasos y una figurilla de terracota; 1 copa de madera; 1 recipiente de cobre; 1 tumi de cobre; 3 cestos, con diversos útiles de textilería.

Procedencia: ¿costa norte, y costa central?

Bibliografía: Guimaraes 1994.

Henri CHERRIER – Ninguna información.

Donación de 6 vasos de terracota al Museo Etnográfico del Trocadero en 1902.

Procedencia: Ica, Pacasmayo, "Bajo Perú".

Localización actual: Musée de l'Homme, París.

(¿**Luis Benjamín** ?) CISNEROS - Calificado por Antony (1983: 156) como "cónsul del Perú en Le Havre," este donador podría ser identificado, pues, con Luis Benjamín Cisneros (1837-1904), destacado en ese puerto desde

1861 hasta 1867, antes de estar nominado cónsul general del Perú (pero siguiendo radicado en Le Havre). Esta identificación no concuerda con el año supuesto de ingreso de los objetos al Museo (1837), sin embargo, esta fecha podría ser erronea y se podría tratar de una confusión con la fecha de nacimiento de L.B. Cisneros. Los Cisneros, que constituían una de las grandes familias de la oligarquía peruana del siglo XIX, contaban entre sus filas a un gran número de altos funcionarios del Estado y de grandes terratenientes. No debieron faltar ocasiones, por lo tanto, a los miembros de esa familia, para dirigirse a Francia y trabar allí amistades o relaciones sociales (materializadas aquí en la donación de algunas antigüedades).

Donación de 6 vasos de terracota al Museo de Antigüedades en 1837 (pero esa fecha parece dudosa); esos objetos fueron "prestados" al Museo de Historia Natural de Rouen en 1932).

Procedencia: desconocida; no está comprobado el origen peruano de todos los vasos. Estilos mochica y chimú en algunos de ellos.

Localización actual: Musée d'Histoire naturelle, Rouen.

Bibliografía: Antony 1983.

Émile COLPAËRT – Fotógrafo al que se encargó una misión de exploración al Perú el 6 de noviembre de 1858.

Venta de 12 vasos de terracota y de 1 macana de piedra al Museo del Louvre el 16 de mayo de 1863 (por intermedio de un cierto Chalupt).

Procedencia: Colán, Trujillo, Santa, Chancay, "Yapanqui" (?).

Localización actual: Musée de l'Homme, París. La ficha de registro actual del Museo del Hombre menciona una piedra perforada (de Santa) que no aparece en la lista original de los objetos transferidos por el Louvre en 1887.

Habría que añadir a esos objetos la treintena de piezas obsequiadas por Julien Rouland al Museo de Dieppe en 1913 (de parte de un hipotético señor "Chopart"), que se pueden atribuir razonablemente a Colpäert (ver la noticia relativa a Julien Rouland).

Procedencia: Cajas, Trujillo, "departamento de la Libertad", "Lima, la Magdalena", Cuzco.

Localización actual: Musée-Château, Dieppe.

Bibliografía: Guimaraes 1994; Gerber 1989.

(¿Guillaume ?) COLVILLE – Dueño de una librería y papelería, pero también agente de varias compañías de seguros marítimos, establecido en el Perú en la segunda mitad del siglo XIX (casa fundada en el Callao y en Lima, en 1855). Su nacionalidad francesa no está establecida con seguridad, y quizás fue más bien inglés. En los documentos, Colville aparece con los nombres de Guillermo, Guillaume y William...

Colville habría constituido una gran colección de antigüedades procedentes de Ancón, y como primer paso la habría enviado a la Exposición Universal de Filadelfia, en 1876, antes de remitirla a la Exposición Universal de París de 1878, luego de la cual habría sido puesta en venta en el establecimiento de un tal Givierge (un anticuario que no hemos podido identificar). Su colección de "curiosidades indígenas" se halla efectivamente mencionada en el catálogo de objetos expuestos en el pabellón del Perú en la Exposición Universal de París de 1878, bajo el nombre de "Colville-Herrera y Cía."

Bibliografía: Martinet 1880; Wiener 1880.

Pierre COMBE – Nacido en Bayonne en noviembre de 1844.

Registrado en el consulado de Francia en Lima en 1872, era dueño con su socio Paul Fourcade de la tienda *La ville de Paris* (comercio de modas).

Miembro de la logia masónica *La Vallée de France* (a partir de 1872), presidente del *Cercle Français*, Combe aparece en la lista de delegados del Perú al Segundo Congreso Internacional de Americanistas (Luxemburgo, 1877). En 1883 adquirió un terreno (situado en el distrito de Magdalena del Mar), sobre el cual había un túmulo (huaca). En 1912, Gutiérrez de Quintanilla, por entonces Director del Museo Nacional de Lima, presentó una demanda contra Pierre Combe por haber excavado ilegalmente en esa huaca, sobre la cual había construido su casa, y haber extraído de ella diversos objetos antiguos, que fueron "remitidos a París".

Podría tratarse del mismo Pierre Combe, o de su hijo, que llevaba el mismo nombre y había nacido en 1887.

Bibliografía: Gutiérrez de Quintanilla 1921, I: 249.

Auguste de COMET – (1793-1873)

En su juventud participó en la campaña de Prusia, en la guardia de Honor de Napoleón I. Regidor del Consejo Municipal de Burdeos, y después adjunto del alcalde de la misma ciudad, fue uno de los fundadores del diario *La Guyenne*. Dejó finalmente la política para consagrarse a sus investigaciones históricas; era considerado por algunos como un gran conocedor en materia de antigüedades.

Donación de un ceramio peruano al museo o a la ciudad de Burdeos, en fecha desconocida.

Procedencia: desconocida.

Localización actual: Musée d'Aquitaine, Burdeos.

Bibliografía: Buretel 1984.

COULON – Ninguna información.

Donación de un calco de vaso antropomorfo al Museo de Etnografía del Trocadero en 1905, a partir de un original de su propiedad.

Localización actual: Musée de l'Homme, París.

Hector DAVELOUIS – Nacido en el castillo de Choisy d'Etiolles, el 15 de agosto de 1803 – muerto en Lima el 13 de enero de 1883.

Registrado en el consulado de Francia en Lima en 1845. Vivía antes en París, donde era fabricante de productos químicos. Sus conocimientos de química le permitieron convertirse en "ensayador" (perito en los ensayos de oro y plata) en la Casa de Moneda de Lima.

En 1865 el Almirante Didelot remitió a la Sociedad de Geografía de París una serie de objetos antiguos del Perú, con una lista adjunta de los mismos preparada por Davelouis y fechada el 25 de septiembre de 1859. Este documento nos hace pensar que éste era el verdadero donador, y que lo único que hizo el Barón Didelot fue entregar la colección a la Sociedad de Geografía.

Para los detalles de esa colección, ver la noticia que damos sobre Didelot.

Localización actual: Musée de l'Homme, París.

Bibliografía: *B.S.G.P.*, 1865, 5e série, X: 335-336.

DEBARDE – Ninguna información.

Donación de una pieza peruana al museo de Boulogne-sur-Mer en fecha desconocida. Son igualemente desconocidas su naturaleza y procedencia.

Localización actual: Boulogne-sur-Mer.

Bibliografía: Guillochet 1986.

DESCOMBES – Ninguna información.

Donación de un ceramio peruano al Museo de Bellas Artes de Rennes en 1906.

Procedencia: peruana, aunque no segura.

Localización actual: Musée des Beaux-Arts, Rennes.

Bibliografía: Besson y Godard 1980.

Auguste DEMMIN – Coleccionista de objetos de terracota y autor de una obra sobre la historia de la cerámica.

Entre sus piezas se encontraban al menos dos vasos antiguos del Perú en terracota.

Bibliografía: Demmin 1866.

Dominique-Vivant DENON – Nacido en Givry el 4 de enero de 1747 – muerto en París el 26 de abril de 1826.

Siguió la carrera de derecho y estudió dibujo, y después trabajó en el servicio diplomático (de 1772 a 1785), en el cual comenzó a coleccionar antigüedades romanas y etruscas. Más tarde participó en la Expedición a Egipto, como dibujante y arqueólogo. De retorno a París en 1799 fue nombrado en 1802 Director General del Museo Central de Artes, que acababa de fundarse.

Paralelamente a su carrera en el museo, continuó acrecentando una colección muy variada, que, después de su muerte en 1826, fue vendida. Sólo una parte de ella pudo ser comprada por el Louvre, en tanto que el resto se dispersó.

El catálogo de venta del gabinete mencionaba 21 objetos del Nuevo Mundo (Luisiana, México, Ecuador, Perú).

Compra de algunos objetos del Perú (¿3?) por el Museo del Louvre en 1826.

Naturaleza de los objetos: 2 vasos de terracota de estilo Chimú; una figurilla de plata.

Localización actual: Musée de l'Homme, París (trasferidos del Louvre en 1887).

Bibliografía: Dubois 1826; Guimaraes 1994; Longpérier 1850, Musée du Louvre 2000.

DESJARDINS – Ninguna información.

Venta de un vaso de terracota al Museo de la Manufactura de Sèvres en 1837.

Procedencia anunciada: Trujillo.

Localización actual: Musée National de Céramique, Sèvres.

Bibliografía: Martinoli 1991; Reyniers 1966.

DESORMEAU [padre]:

Donación al Museo de Chalon-sur-Saone, en 1863, de 2 vasos de terracota (Chimú y Lambayeque), encontrados por Desormeau hijo: podría tratarse de un tal Cl. Desormeaux, originario de Chalon, inscrito en 1856 en los registros del Consulado General de Francia en Lima, bajo la profesión de tapicero.

Procedencia: costa norte.

Localización actual: Musée Denon, Chalon-sur-Saone.

Bibliografía: André 1991.

Félix DIBOS – Nacido en Bayonne el 26 de abril de 1832 - muerto en Lima en 1898.

Llegado al Perú en 1858, probablemente para representar a la casa de exportación de su hermano en París, Dibos desarrolló, a lo largo de sus 40 años de residencia en el Perú, una intensa actividad industrial, que lo introdujo progresivamente en las más altas esferas del poder y de los negocios en Lima: a partir de 1865 se convirtió en proveedor del gobierno de equipos militares (consiguiendo de paso un enorme contrato para la importación de 12 000 fusiles franceses para el ejército), antes de ampliar aún más el abanico de sus actividades: en 1871 compró varias explotaciones de salitre en el desierto de Tarapacá; en 1872 fue uno de los fundadores del nuevo distrito de Magdalena del Mar (al sur de Lima); al año siguiente fundó una sociedad para construir una línea férrea que uniese a ese balneario con la capital; etc.

Paralelamente a sus actividades comerciales y financieras, Dibos llevaba una vida social muy notoria, que lo impulsó a tomar parte en diversas iniciativas sociales de la colonia francesa: Sociedad de Beneficencia, compañía de bomberos, Círculo Francés, etc.

Fue en el marco de esa representación social que Dibos donó 6 vasos de terracota al Museo del Louvre en 1876 por el intermediario de Charles Wiener.

Procedencia: ¿alrededores de Trujillo ?

Localización actual: Musée de l'Homme, París.

Bibliografía: Riviale 1989a.

Baron DIDELOT – Contralmirante de la Marina, vicepresidente de la Sociedad de Geografía de París en 1865.

Donación de una colección de antigüedades peruanas a la Sociedad de Geografía de París en 1865.

Naturaleza de las piezas: vasos y figurillas de terracota, herramientas, figurillas y adornos de cobre, crisoles y macanas de piedra, husos, alfileres e hilos.

Procedencia: ¿Trujillo? Piedra Gorda (cerca de Ancón), La Magdalena (al sur de Lima), Pativilca, Cuzco.

Localización actual: Musée de l'Homme, París. Los objetos peruanos depositados en la Sociedad de Geografía de París en 1884 suman actualmente 25; es difícil decir si todos provienen de la donación Didelot, por cuanto se ignora la importancia inicial de la misma, ya que los objetos descritos en la lista redactada por Davelouis, de Lima (ver la nota correspondiente) estaban agrupados en 11 "lotes". Así pues, desconocemos el número total de piezas que integraban la colección.

Bibliografía: *B.S.G.P.*, 1865, 5e série, X: 335-336.

Auguste DREYFUS – Nacido en Wissembourg (Bajo Rhin) el 27 de junio de 1828 – fecha de su muerte desconocida.

Sus hermanos fundaron en 1852 en París una pequeña casa de comercio especializada en tejidos y "novedades"; la llegada de Auguste al Perú, hacia 1858, orientó el negocio de los hermanos Dreyfus al comercio de exportación entre Francia y el Perú. Las actividades comerciales de la casa tomaron un rumbo radicalmente nuevo cuando Auguste Dreyfus logró hacerse del cuasi-monopolio de la venta de guano, mediante un contrato suscrito con el gobierno peruano en 1869, contrato que haría de él uno de los hombres más ricos y poderosos del Perú.

Tenía sin duda inclinaciones de coleccionista, pues es mencionado entre los expositores del pabellón del Perú en la Exposición Universal de 1878 en París: "muebles incrustados de nácar, objetos de arte" (Martinet 1880).

Envío de 3 momias del Perú a la Sociedad de Antropología de París en 1878.

Procedencia: desconocida.

Localización actual: desconocida.

Bibliografía: *B.S.A.P.*, 1878: 107; Martinet 1880.

Abel DROULLION (o **DROUILLON**) – Nacido en Montpellier el 9 de julio de 1832 – muerto en Francia después de 1904.

Se hizo registrar en el Consulado de Francia en Lima en 1858, pero residía ya en Trujillo (su llegada al Perú quizás se remonta a 1855 ó 1856), donde tenía una farmacia. Cuando se estableció una línea de vapores franceses entre Valparaíso y Panamá, Droullion fue nombrado agente consular en Huanchaco, en 1872, y después Vice-cónsul de Francia en Trujillo.

El nombre de Droullion no se había vinculado jamás con la arqueología hasta que se encargó de la remisión a Francia, en 1879, de dos cajas extraviadas (que contenían el producto de las excavaciones de Charles Wiener en Cajamarca), con "adiciones personales ". Pero fue sobre todo con ocasión de su retorno definitivo a su país, en 1882 ó 1883, que llevó una enorme cantidad de antigüedades de la costa norte del Perú, que obsequió al Museo de Etnografía del Trocadero en 1883. Si se da crédito a las afirmaciones de Droullion, los objetos procederían de excavaciones realizadas personalmente en el departamento de La Libertad durante más de 10 años.

Naturaleza de los objetos: aparentemente se trata de vasos decorados (pintados o modelados).

Procedencia: Pacasmayo; Chicama (El Brujo); Moche; valle de Virú; Santa; Chimbote.

Localización actual: Musée de l'Homme, París (la colección, que en sus orígenes habría consistido en 482 piezas, hoy no comprende sino 410);

Musée national de Céramique, Sèvres (2 piezas transferidas en 1881, y que, por lo tanto, formaban parte del primer envío efectuado por Droullion, en 1879).

Jean-Jacques DUBOIS – Conservador en el departamento de Objetos Antiguos del Museo del Louvre.

Donación de un "busto de divinidad" en terracota al Museo de la Manufactura de Sèvres en 1844.

Naturaleza del objeto: se trata en realidad de una fabricación moderna (¿falsificación?).

Procedencia: "encontrado cerca de Lima".

Localización actual: Musée national de Céramique, Sèvres.

Bibliografía: Martinoli 1991; Reyniers 1966.

DUBUC – Director de los Edificios de la Corona.

Donación de 5 piezas peruanas al Museo de la Manufactura de Sèvres en 1846.

Naturaleza de los objetos: 1 figurilla y 4 vasos de terracota.

Procedencia: desconocida. Habrían sido llevados del Perú por el capitán de navío Mallet (ver su noticia).

Localización actual: Musée national de Céramique, Sèvres.

Bibliografía: Martinoli 1991; Reyniers 1966.

Pauline DUCHAMBAGE – Compositor.

Venta de una llama de plata al Louvre, el 17 de enero de 1850.

Procedencia: desconocida.

Localización actual: probablemente en el Musée de l'Homme (trasferida, con el resto de las colecciones del Museo Americano en 1887), pero no hay ficha de registro a su nombre.

Bibliografía: Guimaraes 1994.

DUMOUTIER – Cirujano de la Marina, que tomó parte de la expedición de los buques *L'Astrolabe* y *La Zélée* (al mando de Dumont d'Urville) entre 1837 y 1840. Miembro de la Sociedad Frenológica, constituyó una vasta colección de cráneos y de cerebros, con cerca de 1 500 piezas.

Toda la colección fue comprada por el Museo de Historia Natural de París en 1873 a un tal Barbier, acreedor de Dumoutier; allí figuraban, principalmente, 8 cráneos antiguos del Perú.

Procedencia: 1 cráneo provenía de Santa; 1 de Pachacamac (?) (una lista más antigua menciona "2 cráneos de Inca Pachacamac" encontrados

en el Cuzco); 6 cráneos de Arica. No sabemos cómo se procuró Dumoutier esas muestras.

Localización actual: Laboratoire d'Anthropologie du Muséum national d'Histoire naturelle (Musée de l'Homme), París.

Abel AUBERT DU PETIT-THOUARS – Nacido en Turquant (Maine-et-Loire) el 3 de agosto de 1793 – muerto en París el 16 de marzo de 1864.

Este oficial de Marina tuvo ocasión de frecuentar las costas de Perú al menos en tres oportunidades a bordo del *Griffon*, en el marco de la Estación Naval del Pacífico (de 1830 a 1834); con ocasión de la vuelta al mundo de *La Venus* (1836-1839); en fin, como comandante de la Estación Naval del Pacífico, en la nave *La Reine Blanche* (de 1841 a 1844).

Elegido académico-libre de la Academia de Ciencias el 6 de agosto de 1855.

Donación de 8 vasos de terracota al Museo de la Manufactura de Sèvres en 1835.

Procedencia: Colán (cerca de Paita); El Callao (a orillas del Rímac); región de Lima; Lurín; Arica. Los objetos fueron llevados a Francia después de su primer paso por el Perú: sabemos de manera segura que Du Petit-Thouars efectuó en persona excavaciones en el Callao y en Arica, y es posible que aconteciera lo mismo en el caso de los demás vasos (sabemos que se detuvo en Colán, en el curso de su misión en *Le Griffon*).

Donación de 4 vasos de terracota al Museo de Sèvres en 1839.

Procedencia: Trujillo. Objetos que formaron parte de los que le fueron obsequiador por Boulanger (ver su noticia), cuando pasó por Paita en junio de 1838 a bordo de *La Venus*.

Donación de 5 vasos de terracota al Museo de Sèvres en 1858.

Procedencia: alrededores de Lima; "márgenes del Rimac".

Donación de un vaso de plata al Museo de Historia Natural de París en 1879, por la familia de Du Petit-Thouars.

Procedencia: "Gran Chimú". Podría tratarse de otro de los objetos entregados por Boulanger al oficial en 1838.

Donación de 20 objetos del Perú al Museo de Etnografía del Trocadero en 1930, por un descendiente del oficial.

Naturaleza de los objetos: vasos y flauta de pan de terracota, husos, útiles de tejeduría, 1 cuchara de madera.

Procedencia: región de Trujillo; costa central. Los objetos habrían sido recolectados con ocasión del viaje de *La Venus*. Podría tratarse igualmente de objetos obsequiados por Boulanger.

Localización actual: Musée national de Céramique, Sèvres; Musée de l'Homme, París (el vaso de plata entregado al Museo de Historia Natural le fue transferido en 1880).

Bibliografía: *Comptes-rendus des séances de l'Académie des Sciences*, 1856, XLIII; Du Petit-Thouars 1840; Martinoli 1991; Reyniers 1966.

Abel BERGASSE DU PETIT-THOUARS – Nacido en Bourdeaux-les-Roches (cerca de Orléans) el 23 de marzo de 1832 - muerto el 14 de mayo de 1890. Sobrino de Abel Aubert Du Petit-Thouars. Comandante de la Estación Naval del Pacífico en 1880-1881.

Los 6 cráneos obsequiados al Museo de Historia Natural de París en 1919 por Froberville habrían sido recogidos en Ancón por Du Petit-Thouars hacia 1880-1881.

Localización actual: Laboratoire d'Anthropologie du Muséum national d'Histoire naturelle (Musée de l'Homme), París.

DUPLAN – Farmacéutico en Capvern-les-Bains.

Donación de 2 cráneos antiguos del Perú al Museo de Bagnères-de-Bigorre en fecha desconocida.

Procedencia: desconocida.

Localización actual: Musée Salies, Bagnères-de-Bigorre.

Bibliografía: Milhorat 1990.

Édouard DURAND – Gran coleccionista de objetos etruscos.

Venta al Museo del Louvre de numerosos objetos antiguos en 1825. Entre ellos se encontraban 2 "cuchillos" (¿o "tumis"?) de cobre; una macana de piedra y 2 vasos de terracota del Perú, que en un primer tiempo fueron considerados como etruscos. El error fue corregido hacia 1850 por Longpérier, después de una comparación con las colecciones llevadas por Angrand.

Procedencia: desconocida (un vaso sería de estilo Lambayeque).

Localización actual: Musée de l'Homme, París (transferido del Louvre en 1887).

Bibliografía: Guimaraes 1994.

ESCALÈRE – Ninguna información.

Venta de un vaso antropomorfo de terracota al Museo de Etnografía del Trocadero en 1901.

Procedencia: región de Trujillo.

Localización actual: Musée de l'Homme, París.

Dr. Edmundo ESCOMEL – Médico peruano, probablemente de origen francés. Aficionado a la arqueología, había reunido en su domicilio un pequeño museo de antigüedades.

Donación de varios objetos antiguos del Perú al Museo de Etnografía del Trocadero en 1908.

Procedencia: Cuzco, Sacsayhuamán, Paucartambo.

Localización actual: Musée de l'Homme, París (hoy se hallan registradas sólo 3 piezas).

FABRE – Podría tratarse de la esposa de Paul Fabre (apellidada Allier), que en esa misma época legó una colección de objetos de arte al Louvre.

Legado de 21 vasos de terracota al Museo de la Manufactura de Sèvres en 1893.

Procedencia: desconocida. Se trata de vasos de estilos inca, mochica, chimú, nazca (éstos últimos figuran entre los ceramios más antiguos de esta cultura que hayan ingresado a un museo francés, mucho antes de la llegada de las importantes colecciones de Berthon) y Chancay.

Localización actual: Musée national de Céramique, Sèvres; Musée de l'Homme, París (depósito del Museo de Sèvres en 1931).

Bibliografía: Martinoli 1991; Reyniers 1966.

Jules FAUCHÉ – Negociante en Burdeos. La casa comercial *Fauché Frères*, establecida en Valparaíso antes de mediados del siglo XIX, era por entonces proveedor oficial de la Estación Naval del Pacífico (para toda clase de víveres y de materiales).

Envío de 3 momias al Museo de Historia Natural de París en 1848 y 1849.

Procedencia: Pisagua e Iquique. Parece que las momias fueron descubiertas en el curso de trabajos de explotación de salitre, presente en toda esa región.

Localización actual: Laboratoire d'Anthropologie du Muséum national d'Histoire naturelle (Musée de l'Homme), París.

Léon FAVRE-CLAVAIROZ – Nacido en Lyon el 3 de febrero de 1803 – muerto en París el 10 de abril de 1881.

Después de una breve tentativa en los negocios, Fabre-Clavairoz se orientó a la diplomacia: Cónsul General de Francia en Nueva York, después en Génova. En 1849 fue nombrado a Chuquisaca, Bolivia. Permaneció allí hasta 1857 (a pesar de que el cargo fue suprimido en 1852), año en que fue destacado a Tampico, en México, adonde llegó en pleno conflicto entre los conservadores y los partidarios de Juárez. Continuó su carrera diplomática hasta 1877.

Legado de una pequeña colección de antigüedades precolombinas (México, área andina) y de objetos de Oceanía al Museo de Annecy en 1881.

Procedencia: entre las piezas andinas, 3 al menos provendrían del Perú: 1 figurilla de oro (estilo Inca); 1 figurilla de plata (estilo Inca); 1 vaso de terracota (costa norte); 7 otros ceramios procederían de Bolivia.

Localización actual: Musée des Jacobins, Auch (transferencia de los fondos de Annecy en 1955).

Bibliografía: Mongne 1988.

Scipion FERRIÈRE – Ninguna información sobre esta persona. Sabemos solamente que la familia Ferrière era conocida en Burdeos desde el siglo XVIII y que cuenta con sucesivas generaciones de corredores marítimos.

Donación de 2 objetos del Perú a la Municipalidad de Burdeos en 1878.

Procedencia: 1 objeto no identificado y 1 estatuilla de llama de plata, proveniente de "Tarapaco (Tanpaca)" (?), quizás Tarapacá, al norte de Chile.

Localización actual: Musée d'Aquitaine, Burdeos.

Bibliografía: Buretel 1984.

Benjamin FILLON – Nacido en Vendée el 15 de marzo de 1819.

Después de seguir estudios de derecho en Poitiers, fue nombrado juez suplente en La-Roche-sur-Yon. Consagró entonces sus horas libres a estudiar la arqueología y la historia de su provincia. Escribió numerosas notas sobre antigüedades nacionales y sobre coleccionistas del pasado.

Donación de 1 vaso antropomorfo al Museo de la Manufactura de Sèvres en 1867.

Procedencia: desconocida. Fillon habría obtenido el vaso por intermedio de un tal Frétoy, quien habría sido oficial en el cuerpo expedicionario francés a México.

Localización actual: Musée national de Céramique, Sèvres.

Bibliografía: Martinoli 1991.

Eugène FONTENELLE – Nacido en París en 1834 – muerto en Nérac el 16 de diciembre de 1893.

Su primer oficio fue de carnicero, pero habría viajado al Perú en 1852 "con un cuerpo de bomberos" (Milhorat 1990). Se registró sin embargo en el consulado de Francia en 1856, señalando como profesión la de tapicero). Si bien no nos ha sido posible verificar la existencia de ese cuerpo de bomberos en Lima desde 1852, podemos al menos constatar que Fontenelle aparece entre los miembros fundadores de la compañía de bomberos *France N° 2* en 1866, con ocasión del combate del 2 de mayo contra la flota española.

De retorno a Francia en 1875, se establece en Nérac y toma a su cargo la carnicería de su padre.

Donación de 11 vasos de terracota (antiguos y modernos) al Museo de Nérac en 1875 (es decir, apenas Fontenelle regresó a Francia).

Procedencia: los datos consignados en el registro son: "Lima"; "Ancón"; "Chancan" (¿Chancay?); algunos de los vasos podrían ser falsos.

Localización actual: Musée du Château Henri IV, Nérac (9 de los vasos quedaron destruidos cuando se reconstruyó el techo del museo).

Bibliografía: Milhorat 1990.

Dr. Amant FOURNIER – Nacido el 15 de septiembre de 1831; ingresó a la Marina en 1852; médico principal desde el 20 de julio de 1870.

Era médico principal de la División Naval del Pacífico (adjunto al Estado Mayor del contralmirante Lapelin), a bordo de la nave *La Flore* (al mando de Juin), cuando recogió una serie de cráneos en la necrópolis de Ancón.

Donación de varios cráneos de Ancón a la Sociedad de Antropología de París en 1873.

Localización actual: desconocida.

Bibliografía: *B.S.A.P.*, 1873: 436-437.

FRANGEUL – Ninguna información.

Venta de un vaso de terracota al Museo de Historia Natural de Rouen, en fecha desconocida.

Procedencia: desconocida. ¿Estilo chimú?

Localización actual: Musée d'Histoire naturelle, Rouen.

Bibliografía: Antony 1983.

FROBERVILLE – Ninguna información.

Donación de 6 cráneos del Perú al Museo de Historia Natural de París en 1919.

Procedencia: Ancón. Los cráneos habrían sido llevados por el contralmirante Bergasse Du Petit-Thouars (ver su noticia) después de su estancia en el Perú en 1880-1881.

Localización actual: Laboratoire d'Anthropologie du Muséum national d'Histoire naturelle (Musée de l'Homme), París.

Dr. Jean-Paul GAIMARD – Cirujano de la Marina.

Tomó parte en el viaje alrededor del mundo de los buques *L'Uranie* y *La Physicienne* (al mando de Freycinet), entre 1817 y 1820; y después en el de *L'Astrolabe* (al mando de Dumont d'Urville), entre 1826 y 1829. No conocemos evidencias de que haya pasado por el Perú.

Nombrado Corresponsal del Museo de Historia Natural el 7 de junio de 1825.

Donación de una decena de objetos antiguos del Perú al Museo de Historia Natural de París, en fecha desconocida (¿antes de 1857?).

Naturaleza de los objetos: vasos enteros y fragmentos de vasos de terracota; 1 taza de madera; diversos objetos no determinados.

Procedencia: desconocida.

Localización actual: Laboratoire du Muséum national d'Histoire naturelle (Musée de l'Homme); Musée de l'Homme (transferencia efectuada en 1880).

Sra. GARREAU DE DOMBASLE – Compañera de viaje de Ginoux de La Coche (ver su noticia) a América del Sur. Después de la muerte de Ginoux, intentó vender la colección arqueológica y etnográfica constituida en el curso de sus peregrinaciones a la Dirección de Bellas Artes del Ministerio de Instrucción Pública (octubre de 1873), antes de vender el conjunto poco después al barón Lycklama (ver su noticia).

Localización actual: Musée de la Castre, Cannes.

Bibliografía: Merle 1990.

Charles GAUDICHAUD – Nacido en Angulema el 4 de septiembre de 1789 – muerto en París el 16 de enero de 1854.

Farmacéutico de la Marina, participó en la expedición alrededor del mundo de las naves *L'Uranie* y *La Physicienne* (al mando de Freycinet), entre 1817 y 1820. Nombrado corresponsal del Museo, se embarcó en el barco *L'Herminie* (el capitán era Villeneuve de Bargemont), a fin de realizar estudios de historia natural en América del Sur; no está claro si tuvo tiempo para permanecer en el Perú, pues sus únicos estudios conocidos se refieren a Chile y al Brasil (entre 1831 y 1833).

Gaudichaud tuvo ocasión de retornar a las costas de Chile y del Perú con ocasión del viaje de *La Bonite* (capitán Vaillant), entre 1836 y 1837.

Donación de 8 vasos de terracota (antiguos y modernos) al Museo de la Manufactura de Sèvres.

Procedencia: todos los ceramios están presentados como provenientes de Chile, a pesar de lo cual es posible que algunos procediesen del sur del Perú.

Localización actual: Musée national de Céramique, Sèvres.

Bibliografía: Martinoli 1991; Reyniers 1966.

Aline GAUGUIN – Hija de Flora Tristán, y madre de Paul Gauguin. Aline y Clovis Gauguin (periodista anti-bonapartista, amenazado de

arresto) y sus hijos dejaron Francia en agosto de 1849 para refugiarse en el Perú, apoyándose en casa la familia de Pío Moscoso. Su estancia en Lima duró hasta 1854, año en que Aline regresó a Francia con sus hijos.

Su casa de Saint-Cloud estaba llena de recuerdos del Perú, principalmente una colección de vasos y de figurillas de plata, que se habría destruido cuando la casa se incendió en 1871 (durante el sitio de París).

Paul Gauguin quedó marcado durante toda su vida por esa permenencia en el Perú, y por las antigüedades que llevó consigo su madre; están allí, para probarlo, sus pinturas que representan momias peruanas, y sus ceramios inspirados en los huaco-retratos mochicas.

Por lo demás, es probable que los ceramios peruanos de propiedad de Gustave Arosa hubiesen sido un obsequio de su amiga Aline Gauguin.

Bibliografía: Gauguin 1923; Malingue 1987.

Charles-Henri-Philippe GAULDRÉE-BOILLEAU – Nacido en agosto de 1823 – ¿muerto en Italia?

Ingeniero de minas, Gauldrée-Boilleau ingresó a la carrera diplomática en 1848. Después de desempeñarse en diversos puestos en América del Norte, fue nombrado en 1868 al Perú con el título de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario. Durante su estancia el diplomático formó una colección de antigüedades procedentes de Ancón, yacimiento arqueológico descubierto hacía poco, como consecuencia de los trabajos de construcción del ferrocarril. Involucrado en un caso de corrupción cuando se hallaba en los Estados Unidos, Gauldrée-Boilleau regresó a Francia, fue acusado y condenado. Volvemos a encontrar sus huellas unos años más tarde, en Pisa, en donde se habría establecido definitivamente.

Su colección de antigüedades habría sido donada por su viuda, Elise Gauldrée-Boilleau, al Museo de la Universidad de Pisa, a fines del siglo XIX.

Localización actual: Instituto de Anatomía Humana, Museo de la Universidad de Pisa (Italia). Los objetos se hallarían mezclados con los que fueron llevados por el naturalista italiano Carlo Regnoli.

Bibliografía : Rita 1989.

Paul-Nicolas-Victor GAUVAIN – Nacido en Fort-de-France el 28 de octubre de 1825 – muerto el 23 de octubre de 1885.

Ingresó a la Marina en 1841, y fue destacado durante varios años a la Estación Naval de las Antillas. Podría haberlo sido también a la Estación del Pacífico, en 1855, cuando se hallaba en la nave *La Forte* (al mando de Bouët). En 1864 fue destacado al servicio marítimo de la Compagnie des Messageries Impériales, como capitán del vapor *Le Merman*.

Donación de 3 vasos de terracota al Museo de Langres antes de 1873.

Procedencia: "encontrados en las excavaciones realizadas en la llanura de Tumbes".

Localización actual: ¿Musée du Breuil de Saint-Germain, Langres ?

Enrico GIGLIOLI – Profesor en el Instituto de Estudios Superiores de Florencia; Conservador en el Museo de Historia Natural de Florencia; miembro de la Sociedad de Americanistas de París a partir de 1896.

Giglioli había participado, como naturalista, en la vuelta al mundo de *La Magenta* en 1867. En este viaje recolectó un gran número de objetos arqueológicos y etnográficos de las Américas y de Oceanía.

Intercambió con el Museo de Etnografía del Trocadero, en 1887, 17 piezas arqueológicas del Perú.

Naturaleza de los objetos: vasos de terracota, "sonajera" y estatuilla de madera, 1 quipu.

Procedencia: los objetos habrían sido encontrados en una excavación en agosto de 1867 en la "hacienda de los hermanos Pérez, en los alrededores de Lima". Se trata ya sea de la hacienda "Infantas", ya sea de "Tambo Inga", ambas alquiladas en esa época por los hermanos Pérez, antes de pasar a manos de Althaus y Tenaud en 1871.

Recordemos que ambas fueron objeto de excavaciones, 10 años después de Giglioli, por gentes como Wiener, y después Cessac. Señalemos, no obstante, que no todos los objetos llevados por Giglioli fueron reunidos durante sus propias excavaciones, sino que algunos de ellos le fueron obsequiados, principalmente por el Dr. José Eboli.

Localización actual: Musée de l'Homme, París.

Bibliografía: Giglioli 1876.

Edmond GINOUX DE LA COCHE – Calificado como "periodista", Ginoux de la Coche se encontraba, por alguna razón, en Tahití, cuando Du Petit-Thouars tomó posesión de la isla en nombre de Francia en 1843. Permaneció durante varios años en el archipiélago polinesio, explorando las islas, y fundando en Tahití un diario: *L'Océanie Française*.

Expulsado de Tahití por un motivo que desconocemos, en 1848 ó 1849, se dirigió a Chile, y dedicó los años siguientes a recorrer ambas Américas (Chile, Perú, Amazonía, América Central, América del Norte, Columbia Británica), reuniendo en su recorrido diversos objetos arqueológicos y etnográficos.

De retorno a Francia, emprendió la tarea de redactar el catálogo de sus colecciones, que no pudo concluir antes de su muerte en 1870. Toda la colección fue vendida poco tiempo después por Adèle Garreau de Dombasle, su compañera de viaje, al Barón de Lycklama.

Son pocos los escritos que subsisten en torno a este viaje a América del Sur. Ginoux publicó en el *Bulletin de la Société de Géographie* de París, en 1852, una "Notice sur le Chili et les Araucans", y, al año siguiente, fue autor con Philippe Villiers de l'Isle-Adam, de un folleto titulado *Le Pérou: Société Franco-péruvienne des mines d'or de la province de Carabaya*. París, 1853.

Localización: Musée de la Castre, Cannes.

Bibliografía: Merle 1990.

Régis-Frédéric GRANIER – Nacido en 1806 – muerto en 1894.

Dirigía una casa de sedas en Aviñón. Elegido alcalde de la ciudad en 1848, luego diputado al año siguiente. En 1876 senador por Vaucluse.

Hay confusión entre él y un cierto "Granier joven de Aviñón," domiciliado en La Paz, mencionado igualmente en los registros del Museo. Este fue conocido en La Paz entre 1845 (Castelnau 1851) y 1858 (Grandidier 1861). Es posible que el segundo remitiese las piezas en cuestión al primero, el cual a su vez las habría entregado al Museo de Aviñón en 1861.

Procedencia: 1 vaso incaico de terracota procedente del lago Titicaca; 1 figurilla de alabastro encontrada en "una tumba de los antiguos peruanos".

Localización actual: Musée Calvet, Aviñón.

Bibliografía: Merle 1990.

Alfred GRANDIDIER – Nacido en París el 20 de diciembre de 1836 – muerto en París el 13 de septiembre de 1921. Alumno del astrónomo Janssen, fue designado su adjunto el 24 de septiembre de 1857 (con su hermano Esnest) en una misión a América del Sur para estudiar la física del globo terrestre. Como consecuencia de los problemas de salud de Janssen, la misión no pudo ser lo que debía, y los hermanos Grandidier se orientaron de buen grado a una viaje de exploración geográfica y de historia natural (de octubre de 1857 a noviembre de 1859).

En 1862 se encomendó a Alfred una nueva misión de historia natural al Asia, Oceanía y las dos Américas, a continuación de la cual concentró sus investigaciones en Madagascar.

Miembro de la sección de Geografía y Navegación en la Academia de Ciencias, el 6 de julio de 1885.

Donación (por uno de los hermanos) de 38 piezas del Perú al Museo del Louvre en 1876.

Naturaleza de los objetos: 3 figurillas de plata, 2 de cobre,9 recipientes de terracota, 1 conopa de piedra, 2 cabezas en forma de estrella de macana de piedra, 1 de bronce; 6 fragmentos de piedra tallada, 1 llama de bronce, 3 topos de bronce, 3 pinzas de plata, 2 de bronce; adornos diversos de bronce o de plata.

Procedencia: alrededores de Lima, Cuzco, Ollantaytambo, lago Titicaca (islas Titicaca y Coati).

Localización actual: Musée de l'Homme, París (22 items registrados hoy).

Bibliografía: Grandidier 1861.

Ernest GRANDIDIER – Nacido en París en 1833 – muerto en la misma ciudad en 1912.

Después de su viaje a América del Sur (ver la noticia precedente) Ernest Grandidier ocupó por un tiempo el puesto de Auditor en el Consejo de Estado, de 1860 a 1870. Realizó después un viaje al Extremo Oriente, durante el cual reunió una formidable colección de ceramios chinos y japoneses, con más de 3 000 piezas, que entregó al Museo del Louvre en 1894. Nombrado conservador de esta colección, no cesó de ampliar mediante donaciones posteriores el fondo extremo-oriental del Louvre.

Auguste GRASSET – Nacido en La Rochelle el 8 de febrero de 1799 – muerto en 1879.

Receptor de contribuciones en La Charité-sur-Loire y erudito local, fue nombrado Inspector de Monumentos Históricos de la Nièvre (¿por Mérimée?). Era dueño de un gabinete de antigüedades y de curiosidades renombrado en toda la región. Fue con ocasión de una gira por ésta que Próspero Merimée lo conoció en 1834. La correspondencia de Mérimée muestra que le enviaba regularmente a Grasset curiosidades. Entre éstas le obsequió un vaso antropomorfo de terracota del Perú.

Procedencia: costa central (Chancay). No se sabe quién le dio el vaso a Mérimée, pero sus numerosas relaciones en el ambiente de los "anticuarios" le permitían, por cierto, conseguir sin esfuerzo este tipo de curiosidades.

Localización actual: Musée Grasset, Varzy.

Bibliografía: André 1991.

Dr. W. GUÉRARD DE LA QUESNERIE –Médico-mayor de la Marina. Fue destinado a la Estación Naval del Pacífico en 1880 (comandada por entonces por Bergasse Du Petit-Thouars) a bordo del *Chasseur*.

Donación de diversos objetos a la Sociedad de Antropología de París en 1881.

Naturaleza de los objetos: 2 cráneos, 1 momia, 3 cabezas momificadas, 2 vasos de terracota, 1 punta de flecha de sílex, diversos utensilios de pesca, etc.

Procedencia: los 2 cráneos provienen de Ancón, y le fueron obsequiados por dos de sus colegas de la Estación (los Dres. Pascalis y

Siciliano); los demás objetos proceden de Arica y fueron encontrado en un sitio excavado anteriormente por un médico norteamericano; la momia le fue entregada por Meslier, agente consular de Francia en Arica.

Localización actual: desconocida.

Bibliografía: *B.S.A.P.*, 1881: 53-533.

GUILLEMIN – Bordelés, habría sido enviado al Perú por Labet, Conservador del Museo de Armas de Burdeos, para recolectar objetos precolombinos (lo que parece muy dudoso cuando se sabe el costo de un tal viaje : ese viaje debía tener un otro motivo).

En 1867 (o quizás en 1887) llevó consigo a Francia 34 vasos y 8 "estatuillas de soberanos" [*sic*].

Procedencia: Cuzco; Arequipa y "otras ciudades peruanas" (así como Quito).

Localización actual: Musée d'Aquitaine, Burdeos.

Bibliografía: Buretel 1984.

Raoul D'HARCOURT – Nacido en Orán, Argelia, el 30 de marzo de 1879 – no sabemos la fecha de su muerte.

Doctor en Derecho y adjunto a la sección de Asuntos Contenciosos de la *Société Générale* fue enviado al Perú en 1912, a fin de trabajar en la dirección del puerto del Callao (cuyos derechos de explotación detentaba la *Société Générale*). Apasionado por el arte precolombino del Perú, d'Harcourt comenzó a estudiar las antiguas culturas del país, hasta que fue llamado a Europa para luchar contra los alemanes entre 1914 y 1918. De retorno al Perú en 1919, reinició sus estudios sobre el folklore musical indio, y después sobre los textiles precolombinos.

Donación de numerosas piezas del Perú al Museo de Etnografía del Trocadero a partir de 1928. Es posible que algunas de ellas hubiesen sido recolectadas desde 1912.

Procedencia: Trujillo, Jauja, Cajamarquilla, Ancón, Pachacamac, Acombamba.

Localización actual: Musée de l'Homme, París.

Bibliografía: d'Harcourt 1969: 259-260.

HAYART – Ninguna información.

Donación de un vaso de terracota, quizás de estilo chimú, al Museo de Dunkerque, en fecha desconocida.

Localización actual: Musée des Beaux-Arts, Dunkerque.

Bibliografía: Guillochet 1986.

D'HERBECOURT – Ninguna información.

Donación de un vaso peruano, sin indicación de procedencia, al Museo de Saint-Omer, en fecha desconocida.

Localización actual: Musée de l'Hôtel Sandelin, Saint-Omer.

Bibliografía: Guillochet 1986.

HERBERT – Ninguna información.

Donación de un cesto que contenía material de tejeduría al Museo de Bellas Artes de Rennes, en fecha desconocida (¿después de 1869, año de "descubrimiento" de las primeras necrópolis de Ancón ?).

Procedencia: Ancón.

Localización actual : Musée des Beaux-Arts, Rennes.

Bibliografía: Besson & Godard 1980.

HUERT – Ninguna información.

Donación de un vaso de terracota, quizás chimú, al Museo de Dunkerque en 1847.

Localización actual: Musée des Beaux-Arts, Dunkerque.

Bibliografía: Guillochet 1986.

Félicien de JAVON – Podría ser identificado con Felicien de Baroncelli (el apellido Javon era asociado a menudo, en los documentos históricos relativos a esta familia, con el de Baroncelli), autor de unos diez vaudevilles.

Cambio de 5 vasos de terracota con el Museo Calvet en 1844.

Procedencia: costa norte y costa central.

Localización actual: Musée Calvet, Aviñón.

Bibliografía: Merle 1990.

Edmé-François JOMARD – Nacido en Versalles el 17 de noviembre de 1779 – muerto el 23 de septiembre de 1862.

Egresado del Politécnico, ingeniero-geógrafo en la expedición a Egipto dirigida por Bonaparte. A su retorno a Francia en 1803 fue encargado de supervigilar la publicación de los trabajos a que dio lugar la expedición.

Nombrado en 1828 Conservador del Repositorio de Geografía, recientemente establecido en la Biblioteca Real, Jomard concibió la idea de fundar allí un museo etnográfico y geográfico, proyecto que habría de alentar durante toda su vida. Probablemente con el fin de esbozar su núcleo, reunió un gran número de objetos arqueológicos y etnográficos del mundo entero (Egipto, Grecia, Roma, Japón, China, India, África del Norte y África Negra, América Central y del Sur).

Entre los objetos de América del Sur se hallaba "una placa de oro, que representaba el sol, y provenía de los Incas", comprada por Jomard por consejo de Humboldt. A su muerte, sus herederos, intentaron vender el conjunto de la colección, para finalmente donarla a la ciudad de Douai en 1866, en la cual fue depositada en el Museo Berthoud, abierto en 1872.

Localización actual: ¿Musée de la Chartreuse, Douai ?

Bibliografía: *Catalogue. [...] de la coll. ethnographique de feu M. Jomard*, 1863; Hamy 1890: 52.

Ismaël JULLIAN – Nacido en Ambarès (Gironde) el 9 de enero de 1853.

Llegó al Perú el 9 de julio de 1875, y se registró en el Consulado General de Francia como "empleado".

Donación de 24 objetos antiguos al Museo Prehistórico de Burdeos en 1887. En el año anterior ofreció su colección de antigüedades al Museo del Louvre, pero el conservador de Objetos Antiguos (Héron de Villefosse) debió declinar, habida cuenta de la precaria situación de lo que había sido el Museo Americano (por entonces en vías de ser transferido al Museo Etnográfico del Trocadero).

Naturaleza de los objetos: vasos de terracota, un cesto con un alfiler y una copa de madera, husos, ovillos de algodón y de lana, y retazo de tejido).

Procedencia: Chimbote; Huamachuco; "Copallin" (?); Ancón. Todos los objetos habrían sido recogidos por el propio Jullian, durante su permanencia en el Perú.

Localización actual: Musée d'Aquitaine, Burdeos.

Bibliografía: Buretel 1984; Guimaraes 1994.

LABADIE – Ninguna información.

Donación de un vaso de terracota al Museo de Etnografía del Trocadero en 1898.

Procedencia: ¿costa norte?

Localización actual: Musée de l'Homme, París.

A. de LACRETELLE – Podría tratarse de Amaury de Lacretelle, diplomático, nacido en 1852.

Donación de 3 vasos de terracota al museo de Tournus, en fecha desconocida.

Procedencia: según un catálogo de 1910, provendrían "de excavaciones en Trugilla [*sic*], Perú", y habrían sido comprados por Lacretelle en el curso de un viaje.

Localización actual: Musée Greuze, Tournus.
Bibliografía: André 1991.

Cyrille LAPLACE – Nacido en viaje por mar el 7 de noviembre de 1793 – muerto en Brest el 24 de enero de 1875.

Ingresó a la Marina como grumete en 1809. Efectuó una primera vuelta al mundo a bordo de *La Favorite*, entre 1829 y 1832. Nombrado capitán de navío asumió el mando de *L'Artemis*, con la cual dio nuevamente la vuelta al planeta, entre 1835 y 1840. Llevó de ese viaje a Francia ceramios populares de todo el mundo, comprados al azar de las escalas (sin duda a pedido de Alexandre Brongniart); entre estas colecciones tal vez se encontraban algunas piezas precolombinas.

Donación de 5 vasos peruanos al Museo de Sèvres en 1840.

Procedencia: 4 vasos modernos de Paita, cuya forma y motivos se inspiran en vasos prehispánicos: ¿los compró Laplace en conocimiento de lo que eran, o los creyó realmente antiguos? Un quinto vaso, hoy desaparecido, era considerado como pieza auténtica.

El Museo de la Sociedad de Anticuarios de Normandía, en Caen, poseía igualmente un "vaso peruano antiguo" obsequiado por Laplace antes de 1864.

Localización actual: desconocida.

Bibliografía: Brongniart & Riocreux 1845; Gervais 1864; Martinoli 1991.

LARGILLIERT – Habría sido director de la sucursal de la *Banque de France*, en Rouen.

Donación de 4 objetos del Perú (sin indicación de procedencia) al Museo de Antigüedades de Rouen en 1837 (antes de ser "prestados" al Museo de Historia Natural de Rouen).

Localización actual: Muséum d'Histoire naturelle, Rouen.

Bibliografía: Antony 1983.

Émile LARRIEU – La familia Larrieu residía en el Perú desde hacía largo tiempo: Gabriel Larrieu lo hacía desde 1835 (Charles Wiener contaba haber visto en un muro antiguo de Ollantaytambo la inscripción "Larrieu – 1854"). Un cierto Larrieu —probablemente el nuestro— aparece como agente consular francés en Tacna y Arica entre 1875 y 1888.

Donación, por intermedio de la Sociedad de Geografía Comercial de París, al Museo de Etnografía del Trocadero, de varios objetos del Perú en 1886.

Naturaleza de los objetos: 1 momia, vasos de terracota, tejidos.

Procedencia: todos los objetos habrían sido extraídos de una misma tumba, situada detrás del Morro de Arica. Su número es bastante impreciso: un documento menciona 48 items que, por lo tanto, podrían comprender un número más importante de piezas.

Donación de 2 cráneos "procedentes de una sepultura de una familia quechua de Arica" (¿la misma tumba?) en 1897.

Localización actual: Musée de l'Homme, París (sólo 16 items registrados hoy); Laboratoire d'Anthropologie du Muséum national d'Histoire naturelle (Musée de l'Homme).

Louis de LA SAUSSAYE – Nacido en Blois el 6 de marzo de 1801 – muerto en Troussay el 25 de febrero de 1878.

Era perceptor de contribuciones en Blois hasta 1830, cuando una cuantiosa herencia le permitió retirarse por algunos años para consagrarse a los estudios históricos y arqueológicos (época a partir de la cual parece haber comenzado a constituir sus colecciones): en 1836 fundó la *Revue de Numismatique Française*; en 1845 fue elegido miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. Nombrado Rector de la Academia de Poitiers en 1855, posteriormente de Lyon (1856 a 1871), se retiró definitivamente en 1871.

La Saussaye forma parte, con otras personalidades, como Lenormant o Saulcy, de ese movimiento de eruditos de la primera mitad del siglo XIX que trabajaron en pro de la revalorización científica de ciertas disciplinas "auxiliares" de la historia y de la arqueología (numismática, epigrafía, paleografía). Se le deben varias obras sobre historia y arqueología de la región de Blois.

Donación de sus colecciones, entre las cuales figura una docena de vasos de terracota del Perú, a la ciudad de Blois en 1869.

Procedencia: desconocida.

Localización actual: Musée-Château, Blois.

LAURAY – Ninguna información.

Donación de 1 cráneo al Museo de Historia Natural de París en fecha desconocida (sin duda antes de 1857, año del catálogo manuscrito de la Galería de Antropología del Museo, poco antes de su apertura).

Procedencia: Arica.

Localización actual: Laboratoire d'Anthropologie du Muséum national d'Histoire naturelle (Musée de l'Homme), París.

LE BART – Ninguna información.

¿Se trata de un coleccionista? El Museo de la Sociedad de Anticuarios de Normandía, en Caen, poseía, antes de 1864, importantes colecciones

obsequiadas por este señor (miniaturas rusas, pinturas indias, icono bizantino, etc.), en las cuales se encontraba también un vaso en estribo del Perú.

Procedencia: desconocida. ¿Estilo moche?

Localización actual: desconocida.

Bibliografía: Gervais 1864.

Maria LECOQ – Profesora de dibujo en París; miembro de la Sociedad de Tradiciones Populares; tomó parte en el Congreso de Americanistas de París en 1890, y de Huelva, España, en 1892.

Donación de 6 piezas al Museo de Etnografía del Trocadero, en 1891.

Naturaleza de los objetos: 5 vasos de terracota (de los cuales uno falso, una figurilla de plata (también falsa).

Procedencia: Chancay, costa central, ¿región de Trujillo? Todos los objetos habían sido comprados poco tiempo antes en los establecimientos de diversos anticuarios parisienses por la señorita Lecocq.

La figurilla de plata había pertenecido a un diplomático, el mismo que también se había desempeñado como tal en China y en Asia Menor: pensamos que podría tratarse de De Vernouillet, Ministro Plenipotenciario de Francia en Lima entre 1874 y 1876.

Localización actual: Musée de l'Homme, París.

Emmanuel LEGRAND – Ninguna información.

Donación de un vaso de madera pintado polícromo al Museo del Louvre en abril de 1873.

Procedencia: el registro del Louvre menciona: "Perú, alrededores de Lima (1825)" ¿Se trata de una etiqueta que portaba el vaso? El registro del Musée de l'Homme lo atribuye hoy a Pisacc.

Localización actual: Musée de l'Homme, París (transferido por el Louvre en 1887).

Bibliografía: Guimaraes 1994.

Ch. LEGUEN – Oficial de la marina mercante, capitán del barco de tres mástiles bordelés *Blanche et Louise.*

Presentación de 3 vasos de terracota ante la Sociedad de Antropología de Burdeos en 1884.

Procedencia: vasos que el mismo Leguen consiguió durante un alto en la bahía de "Guanapes" (probablemente frente a las islas Guañape, al sur de Trujillo) en agosto de 1880.

Localización actual: desconocida.

Bibliografía: *B.S.A.B.*, 1884: 45-47.

Auguste LEMOYNE – Nacido en París el 16 de mayo de 1800 – muerto en Saint-Jean-le-Blanc (Loiret) el 27 de enero de 1891.

Vice-cónsul en Bogotá, de 1828 a 1840. Luego fue nombrado Vice-cónsul General de Francia en Lima, donde permaneció hasta 1849. Cuando Francis de Castelnau pasó por Lima, vio sus colecciones e hizo algunos dibujos de sus piezas, que remitió a la Academia de Inscripciones y Bellas Letras.

Todos los objetos de la colección (184 de Colombia, Ecuador y Perú) fueron llevados a Francia y guardados en un granero, y fueron comprados por el Louvre en 1854 por la suma de 1638 francos.

Naturaleza de los objetos: en los orígenes un mínimo de 117 items se relacionaban con el Perú. Se trata de vasos y figurillas de terracota, vasos y figurillas de plata, diversos adornos (collares, peines, discos), etc.

Procedencia: costa norte, costa central.

Localización actual: Musée de l'Homme, París (después de su transferencia del Louvre en 1887); un centenar de items inventariados corresponden hoy al Perú).

Bibliografía: Castelnau 1850-1859, Tercera Parte; Guimaraes 1994.

André LEQUERRÉ – Capitán de fragata.

Donación de 1 cráneo y de 4 vértebras de un "Inca" [sic] al Museo de Historia Natural de París en 1909.

Procedencia: "Templo del Sol" en Pachacamac.

Localización actual: Laboratoire d'Anthropologie du Muséum national d'Histoire naturelle (Musée de l'Homme), París.

Léonce LEVRAUD – Nacido en 1812.

Embarcado en 1836 a Quito con Mendeville, nuevo cónsul de Francia (viajó en *La Bonite*, en compañía de Barrot y de Gaudichaud, a quienes nos hemos referido anteriormente), Levraud exploró la parte oriental del Ecuador en 1837. Ocupó diferentes puestos en América del Sur (Guayaquil, Quito, Santiago), antes de asumir interinamente el de Lima, entre 1849 y 1850, en reemplazo de Lemoyne. Volvió a Lima por segunda vez en 1854, para desempeñarse igualmente en calidad de interino.

Los objetos (11 vasos de terracota) fueron obsquiados al Museo de Etnografía del Trocadero en 1923 por el Dr. Levraud, sobrino del diplomático.

Procedencia: costa norte; los objetos habría sido recolectados personalmente por Levraud.

Localización actual: Musée de l'Homme, París.

Bibliografía: Guimaraes 1994.

Albert-Robert (FRIGOULT) de LIESVILLE – Nacido en Caen el 4 de mayo de 1836 – muerto en París el 4 de febrero de 1885.

Erudito y coleccionista. Adquirió en 1857 la colección particular de Alcide d'Orbigny.

Se sabe que en 1883 tenía todavía en su posesión esta colección, cuyas huellas se pierden después de su fallecimiento.

Bibliografía: Riviale 2000b.

Dr. LIOTAUD (o **LIAUTAUD**).– Nacido en Tolón el 5 de octubre de 1812.

Cirujano de la Marina. Con ocasión del viaje alrededor del mundo de *La Danaïde* (al mando de Du Campe de Rosamel) Liotaud reunió un gran número de muestras arqueológicas y antropológicas del Perú y de Oceanía.

Donación de 2 cráneos antiguos del Perú al Museo de Historia Natural de París.

Procedencia: Huacho.

Localización actual: Laboratoire d'Anthropologie du Muséum national d'Histoire naturelle (Musée de l'Homme), París.

Vicente Fidel LOPEZ – Antiguo Rector de la Universidad de Buenos Aires.

Donación, por intermedio de Maspéro, de 8 objetos del Perú al Museo del Louvre, el 15 de septiembre de 1877.

Naturaleza de los objetos: 2 figurillas de oro, 2 figurillas de plata, 1 figurilla de piedra, 3 vasos de terracota. Todos de procedencia desconocida: algunas de las piezas le habrían sido cedidas por Miguel Lobo, Jefe del Estado Mayor de la Escuadra Española. ¿Habría sucedido así con las entregadas al Louvre?

Localización actual: Musée de l'Homme, París (actualmente se hallan registrados solamente 6 items; faltaba ya un vaso cuando se produjo la transferencia en 1887).

Bibliografía: Guimaraes 1994; López 1871.

Baron LYCKLAMA A. NIJEHOLT - Noble de nacionalidad holandesa.

Efectuó entre 1866 y 1868 un viaje en Rusia, cercano Oriente y medio Oriente, del cual trajó notables colecciones etnográficas. Un poco después de 1873 compró a la Sra. Garreau de Dombasle las colecciones reunidas por Ginoux de la Coche en el Pacífico y en América latina en los años 1850.

En 1877 obsequió sus colecciones etnográficas y de arte a la ciudad de Cannes (Francia). Se puede estimar a 200 el número de objetos arqueológicos y etnográficos del Nuevo Mundo (la mitad traídos del Perú).

Localización actual: Musée de la Castre, Cannes.
Bibliografía: Merle 1990.

Dr. José Mariano MACEDO – Nacido en Ayaravi (departamento del Cuzco) en 1823 – muerto en 1894.

Cirujano mayor del Ejército y médico particular del Presidente Castilla.

Profesor de "Anatomía descriptiva", en la Facultad de Medicina de Lima (en la época de su fundación, en 1856), después profesor de patología general, hasta 1861; miembro-fundador de la Sociedad de Medicina de Lima. Realizó un viaje de estudios a Francia en 1865.

Habría comenzado a recolectar antigüedades en 1858 ó 1865 (según las fuentes): en 1875 abrió en su casa un "museo", con más de 1 000 piezas, que mostraba con placer a los viajeros de paso por Lima.

Fue a uno de éstos, Charles Wiener, a quien le confió 180 de ellas, para ofrecerlos al Museo del Louvre, adonde no llegaron nunca. En efecto, sus colecciones fueron mezcladas con las de Wiener para la Exposición Universal de 1878, antes de formar parte del fondo inicial del Museo de Etnografía del Trocadero, creado en ese año.

Naturaleza de las piezas: vasos de terracota, alfileres de cobre, calabazas.

Procedencia: Trujillo; Moche; Recuay; Chancay ; Ancón; Pachacamac; Cuzco; Puno (más piezas de Tiahuanaco). Se notará que los vasos Recuay ofrecidos por Macedo se contaban ciertamente entre los primeros que ingresaron a museos franceses.

Después de la toma de Lima por las tropas chilenas en enero de 1881, el Dr. Macedo dejó el Perú por un año, llevando consigo lo esencial de su colección arqueológica (cerca de 3 000 piezas), que intentó vender en París; pero fue finalmente el Museum für Völkerkunde, de Berlín, que la adquirió.

De retorno al Perú, Macedo no renunció a sus actividades arqueológicas, siguiendo a veces vías muy poco científicas, como indica la sociedad anónima que fundó en Lima en 1887, "Huacas del Inca", con un tal Berns, cuyo objetivo confeso era la búsqueda de tesoros...

Localización actual: Musée de l'Homme, París (sólo 85 items se hallan registrados); Museo Nacional de Cerámica, Sèvres (1 vaso entregado en 1881). Después de la Exposición Universal de 1878 el error a que nos hemos referido se perpetuó, y hoy una gran parte de su colección se halla registrada bajo el nombre de Wiener.

Bibliografía: Dávalos & Lissón 1915; Guimaraes 1994; Hamy 1882b; Milla Batres 1986.

Louis-Stanislas MALLET – Nacido en Honfleur el 24 de mayo de 1796.

Ingresó a la Marina en 1811, y se retiró en 1856, con el grado de capitán de navío.

Fue él quien llevó los 4 vasos de terracota ofrecidos por Dubuc (ver su noticia) al Museo de Sèvres en 1846. Mallet acababa de pasar 5 años en las aguas del Pacífico, como capitán de *L'Embuscade* (corbeta que formaba parte de la Estación Naval del Pacífico, al mando por entonces de Du Petit-Thouars).

Localización actual: Musée de l'Homme, París.

MANNET – Ninguna información.

Donación de un número impreciso de piezas (varias decenas de números) al Museo de Etnografía del Trocadero en 1898.

Naturaleza de los objetos: vasos de terracota, estatuillas, cuchara, harpones de madera; calabazas; objetos diversos de hueso y de cobre; cestería; tejidos.

Procedencia: Morro de Arica; "huaca de Molle" (cerca de Iquique); y Perú (sin precisión).

Localización Actual: Musée de l'Homme, París.

Gabriel MARCEL – Conservador en el Departamento de Mapas y Planos de la Biblioteca Nacional de París.

Donación de una "interesante colección de objetos antiguos procedentes del Perú" a la Sociedad de Americanistas de París, en 1896.

Se desconocen la naturaleza y procedencia de los objetos.

Localización actual: desconocida.

Bibliografía: *JSA*, 1896, II.

MARCOTTE – Ninguna información.

Hay en el Museo del Ejército, desde antes de 1889, una maza del Perú, obsequiada por esta persona.

Localización actual: esta pieza no aparece entre las que fueron entregadas al Museo de Etnografía del Trocadero (actual Musée de l'Homme) en 1917.

Bibliografía: Robert 1889.

Henri MARTINET – Nacido en Bransat (Allier) el 22 de diciembre de 1840 – ¿muerto en Francia?

Doctor en Ciencias en 1871, se dirigió al Perú en 1872, para desempeñarse como Director del jardín Botánico de Lima, y luego como profesor de la Escuela de Ingenieros de la misma ciudad. Paralelamente a

sus funciones oficiales, Martinet había comenzado a trabajar en la reconversión de varias explotaciones de algodón en haciendas azucareras ("Infantas", "Asnapuquio", "Tambo Inga"). Durante la Guerra del Pacífico asumió la dirección total de dichas haciendas, cuyos propietarios debieron exiliarse en Francia. En 1879 había comprado varios terrenos en la muy reciente colonia de Chanchamayo; en 1890 adquirió la hacienda "Infantas".

A lo largo de su ascenso social y financiero, Martinet se mostró interesado siempre en las cuestiones científicas: miembro de la delegación del Perú al Congreso de Americanistas de Nancy, en 1875 (al cual, sin embargo, no concurrió), aprovechó su paso por París, como delegado del Perú a la Exposición Universal de 1878, para solicitar una misión oficial relativa a la botánica del Perú.

Donación de 34 cráneos del Perú al Museo de Historia Natural de París.

Procedencia: Ancón, Infantas.

En cuanto a sus importantes colecciones de antigüedades peruanas, parece que intentó, sin éxito, venderlas al Museo del Trocadero, cuando retornó a Francia. Fueron finalmente sus herederos (y, entre ellos un tal Godefroy) quienes vendieron el conjunto de los objetos a los Museos Reales de Bruselas.

Localización actual: Laboratoire d'Anthropologie du Muséum national d'Histoire naturelle (Musée de l'Homme), París; Museos Reales de Bruselas, Bélgica.

MASSIEU DE CLERVAL – Se trata sin duda de Auguste-Samuel Massieu de Clerval, nacido en San Quentin (Aisne) el 5 de diciembre de 1785 y muerto el 17 de marzo de 1847. Oficial de Marina, terminó su carrera como vice-almirante, y fue destinado en varias oportunidades a la Estación Naval del Brasil. ¿Tuvo en las cuales la posibilidad de dirigirse al Perú? No lo sabemos.

Donación por su hijo (Henri) de 3 piezas peruanas al Museo Americano del Louvre, el 4 de junio de 1850. Massieu de Clerval es conocido sobre todo por el legado de estelas griegas que hizo al Museo del Louvre.

Naturaleza de los objetos: 2 vasos de terracota, 1 figurilla de plata.

Procedencia: ¿Trujillo? La figurilla es de la época incaica.

Localización actual: Musée de l'Homme, París (trasferidos por el Louvre en 1887).

Bibliografía: Guimaraes 1994; Longpérier 1850.

Carlos MATURANA – Coronel y edecán del Presidente de la República de Chile en el momento de la donación, y más tarde jefe del Estado Mayor del ejército chileno, cuando la campaña de Lima en 1881.

Habría hecho tres donaciones sucesivas al Louvre: 19 vasos de terracota el 1° de mayo de 1876; 18 el 1° de diciembre de 1877; y 5 el 31 de octubre de 1877. Si bien el primero envío no llegó nunca a su destino, los dos restantes fueron recibidos por el Louvre a comienzos de 1878, pero no fueron registrados sino el 10 de mayo de 1881.

Procedencia: no precisada (el fichero del Musée de l'Homme indica hoy: "Chimbote").

Localización actual: Musée de l'Homme, París (transferencia del Louvre en 1887. Actualmente registrados 22 items).

Bibliografía: Guimaraes 1994.

F. MAURIN – Antiguo médico de la Marina, y después cirujano-mayor del buque *Le Mentor*.

Donación de 2 cráneos a la Sociedad de Frenología en 1837, que podrían haber sido asignados el Museo Frenológico de Dumoutier, y adquiridos en 1873 por el Museo de París.

Procedencia: Arica. Los cráneos provienen de excavaciones efectuadas por Maurin y otros miembros de la tripulación cuando se desempeñaba como médico segundo de la corbeta *L'Arianne* (comandada por de Ricaudy).

Localización actual: ¿Laboratoire d'Anthropologie du Muséum national d'Histoire naturelle (Musée de l'Homme), París ?

MAURY – Paul Gauguin, que conoció a este personaje cuando estuvo en Lima, nos informa que fue enviado al Perú, en la primera mitad del siglo XIX, por una casa comercial de Burdeos, con el fin de recuperar créditos importantes. El éxito de la operación le aportó una cómoda fuente de recursos, que le permitió construir varios hoteles (el Hotel Maury, que existe todavía, era uno de los más prestigiosos de Lima y lugar de grandes recepciones), antes de lanzarse a un negocio de importaciones de tumbas de mármol esculpido de Italia.

Se retiró a París, hecha su fortuna, llevando consigo "una muy hermosa colección de vasos (cerámica de los Incas) y muchas joyas de oro sin aleación hechas por los Incas".

Bibliografía: Gauguin 1923: 174.

Dr. MAYER – Médico.

Donación de diversos objetos (número y naturaleza desconocidos) a la Sociedad de Antropología de París en 1883.

Procedencia: Ancón. Los objetos le fueron entregados por uno de sus pacientes, que había residido en el Perú y los adquirió en el momento de las excavaciones.

Localización actual: desconocida.
Bibliografía: *B.S.A.P.*, 1883: 193.

Prosper MÉRIMÉE – Nacido en 1803 – muerto en 1870. Escritor, Inspector de Monumentos Históricos (ver Auguste Grasset).

A. MICHEL – Hombre de negocios de París (establecido en la calle de Rocroy), cuya casa tenía una representación en Lima.

En una de sus cartas al Museo (fechada en junio de 1879) el naturalista Théodore Ber relata que un residente en el Perú (¿francés o peruano?) obsequió a este Sr. Michel una importante colección ("la más rica, la más variada, la más sorprendente que yo haya visto") de vasos recogidos en Moche.

La colección se vio seguramente dispersada, como muchas otras de la época, como consecuencia de ventas sucesivas, y alimentaron el mercado "exótico" de antigüedades, por entonces naciente.

Henry MICHEL – Nacido en Arcier (Doubs) el 17 de diciembre de 1854 – muerto en Besançon el 24 de junio de 1930.

Antiguo alumno de la Escuela de Bellas Artes y del pintor Gérome, formó parte de la comisión enviada por la ciudad de Besançon a la Exposición Universal de 1876, en Filadelfia. Posteriormente lo hallamos en el Perú en 1878 (año en que se registró en el Consulado de Francia en Lima), donde quizás se desempeñó como arquitecto-paisajista. Actividad que aparentemente le dejó tiempo para ejercer sus talentos restantes, esto es el dibujo y la arqueología: con algunos compatriotas (entre ellos el Ministro Plenipotenciario Tallenay y el Vice-cónsul Ordinaire) fundó una "asociación de arqueólogos", con la cual se procuró objetos de todas las necrópolis vecinas de la capital.

De retorno a Francia, en los años 1880, prosiguió sus actividades arqueológicas en su región natal, lo cual le valió ser nombrado conservador en el Museo Arqueológico de Besançon.

Legado de 94 piezas del Perú al Museo Arqueológico de Besançon en 1930.

Naturaleza de las piezas: vasos de terracota, husos, tejidos.

Procedencia: Trujillo, Chancay, Ancón, Magdalena del Mar, Pachacamac, Pisco, Cuzco, "Kollke" [¿de estilo Killke?].

Localización actual: Musée Archéologique, Besançon.

Bibliografía: Michel 1887; *Nos petites Amériques...* 1992; Ordinaire 1892; Pouguet 1992.

MIGNOT – Comerciante en Burdeos.

Donación de un vaso de terracota al Museo de Prehistoria de Burdeos en 1884.

Procedencia: desconocida.
Localización actual: Musée d'Aquitaine, Burdeos.
Bibliografía: Buretel 1984.

Pierre-Hypolithe MINIER – Nacido en Burdeos en 1813.

Hombre de letras, miembro de la Academia de Burdeos a partir de 1854 (de la cual fue presidente en 1860, 1864 y 1882), e igualmente miembro de varias sociedades literarias de París y de provincia.

A falta de toda información sobre el origen de la pieza obsequiada al museo, se anotará que un tal Philippe Minier (¿pariente suyo?) fue miembro de la Sociedad de Antropología de Burdeos a partir de 1884, sociedad en cuyo seno circuló buen número de antigüedades del Perú.

Donación de un vaso de terracota (sin procedencia) a la ciudad de Burdeos, en fecha desconocida.

Localización actual: Musée d'Aquitaine, Burdeos.
Bibliografía: Buretel 1984.

Paul-Émile MIOT – Nacido en La Trinidad (Antillas) el 11 de febrero de 1827 – muerto en París en 1900.

Ingresó a la Marina en 1843, y terminó su carrera en 1888 como vicealmirante. Navegó en las aguas de México entre 1863 y 1864, antes de formar parte de la División Naval de los Mares del Sur (como Jefe del estado Mayor del almirante Cloué) de 1868 a 1871.

Si bien Miot se interesaba un poco en las antigüedades, lo que hizo hablar de él fue su talento de fotógrafo. Es así como a lo largo de ese período tomó una serie de clichés de indígenas de Tahití y de las Marquesas (ya ampliamente aculturados por los comienzos de la colonización europea), que fueron publicados en la revista *Le Tour du monde*. Parecería que Miot tomó igualmente fotografías en México y en el Perú.

En 1894 fue nombrado Conservador del Museo de la Marina y de Etnografía (que se hallaba en el Louvre).

Donación de un vaso de terracota al Museo de Etnografía del Trocadero en 1886.

Procedencia: costa central (¿Chancay?).
Localización actual: Musée de l'Homme, París.

MOLINIER – Podría tratarse de un miembro de la Sociedad de Antropología de París, farmacéutico de la Sociedad de Viajes de Estudios, residente en Bussières (Loire).

Donación de diversos objetos a la Sociedad de Antropología de París en 1884.

Naturaleza de los objetos: figurillas de plata y cobre, 1 collar y 1 bolsa encontrados en una momia.

Procedencia: Ancón. Los objetos fueron llevados del Perú por el propio Molinier.

Localización actual: desconocida.

Bibliografía: *B.S.A.P.*, 1884: 134.

Dr. MORACHE – Era cirujano a bordo de la corbeta *L'Embuscade*, en 1857, en el momento en que fueron recolectados los objetos; el médico aprovechó de una escala de varios días en las Islas Chincha para efectuar excavaciones, que le permitieron descubrir varias momias con su material de acompañamiento. En su carta al museo, Morache no dice si llevó consigo antigüedades junto con el cráneo.

Donación de un cráneo al Museo de Historia Natural de París en 1863.

Procedencia: Islas Chincha.

Localización actual: Laboratoire d'Anthropologie du Muséum national d'Histoire naturelle (Musée de l'Homme), París.

Dr. Tomas MORENO Y MAÍZ – Ex-cirujano en jefe del Ejército Peruano, francófilo y francófono (era Doctor en Medicina por la Universidad de París), miembro de la Sociedad de Geografía de París y miembro correspondiente de la Sociedad de Antropología de la misma ciudad.

Donación de diversos objetos a la Sociedad de Antropología de París en 1864.

Naturaleza de los objetos: 1 momia, 4 vasos de terracota, 1 aguja de cobre, 1 gran retazo de tejido "enmarcado y bajo vidrio".

Procedencia: alrededores de Casma. Las "huacas" de donde se extrajeron los objetos se hallaban en la hacienda de un tal Sr. Goin, los mismos que fueron encontrados cuando se buscaban en ella objetos preciosos.

Localización actual: desconocida.

Bibliografía: *B.S.A.P.*, 1864: 538-539.

ODIER – Ninguna información.

Donación de 1 figurilla de terracota al Museo de Sèvres en 1829.

Procedencia: según se dice, encontrada en Lima y probablemente se trata de una falsificación.

Localización: Musée national de Céramique, Sèvres.

Bibliografía: Martinoli 1991; Reyniers 1966.

Alcide (DESSALINES) d'ORBIGNY – Nacido en Couëron (Loire-Atlantique) el 6 de septiembre de 1802 – muerto en Pierrefite-sur-Seine el 30 de junio de 1857.

Especialista de la fauna marina microscópica, fue escogido por el Museo para realizar una de las primeras grandes exploraciones de América del Sur. El viaje, efectuado entre 1826 y 1833, habría de producir una masa enorme de datos, relativos a los campos de estudio más diversos.

Sus permanencias en Bolivia y en Perú le permitieron llevar a Francia un gran número de antigüedades, a veces recogidas durante las excavaciones llevadas a cabo por el propio naturalista, pero más a menudo obtenidas mediante compras. Su recolección le había sido "encomendada" por Brongniart, Director del Museo de la Manufactura de Sèvres.

obtenidas mediante compras. Su recolección le había sido "encomendada" por Brongniart, Director del Museo de la Manufactura de Sèvres.

Venta de 17 vasos de terracota "peruanos" al Museo de Sèvres en 1834.

Procedencia: de los 17 vasos, sólo 7 u 8 provenían realmente del Perú, y los demás de Bolivia. En el caso del Perú, las provincias mencionadas por d'Orbigny son "Paita", "alrededores de Lima", "Cuzco," "Zapa" (cerca de Tacna). Es muy probable que d'Orbigny recogiese en persona el de Zapa, y quizás también los de Lima, pero es por completo imposible que los demás fuesen producto de sus excavaciones, ya que no estuvo en el Cuzco ni en Paita, y debe tratarse por lo tanto de compras. Los vasos de Bolivia provienen de Chuquisaca, de Carangas, de La Paz y de Copacabana.

Envío de algunos cráneos antiguos (Perú y Bolivia) al Museo en 1831.

Procedencia: los cráneos peruanos, en número de cuatro, provienen de Tacna y de Arica, y seguramente fueron hallados por el propio d'Orbigny.

Las demás piezas llevadas por d'Orbigny (en 1839 el viajero hacía referencia no sólo a cerámicas, pero también a tejidos, objetos de piedra y de cobre, de plata, etc.) permanecieron en su colección personal hasta su muerte, en 1857, y fueron luego compradas por A. R. de Liesville (ver su noticia), después de lo cual seguramente se dispersaron. Léon de Cessac adquirió, en época desconocida, una estatuilla de piedra procedente de la antigua colección de d'Orbigny, y la donó al Museo de Historia Natural de París.

Localización actual: Musée national de Céramique, Sèvres; Musée de l'Homme (incluida la pieza comprada por Cessac y depositada después por el Museo de Historia Natural); Laboratoire d'Anthropologie du Muséum national d'Histoire naturelle (Musée de l'Homme), París.

Bibliografía: Martinoli 1991; d'Orbigny 1839; Reyniers 1966; Riviale 2000b.

Olivier ORDINAIRE – Nacido en Besançon el 28 de marzo de 1845.

Comenzó su carrera diplomática en 1882, con el cargo de Vice-cónsul en el Callao. Aprovechó su permanencia en el Perú, de 1882 a 1885, para efectuar pequeñas excursiones por el país, y sobre todo para realizar excavaciones arqueológicas con sus compatriotas. Terminada su permanencia atravesó América del Sur desde el Pacífico hasta el Atlántico, a pie y a bordo de embarcaciones.

Donación de unos 30 objetos al Museo de Etnografía del Trocadero en 1886.

Naturaleza de los objetos: 27 vasos de terracota, 5 figurillas de cobre y de plata.

Procedencia: piezas halladas en excavaciones hechas por el propio Ordinaire: Pacasmayo y Guadalupe; piezas compradas: Chepén, Moche, Ancón; las 5 figurillas (falsas) provienen de un taller de Chancay, y fueron adquiridas por Ordinaire con conocimiento de causa.

Localización actual: Musée de l'Homme, París.

Bibliografía: Ordinaire 1892.

PALIPHARD – Ninguna información.

Donación de 6 piezas peruanas a la ciudad de Boulogne-sur-Mer en fecha desconocida.

Naturaleza y procedencia de los objetos desconocidas.

Localización actual: Musée des Beaux-Arts et d'Archéologie, Boulogne-sur-Mer.

Bibliografía: Guillochet 1986.

Abad PANNETIER – Nacido el 12 de mayo de 1854.

Capellán de la Marina, fue asignado en 1890 a la División Naval del Pacífico, a bordo del crucero *Dubourdieu*.

Fue sin duda cuando la nave estuvo anclada en Ancón que Pannetier realizó excavaciones, cuyo producto llevó a Francia.

Donación de diversos objetos del Perú al Museo Pincé de Angers en 1893.

Naturaleza de los objetos: vestidos, tejidos, ornamentos.

Procedencia: Ancón.

Localización actual: Musée Pincé, Angers.

Bibliografía: Besson & Godard 1980.

Baron PASQUIER – Ninguna información.

Donación de 48 piezas al Museo de Etnografía del Trocadero en 1906.

Naturaleza de los objetos: 1 vaso de terracota, útiles y adornos de cobre, lanzaderas de madera.

Procedencia: "Paumalca" (valle de Chiclayo).

Localización actual: Musée de l'Homme, París.

Eleodoro PAULET – Ninguna información. El apellido de Paulet se halla representado por diversas personalidades de la colonia francesa del Perú en el siglo XIX. ¿Se trata de un descendiente de uno de ellos?

Donación de 3 piezas al Museo de Etnografía del Trocadero en 1901.

Naturaleza de los objetos: 2 vasos y 1 figurilla de terracota.

Procedencia: Chancay, "Alto Perú".

Localización actual: Musée de l'Homme, París.

Joseph Blarclay PENTLAND – Nacido en Ballybotey (Irlanda) en 1797, muerto en Londres el 12 de julio de 1873.

Diplomático británico. Vino por primera vez al Perú entre 1826 y 1828, y regresó a América del Sur entre 1836 y 1839 como Cónsul de Gran Bretaña en Bolivia. Después de seguir los cursos de historia natural del Museo de París, permaneció en contacto con los naturalistas de la capital francesa. Cuando se preparaba para regresar a América del Sur en 1836, fue nombrado miembro correspondiente del Museo de Historia Natural de París.

Donación de unos 15 cráneos y de calcos de yeso al Museo de Historia Natural de París en 1839.

Procedencias anunciadas: cráneos de Lachesi, Chinguyo y lago Titicaca (departamento de Puno); calcos en yeso: Huacho, Pachacamac, lago Titicaca, Sicasica.

Localización actual: Laboratoire d'Anthropologie du Muséum national d'Histoire naturelle (Musée de l'Homme), París.

Maurice de PÉRIGNY – Encargado de varias misiones arqueológicas a México por el Ministerio de Instrucción Pública entre 1905 y 1909.

Donación de 4 vasos de terracota del Perú (además de antigüedades de América Central) en 1910.

Procedencia: costa norte.

Localización actual: Musée de l'Homme, París.

Pierre PÉRIN – Designado como "jefe de escuadrón en el Octavo de Coraceros".

Donación de 35 piezas al Museo de Antigüedades Nacionales de Saint-Germain-en-Laye en 1871.

Naturaleza de los objetos: hilos, sacos tejidos.

Procedencia: Ancón.

Localización actual: Musée de l'Homme, París (transferidos de Saint-Germain en 1885 y 1930, siendo anunciada la mayor parte de las piezas, quizás por error, como procedentes de Arica); Musée des Antiquités nationales, Saint-Germain-en-Laye.

Bibliografía: *Musée [...] Saint-Germain-en-Laye* 1989, II.

PERRON – Oficial de Marina.

Donación de 1 vaso de terracota al Museo del Louvre en 1856.

Procedencia: desconocida.

Localización actual: Musée de l'Homme, París (transferido del Louvre en 1887).

Alphonse PINART – Nacido en Marquise (Pas-de-Calais) el 28 de febrero de 1852 – muerto en 1911.

Encargado de una misión de exploración en el noroeste americano en 1875 con Léon de Cessac, en un viaje cuyo objetivo se modificó en razón de circunstancias imprevistas. Se le confió una segunda misión en 1878, a cambio de sus imponentes colecciones relativas a las dos Américas.

Gran coleccionista, Pinart había reunido notables series de objetos a lo largo de sus viajes; aumentó sus colecciones por medio de compras (a Eugène Boban en 1875, principalmente).

Entre las 1826 piezas que comprendía la colección en el momento de la transacción, 76 provenían del Perú. Parece poco probable que las hubiese recogido en el campo por sí mismo, y nos sentimos tentados a creer, por ello, que se trata de compras.

Naturaleza de los objetos: esencialmente vasos de terracota.

Procedencia: Pacasmayo, "departamento de La Libertad"; "Pueblo Nuevo" [?]; "Lusigambo" (¿Lurigancho, al norte de Lima?); Cañete.

Localización actual: Musée de l'Homme, París (hoy sólo están registrados 56 items).

Bibliografía: Hamy 1882b; Parmenter 1966; Reichlen 1963.

A. POUMAROUX – Podría tratarse quizás de Auguste Poumaroux, cuyo hijo, Edmond, era litógrafo en Lima (registrado en el Consulado de Francia en 1873).

Esta gran familia bordelesa se hallaba en el Perú desde comienzos de los años 1840; la casa Puimirol, Poumaroux et Cie. aparece entre los firmantes del tercer contrato de explotación del guano peruano en 1842; posteriormente otros miembros de la familia vinieron a establecerse en el Perú para representar a diversas firmas comerciales.

Un tal Poumaroux aparece en la lista de los delegados del Perú al Primer Congreso de Americanistas, en 1875.

Donación de 1 vaso de terracota, sin procedencia, a la ciudad de Burdeos en 1879.

Localización actual: Musée d'Aquitaine, Burdeos.

Bibliografía: Buretel 1984.

Guillaume Pujos – Nacido en Auch el 8 de agosto de 1852 – muerto en Auch el 31 de julio de 1921.

Pujos abandonó su Gers natal para instalarse (en fecha desconocida) en Santiago de Chile, donde ejerció su oficio de sastre. Permaneció allí hasta 1907, y retornó después a Auch.

Desde 1911 hasta el fín de su vida desempeñó la dirección del Museo de Auch.

Legó a su ciudad toda su rica colección, la misma que comprendía además de unas 40 piezas arqueológicas peruanas, una notable serie de estatuas religiosas de la época colonial).

Naturaleza de las piezas: esencialmente vasos y figurillas de terracota.

Procedencia: "Trujillo, huaca del Sol" (Moche); "Gran Chimu" (Chanchan); costa central.

Localización actual: Musée des Jacobins, Auch.

Bibliografía: Mongne 1988.

Armand de Quatrefages de Bréau – Nacido en Berthezine (Gard) el 10 de febrero de 1810 – muerto en París el 12 de enero de 1892.

Doctor en Medicina y en Ciencias, fue por un tiempo profesor de historia natural en el Liceo Napoleón, antes de ser nombrado profesor de antropología en el Museo de Historia Natural de París en 1855.

Miembro de la Academia de Ciencias en 1852; miembro de la Academia de Medicina en 1865; miembro de la Sociedad de Antropología y de la Sociedad de Geografía de París.

Donación de un vaso de terracota a la ciudad de Burdeos en 1879.

Procedencia: Ancón.

Localización actual: Musée d'Aquitaine, Burdeos.

Bibliografía: Buretel 1984.

Frédéric Quesnel – Nacido en Condecourt (Seine-et-Oise) el 6 de enero de 1825 – muerto en Lima el 13 de noviembre de 1885.

Registrado en el Consulado de Francia en Lima en 1864 (a la vista de un pasaporte emitido en Buenos Aires en 1860), mencionando como profesión la de "fotógrafo", Quesnel parece haber ejercido por un tiempo

la de "dorador en madera", antes de fundar en 1873 una casa de "importación de mercancías europeas".

Como en 1871 y en 1875 compró varios terrenos en la nueva urbanización de Ancón, Quesnel pudo dedicarse con toda tranquilidad a excavar en las necrópolis hacía poco descubiertas. No se contentó con donar 1 000 piezas arqueológicas al Estado francés, sino que ayudó a varios naturalistas de paso (sobre todo prestándole una suma de dinero a de Cessac).

Donación de un mínimo de 924 piezas al Ministerio de Instrucción Pública en 1876 (nunca se le atribuyó, aparentemente, un segundo envío del mismo año).

Naturaleza de los objetos: vasos de terracota, objetos diversos de madera, metal y hueso, calabazas y tejidos.

Procedencia: Moche, Chancay, Ancón, Pachacamac.

Localización actual: Musée de l'Homme, París (solamente 279 items registrados actualmente); Laboratoire d'Anthropologie du Muséum national d'Histoire naturelle (momia y cráneos); Musée d'Histoire naturelle, Rouen (tejidos); Musée des Beaux-Arts, Lille (los tejidos mencionados en algunas fuentes no han sido todavía encontrados); Musée national de Céramique, Sèvres (transferidos en 1881).

Bibliografía: Antony 1983; Martinoli 1991; *Revue d'Ethnographie*, 1886: 93.

Rafael QUIROS – Ninguna información. Un tal Rafael Quiros aparece en la lista de los premiados de la exposición municipal de Lima de 1877, por su colección de pinturas al oleo ¿sería el mismo?

Donación de unas 20 piezas al Museo del Louvre en 1868.

Naturaleza de los objetos: 18 vasos de terracota; un "lote" de tejidos; 1 máscara de madera.

Procedencia: ¿región chimú?, Chancay, alrededores de Lima, Pachacamac.

Localización actual: Musée de l'Homme, París.

Bibliografía: *El Comercio*, 20 de agosto de 1877.

A. RAIFFÉ – Nacido en 1802 – muerto en 1860.

Cuando era alumno de la Escuela de "*Jeunes-de-Langues*" (escuela de traductores formados para trabajar en los puestos diplomáticos), dirigida por Langlès, estudió diversos idiomas orientales, y después tomó parte en una serie de viajes al oriente, a Grecia, a Italia. De retorno a Francia continuó la constitución de sus colecciones, comenzadas en el curso de sus viajes. Ellas comprendían un gran número de antigüedades egipcias, asirias,

griegas, romanas, etruscas, pero también un número importante de antigüedades mexicanas, caribes, colombianas y peruanas.

Después de su muerte, su yerno guardó la colección por varios años, y luego la puso en venta pública en París en 1867.

Entre los objetos puestos en venta cerca de 100 items se relacionaban con América precolombina, y de ellos unos 30 eran del Perú (o quizás del Perú y Bolivia).

Bibliografía: Lenormant 1867.

Mariano Eduardo de RIVERO – Nacido en Arequipa el 12 de octubre de 1798 – muerto en París el 6 de noviembre de 1857.

Perteneciente a una de las más grandes familias de la región de Arequipa, de Rivero fue enviado a edad temprana para educarse a Europa. En 1818 entró a la Escuela de Minas de Saint-Etienne, y después partió en 1822 a Colombia, con Boussingault y Roulin, para fundar un "instituto científico". Regresó al Perú en 1825, y fue nombrado Director de Minas, Agricultura e Instrucción Pública, y en 1826 Director del Nuevo Museo Nacional de Lima.

Después de un destierro de varios años en Chile, fue nombrado prefecto del departamento de Junín, y posteriormente del de Moquegua, función de la cual aprovechó para aumentar las antigüedades del Museo de Lima. En 1851 fue nombrado Cónsul del Perú en Bélgica, época en la cual publicó en Viena, con Tschudi, lo que se consideró por largo tiempo una obra de referencia: *Antigüedades Peruanas*.

Donación de 2 vasos de terracota al Museo de Sèvres en 1836.

Procedencia: "alrededores de Lima".

Localización actual: Musée national de Céramique.

Bibliografía: Martinoli 1991; Reyniers 1966.

François-Joseph-Amédée (DU CAMPE de) ROSAMEL – Nacido en Tolón el 4 de agosto de 1807 – muerto en París en 20 de mayo de 1853.

Hijo del vice-almirante Ducampe de Rosamel, ingresó a la Marina en 1821 y terminó su carrera como capitán de navío.

En 1840, según parece, el buque *La Danaïde* fue separado de la Estación Naval del Pacífico, de la cual formaba parte, para dar una vuelta al mundo que concluyó en 1843.

Donación de una serie de 6 (¿o más?) vasos de terracota a la ciudad de Boulogne-sur-Mer, a su regreso.

Procedencia: región de Ica.

Localización actual: ¿Musée des Beaux-Arts et d'Archéologie, Boulogne-sur-Mer?

Bibliografía: *JSA*, 1897, II: 215.

Louis (DONGRACE de) ROSSI – Oficial de Marina, formó parte, en 1824-1825, de la Estación Naval del Pacífico, como capitán de fragata, en el barco *Le Lancier*.

Donación de un cráneo al Museo de Historia Natural de París en 1828.

Procedencia: Quilca. En una oportunidad en que la nave ancló en la rada de Quilca, Rossi exploró algunas tumbas prehispánicas que habían sido excavadas anteriormente por marinos del buque norteamericano *The Franklin*, y se contentó con recoger dicho cráneo.

Localización actual: Laboratoire d'Anthropologie du Muséum national d'Histoire naturelle (Musée de l'Homme), París.

Julien ROULAND – Diputado por la circunscripción de Dieppe en 1898 y en 1902. Nieto de Gustave Rouland, ministro de Instrucción Pública en los años 1858-1864, que asignó una misión de exploración en el Perú a Emile Colpäert en 1858. Y fue sin duda por intermedio de éste que Gustave Rouland obtuvo las antigüedades peruanas que su nieto entregó a comienzos de siglo al Museo de Dieppe.

Donación de un número no precisado de piezas (actualmente 31) al Museo de Dieppe en 1913.

Naturaleza de los objetos: esencialmente vasos de terracota, más 2 conopas de piedra negra.

Procedencia: las localidades mencionadas en las antiguas etiquetas son las siguientes: "Caxas" (Cajas), "Trujillo", "departamento de La Libertad", "Lima, la Magdalena", "Cuzco".

Localización actual: Musée-Château, Dieppe.

Bibliografía: Gerber 1989.

Laurent de SAINT-CRICQ – Nacido en Burdeos el 22 de octubre de 1815 – muerto el 7 de febrero de 1888.

Después de un primer viaje a las Antillas entre 1831 y 1834, este aventurero se dirigió al Perú a comienzos a los años 1840, y parece haber permanecido en el país hasta 1847. Sería inútil tratar de seguir su itinerario a partir de sus relatos y "recuerdos" (generalmente publicados bajo los seudónimos de Paul Marcoy o Paul de Carmoy), por lo confusos y novelescos que son. Sabemos, al menos, que residió durante tres años en el Cuzco, y que después Francis de Castelnau lo encontró en Echarate en 1846, con el cual descendió el río Ucayali. Sabemos igualmente, por ciertas publicaciones suyas, que realizó excavaciones en la costa sur del Perú, y que llevó el producto de ellas a Francia.

A su retorno a su país, tomó contacto con la Sociedad de Geografía, refiriéndose a su proyecto de regresar a América del Sur, como consecuencia de lo cual la Sociedad le preparó instrucciones geográficas y etnográficas. Hay indicios de un nuevo viaje al Perú, en un momento sin embargo desconocido (¿después de 1854?).

No disponemos de ninguna información sobre su colección de antigüedades, y los únicos objetos que entregó al Museo de la Prehistoria, de Burdeos, son de carácter etnográfico (Alto Amazonas).

Bibliografía: Buretel 1984; Chaumeil 1994.

Conde Marie-Étienne de SAINT-GENYS –Nacido en Gavrus (Calvados) el 6 de abril de 1856 – muerto después de 1900.

Secretario de la Legación de Francia en Lima de 1883 a 1885 (al mismo tiempo que Tallenay y Ordinaire, diplomáticos que, como él, eran muy aficionados a la arqueología).

Donación de 12 vasos de terracota al Museo Pincé de Angers, en fecha desconocida.

Procedencia: Pacasmayo; ¿Ancón?

Localización actual: Musée Pincé, Angers.

Bibliografía: Besson & Godard.

Conde Eugène de SARTIGUES – Nacido en Gannat el 17 de enero de 1809 – muerto en 1892.

Ingresó a la carrera diplomática en 1830, y pasó a la disponibilidad en 1868, y fue elegido posteriormente senador.

Cuando se hallaba en funciones en Río de Janeiro, aprovechó una licencia para dirigirse al Perú en 1834. Como anotó Flora Tristán, que lo conoció en Arequipa, Sartigues se hallaba "ávido de sensaciones nuevas ", lo cual lo llevó a veces, en el curso de un viaje que debía ser de placer, a intentar exploraciones un poco locas, como su visita al elevado sitio de Choquequirao (que sólo repetiría Angrand, 13 años más tarde).

La mayor parte de las piezas que Sartigues recogió parecen provenir de excavaciones realizadas en los alrededores del lago Titicaca y del Cuzco. Su pasión por las antigüedades no se limitó a las "curiosidades" andinas, ya que posteriormente aprovechó sus funciones en Italia para reunir varias cajas de antigüedades romanas (donadas más tarde por sus herederos al Louvre).

Donación por sus herederos de unos 20 vasos de terracota al Museo de Etnografía del Trocadero en 1894.

Procedencia: alrededores del lago Titicaca; ¿alrededores del Cuzco?

Localización actual: Musée de l'Homme, París.

Bibliografía: Lavandais 1851; Lejeal 1902.

Alexandre-Charles SAUVAGEOT – Nacido en París el 16 de noviembre de 1781 – muerto en el Louvre el 30 de marzo de 1860.

Estudió el violín e ingresó a la orquesta de la Opera de París en 1800. Comenzó por interesarse en la numismática, antes de dedicarse por un tiempo a las "chinerías", para orientarse definitivamente hacia el arte del Renacimiento. En 1856 donó todas sus colecciones al Louvre, del cual fue nombrado Conservador Honorario.

Entre sus imponentes colecciones de antigüedades entregadas al Louvre habría estado un vaso de terracota del Perú.

Localización actual: ¿Musée de l'Homme, París ? (La pieza no aparece ya en los registros.)

Dr. Ludovic SAVATIER – Nacido en Saint-Georges (Isla de Oléron) el 19 de octubre de 1830.

Médico de la Marina. Médico principal de la Estación Naval del Pacífico (a bordo de la nave *La Magicienne*, en el Estado Mayor del almirante Serre) de 1876 a 1879. Miembro correspondiente del Museo de Historia Natural de París a partir de febrero de 1877.

Participó en las excavaciones efectuadas por Léon de Cessac, dirigiendo el equipo de marineros puesto a disposición del naturalista por el almirante Serre.

Donación (en su nombre, y en el de Serre) de unos 30 vasos de terracota al Museo de Historia Natural en 1878.

Procedencia: Ancón.

Localización actual: Musée de l'Homme, París (sólo aparece registrada una decena de vasos); ¿Laboratoire d'Anthropologie du Muséum national d'Histoire naturelle?

Martin SEGRESTAN – Ninguna información. Calificado de "viajero" por Longpérier, habría adquirido el vaso de terracota que vendió al Museo del Louvre en 1859.

Procedencia: costa norte (cultura mochica).

Localización actual: Musée de l'Homme, París (transferido del Louvre en 1887).

Bibliografía: Guimaraes 1994: 73.

Paul SERRE – Nacido en Cherbourg el 19 de abril de 1818.

Comandante de la Estación Naval del Pacífico entre 1876 y 1879, en la nave *La Magicienne*.

Facilitó hombres a Léon de Cessac para que continuara sus excavaciones en Ancón.

Donación (con Savatier) de unos 30 vasos al Museo en 1878 (ver la nota precedente).

Félix SERRET – En 1903 tomó contacto con el Servicio de Misiones Científicas del Ministerio de Instrucción Pública, a fin de obtener el descuento que habitualmente se concedía a los encargados de misión por las compañías marítimas. Su propósito era, en efecto, dirigirse al Perú y a Ecuador, para efectuar investigaciones arqueológicas, semejantes a las que habría realizado ya en Colombia y Bolivia. El ministerio le concedió su apoyo en varias oportunidades, lo cual le habría permitido a Serret realizar exploraciones arqueológicas en diversos países de América Latina, entre 1905 y 1910, y llevar a Francia los objetos obtenidos de ellas, los mismos que, según asegura, depositó en el "Museo Lapidario de Arles".

Localización actual: ¿Musée Lapidaire d'Art Païen, Arles?

Joseph-Ambroise SOULINGEAS – Nacido cerca de Brive el 5 de mayo de 1859 – muerto en 1939.

Efectuó su servicio militar en el ejército colonial en Nueva Caledonia, de 1879 a 1881.

De regreso a Francia trabajó en una librería, y después como inspector en la *Caisse Mutuelle des Bâtiments*.

Se interesó tempranamente en la arqueología, realizó excavaciones en Corrèze y se inscribió en la Sociedad Prehistórica Francesa en 1913.

Viajó a África del Norte y al Cercano Oriente, pero no se sabe que hubiese venido a América.

Donación de un vaso de terracota a la ciudad de Villefranche-de-Rouergue en 1933.

Procedencia: costa central.

Localización actual: Musée Urbain Cabrol, Villefranche-de-Rouergue.

Bibliografía: Milhorat 1990.

J. L. STOKES – Naturalista británico, especializado en el estudio de los animales fósiles.

Donación de 7 vasos y 2 figurillas de terracota al Museo de Sèvres en 1837.

Procedencia: desconocida. Estilos chimú y chancay. Las antigüedades enviadas a Brongniart (en reconocimiento de un servicio) provenían de una colección particular (no identificada), cuya mayor parte había sido comprada ya por el famoso Lord Kingsborough.

Localización actual: Musée national de Céramique, Sèvres.

Bibliografía: Brongniart & Riocreux 1845; Martinoli 1991; Reyniers 1966.

Ph. E. STROMSDORFER – Ninguna información.

Donación al Museo de Etnografía del Trocadero en 1906.

Naturaleza de los objetos: momia de mujer con sus vestidos y acompañada por diversos objetos.

Localización actual: Musée de l'Homme, París.

SUGNET – Ninguna información.

Donación de 33 piezas al Museo de Boulogne-sur-Mer, en fecha desconocida.

Naturaleza y procedencia de los objetos desconocidas.

Localización actual: Musée des Beaux-Arts et d'Archéologie, Boulogne-sur-Mer.

Bibliografía: Guillochet 1986.

Jean-Baptiste TENAUD – Nacido en Nantes el 6 de octubre de 1812 – muerto después de 1881.

Registrado en el Consulado de Francia en Lima como comerciante, Tenaud podría haber llegado al Perú en 1837 (afirmaba haber residido aquí durante once años). Dejó el país en 1848, dejando a su mujer (Manuela Flores) y a su hijo (Julio Tenaud, futuro propietario de las haciendas Infantas, Tambo Inga, Asnapuquio, etc., al norte de Lima).

Donación de 44 vasos de terracota y de 2 conopas de piedra al Museo Thomas Dobrée de Nantes en 1850.

Procedencia: Chanchan, Chorrillos, Pachacamac. Los objetos fueron recolectados por el mismo Tenaud.

Localización actual: Musée Thomas Dobrée, Nantes.

Bibliografía: Besson & Godard 1980.

Sra. THEVENOT – Ninguna información.

Donación de vasos peruanos al Museo de Antigüedades Nacionales en 1905.

Procedencia: desconocida. Vasos de estilos mochica, chimú e incaico. Le habrían sido obsequiados por quien fue Presidente del Perú, Nicolás de Piérola.

Localización actual: Musée des Antiquités nationales, Saint-Germain-en-Laye.

Bibliografía: *Musée [...] Saint-Germain-en-Laye* 1989, II.

Stéphane THIRION-MONTAUBAN – Nacido en París en septiembre de 1843 – muerto el 29 de noviembre de 1900.

Hombre político, fue diputado de Bergerac en 1876 y 1899. Fue igualmente secretario de ambajada.

No se sabe como pudó reunir los objetos arqueológicos del Perú presentes en sus colecciones.

Donación en 1903 de una trentena de vasos de terracota (estilos Chimu y Chimu-Lambayeque) por la barona Mercier de Lostende, hija del Sr Thirion-Montauban a la ciudad de Périgeux.

Procedencia: Costa norte.

Localización actual: Musée du Périgord, Périgueux.

Bibliografía: Ignace 1998.

Philippe-Victor TOUCHARD – Nacido en Versalles el 21 de julio de 1810 – muerto el 20 de enero de 1879.

Ingresó a la Marina en 1826, y terminó su carrera como vice-almirante. Tomó parte en el viaje alrededor del mundo de *La Bonite* (1836-1837), como alférez de navío, encargado de la sección astronómica y geográfica de la expedición.

Donación de 2 vasos de terracota a la ciudad de Versalles en fecha desconocida (antes de 1869).

Procedencia: ambas piezas —que resultan ser falsas— fueron compradas por Touchard cuando *La Bonite* pasó por Paita en julio de 1836.

Localización actual: Musée de l'Homme, París (transferidos de la Biblioteca Municipal de Versalles en 1934).

Bibliografía: Leroi 1869.

Marqués Octave de TRAYNEL – Agregado a la Legación de Francia en el Perú en 1881-1882.

Ocupó gran parte de su tiempo en realizar excavaciones en los alrededores de Lima (Ancón, Santa Rosa, Infantas, La Magdalena, Chorrillos, Pachacamac) y en la corta norte del Perú (Pacasmayo, Chimbote, Nepeña). En 1886 publicó una obra titulada *Fouilles et voyages au pays des Incas*.

Venta de piezas diversas del Perú (45 items) al Musée de l'Homme en 1947.

Naturaleza de los objetos: vasos de terracota, topos y cuchara de cobre, macana de piedra.

Procedencia: hacienda de Pachuzco (cerca de Trujillo), valle de Virú, Nivería y Ancón.

Localización actual: Musée de l'Homme, París.

Bibliografía: Neltray 1886.

Dr. Alphonse TRÉMEAU de ROCHEBRUNE – Preparador de antropología en el Museo de París.

Presentación de saquitos de tela de su propiedad procedentes de Ancón, ante la Sociedad de Antropología de Burdeos en 1886.

Es probable que los obtuviese por intermedio de su amigo el Dr. Savatier, o de Léon de Cessac, de cuyas colecciones se sirvió para sus estudios de botánica y de zoología prehistórica.

Localización actual: desconocida.

Bibliografía: *BSAB*, 1886: 17-18.

Henri TRÉMOUILLE – Nacido hacia 1828. Fotógrafo instalado en Lima (se registró en el consulado de Francia en Lima en 1847).

Era dueño de una colección por decir lo menos heterogénea, en que se mezclaban muestras de minerales, antigüedades prehispánicas y sogas de ahorcados...

Localización actual: desconocida.

Bibliografía: Michel 1883.

Fabry UTZSCHNEIDER – Fabricante de cerámica en Sarreguemines, enviaba regularmente sus últimas creaciones a Alexandre Brongniart, para el Museo de la Manufactura de cerámicas, en Sèvres.

Donación de 1 vaso de terracota chimú al Museo de Sèvres en 1835.

Localización actual: Musée national de Céramique, Sèvres.

Bibliografía: Brongniart y Riocreux 1845; Martinoli 1991; Reyniers 1966.

Dr. Édouard VERGNE – Médico-mayor. Miembro de la Misión Militar Francesa en el Perú a partir de 1913. Miembro de la Sociedad de Americanistas, en París.

Donación de 53 vasos de terracota al Museo de Etnografía del Trocadero en 1914.

Procedencia: Pachacamac.

Donación de 124 vasos y fragmentos de vasos de terracota al Museo de Etnografía del Trocadero en 1920.

Procedencia: Huaca Tina (Lambayeque).

Localización actual: Musée de l'Homme, París.

Benjamín VICUÑA MACKENNA – Historiador chileno.

Donación de 14 vasos de terracota a la Sociedad de Geografía Comercial de París (antes de 1886).

Procedencia: Trujillo.

Localización actual: Musée de l'Homme, París (transferidos por la Sociedad de Geografía en 1886).

Pierre VIDAL-SÉNÈZE – Horticultor, nacido en Roquebrou (Cantal) – muerto el 5 de octubre de 1878 en Guayaquil, Ecuador.

Después de varios años en que se dedicó a recolectar objetos de historia natural en las dos Américas, realizó en 1876 y 1877 una exploración de la parte septentrional y oriental del Perú, descubriendo de paso numerosos yacimientos arqueológicos desconocidos (principalmente en el valle del Alto Utcubamba). En 1878 se le encomendó una misión arqueológica y antropológica en el Perú por el Ministerio de Instrucción Pública.

De retorno a América del Sur, Vidal-Senèze murió antes de culminar su misión.

Donación de un cráneo (Piedra Grande) a la Sociedad de Antropología de París en 1877.

Donación de un cráneo (valle del Utcubamba) al Museo de Historia Natural de París en 1878.

Venta de diversos objetos al Ministerio de Instrucción Pública en 1878.

Naturaleza de los objetos: vasos de terracota, tejidos, objetos de hueso, una momia.

Procedencia: Piedra Grande y otros sitios no precisados del valle del Utcubamba.

Localización actual: Musée de l'Homme, París; Laboratoire d'Anthropologie du Muséum national d'Histoire naturelle (la momia fue transferida del Trocadero en 1880).

Bibliografía: Vidal-Senèze et Noetzli 1885.

Marqués Charles Melchior de VOGÜE – Nacido en París en 1829 – muerto en 1916.

Embajador en Viena, y después en Constantinopla. Miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. Exploró Siria y llevó a Francia antigüedades fenicias.

Su colección comprendía al menos un vaso peruano.

Localización actual: desconocida.

Bibliografía: *Actes de la Société d'Ethnographie*, 1874-1877, VIII: 259-261.

Conde Jean-Frédéric-Maximilien de WALDECK – Nacido en Viena hacia 1765 – muerto en París hacia 1875.

Aventurero que estudió pintura en París, pretendía haber tomado parte en la campaña de Italia, y después en la expedición a Egipto de

Bonaparte, antes de partir a América del Sur, donde habría combatido en las filas del ejército independentista junto a Lord Cochrane. Dejó Lima (¿hacia 1819?) para dirigirse a América Central, donde pasó muchos años estudiando los restos mayas.

Sus colecciones comprendían varios objetos prehispánicos del Perú.

Localización actual: desconocida.

Bibliografía: *Annales du Comité d'Archéologie Américaine*, 1863-1865: 29.

Charles WIENER – Nacido en Viena (Austria) el 25 de agosto de 1851 – muerto en el Brasil en 1913.

Profesor en un liceo parisiense y apasionado por la arqueología, el Ministerio de Instrucción Pública le encargó una misión arqueológica en el Perú y Bolivia el 9 de julio de 1875.

Su permanencia en el Perú en 1876 y 1877 le permitió recolectar un número impresionante de antigüedades, a través de sus propias excavaciones, pero también gracias a numerosas donaciones de coleccionistas franceses y peruanos.

Hoy es imposible estimar el número real de las piezas llevadas por Wiener a Francia, por tres razones: la crónica exageración de que dio pruebas durante su misión y a su retorno; las serias pérdidas que sufrieron sus colecciones como consecuencia de los sucesivos traslados antes y después de la Exposición Universal de 1878; la fragmentación de las mismas por efecto de varias transferencias a museos de provincia. Según los documentos examinados, la colección de antigüedades de Wiener enviada al Ministerio de Instrucción Pública en 1877 oscila entre 2 500 y 4 000 piezas.

Naturaleza de los objetos: vasos y figurillas de terracota, objetos diversos de cobre, plata, madera, piedra y hueso, tejidos, ornamentos, vestidos, calabazas, cestos, ovillos, momias, cráneos, etc.

Procedencia: Lambayeque, Cajamarca, Pacasmayo, Chicama, Santiago de Cao, Chan-chan, Moche, Marca-Huamachuco, Santa, Chimbote, Paramonga, Tarmatambo, Chavín, Ancash, Huarmey, Chancay, Ancón, Infantas, Tambo Inga, Pachacamac, Sayhuite, Sacsayhuamán, Písac, San Sebastián, Arica.

Localización actual: Musée de l'Homme, París (915 items registrados hoy); Laboratoire d'Anthropologie du Muséum national d'Histoire naturelle (más de 250 items); Musée national de Céramique, Sèvres (25 piezas transferidas en 1881); Museo de la Facultad de Ciencias, Caen (51 piezas transferidas en 1882); Museo de Bellas Artes y de Arqueología, Boulogne-sur-Mer (¿42 piezas?); Musée d'Histoire naturelle, Lille (al menos un vaso de teracota, pero tal vez más); Musée Joseph Denais, Beaufort-en-Vallée (un vaso de teracota); Museum für Völkerkunde, Viena (53 piezas obsequiadas por Wiener en 1884).

Bibliografía: Bau 1997; Riviale 1993b; Wiener 1880.

Anexo 2
DISTRIBUCIÓN DE DONADORES POR MUSEOS ESTUDIADOS

ANGERS (Musée Pincé):
Pannetier - Saint-Genys.

ARLES: (Musée Lapidaire d'Art Païen):
Serret.

AUCH (Musée des Jacobins):
Balliard - Favre-Clavairoz - Pujos.

AVIGNON (Musée Calvet):
Brunswicks - Granier - Javon.

BAGNÈRES-DE-BIGORRE (Musée Salies):
Duplan.

BESANÇON (Musée des Beaux-Arts):
Michel.

BLOIS (Musée-Château):
La Saussaye.

BORDEAUX (Musée d'Aquitaine):
Arthaud-Barreyre - Baudrimont - Bellamy - Bolibo - Comet - Ferrière - Guillemin - Jullian - Mignot - Minier - Poumaroux - Quatrefages de Bréau.

BOULOGNE-SUR-MER (Musée des Beaux-Arts et d'Archéologie):
Bilbock - Bocher - Debarde - Paliphard - (Ducampe de) Rosamel - Sugnet - Wiener.

CAEN: ?
Laplace - Le Bart - Wiener.

CANNES (Musée de la Castre):
Lycklama (colección Ginoux de La Coche).

CHALON-SUR-SAÔNE (Musée Denon):
Desormeau.

DIEPPE (Musée-Château municipal):
Rouland (colección Colpaërt).

DOUAI (Musée de la Chartreuse):
Jomard.

DUNKERQUE (Musée des Beaux-Arts):
Brecker - Hayart - Huert.

LE MANS (Musée de la Reine Bérengère):
Chaplain-Duparc.

LANGRES (¿Musée du Breuil de Saint-Germain?):
Gauvain.

LILLE (Musée d'Histoire naturelle):
Quesnel - Wiener.

LYON (Musée Guimet d'Histoire naturelle):
Cazes.

NANCY: (Musée historique lorrain - Palais ducal?):
Cernuschi.

NANTES (Muséum d'Histoire naturelle):
Tenaud.

NÉRAC (Musée du Château Henri IV):
Fontenelle.

PARIS (Musée de l'Homme):

Angrand - d'Avril - Ber - Berthon - Bougourd - Brandon - Campana - Capitan - Cessac - (Palasne de) Champeaux - Chereau - Cherrier - Colpaërt - Denon - Dibos - Didelot (colección Davelouis) - Droullion - Duchambage - (Aubert) Du Petit-Thouars - Durand - Escomel - Fabre - Gaimard - Giglioli - Grandidier - d'Harcourt - Labadie - Larrieu - Lecoq - Legrand - Lemoyne - Levraud - López - Macedo - Mannet - Massieu de Clerval - Maturana - Miot - d'Orbigny - Ordinaire - Pasquier - Paulet - Perron - Périgny - Périn - Pinart - Quesnel - Quirós - Saint-Genys - Sartigues - Sauvageot - Savatier - Segrestan - Serre - Stromsdorfer - Touchard - Traynel - Vergne - Vicuña Mackenna - Vidal-Senèze - Wiener.

PARIS (Laboratoire d'Anthropologie du Muséum national d'Histoire naturelle):

Balny - Ber - Bougourd - Castelnau - Cessac - (Palasne de) Champeaux - Dumoutier - Fauché - Froberville - Gaimard - Larrieu - Lauray - Lequerré - Liautaud - Martinet - Maurin - Morache - d'Orbigny - Pentland - Quesnel - (Dongrace de) Rossi - Vidal-Senèze - Wiener.

PÉRIGUEUX (Musée du Périgord) :
Thirion-Montauban.

RENNES (Musée des Beaux-Arts et d'Archéologie):
Aussant - Decombes - Herbert.

ROUEN (Muséum d'Histoire naturelle):
Boban - Cisneros - Frangeul - Largilliert - Quesnel.

SAINT-GERMAIN-EN-LAYE (Musée des Antiquités Nationales):
Ber - Berthon - Périn - Thévenot.

SAINT-OMER (Musée de l'Hôtel Sandelin):
d'Herbecourt.

SÈVRES (Musée national de Céramique):

Barrot - Bruat - Busseuil - Cessac - Champeaux La Boulaye - Desjardins - Dubois - Dubuc - (Aubert) Du Petit-Thouars (incluyendo la colección Boulanger) - Fabre - Fillon - Gaudichaud - Laplace - Macedo - Odier - d'Orbigny - Quesnel - Rivero - Stokes - Utzschneider - Wiener.

TOULOUSE (Muséum d'Histoire naturelle):
Artigue.

TOURNUS (Musée Greuze):
Lacretelle.

VARZY (Musée Grasset):
Grasset.

VILLEFRANCHE-DE-ROUERGUE (Musée Urbain Cabrol):
Soulingeas.

Anexo 3
DISTRIBUCIÓN CATEGORIAL DE COLECCIONISTAS Y DONADORES

1) LOS INDIVIDUOS QUE REUNIERON OBJETOS ARQUEOLÓGICOS DE MANERA DIRECTA

DIPLOMÁTICOS:

Angrand - d'Avril - d'Aubigny - Balny - Barrot - Chaumette-des-Fossés - Droullion - Favre-Clavairoz - Gauldrée-Boilleau - Larrieu - Lemoyne - Levraud - Ordinaire - Saint-Genys - Sartigues - Traynel.

MARINOS:

Barreyre - Bolibo - Bougourd - Bourru - Bruat - Busseuil - Champeaux La Boulaye - Didelot - Dumoutier - (Aubert) Du Petit-Thouars - (Bergasse) Du Petit-Thouars - Fournier - Gaimard - Gaudichaud - Gauvain - Guérard de La Quesnerie - Laplace - Leguen - Lequerré - Liautaud - Mallet - Massieu de Clerval - Maurin - Miot - Morache - Pannetier - Perron - (Ducampe de) Rosamel - (Dongrace de) Rossi - Savatier - Serre - Touchard.

RESIDENTES FRANCESES EN EL PERÚ (O EN LOS PAÍSES VECINOS):

Artigue - Boulanger - Busson - (Palasne de) Champeaux - Colville - Combe - Davelouis - Desormeau - Dibos - Dreyfus - Fauché - Fontenelle - Gauguin - Granier - d'Harcourt - Jullian - Martinet - Maury - Michel - Poumaroux - Pujos - Quesnel - Romainville - Tenaud - Trémouille - Dr Vergne.

VIAJEROS INDEPENDIENTES:

Balliard - Ginoux de La Coche - Lacretelle - Molinier - Saint-Cricq - Segrestan - Serret.

VIAJEROS ENCARGADOS DE UNA MISIÓN CIENTÍFICA OFICIAL:

Ber - Berthon - Castelnau - Cessac - Colpaërt - Grandidier - Guillemin - d'Orbigny - Pinart - Vidal-Senèze - Wiener.

DONADORES EXTRANJEROS:

Cisneros - Escomel - Giglioli - López - Macedo - Maturana - Moreno y Maíz - Paulet - Pentland - Quirós - Rivero - Stokes - Vicuña Mackenna.

2) LOS INDIVIDUOS QUE OBTUVIERON OBJETOS ARQUEOLÓGICOS DE MANERA INDIRECTA

COLECCIONISTAS Y ANTICUARIOS:

Arosa - Boban - Brunswicks - Campana - Cernuschi - Comet - Demmin - Durand - Fabre - Fillon - Grasset - La Saussaye - Le Bart - Liesville - Lycklama - Raifé - Sauvageot.

ARQUEÓLOGOS, NATURALISTAS Y CONSERVADORES DE MUSEOS:

Capitan - Chaplain-Duparc - Denon - Dubois - Dubuc - Jomard - Lecoq - Marcel - Pinart - Quatrefages de Bréau - Soulingeas - Trémeau de Rochebrune - Vogüe - Waldeck.

DONADORES DIVERSOS O NO IDENTIFICADOS:

Arthaud - Aussant - Baudrimont - Bellamy - Bilbock - Bocher - Brandon - Brecker -Cazes - Chereau - Cherrier - Collin - Coulon - Debarde - Decombes - Desjardins - Duchambage - Duplan - Escalère - Ferrière - Frangeul - Hayart - d'Herbecourt - Herbert - Huert - Javon - Labadie - Largillert - Lauray - Legrand - Mannet - Marcotte - Dr Mayer - A. Michel - Mignot - Minier - Odier - Paliphard - Pasquier - Périn - Stromsdorfer - Sugnet - Thévenot - Utzschneider.

El libro *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)* de Pascal Rivialese terminó de imprimir en octubre de 2000 en los talleres de Forma e Imagen
Av. Arequipa, 4558 - Miraflores
e-mail: odiaga@mailtv.ole.com
Tirada: 1000 ejemplares

Próximas publicaciones del IFEA

Pierre Duviols

Religión y sociedad en Cajatambo siglo XVII (procesos de idolatrías, visitas, documentos. Colección "Travaux de l'Institut Français d'Études Andines", n° 94

Gerald Taylor

Cama, camay, camasca y otros ensayos de Huarochirí y Yauyos. Colección "Travaux de l'Institut Français d'Études Andines", n° 129

Paul Marcoy

Viaje a través de América del Sur

Patrick Deshayes

Pensar el otro. Indios Huni Kuin de la Amazonia

Próximas publicaciones del Fondo Editorial

Duccio Bonavia y Claudia Grimaldo

Bibliografía del Periodo Precerámico

Fabián Novak

Las conversaciones entre el Perú y Chile para la ejecución del Tratado de 1929

Marcial Rubio

Aprender y enseñar Derecho en un pregrado (Colección MAGIS)

Ilia y Javier Sologuren

La luna en el agua. Teatro y cuentos japoneses (Colección ORIENTALIA)

A partir del momento en que Francisco Pizarro y sus hombres revelaron al Viejo Mundo sus fastos y misterios, el Perú ejerció sobre Europa una fascinación que llegó a ser proverbial. A través de los siglos, la curiosidad provocada por esta lejana región nunca habría de disminuir, oscilando constantemente entre el ensueño poético sobre este imperio caído y las interrogantes en cuanto a la naturaleza y origen del hombre americano.

Nacida en el siglo XVIII, la ciencia etnológica iba a lograr su verdadera dimensión en el siglo XIX, mientras que las grandes potencias industriales empezaban a dividirse el mundo de manera sistemática.

En esta gran búsqueda hacia el establecimiento "científico" de un cuadro clasificatorio de pueblos y de razas, los suntuosos vestigios dejados en el Perú por civilizaciones antiguas como la de los incas constituían un enigma para los antropólogos de gabinete y los aventureros de todo tipo.

Al proponer una historia de la arqueología francesa en el Perú, el autor nos muestra cómo se ha desarrollado e institucionalizado un campo de investigación propio al americanismo. Describe cómo se han organizado la colecta y el análisis de las antigüedades peruanas, a través de incesantes idas y vueltas del terreno al laboratorio y del gabinete al museo. Describe a todos los actores de esta empresa científica (médicos, negociantes, marinos, exploradores) que ha provocado algunas disputas teóricas e institucionales antes de encontrar progresivamente el sitio que le conocemos hoy en la investigación.